



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Imp. de J. Manillo
de la Imp. de las Ciencias
NUM 153
SANTIAGO

SAL5302.1.3

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND C. [redacted] '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, 1908

LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

011177 0 8 11110

LOS
SECRETOS DEL PUEBLO

NOVELA SOCIAL Y DE COSTUMBRES A

POR

MARTIN PALMA.

~~~~~  
**TOMO IV.**  
~~~~~

VALPARAISO:

IMPRENTA DEL MERCURIO

DE RECAREDO S. TORNERO.

1870.

SAL 5302.1.3

Harvard College Library

Gift of

Archibald Cary Coolidge

and

Clarence Leonard Hay

April 7, 1909

LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

LA POLITICA INTERIOR DE CHILE.

La Sociedad de la Igualdad y el 20 de Abril.

I.

La época en que figuran nuestros personajes, la parte que tomaron en los acontecimientos políticos y nuestros propósitos así como nuestras ideas, nos obligan a escribir unas cuantas líneas sobre este asunto, líneas que naturalmente se ligan con nuestra historia, y que, si no recordásemos o si dejásemos en blanco, nos encontraríamos obligados a trunca-la, rompiendo así la sucesión de los hechos; mas, por fortuna, las pasiones de los partidos no nos intimidan, su espíritu no nos amedrenta, porque tenemos la vista un poco mas alta que esa atmósfera de especulación mezquina, de egoismo estrecho y de ignorancia pretenciosa, porque deseamos que llegue al fin a establecerse la verdadera república y la verdadera democracia y porque de otra manera nos veríamos imposibilitados para seguir como lo hemos dicho, el hilo de nuestra historia, pues los acontecimientos

tos que van a sucederse están íntimamente ligados con el que encabeza el primer epígrafe de nuestro cuarto volumen.

Dada esta especie de satisfaccion explicativa, entraremos en materia con la independencia, con los propósitos y con los buenos deseos de siempre, porque antes que los individuos, que los círculos, que los partidos, están las ideas, están los principios, está la rejeneracion del pueblo, está el bien del pais, al que está íntimamente vinculado el bien de nuestros hijos.

Lo confesamos: cuando uno trabaja con esos fines y con esa libertad, cuando no tiene en vista el lucro del servilismo ni lo amedrenta el *qué dirán*, cuando no solicita empleos ni teme cárceles, los horizontes se estienden, la conciencia se engrandeca, la voluntad se ensancha, el entendimiento se aclara y tiene un ánimo y adquiere energía y toma fuerzas para lanzarse en la lucha contra los abusos, contra los despotismos, contra los privilegios, contra las desigualdades sociales, contra todas esas llagas de que adolece la especie y que degradando a la humanidad la avasallan impidiéndole creer en cuerpo y en espíritu segun la ley de la naturaleza, segun la voluntad de Dios.

II.

Enrique Lopez, el joven ebanista, habia sido miembro de la *Sociedad de la Igualdad* y era uno de sus partidarios mas ardientes, mas decididos y talvez mas ilustrados.

Los principios de esa sociedad no eran políticos sino humanitarios, sus tendencias se dirijian al bien social y no al engrandecimiento o al predominio de este o del otro partido, y si esa institucion hubiera sido protegida en vez de ser ahogada, si la hubieran fomentado en lugar de extinguirla, si le tienden una mano amiga, en vez del garrote enemigo y si conserva incólumes sus ideas tan progresistas como pacíficas, en lugar de echarse en la arena, siempre

abrasadora y siempre estéril de la política de círculo, de esa política de miras personales y no patrióticas, es indudable que la república presentaría ahora un aspecto distinto; es mas que probable que no habríamos tenido sangrientas luchas, que el pueblo tendría dignidad, que conocería sus derechos y estaría en posesion de ellos, que sería libre, porque se habría criado en la grande escuela de la libertad, porque habría respirado el balsámico y vivificador ambiente de la democracia, que es la única que engrandece a las naciones, porque es la que nivela a los hombres, porque es la que forma la soberanía individual, que es el último escalon de la perfectibilidad social y política.

Pero nuestros mandatarios han obrado y obran de distinto modo. Nuestros mandatarios luchan contra los pueblos en lugar de guiarlos, los esclavizan en vez de libertarlos, les imponen gobernantes en lugar de aceptar los que ellos elijen; y de esta opresion, de esta esclavitud llevada a sistema y aceptada como sistema, de estas absurdas e intrusas candidaturas oficiales, es de donde nacen los disturbios, los odios encarnizados, las luchas sangrientas, el atraso de todos. Tras la candidatura oficial proclamada por don Manuel Búlnes, vino la revolucion del 20 de abril de 1851 y todas las otras que continuaron hasta 1859. Ahora, tras las candidaturas oficiales que proclamará don José Joaquin Perez, ¿cuáles serán los males que sobrevengan? Asi es como los gobernantes provocan a los pueblos, porque no respetan la voluntad de los pueblos, y asi es como las naciones decaen, como el vicio cunde, como los hombres se prostituyen y envilecen, como el espíritu público se estingue y se apaga, dejando en su lugar la hedionda pavesa del servilismo y de la adulacion, para que triunfen los parásitos políticos, los especuladores de sinecuras, los corredores de propinas y de empleos, los ajiotistas de la barata gloria. Triste es decirlo, pero ya se diseña el mismo sistema, ya está, se puede decir planteado, y el congreso de 1870, será, en su gran mayoria

hechura del ejecutivo, contrariando la voluntad y las legítimas aspiraciones del país. (1)

Nos hemos desviado un poco del hilo de nuestra historia, pero continuemos. La *Sociedad de la Igualdad* a que, como hemos dicho, pertenecía Enrique, trabajaba por destruir los abusos, por inocular las buenas ideas, por llevar al terreno de la práctica los sanos principios; y no por revolucionar al país, como afirmaban sus detractores, y no por ambiciosos fines de lucro o de mando, como lo han querido hacer creer; y en prueba de ello podemos citar sus principios fundamentales, pues para pertenecer a ella necesitaba el individuo ser partidario o profesar la siguiente doctrina:

"Reconocer la independencia de la razón como autoridad de autoridades: profesar el principio de la soberanía del pueblo como base de toda política, y el deber y el amor de la fraternidad universal como vida moral."

Estas pocas líneas demuestran las tendencias y el espíritu de aquella estinguida sociedad y sus actos posteriores lo confirman, pues desde luego sus ilustrados miembros trataron de abrir escuelas para que se educase el pueblo y se estableciera cátedras de historia sagrada, historia de Chile, dibujo lineal, frances, ingles, música, independiente de los de la lectura, escritura, primeras operaciones de aritmética y elementos de gramática castellana y jeografía, etc.

Ahora bien, ¿no se divisa aquí claramente un fin social en vez de un fin político? I si la política es ésta, no hai duda alguna que es la verdadera, la mas útil, la mas hermosa,

(1) Nuestras opiniones respecto a la deporable práctica de las candidaturas oficiales no se limitan solamente a afirmar que son un vicio, un abuso y un mal cuyos perniciosos efectos son de gran trascendencia para los gobernantes y para los gobernados, sino que van todavía lejos, mucho mas lejos; pues no solo no creemos en la legitimidad de estas candidaturas, no solo las consideramos desposeídas de toda autoridad, sino que llevan la deshonra al individuo que las acepta porque son una prueba de servilismo y de esclavitud, una prueba de poca elevación en el carácter y de poca elevación en las ideas, manifestando pequeñez en lo primero y estrechez en lo segundo: el sillón de diputado deja de ser un asiento honorable cuando el individuo que lo ocupa no ha sido colocado allí por el libre y espontáneo sufragio de los pueblos.

siendo así como la aceptamos y como la queremos: la política del progreso es la que debe llamarse política; la política del engaño, del abuso y del solo deseo de medrar, no es política sino retroceso, oscurantismo, pérdida para todos.

En una de las actas de la *Sociedad de la Igualdad*, leemos los siguientes acuerdos:

1.º Nos reunimos en sociedad usando del derecho que tienen los hombres libres para asociarse para todo objeto que no esté prohibido por las leyes.

2.º Nos reunimos para formar la conciencia pública, es decir, para ilustrarnos en los DERECHOS que nos conceden las leyes y en los DEBERES que nos imponen.

3.º Nos reunimos con el objeto de considerar nuestra situación especial y hacerla presente a las autoridades legalmente constituidas, indicando los medios que creemos puedan hacer desaparecer el mal, usando en esto del derecho que nos concede el cap. 5.º, art. 6.º de la constitución y conforme a las disposiciones generales de ésta.

Estos son nuestros únicos medios, nuestros únicos fines.

Los trastornos, el empleo de la fuerza solo sirven para dar glorias inútiles al que triunfa: queremos la paz, la tranquilidad, porque de ellas solas podemos esperar la prosperidad de la república.

Respetamos todas las opiniones como queremos ver respetadas las nuestras.

Queremos convencer, no queremos imponer nuestras ideas. La santa palabra IGUALDAD es la que nos sirve de bandera. Rechazamos toda opresión, toda tiranía, la tiranía del capricho popular, como la tiranía del mandatario apoyada en la fuerza.

Publicamos esta acta solemne de nuestra sociedad para que sepan nuestros conciudadanos nuestras intenciones, para que vengan a engrosar nuestras filas los BUENOS PATRIOTAS."

Preguntamos ahora: ¿pueden considerarse como perturbadores del orden público los que tienen estas ideas, los que

hacen públicas estas lecciones, los que hablan este lenguaje?

Por otra parte, ¿quiénes fueron los que encabezaron esa sociedad? Entre muchos jóvenes distinguidos por su capacidad, por su fortuna y por su familia, entre algunos artistas de primera nota y muchos artesanos laboriosos y honrados, se encuentran algunos de nuestros primeros y mas famosos literatos. Ahí estaba, se puede decir, a la cabeza de esa sociedad y siendo el alma de ella, Francisco Bilbao, el escritor y el profeta, el hombre de ideas y el hombre de fé, el hombre de sentimientos humanitarios, de pensamientos elevados, de intuición verdadera, el hombre desprendido que no queria mas que el bien del pueblo y que llevó su abnegación hasta sacrificarse por ese mismo pueblo, a quien tuvo el dolor de no ver una sola vez antes que terminara su corta, laboriosa, honrada y talvez penible existencia.

Allí se hallaba Eusebio Lillo, nuestro poeta favorito, el poeta melodioso y tierno, sencillo y elevado, cuyas estrofas cadenciosas y dulces se deslizan suavemente, despertando nuestra fantasia, abriendo nuestro corazon a gratas emociones, embriagándonos con esa armonia misteriosa y simpática de que están empapadas sus pocas pero brillantes composiciones; Eusebio Lillo, de un carácter afectuoso y enérgico, lleno de ternura y lleno de fuego, lleno de bondad y lleno de altivez, que no se ha abatido en la desgracia y sabe ser jeneroso en la prosperidad, que no ha encorvado su frente ante los hombres de poder ni traficado con sus opiniones; en una palabra, que ha sabido conservar su dignidad en las luchas políticas y en las luchas privadas como escritor y como particular, como ciudadano y como hombre, en la plaza y en el hogar.

Veíase tambien allí el joven Benjamin Vicuña Mackenna, joven lleno de porvenir y lleno de esperanzas, y que no ha desmentido ni ese porvenir ni esas esperanzas, pues ha llegado a ser el mas fecundo escritor chileno, y sin temor de

equivocarnos, podemos afirmar, el mas fecundo escritor de América. La brillante pluma de Vicuña Mackenna se ha extendido a todo, lo ha recorrido casi todo; pero de lo que principalmente se ha ocupado ha sido de la historia, y particularmente de la historia contemporánea, porque puede decirse bien que Chile no tiene todavía otra, granjeándose en este terreno muchas animosidades con la mejor intencion y la mejor buena fé de este mundo. B. Vicuña Mackenna, por lo que conocemos de sus escritos y un poco de su persona, tiene un alma sincera, afectuosa y honrada, incapaz de hacer el mal sino por cierta lijereza, y esto quizá es lo que lo ha perjudicado; ¿pero qué escritor no experimenta sinsabores? ¿Qué hombre público no está espuesto a la crítica mas o menos justa, mas o menos severa? La franqueza del historiador Vicuña Mackenna ha ido, es cierto, hasta la temeridad: tiene los defectos de su virtud. Empero, ¡cuánta laboriosidad, cuánto talento, cuánta contraccion, cuánto estudio, cuánta profundidad y elevacion, en medio de algunos defectos, no encierran sus infinitas y variadas páginas! La literatura nacional debe considerar como su primer campeón al señor Vicuña Mackenna, porque es el que mas la ha enriquecido.

No es nuestro propósito hacer una biografia ni el análisis de las obras de este escritor, sino que, rindiéndole la justicia que merece, hacemos únicamente mencion de su mérito para probar hasta la evidencia los de la *Sociedad de la Igualdad* que un estrecho despotismo cortó en flor antes que jermínara: funesta maniobra que nos ha traído muchos males, dejando de producir muchos bienes (1).

Enrique, con su alma ardiente, amiga de la libertad, deseosa del progreso, entusiasta por todo lo bello y por todo

(1) En la actualidad se forma una *Asamblea electoral* en Santiago encabezada por los hombres mas distinguidos de nuestra sociedad; ¿llegará a tener el mismo fin que la *Sociedad de la Igualdad*? Esperamos que no, a pesar de las tendencias que se manifiestan y de las arbitrariedades que se cometen.

lo grande, no habia mirado con indiferencia los fines humanitarios que se proponian seguir aquellos jóvenes y que estaban en completa armonia con sus tendencias y con las lecciones que habia recibido de su maestro; ¿y cómo, por otra parte, no ser arrastrado por esa elocuencia viril y simpática, parabólica y llena de imágenes de Francisco Bilbao? ¿Cómo no seguir el mismo camino por donde marchaba Recabarren, Lillo, Vicuña, Marin, Bello, Arcos y tantos otros en condiciones distintas, pero unánimes en el pensamiento y conformes en el propósito? Era necesario ser uno de los campeones de la libertad y de la democracia nacies, y él aceptó el cargo con gusto y con decision.

Cuando Enrique se vió completamente libre de las preocupaciones de la familia, cuando habia castigado a Guillermo y no tenía ya temores por la salud de Mercedes, se entregó en cuerpo y alma, se puede decir así, pero sin faltar jamas a sus deberes, a llevar adelante aquella cruzada que se dirigia resuelta contra los despotismos, contra las preocupaciones de todo género, para plantear sobre sus escombros el estandarte de la razon; el pendon sacrosanto de la fraternidad.

Talvez habia algun egoismo en el sentimiento revolucionario que experimentaba y seguia Enrique. Talvez no era solo la libertad y progreso del pueblo el móvil esclusivo de sus acciones. Talvez entraba por mucho en la decision y energia con que habia abrazado la causa democrática, su propio estado, el deseo de elevarse, de adquirir una posicion social que lo acercase a Luisa, de señalarse con un hecho digno de la mujer a quien amaba, con una accion noble, jenerosa y valiente que lo realzara a sus ojos y que lo asimilara en algo a aquella divinidad a quien rendia el culto mas tierno, mas respetuoso y mas sagrado. Pero esta emulacion ¿es acaso un mal? ¿es acaso un peligro? ¿es acaso una falta o un vicio? No; para nosotros es un mérito, quizás una virtud, porque de allí nacen los grandes desprendi-

mientos, los grandes sacrificios, los grandes hechos: de allí nacen los héroes y de allí nacen los santos, y Enrique quería ser lo uno y lo otro; sin embargo, en la fogosidad de la juventud, en esa vehemencia con que se siente y con que se piensa en los primeros años de la vida, podía muy bien equivocarse en la adopción de los medios para alcanzar el propósito, y como él no veía más que la sanidad del fin y estaba resuelto a correr todos los peligros, era uno de los más ardientes miembros de aquella estinguida asociación, que, una vez disuelta, tuvo que marchar oculta y entrar en la senda tortuosa de la revolución armada; pero si el solitario, si el antiguo coronel don Toribio de Guzman se hubiese encontrado en esos momentos en Santiago, es seguro que, sin combatir las ideas de Enrique, sin ir en contra de sus propósitos, lo habría desviado de aquel camino peligroso y estéril que da pretexto a los despotismos y solo trae desgracias sin haber conseguido otra cosa que afianzar la tiranía eternizándola: esta es la lección que nos aconseja seguir el juicio y la que hemos recogido con una dolorosa experiencia; y ojalá esté ella bastante grabada en el pecho de nuestros conciudadanos para que jamás nos esponamos a los azares de la guerra civil, manchando con sangre de hermanos el suelo de nuestra querida patria.

III

Al mismo tiempo que Enrique formaba en las filas de los defensores de los derechos del pueblo y de los sostenedores del principio de la igualdad humana, es decir, de la destrucción completa de los privilegios y de las demarcaciones de razas, otro joven no menos ardiente y no menos decidido, porque sentía en su pecho el fuego de la desesperación, tomaba cartas en el partido contrario para sostener las prerogativas de familia, para que continuara siempre el país bajo el pie del antiguo coloniaje, para ahogar los principios re-

publicanos, quedando subsistente la especie de oligarquía que nos había rejido hasta entonces y que por desgracia nos rige todavía en parte: este jóven era Guillermo; pero antes de verlo figurar en política, sigámoslo por un momento desde aquel día en que, reconociendo a Mercedes y dándole ésta el perdón, cayera desmayado sobre su propio lecho.

Un sueño profundo y reparador había seguido a ese accidente afortunado, y todos los doctores en consulta dijeron que casi estaba fuera de peligro, que las probabilidades en su favor eran mayores, lo que confirmaba la opinión emitida recientemente por el doctor Sazie.

La madre de Guillermo siguió al pié de la letra las prescripciones de este célebre facultativo, adornando el retrato de Mercedes, retirando los otros que existían al rededor del lecho y espiando en silencio y sin ser vista todos los movimientos de su hijo.

Guillermo, al despertar, miró por todo el cuarto, fijándose en cada uno de los objetos; después cerró los ojos y quedóse por un momento como si hubiera vuelto a dormirse o como si reflexionara; pero aquellos ojos estaban más serenos, no tenían la dura expresión del delirio ni la vaguedad de la demencia: doña Porfira contuvo los latidos de su corazón, al que hacía palpar la esperanza.

La fisonomía de Guillermo, aun en medio de su inacción aparente, se trasformaba por instantes y parecía que una revolución favorable se operaba en su interior, y era así en efecto: había recordado el perdón de Mercedes y se complacía en él, figurándose sin duda que el perdón de aquel ángel endulzaba sus dolores o borraba su afrenta.

Pasado un instante, abrió otra vez sus ojos y los dirigió hacia el lado de su cama, donde estaban antes colgados todos los trofeos de sus conquistas, y no viendo más que la miniatura de Mercedes adornada de flores frescas y hermosas, se sonrió dulcemente, lo desprendió del clavo, lo con-

templó un largo rato, movió sus labios como si conversara con él, y al fin lo acercó a la boca y lo besó: pero apenas había hecho esto, cuando se contrajeron sus facciones y lo arrojó a un lado: tal vez el recuerdo del crimen que había cometido con aquella hermosa criatura y el castigo que había recibido, se presentaron simultáneamente a su imaginación.

Poco a poco se tranquilizó, y recojiendo el retrato que había lanzado, lo puso en su lugar y rompió en sollozos.

La madre miraba siempre a su hijo, siguiendo uno a uno todos sus movimientos e interpretando por ellos lo que pasaba en aquella alma angustiada y arrepentida.

Estas observaciones fueron comunicadas al doctor Sazie tan luego como hizo su visita, y dió a la señora mayores esperanzas, aconsejándola continuase el mismo sistema.

A los dos o tres días, cuando el fotógrafo hubo traído el gran cuadro adornado de un hermoso marco, que la madre de Guillermo circundó de hermosas flores, esperó el momento en que se quedase profundamente dormido para sustituirlo al pequeño, y volvió, como siempre, a ponerse en acecho.

Cuando Guillermo despertó, su primera mirada fué para Mercedes; y al ver aquella trasformación se sorprendió de tal manera, que se incorporó completamente, se hincó en seguida y le preguntó si lo amaba.

Después dejóse caer como abatido, diciendo:

—No, no me ama, no puede amarme; me aborrece, puesto que me ha hecho castigar tan cruelmente...

La madre se estremeció al oír estas palabras de su hijo. ¿De qué castigo quería hablar? ¿Qué era lo que había hecho, se preguntó a sí misma, para que el pesar fuera tan profundo que llegara al punto de trastornarle el juicio? Una idea confusa al principio, terrible en seguida, se presentó a su imaginación, llegando a adquirir un grado tal de certidumbre, que dijo:

—Ya sé, ya sé: han imposibilitado para siempre a mi hijo ya no es hombre!...

Y a este pensamiento doloroso, que echaba por tierra todos sus planes desde tan largo tiempo combinados, no pudo resistir y se vió obligada a sentarse en el mas próximo sillón.

Un nuevo ruido en el dormitorio de Guillermo le volvió en sí, y tuvo el valor suficiente para colocarse en su punto de observación.

Guillermo habia descolgado el retrato, púéstolo sobre sus rodillas, y mirándolo con una espresion de indecible cariño, le decia:

—No, no puedes aborrecerme, desde que has venido aquí, porque yo te he visto; desde que me has perdonado, porque yo te he oído y te oigo todavía, pues tus palabras y tu espresion, y tu acento, y tu mirada, y tu palidez han quedado indelebiles aquí, aquí en mi corazón...

Y Guillermo se pasó la mano en el pecho, continuando en seguida:

—No puedes aborrecerme, estoy seguro de ello, porque tú eres la que me has mandado tu retrato. ¿Qué otra se podía ocupar de esto? Tú eres y me amas todavía; pero... pero!... yo te aborrezco y yo me vengaré...

Y Guillermo, como en los dias anteriores, arrojó lejos de sí el retrato; pero tomándolo al poco tiempo y colocándolo en su lugar del mismo modo que lo habia hecho en los dias anteriores con la miniatura, con la sola diferencia que ahora se habia mostrado mas sensible, mas tierno y tambien mas irritado.

Doña Porfira, puede decirse así que participó de las mismas impresiones de su hijo, porque exclamó a su vez:

—¡Ha venido aquí! lo ha perdonado! Pero... pero yo tambien me vengaré!... ¡Pobre hijo mío! ¡Venir aquí! ¡Perdonar! cuando tú eres el que en realidad debieras perdonar, porque eres el que ha recibido la mayor afrenta, el que ha sufrido el mayor agravio, al que han imposibilitado para siempre! ¡Esto es horroroso! Esto merece un ejemplar castigo... y lo sufrirá!...

No habia acabado de proferir estas palabras, cuando sintió las herraduras del caballo de paso que regularmente montaba el doctor, viéndose obligada a abandonar su punto de observacion, donde no necesitaba estar ya, porque generalmente dormia profundamente Guillermo despues de sus emociones.

La señora, preocupada de aquella idea, que la atormentaba sobremanera, tan luego como vió al médico le comunicó sus temores. El doctor Sazie se puso a reflexionar, y dijo, pensando en la conversacion que habia tenido dos o tres dias antes con el padre y el hermano de Mercedes:

—Talvez tiene usted razon, señora.

—No tan solo razon, señor, sino que creo tener la seguridad.

—Fácil es averiguarlo.

—¿Cómo?

—Nada mas sencillo: esperando que se duerma profundamente.

La señora hizo como que se ruborizaba.

—No tenga usted cuidado, señora, prosiguió el doctor; yo me encargo de la investigacion.

—Ustedes están tan acostumbrados...

—A todo, señora; ese es nuestro oficio, y no nos asustamos de nada, ni le hacemos caso a nada.

—Sí, doctor, se lo confieso: quisiera salir de esta incertidumbre, aunque para mí no lo es casi; pero me gusta conocer toda la gravedad del mal para arrostrar el peligro de frente y para saber a qué atenerme, porque en ese caso yo sabré vengarme.

El doctor Sazie frunció el entreceño y respondió con un tono de seria admiracion:

—¡Vengarse! ¿De qué, señora?

—¿De qué? ¡Del ultraje! ¿Le parece a usted poco lo que le he dicho si en realidad ha sucedido lo que pienso y lo que creo?

—Me parece lo justo, señora, y nada mas.

La respuesta del doctor Sazie no tenia réplica. ¿Qué se le podia objetar, conociendo la criminal felonía de Guillermo? Sin embargo, la señora pensaba que la ofensa que se habia hecho a una pobre costurera, aunque fuera de esa naturaleza, no merecia tanto castigo y no merecia tampoco el aire despreciativo con que la habia tratado el juez del crimen el dia anterior, porque ella podria indemnizar con plata la falta de su hijo, resarciendo el mal causado con magnánima largueza; y esto lo pensaba a pesar del desprendimiento de Mercedes, suponiéndolo ahora falso, pues como sabia el estado en que se encontraba Guillermo, no habia por este motivo querido aceptar su mano, mano que ella a su vez le habia ofrecido hipócritamente, pero que en vista del desprendimiento que manifestó, le habria cedido; mientras que ahora, que todo se habia descubierto, merecia un castigo ejemplar la astuta hipocresia de los manejos de Mercedes. Asi pensaba doña Porfira, y aunque justa la contestacion del médico, no le habia agradado nada, viéndose, sin embargo, obligada a guardar silencio por la situacion en que se encontraba, porque en otras circunstancias la altanera matrona habria sabido tomar esos aires de superioridad desdeñosa que emplean a las mil maravillas las *copetonas* santiaguinas.

Habiendo pasado un rato en que el doctor habia guardado un profundo silencio, doña Porfira le dijo:

—Talvez ya seria tiempo, doctor.

—Dejemos pasar unos minutos mas, porque si su hijo no estuviera bien dormido y recibiera una sorpresa, podria ser de malas consecuencias.

—Está bien, doctor; pero, francamente, ¿no encuentra usted que seria una desgracia irreparable y un atrevimiento sin ejemplo?

—En cuanto a que la desgracia seria irreparable, lo confieso, pues no habria remedio; pero en cuanto al atrevimiento, me parece mui lejítimo.

--¡Doctor! Hágase usted cargo de la diferencia de clases y de posiciones.

—Señora, contestó Sazie con seriedad: el crimen es crimen y no reconoce otras jerarquías que las del mismo crimen.

Doña Porfira no se atrevió a replicar: el majistrado le habia dado una leccion y el médico le daba otra; pero en su orgullo aristocrático creia que ni uno ni otro tenían razon: tal es la vanidad ridícula y las pretensiones absurdas de una sociedad que participa tanto de las ideas del héroe de Cervantes.

El doctor se paró para ir a practicar la curiosa investigación.

Un minuto despues estaba de vuelta con la sonrisa en los labios.

Doña Porfira clavó en él una mirada investigadora y llena de ansiedad, porque le era imposible descifrar qué era lo que significaba aquella sonrisa del médico.

El doctor, que no profesaba mucho afecto a doña Porfira, se sentó sin decir palabra.

La madre de Guillermo no pudo contenerse y dijo:

—¿Qué es lo que hai, señor? Sáqueme usted inmediatamente de cuidados o hágame conocer la verdad, porque prefiero las situaciones claras.

—El hijo de usted está como el dia en que nació, señora.

—¿Es posible, doctor! ¿Me dice usted la verdad? ¿No me engaña?

—Yo jamas miento, señora; y si usted pusiera en duda lo que digo, me parece que seria mui fácil que se cerciorase por sí misma.

—Lo creo, doctor: basta que usted me lo diga, respondió doña Porfira con marcado alborozo.

Ahora debe usted comprender que las virtudes y que el desprendimiento de la señorita Lopez no eran finjidos, sino reales y positivos.

—Tiene usted razon, doctor, esa niña es admirable.

—Y mas que admirable, señora, esa niña es casi divina.

—Estoi dispuesta a hacer por ella cuanto quiera.

—Las disposiciones de usted son buenas, pero me parece que le saldrán baratas, contestó el doctor con ironia.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que ella nada exige ni nada quiere.

—Yo no habia encontrado un desinterés igual en el mundo.

—Es verdad, señora; ¡y decir que hai tantas que se sacrifican por el interés, tantas que cometen bajezas y que cometen crímenes horribles, como los de esa infernal vieja de la tia Anastasia!

El doctor Sazie, sin saberlo, habia dado en el punto mas sensible de la herida. Habia puesto su escalpelo en la llaga recientemente abierta y que todavia estaba manando sangre; así es que la madre de Guillermo bajó la vista, agachó la cabeza y no respondió palabra, porque temia que Sazie, conocedor de tantos secretos, no hubiera descubierto el suyo, que el día antes habia sido revelado al majistrado por el libro de memorias de la matrona examinada, sin embargo que tenia plena fé en la integridad y en la reserva del juez, que, por otra parte, no poseia pruebas sino sospechas nacidas de apuntes no menos sospechosos.

El doctor Sazie, viendo la tristeza de la madre de Guillermo, le dijo con tono afable:

—Ustedes las señoras, que jeneralmente solo ejercen actos de caridad, no creen que puede existir tal corrupcion en el mundo; y usted, particularmente, está abismada desde que ha palpado ayer lo contrario; pero sepa usted, señora, que si el interés ha invadido e invade la sociedad, esa mujer es una escepcion, pues no se presentan muchos casos iguales.

Doña Porfira comprendió en el acto que el doctor estaba

ignorante de todo y que no habia dicho sino una de esas jeneralidades tan frecuentes en la conversacion, sin que se refieran a nadie; de manera que levantó la cabeza, hizo un signo de aprobacion y dijo al médico:

—Me ha descargado usted de un peso enorme.

—Peso, señora, que usted se habia echado sobre sí misma por su exaltacion, pero que en realidad era mui inverosímil, porque estos casos se ven raramente, y desde Abelardo hasta nuestros dias no se cuentan muchos ejemplos.

—Tiene usted razon, doctor; pero usted comprende que oyendo tales espresiones y no pudiendo averiguar a punto fijo la rara enfermedad de Guillerno, porque está envuelto su oríjen en el mas impenetrable misterio, usted comprende, repito, que mis sospechas o mis temores no dejaban de tener algun fundamento.

—Soy de su opinion, señora, y hasta yo mismo lo creí asi por un momento; pero afortunadamente no tiene usted nada que temer, y él todavia menos...

El doctor Sazie, diciendo esto, se despidió, acompañando su saludo de una maliciosa sonrisa.

IV.

La convalescencia de Guillermo seguia a pasos ajigantados, pero su carácter habia cambiado completamente: ya no era aquel jóven vivo, alegre, de maneras lijeras pero lleno de chiste, de agasajos fáciles y graciosos, de esa expansion sentimental, franca al parecer, y por lo mismo mas seductora. No era ya ese jóven que imponia, cuyo desplante y cuya audacia avasallaban encantando; no: ahora se habia vuelto grave, tétrico, taciturno, pesado si se quiere; ya no tenia esa amabilidad suave que halaga y cautiva a la vez, sino que, conservando la más esquisita política, aparecia en sociedad con esa circunspeccion, con ese frio del hombre maduro a quien ha marchitado la esperiencia y el desenga-

ño, sufriendo de tiempo en tiempo distracciones imperdonables en el individuo de buen tono y que tiene que tratar con personas que ocupan el mismo rango y cuya susceptibilidad o gazmoñería se enfada al menor descuido, al menor viso de negligencia; por esta razón decían muchos de sus amigos y los apoyaban las señoritas jóvenes, no menos admiradas de trasformación tan súbita: "Guillermo es ahora lo mismo que todos los hombres; pasó de moda instantáneamente; ya no se divierte sino que ambiciona; quiere sin duda ser diputado o ministro; de la noche a la mañana se ha hecho el mas ardiente partidario de don Manuel Montt; ya no viene a las tertulias, no se junta con nosotros, sino que busca los hombres de peso, los hombres graves, y parece que este nuevo papel le sienta mejor que lo que le iria actualmente el de calavera, porque ha envejecido considerablemente de pocos dias a esta parte." Estas eran las conversaciones de los amigos de Guillermo, que apoyaban la mayoría de las señoritas santiaguinas, diciendo muchas de ellas: "Talvez estará pensando ya en casarse," lo que no les desagradaba en realidad, y alentaba sus esperanzas; pero si hubieran sabido el origen de su mal y lo que pasaba por él, ninguna habria aceptado la mano del aristócrata joven.

La existencia de Guillermo era todavia mas triste que lo que aparecia en sociedad, donde estaba obligado a componer su semblante; pero allá en el interior de su alma sentia una negra desesperacion, desesperacion que él combatia tratando de aturdirse, por cuya razón habia tomado los asuntos políticos con febril ardor, creyendo que en esa vorágine de pasiones opuestas y de intereses encontrados, hallaria, si no la calma, al menos el olvido de lo que mas lo atormentaba; porque, si bien Guillermo habia recuperado el juicio, no habia podido arrancar el remordimiento ni borrar de su memoria la afrenta, sino que por el contrario y a medida que trascurria el tiempo, estas dos heridas se ahondaban y se hacian mas dolorosas.

Guillermo quería y aborrecía a Mercedes. Esa alma pura había llegado a horadar el vicio, había penetrado hasta aquel corazón de mármol, había deshecho el hielo de esa montaña cubierta de las eternas nieves de la indiferencia; y el Lovelace que se burlaba y reía de todas las mujeres, sin que lo conmovieran ni sus caricias ni sus lágrimas, estaba vencido: amaba; pero a ese amor sucedíase el odio, el odio por el castigo que había recibido, por la indeleble afrenta que le había hecho; pero no podía conciliar aquella venganza y aquel amor de parte de Mercedes; pues estaba íntimamente persuadido, a pesar de lo que le habían dicho, que la terrible escena de la quinta de Yungai se llevó a cabo a instigaciones de ella; y sin embargo, había venido a su casa, lo había perdonado, lo había sanado y le había mandado su retrato! Esta contradicción no la comprendía, produciendo en él también sentimientos opuestos y contradictorios. Guillermo, como hemos dicho, amaba y aborrecía a Mercedes; hubiera experimentado una delicia inmensa con su posesión, y acto continuo la habría muerto, y en ambas cosas habría sentido placer: anomalía que no es muy difícil hallar en el mundo y en las pasiones de los hombres; pero afortunadamente ni el uno ni el otro deseo llegaría a efectuarse, porque la imagen de Guillermo habíase borrado por completo en el pecho de Mercedes y ni siquiera quedaban cenizas apagadas de aquel fuego, pues las había aventado lejos el soplo de un eterno olvido.

Esta lucha tenaz que se veía obligado a soportar hora a hora había sido la causa, como lo hemos referido, de afiliarse en uno de los partidos, y como despreciaba todo lo que era pueblo y ahora tenía motivos para aborrecerlo, eligió el bando de los pelucones, es decir, de los conservadores, de todo lo que hai de retrógrado y de vetusto, tanto en religión como en política, y la casa de Guillermo se había transformado en club, donde tenían lugar las reuniones y los conciliábulos de los principales miembros de aquel bando que to-

davía pesa de una manera tan funesta sobre los destinos del país, porque es el sostenedor decidido de las preocupaciones mas absurdas, emanadas de su orgullo y de su ignorancia.

Guillermo, aunque joven, habia llegado a ser el miembro mas activo, mas poderoso, mas decidido de aquel círculo; y con escepcion del candidato para la presidencia, era considerado como el mas influyente y principal de los caudillos, hasta el punto de suponer que ocuparia un lugar en el nuevo gabinete, que se formaria sin duda alguna a la instalacion del nuevo jefe del estado. Esta creencia jeneral tenia sus justos motivos en que fundarse, porque este joven estaba en todas partes, prodigaba el dinero con profusion y con cordura a la vez, sabiendo sacar el mejor partido de los hombres y de las circunstancias, diciéndose ademas que poseia toda la confianza del señor Montt, el que, en caso de llegar al codiciado puesto, no podia menos de premiar tantos y tan oportunos servicios; pero como Guillermo era hombre de fortuna, se suponía que seria colocado en uno de los mas elevados puestos, en uno de esos empleos honoríficos que se dan y se aceptan por vanidad, no entrando sino por muy poco el lucro.

Todo el partido pelucon trabajaba con empeño: jugaba una partida decisiva de vida o de muerte, y cada uno de sus miembros ponía su contingente de fuerzas para alcanzar la victoria.

Otro tanto hacia el partido liberal al que estaba afiliado Enrique; y el joven obrero no desplegaba menos enerjia y menos actividad que su enemigo el joven patricio, con la diferencia que Enrique no odiaba a nadie, no tenia animosidades de ningun jénero y solo anhelaba el triunfo de sus ideas, combatiendo los obstáculos y nada mas, tratando de salvar las barreras que se le oponian por todos los medios posibles, pero sin pensamiento de hacer mal; y sin embargo, a medida que se acercaba el tiempo de la eleccion del señor Montt y que el mayor número de probabilidades

estaba por el triunfo del candidato oficial, mas se exaltaba Enrique y mas decidido estaba para entrar en accion.

V.

No es nuestro ánimo relatar la historia de estos acontecimientos políticos, sino que nos vemos obligados a hacer referencia de ellos y del espíritu que jeneralmente animaba a los bandos, por la parte de accion que les cupo en ellos a nuestros personajes.

Enrique asistia a todas las reuniones y deliberaciones de los liberales, salvo aquellas donde estaba el elemento conspirador y revolucionario, a las que tenian entrada mui pocos, pero de donde salia la voz de mando, porque ahí era donde se reunian todos los hilos de aquella inmensa oposicion.

Enrique no se escondia de su padre ni para obrar, ni para hablar, ni para pensar; al contrario, iban muchas ocasiones los dos juntos a presenciar las deliberaciones de los jóvenes, a ver las medidas que tomaban y a oir los patrióticos discursos que se pronunciaban, tomando de vez en cuando la palabra Enrique con ese reposo, con esa serenidad del hombre pensador y enérgico, del hombre de accion y del hombre de ideas, de aquel que no habla con el fin de brillar sino con el fin de ser útil; de manera que jeneralmente cuando el joven obrero tomaba la palabra la asamblea entera guardaba un profundo silencio, siendo arrastrada por aquella elocuencia natural y sin pretension alguna que casi siempre impone y convence.

El veterano de la independencia, el padre de Enrique, que no era, como hemos dicho, extraño a estas reuniones, se encontraba mui a sus anchas y mui satisfecho en medio de aquella juventud que lo festejaba a porfia, tanto por el mérito de su hijo cuanto por el suyo propio; pero cuando oia hablar a Enrique, cuando era testigo de sus triunfos, cuando

presenciaba la consideración que tenían por él los miembros mas caracterizados y mas influyentes del partido, entonces le costaba al viejo soldado contener sus lágrimas, la satisfacción rebosaba en su pecho y tenia que hacer esfuerzos inauditos para no mostrar aquella debilidad de que talvez no habria dejado de reirse algun mozalvete; pero cuando llegaba a su casa se indemnizaba de la reserva que se habia visto obligado a guardar, contando a Marta y a su hija lo que habia visto y oido y cuanto le habia hecho gozar Enrique.

Marta y Mercedes participaban del entusiasmo del padre, sin estar acordes con sus opiniones, porque temian que Enrique fuera a comprometerse.

—Y aun cuando se comprometiera, respondió el veterano; ¿acaso los hombres se han hecho únicamente para estar en la casa? Todos estamos obligados a defender nuestra patria y a trabajar por su prosperidad: yo apruebo en todo la conducta de mi hijo y en su lugar yo haria lo mismo. Y tambien lo he hecho, señora, agregaba el militar con cierto orgullo; tambien lo he hecho y he espuesto mi pellejo en muchas ocasiones, sin que me arrepintiera entonces y sin que me arrepienta ahora, pues lejos de arrepentirme me agradaba y me agrada.

—Tú eras militar, amigo mio, y tenias que obedecer.

—Enrique tambien es ciudadano y debe trabajar por el bien de su pais.

—No digo yo que no trabaje; ¡pero tú sabes lo que son las revoluciones!

—Las revoluciones cuando son necesarias hacen bien; ¿quieres tú que nos gobierne un tirano?

Y el viejo militar seguia hablando con mayor calor y se enervorizaba mucho mas a medida que seguia la discusion; el pobre hombre habia sufrido la influencia de los jóvenes oradores de la libertad, y aplaudia a su hijo y le encontraba razon en todo, sia pensar en los compromisos que podia contraer y en los peligros que podia correr.

Enrique era todo fuego, era todo esperanzas, y la pasión secreta que lo animaba centuplicaba sus fuerzas; y en los pocos momentos que le dejaban sus ocupaciones, porque por convicción no había querido abandonar su trabajo a pesar de poderlo hacer sin detrimento alguno, pues ya contaba con un pequeño ahorro, en esos pocos momentos, decimos, efectuaba prodigios, de los que quedaban sorprendidos sus compañeros, granjeándose cada día más la confianza y la estimación de los jefes del partido.

Un día fué llamado Enrique por uno de los miembros principales y fué introducido a la sala de las deliberaciones donde se encontraban reunidas un gran número de personas y entre ellas muchas a quien no había visto siquiera en las reuniones públicas. Allí vió por primera vez militares de alta graduación que sin duda no se atrevían a presentarse en público. Había también graves personajes enrolados con los jóvenes; pero entre unos y otros reinaba la mayor circunspección, diferenciándose mucho aquella sesión por la seriedad imponente, de las que solían tenerse en público o en privado entre los más caracterizados del partido.

Reinaba un profundo silencio cuando entró Enrique, y un militar, que hacía las veces de presidente o que lo era en realidad, dijo al joven con pausado tono:

—Tenga usted la bondad de sentarse.

Enrique obedeció sin decir palabra.

Todas las miradas estaban fijas en él; pero el joven sin intimidarse paseó su mirada tranquila por toda aquella asamblea en la que reconoció a muchos camaradas como Bilbao y otros.

La hermosa presencia de Enrique, su actitud tranquila que demostraba a las claras valor e inteligencia, la distinción de sus modales, los informes que sin duda alguna tenía de él aquella reunión, todo contribuyó a granjearle inmediatamente la voluntad de las personas que no lo conocían, pues ya se había adquirido la de los otros; así es que el jefe

de la sociedad, después de un momento de silencio, dirigió la palabra al joven en estos términos:

—Reconocemos a usted como uno de los miembros mas activos, mas útiles y mas decididos de la estinguida *Sociedad de la Igualdad*; y como, a pesar de las arbitrariedades del poder, esta sociedad subsiste siempre, porque los buenos principios han de prevalecer, la junta directiva de ella, que ahora se ve obligada a trabajar en secreto, ha decidido llamar a usted para que tome parte en sus trabajos, en sus peligros, en sus esperanzas y en sus remuneraciones. No exigimos otra cosa que la voluntad, quedando de consiguiente usted libre para aceptar o no aceptar nuestras proposiciones con la condicion única de que, como hombre de honor, en caso de una negativa de su parte, no revelará usted jamas ni la existencia, ni los fines, ni los miembros que componen o que están presentes en esta reunion.

—Señor, contestó Enrique con su calma de siempre: yo he venido voluntariamente, he obrado voluntariamente y si los propósitos son los mismos que los anunciados antes, soi con ustedes voluntariamente y pueden desde luego contar conmigo en todo y para todo: ahora respecto a no revelar los secretos, ya sea de los fines, ya sea de las personas que tratan de alcanzarlos y cuyo principal número se me dice que está aquí, doi tambien mi palabra de honor que jamas serán revelados.

—No esperábamos menos de usted, joven, porque han sido tan satisfactorios los informes que hemos recibido respecto a usted, que no vacilamos un momento en aceptarlo, llamarlo y confiarle nuestros secretos.

—Doi a usted las gracias, señor, y trataré de hacerme acreedor a la confianza que se han dignado acordarme sin merecerlo.

—Sabrá usted, prosiguió el presidente de aquella misteriosa reunion, que tenemos relacion con toda la república y que no hai pueblo, por insignificante que sea, que no esté

conmovido, que no esté resuelto a sacrificarse por obtener la libertad de que no hemos gozado todavía.

—No lo dudo, señor.

—Contamos, pues, prosiguió el presidente, con todos los elementos para triunfar. Desde Concepcion hasta Atacama, el país, en su gran mayoría, es con nosotros. Tenemos buenos candillos, bravos y viejos militares entre los que está el ilustre jeneral Cruz, jefe aguerrido, prudente, sabio y muy republicano, que no vacilará o diremos mas bien, que está resuelto a ponerse a la cabeza de nuestros batallones en caso que fuese necesario entrar en lucha; pero queremos evitar el vernos obligados a llegar a este extremo, queremos ahorrar la sangre de nuestros enemigos y la nuestra, porque la guerra casi siempre es un mal; sin embargo, si nuestros adversarios nos compelen a ella por su tenacidad y sus pretensiones, estamos resueltos a aceptarla, porque no queremos que se hollen por mas tiempo las prerogativas de los pueblos, que se burlen de nuestros derechos como hombres y como ciudadanos y que no tengamos jamas libertad.

—Nada mas justo, señor.

—Así es, amigo mio; pero antes de echar mano de medios violentos, es preciso hacer uso de los medios mas pacíficos: esta es mi opinion.

Todos los concurrentes agacharon la cabeza en señal de afirmacion, incluso Enrique.

—Un atrevido golpe nos dará el triunfo sin que corra una sola gota de sangre.

—He dicho, señor, que se puede disponer de mí.

—Cuento con ello y a cada uno de nosotros nos tocará nuestra parte de accion: el plan es sencillo y consiste solamente en apoderarse de las personas que componen el gabinete y de unos ocho o diez individuos de los mas influyentes en el partido. Dueños una vez de estas personas, el país es nuestro, el triunfo de la libertad es seguro, porque en el mismo dia se formará un gobierno provisorio al que

obedecerán en el acto todos los intendentes y gobernadores de provincia, y que subsistirá únicamente hasta que el pueblo, independiente y libre, emita su sufragio con conciencia, y si nuestros enemigos salen electos, los acataremos, porque serán el resultado manifiesto de la voluntad nacional que ha estado constantemente anulada, pero que es indispensable que subsista alguna vez tanto por ponernos en armonía con la lei que nos rige y que nunca se ha puesto en planta, cuanto porque de allí depende el engrandecimiento de la nacion y el bien de nuestros conciudadanos.

Palabras de unánime aprobacion se hicieron oír en toda la asamblea.

El orador continuó:

—La dificultad consiste únicamente en poner de nuestra parte a los cuerpos de línea acantonados en Santiago y esto está casi hecho, casi convenido, al menos yo respondo completamente del batallon mas aguerrido y mas temible, el Valdivia. Con este solo batallon seria suficiente para vencer; pero he dicho que se debe evitar el que corra sangre y esto es casi seguro que segundarán el movimiento los demas cuerpos, al menos tengo muchos datos para creerlo así; mas, aun dado caso de que faltase alguno, éste seria arrollado por los demas y se rendiria sin disparar un tiro.

—Bien, bien, dijeron muchos.

—El éxito es seguro, pero se necesita la cooperacion de todos para que cada cual ponga en juego sus influencias y la accion sea tan unánime, tan simultánea, que no deje la menor probabilidad de defensa a nuestros enemigos, viéndose obligados a someterse por completo. Ahora, mi joven amigo, continuó el presidente, queremos que el pueblo tome la parte que le corresponde, y aun cuando pudiéramos obrar sin él y conseguir el resultado que esperamos apoyándonos en la fuerza, sin embargo, como trabajamos por el triunfo de las buenas ideas, como nuestro fin es establecer los principios democráticos y republicanos, queremos que el pueblo

decida y ejecute, que entre de una vez en el ejercicio de sus derechos; y como no ignoramos la influencia que usted ejerce entre los artesanos, lo hemos llamado a usted para que se ponga a la cabeza de ellos y se vea claramente que el golpe de mano que estamos dispuestos a dar, no es un simple motin militar, sino el resultado de la voluntad nacional, el resultado de la opinion jeneralmente pronunciada contra la tirania que nos rige, contra el despotismo que nos gobierna, y que tratan de perpetuar. Ahora, amigo mio, ¿quiere usted ser con nosotros? Nos hemos abierto completamente; usted sabe nuestro plan y nuestros propósitos y está usted libre de aceptarlo o de rechazarlo. Si acaso no es conforme con sus ideas, o si tiene que hacer algunas observaciones, las oiremos con gusto.

- -Estoi, señor, en todo punto de acuerdo con sus opiniones, con sus propósitos, lo mismo que con la adopcion del plan; pero agradeciendo la confianza que depositan en mí, es de mi deber manifestar que ustedes se han formado una idea mas alta de mi influencia para con mis compañeros de trabajo, y que, aun estando decidido a emplear todas mis fuerzas, salga, sin embargo, frustradas sus esperanzas.

—Nos basta su promesa, es lo único que exigimos; pues dado caso que usted no arrastrase a ninguno de sus compañeros, estamos mui contentos de poder tener a usted en nuestras filas; y yo, a nombre de la sociedad, le doi las gracias por su decision, dándonos a todos un ejemplo de patriotismo.

—Señor, creo no merecer elogios, porque no hago ni he hecho nada de extraordinario: cumplo solo con mi deber.

—El que cumple con su deber es un buen ciudadano y esto basta. Ahora lo que necesitamos es obrar pronto y activamente porque si llegaran nuestros enemigos a tener sospechas siquiera de nuestros pensamientos, frustrarian nuestros planes anticipándonos, es decir, dándonos a nosotros el golpe que nos hemos propuesto darle a ellos; de

consiguiente, cada uno de los individuos que nos encontramos presentes tiene hoy y mañana solamente para obrar en su esfera de acción y pasado mañana en la noche del diez y nueve al veinte estará decidido el destino del país. Es inútil que les recomiende a todos y a cada uno en particular el mayor sigilo y la mayor prudencia, porque de ahí depende el éxito; de lo contrario, nuestra desgracia es segura, correremos grandes peligros y lo que es peor, perderemos la mas bella oportunidad de hacer la felicidad de la república. Con que, hasta pasado mañana en la noche. El punto de reunion será la plaza de Armas y el santo: Dios y LIBERTAD.

Los conjurados se dispersaron... Enrique era ya un conspirador.

VI.

Al día siguiente nuestro joven obrero se puso en campaña y fué a verse con todos sus amigos hablándoles con la mayor reserva y la mayor prudencia, no revelándoles sino lo que convenia, para, en caso que se frustrase la tentativa, no causar a la sociedad el menor compromiso, ni el menor peligro a ningun miembro de ella, reservando completamente los nombres de las personas que lo componian y a quienes conocia en no pequeño número.

Ese día, como es de presumirlo, no asistió Enrique a la fábrica, sino que fué solo un momento para hablar a algunos de sus compañeros y en seguida se dirigió a varios otros establecimientos donde tenia relaciones. La actividad que desplegó y las simpatias con que contaba, facilitaron de tal manera la operacion que, en la tarde del diezinueve, antes de la caída del sol, ya contaba con mas de cien individuos, número que una vez comprometido, arrastraria a la totalidad de los artesanos cuando paseasen su bandera por las calles de Santiago al grito de ¡viva el pueblo! viva la libertad! viva la república!

A la hora acostumbrada, pero habiendo practicado ya todas sus diligencias, llegó Enrique a su casa mas contento que de costumbre, manifestándose mui cariñoso con su madre y hermana, como para disculparse de la falta que cometia, no revelándoles el secreto que le habian confiado y el compromiso que habia contraído.

Durante la cena el veterano se entretuvo en hablar con Enrique sobre política hasta cerca de las once de la noche, hora en que Marta y Mercedes se fueron a recojer dejando al padre y al hijo de sobremesa, yendo el primero a buscar otra botella de vino para prolongar aquella conversacion que le agradaba.

Enrique habia pensado comunicarle el compromiso en que estaba, pero al mismo tiempo vacilaba, previendo que su padre se opondria por el temor que le sucediese algo; sin embargo, le parecia indispensable obrar con su consentimiento, ya que no se atrevia a pedírselo a la madre, estando seguro de una terminante negativa que lo hubiera puesto en el grave conflicto o de faltar a su palabra o de desobedecer a Marta que era lo que mas respetaba en el mundo.

Cuando Enrique dijo a su padre el compromiso en que se encontraba, el viejo militar se puso pensativo: aquello era ya demasiado serio y podia traer fatales consecuencias; pero al fin salió de su meditacion, diciendo:

—Has obrado mal, Enrique, en no ponerte de acuerdo con tu padre antes de empeñar tu palabra: esto era deber y cordura; deber, en cuanto por tu edad no estés todavia emancipado de la autoridad paterna y no lo estarás mientras nosotros vivamos, porque nos liga una lei superior a todas las leyes, la del afecto que nos une; y cordura, en cuanto yo tengo mas experiencia en estos asuntos, pues he visto muchas cosas y desgraciadamente he hecho algunas campañas a causa de ellas.

—¡Entonces usted desapruueba!

—Yo no apruebo ni desapruebo estas cosas, porque no sé de qué lado esté la razon, ni cuál sea en realidad la ganancia; pero lo que no me agrada es tu determinacion; sin embargo, si estás comprometido, es preciso marchar: a un hombre no le es dado en ningun caso faltar a su palabra; pero al menos desearia yo acompañarte.

—¡Acompañarme!

—Sí, hijo mio, para protejerte y en caso de desgracia morir juntos.

—¡Morir juntos! ¿Qué está usted diciendo, padre mio? Me han asegurado que no habrá el menor peligro.

—Eso se dice y muchas veces se cree de buena fé, pero jeneralmente sucede lo contrario.

—Motivo de mas para que usted no vaya.

—¿Cómo!

—Sí, señor, motivo de mas; porque suponiendo que algo aconteciera de grave, ¿quién consolaria a mi madre y a mi hermana?

—¿Y crees tú que alguien las consuele si te sucede alguna desgracia?

—Creo que me sentirian muchísimo; pero si los dos...

—Te entiendo, te entiendo, hijo mio... vé pues, y yo seré el que realmente se sacrificará.

—Gracias, padre mio: usted tiene el alma resignada y fuerte de un santo, y el corazon leal y atrevido de un valiente.

—Ahora, hijo mio, te encargo la prudencia, no por tí, sino por nosotros: piensa en tu madre, en tu hermana, y no olvides a tu padre.

Y el veterano de la independencia le echó los brazos a su hijo rompiendo en sollozos y diciéndole al mismo tiempo:

—Ya es hora, Enrique, ve a cumplir tu palabra y ojalá sirvas a tu patria.

Y el jóven mui conmovido lo abrazó tambien besándolo con ternura.

El militar se serenó como de improviso y desprendiéndose de los brazos de Enrique, le dijo de una manera resuelta:

— Cuando es llegado el momento, el hombre debe ser hombre. Delante del peligro no se llora sino que se chorea; y voto al diablo, que así lo he hecho yo muchas veces con el mejor resultado; sigue mi ejemplo, a Dios...

Y el veterano empujó a Enrique con brusquedad.

Cuando desapareció el joven, cuando se cerró la puerta tras de él y dejó de oír sus pasos, el viejo militar cruzó sus robustos brazos sobre el pecho y un raudal de lagrimas brotó de sus ojos...

Así permaneció durante mucho tiempo como esperando que su hijo volviera, hasta que al fin se sentó en una silla, apoyó su frente en una de sus manos y dijo:

— Ya no viene, ya estará muy lejos: ¡si no lo volviese a ver! y este pensamiento lo hizo estremecerse, estando a punto de tomar su gorra y seguir tras de él; pero, ¿dónde encontrarlo ya? Además, él se había comprometido a quedarse en casa para el cuidado y para el consuelo de su mujer y de su hija: era necesario obedecer, era necesario resignarse...

— Yo me alarmo quizá sin motivo, exclamó interiormente el alférez Lopez, porque Enrique me ha dicho que no había lugar a temer. Por otra parte, aun cuando hubiera un encuentro, aun cuando se diera una batalla, estoy seguro de volver a ver a mi hijo, porque Dios no puede permitir que me lo quiten y que se lo quiten a su madre y a su hermana, porque su madre es una santa y su hermana es un ángel. Sí, tengo seguridad de que vivirá: hai algo aquí en el interior que me lo dice y que me lo promete... Esperemos.

Y el viejo militar se dirigió hacia su cama: era ya mas de las cuatro de la mañana... Marta y Mercedes dormían tranquilas como duermen la virtud y la inocencia, descansando de sus emociones pasadas, creyendo que ya habían

desaparecido los peligros y que al día siguiente no tendrían nada que sufrir. ¡Confianza del hombre! El no sabe, no puede saber lo que sucederá un minuto mas allá de su presente! y sin embargo, afirma y confía, asegura y decide! Y casi siempre viene el desengaño inmediato a echar por tierra sus cálculos, a frustrar sus combinaciones, a trastornar sus esperanzas. ¡Pobre Marta, pobre Mercedes, ellas ignoraban lo que todavía tenían que sufrir!...

Mientras tanto, Enrique había llegado al punto de reunión donde estaba sobre las armas y en son de combate el batallón Valdivia. Allí encontró a muchos de sus compañeros, y varios otros que iban llegando se plegaron a él. Enrique se acercó con su grupo a la persona que había hecho de presidente dos noches antes en la sesión secreta, y le dijo:

—Señor, aquí están mis compañeros y yo, dispuestos todos a defender la santa causa de la libertad que es la causa del pueblo; ordene usted lo que debe hacerse y obedeceremos.

* Todos los artesanos aprobaron las palabras de su improvisado jefe, gritando: "Sí, señor, aquí estamos y obedeceremos." Viva Enrique! dijeron a una los cuatro carpinteros que habían trabajado con él en la hacienda de San Jorge y que pocos días antes habían llegado. El grito de ¡viva Enrique! fué repetido por los demás obreros; pero Enrique conmovido por aquella pública manifestación de aprecio y de confianza que le hacían, les dió las gracias, y quitándose en seguida la gorra y parándose sobre uno de los bordes de la pila, dijo a sus compañeros:

—Habeis venido a trabajar por la libertad; formando una parte del pueblo, vivemos, pues, por la libertad y vivemos por el pueblo. Ahora lo que queremos son obras y no palabras; ¿estais decididos a derramar vuestra sangre, en caso que sea necesario, para sostener vuestros derechos y para conquistarlos de la tiranía que los tiene usurpados?

Un sí prolongado, inmenso, el sí de una multitud entusiasta, dejóse oír en el acto; y Enrique fué levantado en palmas de manos.

Un jóven a los veinte o veintiun años, por mui maduro que tenga el juicio, por mucho que haya reflexionado en su vida, no es jamas indiferente a las emociones vivas aunque transitorias que hace nacer el aura popular... Enrique experimentó esa especie de fascinacion y hubo un momento en que se creyó llamado a desempeñar un gran rol, sobre todo cuando se encontró acariciado y rodeado de los jóvenes mas prominentes de la *Sociedad de la Igualdad* y que el oculto presidente de ella le dijo: "Usted es uno de nuestros principales miembros; de hoy en adelante su lugar estará entre los primeros, y no dudamos que usted llegue a los mas elevados puestos del país si conseguimos reformarlo, obteniendo ahora el triunfo de nuestros principios, porque entonces gobernará el mérito y no el favor, gobernará el pueblo y no la aristocracia y habrá una esperanza para todas las condiciones sociales, pues estará abierto el camino para todos y podremos decir en Chile a cada uno de nuestros conciudadanos lo que decia Napoleon a sus ejércitos: "Cada soldado frances lleva en su cartuchera el baston de mariscal." Por el momento, mi querido jóven, es preciso esperar: aguardamos que se nos reunan las demas fuerzas para obrar.

Enrique era jóven, demasiado jóven, y quedó sumamente complácido de aquella aprobacion y de aquel elogio, no por vanidad, no por orgullo, sino porque iba directamente al lleno de sus aspiraciones, porque le era permitido estender mas allá su vista y mirar mas arriba. La imájen de Luisa habia cruzado por su mente; y en medio de aquel aparato de guerra, de la música marcial, de los gritos de entusiasmo febril, en medio de todo aquel laberinto que precede a un combate, en medio de las impaciencias, de los furores, de las imprecaciones, del licor que se daba a la tropa, en medio de todo esto el alma de Enrique habia volado a otra

region y casi no oía ni veía lo que pasaba a su alrededor. ¡Enajenación pura y sublime del amor, que desprendiéndonos de la tierra nos trasporta hacia un eden donde todo es néctar, donde todo es goce, donde todo es luz!...

Durante algunas horas quedó inactivo el batallón Valdivia en la plaza de armas, esperando su jefe, el valiente coronel Urriola, que se reuniera alguna otra fuerza; pero viendo aparecer el día sin que se notara el menor movimiento y que algunos emisarios no volvían, se creyó sin duda traicionado; pero confiando en la pericia y bravura de su batallón, se decidió a obrar con él, distribuyendo algunas armas al paisanaje, y se dirijieron al cuartel de artillería que creían les abriría en el acto sus puertas; pero en vez de esto encontró ya una tenaz resistencia, que trató en vano de vencer, replegándose con sus viejos y temibles soldados en la calle inmediata al cuartel para tratar de apoderarse de él por el interior llamando la atención al frente.

Pero ya los hombres del gobierno, advertidos a tiempo, se habían puesto en movimiento. Se tocaba jenerala en todos los cuarteles, se ponían sobre las armas los otros batallones de línea al mismo tiempo que los milicianos, se colocaron piezas de artillería en el palacio, y los granaderos a caballo estaban ya montados: la revolución del 20 de abril de 1851 había fracasado y no había la menor esperanza de éxito; sin embargo, la juventud y la tropa luchaba para tomarse la artillería, porque allí estaban todas las municiones, y una vez dueños de ellas, el aspecto de las cosas cambiaba completamente; así es, que se trajeron materias inflamables para incendiar los techos y las puertas y tomarla al asalto; pero ya era tarde: aquel puñado de valientes era imposible que resistiese al número que lo asediaba por diferentes partes, sobre todo cuando una bala vino a dar fin con el arrojado jefe que los mandaba.

La alameda era la que hacía frente al cuartel: estaba sembrada de cadáveres, y el Valdivia también había sufrido

algunas bajas; pero como cuerpo disciplinado y aguerrido, permanecía siempre en su puesto, hasta que al fin vióse obligado a capitular.

Enrique habia mostrado un valor indómito, siendo el primero en el asalto y esponiéndose, a pesar de la recomendacion de su padre, a todos los peligros; pero no quiso jamas tomar la tea de incendiario; y cuando vió la operacion, sin reprobar ni aceptar la maniobra, se hizo a un lado: era el instinto del deber, el instinto de la verdadera valentia el que obraba en él.

Al mismo tiempo que Enrique corria todos los peligros, habia otro jóven que los buscaba con ansia, viéndosele aparecer el primero en las filas y el primero que marchó al lado del presidente Bulnes cuando fué a inspeccionar la posicion y fuerza del enemigo: este jóven era Guillermo de...

En uno de esos encuentros en que él marchaba con un arrojo inaudito delante de los milicianos que lo seguian, porque el valor impone y se hace simpático, en uno de esos encuentros se halló cara a cara con Enrique, que lo miraba fijamente como a un hombre cuya fisonomia se ha olvidado, pero que se recuerda; sin embargo que Enrique lejos de recordarla la tenia mui presente, y por eso habia clavado en él su fuerte mirada; pero Guillermo tan luego como lo percibió, dió un paso atras, poniéndose en seguida en vergonzosa fuga, fuga que imitaron los soldados; pues no comprendiendo la causa, creyeron que acontecia algo de extraordinario y de terrible, puesto que abandonaba el campo un jóven que habia mostrado un valor indómito y hasta temerario.

Guillermo, al encontrar a Enrique, al encontrar aquella mirada fija, fria y amenazante en su desden, experimentó una de esas sensaciones que producen ese pánico involuntario de que una vez apoderado el hombre nada puede vencer; asi es que todo el pensamiento de nuestro aristócrata fué solo escapar. Estas contradicciones, dirémoslo asi, de la

naturaleza humana, son mui frecuentes y no pueden fácilmente explicarse; ¿por qué razon Guillermo, que buscaba la muerte, que era el primero en las filas, que poco antes miraba impasible el peligro, huia ahora despavorido a la vista de un solo hombre? Pero este era el hecho; y a no ser apoyada por nuevas fuerzas que venian a retaguardia, la compañía que mandaba Guillermo se habria deshecho completamente; pero volvió al ataque, aunque sin su valiente jefe, que fué recojido sin sentido pero sin lesion alguna, trasportándolo inmediatamente a su casa; sin embargo, aquel ataque no fué de larga duracion, pero hizo todavia mas misántropo su carácter, a pesar de los cuidados de la madre, de los halagos, alabanzas y promesas de todo un partido que veia en él a uno de sus principales miembros.

Todo el mundo sabe cómo terminó aquel descabellado motin, del que hemos tomado algunos incidentes a causa de la parte que cupo en él a algunos de nuestros personajes, pues en tanto que Guillermo era conducido a su casa rodeado de respetos y consideraciones, Enrique era llevado a la penitenciaría en medio de insultos y humillaciones de todo jénero: al primero le aguardaba la gloria del poder; al segundo talvez la ignominia del patíbulo: así es en muchas ocasiones la justicia humana.

VII.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, pasaba una escena triste en el conventillo de la calle de San Pablo. La vieja Marta, que se levantaba temprano, viendo que no aparecia Enrique a la hora de costumbre, fué al cuartito del jóven y quedó sorprendida al ver que su cama no estaba deshecha, lo que probaba evidentemente que Enrique no habia pasado la noche allí, cosa que nunca habia sucedido. Alarmada por la ausencia de su hijo, fuése inmediatamente a despertar a su marido para comunicarle un hecho tan es-

traordinario. El viejo militar se incorporó en la cama a la voz de su mujer, restregándose los ojos como para sacudir la pesantez de sus párpados, que no hacia mucho tiempo se habian cerrado, preocupado con la suerte que correria su querido Enrique; pero apenas contestaba a las preguntas de Marta cuando su oido de soldado creyó apereibir la detonacion de una descarga de fusileria, y exclamó asustado:

—¿Has oido, Marta?

—¿Qué cosa?

—Espera un momento. Y fijó el oido, absorbiendo toda su alma en solo este sentido.

Un ruido imperceptible para cualquier otro, pero mui distinto y mui conocido para el viejo militar, lo hizo saltar de la cama con la agilidad de un niño y vestirse precipitadamente, casi sin hacer caso de su querida compañera, que lo miraba con estrañeza y susto a la vez y que no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué es lo que hai, Domingo?

—¿No has oido?

—Sentí como un golpe lejano.

—Sí, se están batiendo; estoi seguro de ello: esa ha sido una descarga de una mitad y ahí debe estar Enrique!...

—¿Qué es lo que dices?

—Que tenemos revolucion. Dame mis pistolas y mi sable: despáchate.

Marta no se movió: estaba casi fuera de sí.

—Te he dicho que me dés mis pistolas, repitió el militar con tono resuelto; y yendo él mismo a tomar el sable, se lo puso a la cintura.

—¿Pero dónde vas?

—¿Qué pregunta! Voi a ponerme al lado de Enrique; ¿que no sabes que está comprometido?

—No!

—Pues yo tampoco sabia nada, sino que anoche solamente me lo dijo él.

—¿Y lo dejaste partir?

—Qué querías que hiciera! Tenia comprometida su palabra; pero ahora no es el momento de explicaciones: dame mis pistolas.

—No; no vayas, Domingo... tu mujer te lo pide...

—¿Pero y nuestro hijo?

—Es verdad, es verdad! ¡Ah! si yo hubiera sabido!

—Marta! todavia puedo llegar a tiempo; déjame ir. Sin el encargo de él, yo estaria ahora a su lado.

—¿Cómo sin el encargo de él?

—Añoche me dijo que era necesario que yo me quedara para...

—¿Para qué?

—Para que ustedes no se asustaran... ¡Y yo me dejé persuadir!...

Se oyó en ese momento una descarga mas fuerte, que hizo estremecer a Marta y que decidió al veterano a marcharse... En ese mismo instante entraba Mercedes acompañada de Santiago, que decia:

—¡Revolucion, revolucion! Se están batiendo en la Alameda!

—Y Enrique está ahí, repuso Domingo con tono resuelto; ¿quieres acompañarme, Santiago?

—¡Enrique se ha metido en la revolucion! Pues bien, señor, vamos, repuso el zapatero, y lo salvaremos o moriremos con él.

—No hables de morir, replicó el veterano, viendo el efecto que estas palabras producian en su mujer y en su hija, pues es seguro que volveremos todos sanos y salvos: yo me entiendo en este asunto; quédense ustedes tranquilas.

—Anda, Domingo, pero sin armas: te pido este favor...

—¡Sin armas! En un caso como éste! cuando se están batiendo! ¿Estás loca, Marta? No es la primera vez que me he puesto en campaña, y nunca se te ha ocurrido dejarme partir sin mi espada!...

—Pero ahora te lo suplico, Domingo, ya que no sigues el consejo de nuestro hijo.

El veterano se quedó pensativo, y sin decir palabra quitóse el sable que tenia ya puesto a la cintura, tomó su gorra de galon, como simple insignia de su grado, y partió, recomendando antes a su mujer y a su hija que no salieran de casa ni cometieran la menor imprudencia, pues, en su concepto, no habia mucho que temer.

La primera cosa que hicieron la madre y la hija, cuando se quedaron solas, fué prosternarse ante las imágenes de su culto para pedir a Dios por la conservacion de los seres a quienes mas amaban.

Domingo Lopez y Santiago el zapatero, en cuanto estuvieron en la calle, prendieron la carrera con direccion a la Alameda, que era el punto en donde se batian, segun lo habia oido decir el último; pero una nueva descarga le hizo decir al veterano, que por el ruido calculaba la distancia, como acostumbrado su oido a medir el espacio por el sonido:

—Si el tiroteo es en la Alameda, es mui arriba, allá por la iglesia de San Francisco; tenemos que correr mucho. Y marcó el paso, haciendo a su compañero la observacion siguiente, sin dejar de andar: tomemos el trote, amigo mio, porque como vamos no alcanzariamos a llegar, pues talvez nos caeriamos muertos de cansancio; vamos solamente al paso de carga, que es mas liviano, aunque no tan rápido, pero con el cual se salva sin fatiga una gran distancia: yo conozco estas cosas.

Cuando desembocaron a la Alameda vieron mucha jente que corria en tropel hácia arriba, y a pesar de ser bastante temprano, el número de personas de todo sexo y de toda edad era considerable.

El alférez Lopez y Santiago seguian su marcha sin detenerse, pero oyendo de paso lo que decian unos y otros.

El fuego de fusileria habia cesado lo que probaba que uno u otro partido habia triunfado; sin embargo, el vetera-

no marchaba siempre; pero habiendo encontrado algunas compañías de milicianos que volvían, preguntó a un oficial qué era lo que había.

—Está todo concluido, amigo, contestó el oficial, mirando al viejo alférez de arriba abajo, como para reconocer a qué bando pertenecía; y luego añadió: el coronel Urriola ha muerto y el Valdivia ha capitulado; tenemos muchos prisioneros; la mortandad ha sido considerable, particularmente en el paisanaje; pero por fortuna todo ha terminado bien y ha vencido la buena causa, la causa del orden, la causa del gobierno.

Al oír Domingo Lopez el anuncio de que habían muerto muchos paisanos, una palidez mortal se pintó en su semblante; pero guardó silencio, sin continuar interrogando al oficial, porque conoció que pertenecía al bando opuesto al que seguía su hijo.

—Santiago, amigo mío, me siento desfallecer, dijo el veterano al joven zapatero, apoyándose en su brazo.

—Animo, señor, ánimo, pueda ser que no haya sucedido nada y que se haya escapado o se encuentre entre los prisioneros.

—Enrique no es hombre de escaparse, Santiago; la única esperanza es que lo hayan hecho prisionero; pero si hubiera muerto! ¡Dios mío! yo no podría vivir!... ¡Y qué sería de mi mujer y de mi hija!

—No crea, señor, que Enrique ha muerto; es imposible. Ustedes son tan buenos y tan virtuosos, que Nuestro Señor, lejos de castigarlos, los ha de premiar.

—Santiago, tus palabras me dan ánimo, porque me dan esperanza; vamos adelante.

No habían andado una cuadra cuando divisaron un grupo inmenso de jente que se encaminaba hacia ellos. En medio de aquel grupo distinguíanse las bayonetas de los infantes y un escuadrón de caballería que los rodeaba. Inmediatamente dijo Domingo Lopez a su compañero:

—Mira, Santiago, allí en el centro vienen los prisioneros: ojalá se encuentre Enrique entre ellos, porque entonces habría esperanzas...

—Vamos a cerciorarnos.

—La dificultad será penetrar; pero haremos todo empeño.

Y el antiguo sarjento de granaderos a caballo o el moderno alférez se encaminó resuelto hácia la muchedumbre, abriéndose paso con sus poderosos hombros hasta que consiguió llegar casi al mismo centro, donde fué detenido por la tropa; pero siendo de elevada estatura, lo mismo que Enrique, consiguió verlo a la distancia, y con su voz poderosa, sobreponiéndose al ballicio de la jente y al ruido de las armas, lo llamó.

Enrique conoció aquella voz, volvió la vista hácia el lado de donde venia y tuvo la felicidad de ver a su padre, saludándole con la cabeza y con la mas cariñosa sonrisa, porque no podia levantar sus brazos, pues estaban fuertemente ligados por la espalda.

El veterano experimentó una felicidad indecible: aquella felicidad que se siente a la vista de un ser amado cuando se ha creído no verle mas y se le encuentra inopinadamente.

La marcha de la tropa y de los prisioneros era lenta por el innumerable jentio que obstruia las calles, y Domingo Lopez pudo seguir en línea paralela con su hijo, aunque a una distancia en que no podian hablarse pero que nada les impedia de verse y esto era ya una satisfaccion mui grande para ambos.

Los prisioneros no fueron conducidos inmediatamente a la penitenciaría, donde sin duda serian destinados, sino que los llevaron a la cárcel para tomar sus declaraciones y seguir con toda lijereza la causa a cada uno de ellos; para segun el grado de culpabilidad que tuviesen, aplicarles la pena.

La vista de Domingo Lopez tranquilizó sobremanera a

Enrique, pues aun cuando no temia por sí, comprendia la angustia de su familia al ignorar su-paradero, mientras que ahora sabiéndolo, si bien se affijirian, al menos no sufririan las penas de la incertidumbre, figurándose un fin mas desgraciado.

Al entrar a la prision el veterano tendió los brazos a Enrique, diciendole:

--Hijo mio, yo te salvaré.

El jóven desapareció tras las gruesas puertas de la cárcel, que se cerraron en el acto de haber entrado en su seno todos los prisioneros.

VIII.

Domingo y Santiago volvieron al hogar doméstico tan satisfechos como si fueran portadores de la mas feliz nueva; pero como tenian la certidumbre que Enrique vivia y como habian sido atormentados por el temor de su muerte, consideraban su prision como una dicha verdadera.

En cuanto los apercibieron Marta y Mercedes, que se encontraban en compañía de Eloisa y de Teresa, que habian venido a consolarlas, les salieron al encuentro, y la interrogadora y perspicaz mirada de Marta conoció en el acto que nada habia sucedido de grave; sin embargo, ella y Mercedes hicieron simultáneamente la misma pregunta:

--¿Y Enrique? Dónde está Enrique?

--No hai por qué asustarse contestó el veterano, pues Enrique está bueno y sano.

--¿Por qué no ha venido entonces con ustedes?

--¿Por qué! Por qué ha de ser! ¿Te parece a tí que en esta clase de juegos no arriesga uno nada?

--¿Y qué es lo que ha sucedido?

--Lo mejor que podia acontecer.

--¿Pero qué es lo mejor?

--Lo mejor hubiera sido escaparse indudablemente; pero

Enrique no es de los que huyen, (y el veterano se retorció su bigote gris con satisfaccion) así es, señora, que ahora nuestro hijo se encuentra prisionero de guerra.

—¡Enrique está preso!

—Ni mas ni menos, amiga mia; pero no hai cuidado, yo lo salvaré. Yo iré en persona a verme con S. E. el presidente de la república, y estoí seguro que conseguiré su perdón.

El viejo alférez ignoraba lo que son los partidos y la política de círculo: él creia, como le habia sucedido muchas veces en sus numerosas campañas, que despues de la batalla ya no habia enemigos, siendo el prisionero tratado como un camarada a quien solo se le exijia el no volver a tomar las armas.

De todas las personas que habian oido la narracion de Domingo Lopez, una de las que mas se habia afectado, exceptuando a Marta y Mercedes, habia sido la jóven Eloisa, que pálida y silenciosa escuchaba cuanto decia el viejo alférez, sin revelar la emocion interior que experimentaba y sin pronunciar una palabra sobre la resolucion interior que formara, pues habia concebido instantáneamente el proyecto de libertar a Enrique devolviéndolo a su familia, cualquiera que fuese el sacrificio que le costase la realizacion de aquella atrevida empresa, y la sola idea del éxito, el solo pensamiento de completar la obra que habia comenzado, la entusiasmó a tal punto, que casi llegó a considerar como un acontecimiento feliz la prision de Enrique, porque le proporcionaba la ocasion de ser todavia útil, pues ella no se confesaba a sí misma que obraba quizá en su interior otro sentimiento que no fuera el deseo o la esperanza de rehabilitarse con sus buenas acciones.

El cambio repentino de Eloisa, su aire casi festivo y esa tranquilidad de espíritu que se experimenta y que se comunica a los demas, contribuyó mucho a calmar los temores de Marta y de Mercedes, temores que el viejo militar no

experimentaba, porque tenía encasquetada la idea que solo le bastaría presentarse ante el jeneral Búlnez, que aun no habia dejado el mando, para obtener en el acto la libertad de su hijo.

Al dia siguiente el veterano de la independencia se puso en marcha hácia el palacio de la Moneda, vestido con su traje militar, cubierto el pecho con sus condecoraciones ganadas en los campos de honor y con su nueva insignia de alférez que hacia poco tiempo recibiera.

A pesar de la marcial fisonomía de Domingo Lopez, lo bajo de su grado militar hizo que no lo consideraran como lo merecia en realidad, en las antesalas del presidente, cuando se presentó a solicitar una audiencia, pues el edecan dió la preferencia a muchas otras personas que habian llegado despues de él; pero el viejo alférez aguardó con paciencia, consiguiendo al fin ser introducido.

El jeneral Búlnez miró al pobre militar con esos ojos escudriñadores que tratan de averiguar en el semblante lo que desea el individuo antes que abra sus labios, y le dijo con tono afable, al ver las condecoraciones del veterano, señalándole a la vez un asiento:

—¿En qué puedo servir a usted, amigo mio?

Domingo Lopez permaneció de pié, sin aceptar el asiento que tan cortesmente le ofrecia el presidente de la república, y contestó, llevándose su mano a la frente en conformidad al saludo militar que jeneralmente emplea el soldado al hablar con sus jefes y como hacia poco tiempo que habia salido de esa esfera para pasar a la de oficial, conservaba todavía aquellos hábitos.

—Vengo, mi jeneral, o mi presidente, quiero decir, a solicitar una gracia de S. E.

—Hable usted.

—Solicito la libertad de mi hijo.

—¿De su hijo! ¿Qué es lo que ha hecho su hijo?

—Nada de malo, mi jeneral; una calaverada de muchacho

—¿Cuál es esa calaverada?

—Se metió en la revolucion de ayer y ha sido hecho prisionero; pero como yo puedo salir garante a S. E. de las buenas intenciones del muchacho, vengo a pedir su libertad.

—¡Buenas intenciones llama usted las de hacer una revolucion, las de perturbar el orden, las de tratar de derribar a un gobierno lejitimamente constituido!

—Sí, señor; yo aseguro a S. E. que mi hijo ha tenido buenas intenciones, y salgo desde luego de su fiador, porque lo conozco.

—¿Es decir que usted tiene tambien esas mismas buenas intenciones, desde el momento que lo apoya?

—¡Cómo nó, escelentísimo señor!

El jeneral Búlnes no pudo menos de reirse de la sencillez del veterano, conociendo por este mismo hecho su ninguna culpabilidad.

—¿Y cómo se llama el hijo de usted? preguntó con aire cariñoso el presidente.

—Enrique Lopez, un servidor de S. E.

—¡Buen servidor! escelente! con servidores de esa naturaleza estaria yo despachado hace mucho tiempo al otro mundo.

Y la hilaridad del jeneral era mayor.

—No cree S. E.! mi hijo es un buen ciudadano.

—Voi a ver: tengo aquí una lista de los conjurados.

Y don Manuel Búlnes se puso a leer aquel papel que tenia sobre su escritorio y que estaba lleno de anotaciones. Cuando hubo concluido miró otra vez con fijeza al veterano y le dijo:

—Imposible, amigo mio; su hijo es lo que hai de mas atrevido y pernicioso: él ha sido uno de los mas exaltados y valientes de la revolucion, y con veinte hombres como ese, no habria en el pais gobierno posible.

—Señor, aseguro a S. E. que calumnian a Enrique.

—¡Cómo que lo calumnian! Los datos que hai sobre él son fidedignos. Los informes que tengo a la vista vienen de personas que han presenciado los hechos. Su hijo de usted no solo es uno de los principales conspiradores, uno de los jefes del bando opuesto, uno de los cabecillas mas activos y mas encarnizados, sino que ha sido el mas resuelto y el mas valiente en la lucha, pues sin él no habria corrido tanta sangre ni habria sido necesario tanto sacrificio; de consiguiente, por mas buena voluntad que tenga hácia usted, no quedará él sin el merecido castigo, pues es preciso que se hagan algunos ejemplos para que no sucedan con tanta frecuencia escándalos como éste, para que cesen de una vez estas revoluciones que atrasan, denigran y ensangrientan al país.

El pobre padre estaba aterrado, y el intrépido militar temblaba como un niño: aquel hombre que habia desafiado los peligros en tantas ocasiones, se encontraba ahora sin ánimo y no tenia casi valor para responder una palabra.

El jeneral Búlnes tuvo compasion, y le dijo con dulzura:

—No soi yo, amigo mio, el que debe juzgar a su hijo, y por desgracia es uno de los mas comprometidos, pero yo haré de modo que se minore el castigo: vaya usted tranquilo.

—Mi jeneral, yo he conocido a S. E. niño en las gloriosas luchas de la independencia; y por esa especie de fraternidad del soldado, la fraternidad del peligro, ruego a S. E. perdone a mi hijo... lo imploro de rodillas, mi jeneral.

Y el veterano se hincó delante del presidente.

Don Manuel Búlnes, conmovido de ver a sus piés aquel viejo militar, cuyas varoniles facciones demostraban a primera vista al indómito guerrero, puso su mano sobre el hombro del alférez diciéndole:

—Le doi a usted mi palabra que haré lo que pueda por salvar a su hijo, atenuando en cuanto esté en mi mano el fallo de los jueces; pero me es imposible en el momento

darlo en libertad; con todo, yo le respondo de su vida.

—Gracias, mi jeneral: yo sé por experiencia que los valientes son siempre compasivos, y usted ha sido bastante lo primero desde que nació para que deje de ser ahora lo segundo.

Esta alabanza, dicha con toda naturalidad por el veterano de la independencia, lisonjeó el amor propio de don Manuel Búlness, que, después de levantar a Domingo Lopez, lo hizo sentarse, para conversar familiarmente con él, preguntándole por todas las campañas que había hecho y los combates en que había figurado.

—¿Y usted es solo alférez? dijo el presidente cuando hubo escuchado la verídica narración del militar.

—Hace poco, señor, y solo por la gracia de S. E.

—Ahora recuerdo... Sí, me hablaron sobre el sarjento Domingo Lopez. Bien, amigo mio, vaya usted tranquilo...

Y el presidente de la república tendió la mano al pobre militar, mano que éste llevó a sus labios, considerándola como la protectora y salvadora de su hijo.

Al día siguiente de esta entrevista, entró un ordenanza al conventillo en busca del alférez don Domingo Lopez; y así como pocos meses antes había un soldado de la escolta llevándole los despachos de alférez, así ahora le entregaban un papel que contenía su promoción a teniente. Esta elevación rápida e inesperada produjo un buen efecto en la familia Lopez, no por el honor y aumento de sueldo, sino porque este hecho era la mas evidente prueba de que el presidente de la república se interesaba en la suerte de Enrique, pues no concebía cómo podía premiar al padre castigando al hijo.

IX.

El proceso contra los revolucionarios se seguía con actividad. Enrique había sufrido varios interrogatorios, pero en todos ellos había respondido terminantemente que, si bien era verdad que conoció a muchas personas que habían to-

mado parte en aquel movimiento, no revelaria jamas sus nombres. En vano le habian amenazado con el mas riguroso castigo y aun con la muerte misma, o le habian ofrecido el indulto y hasta la libertad por tal que vendiese a sus correligionarios políticos, porque tanto lo uno como lo otro habia producido el mismo efecto, no cambiando su noble determinacion ni la esperanza de la libertad ni el temor del castigo; y esta tenacidad del jóven, a mas de lo comprometido que estaba por sí mismo, a mas de los cargos que pesaban ya sobre él, habia irritado extraordinariamente a los jueces, a tal grado que, a pesar de las recomendaciones del presidente, fué condenado a muerte.

Don Manuel Búlness, que no queria faltar a su palabra, pero que, por otra parte, no queria tampoco desagradar a sus amigos, hizo llamar a Domingo Lopez y le manifestó el compromiso en que se encontraba, aconsejándole que disuadiese a su hijo de una tenacidad que lo perdia indudablemente, hasta el punto que él casi no podia hacer nada en su favor, pues todos estaban en su contra.

—Yo he hecho, añadió, todo imposible, y lo único que he conseguido es un salvo-conducto para que usted lo vea y le diga que su declaracion es de mera fórmula, porque ya se conocen todas las personas: así es que se sacrifica inútilmente.

Domingo Lopez partió con el salvo-conducto, pero con el corazon traspasado: iba a tener el triste placer de ver a su hijo, pues llevaba la seguridad de que Enrique rehusaria hacer la menor revelacion, porque él en un caso igual habria obrado del mismo modo que obraba su hijo.

Presentado el salvo-conducto, fué inmediatamente introducido al solitario calabozo de su hijo, retirándose al centinela por órden del oficial de guardia a una distancia conveniente para vijilar al reo sin oir lo que hablaban.

Padre e hijo se abrazaron sin proferir palabra... Dado este primér desahogo a la afeccion y a la naturaleza, Enri-

que se informó de todo cuanto se relacionaba con él, sin olvidar la mas pequeña particularidad y hasta los menores sentimientos que habian experimentado en su familia. Satisfechas estas exigencias naturales del cariño, pensó en sí y en su situacion y preguntó a su padre cómo habia conseguido penetrar hasta él. El teniente de hacía pocos dias, le contó todo cuanto le habia sucedido y el encargó con que venia.

Enrique miró a su padre y le dijo estas solas palabras:

—En un caso igual al mio, ¿haria usted lo que me aconseja?

—No, hijo mio; pero... pero piensa en tu madre y en tu hermana; piensa en mí tambien...

—Yo he pensado en todo, mi querido padre; he llegado hasta arrepentirme de mi temeridad. Conozco que he obrado mal al comprometerme sin su consentimiento, y me parece que lo que estoi sufriendo es un castigo merecido por mi presuncion. Yo he pensado todavia en mas, en mas, padre mio... ¿pero seria justo que, por libertar a ustedes de un sufrimiento y a mí de la muerte, fuera a llevar el luto y la desolacion a muchas otras familias? No, padre mio; no querria yo vivir a ese precio, ni créo que ustedes querrian conservarme así!... Una mancha de esta naturaleza me mataria mas pronto que el hacha del verdugo, y sobre todo una mancha así, me impediria pensar en... en vos y en mí... porque me consideraria degradado, porque no podria ser hombre...

—Tienes razon, hijo mio; yo no te aconsejaré jamas que obres mal; sufre la pena, cualquiera que ella sea, pero no faltes jamas a la humanidad; porque, como tú mismo dices con mucha justicia, llevaria tu declaracion el luto y el espanto a otras familias; y al honor, porque la palabra dada, cuando esta palabra no implica un crimen, debe siempre respetarse... Yo estoi seguro que tu madre y hermana, a pesar de su dolor, aprobarán tu conducta, prefiriendo que

sacrifiques tu vida y la de ellas, con tal de que conserves la de los demás.

Pero, hijo mío, se me ocurre un medio sencillo que puede obviar en parte las dificultades, es decir, que puede salvarte sin comprometer a nadie.

—¿Cuál, padre mío?

—Mira, piensa un momento, no te alarmes de lo que voy a proponerte, sino que te pido únicamente que reflexiones; y si la proposición que voy a hacerte la encuentras razonable, como lo es en efecto, no la deseches por escrúpulos o por una sensibilidad que iría mas allá de los límites de la verdadera prudencia.

Ve, Enrique: yo soy viejo: pocos años mas me quedarán de vida; mi muerte, en caso que llegara a suceder, lo que no espero, no causaría el menor trastorno, conservándote...

—Basta, padre mío: ya sé donde usted quiere venir a parar.

—¿Dónde?

—En que usted ocupará mi puesto y yo el suyo. En que usted encontrará medios de hacerme evadir, quedándose en mi lugar.

—Es la verdad; pero no te alarmes: reflexiona que esta supercheria produciría un bien sin sombra de mal, porque debes suponer que no habría juez en el mundo que me condenase: primero, porque yo no era el verdadero culpable; segundo, porque un padre que salva a su hijo es mas bien digno de alabanza que de castigo; y tercero, porque contaría con el apoyo del presidente de la república, que se ha mostrado tan bueno conmigo.

—No acepto, padre mío, no acepto: me daría vergüenza libertarme a costa del menor sacrificio suyo, lo creería cobardía, y usted me ha enseñado a no ser cobarde; lo creería bajeza, y usted me ha dicho de ser siempre digno.

—Pero, hijo mío, ¿no ves que de la otra manera me sacrificas mas? ¿No comprendes que mi sufrimiento será ma-

yor viéndote a tí espuesto a la muerte, que el que yo puedo experimentar con algunos lijeros contratiempos que me orijinaria la medida que te aconsejo adoptar? Y por otra parte, ¿dónde estaria tu cobardia, dónde tu bajeza, cuando no era todo ello otra cosa que secundar un plan mio, concebido por mi cariño y mandado ejecutar por mi autoridad?

—Usted puede convencerme, padre mio, pero no persuadirme; usted puede hacer enmudecer mis labios, pero no acallar el grito de mi conciencia, que me dice: no, no, mil veces no. Un scisma, señor, puede desviar la intelijencia y hacer que adopte un sistema distinto al que antes se tenia; pero el corazon es mas leal, mas verdadero, y cuesta mucho para que se le engañe, y ese corazon me dice a gritos de desechar, de no dar oido a sus palabras, de no aceptar sus proposiciones.

—¡Con que no hai medio de convencerte! ¡Con que no hai medio de argumentar contigo!

—Usted sabe mui bien, padre mio, que lo hai y que ese medio existe, pero cuando es justo y razonable. Mia no es la culpa, señor, si pienso asi, porque mi santa madre ha formado mi corazon, usted mi juicio y el señor don Toribio de Guzman ha venido a completar la obra que ustedes habian comenzado; ¿cómo quiere, pues, que yo reniegue ahora de mi oríjen, que yo vaya en contra de tan nobles tendencias?

El teniente volvió a echar los brazos a su hijo: mientras mas descubria el mérito de aquel jóven, mas sentia el perderlo, y su angustia crecia en proporcion a su cariño y a la admiracion que, sin pretenderlo, le arrancaba.

Viendo al fin que todo empeño de su parte seria inútil para hacer bambolear aquella alma tan fuertemente aferrada a sus convicciones, se despidió tristemente, pero no sin haber perdido la esperanza de salvarlo, o de que, por lo menos, se le conmutara la pena en algun destierro, a donde él y su familia lo seguiria.

De vuelta a la Moneda hizo presente a don Manuel Búlnes lo que le habia pasado y las reflexiones justas que le habia hecho su hijo y que él mismo, como padre, le habia apoyado, no ocultándole al jeneral ni la propuesta de evasión que le hiciera, las razones en que la habia apoyado y la tenaz resistencia que encontrara.

Esta franqueza elevada de parte del militar, esta magnanimidad de parte del jóven agradó al jeneral, aunque contrariaba de todo punto a las miras de su política y a los intereses del partido que se habia propuesto defender; sin embargo, dijo al nuevo teniente:

—Ya le he dado a usted mi palabra de que haria todo empeño por salvar a su hijo, y en efecto lo he hecho, aunque con poco éxito; pero ahora le empeño de nuevo esa misma palabra de que la sentencia de muerte que pesa sobre su hijo no se llevará a cabo, cuéstemme lo que me cueste.

Esta afirmacion resuelta del jefe del estado tranquilizó al veterano, pues estaba seguro que un militar de honor no faltaria nunca a sus compromisos, y se despidió del presidente, si no satisfecho, al menos tranquilo sobre la existencia de su hijo, exigiéndole ademas el permiso de que lo pudiese ver su familia durante los dias que demorara en aparecer la sentencia del tribunal donde debia ir en apelacion el duro fallo de la corte marcial que juzgaba a los reos, lo cual le fué concedido por una vez al dia bajo la palabra de honor del veterano de no buscar medio alguno para que se evadiese el reo, respondiendo él con su cabeza: proposicion que hizo sonreir al viejo teniente, porque no tenia el menor fundamento, pues él voluntariamente habria dado en el acto su vida por salvar la de su hijo.

Inútil es pintar el gusto mezclado de pesar que experimentaria la familia Lopez cuando penetró en el calabozo de Enrique, quien la recibió con muestras del mayor regocijo, ni mas ni menos como si la viera en su tranquilo hogar y se encontrara él libre de toda preocupacion de espíritu, de

toda amenaza sobre su persona, de todo amago sobre su existencia.

Eloisa se habia introducido tambien tímidamente en la comitiva, y Marta y Mercedes la dejaron que las acompañase con gusto, al ver de cuántos peligros aquella buena amiga los habia libertado sin exigir la menor remuneración y esponiéndose ella a mayores, pues la venganza de la tia Anastasia debia ser mas temible que una sentencia de muerte, porque una amenaza de esta mujer era lo mismo que vivir muriendo.

Eloisa, al ver a Enrique experimentó una impresion de dolor que se vió obligada a ocultar, porque ella no tenia, puede decirse asi, ni siquiera el derecho de llorar sobre la suerte de un individuo completamente extraño y a quien debia considerar con la mayor indiferencia por convencimiento propio; porque, en realidad, ¿qué contacto, qué relación podia existir entre él y ella, a no ser el de la mera urbanidad o el del favor que dias antes les prestara? Eloisa quedóse, pues, retirada, dandó lugar a que Marta, Domingo y Mercedes lo estrechasen contra su corazon; pero Enrique, sin desasirse de los brazos que tan dulcemente lo oprimian, estendió su mano a Eloisa, diciéndole: "Tambien usted ha querido venir a ver a un prisienero: es un placer bien triste."

—Sí, mui triste, pero que no cambiara por todas las felicidades de este mundo.

—Usted tiene mui buen corazon, Eloisa, respondió Enrique, sin soltar la mano de la jóven; usted nos ha salvado la vida y es natural que se interese por la suerte de aquellos que le deben la existencia de que gozan: conczco la delicadeza de este sentimiento y sé de dónde proviene: en jeneral, lo que nos cuesta mayores sacrificios es lo que mas se estima, y en muchas ocasiones llega a ser lo que mas se quiere.

—Asi es, en efecto.

—Gracias, Eloisa, gracias; Dios le dará la merecida re-

compensa, ya que a nosotros no nos es dado ir mas lejos que nuestra gratitud; pero cuente usted que ella será eterna.

—Señor, dijo la arrepentida jóven, sollozando, yo soi la que recibo el favor. ¡Si ustedes supieran cuánto bien me han hecho, cuánto me hacen y cuánto me harán todavía!

—Nosotras, hija! dijo Marta interviniendo; nosotras te lo debemos todo y tú no nos debes nada.

—No está lejos, señora, el dia en que ustedes lo sepan, y entonces lo comprenderán y me harán justicia.

—Bueno, bueno; ya veremos, dijo Domingo Lopez, con su sonrisa triste y amable; pero mientras tanto, aprovechemos el tiempo que nos queda para ponernos de acuerdo y ver el modo de salvar a este calavera, porque en cuanto a hacerlo fugar es imposible, pues yo he empeñado mi palabra y no falto jamas a ella. Puede ser mui bien que esta sea la primera y la última entrevista que tengamos, y es necesario ver los recursos con que contamos para abrir la campaña que yo ya he iniciado no con tan mal éxito, porque al fin es algo conseguir cuando se ha obtenido la seguridad de que se respetará el *pellejo*, y el permiso de poder visitar a tan temible revolucionario; pero nos queda todavía que hacer mucho; pues, segun me parece, no saldrá este caballero tan intacto de su primera escaramuza.

—Seria conveniente, dijo Mercedes, escribir al señor don Toribio de Guzman y a la señora doña Juana, como tambien a Luisa, porque son personas mui influyentes. Al primero puede dirigirse Enrique y a las segundas me dirigiré yo.

—Bien pensado, hija mia, y es preciso poner desde luego manos a la obra y que mañana mismo partan las cartas, porque si llegan antes de la sentencia, pueden influir en la deliberacion; y si despues, que no sea tan escetivo el rigor de ella.

Marta dijo que no tenia mas patronos y protectores que sus santos, pero que en ellos tenia mas confianza que en todas las potestades del mundo, porque lo que no se obtenia

la intervencion de Dios no se conseguia con los hombres.

Solo Eloisa no pronunció una sola palabra; y sin embar-
mientras los otros hablaban, revolvía en su cabeza
chísimos planes, sin pararse todavía en ninguno, pero
ordándolos para madurarlos mejor.

Una semana duraron, poco mas o menos, las visitas que
riamente y durante una hora hacia la familia Lopez a
rique, acompañándola constantemente Eloisa y algunas
es Teresa, hasta que el sétimo día el oficial de guardia
que ya no se podia ver mas al reo, porque estaba sen-
ciado y habia marchado a cumplir su condena.

—¿Y cuál ha sido la sentencia? preguntó el viejo tenien-
el jóven capitan que en ese momento le hablaba.

—La ignoro, señor, todavía; pero todos los reos han mar-
do a la penitenciaría y entre ellos creo que hai algunos
idenados a muerte.

Esto último alarmó extraordinariamente a Marta y a Mer-
ee, sin contar a Eloisa, que siempre ocultaba sus im-
siones; pero Domingo se vió obligado a tranquilizarlas
vamente, diciéndoles que un militar como el jeneral
lues no faltaba jamás a lo que habia prometido, porque,
ependiente de su sagrada palabra de soldado, debía te-
la de rei, que, una vez dada, podía sin temor contarse
ella; y como en una república el presidente no era otra
a que el rei en una monarquía, estaban todos en la obli-
cion de prestarle entero crédito, y que él estaba tan per-
dido de lo que decia, que iba inmediatamente a palacio,
uro de que Enrique no habia sido de aquellos sobre
enes cayera la última de las sentencias.

La seguridad del viejo soldado, seguridad que dió ánimo
idos, calmó en parte la mala impresion producida por la
icia que acababan de recibir, retirándose a su casa mas
aquilas, mientras que Domingo Lopez se encaminaba a
norada presidencial.

En esta ocasion no tuvo mucho tiempo que perder, porque no le hicieron hacer una larga antesala, introduciéndolo al salon de recibo ordinario, casi tan luego como fué anunciado.

El jeneral Búlness estaba sentado frente a una gran mesa cubierta de papeles, mesa que existe todavia y en la que han despachado ya grandes negocios tres presidentes.

Al momento de presentarse el nuevo teniente, aunque viejo campeon de la patria, el jeneral, señalándole un asiento, le dijo que aguardara un instante y siguió hojeando algunos papeles. Terminada la operacion se dirigió a Domingo Lopez, haciéndole observar que, a pesar de sus esfuerzos y de sus buenos deseos, no habia conseguido minorar el castigo; pero la pena de muerte a que habia sido condenado desde un principio habia sido conmutada en cinco años de penitenciaria.

—Ahora, amigo mio, agregó el presidente, es preciso resignarse; pero esta resignacion será corta, porque puede mui bien existir un indulto cuando ocupe la silla el nuevo magistrado que en poco tiempo mas debe rejir los destinos de la república, y no seré yo uno de los que menos se empeñe en conseguirlo; y así como he cumplido a usted mi palabra anterior, a pesar de la oposicion que me he visto obligado a vencer, cumpliré la otra que le doi ahora; pero por el momento me es imposible ir mas allá.

No se podia hacer la menor objecion a las palabras del jeneral, porque se conocia que era ya un partido resuelto: así es que el sensible padre se vió precisado a retirarse con el pecho oprimido de angustia, pues el tiempo le parecia mui largo y la cárcel, mui dura y mui impropia para un jóven como Enrique cuya moralidad y pureza de costumbres, cuya elevacion y cuyos hábitos no tenian nada de semejantes con los que tienen regularmente las personas que por sus crímenes ocupan aquel lugar donde rebosa el vicio y del que ha hecho la maldad su asiento favorito; sin embargo,

antiguo veterano dió las gracias al presidente, marchándose en seguida.

Tardó algun tiempo Domingo Lopez en regresar a su casa, porque presentia el pesar que semejante nueva causaba a la familia: con todo, era preciso que al fin lo supiesen tomó su resolucíon; pero Marta y Mercedes estaban ya venidas por Eloisa, la que les habia dicho que si no lo llenaban a muerte ella se encargaba de su libertad, saliendo de la prision, cualquiera que fuese el tiempo a que le fuera sido destinado, así es que la mala noticia que traía al veterano no produjo el efecto tan temido que creia iba a producir, sabiendo en seguida el motivo porque su mujer y sus hijas no se asustaban, participando él mismo de igual confianza, pues tenia la experiencia de los prodijios hechos por Eloisa, a la que consideraba como el ángel tutelar de la familia, que desde algun tiempo velaba por ella.

Cambio de domicilio.

I

El estado en que se encontraba Mercedes casi no podía ya ocultarse; y sin embargo, la inocente niña continuaba ignorándolo, habiendo solo comunicado a su madre aquella rara enfermedad que cada día parecía aumentarse sin saber el motivo.

La pobre Marta, perpleja y sin saber tampoco cómo revelar a su hija el mal de que adolecía, tuvo que usar de los medios mas ingeniosos para dejar intacta aquella flor de pureza, haciéndole a la vez conocer las circunstancias críticas en que se encontraba; ¡pero qué es lo que no puede, lo que no inventa y lo que no alcanza el cariño de madre!

La sorpresa de Mercedes fué inmensa, y de tal naturaleza, que era una mezcla de sentimientos contradictorios, una amalgama de dolor y de placer, de desesperacion y de esperanza, de angustia y de alegría. Ella habria dado su vida por no encontrarse así; y si alguien hubiera querido libertarla de aquel estado, tambien la habria dado por conservarla: principiaba en ella la misteriosa elaboracion de la maternidad, esa lei eterna, manantial inagotable de una constante creacion, mezcla de la mayor delicia y del mayor dolor, y a la que están sujetos todos los seres del orbe conocido y talvez de los orbes desconocidos. ¡La maternidad, este arcano impenetrable por el que se revelan en parte los ocultos designios de Dios; este eslabonamiento sucesivo y constante por el cual se suceden las jeneraciones unas a

otras en sus distintas especies; este lazo que une a la humanidad en jeneral haciendo desaparecer o confundiendo todas las razas; este vínculo que no solo nos liga a nuestros padres, sino que viene abrazándonos con sus filamentos ocultos, desde el primer hombre hasta nosotros, y desde nosotros hasta el fin de los tiempos, si es que llega ese fin incomprensible para nuestra mente, porque no alcanzamos a concebir el aniquilamiento absoluto; este fenómeno, decimos, del cual dependen todos, está rodeado para la joven madre, que lleva en su seno la futura y pasada simiente, de dulces cuidados, de desvelos incesantes pero deliciosos, de solicitud tierna, de esperanzas embriagadoras, de amor puro, delicado, anjelical; y Mercedes, así como las demas criaturas, estaba sujeta a esa lei eterna de la Providencia infinita; de suerte que principiaba a sentir las mismas emociones que, con mas o menos fuerza, en conformidad a su organizacion respectiva, experimenta cada uno de los seres!...

Marta, viendo que era imposible ya disimular por mas tiempo a los ojos de los demas el estado de su hija, y queriendo que se ignorase siempre la desgracia que le habia cabido, porque no basta para el honor de una mujer el tener pura y virgen el alma, sino que es necesario que tambien aparezca el cuerpo sin mancha, pues de lo contrario la virtud mas acrisolada está espuesta a la sospecha vergonzosa, a la ofensa injusta y talvez al sarcasmo cruel; Marta, decimos, llamó a su marido para conferenciar con él y proponerle un medio de escapar a la difícil y embarazosa situacion en que se hallaban.

—Es indispensable, Domingo, dijo la prudente Marta, que abandonemos estos sitios en que hemos pasado nuestra juventud, donde han nacido nuestros hijos y en los cuales hemos tenido dias tan serenos y felices así como momentos de la mas terrible angustia.

—¿Por qué, querida Marta, deseas abandonar estos lugares que tú misma sientes dejar?

—No ves, amigo mio, que el embarazo de Mercedes se hace cada dia mas perceptible.

—Y bien! ¿Tiene ella acaso la culpa?

—Sin duda que no, pero es preciso ocultarlo a los indiferentes o a los estraños. Tú comprenderás bien a cuántos comentarios; a cuántas suposiciones, mas o menos erróneas, mas o menos calumniosas, a cuántos chismes mas o menos ofensivos, no estaríamos espuestos, tanto ella como nosotros.

—Tienes razon, Marta, siempre tienes razon. Soi, pues, de tu mismo parecer.

—Entonces es preciso cambiar cuanto antes de domicilio, escojiendo un barrio apartado y si es posible que todo el mundo ignore el lugar de nuestra residencia para no vernos espuestos a encuentros desagradables. Las únicas personas a quienes podemos dar parte porque están en el secreto, porque son buenas, porque nos son adictas y porque les debemos y nos deben servicios, no teniendo por consiguiente nada que temer de su parte, las únicas personas, repito, en que podemos tener confianza, son Eloisa y Teresa, a quienes confiaremos nuestro secreto.

—Está bien, ¿quieres que ahora mismo vaya a buscar una pieza o una casita en un barrio apartado?

—Prefiero una casita, Domingo, ya que tenemos los medios de hacer algun gasto mayor, y la prefiero, no por vanidad de ocupar un alojamiento mas vasto o mas cómodo, sino por la soledad, por el sijilo, por el misterio de que debe rodearse durante algunos meses a nuestra querida hija.

—La dificultad de encontrar una casa como la que necesitamos no me parece tan grande; ¿pero cómo haremos para que no sepan nuestra mudanza los inquilinos del conventillo, teniendo como tenemos que sacar nuestros muebles?

—Te encuentro razon, amigo mio; esta es una dificultad porque, por afeccion, ya que no por otro móvil, pueden seguirnos y averiguar donde nos hemos mudado, y entonces nuestro plan fracasa frustrándose nuestra combinacion.

—¿Qué hacer, pues?

—Lo pensaremos y ya encontraremos el medio; mientras tanto voi a llamar a Eloisa y a Teresa para comunicarles nuestro proyecto y puede ser muy bien que la primera descubra algún expediente ingenioso que allane la dificultad; yo tengo mucha confianza en el talento y penetración de esa niña, así como en su bondad.

Marta, sin rodeos, y con esa sencillez elevada que la hacía tan respetable y tan simpática, comunicó a las dos amigas de su hija el proyecto en que estaba y el fin con que lo hacía.

Las dos jóvenes lloraban en silencio al escuchar la palabra conmovida de la vieja Marta cuando les explicaba el objeto de su mudanza. Había en aquella confesión dolorosa tanta grandeza, tanta humildad, tanta resignación y tanta virtud al mismo tiempo que tanto sentimiento, que los sollozos de ambas jóvenes crecían en proporción que Marta con su melancólico y tierno acento continuaba su penosa narración, sucediéndose un silencio profundo cuando hubo concluido la infeliz madre: este silencio era efecto de la concentración e intensidad del dolor.

Eloisa fué la primera en interrumpirlo diciendo:

—Señora, antes de responderle y antes de explicarme, voi a pedir una gracia que solicito de usted como el más grande favor que reconoceré toda mi vida y que satisfaré con una gratitud eterna.

—Hable usted, hija mía, y tenga la seguridad de que si depende de mí conseguirá usted lo que solicita, proporcionándome con ello una satisfacción verdadera, pues le probaré que yo tampoco soy indiferente a los beneficios que usted ha hecho a todos nosotros.

—Ya creo haber contestado a este punto para no insistir en él nuevamente. Lo que solicito de usted, señora, es que no me abandone, es que me lleve en su compañía, porque en ella encuentro la paz del alma, el reposo de mi conciencia y la alegría de mi corazón.

—Ven, hija mia, respondió Marta con efusion; ven a mis brazos y ten la seguridad de que nunca nos separaremos de tí, porque nosotras encontramos en tu amistad un placer y en tu confianza un alivio y una felicidad.

—Gracias, señora: usted sabrá algún día el bien que me ha hecho.

—Yo tambien, exclamó Teresa, quiero acompañarlos; yo tambien quiero que no me dejen sola mis protectores.

—Tú tienes tu marido, querida Teresa, y puede ser que no le convenga para sus negocios vivir con nosotros; de lo contrario, tambien tendríamos mucho gusto en estar en tu compañía.

—Y si Santiago consiente, ¿nos llevarán ustedes consigo?

—No puedes dudarlo, Teresa, en caso que él no se perjudique y que solo dé su consentimiento por no desagradarte.

—Estoi segura, señora, que estará complacido y que veria con dolor que ustedes nos dejaban.

—Pues bien, amigas mias, así estaremos todas reunidas y el aislamiento para Mercedes no será tan penoso, porque ya no estará sola.

—Yo habia pensado, señora, dijo Eloisa, proponerle a usted lo mismo que usted nos ha propuesto; pero por un motivo distinto, que viene, sin embargo, a relacionarse o a completarse en sus buenos resultados con el suyo.

—¿Cuál era tu pensamiento?

—Como ya he dicho a ustedes, yo me comprometo a salvar de su prision a don Enrique, sin poder fijar el tiempo, porque todavia no he formado mi plan ni sé los medios de que pueda valerme; sin embargo, tengo la seguridad y comprometo mi palabra, y si se quiere mi vida, de que conseguiré ni intento; pero una vez conseguido, necesitaba que ustedes no viviesen mas en el conventillo, porque salvado don Enrique, será indudablemente perseguido y lo encon-

trarian con mucha facilidad en la habitacion de ustedes, donde la policia sabria que iria infaliblemente a parár. Por otra parte, en caso que no se descubriese, ustedes quedarian espuestos a soportar mil disgustos, siendo vijilados mui de cerca y con mucho misterio; de manera que una vez u otra, por muchas que fueran las precauciones que se tomaran, podia caer en manos de sus perseguidores y en ese caso todo estaba perdido o la esperanza de salvarlo se hacia mui remota, porque se centuplicarian las dificultades.

Marta contemplaba con cariño a Eloisa, admirándose de aquella prevision tan rara en una jóven de su edad; asi es que le dijo:

—Parece, hija mia, que estuvieras mui acostumbrada a lances de esta naturaleza o que en tus pocos años hubieras visto mucho mundo, adquiriendo una grande experiencia.

—En otra ocasion hablaremos detenidamente sobre esto, pues no quiero tener para usted secretos; pero por ahora lo que necesito saber es si encuentra o no razonables mis advertencias.

—Las hallo mui prudentes y de una prevision admirable.

—Pues bien, señora, yo me encargo de buscar la casa y de prepararlo todo con el mayor sijilo y con el mayor misterio, de tal modo que quede todo el mundo desorientado y que nadie sepa su nuevo domicilio.

—Nos entregamos a tí con entera confianza; ¿pero cómo haremos para sacar los muebles sin que nadie lo note? Esta era la dificultad con que tropezábamos Domingo y yo hace un momento.

—Esa dificultad desaparece fácilmente: ustedes dejan los muebles en las mismas piezas sacando aquello mas necesario, de lo cual yo me encargo, y hacer correr la voz de que van al campo por algun tiempo para restablecer completamente la salud de la señorita Mercedes, y no habrá uno solo que no lo crea, tanto mas si ustedes les dejan el encargo de

vijilar por sus casas. La misma fábula se le cuenta al propietario, dejándole pagado el arriendo por seis u ocho meses de esta suerte, cuando se haya fugado don Enrique y llegue la policía al conventillo, no encontrarán ni rastro y habrán perdido completamente la pista.

Ahora, por lo que respecta a Teresa y a mí, nos mudaremos a la luz del día y a la vista de todos, llevando nuestros muebles a una casa que tendré lista de antemano, y de allí los sacaremos al día siguiente para trasportarlos aca con otros carretones.

—Todo está admirablemente combinado, hija mia.

—Sí, tengo esperanza de que la empresa la llevaremos a cabo sin el menor tropiezo, pero es necesario la mas grande reserva y el misterio mas impenetrable, hasta que no hayamos puesto en completa seguridad a don Enrique y hasta que la señorita Mercedes...

—Asi es, Eloisa; y para ello seguiremos en todo tus consejos.

—Déjenme obrar a mí sin admirarse de mi metamórfosis. Puede ser que algunas veces me aparezca de gran dama, otras de mendiga, otras en mi estado propio, otras de muchacha, y asi sucesivamente. Puede ser tambien que llegue algunas ocasiones tarde de la noche, que otras no me recoja a casa y que aun se pasen algunos dias sin verme; no hai, pues, que estrañarse de nada, porque todos estos cambios pueden ser necesarios y útiles para la consecucion del proyecto.

—Vuelvo a repetírtelo, Eloisa, haremos lo que nos digas que debémos hacer.

—Ahora yo me encargo de buscar la casa. Conozco la ciudad de Santiago mas que a mis propias manos y sé cuáles pueden ser los lugares mas a propósito para nuestro asunto.

—Te damos carta blanca, hija mia; pero en la nueva habitacion tenemos necesidad de algunos muebles, aunque

sean los mas indispensables, desde el momento que nos vemos obligados a dejar los nuestros.

—Esto no es tampoco una dificultad; solamente ya le he dicho que no se admire de nada, ni me averigüe cosa alguna hasta que yo misma explique mi conducta, lo que no dude usted que lo haré sea hoy sea mañana, porque me pesa tener para ustedes la menor reserva; sin embargo, estoy obligada a ello por ciertos motivos que por el momento no me es dado explicar, pero que a su debido tiempo sabrán ustedes; mientras tanto, voy a salir en busca de lo que necesito primero antes de emprender lo segundo.

—¿Quieres algun dinero Eloisa?

—No, señora; lo único que quiero es que me deje obrar libremente, segura de que si alguna vez necesito algo se lo pediré.

II.

Dicho y hecho. Eloisa se despidió de Marta y de Teresa, tomó su manto y partió.

La primera diligencia que hizo fué dirigirse a su casa para ver a sus sirvientes y tranquilizarlas por su prolongada ausencia. Allí cambió de traje y se vistió con el mayor lujo, haciéndose cuanto mas interesante podia. En seguida mandó que le trajeran el mejor coche que se encontrara en la plaza, lo tomó por horas, puso algunas monedas de oro en su bolsa y se echó a andar por todas las calles de Santiago, dando la preferencia a los suburbios, donde ordenó que la condujeran primero.

A medida que Eloisa encontraba una casa que le parecia adecuada para su objeto, abria su cartera y la apuntaba, anotando poco mas o menos la clase de habitaciones que se encontraban a su alrededor, porque esto era para ella una circunstancia de mucha consideracion, pues talvez de allí dependia el éxito, que tenia por base el conservar siempre el incógnito y si era posible el no llamar jamas la atención

de los vecinos, pasando cuanto mas se pudiera ignorada de todo el mundo.

Era ya la caída del sol cuando ordenó al cochero dirigirse tras del cerro de Santa Lucia, barrio entonces casi completamente abandonado y donde solo vivian algunas familias pobres y como apartadas del bullicio de la poblacion, aunque su distancia no es mucha del centro de la hoi magnífica ciudad de Santiago.

En la calle de Breton, arrabal entonces completamente abandonado, encontró Eloisa una casa aislada y de mui modestas apariencias, que tenia en su vieja puerta un papel que decia: "Esta casa se alquila." Inmediatamente la anotó en su cartera, haciéndole una señal para distinguirla de las otras que ántes habia marcado, orientándose de la situacion en que se encontraba asi como del nombre de la calle, mui poco conocido para los habitantes del centro.

Hechas estas diligencias se dirigió a su primitiva casa de habitacion, ordenó a sus criadas de abrir la puerta de calle y de recibir a los jóvenes que vinieran a verla.

Fuera capricho, fuera casualidad, fuera que desde algun tiempo rondase constantemente la casa de Eloisa, lo cierto del caso es que la primera persona que se presentó fué aquel mismo Emilio a quien Eloisa habia, por decirlo asi, despedido, recibiendo en consecuencia de parte de él el mas grande de los insultos.

Eloisa leia o se hacia que leia en un libro cuando Emilio entró.

El joven dejó su sombrero sobre una silla, se acercó a la muchacha, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo familiarmente:

—¿Todavía estás enojada conmigo?

—Yo no tengo el derecho de enojarme con nadie, caballero.

—Sin embargo, lo hiciste.

—No recuerdo.

—Dónde has estado tanto tiempo, que no he podido encontrarte a pesar que te he buscado diariamente?

—He estado ocupada.

—Sin duda con aquel perillan, criado de Guillermo, a quien de buena gana hubiera dado de patadas en...

—¿Ha venido usted para insultarme nuevamente?

—No; pero tengo rabia aun de que me pospusieras a un miserable sirviente.

—No me gusta dar esplicaciones a quien no sabe apreciarme; pero le diré a usted francamente que nada tenía que ver, en el sentido que usted piensa, con ese hombre.

—¿Por qué me hablas de usted y no de tú, como lo hacías antes?

—Porque ni usted es el mismo para mí ni yo para usted.

—¿Qué! ¿Una exaltacion momentánea bastante escusable ha sido lo suficiente para cortar nuestras buenas y antiguas relaciones?

—La jente de nuestro jaez, que, segun ustedes, no tiene el derecho de enojarse ni de ser dueña de casa, no puede romper relaciones ni aceptarlas, sino momentáneamente, pues se le prohíbe el derecho de ser dueño de sí misma: esto es lo que usted quiso decirme: al menos así lo he comprendido.

—Déjate, hermosa Eloisa, de esas cosas; si quieres te pido perdon de rodillas; vamos, ya estoi a tus plantas.

Y el aristócrata jóven se hincó delante de ella, dibujándose sobre sus labios una sonrisa entre afable y burlona, una de esas sonrisas que marcan las distancias que hai de una a otra persona, a pesar de la íntima familiaridad del momento.

Eloisa comprendió aquel mudo lenguaje, y con tono digno pero humilde, dijo a Emilio:

—Ese rendimiento aparente, señor, es todavia la continuacion de la misma ofensa anterior; añadiendo ahora la rechifla. Sea como usted quiera, oféndame como se le antoje,

estoy dispuesta a soportarlo todo, porque no quiero ni debo exaltarme.

—Te desconozco completamente, Eloisa, dijo el jóven, abandonando la postura que habia tomado y dando asu semblante un aire de seriedad; ¿qué es lo que pasa por tí? ¿Cómo has cambiado tanto en tan poco tiempo?

—Ojalá hubiera cambiado mas; pero nosotras, en nuestra degradante condicion, nó podemos ir mui lejos, porque aun cuando mudemos por completo de existencia y de ideas, siempre arastraremos el desprecio exterior, llevando en nosotras uno todavia mas doloroso: el desprecio propio.

—No te comprendo. Jamas te habia oido hablar asi. ¿No me quieres ya?

—¿Puede una querer? ¿Y qué sacaria con ello?

—Hace poco tiempo no tenias conmigo este lenguaje, sino que por el contrario me decias que me amabas y que estabas satisfecha con mi cariño.

—Es verdad, pero me engañaba a mí misma.

—Entonces no me quieres?

—No es precisamente eso lo que quiero significar.

—¿Qué es, pues?

—Que no soi la misma.

—¿Has mudado de vida?

—Sí.

—¿Por qué estás entonces tan compuesta, tan seductora, pareciendo mas hermosa que nunca.

—Porque todavia no he mudado de condicion y quiero agradar.

—¿A quién?

—A usted y a todos los que puedan serme útiles.

—¿A mí y a todos! ¿No sabes que quiero siempre ser esclusivo, porque no me gusta confundirme con los demas?

—¡Exajeraciones de la vanidad! ¡Pretensiones del amor propio!

—Sea lo que se fuese: ese es mi deseo y mi exigencia, porque es mi voluntad.

—Está bien: esto puede suceder según sea el servicio.

—¿Te he rehusado alguna vez algo, Eloisa?

—No; usted me ha dado todo el dinero que le he pedido.

—Y estoy siempre dispuesto a dártelo.

—Yo no quiero dinero, sino servicios de otro género.

—¡Servicios! ¿Qué clase de servicios exiges de mí? Dílos, porque si están en mi mano no te los rehusaré; pero es preciso que me hables con la familiaridad antigua, que me digas tú, que me llames por mi nombre.

—Sea; ¿tienes alguna influencia con los hombres de gobierno?

—Sí; estoy en buena armonía con todos los mandatarios. Soy uno de los decididos partidarios de la administración actual y de la candidatura futura, y en el gabinete se encuentra un tío mío.

—¿Tienes un tío ministro?

—Justamente.

—Pues bien, Emilio, necesito de todo tu influjo para obtener el perdón y la libertad de un joven que...

—¿De un joven! ¿Talvez de un rival mío! Imposible: ¿cómo quieres que me preste a ello?

—Puedo asegurarte, Emilio, que no es tu rival.

—¿Qué es entonces.

—Es... es... un hermano mío.

—Nunca te había oído decir que tenías hermano.

—Había estado mucho tiempo ausente.

—Y bien; ¿qué es lo que ha hecho tu hermano?

—Se metió en la revolución y ha sido condenado a cinco años de penitenciaría.

—¡Revolucionario! Si hubiera sido criminal, si hubiera sido un ladrón o un asesino, podía desde luego asegurarte que obtendría su libertad y su perdón; ¡pero revolucionario es distinto! En la actualidad, Eloisa, es preciso mostrarse

sévero con esos señores, porque de allí depende la tranquilidad presente y la tranquilidad futura del país, y los ministros así como el presidente están tan convencidos de esta verdad, que sobre este punto son inexorables y no transijen por nada ni con nadie. Hai en la actualidad jóvenes de las primeras familias, muy influyentes por sus relaciones, emparentados con todo el mundo, y que a pesar de esas ventajas no pueden conseguir doblegar la enérgica decisión de los mandatarios, porque están convencidos, y con mucha justicia, que siendo indulgentes no se conseguiría otra cosa que abrir de par en par las puertas a la anarquía; y esa tiranía, como la llaman los opositores, no es otra cosa que prudencia: lo contrario sería una debilidad imperdonable. Ya ves, pues, Eloisa, que me pides un imposible.

—El mérito es mayor mientras mas difícil es la empresa.

—Indudablemente; pero exigir lo que no se puede alcanzar es temeridad.

—Sin embargo, tantea la cosa, mientras yo toco otros resortes, porque no dejaré piedra por mover con tal de libertar a mi hermano, hasta el punto que yo me quedaria gustosa en su lugar.

—¡El cambio no era malo! Si lo consigues, te prometo desde luego que me constituyo tambien en prisionero por el placer de hacerte compañía, porque eres capaz con tu sola presencia de trasformar la penitenciaria en un paraíso terrenal.

Eloisa, a pesar de los sentimientos que la agobiaban, no pudo menos de reirse de la galante ocurrencia de Emilio, y dijo al joven, tendiéndole su delicada mano:

—Eres siempre, querido Emilio, el mejor joven que he conocido, y espero que no desmientas ni tu carácter ni el concepto que me he formado. Por ahora hazme el favor de retirarte, pues tengo que salir; pero tendré el gusto de verte mañana a esta misma hora, y éste será mayor si me traes al-

guna nueva favorable, porque me probará que has pensado en mí y te has ocupado de mí.

—¡Tan luego me despides!

—No es por mala voluntad, sino que es necesario. Adios, Emilio, hasta mañana.

—Dime al menos que ya no me conservas ningun rencor.

—Nunca te lo he tenido, Emilio, y ahora menos, puesto que pongo a prueba tu bondad pidiéndote un gran servicio.

—Que si dependiera de mí ya lo habrias conseguido; pero te prometo hacer mi posible.

Tan luego como se desapareció el jóven, Eloisa cambió de traje y se dirigió a la calle de San Pablo, donde era esperada con ansiedad.

III.

A pesar de la confianza que tenían en Eloisa, la familia Lopez no podia menos de estar tristemente preocupada, porque podia mui bien suceder que los esfuerzos de la jóven fracasasen, tropezando con dificultades insuperables, porque el buen Domingo Lopez habia visto a algunas personas y hecho diligencias completamente inútiles, que solo produjeron en él cierto desaliento, desaliento que se habia comunicado en parte al resto de la casa, es decir, de las personas que se hallaban allí reunidas, pues se encontraba Santiago y su esposa Teresa, que poseyendo todos los secretos de la familia estaban dispuestos a ayudarla y a correr la misma suerte que ella, cualquiera que fuese la situacion en que se encontrase.

La mesa para la cena estaba puesta y solo aguardaban la llegada de Eloisa para dar principio, cuando ésta apareció risueña y satisfecha, animando con su presencia a todos los que estaban allí.

—Parece, hija mia, que nos traes buenas nuevas, le dijo Marta con cariño, sentándola a su lado.

—Todavía no he hecho mucho, señora; pero estoy en ca-

mino y he practicado algunas diligencias, de las que espero conseguir algo. Por el momento ya tengo vista la casa, y mañana sin falta correrá por mi cuenta. La situacion es magnífica, está en la calle de Bréton, detras del cerrito de Santa Lucia, y a sus alrededores hai poco vecindario.

—Pues a mí me ha ido mal por todas partes, repuso Domingo Lopez con voz triste.

—No importa, señor; es preciso no desmayar.

—En cuanto a eso, puede usted estar segura, Eloisa, porque o el diablo me lleva o yo salvo a Enrique.

—La energia en la accion es la primera condicion de buen éxito.

Los cálculos, las probabilidades, las personas que debian verse, las influencias que era necesario emplear, etc., todo fué discutido en esa noche; pero sin que nada pudiera resolverse y sin saber positivamente cuáles serian los medios que mas convendria emplear; porque Eloisa, sin que dejara de emitir su opinion, guardaba cierta reserva respecto a su accion, no faltando por esto a la franqueza; porque era a un mismo tiempo callada y locuaz, reflexiva y atolondrada, amiga de proceder por sí misma, sin que por esto desechara la opinion ajena; pero le gustaba, sobre todo, tener la seguridad de llevar a cabo un proyecto antes de comunicarlo, antes de decir: aquí está el resultado.

El dia siguiente, Eloisa se levantó temprano, se puso su sencillo vestido de iglesia y se encaminó directamente a la solitaria calle de Breton a preguntar por los propietarios de la casa, los que eran unos pobres viejos, que al ver a Eloisa, a pesar de la modestia de su traje, guardaron con ella toda especie de consideraciones, pues les parecia mui superior a todas las personas que, desde algun tiempo atras, habian tenido como locatarios.

Eloisa, introducida en aquellas piezas bajas y sucias, cuyas murallas, ennegrecidas por el humo, indicaban la pobreza de las personas que las habian habitado y sus costumbres

esencialmente chilenas, es decir, que les importa muy poco el confortable y el aseo con tal de aparecer aparentemente lujosas, vió en el acto los inconvenientes, pero a la vez observó que eran muy fáciles de reparar, y preguntó a los propietarios por el precio.

—Diez pesos, señorita, contestaron a un mismo tiempo marido y mujer, añadiendo, para halagar a la nueva alquiladora: ya ve usted que tiene muchos árboles frutales, un parroncito, dos higueras, algunos tanales a orillas de la pared y también sus tinajas de greda para si se quiere sacar almidón, aunque ahora se nos ha prohibido esta industria; pero las alquiladoras anteriores siempre lo hacían y muy bien que ganaban su subsistencia, porque el barrio es apartado, hai pocos vecinos y a nadie incomoda el olor, pues estamos acostumbrados a él desde hace muchos años.

—¿Con que los últimos locatarios tenían la fabricación del almidón?

—Sí, señorita; pero murió el marido y se acabó el hombre de la casa y con él la industria, hasta el punto que mi mujer y yo nos vimos obligados a pedirles el sitio, porque hacia tiempo que no nos pagaban; y nosotros, como usted puede figurárselo, vivimos de nuestros arrienditos.

—Indudablemente, ustedes estaban en su derecho y tenían mucha razón; pero el precio me parece un poco caro.

Esta parsimonia aparente de Eloisa era únicamente con el fin de no levantar la menor sospecha.

El viejo contestó:

—No es caro, señorita, porque aquí puede hacerse otra industria, en la que tampoco le iba mal al antiguo locatario y se empleaban la mujer y los niños de él, y esa industria consistía en torcer cáñamo, fabricándolo tan bien, que lo venían a buscar de todas partes para las estrellas, las bolas, los barriletes, los volantines, etc.; a tal punto, que siempre se encontraba con pedidos que no podía satisfacer; así es que ganaban mucha plata; pero ya usted debe saber que

cuando el jefe de la familia se muere, todo viene al suelo y todo se hace sal y agua, y esto fué lo que le sucedió a esa pobre jente.

—Puesto que ustedes me dicen que se pueden establecer esas dos industrias, no tengo el menor inconveniente en arrendarles la casa.

—Y hace usted mui bien, porque existen todavia algunos útiles para la almidoneria, como son esas tinajas que usted tiene a la vista y para la hilanderia hai bastante espacio y esos árboles y esas, estacas que les servian a la vez para medir, es decir, la *cancha* y para torcer el cáñamo.

—Usted me da maguíficas esplicaciones que yo y mis compañeros trataremos de aprovechar poniéndolas en planta.

—Harán ustedes mui bien, pues así ganarán plata.

—Para asegurar tan provechoso arriendo, me permito adelantar a ustedes seis meses, y Eloisa sacó de su portamonedas los sesenta pesos, que puso en manos del propietario.

Admirado éste de tanta jenerosidad, que jamas habia visto practicar en su vida, prometió a Eloisa que la serviria en cuanto fuera necesario y que si tenia algunas diligencias que practicar, estaria él mui dispuesto a reemplazarla en caso que no quisiera abandonar sus tareas.

Eloisa se informó de todos los vecinos y de sus costumbres para ver lo que podia esperar o temer de las personas que la rodeaban, y las respuestas y observaciones del viejo propietario la satisficieron, tomando desde aquel mismo dia las llaves.

Practicada esta diligencia, se dirigió, con su actividad de costumbre, a una fábrica de carpinteria para hacer las refacciones necesarias en el interior, diciendo al maestro que corriese con todo el trabajo y que lo hiciera con brevedad, cualquiera que fuera su costo, comprando a la vez los muebles y útiles indispensables para que la familia estuviera

con comodidad y decencia, encargando solamente que no hicieran ninguna refaccion en el exterior, dejando la puerta de calle con toda sus vetustas y modestas apariencias.

En aquel solo dia dejó Eloisa preparado cuanto era preciso para que la familia Lopez encontrase comodidades, aseo y hasta comfortable en su nueva morada, pues mandó empapelar los cuartos, componer los pisos, pintar y mudar puertas e improvisar nuevos departamentos, ordenando a los que dirijian aquellos trabajos que tuviesen constantemente la puerta de calle cerrada, para que, si era posible, no se apercibiese nadie, ni aun el mismo propietario, de la transformacion que se operaba en el interior; y como el dinero todo lo puede, segun lo piensa la jeneralidad, las órdenes de Eloisa fueron fielmente cumplidas y sus deseos satisfechos completamente.

Libre ya de estas ocupaciones, que eran indispensables para la realizacion de sus proyectos, quiso juzgar por sí misma de la situacion en que se encontraba la prision de Enrique, es decir, la penitenciaria, y ordenó al cochero de dirigirse al campo de Marte.

Esta famosa prision, ocupada jeneralmente por los mas grandes criminales, se encuentra a alguna distancia hácia el sur del lugar donde evolucionan las tropas, y es una especie de fortaleza y de cárcel, donde se han tomado todas las precauciones para hacer imposible la evasion de las personas que están condenadas a pasar mas o menos tiempo, y algunas toda la vida, en aquel espantoso recinto cuya sola vista inspira terror.

Eloisa queria, como hemos dicho, darse cuenta del lugar en que se encontraba Enrique, como si fuera un matemático que pudiese valorar las mas o menos probabilidades que ofreciesen sus espesas murallas para una evasion; pero su ardiente deseo de salvar al jóven suplía en parte su falta de conocimientos especiales, y cuando hubo dado una vuelta circular por el lado de afuera, creyó que no era imposi-

ble evadirse, teniendo fuerzas, agilidad y arrojo; y como sabia que Enrique poseia estas cualidades, concibió algunas esperanzas, pero prefiriendo su diplomacia a verse reducida a adoptar esta extrema y última medida.

Dado este paseo de investigacion, volvió a su casa; y así como la noche anterior, se adornó con gran coqueteria, realzando con la compostura sus naturales atractivos con el fin de agradar mas a Emilio, pero nada mas que con el fin de agradarlo para gobernarlo mejor y obligarlo a hacer, si era necesario, un imposible: las mujeres, por naturaleza, poseen este arte y lo emplean a las mil maravillas y casi siempre con un feliz éxito.

IV.

Apenas habia dejado Eloisa su tocador cuando apareció Emilio, que a su vez parecia haberse tambien ocupado de su traje mas que lo de costumbre, pues venia vestido de una manera irreprochable.

—¡Sabes, Eloisa, que estás encantadora? dijo el jóven, sentándose en el mismo sofá y tomándole suavemente una mano, que ella no retiró.

—Te lo confieso, Emilio; me complazco en parecerte bien.

—¿Te has adornado para mí únicamente?

—Nada mas que para tí.

—¿De veras? Mira que soi capaz de hacer cualquier locura por complacerte y darte gusto en todo.

—Asi es como me agradan los amantes. Talvez por lo débil que es la mujer, desea y se envanece de ejercer ese imperio: ¡es tan agradable ver a nuestras plantas a los que gobiernan los destinos humanos! Te lo confieso, Emilio: estaría orgullosa de tener arrodillado ante mí a un ministro.

—¡Qué capricho! Eres la muchacha mas extravagante y más hechicera que he conocido en mi vida.

—No lo creas, Emilio; todas las mujeres somos mas o menos asi: nos complace dominar la fuerza, aun cuando nuestro imperio sea el de un instante y sea, en realidad el mas efimero; pero esa es nuestra tendencia y estará sin duda en nuestra naturaleza.

—Amiga mia, ya que no tienes a tu planta a un ministro, puedes vanagloriarte de tener a un futuro diputado, pues estoi propuesto como candidato del gobierno, y estás candidaturas son seguras, jamas fracasan, porque son las que tienen en su favor la fuerza.

—Me alegro por tí; pero dime: ¿qué edad tiene tu tio el señor ministro?

—Mi tio es jóven todavia: tendrá cuando mas cuarenta o cuarenta y cinco años.

—Hermosa edad! la edad de la reflexion, en que el juicio está maduro y el corazon no ha cesado de latir. ¿Es casado el señor ministro?

—Casado; pero... pero... no está mui bien, que digamos, consu mujer; sin embargo, las apariencias, por lo que hace a la opinion pública, se salvan.

—Te entiendo, te entiendo...

—Por otra parte, ya que deseas, segun estoi viendo, algunos informes sobre él, talvez con el objeto de salvar a tu hermano, debo prevenirte que mi tio el ministro, es mui beato.

—¡Beato! Tanto mejor: estos son por lo jeneral los mas...

—¿Los mas qué?

—Los mas enamora... los mas hipócritas queria decir. ¿No sabes aquel adajio antiguo que dice: *píllalas a tienta y máltalas callando*. Y que se aplica jeneralmente a los *tartufos*?

—Pero mi tio es de una virtud sólida; va a misa todos los dias; está en mui buenas relaciones con el arzobispo; recibe constantemente visitas de clérigos y... y se confiesa una vez cada mes; debiendo su elevacion a solo su virtud; porque mi tio no es de mncho talento, pues hace poco tiempo

era un pobre abogado sin clientela; pero su apego a la iglesia, el verlo siempre en las procesiones con su vela y su capiruzo, el ser miembro de algunas cofradías, le procuró primero los sindicatos de monjas; y su buena administración, porque es un excelente finansista, le dió plata, y se ha hecho tan notable, que es uno de los mas importantes miembros que componen el gabinete.

—En la descripción que me haces de tu honorable tío, me lo recomiendas extraordinariamente: es el hombre que necesito.

—¡Como el hombre que necesitas! Te equivocas, Eloisa: mi tío es hombre de orden, es conservador, es jesuita, y un conservador y un jesuita no abogan jamás por los revolucionarios, y en prueba de ello, no he podido obtener, no diré la libertad, pero ni siquiera sacar una pequeña ventaja en favor de tu hermano; pues se me ha negado redondamente, a pesar que soy el sobrino mas querido.

—¿Dónde vive tu santo tío?

—En la calle de los Huérfanos; y te será fácil hallarlo, porque, por su posición, es muy conocido en el barrio.

—¿Y nada has conseguido de él?

—Ya te lo he dicho.

—¿Talvez no te has empeñado?

—He puesto en juego toda mi ciencia; pero respecto a la política mi tío es intolerable. Mi tío es de aquellos que dicen: yo soy y debo ser gobiernista, porque es de él de quien recibo la pitanza, pues soy su empleado; y castigará siempre y mirará de mal ojo a todo aquel que no tenga las mismas ideas. Ahora, si hubiera sido por él, es decir, si hubiera prevalecido su opinión, y casi estuvo a punto de que sucediese, ya no existiría tu hermano, porque él quería que fuesen condenados a muerte todos los revolucionarios sin exceptuar ninguno. Ya ves, Eloisa, que no hai nada que esperar por este lado.

—¿Me dices que tu tío está mal con su mujer?

—Sí; hace tiempo.

—¿Sabes la causa?

—Me parece que el viejo, a pesar de su santidad, es algo aficionado al bello sexo, en lo que no hace mal, y de allí provienen los disgustos.

—Basta, Emilio; ¿a qué horas está visible tu tío?

—Antes de irse al ministerio.

—¿Y a qué horas se va al ministerio?

—A las doce.

—Bueno, amigo mio; mañana haré una visita a tu querido tío.

—Te deseo buen éxito; pero deja que exija de tí una condicion.

—¿Cuál? Soy poco aficionada a las condiciones; pero en fin, dílas.

—Engatuza, si puedes, a mi tío; pero cuidado!...

—¿Cuidado de qué?

—Cuidado de que él no te engatuze a tí.

—Sobre este punto vive confiado.

—Todavía desearia mas.

—¿Qué otra cosa?

—Que no vayas a hacer concesion por concesion.

—Veo que te estás poniendo celoso.

—De veras, porque te quiero mas que nunca.

—Pues, amigo, yo te confieso que has llegado a destiempo para que me envanezcan tus piropos y continúe aceptando tus galanteos.

—¿Cómo! Has resuelto...

—He resuelto vivir honestamente; así es que puedes estar tranquilo sobre las consecuencias de mis visitas al señor ministro.

—No quisiera que tu virtud fuera tan ríjida y no hubiesen algunas escepciones.

—El tiempo lo dirá, amigo mio; mientras tanto, desearia que te retirases.

---Me cuesta obedecerte; quisiera...

—Imposible, amigo mio; lo mejor es lo que te he dicho: dejar que obre el tiempo.

—¡Pero, Eloisa!...

—No hai peros ni peros; mi voluntad es de fierro y solo pueden derretirla los servicios; y aun asi...

—Pues bien, Eloisa; para probarte lo que te estimo, obedezco.

Y el jóven tomó su sombrero.

Eloisa le tendió la mano, que Emilio besó con cariño.

—Esceleste jóven, exclamó Eloisa cuando hubo partido; pero hai todavia de parte de Enrique una superioridad inmensa. Y la hermosa muchacha, triste y meditabunda, se recostó en un sofá, cerró los ojos y quedó por algunos momentos en un estado como de completa inaccion. ¿Qué pensamientos la dominaban? ¿Qué ideas ocupaban la mente de aquella mujer degradada, de aquella alma abatida por el vicio, pero que, sin embargo, trataba de rejenerarse? ¿Era acaso el remordimiento? ¿Era el alba de un nuevo afecto que venia a alumbrar aquellas tinieblas, que venia a hacer latir aquel corazon, apagado ya por el deleite impuro, que venia a dar calor al cadáver de una inmunda prostitucion? ¿Quién sabe! Hai en el alma arcanos impenetrables... Hai en las pasiones humanas tal enerjia, tal vigor, tal fuego, què muchas veces se depura, como en un crisol, todo lo que no está en armonia con el sentimiento dominante; y cuando este sentimiento adquiere esa forma esclusiva y absoluta, disipa en imperceptibles goces las partes heterojéneas de que antes se componia, para quedar solo, puro, líquido, como uno de esos elementos primitivos que entran en la composicion de la materia y que aun no hemos podido analizar.

Eloisa salió al fin de su profunda meditacion y dijo estas pocas palabras, cuyo sentido cada cual puede interpretar a su manera: "Aun cuando pudiera, aun cuando llegara a realizarse, no debo consentir, no lo aceptaria jamas; yo sopor-

taré mi ignominia, pero a nadie asociaré a ella; a nadie haré cubrirse la cara ni que derrame una sola lágrima..."

La pobre jóven llamó a sus sirvientes, les dió sus órdenes, tomó otra vez su modesto traje de iglesia y se dirigió presurosa y como atraída por un irresistible iman a la casa de Enrique.

V.

Es indudable que en cada uno de los seres humanos hai una dosis mayor o menor de atraccion. ¿Por qué nos sentimos inclinados a querer a esta o aquella persona? ¿Qué lei oculta, lei a la que obedecemos sin conocerla, nos arrastra? ¿Quién ha podido darse cuenta, quién ha analizado este sentimiento interior que denominamos simpatia? ¿Hai filamentos, hai lazos, hai vínculos ignorados entre un individuo y otro individuo a quien nunca se ha visto y al que sin embargo amamos casi al primer instante, casi al primer encuentro? ¿Y por qué en las diferencias infinitas de seres de una misma especie, en sus categorias distintas, (hablamos de las establecidas por la naturaleza) en sus gustos variados, en sus tendencias opuestas, se encuentra ese mismo fluido que produce la amalgamacion de unos y de otros, que establece la union en los contrastes, y de la union en los contrastes naciendo el órden, la armonia, la belleza, el perfeccionamiento, el amor, la creacion entera, en una palabra?

Ahora bien: si este fenómeno lo vemos realizarse en todos los lugares y en todos los tiempos, ¿por qué hemos de extrañar la simpatia de Eloisa hacia la familia Lopez y de la familia Lopez hacia Eloisa? El punto en que estaban colocados las unas y la otra ¿es acaso una barrera que no puede salvarse? Ya vemos que no; porque si Eloisa se sentia atraída hacia la familia Lopez, la familia Lopez se sentia también atraída hacia Eloisa; de manera que cuando la vieron llegar fué un motivo de regocijo para todos.

—Algo se ha hecho, algo se ha adelantado, dijo Eloisa

con festivo tono, porque experimentaba una alegría interior cuando, despues del cansancio que trae la lucha con el mundo, se encuentra el hombre en un círculo de paz y donde todo respira inocencia y afeccion.

—¿Qué tenemos de nuevo? le preguntó Domingo.

—No mucho todavia, señor; pero ya tenemos asegurada la casa, y en una semana, a mas tardar, estará lista y podrán ustedes mudarse.

—No deja de ser, señorita, no deja de ser.

—Talvez mañana tenga quizá una entrevista con uno de los ministros, y puede ser que por este lado saque tambien alguna ventaja.

—Lo dudo mucho, porque usted ve que yo no he podido obtener gran cosa de S. E. el presidente, salvo el que se cambiase la pena; pero de todas maneras, no deja ésta de ser dura, y sin embargo, mi jeneral se ha mostrado inflexible, diciéndome terminantemente que no podia ni disminuir la ni modificarla. ¡Cinco años de penitenciaría! Esto es bárbaro, esto es horrible! ¿Qué va a hacer Enrique en cinco años? Perderá su juventud, su fuerza, su instruccion y hasta sus sentimientos en ese enjambre de criminales donde el mas malvado, el mas vicioso y el mas cínico es el que obtiene la supremacia, es al que consideran y respetan.

—No permanecerá su hijo los cinco años: le respondo con toda seguridad, pues tengo mucha confianza en mí misma, lo que en realidad es un defecto, pero un defecto de que no he podido curarme. Su hijo no estará en la penitenciaría mas de cinco meses.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Por qué lo afirma?

—No lo sé: pero sí lo afirmo, porque hai un presentimiento, hai una voz secreta que me lo dice en el interior.

—Esto se parece a los cálculos que hace y a las probabilidades con que cuenta Marta; pero en todas ocasiones no sale esto cierto.

—Yo sí que tengo fé en lo que dice Eloisa, contestó Marta, porque hai de esos avisos que nunca engañan.

—Y yo tambien, añadió Mercedes, porque todo cuanto ha pensado mi madre ha salido cierto, y Eloisa se le parece en esto.

—Pues nosotros creemos lo mismo, ¿no es verdad Santiago? agregó Teresa interrogando a su marido.

—Sin duda alguna, respondió el jóven zapatero; basta que la señora Marta lo piense así.

—Hasta a mí me van haciendo que lo crea, dijo el teniente, sin embargo que yo sigo la doctrina de Santo Tomas: "ver y creer."

Al dia siguiente Eloisa salió temprano, como de costumbre, y fuése directamente a vestir a su propia casa. Jamas esta elegante muchacha habia puesto mas esmero en su tocado. El dormitorio estaba sembrado de trajes, de cintas, de sombreros y de encajes que habia ensayado y desechado alternativamente hasta quedar completamente a su gusto, es decir, que ella estaba complacida de su propia persona; y como si dudase todavia del efecto que producirian sus atractivos, llamó a las sirvientas para preguntarles cómo la encontraban.

Las dos muchachas, en su admiracion injénua, le dijeron que estaba divina y que jamas la habian visto tan interesante.

—Es que voi a hacer una conquista, las dijo riéndose.

—De seguro, señorita, que no habrá un solo jóven que no se enamore. ¡Si la viera don Emilio!

—No es a un jóven el que voi a ver sino a un viejo.

—¡A un viejo! Para qué sirven los viejos, señorita!

—Son los mejores.

—Para un viejo no necesitaba de tanta compostura.

—Esto es lo que a ustedes les parece; pero yo sé por experiencia que los viejos son los mas difíciles, los mas regodeones.

—¡No faltaba mas!

—Pues es así, amigas mías.

—Pero usted no puede querer a un viejo teniendo jóvenes a puñados y mucho mas teniendo a don Emilio.

—Ya no necesito de los jóvenes para nada; ni los quiero, ni me sirven.

—¿Piensa usted en casarse, señorita? En ese caso no me parece mal.

—¡En casarme! ¿están locas? Yo no me casaré nunca.

Y una sonrisa dolorosa vagó por los nacarados labios de la joven.

—¡Nunca! ¿Y por qué, pues, señorita, cuando todos la quieren y la querrian mucho mas cuando conocieran lo buena que es?

—Dejemos esta conversacion: yo las he llamado únicamente para que me digan si no hai en mi traje algun defecto.

—Ya le hemos contestado, señorita.

—Está bien; pero antes de partir tomaria una taza de té, si hai agua caliente.

—En el acto, señorita; el agua caliente no nos falta, porque ya sabe que nosotras tomamos mate en cuanto nos levantamos.

—Vaya una a buscarme el mejor coche de la plaza mientras la otra me prepara lo que he pedido.

Cuando llegó el coche Eloisa, estaba lista y dijo al conductor.

—Calle de los Huérfanos, núm... Me hará usted el favor de esperarse a la puerta para volverme a traer o para hacer otras diligencias.

El cochero abrió la portezuela presuroso, porque conociendo la clase de persona con quien trataba le convenia aparecer solícito y complaciente, pues sabia por experiencia que aquella categoria de jentes, cuando se halla en buena posicion, es la mejor pagadora, no regateando jamas.

Cuando Eloisa llegó a la puerta de la casa del ministro ordenó al cochero preguntara por el señor tal y de decirle que si podría verlo una señorita que aguardaba en la puerta.

El muchacho volvió inmediatamente con la respuesta de que podía pasar adelante.

Eloisa era jeneralmente mui dueña de sí misma y mucho mas ahora que estaba completamente serena, pues el trato de mundo y de los jóvenes de la mas alta sociedad, le habia hecho perder ese encojimiento primitivo; pero no por esto era descoada y petulante, sino que tenia facilidad en sus maneras, pero no arrogancia, asi es que a pesar de su condicion degradante imponia cierto respeto y mucho mas a las personas que no conocian sus antecedentes; asi es que penetró en las habitaciones del señor ministro sin temor, saludándolo con digna deferencia.

El ministro en aquel momento se hallaba sentado delante de su escritorio atestado de papeles, aparentando sin duda alguna que estaba ocupadísimo para darse asi mayor importancia: este expediente es mui comun a las nulidades, pero solo sirve para embancar a los necios o a los inocentes que están persuadidos que esos hombres de estado, son seres escepcionales, privilegiados por Dios con infusa ciencia, sin comprender que por lo jeneral no son otra cosa que intrigantes que surjen por medio de cábalas y rara vez por el mérito, pues éste es comunmente modesto, y para subir al poder se necesita espetarse y aparentar cualidades que no se tienen; porque si en realidad existieran no se haria de ellas un vano alarde.

El ministro, al ver aquella encantadora y elegante jóven, dió a su semblante la espresion mas amable; tratando al mismo tiempo de hacerse valer con un aire de gravedad y de importancia que estuviese en relacion con su alto puesto, y dirijiendo la palabra a Eloisa, le preguntó:

—Señorita: ¿en qué puedo serle a usted útil?

—Voi a manifestarlo, señor; pero antes tendrá usted la bondad de aceptar las escusas que motivan mi atrevimiento.

El ministro bajó la cabeza como para convenir en lo que acababa de decir la niña; y la levantó en seguida, como para significar que estaba dispuesta a escucharla.

Eloisa continuó:

—La justa y merecida fama de su piedad cristiana y de su humanitario corazón me ha hecho tomar el partido de venirlo a ver, de preferencia a cualquier otro miembro del gabinete, pues sé además que usted es el alma del gobierno y que se siguen al pié de la letra sus consejos.

—Yo no hago mas que mi deber, señorita, como cristiano y como ciudadano, pues toda mi ambición es tratar de agradar a Dios y ser útil al país.

—Dos nobles propósitos, señor, que están demostrando elevación e inteligencia y que sin duda alguna deben estar acompañados de la caridad.

A esta palabra caridad, el ministro fijó su vista en Eloisa como para investigar qué era lo que podía necesitar aquella elegante jóven, contestándole al mismo tiempo:

—La caridad, señorita, es la primera de todas las virtudes, de la que nacen todas y la que lleva al corazón mas puras y dulces satisfacciones.

—No me habían engañado, señor, y ya yo me lo había figurado, porque sus palabras lo revelan a usted por completo: he encontrado en usted la persona que necesitaba.

—¿En mí!

—En usted, que lleno de caridad no puede menos de ser sensible a la desgracia y de tener compasión por los desgraciados.

—Señorita, espíquese usted con confianza; mi voluntad es poder ser útil, particularmente a...

—A los afligidos: lo comprendo, señor. Pues bien, yo vengo a pedir gracia e indulgencia por un hermano.

—¿Qué ha hecho su hermano? preguntó el ministro con

tono mas cariñoso, pues veía que se trataba de un ligero servicio, como es poner en libertad a un calavera, y que este servicio podia hacerlo valer mucho en el concepto de aquella jóven, que le agradaba mas mientras mas la miraba y que iba por grados exaltando su temperamento.

—Nada de malo, señor, a no ser una lijereza, una locura.

—Ya me lo figuraba yo. ¿Cuál es la gracia de usted, señorita?

—Eloisa Mendizábal.

—¡Mendizábal! Ese apellido no me es extraño, pertenece a una familia distinguida del Perú.

—En efecto, señor, mi padre era peruano.

—Dispénsame usted, señorita, una pregunta indiscreta: ¿es usted casada o soltera?

—Soi viuda, señor.

—¡Viuda! ¡tan jóven y tan interesante! ¡qué lástima! La compadezco, señorita.

—Gracias, señor, por su bondad.

Y Eloisa sacó su pañuelo de batista y lo llevó a sus ojos.

—No se entristezca usted. No he tenido la menor intencion de aumentar sus penas.

—Soi sola: se puede decir, huérfana, señor; no tengo mas que a mi hermano en el mundo y por esto he venido a suplicar y...

—Lo comprendo; ¿cómo se llama su hermano?

—Enrique Lopez.

--¿Enrique Lopez, dice usted?

--Sí, señor; somos hermanos por parte de madre.

--¡Enrique Lopez! Enrique Lopez! Pero este es uno de los revolucionarios apésados y el mas temible, asi como el mas tenaz y el mas encarnizado de todos ellos.

--Mi hermano es, por el contrario, señor, mui suave y mui manso, y solo instigado y extraviado por otros jóvenes, ha podido cometer ese acto de locura.

—Usted lo clasifica bien, señorita, pero siento no poderla

servir como lo desearia en realidad. Cualquiera otra que hubiera sido su falta hubiera habido remedio; pero ésta...

—Compasion! piedad! misericordia!... No me abandone usted! no me niegue lo que le pido de rodillas...

Y la linda muchacha, tan hermosa como hábil comediente, se echó a los piés del ministro, tomó una de sus manos levantó hácia él sus ojos, arrasados en lágrimas pero brillantes y seductores, entreabrió sus labios de rosa, dejando ver sus finos dientes, de una blancura y de un esmalte superior al de las perlas y en seguida cerró sus párpados, mostrando la languidez del desfallecimiento con tanta naturalidad, que el ministro se vió obligado a agacharse y sostenerla entre sus brazos.

El hombre estaba para siempre cautivo. Su corazon latia con una violencia inusitada. Los encantadores hechizos de aquella mujer, hechizos velados, pero al parecer manifiestos, pues él los devoraba y los adivinaba con su ardiente y penetrante mirada; ese estado entre la vida y la muerte, estado lleno de abandono y por lo mismo lleno de irresistible atractivo, languidez que dá mas que la vida, pues hace nacer a torrentes el fuego de la pasion, acabaron de fascinar por completo al ministro que, fuera de sí, iba a imprimir un beso en los frescos y entreabiertos labios de Eloisa, cuando ésta, volviendo de su letargo aparente, lo apartó con suavidad, diciéndole, sin abandonar todavia su actitud suplicante:

—Piedad, señor, piedad para mi hermano!

—Señorita, respondió el ministro, levantando a Eloisa y llevándola hácia un sofá, al que se dejó conducir negligentemente, como si todavia experimentara los efectos de su reciente desmayo; ya veremos, señorita, aun cuando lo que usted solicita es casi un imposible...

—Para un ministro, y un ministro omnipotente como me han dicho que lo es usted, no hai, no pueden haber imposibles.

El galan diplomático, sentado en el mismo sofá al lado

de Eloisa, conservaba entre sus manos una de las de la niña, que le habia abandonado como por descuido y cuyo guante se empeñaba el ministro en arrancar, a la vez que fijaba en ella sus ojos, llenos de esa electricidad producida por un vehemente deseo.

La hábil actriz bajó sus párpados y retiró su mano, significando que habia comprendido la intencion del hombre que abusaba asi de la posicion en que se encontraba.

—Dice usted que no hai imposibles para mí, contestó al fin el ministro, un tanto moderado por aquella leccion; pero puedo asegurarle, señorita, que en este caso nada puedo prometer.

—Un alma tan caritativa como la suya quizá encuentre el medio: al menos a mí me alimenta esta esperanza.

—Puede usted confiar en que haré cuanto pueda, cuanto esté de mi parte.

Eloisa trató de despedirse dándole las gracias.

El ministro la detuvo con ademan suplicante, diciéndole:

—Tenga usted la bondad de esperarse un momento para hablar sobre el particular.

—¿Me tiene usted compasion, señor?

—Mucha, muchísima; me he interesado por usted desde el mismo instante de verla. ¡Es usted tan simpática!

—El buen corazon de usted, señor, es el que obra y no méritos de que carezco.

—No diga usted eso; yo no he encontrado jamas una persona mas llena de atractivos y de gracia seductora.

—¡Señor! no se burle o me avergüence usted... y Eloisa llevó el pañuelo a la cara como para ocultar el rubor que subia a sus mejillas, siendo que lo hacia para ahogar la risa.

El ministro dijo para sí: “¡Qué candor, qué inocencia! Cómo se pone colorada por una pequeña alabanza! Este es un verdadero hallazgo. Soi el hombre mas feliz!” Y luego prosiguió:

—Lo que he dicho no es por ofender su escensiva modestia, que aprecio en lo que vale, sino que viene de la admiracion que usted ha hecho nacer en mí casi instantáneamente.

—No veo el motivo, señor.

—Usted no lo ve, pero yo sí. A usted se lo oculta su humildad hechicera, pero no por eso se escapa a la penetracion de un hombre como yo, que está acostumbrado a leer en el corazon humano y a descifrar y a analizar las emociones.

—Bien me lo habian dicho, señor, que usted reunia la bondad a la ciencia, la virtud al talento.

—Mi única virtud es saber distinguir, y por consiguiente, apreciar el mérito; y el ministro volvió a apoderarse de la mano de la jóven, añadiendo: siento por usted un cariño de padre.

—¡Cuán feliz soi, señor! Asi experimentará el mismo sentimiento por mi hermano y al fin lo libertará usted.

Esto no agradó mucho al diplomático, pero disimuló su disgusto, aparentando el mayor interes.

—Trataré de hacer en su obsequio mas de lo que esté en mis facultades; pero este asunto no podrá arreglarse de un dia a otro y tendré que verla a usted con frecuencia para darle cuenta de la marcha.

—En tal caso espero que usted tenga la amabilidad de concederme algunos momentos de entrevista, sin perjudicar a sus ocupaciones; que yo vendré cuando usted me lo diga.

—Pueden ser cosas que necesitara comunicarle inmediatamente, y seria preferible que yo fuera a verla a su casa...

—¡Llegaria hasta ese punto su bondad! ¿Iria usted a ver en su pobre albergue a una infeliz y solitaria mujer que vive estraña casi completamente al mundo!

--¡Cómo no! Para mí seria un placer en distraer en parte esa soledad, buseando ambos el medio de que no sea tan rigurosa, pues ya que yo participo de cierto poder, usted

puede darme algunas ideas para salvar a su hermano, y de este modo quedaria usted satisfecha.

—No tengo el menor inconveniente, señor: vivo en la calle del Peumo, núm... pero en verdad, no soi digna de tanto honor.

—Usted, señorita, merece mucho mas; y en prueba de ello tendré esta noche mismo el gusto de pasar a su casa para darle cuenta de las dilijencias que haya practicado en el dia.

—Gracias, señor; confio en su palabra. Y Eloisa presentó su delicada mano al ministro, que salió a acompañarla hasta la puerta de sus habitaciones, que daban al primer patio.

VI.

La jóven rebosaba de alegría y se hizo conducir a su casa, donde cambió completamente el orden de su salon y dormitorio, sacando varios cuadros, que confinó a los últimos departamentos para que, sin quitar la elegancia y riqueza de los muebles, tuvieran aquellas habitaciones un aire severo, como correspondia a una mujer de su estado pero que vivia en ventajosas condiciones de fortuna, porque siempre infunde mas respeto y obtiene mayores ventajas la persona que no necesita de nadie para vivir que aquella que necesita de todo el mundo: está es una manera de obrar que, aun cuando parezca estraña y contradictoria, la vemos siempre confirmada por la práctica constante, no solo entre nosotros, sino en todos los paises; no solo entre los individuos, sino aun entre las naciones; porque lo que hasta ahora gobierna al hombre, no es el sentimiento de humanidad compasiva, sino el sentimiento de interes y de fuerza, en cuyas aras se sacrifica la conmiseracion para el desvalido y la justicia para el pobre.

Eloisa no era mujer que perdiera un solo momento de tiempo; asi es que una vez dadas sus órdenes, se fué a inspeccionar los trabajos de la casa que habia tomado en arrien-

do en la calle de Breton; pues aun siendo los contratistas bien pagados, temia que no le entregasen la casa con toda brevedad, tanto mas cuanto creia en ese momento próxima la libertad de Enrique, porque no dudaba ser en pocos dias árbitra absoluta de la voluntad y del poder del señor ministro.

Cuando llegó a la casa de Domingo Lopez, despues de haber cambiado de traje como de costumbre, pues hubiera dado mucho que pensar presentándose tan ricamente ataviada, les dijo, con su natural alegria, mas manifiesta ahora que en muchas otras ocasiones:

—Ayer tenia casi la certidumbre de libertar a don Enrique; pero hoy la poseo por completo, y es mas que probable que esta noche misma venga a dar a ustedes tan feliz nueva.

—¿Quiere usted decirnos algo de su combinacion? dijo Marta.

—Suplico a usted, señora, de no interrogarme todavía, advirtiéndole que no guardo el secreto porque tenga el temor de que se divulgue, sino porque me concierne a mí personalmente y tambien a otros; pero viva en la seguridad de que a su tiempo debido no habrá un solo misterio, un solo secreto de que usted y todas las personas de esta casa no sean depositarias.

—No es la curiosidad, hija mia, la que me domina; así es que esperaré el resultado sin impaciencia, salvo la que tengo en ver a mi hijo.

—Esa impaciencia es mas natural en usted y en su familia, puesto que hasta nosotros la experimentamos.

—Dime, Eloisa, ¿vas a salir nuevamente?

—Como a las oraciones, (1) es decir, antes que se oscurezca.

(1) Para los que lean esta obra y sean estraños a nuestras costumbres, será necesario advertir que en Chile, y particularmente en Santiago, a la hora de ponerse el sol se tocan las campanas de las iglesias para que los fieles hagan su pequeña oracion, y todo el mundo se saca el sombrero y se detiene en su camino.

—Te esperaremos a cenar.

—No hagan ustedes tal; puede ser que me demore mas de lo necesario; puede ser talvez que no me recoja.

—¿Y dónde pasarás la noche?

—Donde una amiga íntima que tengo.

—Haz lo que quieras; pero trata de venirte, porque nos haces falta y estaremos con cuidado: queda, pues, resuelto que te esperaremos hasta las diez de la noche.

—No quiero el menor sacrificio; si llego, bien, o si no, lo mismo.

—Pero es que nosotros tenemos gusto de estar en tu compañía.

—Yo experimento el mismo y haré lo que pueda; pero en el caso contrario, no tengan el menor cuidado.

Eloisa volvió a salir y volvió a ataviarse con mas gracia y con mas lujo, si era posible, que por la mañana cuando habia ido a ver al ministro, a quien esperaba ahora.

Tan luego como se oscureció lo bastante para no ser visto, se presentó el diplomático, golpeando la puerta de la calle con cierta medida misteriosa que por malicia conoció inmediatamente Eloisa, mandando abrir en el acto la puerta.

Debemos advertir que ese día el ministro casi no habia atendido a sus ocupaciones, poseido completamente de la imájen de aquella aparicion verdaderamente embriagadora que se le habia presentado por la mañana; pero por el mismo hecho de estar tan preocupado de ella habia resuelto allá en sus adentros no empeñar tan luego sus influencias para dar libertad a Enrique, porque se decia que el joven hermano iba a ser un impedimento para la consecucion de sus planes amorosos, pues habia concebido una de aquellas pasiones que nos dominan por completo y que particularmente ejercen un imperio mas absoluto en los hombres que han llegado a cierta edad, porque en ellos ya no existen esos cambios repentinos de la juventud, cambios lijeros y profundos a la vez, que hacen el encanto y la desesperacion de

esa época de la vida tan llena de variadas emociones y en la que parece deslizarse la existencia como en un lecho rodeado de perfumadas flores.

Eloisa, cuando entró el ministro, estaba como absorta leyendo un libro que tenia en la mesa redonda: pero al ver la visita se paró de su asiento, dió la mano al grave personaje, señalándole el sofá y tomando ella una silleta frente a frente de él, calculando de tal modo el sitio, (preparado quizá de antemano) que la luz de la lámpara diera de lleno al ministro, mientras que ella quedaba en una media claridad.

El diplomático estendió su vista por el salon, sin duda para juzgar por los muebles lo que podia ser la propietaria de ellos, en lo cual no se equivocaba, porque el aderezo de una habitacion demuestra por lo regular y casi con exactitud las tendencias de la persona que habita aquel recinto; pero como nada vió de chocante, pues allí reinaba el lujo sencillo y la simplicidad elegante y por lo mismo mas costosa, formó una opinion favorable de Eloisa, y despues de esos cumplimientos de estilo que sirven para entrar en materia, dijo a la jóven:

—Yo créo venirle a interrumpir; usted estaba leyendo en este momento, y no quisiera que por mí se privara de un entretenimiento tan instructivo como agradable.

—Es verdad, señor, que leia, y se lo confesaré, leia con curiosidad, porque he tomado un libro que jamas ha querido permitirme mi hermano y que sin embargo encuentro delicioso y bueno.

—¿Podria saberse cuál libro es el que a usted tanto interesa?

—Es la Julia o la nueva Eloisa, señor, y como yo tengo el mismo nombre que ella, me gusta.

—[La Julia o la nueva Eloisa] su hermano hace bien en que usted no lea a ese autor, porque es de lo mas malo y de lo mas pernicioso que existe.

—¿I en qué consiste la maldad?

—En muchas cosas: es un veneno sutil que se infiltra en las venas con delicia; pero sin embargo, esta no es de las peores obras de J. G. Rousseau, porque casi se circunscribe únicamente a los sentimientos del corazón; y puedo asegurar a usted, señorita, que yo mismo la he encontrado magnífico en mis primeros años, pero después he sabido encontrar el veneno.

—Pero es un veneno delicioso; es un veneno que tiene todo el aroma de la virtud.

—Parece que usted es algo romántica? ¿Quisiera usted imitar a Julia?

—Ojalá fuera yo como ella, señor! ¿Qué significa una falta embriagadora, nacida de tanta lucha, proveniente de tanta inteligencia, escusada por tanta elevación, rodeada de tan divino afecto y llevada hasta la idealidad del mas abnegado cariño? Caer como Julia, no me atrevo a afirmarlo, pero me parece que no es caer.

—Yo también soy de su misma opinión, repuso el ministro después de un momento de reflexión.

—¿También usted! ¿Querria ocupar el lugar de Saint Preux?

—Estaria orgulloso de ello y aun me creo con fuerza para llegar allí.

—¿Seria usted capaz de amar de una manera tan pura, tan desinteresada, tan constante y tan ideal a la vez?

—Segun el objeto que la inspirase.

—Es claro que, en su mayor parte, proviene ese sentimiento noble y exclusivo de la grandeza de la mujer; pero no es menos cierto que se necesita encontrar al hombre; no es menos cierto que debe darse una dualidad, dirélo así, sublime, porque de otra manera el brillante queda sin pulir, queda con todo su valor intrínseco, pero sin que lo aprecien, sin que lo estimen, sin que lo ensalcen. ¿Para qué serviría, señor, un tesoro, cuando el que lo encontraba por

casualidad no conocia su importancia? El oro de América no tuvo valor hasta que los españoles se mostraron tan avaros y codiciosos de él; lo mismo sucede, pues, a la mujer: se pierde su perfume, se volatiliza en el espacio si no encuentro un hombre que admire y cultive esa flor, que sepa aspirar ese aroma delicioso.

El ministro estaba atónito: jamás había hallado una niña que se espresara así, con tanta franqueza, con tanta finura a la vez que con tanta modestia, porque Eloisa había sabido dar a su lenguaje cierto candor provocativo, cierta sencillez insinuante que revelaba deseos y sujecion, aspiraciones hacia un fin y temor de llegar a él...

El diplomático respondió:

—Señorita, usted establece una teoria que encanta y que al mismo tiempo de encantar convence y atrae: tiene usted mucha razon en afirmar que un tesoro escondido de nada sirve; pero cuán feliz no hace al que lo halla y de cuánta utilidad no es para todos! Ah! No sé por que me parece que yo me encuentro ahora en una situacion idéntica!

—Señor, contestó Eloisa, aparentando rubor y modestia; supongo que usted no quiere burlarse de mí; yo estoi muy distante de ser esa joya.

—No, usted no está lejos, sino que lo es en efecto; y yo, yo la admiro, yo la haré...

—¿Feliz? Sí, señor; usted puede hacerme muy feliz, dando la libertad a mi hermano.

—Su hermano saldrá libre; pero...

—¿Cómo! ¿cuándo, señor?

—No puedo aun designar el tiempo y el día; pero sucederá; intertanto, hablemos de nosotros mismos.

—Ah, señor! es que mi hermano hace mi única felicidad.

—Su única felicidad! ¿No tiene usted otro afecto?

—No, señor.

—No! Esta negacion me agrada y me entristece.

—Por qué?

—Porque ella me da y me quita la esperanza; ella me alegra a la vez que me atormenta.

—No veo el motivo.

—Voi a ser franco, señorita, suplicándola a usted que sea indulgente: al decir usted que no tiene otro afecto que el de su hermano, me ha llenado de satisfaccion, porque veo que su corazon está libre; pero esa misma libertad me está probando que yo no puedo aspirar a él; ¡y sin embargo, sería tan dichoso si ocupara una pequeña parte!...

—Que usted tiene adquirida, señor, y adquirida con justicia.

—¿Es verdad, señorita?

—¿Me cree usted acaso ingrata? Un servicio que se hace y que se recibe ¿no es ya un vínculo? Usted ha tenido compasion de mí, se ha conolido de mis sufrimientos, se empeña por aliviarlos: ¿puedo despues de esto permanecer indiferente?

—¡Ah, señorita! pero ese sentimiento es tan ténue! yo desearia...

—Todo tiene su principio, señor.

—Sin embargo, por atrevido que parezca al hablar así, para mí no ha habido principio... la he apreciado a usted en todo su valor, he reconocido todo su mérito desde el momento de verla, y desde ese momento la he amado...

Y el ministro, al haser esta declaracion, que él creia de un efecto irresistible, tanto mas cuanto que en realidad se hallaba impresionado, se echó a los piés de Eloisa apoderándose de una de las perfumadas manos de la niña, mano que no retiró en un principio, como si la sorpresa la hubiera obligado a abandonarla, pero que en seguida deslizó suavemente, mirando al majistrado con unos ojos velados y llenos de un amoroso reproche, que queria decir, "a pesar de tu temeridad que ha pasado de los debidos límites, te

amo, y estoy dispuesta a perdonarte la ofensa;" sin embargo, Eloisa respondió:

—No me creo digna, señor, del afecto que usted me manifiesta, ni puedo participar de él por el momento; porque ¿cómo puede amar, cómo puede dar cabida el corazón a un sentimiento como éste cuando está desgarrado por el dolor? Yo, lo confieso también, me siento arrastrada por cierta simpatía, pero ella proviene, sin duda alguna, del interés que usted me ha demostrado, de la parte que usted ha tomado en mi aflicción y del deseo que tiene de aliviarla; con todo, me parece que mientras no hayan cesado mis inquietudes, que mientras no vea libre a mi hermano, no podrá mi alma ser sensible a afectos de naturaleza distinta.

—¿Me da usted al menos alguna esperanza?

—Señor, creo haberme expresado demasiado. Yo no puedo ser indiferente a la bondad, y toda acción generosa me enternece; sin embargo, en este instante me es imposible afirmar o negar nada.

—Basta. Yo me abriré camino hacia su corazón y usted reconocerá por mis actos de lo que soy capaz y todo el ascendiente que usted ejerce en mí. Mañana volveré; y sin ocultar a usted que hai dificultades casi insuperables para satisfacer plenamente a sus deseos, es decir, para dar desde luego libertad a su hermano, haré cuanto esté de mi parte, lisonjeándome que mi intervención decidida no habrá sido inútil y que seré portador de alguna nueva favorable.

El ministro se despidió en seguida, y Eloisa, si no del todo satisfecha, porque se habia figurado que desde el primer asalto rendiría la fortaleza, se dirigió donde sus nuevos amigos para comunicarles que el asunto marchaba bien, pero que todavía se encontraba en los preliminares que indudablemente la llevarían a un resultado favorable.

El ministro no se hizo esperar tampoco al día siguiente, sino que se presentó media hora mas temprano que el anterior, porque no podía dominar su impaciencia de ver a la

jóven e interesante viudita, que lo había cautivado hasta el punto de no pensar en otra cosa ni ocuparse de nada más que en agradar a aquella mujer, para lo cual había en realidad interpuesto su influjo, no para libertar a Enrique, pues tal vez no lo habría conseguido y tampoco él lo deseaba por el momento, sino para obtener un salvo conducto para que fuera a verlo su hermana, en presencia, se entiende, de los guardianes de la penitenciaría, porque aquel jóven era uno de los reos sobre quien debía ejercerse mayor vigilancia.

Fácil es concebir la satisfacción de Eloisa cuando el ministro le entregó aquella orden que le abría las puertas de la prisión, dándole la seguridad de ver a Enrique una vez por semana, porque así estaba concebido el permiso, pero esto era mucho obtener, lisonjeándose, por este primer paso, llegar al último en poco tiempo; y aun cuando, dado caso que no consiguiera lo último por los medios legales, lo alcanzaría de otra manera; pues una vez establecida la comunicación, no faltaría un expediente de que valerse o una circunstancia cualquiera que poder aprovechar, tanto más cuanto que ella no carecía de inventiva.

Aquella noche, se concibe, Eloisa se portó mucho más amable con su señora, pero sin permitir la menor familiaridad, salvo aquellas manifestaciones que se hermanan con el decoro sin escluir la pasión; pues Eloisa había tomado la resolución firme, el propósito decidido de abandonar para siempre la carrera que había hasta entonces seguido; y como entraba en sus planes el aparecer a los ojos del ministro como una mujer virtuosa, no solo trató de mantenerlo a cierta distancia, sino que se propuso mudar de residencia al día siguiente, porque podía ser muy bien que tomase aquel hombre en la vecindad algunos informes sobre ella o que por otro accidente natural, y al que estaba expuesta viviendo en un barrio donde era conocida, llegase a saber la casa a que pertenecía; y en ese caso desbarataría para siempre toda su hábil combinacion, porque el ministro, viéndose

burlado, tomaria su desquite, esponiéndose ella al resentimiento de una persona poderosa e influyente, comprometiéndolo a un mismo tiempo el porvenir de Enrique; así es que en esa misma noche advirtió a su señoría que al día siguiente tendria el gusto de recibirlo en otra casa y que ella mandaria o iria en persona a decirle el barrio y el número de su nueva morada. El diplomático, cada vez mas enamorado, cada instante mas satisfecho de haber tenido la fortuna de encontrar en su camino a una mujer tan interesante, sentíase jóven y alegre, como si renaciese al calor de su nueva pasion, hasta el punto de creer que jamas habia experimentado una afeccion mas íntima, pues le habia hecho olvidar completamente relaciones que databan desde mucho tiempo atras y que ni las consideraciones de familia le habian hecho que rompiese, como estaba ahora dispuesto, sin que hubiese mediado para ello la mas lijera insinuacion de parte de Eloisa, que, aun cuando tenia interes en agradarlo y en dominarlo completamente, al menos por algun tiempo, no habia pensado un momento en que cambiase sus hábitos; pero el cariño ejerce tal poderio por sí mismo, que sin pensarlo y sin quererlo trasforma al hombre.

Impaciente Eloisa de llevar tan feliz nueva a la angustiada familia Lopez, no veia la hora de que se despidiese el ministro; pero tuvo bastante poder sobre sí misma para no darle a conocer el desagrado que experimentaba con la prolongacion de su visita, sino que sostuvo por todo el tiempo la mas animada conversacion, descubriendo en ella la finura de su ingenio, la gracia esquisita de sus modales y hasta la elevacion de sus ideas; de manera que aquel hombre a cada frase y a cada movimiento de la encantadora muchacha, experimentaba una sorpresa agradable y un placer desconocido por él hasta ese momento, pues Eloisa ponía en juego todo su arte, toda su experiencia y todo aquel conocimiento de mundo que adquieren en poco tiempo las mujeres que llevan semejante vida, porque el contacto en que se encuen-

trán con diferentes personas de distintos caracteres y de diversas condiciones sociales, así como la lucha que están obligados a sostener para no ser víctimas del engaño de este y de aquel, despiertan en ellas y aguzan de tal manera ese instinto de fina malicia de que está naturalmente dotada la mujer, que en breve se hacen tan astutas y disimuladas que luego penetran las intenciones, que luego se aperciben de los defectos y de las cualidades de las personas que tratan; no revelándose jamás a sí mismas y jugando con ventaja todos los roles de la comedia humana.

Como hemos dicho, Eloisa estaba impaciente; y tan luego como hubo salvado el umbral de la puerta el señor ministro, tomó ella el camino opuesto, dejando a sus sirvientes las mismas recomendaciones que les había hecho otras veces.

Eran ya como las doce de la noche cuando llegó al conventillo, y la familia Lopez ya no estaba en pie para comunicarle la fausta noticia de que era portadora, guardándola para el día siguiente, a pesar de los deseos que tenía de decírsela, porque estaba segura que con ella serían felices; pero, sin embargo, no se atrevió a llamar a la puerta, sino que se fué a su solitario cuarto llena del contento que iba a dar y del que experimentaba ella misma con la seguridad que tenía de ver al día siguiente a Enrique, gozándose de antemano en la sorpresa que experimentaría el joven prisionero.

No había aun despuntado el día cuando Eloisa se levantó, y no pudiendo dominarse por mas tiempo, fué a golpear a las habitaciones de Domingo Lopez, gritando desde afuera: "Soy yo, traigo buenas noticias."

Marta reconoció la voz de Eloisa, oyó lo que decía y se levantó en el acto.

La muchacha, con esa expansion que produce el contento, abrazó a la madre de Enrique, diciéndole:

—Señora, hoy lo veré, hoy lo veré...

—¿A quién, hija mía?

—¿A quién quiere que sea!

—¡Es posible, mi querida Eloisa! ¿Cómo has conseguido semejante favor?

—El cómo es todavía un misterio, señora; conténtese por el momento con el hecho.

—Sí, es lo principal, hija mía; pero cuéntame algo.

En ese intervalo se había levantado Domingo y Mercedes, que fueron también a abrazar a Eloisa, sabiendo ya la buena noticia.

—La concesión que he alcanzado es de la mayor importancia; pero no hai motivo todavía para que ustedes se alegren tanto, porque no son ustedes los que tendrán el gusto de ver a don Enrique, sino solamente yo.

Y Eloisa le presentó el salvo-conducto que le habían dado la noche anterior.

—Pero por qué te dan a tí el permiso, hija mía, y no a nosotras? dijo Marta tristemente.

—No se ha podido de otra manera. Yo he tenido que decir que era hermana de don Enrique, y solo a mí y no a otro alguno lo habrían otorgado.

—¡Es raro!

—Sí, señora; pero tenga un poco de paciencia, que al fin todo se descubrirá. Por otra parte, si esta concesión no les proporciona el placer del momento, les da la seguridad de alcanzarlo al fin, ya sea de una manera o ya de otra, ya sea con el permiso de las autoridades o ya sea sin él, por medio de una evasión que deja de ser imposible estando en contacto, puede decirse, directo con ustedes, pues yo seré la que lleve y traiga las comunicaciones; y si se necesita de mí para conseguir la fuga, en caso que no venga el perdón legal, que es lo que trataré de alcanzar de preferencia, pueden también disponer como quieran, pues estoy decidida a todo, cualesquiera que sean los peligros que me vea obligada a arrostrar, aun cuando hubiera de sucumbir en ellos; porque con tal de libertarlo a él ¿qué importa que yo perezca!...

—No hables así, Eloisa; nosotros no consentiríamos jamás, dijeron todos, ni lo querriamos que tú te sacrificases hasta ese punto por obtener la libertad de Enrique.

—Ojalá sucediera esto, que seria mi mayor dicha, respondió Eloisa tristemente, porque tal vez en aquel momento hacia alusion a su miserable e ignominioso estado.

—Espero en Dios que todo ha de salirme bien, sin necesidad de que nadie sufra; de todas maneras, hija mía, nosotros te agradecemos en el alma lo que has hecho, lo que haces y lo que estás dispuesta a hacer. ¡Sin tí qué hubiera sido de nosotros! Qué seria ahora de Enrique!

—No hab'emos de esto, señora, porque ya he dicho a ustedes que soi yo la que debo estarles agradecida; pasemos, pues, a otra cosa: ¿qué debo decirle a don Enrique? ¿Por qué no le escriben? El tendria tanto gusto...

—Dices bien, Eloisa; para Enrique seria un alivio y para nosotros un consuelo en saber que él tendrá al menos ese goce entre tantas privaciones y sufrimientos.

—Hoy tengo que trabajar muchísimo, señora, y me veo obligada a retirarme; vo veré en algunas horas y entonces ya ustedes tendrán sus cartas preparadas y yo estaré en disposicion de ir a hacer la visita, que verdaderamente quisiera que ustedes hiciesen en mi lugar, no porque no esperimente gusto en ello, sino porque seria mayor si ese gusto que les corresponde de derecho lo sintiesen ustedes.

—Gracias, querida Eloisa; de todos modos quedamos satisfechos, porque hai conseguido lo que no teniamos esperanza de obtener tan luego y quizá de no obtener nunca.

Eloisa que, en busca del nuevo domicilio para la familia de Lopez, habia recorrido pocos dias antes casi todo Santiago, le fué fácil recordar las casas que tenian papel de arriendo y se fué directamente a la calle de Santo Domingo, donde habia visto una de regular apariencia, la que convino a Eloisa, tomándola desde aquel mismo dia, obviando todos los inconvenientes del propietario con el sencillo expediente

de darle tres meses adelantados y de no pedirle rebaja alguna por el alquiler, haciendo que trasportasen sus muebles en el mismo día, cuyo encargo dejó a sus sirvientes, previniéndoles que todo debía estar arreglado para antes del anochecer, cualquiera que fuera el gasto que originase la mudanza con tal de ser servida puntualmente.

Practicadas estas diligencias, indispensables para la consecucion de sus fines, fuése nuevamente al conventillo para tomar las cartas, dirigiéndose sin pérdida de tiempo a la penitenciaría, donde presentó al superintendente la orden que llevaba consigo y que éste examinó con no poca sorpresa, pues las instrucciones del gobierno respecto a los reos políticos eran precisas y terminantes, exigiéndole la mayor vigilancia sobre ellos; sin embargo, el papel que le presentaban era auténtico y no podía desobedecer a lo que ordenaba el ministro, cuya firma y letra le era muy conocida, calculando por esto que la persona que tenía presente sería muy influyente en el gabinete, pues de otra manera no concebía que se diera un permiso que contrariaba las disposiciones acordadas; así es que tuvo con Eloisa las mayores consideraciones, ordenando en el acto que compareciese don Enrique Lopez, que era el individuo designado.

A pocos momentos apareció el joven revolucionario, con un semblante triste pero que denotaba la serenidad interior de que realmente gozaba aquel hombre de un temple superior y que no habiendo delinquido jamás conservaba toda su energía, sintiendo solamente el verse ausente de su familia, sin que lo atemorizasen las incertidumbres del porvenir.

Su sorpresa fué grande al encontrarse tan inopinadamente con Eloisa, pues creía que sería llamado para las investigaciones políticas a que se veían sujetos tanto él como sus otros compañeros de prision, a pesar que había respondido siempre del mismo modo sin que le hiciesen dar un paso mas allá de lo que había dicho al principio.

Eloisa, comprendiendo que Enrique podía descubrir la

verdad, es decir, hacer saber que no era su hermana, se lanzó hácia él con los brazos abiertos, diciendo:

—¡Enrique, mi querido hermano!

El jóven quedó mas sorprendido aun al oirse llamar así y que lo trataban con la familiaridad de tal; pero Eloisa al mismo tiempo que lo abrazaba, le dijo con voz imperceptible: "Es preciso finjir, de ello depende su libertad." Introduciéndole a la vez, sin que lo notase el superintendente, las cartas de que era portadora.

Enrique comprendió que todo aquello encerraba el secreto de alguna intriga tramada en su favor, y en consecuencia tomó la mano de Eloisa con ese cariño natural que existe entre personas a quienes une el lazo de la fraternidad, sin hacerse en ello la menor violencia, porque en realidad, aun cuando hacia poco tiempo que conocia a Eloisa, sintió por ella la tierna y desinteresada afección de un hermano, ya fuera ésta el resultado de los servicios que él y su familia debían a aquella niña, o ya esa simpatía innata que experimentamos por algunos seres.

La presencia del superintendente hizo que la conversacion de ambos jóvenes se limitara solamente a ciertas generalidades, teniendo el cuidado Eloisa de decirle que siendo ellos solos en el mundo, habia implorado de tal modo al señor ministro, que, compadecido de su horfandad, le habia acordado siquiera una vez por semana el gusto de verlo, lo que no es poca bondad de parte de su señoría, agregó la jóven con acento de profunda gratitud para que lo notara el superintendente y se lo comunicara al ministro en caso necesario, como sucedió en efecto pocos dias despues y cuando fué llamado por éste e interrogado sobre la jóven, aquien habia dado permiso para ver a su hermano.

Enrique, sin saber los medios de que se habia valido Eloisa para llegar hasta él, vió que era un gran paso dado a mas de la dicha que le proporcionaba el saber de su familia cuyos miembros no nombraban, pero que Eloisa, adi-

viendo su pensamiento le hacia comprender todo cuanto pasaba de la manera mas ingeniosa y sin despertar la menor sospecha en el Argus que tenian presente y que no los perdía de vista, espíando no solo las palabras que se decian sino hasta las miradas que se daban; pero Eloisa era mui astuta y Enrique mui prudente para comprometerse en una situacion tan crítica.

Al fin se despidieron ambos jóvenes, y como era necesario abrazarse, Enrique fué el primero en hacerlo, porque Eloisa en esta ocasion experimentó cierta perplejidad, sintiendo que le subian los colores al rostro y que su corazon latia con violencia; pero el prisionero, sin comprender la emocion de su libertadora, la estrechó en sus brazos natural y afectuosamente como a una hermana o a una amiga sobre la que no se tienen las menores pretensiones.

La jóven subió al coche sin mirar por la última vez a Enrique, que se quedó un momento parado, siguiéndola con la vista por la ventana para ver si le hacia la última seña de despedida; pero Eloisa, aun cuando conocia que la miraban, porque se lo decia el corazon, no volvió la cabeza sino que se introdujo en el coche, diciendo al postillon:

—De carrera a la calle de San Pablo.

Cuando se vió sola, Eloisa bajó su manto y sacó un pañuelo para enjugar las lágrimas que corrian por sus tersas mejillas en grande abundancia, murmurando en su interior: “Imposible! imposible. Es preciso vencerse. Este sentimiento que ha nacido con fuerza es preciso ahogarlo, y lo ahogaré aun cuando sea necesario morir... La sola idea me parece un crimen y lo es en efecto... yo no puedo, ni debo, ni quiero mancharlo, y asi sucederá, cueste lo que cueste, sufra lo que sufra.”

En medio de estos tristes pensamientos y formada esta resolucion heroica, resolucion propia de una alma virtuosa y elevada, pero que requería el mas gran sacrificio, llegó Eloisa a la puerta del conventillo y su fisonomia se cambió

instantáneamente sin hacerse violencia, porque sentia realmente un verdadero placer al pensar la satisfaccion que iban a tener los padres y la hermana de Enrique.

No narraremos aquí todas las preguntas que casi a un mismo tiempo y sin esperar respuesta hizo a Eloisa cada uno de los miembros de aquella familia; pero ella satisfizo a todos, contándoles no solo la conversacion que habian tenido sino, hasta las miradas y la actitud de Enrique, asi como los pensamientos que no se atrevia a revelar por temor de descubrirse, pero que ella habia leído en sus ojos. Ahora, dijo al fin Eloisa despues de este largo interrogatorio, es ya necesario decidirse a cambiar lo mas pronto de domicilio. Un dia u otro puede presentarse una ocasión favorable que no debemos dejar escapar y es preciso que el lugar donde se refujie don Enrique sea ignorado de todo el mundo, para que él pueda contar con algunos momentos de tranquilidad, porque yo estoy persuadida que difícilmente se obtendrá su libertad con el beneplácito del gobierno; sin que por esto nos desanimemos, pues trabajo en ese sentido; pero estoy segura de obtenerla por otro.

Todos convinieron en la exactitud de las reflexiones de Eloisa, y cinco dias despues se encontraba la familia Lopez en compañía de Santiago y Teresa en la apartada calle de Breton, sin que ninguno de los habitantes del conventillo supiese el lugar de su residencia, sino que todos, incluso el propietario, quedaron convencidos que se habian ido por algun tiempo al campo, mucho mas cuando les constaba que habian dejado en la casa todos sus muebles o que probaba que volverian al fin de alguna corta temporada.

La enfermedad de doña Juana.

I.

Inter se van desarrollando los acontecimientos en Santiago, echemos una mirada sobre personajes que ocupan un lugar principal en nuestra historia y que hemos dejado por algun tiempo casi olvidados.

Recordará el lector que la señora doña Juana habia partido de Santiago para su hacienda de San Jorge en busca de salud y por consejos del médico.

Los primeros meses de su residencia en el campo no le habian sido adversos aunque tampoco favorables, pues no habia sentido declinar su enfermedad sino que se mantenía sin agravarse, lo que fué considerado por un buen síntoma; pero en los últimos tiempos sentíase agravar día a día de una manera lenta pero sucesiva hasta el punto de alarmar a Luisa y de alarmarse ella misma.

El solitario tampoco estaba tan tranquilo, pues a pesar de sus constantes cuidados y de su ciencia adquirida no habia podido contener el mal, sino que éste tomaba cuerpo visiblemente.

Uno de esos días, y aprovechando la ausencia momentánea de Luisa, dijo doña Juana a su amigo:

—Sabe usted, mi querido Grzman, que me siento peor de lo que en realidad aparezco, pues me veo obligada a hacer esfuerzos para no sobresaltar a Luisa mas de lo que lo está ya, pues mi hija me estudia y me examina constantemente, y si no fuera porque le oculto cuanto me es posible la pér-

dida de mis fuerzas y el abatimiento de mi espíritu, la vería sufrir mas y esto contribuiría aun a empeorarme; pero me parece que es necesario ya tomar una resolución definitiva: creo que me convendría ir a Santiago tanto para consultar con los médicos, cuanto porque en caso contrario, es decir que la opinión de los facultativos no fuese favorable, tengo que arreglar asuntos de mucha importancia y de los cuales depende el porvenir de mi hija... ¡de mi hija, Guzman, a quien amo tanto y a quien no me resuelvo a dejar sola en el mundo!... y las lágrimas corrían silenciosas por las pálidas mejillas de la aristocrática dama... y esas lágrimas de madre, lágrimas en que va envuelta tanta afección y que son también una plegaria dirigida a Dios para que proteja al hijo amado a quien se va a abandonar, esas lágrimas, decimos, cayeron sobre el corazón del solitario enterneciéndolo hasta el punto de no poder contener las suyas; sin embargo, dijo a doña Juana serenando su voz, trémula por la emoción, cuanto le fué posible:

—Esas ideas tristes, amiga mía, agravarán su enfermedad y quizá son la principal causa de ella; yo no veo todavía ningún peligro, porque si lo conociera habría sido el primero en manifestárselo a usted; pero no por esto desapruébo su viaje a Santiago, porque he visto que su extraña enfermedad, y digo extraña, porque usted afirma que no experimenta dolencia alguna, se aumenta, sin que por esto conciba todavía riesgo el que menor.

—Yo sí que lo siento, y además me lo dice el corazón.

—Es preciso desechar esas ideas tristes.

—Tristes por una parte, amigo mío, consoladoras por otra: es verdad que sufro infinito con la idea de separarme de Luisa; pero también deseo no menos unirme a mi Eduardo... Lo creerá usted, Guzman: he sobrevivido a mi marido durante muchos años, pero su recuerdo no me ha abandonado un solo día, talvez un solo instante y me parece sentir ahora que me llama a él.

—Ilusiones del cariño, amiga mia, que prueban la excelencia del alma del que las experimenta, pero que por lo mismo son jeneralmente funestas.

—No quiero discutir, Guzman, porque no cabe discusion donde hai evidencia: lo que uno siente ¿no es acaso una realidad? Puede ser falso y quimérico para otro lo que para mí es real y verdadero, ¿qué responder a esto.

—Pero, señora, es indispensable que usted dé otro jiro a su espíritu.

Doña Juana se sonrió con bondad y tomándole una mano al solitario le dijo señalando con la otra el cielo:

—Hai otra vida, amigo mio, una vida de amor y de luz, donde los afectos son eternos; y yo no tengo miedo de ir allí donde está mi Eduardo, sino que al contrario lo deseo...

—¿Y Luisa, señora, y Luisa!

—¿Ai! Guzman, tiene usted razon: no puedo, no quiero separarme de ella.

—Así es como usted debe pensar, señora porque Luisa es la hija de Eduardo y viviendo para ella vive para él, porque vive con ella y con él.

—Se lo prometo, amigo mio, si la existencia depende de mi voluntad, la conservaré...

—La existencia, bajo la forma en que estamos tiene su término, pero muchas veces depende de nosotros el acercarlo o alejarlo.

—¿Y qué debo hacer para conseguir lo último?

—Combatir esos pensamientos.

—Imposible, porque me vienen, a pesar mio, persiguiéndome en el dia y en la noche, en la vijilia y en el sueño.

—Comprendo: esa manera de ser se ha hecho en usted crónica. Al principio acarió usted esas ideas, la acompañaban en su dolor, y ahora no la abandonan; esa es una lei de la naturaleza.

—¿No hai, pues, remedio?

—Desgraciadamente tengo que decir a usted que cuando los hábitos llegan a cierto grado ya es muy difícil cambiarlos; pero quizá se puede ir modificándolos poco a poco.

—Yo estoy dispuesta a seguir en todo sus consejos.

—Lo único que siento, señora, es que no sean bastante eficaces. Si antes hubiera tenido conocimiento de las disposiciones de su espíritu, tal vez habría vencido o habría retardado el efecto; pero ya es algo tarde...

—¿No hai esperanza, Guzman? Eso era lo mismo que yo le decia. No tema ser frauco conmigo: ya usted sabe que no soy cobarde y que, a Dios gracias, tengo mi conciencia pura y tranquila.

—Ese es un gran bien, señora, y suele ser un eficaz remedio. No hai porque desesperar todavia.

—Yo no desespero nunca, amigo mio, sino que por el contrario, los fallos del Altísimo me encontrarán siempre resignada en mi dolor, serena en mi afliccion, no siéndome dado ir mas allá, porque no puedo dejar de ser lo que soy.

—Eso es todo cuanto puede ofrecer la humana especie y usted ha llegado al término.

Y el solitario dijo entre sí mismo:

—Me he equivocado; he mirado demasiado al cuerpo sin investigar el alma que era donde realmente estaba el mal: nunca tiene uno demasiada experiencia.

—En fin, ¿qué es lo que me aconseja el amigo de Eduardo?

—Creo, señora, conveniente su viaje a Santiago donde tendré el gusto de acompañarla.

—¡Usted! cuánto le agradezco su oferta! con cuánto gusto la aceptaria! Pero no es posible! Santiago en la actualidad está revuelto y usted podia correr algun peligro: las pasiones políticas parece que están ahora mas vivas que nunca y los odios mas encarnizados.

—Yo he muerto, hace mucho tiempo, para la sociedad y nada tengo que esperar o temer de ella.

—No, Guzman, usted es demasiado conocido. Usted ha jugado un rol importante, y aunque haya desaparecido de la escena, pueden venir las persecuciones, porque todavía viven muchos de aquellos hombres; preferiria que se quedara, con la seguridad de que le haré llamar en caso necesario, porque deseo que el hombre que acompañó a Eduardo hasta sus últimos momentos, esté presente a los míos: seria feliz en cerrar mis parpados mirando al objeto que él tuvo a la vista cuando se cerraron los suyos..

—Señora, querida amiga mia, suplico a usted de no tener esas ideas...

—Ya he dicho a usted que nada temo; quiero saber solamente si usted está dispuesto a satisfacer mi último capricho...

—¿Puede usted dudarlo!

—No, Guzman, no he dudado un momento de usted en tantos años de amistad. ¡Cómo vendria a dudar en pocos dias! Pero allí está Luisa; es preciso disimular... le dejo a usted el encargo de prepararla.

II.

Doña Juana recibió a su hija con la mas afable sonrisa, aparentando una alegría que estaba lejos de tener.

La jóven miró alternativamente a su madre y al solitario, como queriendo descubrir por sus fisonomías lo que interiormente sentian, y en seguida les preguntó:

—¿De qué se han ocupado ustedes durante mi ausencia?

—De nada, hija mia, no nos hemos movido de aquí.

—No pregunto, mamita, lo que han hecho sino lo que han dicho.

—Ya que quieres saberlo, es mui fácil: nos hemos ocupado de tí.

—De mí! Siempre de mí... ¿por qué no piensa mas en sí misma? Por qué no trata de distraerse un poco, mamita;

me parece que esto le aprovecharia; ¿no es verdad, señor?

—Así es, querida Luisa, y esto mismo le aconsejaba yo hace un momento.

—¿Crees, Luisa, que pensar en tí no es pensar en mí misma? ¿Qué cosa de más interés hai para mí en el mundo? ¿Cómo puedes imaginarte que me diviertan frivolidades?

—No es mi ánimo, mamita, probarle que yo debo serle indiferente, porque esto no lo querría, porque esto me haria sufrir mucho; pero una idea fija debe ser matadora: dicen que la locura proviene de aquí.

—Pues yo quiero ser loca, hija mia, antes que me obligasen a no pensar en tí.

—Usted tiene la monomanía del cariño, la monomanía de la benevolencia; pero hai un término para todo, y la distraccion no quita ni destruye el afecto, sino que mas bien lo corrobora y fortifica.

—Hace poco le decia a mi amigo Guzman que no queria entrar en discusiones y ahora me veo obligada a hacerte la misma observacion.

—Sin embargo, es preciso, mamita, no entrar en discusiones, pero sí aprovechar de los consejos del señor Guzman porque siempre son favorables: yo estoi viendo que no se mejora y que cada dia...

—Cada dia, si no me encuentro mejor, me hallo poco mas o menos lo mismo: la diferencia no es tan grande.

—Yo noto alguna, mamita, y creo, puesto que no se da en el campo una mejoría notable, es conveniente regresar a Santiago donde hai recursos y muchos facultativos que consultar y que podrian curarla radicalmente en poco tiempo.

—Yo tambien habia pensado lo mismo, pero como no me encuentro tan mal como tú te figuras, tenia hecha la resolución de no partir tan luego.

Como se ve, doña Juana, mentía con el fin de tranquilizar a su hija.

—Siempre vale más precaver el mal que combatirlo, ma-

mita; y ya que lo habia pensado, seria preferible efectuarlo desde luego, haciendo desde mañana, desde hoy mismo, los preparativos.

—Te das demasiada prisa, hija mia; parece que tuvieras temores de que yo no participo bajo ningun aspecto, y advierte que yo, que soi la paciente, debo juzgar mejor.

—Concedo que no existe el menor peligro; pero no es menos cierto que usted no se mejora y hace ya como cuatro meses o mas que nos encontramos en el campo sin que usted experimente el menor alivio, sino que, por el contrario, se encuentra mas débil y mas abatida que al principio. Por otra parte, como he dicho anteriormente: mas vale precaver el mal que combatirlo.

—Ya que te empeñas, hija mia, obra como te parezca; me pongo por completo a tu disposicion y haré en todo tu voluntad con la condicion que te sometas, cuando sea necesario a la mia.

—Su voluntad, mamita, nunca puede dejar de ser la voluntad de su hija: ordene usted no mas, con la seguridad de que será obedecida sin dilacion, sin sacrificio, o mas bien dicho, con placer, porque la obediencia hácia sus padres es un deber que a todo hijo debe causar delicia cumplir.

—No es esto lo que sucede siempre, Luisa; muchas veces la voluntad del padre contraria la voluntad del hijo.

—Creo que nunca acontecerá en mí una cosa igual; al menos tengo la experiencia de toda mi vida pasada para poder responder de mi vida futura.

—Es verdad, hija mia, porque a pesar de la libertad en que has vivido y en que yo te he dejado, has sido siempre la criatura mas sumisa.

—No me he hecho en ello la menor violencia, porque en lugar de esforzarme me ha gustado.

—Bien, hija mia, mui bien; experimento una satisfaccion verdadera en que me hables asi; ahora dispon nuestro viaje cuando quieras y para cuando quieras.

Durante esta conversacion entre la madre y la hija, el solitario habia permanecido silencioso pero atento. Aquel hombre que veia, se puede decir, en el porvenir, creyó encontrar en la palabra de doña Juana algun proyecto, alguna combinacion premeditada de antemano; porque, ¿que otra cosa podia significar aquella exigencia, cuando sabia que Luisa no la habia contrariado nunca? El sabio anciano comprendia que un dia u otro sucederia algo de grave, algo de extraordinario, pero con esa moderacion que lo caracterizaba no interrogó nada sobre un punto que no le habian confiado, no moviendo sus labios como hombre prudente que no pretende jamas introducirse ni penetrar en el interior ajeno, a no ser cuando es preciso evitar el mal o hacer el bien; y como nada tenia que temer en el caso presente, porque conocia a fondo el carácter noble y las virtudes de todo jénero que adornaban tanto a la madre como a la hija, quedóse tranquilo en su reserva esperando solo que los acontecimientos se sucediesen.

III.

Luisa, con la autorizacion de su madre, principió desde aquel mismo dia los preparativos, pues tenia mas temores que los que habia demostrado, porque a ella no se le ocultaban los esfuerzos que hacia doña Juana para aparentar en su presencia un estado de salud mejor que en el que en realidad se encontraba, no quejándose tampoco nunca de esa languidez que paso a paso la llevaba al sepúlcro y que Luisa veia aumentarse dia a dia.

El solitario, por su parte, mas conocedor que Luisa de los síntomas de aquella enfermedad y del punto a que habia llegado comprendia que no habia mas que una remota esperanza; pero ocultando a la jóven su pensamiento se proponia prepararla para el caso de una desgracia minorando asi en parte la violencia que lleva consigo un golpe inesperado y de tanto mas terrible efecto cuanto mayor era la es-

quisita sensibilidad de Luisa y el tierno cariño que profesaba a su madre.

El anciano buscaba, pues, la ocasion de hablar a solas con Luisa, ocasion que le fué fácil encontrar, habitando la misma casa, y le dijo:

—¿Temes algo, mi querida Luisa, que te apresuras tanto para la marcha?

—Con usted puedo ser franca, señor: sí, temo... mi mamita me oculta sus males por no entristecerme:

Y la jóven se sentó en un sofá derramando copiosas lágrimas.

El solitario le tomó una de sus manos.

—Tú tambien, hija mia, le ocultas a ella lo que sientes y lo que piensas para no alarmarla.

—Es verdad, señor.

—De manera que ambas quieren engañarse sin conseguirlo.

—Tambien es cierto, al menos por lo que respecta a mí.

—Y ella se encuentra en el mismo caso; pero en mi opinion está algo distante la desgracia. Por otra parte, los médicos de Santiago pueden con sus conocimientos detener el mal.

—¿Cree usted en la posibilidad de una mejoría!

—Difícil, es pero no imposible.

—Su respuesta me desanima todavia mas.

—Yo no puedo, hija mia, ni afirmar ni negar nada; ¿qué sacaria con darte esperanzas que habrian de salir frustradas aumentando mas tu dolor? ¿Y qué sacaria con afirmar un acontecimiento que puede mui bien no suceder? En ambos casos obraria mal; sin embargo, debo prevenirte que tengas tu ánimo preparado, sin por esto desanimarte ni abatirte.

—Señor, señor, yo no podré sobrevivir a tamaña desgracia.

Y la niña rompió en sollozos.

—Yo no quiero hija mia, combatir tu dolor: él es justo y

es natural. Una madre no se reemplaza nunca. Ese afecto con que hemos nacido y con que hemos vivido, esa ternura de todos los instantes que nos ha protegido en todas las épocas de la vida, deja un vacío inmenso y un recuerdo indeleble cuando nos abandona... pero en fin, todo tiene su término, todo... y todo también renace a la esperanza, quizá a una realidad mayor, porque Dios nos prepara, sin duda alguna, algo de menos transitorio, algo de más estable... ¡Quién puede darse cuenta de las trasformaciones de los mundos y de las que experimente la humanidad! Ah! si muriésemos cuando desaparecen las personas que amamos ¿a qué quedaría reducida la cadena que sostiene y liga a la especie? No habría existido más que el primer eslabón, sin que hubieran podido sucederse unos tras otros los anillos que vienen formando las generaciones que se han desarrollado y que se desarrollarán en la inmensidad de los tiempos. El dolor, hija mía, se borra al fin para ser reemplazada por el recuerdo, y talvez tras del recuerdo venga la unión del infinito, la unión de lo inconmensurable, la unión de la eternidad.

—Oh! Dios mío! Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?

—Luisa! hija mía! aun no hai motivo por qué abatirse... Puede suceder... ¿Para qué desesperarse y sentir antes de tiempo? ¿Influiria acaso en la mejoría de tu madre tu dolor actual? Estoy seguro que si doña Juana te viera en ese estado, sufriría infinito, abreviando talvez sus días. Ten mas esperanza, Luisa, ten mas serenidad, serenidad que nacerá de esa misma esperanza, y estoy seguro que si no se mejora por completo tu mamita, al menos se aliviará, proviniendo de aquí la prolongación de su preciosa existencia.

—¿Entonces usted cree que hai algunas probabilidades de salvarla?

—¡Cómo no! Yo seria un temerario y un insensato si afirmase lo contrario.

—Pero la ciencia no ve, no descubre, no cuenta acaso

con todas las seguridades para decir lo que infaliblemente ha de suceder?

—No hai nada de infalible a no ser la muerte; y para esto no se necesita de ciencia, pues sabemos que ha de suceder, pero en cuanto a determinar el tiempo, es mui difícil aunque no es imposible: en medicina no se ha dicho y está mui lejos toda ia de decirse la última pa'abra.

—Usted me consuela y me desalienta.

—Yo no quiero ni lo uno ni lo otro, deseo únicamente que tengas la calma posible.

—¡La calma posible! ¿Puede darse en el mas agudo de los sufrimientos?

—Tambien te he dicho que no es mi ánimo combatir tu justo dolor pero que uno debe estar preparado a todo.

—Ah! señor; si yo tuviera su edad, su experiencia y su filosofía; si ya no existieran para mí vínculos; si hubiera visto, como usted, desaparecer uno a uno los seres que me rodeaban; si estuviera sola en el mundo viviendo en la ciencia, en la abstraccion, en Dios; si ya no desease mas que unirme en el infinito, como usted dice, a las personas que uno ha amado, ¿cuán fácil no seria esa resignacion, esa conformidad filosófica! ¡Pero romper los vínculos mas queridos y mas sagrados, sentir que la dejan a uno en el vacío, experimentar esa soledad de afectos, acostumbrarse a no ver ya lo que se ha adorado en la tierra, es mui difícil y para algunas almas debe ser imposible.

—Y sin embargo, hija mia, todo esto ha de suceder mas tarde o mas temprano; por esta razon nos aconseja el Evangelio de no estar tan pegados a los bienes transitorios del mundo, cualquiera que sea la naturaleza de ellos.

—Convengo, señor, en cuanto usted me dice; veo la justicia y exactitud de sus reflexiones, pero no me resigno...

—La lei de la necesidad es la mas imperiosa de las leyes: uno se somete o sucumbe, ese es el dilema; y se somete, porque la sensibilidad del que experimenta el pesar es menos

delicada, o muere cuando es escesiva; esto entra en la naturaleza de los seres y es tambien una lei a que están sujetos todos segun su organismo respectivo.

—¡Ai! qué análisis tan descarnado hace usted del do'or! Pero dejémonos, señor filósofo, de esas cuestiones; yo quiero saber únicamente cuál es la enfermedad de mi mamita y si hai probabilidades de sanarla.

—Las probabilidades siempre existen; ahora por lo que respecta a la enfermedad, es mas moral que física; ella me lo ha dicho y yo siento no haberlo sabido antes.

—Entonces sí que concibo esperanzas, porque los achaques del espíritu son mas fáciles de curar que los del cuerpo.

—Te equivocas, hija mia, te equivocas, y tú eres como tu madre, una de esas naturalezas que sufren mas por el alma que por el organismo: a tí te matará una afeccion y no te matará un dolor; por esto es que quiero prevenir el sufrimiento tratando a la vez de familiarizarte con él para que te endurezcas.

—¿Pero qué es lo que puede abatir tanto a mi mamita? ¿Qué pesar agudo, qué sentimiento profundo mina su existencia?

—Cada alma tiene sus secretos... Cada hombre sufre a su manera.

—Sin embargo, es preciso un motivo, una causa, y yo no le conozco ninguno de aquellos incidentes que pueden influir tan hondamente en su ánimo.

—Puede ser que exista esa causa desde algun tiempo mui remoto de que tú no tengas conocimiento, pero que haya venido paulatina y lentamente minándola hasta el punto de haberse apoderado de todo su ser y ser difícil escaparse a su influencia.

—¿Pero qué debo hacer?

—Mira, querida Luisa: independiente de las prescripciones de los médicos, que es necesario cumplir, trata cuanto

puedas de distraerla, empéñate por arrancarla a sus pensamientos, no la dejes jamás sola, muéstrate alegre y complacida, y talvez consigas hacer un milagro, advirtiéndote que le única persona que puede operarlo eres tú; sin este expediente yo desconfío mucho de su restablecimiento, sin creer por esto el caso desesperado.

—Oh! señor! Usted me ha dado un remedio fácil y que es de mi mayor agrado: complacer a mi madre, distraerla, divertirla, cuente usted con ello, estoi dispuesta, dispuestísima a ello.

—Para esto mismo es preciso tener su táctica. Si la llevas a bailes, a sociedades ruidosas, a teatros, creyendo distraerla, puede ser que te suceda un efecto contrario de lo que esperas: esta clase de remedios dependen mas de la inteligencia, de la sensibilidad, del cariño, de las maneras del individuo que lo emplea, pues de otro modo es matarla. Voi a darte otro consejo mas, Luisa, por el conocimiento que tengo del carácter de tu santa madre; practica primero esta diligencia: haz de manera que vaya a socorrer a los pobres, que esté siempre ocupada de ellos, mira que la caridad encierra consuelos infinitos, en un bálsamo que destruye toda especie de miasmas, que prepara el corazon a dulces emociones, que posee un tinte de tristeza que se hermanan con las otras tristezas, hasta que las dulcifica y las absorbe por completo, dejando en el alma esa melancolia dulce, serena, inefable que se asimila a la impasibilidad de los bienaventurados que están en los cielos. Yo no soi médico, Luisa, tú lo sabes; pero tengo la experiencia del corazon y la conozco a ella como te conozco a tí para poder juzgar lo que mas conviene a sus naturalezas.

—Soy en todo de su misma opinion, y sin desechar las prescripciones de los médicos del cuerpo, no olvidaré la receta del médico del alma...

—Ahora, hija mia, es preciso que te haga otra advertencia. La señora doña Juana no ha querido aceptar la pro

posicion que le hice de acompañarla; pero si algo se ofrece, si en la cosa mas insignificante puedo yo serles útil, no tengas el menor embarazo en hacerme llamar en el acto. Yo te lo aseguro, preferiria ir desde luego, pero mi amiga se ha resistido y no quiero contrariar su voluntad; y ya que hablamos de voluntad, debo tambien advertirte que es mui conveniente que no encuentre el menor obstáculo a sus deseos: cualquiera oposicion agravaria el mal de que adolece, porque, independiente de sus sufrimientos morales, hai una surescitacion escesiva en su sistema nervioso, provenida talvez de la fijeza de sus ideas y de otras causas que no me es dado conocer.

—Si supiera usted, señor, cuanto le agradezco sus consejos.

—Entre nosotros, mi querida Luisa, no debe haber agradecimiento: somos una misma cosa, una misma familia.

—Dice usted bien, señor: su apreciacion es mas justa, mas lejitima.

—¿Quieres ahora que te ayude en tus preparativos?

—Deseo mas bien que haga compania a mi mamita.

IV.

Eloisa y Ceferina, acompañadas de las sirvientes, no pararon nn solo instante, quedando todo arreglado en ese mismo dia; asi es que al siguiente el coche estaba listo para marchar y los caballos de refresco apostados en distancias convenientes para hacer el viaje sin dilacion, y que no fatigase tanto a la enferma, pues la rapidez en la marcha hace menos pesado un largo camino, siendo las doce de la noche cuando el coche de doña Juana, acompañado de dos inquilinos, se paraba en la puerta de la casa calle de la Catedral, siguiéndole de atras otro grande y pesado carruaje en que venian las sirvientes y los equipajes y el cual no llegó sino al venir el dia.

Esa misma noche Luisa instaló su cama en el cuarto de

su madre, no queriendo por un momento dejarla sola, pues de esta manera podia seguir con mas escrupulosidad el principal consejo del solitario, que consistia en distraerla constantemente y no dejarla, si era posible, entregarse jamas a su pensamiento favorito.

Al dia siguiente, casi antes que Dios echara sus luces, Luisa estaba ya en pié, yendo en puntillas al lecho de su madre para ver si dormia, solicitud tierna de que participen los hijos realmente amantes y que es una especie de indemnizacion de aquella que han tenido por ellos las madres desde el momento de venir al mundo.

Satisfecha Luisa de la serenidad con que dormia doña Juana, bajó al jardin y entró en su pabellon. Apenas en él, se le presentó la imájen de Mercedes, no olvidada, pero que hasta cierto punto no habia ocupado su corazon con esa fijeza con que pensaba en ella al principio, a causa de la preocupacion constante en que la tenia la enfermedad de su querida madre.

Los recuerdos, por lo jeneral, no vienen por sí mismos, sino que nos lo traen las cosas anteriores, esplicándose asi el fenómeno de que a la vista de un mueble, de un color, de un sonido y hasta de un perfume, traemos a la memoria la persona, las circunstancias que se han sucedido, los acontecimientos que han tenido lugar: hé aquí la causa porque hai ciertos muebles que nos son tan queridos, pues ellos forman parte de nuestra existencia, evocando recuerdos que nos han sido gratos. ¿Quién no ha experimentado estas sensaciones? Quién? Talvez no hai un ser en el mundo que no haya sido afectado asi. Talvez no existe un solo animal que no participe de iguales sentimientos. El pajarillo debe reconocer sin duda el árbol en que hizo su nido y qué fué el teatro de sus amores, cuyo fruto depositó en él, y a su sola vista traerá a la memoria la alegre e inocente historia de la pasada primavera, y asi como él, todos los seres en que se denotan los efectos de la voluntad en mayor o menor esca-

la. ¡Qué de extrañar era, pues, que Luisa recordara a su amiga y se entristeciera con solo este recuerdo! No estaba distante la época en que habia cantado con ella, cosido con ella, jugado con ella... ¿Y qué seria ahora de esa pobre amiga? Hé aquí la reflexion primera que se le presentó a Luisa, e hizo el propósito de informarse de Mercedes en aquel mismo dia. De Mercedes a quien amaba tanto, compadecia tanto, admiraba tanto... ¿Y por qué no decirlo? La idea de ver a Enrique no era la que menos influia en el ánimo de Luisa, y una especie de alegría triste hacia latir su corazon de vírjen. La esperanza de que en pocas horas estaria en íntima relacion con su amiga y en presencia de su amante, la sorpresa agradable para una y profunda para el otro que se lisonjeaba causar con su vista, esa delicia que lleva consigo un acontecimiento inesperado cuando es frustrado, el pensamiento de que en esos instantes se encontraba en la misma ciudad y respirando el mismo ambiente que respiraba Enrique, todo, todo, vino en aquel momento a disipar en no pequeña parte las penas que hacia tiempo la consumian, los temores que no la abandonaban desde que llegó a percibirse de la lenta pero progresiva decadencia de su idolatrada madre; porque el amor, a mas de ser el manantial de los mas deliciosos y puros goces, a mas de ser el verdadero y solo néctar con que es capaz de embriagarse el alma, hace las veces de un narcótico para el dolor, y cuando no consigue desterrarlo del todo, cuando no lo convierte en dicha, se asocia con él y lo suaviza o dulcifica, de tal modo, que en el mismo sufrimiento encontramos alivio, y una melancolia que no carece de encanto se apodera de nosotros, sin duda porque sabemos que hai otro ser a nuestro lado, o diremos mejor, otro yo que ve, que siente, que piensa lo mismo que nosotros vemos, sentimos y pensamos; así es que cuando Luisa volvió al lado de su madre no pudo ésta menos de notar el cambio, diciéndole:

—¡Como me gusta, hija mia, verte así! Sabes que tu ale-

gria es el remedio mas eficaz para mi alivio: ten siempre cuidado de tener el mismo semblante y te prometo sanar en breve, pero no vengas a finjir, contestó, porque yo conozco perfectamente cuando es postizo.

En seguida hizo sentar a su hija a su lado, le tomó una mano, y contemplándola con tierno cariño, le dijo:

—Eres mui hermosa. ¡Como envidio la felicidad del hombre a quien acompañes en su carrera!

—Los ojos de una madre no son los mas imparcialas jueces y sus fallos no merecen entero crédito.

—¡Ah, Luisa, yo te conozco, hija mia; sé cuanto vales!

—¡Oh, mamita! ¡Quiére usted hacerme fátua?

Y la hechicera jóven abrazó a su madre colocando su hermosa cabeza en aquel seno que la habia alimentado y que todavia la alimentaba con su ternura.

Doña Juana lloraba en silencio.

—¡Mamita, exclamó Luisa, apercibiéndose de las lágrimas de su madre, yo soi una imprudente que en vez de alegrarla la entristezco!

—Ojalá todas las penas fueran asi, que entonces solo habria dichas.

—Pero estas emociones no convienen quizá al estado de su salud.

—El placer nunca daña, hija mia; y esto es tan cierto que quisiera dar un paseo despues de almuerzo; me gustaria ver la alameda que ha sido siempre mi lugar favorito.

—Nada mas fácil, dijo Luisa con alegria, y voi a dar mis órdenes para que todo esté listo y no haya que esperar, ni lugar a arrepentirse.

Aun cuando la hora no era de aquellas en que se acostumbra pasearse en la alameda, doña Juana vió con gusto aquel hermosísimo sitio de la populosa ciudad de Santiago donde concurre diariamente lo que hai de mas elegante; de mas rico y de mas aristocrático en nuestra sociedad.

De vuelta del paseo, Luisa dijo a su madre que sería con-

veniente, aun cuando se sintiera mejor, hacer venir algunos médicos para que la examinasen, y doña Juana accedió nada mas que por complacer a su hija, pues ella estaba persuadida que todo medicamento seria ineficaz.

La junta se hizo en aquel mismo dia y la discusion de los facultativos, despues del exámen, fué mui larga, y no permitieron que alguien asistiera a sus deliberaciones, lo que dejaba suponer que la enfermedad era grave y complicada, quedando dos médicos de cabecera, uno nombrado por la junta y otro al gusto de la enferma.

Doña Juana, a pesar de este aparato de los hijos de Hipócratas, estaba tranquila; y el buen humor con que habia principiado aquel primer dia de su residencia en Santiago, no se alteró en lo menor.

Luisa, despues de haber atendido a todo, y viendo que su madre se preparaba para dormir la siesta, le dijo que pensaba ausentarse por un momento para ir a ver a Mercedes en compañía de Ceferina.

—Por qué no me lo previnistes antes, mi querida Luisa, que hubiéramos ido juntas: tengo tambien muchos deseos de ver a esa pobre niña.

—Como usted queria ir a la alameda, no me atreví a proponérselo.

—Has hecho mal, pero es un mal fácil de reparar trayéndola.

—¿Me lo permite usted?

—No solo te lo permite sino que te lo ordeno, en caso que no haya inconveniente de su parte.

—¿Cuán feliz me hace usted, mamita!

—Es decir que yo tambien lo soi, porque tu felicidad es la mia; ve, hija querida.

Luisa no se hizo repetir la orden, y besando a su madre, partió en compañía de Ceferina.

En ese momento, el corazón de la joven rebosaba de felicidad. ¡Cuán cerca no estaba, sin embargo, del desengaño y de la desgracia! Así es la vida humana: allí donde creemos encontrar la dicha, hallamos el sufrimiento, y la esperanza risueña se transforma en una realidad cruel y tanto más penosa cuanto más inesperada.

Luisa se presentó al conventillo en compañía de su ama de leche. Su primera mirada se dirigió al fondo de la angosta calle. Las puertas correspondientes a las habitaciones de la familia Lopez estaban cerradas, y esto solo, sin otro antecedente, le causó una impresión de susto y de dolor: temía que hubiera sucedido alguna desgracia, y bajó del coche con precipitación para cerciorarse por sí misma, preguntando con ansiedad por Mercedes a la primera persona que encontró en su camino.

—Hace algún tiempo, señorita, que se han ido al campo? —
—¿Cómo! ¿No viven ya aquí?

—Volverán luego, señorita, porque han dejado todos sus muebles.

—¿Ha sucedido alguna desgracia? Por qué han abandonado su casa?

—Ninguna otra cosa ha pasado, señorita, salvo la prisión de don Enrique.

—¿La prisión de Enrique, dice usted! y Luisa perdió completamente el color.

—Sí, señorita, se encuentra ahora el pobre joven en la penitenciaría.

—¿En la penitenciaría! ¿Cómo? Por qué?

—Por que se metió en la revolución del 20 de abril y fué hecho prisionero.

—¿Es posible!

—Es una lástima mui grande, señorita, porque el pobre

jóven era mui bueno y mui querido de todo el mundo... Desde que se fué de aquí la familia del señor Lopez estamos padeciendo... Usted no puede figurarse la falta que nos hace.

—Lo comprendo; ¿pero se sabe la sentencia que ha recaído sobre don Enrique y el lugar dónde está su familia?

—Sí, señorita, la sentencia ha sido dura, mui dura: cinco años de penitenciaría...

—¡Cinco años!

—Y esto se obtuvo por empeño del padre que fué a verse con el presidente, que a la vez de conmutar la pena a don Enrique, porque habia sido condenado a muerte, le dió a él el grado de teniente.

—¡Cinco años! volvió a repetir Luisa, con desaliento. ¡Cinco años! esto es una eternidad!...

—Pero mas vale esto que lo otro; así es que he visto a toda esa buena jente algo resignada.

—¿Y en dónde están ahora?

—En el campo.

—¿Pero en qué campo?

—Nadie lo sabe, señorita, porque partieron diciéndonos solamente adios. ¡Oh, señorita, los habitantes del conventillo lloraron y cada dia los echan mas de menos.

—¿Ninguno tendrá mas noticias que usted?

—Así lo creo, porque yo he hablado con todos y nadie ha sabido darme razon.

—Voi yo a informarme personalmente en cada uno de los cuartos.

Y la aristocrática jóven se dirigió de puerta en puerta para indagar la verdad, pero todos le decian lo mismo que ella sabia por indicaciones de la persona con quien habia estado hablando.

Cuando vió que toda diligencia era inútil, subió al coche llena de un mortal desaliento.

Apenas vió a su hija doña Juana que conoció en el acto

que le había sucedido algo de grave y de penoso, preguntándole con precipitación.

—Y bien, Luisa, ¿qué ha de nuevo?

La joven por toda respuesta rompió en sollozos sin poder dominarse.

Doña Juana que conocía a su hija, que sabía por experiencia que, a pesar de su esquisita sensibilidad, raramente lloraba, se alarmó sobremanera y volvió a preguntarle:

—Pero dime, hija mía, ¿qué es lo que ha sucedido?

Luisa contó entonces a su madre todo cuanto le habían dicho.

—Es verdad que es una desgracia lo que ha pasado; pero no es irreparable. Serénate, hija mía, que talvez en pocos días estará Enrique en libertad, pues yo soy bastante amiga de Búlness y de otras muchas personas influyentes, y no dudo que conseguiré su perdón, porque al cabo ese joven no ha cometido ningún delito.

—Ninguno, mamita, ninguno; pero dicen que fué primero condenado a muerte, lo que prueba que debe haberse comprometido demasiado.

—Talvez; pero entre nosotras lo hace todo el influjo, y yo me creo con bastante poder para alcanzar un favor que no considero demasiado grande; mañana mismo haré esta diligencia.

Luisa se tranquilizó un tanto porque sabía que su madre era muy considerada en todo Santiago.

Al día siguiente a pesar del estado de languidez en que se encontraba y a pesar de la prohibición de los médicos que le habían prescrito el mayor reposo, doña Juana se dirigió al palacio, donde fué inmediatamente recibida, pero de donde no sacó otra cosa que vagas promesas que, por su incertidumbre, significaban mas bien una negativa disfrazada con buenas palabras.

Esto no desalentó a la señora, sino que se dirigió a las casas de otros personajes influyentes, sin tampoco obtener

mejor resultado, hasta que fatigada por tantos viajes y mas todavía por el mal éxito, cosa que no se habia imaginado, se dirigió a su domicilio abatida física y moralmente.

Luisa, en cuanto sintió parar el coche, le salió al encuentro interrogándola con la vista y con la palabra.

Doña Juana se sonrió tristemente y le dijo:

—Hai esperanzas, hija mia. Enrique debe haberse comprometido demasiado, por cuya razon no he obtenido un resultado inmediato, pero me han hecho promesas y lo que no se ha conseguido hoy se alcanzará mañana.

Doña Juana, como se ve, ocultaba a Luisa el mal éxito de sus diligencias, porque queria ahorrarle ese pesar, guardándolo para sí misma, pues no le era indiferente la prision de Enrique; sin embargo, qué diferencia de interés entre el de madre y el de la hija! Si doña Juana hubiera columbrado lo que pasaba en el alma de Luisa, hubiera sido un golpe de muerte para ella, tanto por la desigualdad de las personas, cuanto porque habria comprendido la intensidad del dolor de su hija; pero afortunadamente sus arraigadas preocupaciones ponian una espesa venda sobre sus ojos, pues habria dudado hasta de la evidencia misma en caso que la hubiera conocido o visto.

Al dia siguiente doña Juana amaneció mas el anterior, no habiendo por este motivo practicado nuevas diligencias para conseguir a Enrique, y ambas cosas habian llevado a Luisa de suma tristeza, tristeza que apenas tenia fu simulado delante de su madre.

El tiempo corria sin embargo, sin que doña Juana consiguiese el menor alivio y sin que se tuviese la menor noticia de Enrique y de su familia, a pesar de todas las pesquisas hechas escrupulamente por Ceferina que habia recibido la orden de Luisa y que ella misma practicaba con sumo interés.

VI.

Los médicos asistían a la enferma diariamente y hacían juntas con frecuencia, pero sin resultado alguno: los síntomas de la enfermedad eran cada vez más alarmantes y perdían la esperanza de sanarla, pues habían ensayado diferentes procedimientos y todos ellos infructuosamente hasta que doña Juana dijo a los facultativos de cabecera:

—Háblenme con verdad, señores, y sin el menor temor, pues hace tiempo que yo estoy persuadida que mi mal no tiene remedio y que sus desvelos son del todo perdidos; sin embargo, yo accedí a llamar a ustedes por complacer a mi hija solamente y no porque alimentara la menor esperanza; pero el tiempo se acorta cada vez más y yo necesito de descanso; necesito de todas las horas que ustedes me arrebatan con sus medicinas, fatigándome inútilmente, y lo que es peor, aburriéndome, porque esa misma fatiga me estentía. Lo que quiero saber únicamente y lo que agradeceré a ustedes será que me digan cuánto tiempo me queda, poco más o menos, dejando obrar a la naturaleza que es la mejor facultativa; pues les prevengo a ustedes que estoy resuelta a no tomar una sola cucharada de ningún medicamento, pues he hecho el propósito de defender mis últimas horas gozando al menos de algún alivio físico.

Los dos médicos se miraron el uno al otro, sorprendidos de aquella serenidad, de aquella apreciación justa y de aquella decisión enérgica; y uno de ellos contestó:

—Con personas de su temple se debe tomar un camino distinto del que seguimos con la jeneralidad. Pues bien, señora, no nos es dado a nosotros afirmar como usted que la enfermedad de que padece no tiene remedio, pero la verdad es que no lo hemos podido encontrar. Usted tiene mucha razón en dejar obrar la naturaleza: hai varios casos en que nosotros echamos mano del mismo expediente y siem-

pre con buen resultado, porque si no llega a curar, al menos prolonga la vida del doliente dejándole algunos momentos de reposo.

—Eso es todo cuanto yo quiero.

—Está bien, señora: ésta será nuestra última visita.

—Y tal vez la más provechosa, puesto que recibiré de ustedes un aviso de mucho interes para mí: ¿cuántos días, señores, me quedarán de vida?

Los médicos volvieron a mirarse y guardaron silencio.

—Vamos, continuó doña Juana, no hai por qué asustarse; este es el único favor que les pido, por cuya razon he dicho y creo en realidad que esta será la mas provechosa de sus visitas.

—Señora, a esta clase de preguntas no acostumbramos responder, tanto porque podemos equivocarnos fácilmente, cuanto porque hai mucho peligro en hacer semejantes confidencias, aun quando las solicite el enfermo.

—Yo no exijo la certidumbre absoluta sino las probabilidades; y si ustedes se equivocan, ¿ante quién serian responsables? Ahora por lo que hace al peligro, yo no lo veo; pues como les he dicho anteriormente, sabia que mi mal era incurable y estaba conforme y resignada como lo estoi ahora, de manera que bajo este punto de vista, no tienen ustedes razon en negarme el favor que les pido.

—Accederemos a su voluntad, señora, pero permítanos usted de deliberar un momento entre nosotros.

—Pueden pasar ustedes a la pieza inmediata.

Los dos facultativos se dirijieron en silencio al cuarto designado donde conferenciaron como un cuarto de hora y cuando volvieron al dormitorio dijo a doña Juana el mismo médico que habia hablado antes:

—Hemos prevenido a usted, señora, que podemos equivocarnos, y ojalá lo quiera Dios; pero de nuestras observaciones deducimos que puede prolongarse su vida de dos a tres meses, si no experimenta en este tiempo contrariedades

o impresiones violentas, porque en ese caso hasta las personas buenas se hallan espuestas a un ataque repentino y funesto y con mas razon las enfermas, especialmente aquellas que tienen afectado el corazon y cuyo sistema nervioso es mui delicado.

—Gracias, señores, respondió doña Juana con una sonrisa que revelaba una gran satisfaccion interior. ¡Dos o tres meses! Tengo tiempo de sobra: este es el mejor medicamento que ustedes me han dado; pero todavia solicito de ustedes un nuevo permiso.

—Estamos a su disposicion, señora.

—Deseo que mi hija ignore completamente el fallo de ustedes, guardando sobre esto el mayor secreto y aun si es posible dándole esperanzas.

—Cumpliremos con lo primero, señora; porque talvez llegado el caso, la perjudicaria a ella mas que lo segundo, porque una cosa que no se espera impresiona mas: dejémosla al menos en esa especie de duda terrible, en verdad, pero que sostiene la esperanza.

Doña Juana fué de la misma opinion de los médicos que se retiraron admirados de la presencia de ánimo de aquella señora que todavia jóven y rica podia exasperarse por la proximidad de su fin.

Cuando hubieron desaparecido los facultativos, doña Juana llamó, como de costumbre, a su hija que la encontró mas alegre y satisfecha que antes, poniéndose a conversar con ella sobre su enfermedad y las probabilidades de combatirla, llegando hasta el grado de persuadirla que no le convenia la visita de los médicos y que seria mejor despedirlos, tanto mas cuanto que desde que la visitaban no habia reconocido el menor alivio.

Luisa convino en las observaciones de su madre y no concibió la menor sospecha del motivo que hacia retirarse a los médicos: lisonjeándose en que talvez sin medicinas podia salvarse, pues habia visto que las diferentes drogas que le

administraban las cosas siempre con repugnancia, habiéndola sufrido.

La situación en que se encontraba Luisa era muy triste: la enfermedad de su madre por una parte, la prisión de Enrique por otra y la ignorancia completa sobre la residencia de Mercedes habían abatido de tal manera su espíritu que había llegado también a resentirse su cuerpo; pero tenía particular cuidado de ocultarle a doña Juana lo que experimentaba; y era tan diestra y tan fina en aparentar el contento que no sentía que la engañada madre se regocijaba interiormente de ser ella quien engañaba a su hija: tantas hipocresías que proporcionaban a aquellas dos almas una especie de satisfacción en medio de sus angustias.

Las confidencias de Luisa eran con Ceferina. En el caso de esta segunda madre desahogaba la niña su dolor participándole sus temores y si no hubiera tenido este pequeño alivio, sus penas habrían sido mas intensas llevándola quizá hasta la desesperación; pero Ceferina endulzaba sus pesares haciendo revivir sus esperanzas, ya fuera respecto a la enfermedad de doña Juana, a la ausencia de Mercedes y a la prisión de Enrique, sobre cuya libertad no se habían podido hacer nuevas diligencias a causa de la mayor postergación en que había caído la señora desde el día en que salió por primera vez, no atreviéndose Luisa desde entonces a solicitar de su madre un sacrificio de esta naturaleza; en primer lugar, porque aun cuando se lo hubiera propuesto espontáneamente, ella misma no lo habría aceptado; y en segundo porque habría sido rebelarse completamente, causándole una impresión profunda y sumamente penosa que sin duda habría abreviado sus días; porque Luisa conocía hasta el punto exagerado a que llegaban las ideas aristocráticas de su madre.

Como es de presumir, por las muchas relaciones de doña Juana y de considerada que era en la primera sociedad de Santiago, desde que se supo su llegada y su enfer-

medad, recibia constantemente visitas o recados de todas partes mandándose informar por su salud; pero las personas que venian diariamente y a quien doña Juana recibia de preferencia eran doña Porfira y su hijo, con quienes solia encerrarse en su gabinete durante largas horas.

Guillermo hacia de vez en cuando compañía a Luisa mientras ambas madres se entretenian en sus conversaciones íntimas.

Luisa, como debe presumirlo el lector, no sabia nada de los acontecimientos pasados en Santiago durante su permanencia en el campo, tanto porque allí se habia ocupado exclusivamente de su madre, cuanto porque la desaparicion de la familia Lopez que hubiera podido informarla de lo sucedido no se lo permitia; de manera que no tenia conocimiento alguno, ya fuera de la intriga con Mercedes que ella no ignoraba pero que atribuia al artista denominado Víctor, ya del proceso seguido contra la tia Anastasia a quien jamas habia oido nombrar; asi es que recibia a Guillermo con la misma política de siempre sin faltar jamas a las consideraciones debidas a la clase que ambos ocupaban, pero sin permitir por esto la menor insinuacion que traspasara en lo menor los límites de esa galanteria natural que exige el buen tono y que no significa otra cosa que esas complacencias finas y fáciles de una sociedad culta y elegante y que se aceptan sin acarrear compromisos de ninguna especie sino que se reciben asi como se dan.

Sin embargo, Luisa habia notado que Guillermo no era el mismo jóven que habia conocido desde tiempo atras, encontrándolo casi completamente cambiado, pues lo hallaba ahora taciturno en vez de petulante y desprendido, dirémoslo asi, de esas frivolidades en que hacen consistir los hombres a la moda todo su mérito; pues ahora veia que se entregaba y se entregaba con vehemencia a las cuestiones de la política, formando por este motivo una opinion mas aventajada de él, sin que por ello desapareciese el alejamiento

instintivo que había tenido siempre por este sujeto que hacía las delicias de la sociedad femenina de Santiago y talvez su orgullo, pues no había niña que no se pasease satisfecha en la alameda cuando él le daba el brazo haciendo ostentación de este triunfo ante sus rivales.

Doña Porfira, por su parte, prodigaba a Luisa las mas lisonjeras alabanzas, rodeándola de las atenciones mas tiernas y mas esquisitas; pero la jóven patricia estaba mui lejos de dar una importancia mayor a todas esas muestras de preferencia con que queria la madre de Guillermo atraerla, pues dominaba en ella, sin saberlo, un instinto de repulsion que trataba de vencer, pero que le era imposible alejar a pesar de todos sus esfuerzos, porque se creia injusta al experimentar un sentimiento que no tenia manera de ser ni motivo justificable para que existiera.

Hacia ya mas de dos meses, desde el ultimatum de los médicos, ultimatum conocido únicamente por doña Juana, que la visitas de doña Porfira y de Guillermo se repetian cada dia con mas frecuencia, pues solian venir por la mañana y por la noche, prolongándose cada vez mas las conversaciones privadas que a veces tenia la madre y a veces el hijo con la señora doña Juana, lo cual no podia dejar de extrañar mucho a Luisa, porque habia ocasiones que se veia privada de ver a su madre, dándole esta maniobra mucho que pensar, sin que por esto pudiera descifrar el enigma, que es lo que sucede jeneralmente en aquellos individuos francos por naturaleza y que son incapaces de adivinar una intriga, porque carecen de malicia, aun cuando les sobra la intelijencia; pues por lo regular la astucia acompaña a la mediocridad y la franqueza al talento: especie de compensacion que talvez está en el órden de las cosas para equilibrar las fuerzas de los unos y de los otros en este mundo de sempiterna lucha; mas lo cierto del caso es que nosotros y con nosotros el mundo entero prefiere la intelijencia sencilla, que puede ser engañada, pero que es inmensamente

fecunda y provechosa, a la astucia mezquina que es siempre egoísta, que gira en un círculo estrecho y que nunca produce nada que no se reconcentre al rededor del ser apocado pero especulador a quien dirige y de quien es su cualidad favorita, pero una cualidad esencialmente negativa.

Sumision filial

Doña Juana esperaba con tranquilidad su último momento, casi pudiera decirse con alegría, porque mientras más se acercaba el término, más contenta se manifestaba, sin dejar de experimentar por esto momentos de tétrica melancolía, sobre todo cuando pensaba en su hija, y este pensamiento la ocupaba constantemente...

Ninguna otra preocupación mortificaba su espíritu, porque había puesto sus asuntos completamente en regla y hasta lo último que la atormentaba que era el porvenir de su hija había desaparecido en parte, porque creía haber asegurado su fortuna y con ella su felicidad, sintiendo únicamente el tener que separarse de una niña a quien amaba tanto; pero en cambio tenía los consuelos de la religión, la esperanza de la vida eterna y con ella la felicidad de unirse allá en los cielos con su querido esposo: creencia consoladora que nos liga con nuestros afectos de la tierra, que nos abre un horizonte de amor, que hace en algunos hasta agradable el terrible tránsito de la muerte, que ofrece consuelos inefables a la desgracia, que nivela las jerarquías humanas en el seno de Dios, que produce la resignación en nuestros infortunios, el alivio en nuestras miserias, el consuelo en nuestras adversidades, el iris de bonanza para una borrascosa existencia... Creencia sublime que se extiende a todos los pueblos, que abarca a todas las castas, que llega a todas las generaciones, que se enseñorea sobre los tiempos,

que vive en la eternidad de los siglos, que reina sobre las inteligencias, que lleva el pendon de la inmortalidad humana tan alto para que no haya ser que no lo divise y para que no haya hombre que no lo siga, cualquiera que sea su fé, su religion, su creencia, en todas esas jerarquias, en todos esos escalones en que por la divina e inescrutable providencia nos hallamos, sin darnos cuenta de la causa, o lo que es lo mismo, de los designios del Altísimo...

Ya lo hemos dicho, esa confianza en la eternidad de la vida hacia que doña Juana tuviese valor, y como solo le quedaba por arreglar un asunto único, el mas importante sin duda, quiso desde luego abordar esta cuestion antes que le faltara el tiempo; y aun cuando no le gustaba entrar en ella, razon por lo que habia preferido dejarla para lo último, ya se hacia indispensable explicarse, y un dia por la mañana despues de haberse confesado y comulgado, llamó a su hija; la piadosa matrona habia pedido anticipadamente los consuelos de la religion, no tanto porque se creyese reducida ya a ese extremo en que solo nos separan unos pocos momentos para pisar los umbrales de la eternidad, sino porque, a la vez de purificarse, queria dar toda la gravedad, toda la solemnidad posible a la última e importante conversacion que iba a tener con su amada hija.

Luisa entró al dormitorio de su madre al mismo tiempo que el confesor salia; y este encuentro, presajio fúnebre de una pronta e inevitable separacion, la conmovió profundamente.

Doña Juana conoció en el acto la impresion que habia recibido su hija y atrayéndola a sí con cariño, la dijo con una serenidad dulce y amorosa.

—No te asustes, hija mia, pues ahora me encuentro mejor que nunca y casi tengo esperanza de aliviar.

Y en efecto, doña Juana tenia en ese momento un semblante alegre y casi risueño; y sus mejillas un tanto animadas por un ligero carmin, parecian presajiar la vuelta a la

salud, el principio de una feliz convalecencia que prometia una prolongacion de vida: tal es el efecto que causa generalmente la satisfacion interior, la tranquilidad de la conciencia, el goce del alma.

Luisa al contemplarla vió que su madre decia verdad y se tranquilizó, diciéndola:

—Lo confieso, madre mia, la vista de su confesor me hizo temblar, porque creia...

—Que habia llegado el último momento, ¿no es verdad? Pues bien, hija mia, ya ves como te has equivocado, ya ves como me encuentro mejor y yo tambien lo siento así.

—Entonces, ¿para qué el sacerdote cuya lúgubre presencia oprime el corazon augurando la desgracia?

—No hables así, hija mia; ese lenguaje solo puede escusarlo la impremeditacion que ocasiona el instantáneo sufrimiento, pues si tú hubieras reflexionado; te expresarias de otra manera; porque el sacerdote, para un católico, lejos de ser un motivo de espanto, lo es de calma; lejos de traer la consternacion, trae el consuelo; lejos de mortificarnos, alivia; y uno se transforma, direlo así, con la uncion de su santa palabra. Por otra parte, nunca debe esperar el cristiano los postreros momentos de la vida para cumplir con los preceptos de nuestra sagrada religion; así es, que no porque hayas visto salir de mi cuarto a un sacerdote, me encuentro ya en el último extremo; no, hija mia, no he aguardado yo ni aguardaré nunca esos instantes llenos de ansiedad para dedicarlos al Criador; pues me gusta mas gozarme en la esperanza de una vida eterna que temerla, preparándome de antemano para entrar en ella sin que nada deje en pos de mí.. Hé aquí la causa, hija mia, porque me he bañado hoy en las aguas cristalinas y purificadoras del Santo Sacramento de la penitencia, ocupándome a la vez, de lo que mas amo en el mundo, es decir, de tí; pero con esa serenidad que existe en los cielos, con ese desprendimiento exen-

te de pasiones, con esa voluntad que sólo quiere el bien en su más pura esencia.

—La vida, hija mía, es muy transitoria; es muy fugaz... el término de ella es lo que hai de positivo, lo que hai de cierto, y no podemos escusarlo ni debemos sentirlo, porque es una verdad, porque es una fatalidad que ha venido al mundo con nosotros, que está en nosotros, y que por mas que hagamos no se apartará de nosotros... Dentro de diez días lo mismo que dentro de diez meses o dentro de diez años, yo debo morir; ¿qué importan algunas apariciones mas o menos numerosas del sol en nuestros hemisferios? Esto no altera el tiempo, esto no alcanza a ser un punto en la incommensurable eternidad, esto es todavia menos que un pequeño grano de arena en la inmensidad de los mares; ¿por qué entonces abatirnos? Por qué echar tanto de menos ese fugaz relámpago que se llama vida? Es preciso, hija mía, que el espíritu domine a la materia; es indispensable que nos acostumbremos a mirar de frente a nuestra adversaria la muerte, que quizá es nuestra mejor amiga, pues talves es la transición de la imperfectibilidad a la perfectibilidad; de la tierra al cielo.

Luisa escuchaba en silencio aquellas palabras nacidas del convencimiento religioso, aquellas palabras que desgarrándole el alma la consolaban, aquellas palabras que mostrándole la nada, le señalaban el todo, lo eterno, lo infinito...

—Vámonos, hija mía, prosiguió doña Juana, espero que tengas valor... Yo he estado tanto tiempo contigo y separada de tu padre y separada de mi Eduardo que es necesario que al fin me una a él, sin por esto abandonarte, sino que ambos velaremos sobre tu destino en la tierra; hasta que tú unas también con nosotros en los cielos.. ¿Hai en esto motivo para entristecerse?

—Madre mía, exclamó Luisa, siendo la primera vez que le daba tan dulce y tierno nombre, porque siempre siguiéndole la costumbre moderna, le habia dicho mamita, ma-

dre mia no me abandone aun... todavía es mui luego!...

—Yo no lo quiero, hija mia, por mas que desee ver a mi Eduardo, ¿pero quién puede fijar el término? Quién puede afirmar que hoy o mañana no nos separaremos?... Pero, Luisa, no hablemos mas de cosas tristes y entremos desde luego en otro orden de ideas; entremos a examinar el asunto principal para que te he llamado.

—Para mí no hai otro negocio principal que el restablecimiento de su salud, que la prolongación de su vida...

—Te creo, Luisa, y me agrada que así pienses; pero una madre tiene deberes que cumplir, tiene obligaciones que llenar antes de abandonar su rol... Nosotras, tal cual lo serás tú en algun día que no creo lejano, no debemos limitar nuestra accion a la educacion de nuestros hijos; es preciso tambien que vijilemos por su porvenir y que cuando Dios nos llame, tengamos, si es posible, asegurada la felicidad de los seres que nos ha confiado para que ellos a su vez aseguren la de los que se les confien: la maternidad, hija mia, es el mas grande de los sacerdocios, es una especie de asociacion con Dios para segundar sus designios...

Tú, Luisa, no hace mucho tiempo que me dijistes que mi voluntad era la tuya, que estabas decidida a cumplir mis órdenes, que tu deseo era complacerme; ¿te encuentras ahora en la misma disposicion de entonces?

—¡Estraño mucho que usted me haga semejante pregunta! ¿He variado acaso en mi conducta? La he dejado de respetar y de amar menos? No, madre mia, yo sé que usted no puede querer otra cosa que mi felicidad; pero aun cuando me ordenase el sacrificio, aun cuando me impusiera la desgracia, la aceptaria, porque siempre me consideraria dichosa obedeciéndola, e infeliz en medio de todos los goces, contrariándola... Solo hai un caso, caso que no llegará nunca, en el cual me pondria de frente y no sesgaria jamas: este caso es el crimen y que usted me ordene cometerlo? porque ante el mandato de los padres está el mandato de

Dios, ante la obediencia a los que nos han dado el ser, está la obediencia al que ha dado el ser a todos los seres, al que ha dado leyes inmutables a toda la creacion...

—Ven a mis brazos, mi adorada hija, ven: tú llenas de una celestial delicia mis últimos dias... Dios te bendiga lo mismo que tu madre te bendice...

Y doña Juana incorporándose en su lecho, puso sus manos sobre la hermosa cabeza de Luisa, y levantando los ojos al cielo, invocó al Eterno Padre con ese lenguaje que debe traspasar el empirio y llegar como una aroma hasta el trono de Dios, cualquiera que sean los labios que lo pronuncien y el rito o la religion a que pertenezca el que lo invoca; porque la plegaria es universal, pertenece a todos los cultos, es esa aspiracion del alma que no admite distinciones de ninguna especie, rivalidades de ningun género, preferencias de ninguna naturaleza; pues las jerarquias y privilegios humanos desaparecen ante aquella atmósfera de luz que a todos alumbra, que a todos anima y donde solo alcanzan los destellos de la virtud que son los effluvios emanados del Altísimo y que vuelven al centro, al hogar, al foco de donde partieron y de donde nacieron... Por eso es que la virtud no reconoce secta, sino que es el patrimonio de todos los hombres, pudiendo participar de ella el pagano, el idólatra, el judío, el católico, el protestante, el incrédulo, el adorador de Buda como el adorador de Cristo.....

.....

II.

Luisa en su dolor se encontraba contenta. Aquellas palabras y aquella bendicion habian, si nos es permitido hablar así, aumentado su afliccion; consolándola; y a la vez que se ahondaba mas la herida, se esparcía sobre ella con mas profusion el bálsamo que la cicatrizaba; y dijo a su madre con esa serena tristeza que nace de una resolucion enérgica, decidida y profunda:

—Ordene usted...

—Ya esperaba, mi querida Luisa, una obediencia semejante; sabía de antemano tu sumisión filial y sé también que ésta no se desmentirá nunca.

—Ese es mi deber, que se armoniza con mi voluntad.

—No tengo necesidad de decirte que quiero tu bien y que me empeño por tu bien.

—Preámbulo inútil, mamita.

—No es mi ánimo, querida hija mía, entristecerte; pero siento que Dios me llama: yo debo morir luego.

—No, mamita, imposible.

—Dejémonos de eso y miremos las cosas de frente tal cual son, tal cual han de suceder.

—Pero usted me ha dicho que se encuentra mejor.

—¡Ya lo creo! y en efecto no he mentado, porque en realidad lo experimento.

—¿Para qué entonces estos preludios!

—Porque es mucho mejor vivir prevenidos, como lo aconseja el Evangelio. Ahora bien, hija mía, después de mis días, ya sean más cortos o más largos, tú debes quedar sola, huérfana, sin apoyo ninguno y espuesta tal vez a ser reducida a la miseria...

—Mamita, dado caso que sucediera tal desgracia, me queda mi maestro.

—Sé que don Toribio de Guzman, que el sincero amigo de mi Eduardo, no te abandonaría jamás; pero él está al borde del sepulcro y su frágil báculo no podría sostenerte: he decidido, por consiguiente, otra cosa.

—¿Cuál?

—Oyeme atentamente sin interrumpirme.

Y doña Juana pasó un pañuelo sobre su frente para secar el sudor que le corría en abundancia, continuando en seguida:

—Tengo secretos que no me es dado revelarte, aun en mi lecho de muerte, porque no me pertenecen; pero ellos

me obligan para preservarte a tí de la desgracia, para salvar el honor de mi familia, a ordenarte, y, si es necesario, a suplicarte que te cases antes que yo haya desaparecido de este mundo.

Luisa quedó petrificada sin saber que responder.

Doña Juana continuó:

—Creo que por el momento será para tí un sacrificio el matrimonio, porque no tienes una voluntad decidida; pero ella vendrá poco a poco: muchas veces los enlaces que no cuentan con los ardores de la pasión, son los mas serenos, los mas durables, porque impera en ellos únicamente la razón, sin escluir el afecto que viene mas tarde, que se desarrolla con el vínculo y que lo trae al fin la familia. Si esto que te pido, Luisa, es un sacrificio, porque no estás suficientemente preparada, llegará el día en que no lo sea, y sobre todo, cumpliendo mi voluntad, bajaré serena a la tumba: esta será la única recompensa de mis cuidados, de mis desvelos, de mi cariño, fundada en esos mismos desvelos y en ese mismo cariño, porque al separarme de tí te consideraré ya feliz.

—Y si por hacer mi felicidad fuera usted a elaborar mi desgracia ¿no lo sentiria, madre mia?

—Mucho, muchísimo; pero en el caso presente lo he consultado todo, tanto por lo que respecta al individuo, cuanto por las relaciones que existen desde mucho tiempo entre ambas familias, relaciones que conviene conservar para nuestra tranquilidad y para nuestra fortuna, porque una vez turbadas, nos traerian el descrédito, la desconsideracion social y quizá la miseria; y una familia como la nuestra debe impedir a todo trance lo uno y lo otro: yo no puedo dejar que se tome jamas en boca el nombre ilustre de mis antepasados y de los de Eduardo, y tú, hija mia, debes tener la misma opinion y conservar el mismo respeto y la misma dignidad por ellos, por mí y por tí propia.

La angustia de Luisa era infinita. Con su cabeza encor-

vada y sin decir una sola palabra, escuchaba a su madre, no teniendo el menor pensamiento de contrariarla, pero sufriendo tanto, tanto como era imposible que se lo figurase doña Juana, porque si hubiera sabido el martirio que su hija experimentaba, es mas que probable que se habria retractado de sus exigencias, dejándola en completa libertad de obrar; pero cómo arrancar aquellas ideas que habian madurado los años! Cómo destruir sus combinaciones basadas en la fortuna y en la honra! Hubiera sido necesario reformarla y ya no era tiempo!

La obediente hija se contentó con decirle:

—¿Y cuál es la persona, madre mia, que usted se ha servido dedicarme?

—Un jóven que por su familia es tu igual; que por su ilustracion te se asemeja, esto es si no te aventaja; que por su fortuna te encuentras tú ligada a él y él ligada a tí; que por su reputacion es acariciado en todos los círculos de la sociedad y aun en los círculos del gobierno; que por su valor ha llegado a conseguir una influencia de primer orden en todas las deliberaciones de los hombres prominentes que dirijen al pais, hasta el punto que no será extraño, y realmente lo merece, que sea en breve nombrado *diputado por el gobierno* (1) y en mui poco tiempo mas, ministro; pues

(1) Esta frase que nos vemos obligados a emplear *de diputados por el gobierno*, a pesar de los hábitos constantes de nuestro pais y de muchos otros, nos da pena; y lo diremos con mas franqueza: nos da asco, mal que les pese a los individuos que han ocupado esos puestos en todas nuestras administraciones, a los que los ocupan actualmente y a los que los ocuparán en seguida en virtud del *benéplácito* del ejecutivo. Lo hemos dicho un poco velado, pero lo repetimos ahora bastante explícito: los que se sientan en los bancos de la representacion nacional conducidos de la mano por medio de la compresion, del favor, de la cabala, de la intriga gubernativa, no son diputados, debieran no ser siquiera ciudadanos, porque no poseen la dignidad necesaria: el hombre digno, el hombre que se respeta a sí mismo, el hombre que sabe apreciar la altura en que va a ser colocado, el hombre que tiene conciencia de sus deberes, el hombre que va a legislar sobre los pueblos. En esto no hai discusion, no hai controversia de ningun jénero, porque hasta los paniaguados mismos lo confiesan y tienen verguenza de decir que han subido por el favor, y ojalá la tuvieran mas hasta el punto de rehusar esa elevacion efimera, injusta y vergonzosa que en vez de honrar, denigra al que la

posee todas las condiciones para llegar a esas altas dignidades.

—Mamita, permítame que le diga que no ambiciono ni esa fortuna, ni esa gloria, ni esa elevada posición, porque soy modesta y sé contentarme con cualquier cosa, pues lo único que prefiero es el afecto que estoy dispuesta a dar y que exijo me tengan.

—Justamente; te tienen ese afecto y es preciso que tú obedezcas a la ley de la reciprocidad.

—El cariño, madre mía, no se exige, sino que se siente; no se manda, sino que nace; porque no proviene de la obediencia pasiva, sino de la libre espontaneidad: el cariño es la conformidad de los instintos, es la ley oculta por la cual Dios puebla a los mundos y que no debemos infringir bajo ninguna consideración ni bajo ningún pretexto. ¿Qué diría usted si ahora la obligasen o si la hubieran obligado, cuando niña, a querer a otro que a mi padre? ¿No es verdad que usted hubiera resistido? ¿No es verdad que usted hubiera desobedecido?

—Resistido sí; desobedecido jamás...

—Acepto su manera de pensar y por esta razón me someto; acato y reverencio su autoridad, y por lo tanto cumpliré el sacrificio.

—Pero no es, hija mía, un sacrificio el que trato de imponerte, sino que es una conveniencia para la familia, tal vez un gusto para tí.

—Hasta ahora no puedo decidir, porque todavía estoy a oscuras; porque todavía no me ha nombrado usted al individuo y tal vez quizá no lo conozco; de manera que el mejor partido que puedo adoptar es el dejar suspenso mi juicio, aunque desde luego quede comprometida mi palabra, pues estoy dispuesta a la obediencia.

acepta perjudicando a la democracia y a la república, cuya existencia hacen imposible matándola antes de nacer: ojalá estas líneas hicieran subir el rubor a las mejillas de los que ocupan y de los que pretenden candidaturas oficiales; ojalá se avergonzaran de aceptarlas, que ganarían ellos en consideración y el país en libertad.

—¿Quieres que te lo nombre?

—Nada mas natural, madre mia, pero debe ser bueno, y no pongo objeciones desde el momento que usted lo ha elegido y desde que conociéndolo lo aprecia, y apreciándolo me lo destina.

Habia tan punzante dolor en aquella obediencia, que doña Juana misma lo notó, porque la fisonomia de Luisa estaba alterada y parecia pronto a desmayarse.

—Dejemos esta conversacion, dijo la noble matrona, que por lo inesperada sin duda te ha asustado; pero ya te familiarizarás con la idea y te sorprenderás cada dia menos hasta que llegues a familiarizarte por completo.

—Nunca.

—Esto te parece ahora, hija mia, pero despues verás.

—Madre mia! madre mia! no me exija tan gran sacrificio!

—Hija querida! hija de mi corazon! yo lo hago por tu bien; si me fuera posible revelarte un secreto, comprenderias que trabajo únicamente por tu felicidad y por... Dejemos esta conversacion, Luisa, me siento un poco fatigada.

—Una sola palabra, mamita: ¿me permite usted comunicar esto a mi maestro y pedirle su consejo?

—¿Quieres escribirle a Guzman?

—Sí.

Doña Juana reflexionó un momento y luego añadió:

—Hazlo, hija mia, y dile de mi parte que se apresure a venir, porque ya se acerca el tiempo en que debe cumplirme el favor que le pedí en dias pasados antes de partir de la hacienda.

Luisa saliendo del dormitorio, corrió donde su nodriza y deshecha en lágrimas, se echó en sus brazos sin proferir una sola palabra.

Ceferina se sobresaltó muchísimo, y sosteniendo a Luisa, le dijo:

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¿Está muy mala la señora?

—No, ama mia, no...

—¿Qué ha sucedido entonces, Dios mío, que viene en tan deplorable estado?

Luisa, sollozando, refirió a su nodriza cuanto le habia dicho su madre.

—Pero esto no es motivo para alarmarse tanto, hija mia. Comprendo que te hayas sorprendido, pero no hai razon para que te aflijas y desesperas asi; porque un día u otro deberás casarte, y un esposo elejido por la señora debe indudablemente ser el que mas te convenga y el que mas feliz te haga.

Luisa, sin responder, ocultó la cara entre sus manos, se desprendió de su nodriza y se encerro en su cuarto, dando libre curso a su afliccion o mas bien dicho a su desesperacion.

Ceferina no se atrevió a seguirla comprendiendo que hai momentos, que hai situaciones en la vida en que toda compañía es importuna, en que no se escucha ninguna observacion, prefiriendo el individuo estar solo consigo mismo, reconcertrarse en su dolor y apurar hasta las últimas heces de la amargura sin testigo alguno que presencie el estado deplorable de esa alma acongojada.

III.

Luisa, de un carácter enérgico a la vez que sensible, sumiso pero resistente, altivo al mismo tiempo que suave y humilde, habia tomado, en ese corto espacio de tiempo en que sondeó todo el abismo de su desgracia, la mas rara y al parecer contradictoria resolucion; pues habia prometido interiormente y se consideraba con fuerzas suficientes para cumplir su promesa: que obedeceria a su madre sin traicionar a Enrique; y este pensamiento que armonizaba su deber con su afecto, la tranquilizó casi instantáneamente; dándole ánimo para afrontar la tempestad y evitar el naufragio; y

cuando volvió a presentarse ante su madre, tenía ya su semblante, como su ánimo, sereno, tranquilo, casi risueño, lo que admiró a Ceferina, pues no hacia mucho que había visto su profunda desesperación.

Por la noche y cuando doña Juana descansaba, escribió Luisa al solitario estas pocas líneas:

"Querido maestro mío:

"La enfermedad de mi mamita, lejos de declinar, se agrava y hoy me ha encargado que escriba a usted para decirle que se apresure a venir, porque es llegado el tiempo de cumplirle con el favor que le pidió en días pasados en la hacienda. Estas son sus palabras testuales que copio fielmente, y que, sin saber la causa ni lo que significan, me infunden miedo, pareciéndome que envuelven un funesto presagio. ¡Ai! mi querido maestro. ¡A cuántos sufrimientos no estamos espuestos! Por qué momentos de angustia y de tristeza tenemos que pasar en la vida! Antes de experimentar ciertos dolores mas valdria morir!... Venga, venga pronto: usted ha sido siempre nuestro ángel tutelar; sálvenos ahora como nos ha salvado otras veces...

"También para mí reclamó su protección y su consejo. Hoy me ha hecho mi mamita una proposición que me ha espantado, que casi ha arrastrado con la poca razón que me dejan mis pesares. ¡Cuán frágil es el hombre! Cuán ilusoria su felicidad! ¡Y yo que me creí tan dichosa!... ¡Quiere que me case, maestro mío! ¿Debo y podré yo hacerlo? Usted que conoce mi corazón resolverá el problema. Yo estoy resuelta a sacrificarme por obedecer a mi madre, por no contrariar su voluntad, por complacerla en estos días de dolor y de sufrimiento.

"Todo cuanto me rodea es lúgubre y todo cuanto ha sucedido y sucede desde algún tiempo a esta parte parece que hubiera sido calculado para atormentarme, pues independiente de la enfermedad de mi madre, que tanto me hace sufrir y que me causa tantos temores, Mercedes y sus

padres han desaparecido de Santiago y no se sabe donde están: usted comprenderá cuánto me ha mortificado y me mortifica esta ausencia; con mi amiga todo se me habria hecho mas llevadero, porque ella habria compartido sus pesares conmigo y yo los míos con ella. Pero lo que a usted va a atormentarle, lo que va a extrañarle sobremanera, es que Enrique, su jóven y querido discípulo, se encuentra desde hace ya algunos meses en la penitenciaria! Yo sé que esta noticia va a serle mui dolorosa, pero al menos tenga usted el consuelo que la prision de Enrique no proviene de crimen alguno; él es un reo político; se metió en la revolucion del 20 de abril, fué hecho prisionero con las armas en la mano; y por mucho favor ha sido conmutada la sentencia de muerte que le habia cabido en ¡cinco años de penitenciaría! ¡Qué castigo, Dios mio, por una falta que, si lo es, tiene su excusa en la nobleza misma del sentimiento que ha impulsado a cometerla! ¡Y atreverse los hombres a hablar de equidad y de justicia! Esto espanta; pero es preciso no anonadarse y hacer algo por salvarlo... La enfermedad de mi mamita nos ha impedido obrar; ella fué una vez a ver al presidente y a algunas otras personas y me dijo que le habian dado esperanzas; pero desde ese dia no pudo ya volver a salir, y yo, ¡qué podia hacer yo! He tratado de tomar informes, pero inútilmente; nada ha podido saberse ni de Enrique ni de su familia. Ceferina ha corrido por todas partes, y en todas partes la misma respuesta, la misma ignorancia, el "no sé" desgarrador... Esta situacion es horrible, horrible, maestro mio, y si dura mas tiempo, creo que no podré soportarla. Venga, pues, señor; su amiga, su hija sucumbe si usted no llega. Se lo suplico: venga a sostenerme. Yo nunca habia experimentado la desgracia, no sabia que eramos susceptibles de tantos dolores y que eramos capaces de tanta resistencia; pero eso debe tener su término... Venga antes, antes que ese término llegue... Morir en la inaccion es mas que morir.. Cuando uno sucumbe en la lu-

cha, debe sentir menos, porque la surescitacion del combate da energia y se cae casi de improviso...

"Vea usted, señor, cuantos motivos hai para que acceda a la súplica de mi madre y a la mia. Estoi, pues, segura que no nos abandonará... Hasta la vista, hasta luego, querido maestro mio; pues confio que en pocos dias mas tendrá el gusto de abrazarlo

"Su LUISA."

IV.

Esta carta mandada esa misma noche por un propio, a quien se le habia ordenado de matar los caballos porque llegara cuanto antes a su destino, la recibió el solitario como a las siete de la noche del dia siguiente; y a pesar del mal tiempo, pues llovía a torrentes, a pesar de la oscuridad de la noche, a pesar de las observaciones que le hacia don Pedro Murna, el administrador de la hacienda de San Jorge, a pesar de las súplicas de Torcuato, ordenó que se dispusiera inmediatamente el coche de viaje, y a las diez menos cuarto se puso en camino sin mas provisiones que un pan, un pedazo de charqui y una botella de vino y sin mas armas que su grueso baston.

A las mismas horas del dia siguiente entraba el coche en el espacioso patio de la casa de doña Juana.

La aparicion repentina del solitario causó una gran sorpresa y una grande alegría a Luisa y a su madre, pues estaban mui lejos de esperarlo tan luego.

La primera diligencia de don Toribio de Guzman fué ver a la enferma, y tomando un asiento al lado de la cabecera de la enferma, le dijo con tono lleno del mayor interes.

—Señora antes del amigo está el médico; deme usted el pulso.

—Yo no sé ahora por cuál decidirme, pero le aseguro que necesito mas del primero que del segundo.

—Sea como quiera: aquí tiene usted a ambos.

—Y a cual de los dos mejor.

El anciano no respondió sino que guardó silencio sin soltar la mano de doña Juana. En seguida la hizo recostarse, puso el oído en el pecho de la enferma y permaneció así por algun tiempo.

—¿Cómo me encuentro, Guzman? preguntó la señora con tal serenidad como si hablase de una persona indiferente.

—La enfermedad ha hecho mas progresos de los que yo creia, dijo el anciano.

—Así me lo habia figurado yo: tantos medicamentos me han hecho mas mal que bien; pero era indispensable pagar su tributo a la ciencia. Por fortuna, ya los he despedido.

—Ha obrado usted mui cuerdamente, amiga mia; y luego dirijiéndose a Luisa le dijo: “Conservas por casualidad todas las ordenanzas que han recetado desde que principio la curacion.

Luisa se paró y trajo una porcion de papeles que examinó uno a uno meneando de vez en cuando la cabeza, pero sin proferir palabra. Concluido el exámen, dijo a la señora:

—Los facultativos no han hecho al principio otra cosa que esperiencias; solo al fin han venido a conocer en parte la enfermedad física que a usted la aqueja, porque en cuanto a la moral solo usted y yo la sabemos. Pero ¿cómo ha podido llegar usted a tener conocimiento del estado de gravedad en que se encontraba para hacerme llamar, aunque yo no me desespero todavía.

Luisa se habia retirado por orden de su madre que queria hablar con el solitario francamente y sin rodeos.

—No trate usted de hacerme concebir esperanzas que no tengo, porque perderia su tiempo. He sabido, amigo mio, que mi fin se acercaba y por esto lo he mandado llamar.

—¿Pero cómo lo ha sabido usted? es lo que desearia conocer.

—Independiente de lo que yo sabia por mí misma, se lo pregunté a los médicos.

—¿Y ellos se lo dijeron?

—A fuerza de instancias y de súplicas lo conseguí y el término mas largo que me dieron está por concluirse; pero he aprovechado mi tiempo, pues no dejaré nada atras, pues todo lo tengo ya en regla, salvo un asunto del que conversaremos mañana o pasado, porque ahora es indispensable que usted se vaya a descansar; y a pesar de las protestas del solitario de que no sentia la menor fatiga, le fué preciso ceder, porque doña Juana no quiso transijir en este punto; pero antes de retirarse sacó de sus bolsillos un frasquito que jamas lo abandonaba y que era un elixir inventado y fabricado por él, y vació unas dos o tres gotas en una copa de agua, diciendo a doña Juana que tomase aquello antes de dormir.

A pesar de la rápida marcha de la noche anterior y de no haber cerrado sus párpados, el anciano veló hasta muy tarde, porque estaba realmente preocupado con la enfermedad de doña Juana, cuyo estado era peor de lo que ella misma lo creia, quedándole en su concepto pocos dias de vida; sin embargo, él se lisonjeaba prolongarlos algunos mas con sus cuidados y con sus conocimientos. Tambien lo preocupaba sobromanera la prision de Enrique y recorria en su imaginacion todos los medios de que podia hacer uso para conseguir su libertad; pero desgraciadamente no encontraba ninguno que contase con la seguridad de un buen éxito, ni aun siquiera con buenas probabilidades. Habia tambien, y no entraba por poco en el desvelo del solitario, la situacion en que se encontraba Luisa, no ignorando él la pasion que sentia por Enrique, la finura de sus sentimientos, la delicada altivez de su carácter, todo lo cual debia contribuir a atormentarla y a hacerla insoportable su estado, colocándola en la dura alternativa de que si cedia se hacia ella y hacia a Enrique para siempre infeliz; y si no cedia abrevia-

ba irremediablemente los ya contados dias de su madre; pero el anciano se lisonjeaba de disuadir a don doña Juana de su preconcebida determinacion sin contrariarla por esto, sino atraerla poco a poco de manera como que cediese a su propia reflexion sin que creyese que obraba por sugestiones de nadie. Estos pensamientos, cada cual de tanto interes, lo ocuparon toda la noche y solo pudo conciliar el sueño cuand ya venia el dia; así es que se levantó sobresaltado cuando al despertar vió el sol que entraba por su ventana, cosa que no le habia sucedido hacia muchos años, pues habia adquirido la costumbre de levantarse en todo tiempo un poco antes del crepúsculo de la mañana.

El cordial que al despedirse diera el solitario a doña Juana habia producido en ella mui buen efecto, pues, cosa que no le sucedia desde mucho tiempo, durmió tranquilamente toda la noche, encontrándose al despertar mas reanimada.

Luisa que, desde su regreso a Santiago, se habia instalado en la pieza inmediata al dormitorio de su madre para estar pronta a servirla en cuanto pudiera ofrecérsele, entró, como de costumbre, mui temprano para ver si dormia, porque por la mañana eran casi los solos momentos en que podia conciliar el poco y fatigoso sueño de que gozaba, quedando mui sorprendida al encontrar ya a la señora sentada en la cama.

—Mamita, le dijo Luisa, al verla, ¿Ha pasado usted la noche en vela.

—Al contrario, hija mia, he dormido profundamente y me siento mejor, efecto sin duda del cordial que me dió Guzman.

—Así debe ser; él es tan buen médico que jeneralmente sana a todos los enfermos de la hacienda: uno de los motivos, como usted sabe, porque aquella sencilla jente lo tiene por brujo.

—¿Has hablado, hija mia, algo con Guzman respecto a lo que te dije en dias pasados?

—No, mamita, le escribí solamente; y anoche no tuve lugar de conversar con él ni hizo la menor insinuación sobre este asunto secundario, consagrándose al principal, a su enfermedad.

—¡Pobre Guzman! El era el amigo íntimo de tu padre, de mi querido Eduardo, y yo debo ser para él su hermana, así como lo es él para mí; ¡con cuánta diligencia ha venido! Un joven no se habría atrevido a hacer un viaje tan precipitado y con tan mal tiempo! Esto prueba el mucho interés que se toma por nosotras y tú no debes decir ni pensar que tu asunto, como lo llamas, (y doña Juana se sonrió) sea para él secundario; pero ya que abordamos esta cuestión, continuémosla en el punto que la dejamos.

—¿Siempre piensa usted en lo mismo, mamita?

Y Luisa miró a su madre con unos ojos en que se revelaba la ternura y la súplica, con unos que parecían decir: "Tenga usted compasión de su hija."

—No me mires así, Luisa, porque eres capaz de echar por tierra mi resolución; y sin embargo, ella es necesaria, indispensable, y sucederá... Una debilidad de mi parte sería un crimen imperdonable, sería tu pérdida, sería una ofensa hecha a mi hermana, sería un borron y una mancha a su reputación y a su memoria; sería un ultraje a la honorabilidad no desmentida de nuestros antepasados y a la de nosotros mismos; con qué así, hija mía, vence en mi obsequio esa repugnancia que no tiene gran fundamento y que me lisonjeo desaparezca en breve cuando te haya dicho el nombre del joven que te destino. Tu dolor, Luisa, no hará más que aumentar el mío, sin que me sea dado cambiar de resolución...

—Querida madre mía, no sufra usted, se lo suplico... Yo estoy resuelta, estoy decidida a obedecerla. Escuse usted una debilidad de niña... me someto gustosa... cumplir con su voluntad es toda mi dicha... toda...

Y Luisa en su dolor, en su desesperación, decía lo que

sentia, decia la verdad: jamas esta niña, esta hija tan tierna como amante, habia aceptado el placer, el goce, el deleite, el amor con toda su ambrosia, la gloria con todos sus encantos, el cielo con todos sus resplandores si hubiera obrado contra la voluntad de su madre; porque en el seno mismo de la mas embriagadora existencia habria encontrado un tormento horrible, un remordimiento incesante que hubiera acibarado todos sus goces; mientras que en la angustia, en la congoja, en el mas grande infortunio, en el infierno mismo, habria encontrado placer; y la satisfaccion de haber cumplido con su obligacion; de no haber hecho sufrir a su madre, de haber obedecido a su voluntad, era una especie de compensacion en sus dolores, disminuyéndolos, suavizándolos, dulcificándolos, hasta el punto de hacérsele agradables; porque el que se sacrifica por abnegacion, por deber, por virtud, halla en el mismo sacrificio su digna y merecida recompensa. El único caso en que Luisa hubiera dejado de obedecer a su madre, como ya lo hemos dicho, era en el que le ordenase obrar mal, porque allí no habria obediencia sino debilidad, y Luisa era fuerte; porque allí habia degradacion, y Luisa tenia dignidad; porque allí se le decia de faltar a Dios, y Luisa lo amaba y reverenciaba sobre todas las cosas.

Sabemos que ese sentimiento de respeto y de amor por los padres se ha debilitado muchísimo en nuestra pretendida civilizacion. Ahora se hace alarde de independencia y es considerada la desobediencia como una prueba de energia, de carácter, de voluntad; la sumision es bajeza, es cobardia, es debilidad; hacer su gusto, hé aquí la regla, hé aquí el derecho, hé aquí la manera de obrar; el amor por los que nos han dado el ser, es una cosa de antaño, vieja, pasada de moda, ridícula, propia de idiotas, que solo puede soportarse en los primeros años cuando se necesita de sus cuidados y de su proteccion, pero que una vez venida la juventud, ya se sacude esa carga inútil, pesada, embarazosa

que tiende a contrariar nuestros placeres, que no se armoniza con nuestros goces. Permanecer al lado de sus padres, rodearlos de dulces consideraciones, tener placer en servirles, hallar satisfaccion en obedecerles ¡qué ridiculos! Para qué sirven los viejos! ¡Quién se divierte con ellos! Son trastos inútiles que solo sirven de estorbo y de los que conviene deshacerse! Asi se piensa, asi se discurre y asi se obra ahora. Pero este es el motivo porque es mui raro encontrar sentimientos nobles y elevados, almas virtuosas, fuertes, enérgicas, talentos sólidos y profundos, convicciones sinceras, costumbres puras, caracteres íntegros, firmes, decididos, pues ya no se siente y casi no se concibe la abnegacion, el sacrificio, la grandeza en las ideas y en las acciones. ¡Y cómo! Cuando esa falta de amor y de respeto por los padres empequeñece el alma, la vicia, la degrada, la apoca de tal modo que ya le es imposible conocer lo verdadero, lo útil, lo realmente provechoso, agradable, tierno; porque el individuo entumecido y raquítico de espíritu, es incapaz de esas afecciones durables que acompañan hasta el sepúlcro despues de haber hecho los encantos de la existencia.

Jóvenes: ¡quereis una esposa ordenada, amante, que se consagre a su interior, que participe de vuestros goces, que os ayude en vuestras adversidades, que no os abandone en la desgracia, que contribuya a vuestra fortuna por medio de la economia y del trabajo, que no sea ni disipada ni vanidosa, que eduque a vuestros hijos en el órden y en la moralidad, que los haga aptos para todo y buenos para todo? ¡Lo quereis? Pues bien, buscadla en aquellas que han respetado y amado a sus padres y estad seguros que no os equivocais.

Lo mismo sucede con las niñas respecto de los hombres; el compañero fiel, aquel que será buen marido y buen padre, aquel que las rodeará de consideraciones, que las hará respetables por su posicion y por su nombre, aquel que será un verdadero jefe de la familia por su ilustracion, por sus

afectos y por su moralidad, es preciso irlo a buscar entre los que han amado y servido a sus padres; de lo contrario, es mas que probable que serán desgraciadas.

El que honra a sus padres, dijo Jesucristo, tendrá larga vida y será feliz en la tierra y en el cielo.

Doña Juana conmovida y gozosa de encontrar en su hija tanta virtud, la dijo:

—No cambiaria este momento por todo un siglo entero de vida; me has hecho experimentar de antemano la dicha que debe poseerse en la gloria: tú serás feliz, mui feliz, hija mia, no lo dudes.

—Lo soi ya, mamita, al ver que usted lo es.

—Y yo moriré tranquila, moriré dichosa... Gracias, Dios mio, gracias.

—¿Para qué hablar de morir cuando...

—Tienes razon; no hai necesidad de ocuparse de esto, ello vendrá cuando Dios quiera. Ocupémonos de lo que mas me interesa, ocupémonos de nosotras... Todavia no te he dicho el nombre del jóven que debe tener la dicha de ser tu esposo, pero te aseguro que goza de las mismas condiciones: familia, fortuna, rango, talento y hasta hermosura, en todo te es igual; pues es Guillermo de..., a quien tú conoces y a quien has visto casi desde tu mas tierna infancia.

—¿Guillermo de... exclamó Luisa con un tono de desprecio que no pudo disimular.

—Sí, hija mia: ¿qué tienes que decir de él?

—Nada, mamita, que sea una cosa grave y un motivo para que lo rechace, pero hubiera preferido a cualquier otro: tengo por Guillermo una especie de alejamiento invencible.

—Talvez habrás oido alguna de sus aventuras galantes, pero esto, sin disculparlo pasa, y los jóvenes se transforman sobre todo cuando han tenido la fortuna de conseguir niña como tú.

—Yo no he oido nada de él, mamita; sé solamente que es un jóven a la moda, que lo encuentran mui espiritual,

¡que todas tratan de agradarlo, y esto porque yo misma lo he presenciado en las tertulias en que nos hemos encontrado casi siempre; pero le aseguro, sin que por esto me obligue a cambiar de determinacion, Guillermo, en el caso dado, es el último de los jóvenes que habria aceptado, sin que desconozca por ello su talento, su finura, su distincion, su elegancia y su hermosura si se quiere; pero hai en mí un sentimiento instintivo de repulsion de que nunca he podido darme cuenta, tanto mas cuanto ha nacido en mí sin motivo; sin embargo, en estos últimos tiempos lo he visto mui cambiado a tal punto que lo he desconocido completamente, y este cambio le es favorable.

—Ya ves, hija mia, ya ves: todo es susceptible de modificarse y de mejorarse; no dudo que en poco tiempo te dirás a tí misma una cosa distinta de la que hoi piensas.

—Puede ser, mamita, puede ser; de todos modos usted puede estar segura de mi obediencia, porque mi obediencia es mi voluntad.

Luisa hizo esta afirmacion absoluta con un tono casi sereno, porque era fuerte por el plan que habia combinado interiormente: "de complacer con su madre y de no traicionar a Enrique;" de otro modo no habria tenido valor, talvez hubiera sucumbido en la prueba.

--Yo desearia que encontraras placer.

—Ya lo he repetido muchas veces que siento ese placer porque cumplo con mi deber obedeciendo a su mandato; no me exija usted mas, madre mia; ir mas allá seria contrariar a la naturaleza, seria mentirme a mí misma y mentirle a usted; y asi como no puedo dominar aquella porque está fuera de mi alcance, no me es dado hacer lo segundo porque cometeria una falta y deseo estar pura hasta del mas insignificante desliz.

—Eres en todo un dechado, hija querida. ¿Quién puede ser capaz de no amarte? ¿Quién te negará una justa y merecida admiracion? ¡Cuán pequeño encuentro a Guillermo

comparándolo contigo; pero es necesario... y con dificultad habrá tampoco en Santiago mejor partido! Es preciso que deeiendas un poco, Luisa, porque no hai ángeles en la tierra.

Luisa bajó la cabeza sin decir palabra, por que, aun cuando habia formado un propósito que la sostenia, siempre experimentaba un dolor agudo, siempre tenia el presajio de una lucha terrible en lo que estaba resuelta a jugar su vida por conseguir la victoria; pero alcanzándola, el triunfo debia serle mui costoso ¡y quién sabe si lo conseguiria!

Despues de un corto silencio, durante el cual contempló doña Juana a Luisa con unos ojos en que se revelaba satisfaccion y sufrimiento, admiracion y angustia, le dijo:

—Guzman debe ya estar en pié, hija mia; anda ve lo que necesita, conferencia con él y díle que en una hora mas desearia hablarle.

Luisa partió, y doña Juana murmuró entre dientes:

—¡Cuánto me cuesta el sacrificio que le impongo a este ángel; pero es necesario, es preciso, es indispensable, porque de otra manera seria infeliz y porque existen motivos tan poderosos...

V.

El solitario, acostumbrado al campo, habia ido a respirar el aire de las plantas en el jardincito de Luisa mientras le anunciaban que podia presentarse en el cuarto de doña Juana a quien hubiera deseado ver inmediatamente, porque el estado en que la habia encontrado y la habia dejado la noche anterior era, en su concepto alarmante.

El noble anciano se habia sentado en un banco. Su imponente fisonomia revelaba a un mismo tiempo meditacion y tristeza; se asemejaba al viajero filósofo que contemplando los antiguos monumentos recorre en su memoria los acontecimientos de las jeneraciones pasadas, admirando sus grandezas y compadeciéndose de sus miserias; sin embargo, aquel hombre no hacia en ese momento el estudio de la

humanidad, sino que pensaba en la enfermedad de doña Juana, en la conversacion que habia tenido con ella en la hacienda de San Jorge, en esa especie de enajenacion mental, sentida y razonada, a quien el vulgo llama monomania y que, sin embargo, es talvez una manera de ser mas perfecta de nuestro espíritu, porque está mas desprendida de la vida real, porque casi se asimila a esa otra vida que se denomina del alma, y que, si existe, ocupa una rejion distinta de la nuestra, pero todavia en relacion con ella.

No ocupaba menos el pensamiento del solitario las circunstancias en que debía encontrarse la familia Lopez, la familia de ese hombre animoso y lleno de jenerosidad que le habia salvado la vida con riesgo de la suya y sin que nunca hubiera revelado el secreto de una accion que lo realizaba altamente ya que no habia pensado siquiera en la indemnizacion pecuniaria.

Absorto en estos tristes pensamientos, Luisa llegó hasta donde él estaba sin que la apercibiera; y solo cuando le puso la mano en el hombro, volvió la cabeza y se sonrió tristemente, diciéndole:

—Me has sorprendido, hija mia, en un triste estado; pues a decirte verdad, pocas veces me he encontrado tan abatido como ahora; pero ya se ve: pocas veces he tenido motivos mas poderosos como al presente, porque veo el horizonte cargado de nubarrones, presajio de una tempestad desecha; y no es para menos, hija mia, desde que mi amiga doña Juana se encuentra en peligro, desde que tú vas a casarte, desde que Enrique se halla condenado a soportar todo cuanto le sobrevenga sin tener quien le ayude, ni quien lo proteja y desde que la honrada familia de mi libertador ha desaparecido.

—De veras, señor, que todas estas desgracias juntas, es una carga demasiado pesada, casi superior a las fuerzas humanas.

Y la hermosa niña levantó instintivamente los ojos al

cielo como para pedir a Dios fortaleza y misericordia.

—Valor, hija mia, respondió el anciano, valor, porque el abatimiento es el peor de los males; y aunque yo, como todo hombre, no estoy exento de él, sin embargo, es preciso tener fuerza y sobreponerse a sus pesares: esto es lo que nos dice la prudencia, pues solo así podemos salir triunfantes en la lucha. Yo sé, hija mia, que sobre tí pesa lo mas agudo y lo mas violento del dolor, y por esta misma razon necesitas tener mas conformidad, mas resignacion, mas energia.

—Lo comprendo, ¿pero es acaso una dueña de sus sentimientos? Puede modificarlos a su antojo?

—Hasta cierto punto, hija mia. Hai, es verdad, cosas que no dependen de nosotros, que obran sobre nosotros sin por esto darnos cuenta de ello; pero no es menos cierto que tenemos facultades poderosas, que tenemos la razon, el juicio, la voluntad que oponerles y de esta manera debilitar o neutralizar los efectos: así es como el hombre lucha con la materia y triunfa de ella; lucha con sus pasiones y tambien consigue avasallarlas cuando no se han apoderado todavia de él, cuando no lo han dominado por completo.

—Yo quisiera tener esa resistencia y ese poder.

—Lo tienes, hija mia, porque lo veo y lo sé: tú posees el carácter mas sensible que he conocido; pero tampoco he encontrado una alma mas fuerte, y en tí la debilidad no excluye la energia: este es un fenómeno raro, pero que se da y que existe, un fenómeno que se realiza en tí y de donde proviene tu superioridad y tu perfeccion.

—Señor, se lo confieso, no estoy para oir alabanza.

—Yo no alabo, sino que establezco los hechos; no digo lisonjas, sino que juzgo; no me empeño en adormecerte, sino en prepararte, porque todavia tendrás mucho mas que sufrir; pero yo estaré a tu lado, hija mia, para que confundamos nuestros dolores, pues no se lucha de frente contra la afliccion, sino que es preciso seguir sus aguas; el único consue-

lo del sufrimiento es el sufrimiento mismo; querer distraer las penas oponiéndoles el placer, es aumentarlos; esa transición no está en la naturaleza y un ser sensible la rechaza: las lágrimas se endulzan con las lágrimas y no con las risas, y yo trataré de aliviarte compadeciéndote; es decir, uniendo nuestros pesares.

—Ah! ¡Cómo conoce usted el corazón, maestro mío, y cómo sabe sondear sus heridas para curarlas.

—Algo ha de dar, hija mía, el haber vivido, el haber sentido, el haber pensado... Pero hablemos sobre uno de los capítulos de tu carta que me interesa sobre manera, ya que están satisfechos los deseos expresados en el otro, pues estoy al lado de tu madre y al lado tuyo. Dime ahora, ¿es verdad que doña Juana se empeña en que te cases?

—Está decidida, está resuelta...

—¿Y tú?

—Yo también lo estoy.

—¿A qué?

—A obedecerla.

—Es verdad lo que me has escrito?

—Usted sabe que yo no miento nunca, maestro mío.

—Lo sé; pero me extraña una condesendencia tan fácil.

—¡Fácil! ¿Fácil le parece? Ah! usted no sabe cuánto he sufrido y cuánto sufro.

—Pero un poco de resistencia podía haber vencido a tu cariñosa madre, que no ha tenido otro pensamiento en la vida que el hacer tu felicidad.

—Este es el mismo deseo que le ha hecho decirme que mi enlace era necesario, indispensable.

—Pero si tú le hubieras espuesto algunas reflexiones...

—¡Reflexiones contra su dolor! Imposible!

—Talvez me he equivocado y me alegraría de ello.

—¿Cómo! ¿En qué?

—Creía otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Creia que tenias otro afecto...

Luisa llevó una mano a su corazon y echó al cuello del anciano su otro brazo, exclamando:

—Es verdad, padre mio, yo amo... Amo con delirio y sin esperanza!... Figúrese usted ahora cuál puede ser mi dolor...

—Lo comprendo, hija mia, lo siento tambien... y las lágrimas corrian en abundancia por los surcos de las mejillas del solitario, yendo a humedecer sus nevadas barbas.

—¡Si pudiera verlo una sola vez! Si pudiera explicarle mi conducta! Si conociera mi sacrificio! Si siquiera lo supiera libre!... Tendria algun consuelo, algun alivio! El me perdonaria!... Moririamos juntos!... Seriamos un momento felices!... ¡Felices! sí, felices, porque él me ama lo mismo que yo lo amo!...

—¿Hablas de Enrique?

—¡Estraña pregunta! ¿A quién quiere usted que me refiera sino es a él?

—Ya lo sabia; ¿pero cómo puedes tú afirmar que él te ama? ¿Te lo ha dicho en alguna ocasion?

—Jamás; pero estoi segura, segurísima de ello. ¿Se necesita acaso del ajente de la palabra para que se nos revele el afecto? ¿Podria yo sentir como siento y amar como amo si él no sintiera y amase de la misma manera? ¿No existe una lei misteriosa pero real y positiva que nos revela el pensamiento? ¿Podria yo haber derramado mis lágrimas sobre sus mejillas, cuando lo tuve moribundo entre mis brazos, sin que esas lágrimas hubiesen llegado a su corazon? Habria yo confundido mi aliento con su aliento, puesto mis labios sobre sus labios ante la presencia de Dios que nos contemplaba y que sin duda alguna aprobaba mi accion, puesto que no me arrepiento sino que me regocijo de ella, sin que nuestras almas se hubieran recíprocamente incendiado con la divina llama del amor? ¡Y decir, padre mio, y pensar que debo renunciar para siempre a él! ¿Cabe este

sacrificio en la fuerza humana? ¿Me crea usted capaz de soportarlo? ¡Y sin embargo, se hará! Tenga usted la seguridad de que se hará!

— Imposible... esto es demasiado.

— No, señor, no es demasiado, sino que es lo justo. Si ahora me dijeran: contrariando la voluntad de tu madre te prometemos, te damos la seguridad de que te uniras al ser que tanto amas, rehusaria y rehusaria sin vacilar... Esto, pues, decidida a no ver mas a Enrique, a perder hasta la sombra de toda esperanza de felicidad con tal de obedecer a mi madre, porque si no la obedeciera la mataría, convirtiéndome en paria. ¿Y qué gusto, qué satisfacción, qué goce se puede experimentar, aun cuando estuviéramos en los cielos, llevando la conciencia cargada con ese crimen? Mientras que en medio de los mas crueles tormentos, ya que no fuera posible obtener la dicha, alcanzaré al menos la tranquilidad y la calma de la que estaría para siempre privada si obrare de distinto modo, y lo que sería para mí mas terrible todavía: privada del aprecio del hombre a quien amo, privada de su cariño, porque me despreciaría, en tanto que ahora sufrirá él y sufrirá yo, morirá él y morirá yo; pero en nuestra desgracia, tendrémos el consuelo de haber permanecido dignos el uno del otro, llevando en sepulcro la inflexible dicha de habernos encontrado en el mundo, de habernos amado y de continuar amándonos en la eternidad.

— Hija mia! ¡Anjel mió! ¿quién creyera que no he tenido en mi vida ni un momento de mayor delicia y de mayor angustia! Tu dolor aumenta mi admiración, y mi admiración aumenta mi dolor: porque mientras mas desgraciada eres, mas hermosa y grande te veo, creciendo en proporcion la virtud con el sufrimiento, ¡y el sufrimiento con la virtud! Hija mia, es imposible que no seas dichosa... No vendrá el tiempo, ya vendrá... Espera y vive confiada.

— Dichosa, en cuanto cumplas con mi deber, así es;

dichosa, siendo privada de mis aspiraciones, imposible.

—Ya veremos, Luisa; puede ser que todo pueda armonizarse.

—Sí, señor, ya yo tengo formado mi plan: obedeceré a mi madre, y jamás, no, jamás traicionaré a Enrique; seré siempre fiel a su amor.

—No sé cómo puedes casarte con uno y conservarte para otro.

—Usted lo sabrá mas tarde.

—Es verdad, ya entiendo: abandonarás el vínculo del cuerpo, conservando intacto el vínculo del alma.

—No, señor, yo no hago esas abstracciones, yo no entiendo de esas sutilezas; o me doy toda entera o no medio nunca: el que ha de poseer mi cuerpo, poseerá mi espíritu; y el que posea mi espíritu, poseerá mi cuerpo...

Esa castidad llena de franqueza, esta virginidad llena de atrevimiento probaba la pureza y la elevación de esa alma donde no había penetrado la sombra de un pensamiento carnal... Cualquiera otra en igual caso hubiera usado de rodeos, de reticencias, de medias palabras, poniendo de manifiesto su malicia por el hecho mismo de ocultarla; pero Luisa, poseída del sentimiento de dignidad que le era peculiar y con un corazón tan puro como el de un ángel, comprendió en el acto toda la absurdidad de ese sofisma que el mundo acepta como una virtud, como un sacrificio del que se hace gala; pero en la delicadeza de Luisa, la idea de querer a uno y ser de otro era una prostitución que no aceptaría jamás y que apenas concebía que pudiera darse y que hubiera una sola persona capaz de efectuarla.

VI.

El solitario, cada vez mas admirado, aun cuando conocía los sentimientos de aquella joven, marchaba como de encanto en encanto, porque tanta virtud, tanta abnegación, tanto amor, tanta dignidad y tan espiritual delicadeza creía que

no podían existir reunidas, y en un grado tan prominente, en ~~un~~ sólo ser: pero ahora no podía negarse a la evidencia de sus ojos y tenía que confesar y confesaba con gusto que jamás había visto en el mundo mujer más cumplida y que si hubiera alguna que fuese capaz de hacer la felicidad de un hombre en la tierra, ella era la única.

¡Qué educación, qué temperamento, qué circunstancias tan raras y excepcionales, decía entre sí mismo, deben haber contribuido, deben haberse armonizado para formar esta no menos rara excepción! Y el anciano mientras más pensaba en ello, más sensible le era que esta flor fuera a marchitarse, que este ángel tuviera que pasar por todas las amarguras que afligen a los demás y que estas fuesen todavía para ella más, mucho más, cien mil veces más acerbadas, porque a medida que la sensibilidad es mayor y más exquisita y refinada, así son las impresiones; y era fuera de duda que Luisa sufría extraordinariamente, sufría como nadie podía sufrir.

Lleno de estas ideas, hizo también el firme propósito de salvarla, de impedir ese matrimonio, de poner en acción toda su influencia de amigo, todo su prestigio de sabio, todo su ascendiente como inseparable compañero de Eduardo, de ese hombre a quien adoraba doña Juana, por quien quería separarse del mundo y que era el padre de Luisa; y el anciano dijo a la joven que tenía a su lado:

—Recomendarte el valor, es inútil: lo tienes demasiado; lo único que te falta es la esperanza y yo te la doy: yo me voy a poner en lucha contra lo que tú consideras el imposible; pero dime antes el nombre del marido que te dan.

—Creo en su voluntad, conozco la fuerza de su persuasión, sé el poder que tiene su palabra sobre mi mamita, sé también como ella obedece y sigue ciegamente sus consejos; pero en este caso es de todo punto imposible; ella me ha visto desfallecer y no ha cedido, ¡calcule usted si puede haber remedio!

—¡Veremos!

—Una súplica antes de obrar: no la haga usted derramar una sola lágrima; no le manifieste mi estado; que no sepa cuanto sufro, porque esto ¡sería darle un golpe de muerte al pensar en la desgracia de su hija; ¡y ella debe vivir aun cuando yo perezca! Ella me ha dicho que tiene compromisos, de los que depende mi fortuna y que hasta la honra de mis antepasados como lo de ella propia, como la de una persona a quien ama mucho en el mundo, depende de este enlace.

—¿Y te ha explicado la causa de todo esto?

—No; me ha dicho que es un misterio que no debo saber y que ojalá no supiera nunca; y usted concibe que no he insistido sobre este punto y que no quiero insistir jamás.

—Pero ¿cuál es el nombre de esa persona a quien está ligado tanto misterio? De ese esposo a quien te dedican?

—Guillermo de...

—Guillermo de... ¿Guillermo de... has dicho?

Y la fisonomía del anciano se descompuso dando algunos pasos atrás como si aquel nombre tuviera algo de terrible, algo de espantoso, como si aquel nombre evocara un espectro que hubiera aparecido repentinamente.

—Guillermo de... Guillermo de... repitió por tres veces con voz temblorosa; y acercándose nuevamente a Luisa, le dijo muy bajo como para ser oído de ella solamente:

—¡Imposible!.. Te han engañado...! Guillermo de... no existe.

—¿No existe! volvió a decir Luisa. ¿Y cómo es que no existe, cuando solo anoche he estado con él y con su madre poco antes que usted llegara.

—¿Con su madre! ¿Y como se llama su madre?

—Doña Porfira de...

—Doña Porfira. El mismo nombre, dijo el anciano hablando consigo mismo y luego añadió:

—¿Y qué edad tiene ese hombre?

—Es muy joven aun, tendrá unos vinticuatro o veinticin-

co años. ¿Lo conoce usted? Pero si lo conoce, ¿cómo dice que no existe?

—No lo conozco, hija mía, respondió tristemente el solitario; la semejanza de nombres me engañó.

Y el anciano bajó la cabeza y cerró los ojos como un hombre que medita profundamente, haciendo abstracción de cuanto le rodea. Luego volviéndose hacia Luisa, le preguntó:

—Han existido siempre relaciones de amistad entre doña Juana y esa señora?

—Antes se veían muy de tarde en tarde, pero se encontraban casi siempre en las tertulias tratándose con urbanidad; y hace como dos años a esta parte que se han visitado con mas frecuencia y al parecer con mas intimidad, hasta que últimamente, durante la enfermedad de mi mamita, está viniendo diariamente con su hijo, teniendo de cuando en cuando largas conferencias a solas.

—¿Y has hablado en algunas ocasiones con ese joven?

—Muchísimas y en la actualidad todas las noches me hace compañía particularmente cuando mi mamita se entretiene con la de él.

—¿Qué clase de joven es ese? ¿Cuáles son sus costumbres?

—Las ignoro; jamás me he ocupado de averiguar su vida. El es muy amable en sociedad, de modales distinguidos; parece que es el dandy mas a la moda, pero yo he experimentado por ese joven no sé qué especie de antipatía de que no he podido darme cuenta, porque nunca me ha faltado en lo menor.

Fluidos misteriosos, leyes ocultas, magnetismos incomprensibles, gaces de las almas que sobrenadan aun en la tierra ¡cómo vemos palpablemente sus efectos! murmuró el anciano entre dientes sin que Luisa pudiera comprender lo que decia ni adivinar lo que por su mente pasaba. —

El solitario se referia sin duda alguna al sentimiento de repulsión que Luisa experimentaba por Guillermo: Asenti-

miento innato, sentimiento inmotivado por parte del jóven, pero que sin duda provenia de esas leyes ocultas, de esas emanaciones o gaces de las almas que sobreviven en la tierra aun despues de haber desaparecido los cuerpos a quienes ellas animaban, segun decia el anciano; pues ¿quién podrá negar que los afectos y las pasiones sobreviven a los que las han experimentado, asi como sobreviven las ideas que se estienden por los continentes y que se infiltran en cada existencia, siguiendo la marcha progresiva de las generaciones, sin jamas extinguirse! Quizá de aquí provienen los instintos que son tambien un impenetrable misterio, como lo es cuanto nos rodea y hasta nosotros para nosotros mismos.

—Si esa señora y ese jóven, continuó el anciano despues de su pequeña pausa, vienen hoy y por casualidad me encuentro con ellos, no me llames por mi propio nombre.

—¿Conoce usted a esas personas? repitió Luisa con insistencia.

—Sí, hija mia, a una de ellas.

—¿Y ellas lo conocen a usted?

—Talvez la madre puede conservar algun recuerdo; pero como tú sabes, ya yo he dejado de existir para la sociedad, ya yo estoi muerto para el mundo, y el coronel Toribio de Guzman está hace mucho tiempo cubierto con el polvo del eterno olvido.

—¿Sabe usted, señor, que me ha extrañado mucho su súbita mudanza? Aquí hai algun misterio.

—Lo hai, Luisa; pero ya que tu madre no quiere revelártelo, yo estoi en el deber de callar.

—Y yo respeto los escrúpulos de ambos.

—Puedo decirte una cosa, y es que el enlace proyectado me desagrada ahora mas que nunca y si está en mi poder quedará en nada.

—Pero ya he anticipado a usted la condicion: sin disgustar a mi madre.

—Acepto con gusto esta condicion, tanto mas cuanto que

de otra manera correria peligro; una contradiccion cualquiera, su pesar, la idea de hacerte desgraciada, la lucha que se estableceria entre su cariño y lo que ella considera su obligacion, podria tener fatales consecuencias: ya ves que tengo necesidad de ser prudente y que sin hacerme esa prevencion yo estaba resuelto a seguir el mismo sistema.

En esos momentos vino Ceferina a interrumpirlos, diciendo que la señora llamaba al señor de Guzman.

—Está bien; voi en el acto, pero repito mi encargo: que no se me llame por mi nombre delante de nadie, particularmente en presencia de las personas que hemos mencionado.

Matrimonio proyectado.

Doña Juana tenia necesidad de hablar con el solitario, queria confiarle sus proyectos y que fueran sancionados con su aprobacion, porque si bien ella estaba persuadida que obraba del modo mas conveniente para los intereses de Luisa y de su familia, le era mui agradable que el anciano fuera de su misma opinion, porque esto era una prueba inequívoca de que todo marcharia con acierto, y asi abrió la conversacion diciéndole:

—Usted sabe, mi apreciado amigo, que nosotros no tenemos ni hemos tenido jamas secreto para usted, a tal punto que usted es poseedor mas que ninguno, mas que yo misma talvez, de todos los acontecimientos sucedidos en nuestra casa que ha sido la suya y continuará siéndolo toda la vida.

El solitario hizo una señal de asentimiento y aguardó que la señora continuara.

—Ya dije a usted anoche la opinion de los médicos respecto a mí, opinion que está en conformidad con lo que yo pienso y que talvez no difiere de la suya. En esta estremada situacion es mui natural que piense en el establecimiento de mi hija y aun lo habia pensado ya de antemano por motivos que le revelaré a usted mas tarde y de los cuales tiene usted algun conocimiento.

El anciano volvió a hacer un movimiento igual al anterior y doña Juana prosiguió:

—Pienso, pues, casar a mi hija, ¿y con quién cree usted?

—Ya me lo habia dicho Luisa.

—Tanto mejor que se haya anticipado, porque me ahorra algun trabajo. Ahora bien, amigo mio; nada me estrañaria que usted desaprobase este enlace.

—Tiene usted un justo motivo para pensar así.

—No se me ocultaba, Guzman, que usted se opondria: en los hombres los resentimientos nunca se borran; pero creo que una vez que yo le esponga mis motivos, será usted de mi misma opinion.

—Sin contrariarla y deseando verdaderamente que estemos en todo de acuerdo, dudo mucho que usted me persuada.

—Si usted se digna oirme, lo espero.

—Escucho con mucha atencion, pues tengo en ello mucho interes.

—Usted sabe que mi hermana la monja dejó un testamento en favor del padre del jóven que se casará con Luisa y que la fortuna que poseemos es puramente usufructuaria, salvo algunas cosas que he podido adquirir con mis economias.

—Sé, señora, que hai algo de eso; pero me parece que una cuestion de interes pecuniario no es un motivo de bastante escusa para dar el paso que usted piensa.

—No es, amigo, mio, simplemente una cuestion de interes pecuniario la que me obliga, sino una cuestion de honor personal sobre la que le hablaré en seguida; pues ya que tratamos de la fortuna, debo advertirle que no entra por poco en mis cálculos, porque hoy dia no se mira como una cosa de segunda orden, sino de vida o muerte, de un interes realmente capital; pero dado caso que no fuera este móvil el que me hiciese obrar (y se lo puedo asegurar que no entra del todo en mis designios, sino que en realidad, me es mui secundario) siempre debo tener en vista que Luisa está acostumbrada a la riqueza y que sus hábitos, su

manera de ser, sus tendencias no se amoldarian jamas a un estado de mediocridad y menos de pobreza, pues sufriria horribilmente; y ésto, independiente que por el rango en que ha nacido, que por la sociedad a que pertenece, que por el papel que está llamada a representar en el gran mundo, necesita de todo ese desahogo, de todas esas comodidades que son indispensables para mantenerse en su puesto, y mas indispensable todavia a una niña como Luisa, que tiene gustos tan refinados y una especie de sibaritismo en el goce, que ama la hermosura, a quien le agrada rodearse de objetos de arte y todo cuanto hai de bello y de delicado en las obras de la naturaleza y en las obras del hombre, que ama lo que es esencialmente poético como lo es ella, que no puede vivir sino en medio de cierta atmósfera misteriosa y diáfana, perfumada y aérea como lo es su cuerpo, como lo es su alma, como lo son sus inclinaciones, como lo son sus afectos, como Dios la ha hecho, en una palabra; y usted comprenderá, querido Guzman, que para conservar todo esto, que para que conserve esta existencia, que para que no se pierda el aroma de esta bella flor, se necesita de la riqueza que da independendencia, que da consideraciones, que proporciona goces de todo jénero, que permite ejercer la caridad, que ensancha el poder de nuestra voluntad, que mantiene la energia en el carácter, que aleja la timidez, la cortedad, el apocamiento del espíritu, que realza las cualidades y encubre los defectos, que nos idealiza, en una palabra; en tanto, mi querido amigo, que la pobreza destruiria todo ese encanto, privaria a Luisa de ese perfume que ella necesita aspirar, barreria con esa aureola en que ella necesita vivir, la privaria de la independendencia sin la que ella no puede estar, desterraria la belleza, la poesía, la caridad que constituyen la esencia de su ser y que son su principal ocupacion, su principal goce, su principal encanto, y materializándola así, la mataria; porque la pobreza apoca el espíritu, anonada las facultades, restringe la intelijencia, avasalla

el carácter, limita las aspiraciones, embota los sentidos; y así como llega hasta el punto de afear y de degradar al alma, degrada y afea también el cuerpo. Y yo deseo que mi Luisa no llegue jamás a ese estado.

—Veo, señora, respondió con calma el solitario y medio sonriéndose, que usted da mas importancia a la fortuna que lo que acababa de decirme, porque me ha pintado todos los goces, todas las comodidades que ella proporciona con pinceladas llenas de un brillante colorido y dignas del mismo Epicuro. ¡Pero a qué estado tan triste y tan degradante deja usted reducida a la gran mayoría de la especie! Si solo se pudiera pensar, elevarse, gozar, ser libre, vivir por la riqueza, ¡qué sería del resto de la humanidad! Qué sería de los pobres! Confiese al menos, señora, que esas ideas, halagüeñas para los poderosos, son muy desconsoladoras para los desvalidos y muy injusta para la Providencia Divina; pero afortunadamente no son mas que opiniones estraviadas, provenientes de nuestras pequeñeces, de nuestras preocupaciones y de nuestras miserias, que no pueden perturbar el equilibrio del mundo, que no pueden desmentir la misericordia, justicia y sabiduría de Dios que ha formado el hombre para que goce de sus beneficios y se eleve hasta El, cualquiera que sea su condicion, su estado, su fortuna; porque el pensamiento, la inteligencia, la virtud, la poesía, el genio, el placer, el goce, la dicha, no son el patrimonio de unos, sino el patrimonio de todos: el hombre puede ser feliz, grande, elevado, espiritual, poético, sublime, si se quiere, en la pobreza, porque esos dones del Altísimo vienen desde muy arriba y no son la propiedad de tales o cuales individuos, ni el privilegio exclusivo de la fortuna, si bien en nuestro actual estado de cosas, ella en parte los facilita; pero dejando estas jeneralidades para concretarme a Luisa, voy a permitirme rebatir sus opiniones por el interés que tengo en la felicidad de usted y de su adorable hija.

—Talvez me equivoco, Guzman, pero no he tenido la

menor intencion, se lo aseguro, en ofender a Dios con mis ideas y en querer dañar a mi prójimo.

—Conozco su corazon, amiga mia; sé que es un tesoro de bondad, de beneficencia, de amor; sé la pureza de sus costumbres, sé la santidad de su vida, la relijiosidad de sus pensamientos para que llegase alguna vez a figurarme, ni aun por un instante, que hubiera pasado por su mente un mal propósito. Lo que veo solamente es un pequeño estravio, un pequeño error que nace no de usted, sino de la sociedad en que ha vivido y que no es vituperable, porque tiene un buen fin.

—Aconsejeme, guíeme, Guzman, esto es lo que necesito, sobre todo en mis últimos dias en los que debo purificarme cuanto me sea posible para comparecer ante Dios y juntarme con mi Eduardo.

II.

Doña Juana experimentó una especie de fatiga al concluir su frase. La conversacion se habia prolongado demasiado y solo tuvo ánimo para decir:

—Me siento débil, Guzman; ¡como no sea esto lo último! En todo caso usted es mi albacea y dispondrá de... Un desvanecimiento momentáneo de cabeza le cortó la palabra.

El solitario se alarmó, pero no tocó la campanilla para que viniese jente, por temor de asustar a Luisa, lo que consideraba mui peligroso, sino que la socorrió solo y tomándole el pulso conoció que no era otra cosa que un ligero desmayo, precursor sin dada del desmayo eterno, pero de ninguna consecuencia por el momento, pues haciéndole oler un poco de sales la volvió en sí en el acto y volviéndole a dar esas gotas de su elixir la entonó considerablemente.

—Hacen bien los inquilinos de la hacienda, mi querido amigo, continuó doña Juana, con tono alegre, una vez recuperada, en llamarlo a usted brujo, porque usted obra prodijios en el cuerpo y en el espíritu: ayer con esas gotas he

pasado la mejor noche y ahora me vuelven a la vida y me dan fuerza como por encanto. ¿Ha encontrado usted por casualidad aquella redoma misteriosa que contenia el líquido que preservaba de la muerte, de que tantas veces habrá usted como yo oído hablar en esos cuentos que hacen las delicias de los niños?

—Ojalá, señora, la hubiera encontrado; y no crea usted que he dejado de buscarla, lisonjeándome con la quimera de hallarla algun día, porque tenia a la vista este misterioso líquido cuyos efectos son realmente prodigiosos, pero que alcanzan tan allá en sus felices resultados como los de la encantada redoma.

—Pero en fin, usted ha descubierto un remedio portentoso.

—Yo lo he hallado, señora, no lo he descubierto; y por mas que lo he sometido a un prolijo análisis químico descomponiéndolo, me ha sido imposible combinar las sustancias o hallar los ingredientes de que se forma: es uno de aquellos secretos que han desaparecido con el individuo que lo poseia quedando envueltos en el misterio.

—Sabe usted, Guzman, que a pesar del interés que tengo en continuar nuestra conversacion interrumpida por ese ligero accidente, ha picado mi curiosidad lo que usted me dice, a tal punto que desearia saber cómo ha llegado a sus manos ese tesoro: usted es el hombre de los prodigios, Guzman, y quien sabe si usted mismo no lo es; estoi ya por adherirme a la opinion de nuestros sencillos campesinos.

—Satisfaré su curiosidad brevemente. Recuerda usted que no hace mucho tiempo, en un paseo que hicimos con Luisa y Enrique al volcan estinguido que está en uno de los mas elevados picos de una de las montañas de la hacienda, recuerda usted que se habló de una mómia que allí existia y que usted queria ver?

—Perfectamente.

—Pues bien, señora, yo habia descubierto esa mómia ha-

cia muchos años y mi admiracion y mi curiosidad me indujeron a registrar todo cuanto allí existia y a examinar prolijamente aquel cadáver disecado, encontrando pendiente colgado a su cuello este mismo frasco que yo llevo siempre conmigo del mismo modo que lo llevaba la mómia, y que contenia este licor en mas cantidad que ahora, porque he hecho algun uso de él en mis esperimentos y en algunos casos extremos en que me he visto obligado a emplearlo, pues lo economizo como mi mas grande tesoro, porque la esperiencia me ha demostrado que prolonga la vida hasta donde lo permite la naturaleza, haciendo que muera el enfermo sin angustia, casi sin agonía.

—¡Es posible!

—Sí, señora, y vine a conocer su efecto por esperiencia propia, del modo siguiente: Creyendo que este licor sería alguna bebida embriagadora del uso del indio, ¡la destapé y olí con precaucion, en seguida la acerqué a mis labios y puse en mi lengua una pequeña dosis, como la de una cucharadita de té, que tomé sin repugnancia, porque no tenía mal gusto. Poco rato despues sentí una fuerte traspiracion en todo mi cuerpo y una especie de embriaguez que sin hacerme perder la razon me adormecia dulcemente, casi podría decirlo, deliciosamente. A pesar de este sopor, que no perturbaba mis sentidos, conocí que no era ya un licor el que habia bebido sino algun brevaje que talvez me iba a dar la muerte dejándome en el mismo estado que la momia, y le confieso a usted la verdad, tuve miedo; pero el adormecimiento seguia gradualmente hasta que ya no tuve conciencia de mi ser. Yo no sé cuánto tiempo permaneceria en ese estado, pero lo cierto del caso es que fuí despertando poco a poco y que al fin desapareció completamente aquel adormecimiento y pude levantarme con la cabeza tan fresca y tan serena, con la imaginacion tan viva como si no hubiera hecho otra cosa que dormir el mas apacible sueño, con la diferencia que cuando tomé aquellas gotas eran las doce del

dia, pues acababa de dar cuerda a mi reloj; y cuando desperté estaba ya el sol en su ocaso, lo que me hizo presumir al principio que mi letargo habia durado como unas seis horas; pero cuando eché mano a mi reloj para cerciorarme con exactitud del tiempo transcurrido ví con sorpresa que se hallaba parado, lo cual me hizo presumir que el sueño habia sido mas prolongado, y para cerciorarme di nuevamente cuerda al reloj viendo que no se habia parado por un accidente o por defecto de la máquina sino porque estaba realmente en otro dia, convenciéndome completamente por pregunta que hice a los campesinos.

Desde ese momento, señora, guardé este elíxir como un verdadero tesoro y por el ensayo que hice despues en animales y aun en hombres, he aprendido a aplicarlo segun el caso, consistiendo la diferencia de sus efectos en la cantidad suministrada: hé aquí, señora, la historia natural y sencilla de este milagroso remedio, en cuyo descubrimiento he gastado gran parte de mis últimos años sin poder fabricar uno igual; y esta contraccion constante me ha hecho adquirir práctica y científicamente algunos conocimientos en química, en física, en botánica, en ineralojía, hasta el punto que he llegado a obtener resultados desconocidos todavia y que acopio prolijamente para que sirvan a mis semejantes.

—Lo que usted me dice es prodijioso; es como uno de esos cuentos de *Las mil y una noches*.

—Y sin embargo, señora, usted ha visto los utensilios que usaba ese salvaje científico, ese indio católico, puesto que tenia en su gruta la *Imitacion de Cristo*, ese guerrero indómito, puesto que conservaba su carcas, su arco, sus flechas, a la vez que una hermosa y cortante espada toledana.

—De veras, Guzman, y tambien Luisa y Enrique han visto y admirado esa mómia.

—A quien yo respeto y reverencio, señora, porque el espíritu que ocupó ese cuerpo debió ser un grande espíritu, pues él me ha proporcionado y me ha hecho adquirir, por

el estudio que me he visto obligado a emprender para llegar hasta donde él, los medios de aliviar y de ser útil en parte a mis semejantes.

—De manera, amigo mio, que usted va a gastar conmigo una parte de su tesoro.

—Todo si es necesario, señora; pues dando con gusto mi vida por salvarla, ¿cómo no habia de dar mi redoma! Y sin embargo, cada gota de ella tiene para mí mas valor que el mas grueso brillante.

—Gracias, Guzman, espero que usted no la consuma completamente; y doña Juana con esa familiaridad noble, sencilla y digna que distingue a la gran señora se apoderó de una de las manos del solitario que estrechó entre las suyas suavemente, de la misma manera que se hubiera apoderado de la mano de su querido Eduardo, diciéndole en seguida:

—¿Pero a pesar de lo milagroso de su medicamento, él no puede dar la vida?

—No hai nada, señora, que pueda contrariar las leyes de la naturaleza. La vida, como la muerte son misterios impenetrables; proceden de causas desconocidas y no sabemos si lo uno es lo otro o si ambas no son mas que una misma e idéntica cosa.

—Lo que quiere decir que usted no sabe si la vida es muerte o la muerte es vida.

—Justamente, señora: yo veo en todo y por todo una transformacion constante.

—¡Los filósofos! Los filósofos! No tienen mas que la duda, la incertidumbre, el caos, la nada.

III.

Un golpe suave en la puerta del dormitorio se dejó oír y la señora dijo, como de costumbre: ¿qué hai? ¿Quién es? Pase usted adelante.

Doña Juana suponía que debian ser personas de confianza.

Doña Porfira apareció acompañada de su hijo.

El solitario reconoció en el acto a la esposa del hombre que habia causado la desgracia de Eduardo y a quien él habia muerto en leal combate; porque doña Porfira, a pesar del trascurso de los años, conservaba aun cierta frescura en sus atractivos de otro tiempo, atractivos que por medio del cuidado y de las comodidades de la vida, no se habian marchitado en el grado que debia esperarse. Por otra parte, la fisonomia del hijo, su estatura, sus modales, etc., eran completamente idénticos a los del padre; así es que era imposible equivocarse.

El solitario, con esa galanteria del hombre de sociedad que jamas se olvida, aun cuando se haya permanecido por mucho tiempo ajeno a ella, con esa galanteria, decimos, se paró para recibirlos, pero antes dijo a doña Juana de manera a no ser oido:

—No me llame usted por mi nombre.

Este incidente habia interrumpido la conversacion que tenian pocos momentos antes y que el anciano esperaba llevar a un desenlace feliz, porque suponía que el principio de ella auguraba buen éxito, de manera que quedó sumamente desagradado con las visitas.

Doña Juana presentó al solitario a doña Porfira y a su hijo nombrándolo nada mas que con el título de un antiguo amigo suyo.

El coronel se inclinó con cortesania, pero sin ir mas adelante, haciéndose desentendido del movimiento que habia hecho doña Porfira para darle la mano, porque talvez en su franqueza la habria rehusado si se la hubieran presentado de una manera mas ostensible.

Don Toribio de Guzman examinó detenidamente a la madre y al hijo y creyó encontrar en el último el mismo hombre que habia visto en aquella misma casa hacia diez y seis o dieziocho años. Respecto a doña Porfira ya hemos dicho que habia mudado tan poco que la habria reconocido en el acto.

Durante los primeros momentos de conversacion, el solitario no tomó la menor parte, sin siquiera abrió sus labios; pero se quedó en su lugar esperando solamente el tiempo exigido por la etiqueta para retirarse; así es que cuando creyó que no faltaba a la política, se despidió dando solamente la mano a la dueño de casa.

—¿Qué hombre este tan adusto, amiga mia? dijo doña Perfira a doña Juana cuando lo vió partir.

—Ya te he dicho que es un antiguo amigo mio.

—Parece un misántropo: ¿qué nombre tiene?

—Ha llegado hace poco, ayer no mas y quiere guardar el incógnito.

—¿Que es algun jefe de partido, algun aspirante, algun revolucionario?

—No se ocupa de política.

—¿Es acaso algun filósofo? Al menos tiene las apariencias.

—Has acertado.

—¡Filósofo en estos tiempos! Mas valiera ser saltimbanque; porque la filosofia no da plata ni a nada conduce; mientras que lo otro es una profesion que en ocasiones es mui lucrativa.

A doña Juana le incomodó esta reflexion, pero tuvo la prudencia de no contestar.

Doña Perfira insistió en su observacion diciendo:

—Mé parece que a tí te agrada la profesion de filosofia, porque lo recibes con intimidad y familiarmente.

—Es un hombre a quien debemos muchísimos favores.

—O que él te los debe a tí, porque esta clase de pájaros jamas tienen un centavo, y se allegan y adulan a las personas ricas para alcanzar un plato con que matar su hambre o alguna pequeña propina que les dé lo suficiente para vivir cual bestias salvajes en un apartado rincon, así como Diógenes en su tinaja; y estos son los mas moderados o que al menos ocultan el desmesurado orgullo que los roe interiormente; pues hai otros mucho mas perniciosos y mas majade.

ros, que hablan muchísimo con tono majistral; que se injieren en la política, que andan por las calles y paseos con una marcha mesurada y un aire grave, como diciendo aquí estoi yo, aquí va el Mesías; que encuentran todo malo, menos lo que ellos dicen, lo que ellos piensan, lo que ellos escriben, que no hallan nadie que los comprenda y quien los admire lo bastante, porque toda admiración es poca para ellos; que miran desde la trípode que se han forjado allá en su caletre, de alto a bajo a todos los hombres; que se creen profundos e infalibles en religión, en política, en literatura, en artes, en ciencias y en qué se yo qué; en fin, que no quieren a nadie, que no hacen bien a nadie y que solo se ocupan en contemplarse a sí mismos, en hablar de sí mismos, en estasiarse de sí mismos.

Doña Juana no pudo menos de reirse y de reirse con ganas al oír la crítica mordaz de doña Porfira, y le dijo:

—Parece que no eres mai partidaria de los filósofos.

—¡Partidaria! Huyo de ellos como de la peste.

—Pues, amiga mia, yo tengo una opinión contraria, porque el único que he conocido, el caballero que acaba de salir, es todo lo opuesto al cuadro que tú has trazado; porque él lo sabe todo, y jamas dice nada; él no habla de sí mismo, sino de los otros; él no se engrandece, sino que engrandece a los demas; él cree que nada sabe, y donde encuentra el talento lo admira y elojia; él ignora su mérito, para reconocer el mérito de los otros; él se olvida siempre de su yo para tener en la memoria los yoes ajenos; él se cree talvez el último de los hombres, pues sirve, considera, estima, alivia, favorece al que se le presenta; él compadece al criminal, disculpa las flaquezas humanas, tiene indulgencia por las debilidades del prójimo, perdona a sus enemigos, habla bien de todos y solo es severo consigo mismo.

—Tú me pintas un santo y no un filósofo.

—Mi amigo es las dos cosas a la vez.

—Sin embargo, su fisionomia revela dureza.

—Sí, está sujeto en algunas ocasiones, pero esto sucede con mucha rareza, a experimentar cierta amargura que aparece en sus facciones, pero luego cambia y se domina.

—A pesar de lo que me dices, no lo he encontrado simpático a primera vista.

—Talvez; no todos tenemos la misma manera de ver y de pensar.

Y doña Juana, cortando así la conversacion, dijo en su interior: "Debe existir algo en los hombres que se revela a su pesar. La repulsion instintiva debe provenir de que cuando se encuentran el bien con el mal, se rechazan, no pudiendo por sus naturalezas distintas asimilarse ni ponerse en contacto.

Esta era la verdad, y el raciocinio de doña Juana era verdadero.

La madre de Guillermo dió la última mano al proyectado enlace, arreglando definitivamente todas las condiciones para que no hubiera lugar, ni por una ni por otra parte, a iniciar un juicio, aun en caso que hubiera, marchando el tiempo, alguna discordia entre los esposos, quedando por mútuo convenio separada y reconocida la fortuna de cada uno, de la cual, podian disfrutar libremente sin intervencion de parte del marido, sin que pudiera comprometerla, usufructuarla ni enajenarla bajo ningún aspecto.

Doña Porfira y Guillermo habian accedido, porque en realidad temian las consecuencias de un pleito que los privara por completo de la fortuna; mientras que así, aun cuando habian hecho conceciones de alguna parte de los bienes de que ellos estaban actualmente en posesion, sin embargo, aseguraban el resto; y valia mas para ellos, aparentando generosidad y desprendimiento, quedar seguros y ser legítimamente dueños de lo que les dejaban, que era mui considerable.

Doña Juana, fatigada con esta larga conversacion sobre intereses, conversacion que le era penosa y que solo la so-

portaba porque la creía indispensable, hizo nuevamente llamar al solitario y a su hija, tan luego como se despidió doña Porfiria, para solazarse un tanto con aquellas dos personas que le eran tan queridas previniéndoles que no se trataría en ese día de ningún asunto matrimonial, porque ella misma le desagradaba.

La conversación principal entre aquellas tres personas, rodó entonces sobre un asunto que les interesaba vivamente a todos ellos, salvo ciertos grados, es decir, ciertas clases de interés, pues se ocuparon casi exclusivamente de la familia Lopez, de la prision de Enrique y de los medios de que podría echarse mano para salvarlo.

El solitario aprovechó esta oportunidad para hacer valer ante los ojos de la señora las sobresalientes cualidades de Enrique y aun se aventuró a decir que haría la felicidad de cualquier señorita.

Doña Juana, sin disminuir en nada las prendas del joven obrero y por el contrario encomendándolas muchísimo, se limitó a decir:

—¡Qué lástima que Enrique no pertenezca a la aristocracia!

Esta exclamacion ponía de manifiesto su bondad, su afecto por el hermano de Mercedes, pero al mismo tiempo sus intransijibles ideas de nobleza que era imposible combatir, particularmente en aquellos momentos en que parece que el individuo se aferra mas que nunca a sus creencias, cualesquiera que sean ellas, porque son esos últimos momentos de la vida los que se asimilan mas con la educacion recibida, sucediendo muchas veces que, a pesar de haber adoptado otras ideas durante la mayor parte de nuestra existencia, volvemos a nuestros primitivos principios, volvemos a la infancia en los postreros momentos de nuestra transitoria carrera.

Por esta razon el solitario guardó silencio, sin contrariar en lo menor el pensamiento manifestado por la enferma, pero tambien sin apoyarlo.

Siguióse a esta conversacion un pequeño silencio, porque cada uno estaba impresionado a su manera, y tanto el anciano como Luisa no querian dar el menor motivo de disgusto a la noble paciente; ¡cómo podria hacerlo su hija! ¡cómo podria hacerlo su amigo, casi su hermano!

Era ya un poco entrada la noche. Doña Juana manifestó el deseo de recojerse, diciendo al solitario:

—Deme usted unas cuantas de sus milagrosas gotas para dormir tranquila y tener mañana una larga conferencia con usted, pues hoy hemos sido interrumpidos; y para que no suceda lo mismo, espero que usted tenga la bondad de presentarse a primera hora, es decir, tan luego como despierte.

El solitario se retiró, quedando Luisa a solas con doña Juana para ayudarla a desnudarse y para recibir las últimas caricias de aquella tierna madre, caricias que le servian de consuelo en sus sufrimientos, siendo el único placer de que gozaba en la vida, porque la afeccion, porque el amor, cualquiera que sea su naturaleza, todo lo endulza, todo lo allana y todo la ennoblece; razon, sin duda, por la que decía Jesucristo, cuando le preguntaban sus discípulos: “en qué reconoceremos a los nuestros? —En que se amen los unos a los otros.” Lección de un alcance social infinito, porque en pocas palabras está comprendido todo el perfeccionamiento humano, ya sea con relacion a la familia, ya al estado o ya a la especie en jeneral, pues los que se aman no se perjudican sino que se ayudan; no se tienen envidia sino que se tienen caridad, y sus relaciones son nobles, sinceras, desinteresadas, fecundas siempre en paz, en regocijo, en armonia, en felicidad.

Al siguiente dia, despues de la matinal visita de Luisa, que se encontraba constantemente presente al despertar de su madre, fué introducido el solitario al cuarto de doña Juana, que lo recibió con aquel placer que nace del cariño y que acrecienta, dirémoslo así, la esperanza de recibir un consuelo en los trances de angustia, y así le dijo:

—Sentí infinito, mi querido Guzman, que ayer fuésemos interrumpidos, porque, hablándole a usted con franqueza, me siento cada instante mas débil y creo que ha llegado el tiempo de no perder los cortos momentos que nos concede la Providencia. En tres dias mas, Guzman, es el aniversario de la muerte de Eduardo; y un presentimiento interior, presentimiento que llega al grado de una conviccion absoluta, me dice que ese tambien es mi término...

—Señora, es preciso no dar entero crédito a esas ideas fantásticas de una imaginacion exaltada.

—No, amigo mio; el alma suele tener sus anuncios, sus profecias infalibles: hai casos en que el espíritu llega a un grado tal de lucidez, que penetra en los arcanos del porvenir y que ve mas allá de lo que le es dado ver al hombre. ¿No tiene usted, Guzman, conocimiento de este raro fenómeno? ¿No ha presenciado, no ha sentido usted mismo, en algunas ocasiones, este poder del alma? Las profecias de algunos hombres, y particularmente de los padres de nuestra religion, deben sin duda tener su oríjen en esa dilatacion del espíritu, si es permitido espresarnos así, que traspasa los tiempos y el espacio y para la que no existen ni fechas ni lugares, sino que está presente en las pasadas como en las futuras edades, sino que ve todas las épocas en un solo instante, el pasado y el porvenir en un solo momento.

El solitario miró con asombro a doña Juana y guardó silencio.

—No se asuste usted, Guzman, dijo la noble matrona con una sonrisa de benevolencia; tenemos muchísimo tiempo. En tres dias puede hacerse mucho, y todo se hará.

—¿Pero no es posible, señora!

—Qué! ¿El filósofo es el que se muestra cobarde en el último trance? ¿Cuánto mas vale entonces la religion que la ciencia? Yo estoi serena, amigo mio, porque tengo confianza en la bondad y misericordia de Dios; porque sé que voi

a reunirme a mi Eduardo, y porque dejo asegurado el porvenir de mi hija.

—Ayer, señora, hablabamos sobre este último punto y siento decirle que diferimos en nuestro modo de ver.

—Puede ser, Guzman, pero espero que al fin quedaremos de acuerdo.

—Usted daba, señora, demasiada importancia a la fortuna, haciendo casi consistir en ella la felicidad.

—Ni tanto ni tampoco, amigo mio; pero la creo necesaria, casi indispensable por la manera de ser de Luisa.

—Y sin embargo, usted se equivoca: Luisa es una de esas almas que viven en una esfera mucho mas elevada. La vida de Luisa consiste únicamente en los afectos y en las ideas: el corazon y la intelijencia son su tolo. Para las almas vulgares, para las que nacen, crecen y mueren en los goces de la materia, para las que solo existen por la vanidad, por la ostentacion, por el qué dirán, para las que brillan por el lujo, para las que acatan y temen la opinion sin temer ni acatar los clamores de su conciencia, para las que piensan en festines, en saraos, en bailes, en paseos, en tertulias, para las que solo contemplan su estómago y se fijan en la magnificencia del traje, en la suntuosidad de los edificios, en el dorado de los muebles, en el brillo de los equipajes, en lo mulido del lecho, en lo que deleita los sentidos y agrada al cuerpo, para todas estas, confieso con usted, es indispensable la fortuna, pues sin ella la vida es un tormento continuado, un infierno verdadero; pero Luisa puede vivir sin ella o con ella; le es indiferente, porque será grande, poética, elevada, ideal, vaporosa, diáfana, como usted dice, en un palacio o en una choza, en medio del refinamiento del lujo o en la desnudez de la pobreza; no proviniendo su mérito de la mayor o menor porcion de fortuna que posea, sino de la escelencia de sus cualidades, de la nobleza de sus pensamientos, de la santidad de sus actos. Luisa, señora, es independiente, no por el hecho de tener fortuna, sino porque

no la necesita; su libertad de acción no consiste en la mayor o menor cantidad de pesos con que cuente, sino en el desprendimiento absoluto de su espíritu. Ahora por lo que respecta a la caridad que constituye su mayor goce, usted está muy equivocada, señora, en creer que es solo la fortuna quien la da y que solo con ella se ejerce; la caridad, amiga mía, está en el alma y no en los talegos y puede practicarse en todas las condiciones del individuo, pues no se necesita del dinero para satisfacer plenamente esta aspiración santa. Ya usted ve, pues, que la riqueza no es para su hija un elemento sin el cual pierda el brillo de sus cualidades, el perfume sus virtudes. Luisa será ideal, vaporosa, poética, cualquiera que sea la esfera en que se halle colocada, porque es virtuosa y la virtud no es el obligado patrimonio de la fortuna, sino que la pueden poseer sin excepción alguna todos los seres, y el tiempo llegará en que vivamos todos en esa atmósfera de luz; en que respiremos todos ese ambiente delicioso, siempre nuevo, siempre fresco, siempre agradable...

—Usted me complace a la vez que me persuade, Guzman. Yo comprendo que hai seres tan elevados que lleguen a ser superiores a esos accidentes de la fortuna y tanto mas lo comprendo cuanto que lo veo y lo palpo, porque así es usted y así habrán sido y serán los santos; pero yo no he llegado a ese grado de desprendimiento, querido Guzman, se lo confieso no podría resolverme a vivir en la pobreza.

—Así le parece a usted, señora, pero llegado el caso usted sería feliz en esa condición humilde como lo ha sido en la opulencia. Tal vez será necesario romper con algunos hábitos y esto es mas o menos doloroso, pero al fin uno se habitúa y la calma se restablece, cuando se tiene como usted bondad y nobleza en las ideas y en los sentimientos; pero cuando nuestra existencia se hace consistir únicamente en la vanidad, en el lujo, en el deleite exclusivo del cuerpo,

entonces sí que es insoportable la pobreza; pero esto depende, como usted misma debe juzgarlo, de falta de elevación en el alma del individuo.

—Así es, Guzman, así es; y yo soy la equivocada; yo he dado más importancia a la riqueza de la que en realidad merece; pero, como le he dicho antes, no es esto solo lo que me ha determinado a llevar a cabo el matrimonio de Luisa con Guillermo, sino consideraciones de un orden superior.

—Vamos, amiga mía: pues yo, por mi parte no alcanzo a penetrar ese misterio, sino que por el contrario, hallo en lo sucedido motivos para que nunca llegara a realizarse tal unión; porque usted no ignora los males que esa familia ha ocasionado a la suya.

—Así es, Guzman: aunque a decir a usted verdad, Eduardo siempre fué reservado conmigo sobre este particular.

—¡Pobre amigo mío! exclamó el solitario vertiendo lágrimas, pues comprendió la magnanimidad de aquel hombre que, sin duda por no darle mayores penas a su esposa, ocultó toda la amargura de su corazón, llevándose al sepulcro sus secretos.

—Hace usted bien de llorarlo, Guzman, pues a pesar del trascurso del tiempo, no ha pasado casi un solo día de mi vida que yo no lo haya recordado con igual sentimiento. ¡Qué alma! ¡Cómo me agrada el haber sido su esposa! Cómo me deleita el pensamiento que dentro de tres días estaré unida a él... Pero continuemos nuestra conversación sobre Luisa, que es el primero y el último, el más agradable y el más penoso asunto sobre el cual debo ocuparme.

—Sí, prosigamos para tomar una deliberación justa, razonada y que prepare la felicidad de esa inimitable niña.

—Echando a un lado las consideraciones de fortuna, tengo que tomar en cuenta las consideraciones de honra por mi querida hermana, por mi respetable familia, que ha gozado, y con justicia, de la consideración universal, porque

ninguno de nuestros antepasados se ha manchado con una falta.

—Nada mas justo que conservar incólume el nombre de nuestros padres.

—Pues bien, amigo mio, si no se hace el matrimonio que tengo decidido, la reputacion de mi hermana sufrirá y con ella la reputacion de toda mi familia incluso Luisa.

—Y cómo?

—Usted no ignora, Guzman; usted que quiso a mi hermana; usted no ignora, pues, una historia antigua en la que ha tomado usted tambien un rol nada secundario.

—Comprendo, señora. Y el solitario se pasó la mano por su ancha frente para secar el sudor que brotaba de ella al evocar aquellos recuerdos.

Doña Juana continuó:

—Hubo una especie de testamento, una concesion o una donacion, como quiera llamarse, que mi hermana hizo en favor del padre de Guillermo, de los bienes que poseia, dejándonos a nosotros una parte como usufructuarios solamente; y aun cuando no sea este interes el móvil de mis acciones, debo evitar todo aquello que pueda herir o manchar en lo mas mínimo la reputacion de la monja; y como es natural que la Porfira o su hijo, para apoderarse de la totalidad de la fortuna, establezcan un pleito contra Luisa; y como en ese pleito deben recitarse los hechos, deseo que se guarde completo silencio, silencio que no se romperá con este enlace, del que he sacado condiciones tan favorables para mi hija, como no me había lisonjeado de obtenerlas.

—¿Pero cómo puede usted empeñarse por unir a Luisa con el hijo de un hombre que ha esplotado en su favor el error, con el hijo de una persona que los ha perjudicado atrozmente! ¿Quiere usted acaso premiar al vicio y sancionar con su aquiescencia el crimen cometido?

—¿Por qué han de responder los hijos de las acciones de los padres? ¿Qué culpa tiene el jóven Guillermo de lo que

hizo el autor de sus dias? Por otra parte, ¿cómo piensa usted que yo deje espuesto el honor de mi hermana? ¿Me aconsejaria usted que cometiese tal falta? ¿No seria usted mismo capaz de hacer un sacrificio por salvar su reputacion, la mia, la de toda una familia? Respóndame, Guzman.

—Sí, señora; seria capaz de hacer hasta un imposible por tal de que quedase siempre intacta la reputacion de ustedes, y veo ahora la heroicidad del sacrificio. ¿Pero no se podria evitar todo esto?

—No; yo lo he pensado mucho, muchísimo y no he encontrado otra salida, asi es que he resuelto. Ya usted ve, amigo mio, que no es el interes del dinero el que me guia, sino el deseo y el deber en que estoi de salvar el honor a mi infortunada hermana.

—¿Qué desgracia! qué abismo de males!

—¿Dónde los ve usted, Guzman? Comprendo que a usted le disguste este enlace, como me sucedia a mí; pero, ¿deja por esto de ser indispensable? ¿No se evitan con él mayores desgracias? Ademas, Guzman, ¿no debemos acaso perdonar? ¿Seria propio en el alma de un cristiano que conservase el rencor hasta su muerte? Yo he perdonado, Guzman, para que Dios me perdone y para que lo perdone a usted mismo; pues usted cortó mui temprano la existencia de aquel hombre; y si su accion puede ser aprobada por el mundo, si hasta yo esperimenté en aquellos tiempos gratitud hácia usted, gratitud que conservo todavia, sin embargo, ¿está usted seguro de la aprobacion de Dios, que es la que debemos buscar? Usted ha muerto al padre, Guzman; ¿no le parece preciso, necesario, indispensable indemnizar de algun modo al hijo?

El solitario agachó su cabeza como agoviado por el peso de sus reflexiones y al fin contestó:

—La prueba mas evidente de que he obrado mal, es que nunca me ha abandonado un amargo recuerdo allá en el fondo de mi conciencia y que no ha bastado el tiempo tras-

currido para borrarlo por completo; pero, señora, yo soy el que he cometido el delito y yo el que debo pagarlo; y sería un nuevo crimen, y talvez un crimen mayor si consintiera en que una paloma inmaculada se sacrificase, cual inocente víctima, en aras de mi falta. Yo no puedo ni debo permitir que Luisa consuma el sacrificio; que se haga para siempre desgraciada, que se inmole en provecho mío: esto, lejos de disminuir mis remordimientos, los agravaría mas, mucho mas.

—Basta, Guzman, basta. En caso que ese acto de su vida, de que usted se arrepiente todavia fuese malo, nosotros tenemos en él la mayor parte, porque fué por nosotros que usted lo cometió; de consiguiente, estamos mas que usted obligadas a repararla de algun modo.

—Yo lo reparare por mí mismo, señora. Yo iré donde el hijo y donde la esposa a decirles: "Aquí teneis al que os arrebató al ser que mas queriais; vengo a pagar mi deuda, haced de mí lo que os parezca; pero no sacrifiqueis al que no debe ser sacrificado, no inmoleis a Luisa."

—No, Guzman, no le permito a usted dar este paso, porque a nada conduciria, pues el matrimonio se llevaria a efecto de todas maneras, porque he resuelto, amigo mio, salvar a toda costa el honor de mi hermana, que es el mio, que es el de mis padres, el de mi marido, el de mi hija; y si he recordado su accion no ha sido con el fin de renovar su dolor, porque esto seria renovar tambien el mio, sino para que, compadeciéndose del hijo por la espiacion del padre, aceptase usted con mejor voluntad este enlace.

—Pero, señora, yo soy el que debo ser castigado y no Luisa.

—¿Considera usted acaso el matrimonio proyectado como un mal? Y en caso que lo fuera, el sentimiento seria momentáneo y de ninguna manera equivalente a las desgracias que se orijinarian no haciéndolo. Ahora, por lo que hace al castigo de su falta, como usted la llama, no es Luisa la víc-

tima espiatoria, porque habríamos venido a parar al mismo resultado, aunque usted no se hubiera batido con el padre de Guillermo. Por otra parte, una vida como la suya, consagrada exclusivamente al bien de sus semejantes, llena de abnegacion y de sacrificio, debiera haber borrado hasta el último vestigio de una accion que no habria talvez un solo hombre que en su mismo lugar no hubiera cometido. Usted, mi querido amigo, ha recibido ya muchas pruebas de la Providencia, que le han demostrado claramente el perdón, aguardándole mas tarde la gloria reservada al justo; y no tenga usted de ello la menor duda, porque yo lo siento y se lo digo, y usted sabe que cuando se está ya en los umbrales de la eternidad uno ve mucho mas lejos en la mansion de los espíritus y en los fallos de Dios.

La voz de doña Juana tenia algo de profético, algo de sobrenatural, y el solitario sentia como un respeto religioso por aquella amiga que lo consolaba y por cuyos labios recibia quizá el perdón de Dios. Otro sentimiento obraba tambien en él para no contrariar la voluntad decidida de la noble enferma, y era el encargo de Luisa, que le habia dicho que bajo ningun pretesto revelase a su madre el estado dolorido de su alma, porque esto seria causarle sentimientos de que queria ahorrarla, cualesquiera que fueran las desgracias que le sobreviniesen a ella, de manera que el anciano guardaba silencio, derramando abundantes lágrimas al pensar en el sacrificio infinito, superior casi a la naturaleza humana, que se habia impuesto Luisa y cuya magnitud solo él conocia, porque solo él sabia el amor tan inmenso como invariable que aquella niña albergaba en su corazon.

Doña Juana, equivocada sobre la causa que motivaba las lágrimas del solitario y creyéndolas que fuesen el resultado del pesar que le causara la proximidad de su muerte, le tomó una mano, diciéndole con acento cariñoso aunque melancólico:

—Valor, amigo mio, nada tiene de terrible este lance

cuando nada existe en nuestro interior que nos haga temer la presencia de Dios, sino que por el contrario, todo nos dice que seremos recibidos benignamente.

—Veo con placer, amiga mía, que ya usted ha entrado al reino de los cielos, porque trata de consolar a los que estamos todavía en la tierra.

—Aun tengo que pedirle otro favor antes que nos separemos.

—Ordene usted con la seguridad de que en todo será puntualmente obedecida.

—Lo sé, Guzman, y aunque mi encargo será doloroso lo cumplirá usted. Ya es tiempo, amigo mío, que Luisa no mantenga por mas tiempo la ilusion de que puede salvarme o que mi fin no está tan cercano. Yo misma he contribuido a mantenerla en esta duda para ir la acostumbrando poco a poco al dolor; pero engañarla ya, seria hacerle mas sensible mi separacion; así es, Guzman, que le recomiendo a usted el que la prepare al trance para que no le tome de improviso; y como esta es una cuestion delicada y que yo no tendria fuerzas para abordarla, es preciso que usted me desempeñe y que emplee todo su tacto, toda la finura de su espíritu y de su cariño para con mi adorada hija ¡que Dios sabe cuánto me cuesta dejar!...

Y como si doña Juana tuviera necesidad de apelar a un recurso divino para amortiguar su dolor humano, tomó entre sus manos un pequeño crucifijo de marfil con incrustaciones de oro que tenia a su cabecera y lo besó repetidas veces... y aquella imájen que viene consolando a la humanidad hace ya diezinueve siglos, que alivia todos los sufrimientos, que trasforma en placer todos los dolores, que convierte en alegria todas las angustias cuando se le llama o se le invoca, aquella imájen fué el mejor y mas eficaz remedio para doña Juana, porque despues de un momento de meditacion o de silenciosa plegaria, volvió la cara risueña y satisfecha hácia su amigo, diciéndole:

—Ya no sufro, Guzman; mis pesares de hace un momento los ha disipado el Señor, llenando mi alma de celestial consuelo... ¡Qué dicha tan inefable da la creencia en Dios, la persuasión absoluta de que estamos con EL; que vivimos por EL, que vamos hacia EL! ¡Cómo puede haber hombres que pongan en duda la existencia de un Ser Supremo, privándose de la dicha mayor, del alivio mas eficaz que pueda sentirse en los vaivenes y tormentas de la vida, en la borrasca tenebrosa de la muerte!..

—Así es, hija mia, así es: la creencia en Dios, la esperanza en Dios, la fé en Dios, hace que nuestro pensamiento tome un vuelo infinito, que se levante hasta las rejiones inconmensurables de la eternidad, que se desprenda de la vida terrestre para subir hasta los cielos, que se engolfe en los mares de la contemplacion y de la plegaria, que se arrobe en la abstraccion, que penetre en los misterios de todo cuanto nos rodea, aun cuando no lo vea, aun cuando no los defina: especie de intuicion que nos concede Dios por el hecho solo de creer en Dios y que es mas o menos luminosa, mas o menos clara segun esa nuestra fé, mayor o menor segun idealicemos o materialicemos al Hacedor, segun le rindamos un culto mas o menos espiritual, mas o menos conforme a su divina esencia.

—¡Guzman! ¡Qué bien hizo usted en venir, amigo mio! ¡Cómo me siento fuerte y feliz a su lado! Cómo su conversacion me alivia y me encanta! ¡Quiere que le diga a usted una cosa? Usted es para mí mas que un sacerdote, mas que un confesor, mas que un ángel, porque reúne todo esto, porque ejerce conmigo todas estas funciones, siendo a la vez mi padre, mi hermano, mi amigo, mi médico... ¡Ah! Cuánto habria deseado que mi Luisa se hubiera encontrado presente a nuestra conversacion para que oyendo sus palabras hubiera sido testigo de mi serenidad! Así ella sufriría menos.

—Yo me encargo de referírselo, señora, y este será el mejor medio de prepararla.

— ¡Con que estamos en todo de acuerdo, Garman?

— Usted me ha vencido.

— Me alegro, amigo, me alegro por ella, por usted, por mí.

El solitario iba a replicar, pero se contuvo: tenía el compromiso solemne de no contrariar los deseos de la señora, de no revelar el martirio por que pasaba Luisa, y se retiró del dormitorio diciendo que se iba a conferenciar con ella. Luisa, hacia tiempo, en efecto, que lo esperaba con triste y penosa ansiedad, y cuando lo vió aparecer, corrió hacia él preguntándole primero por la salud de su madre antes que averiguar lo que se habia resuelto respecto a ella.

VI.

El anciano, sin esfuerzo alguno, tomó el aire grave y dulce que reclamaban las circunstancias, es decir, la solemnidad que acompaña a la proximidad de la muerte y a la proximidad del matrimonio que en muchas ocasiones es mas terrible y causa mas desesperacion que ese último trance, por el que tenemos todos que pasar algun día, e hizo presente a Luisa todo el abismo de su desgracia; pero su palabra revelaba tanto sentimiento como consuelo, tanta resignacion, tanta filosofia, tanta moral relijiosa y sublime, que Luisa, en lo profundo de su angustia, experimentaba algun alivio, pareciéndole oír la voz de un santo, la voz de un profeta, la voz de Dios...

Luisa dijo al solitario: "Acompañeme usted: quiero ver a mi madre, quiero ahogarme en el dolor para sacar faerzas del dolor mismo, pues me parece que en la afliccion hallo mi consuelo. Vamos...

Y Luisa tomó de la mano al solitario y se encaminó, al parecer serena, al cuarto de su madre. Quien la hubiera visto en ese momento la habria tomado por una aparicion:

tal era el arrobamiento que se manifestaba en aquel semblante.

Al penetrar en el dormitorio, doña Juana comprendiendo lo que pasaba en el alma de su hija, le abrió los brazos para estrecharla en su seno, Luisa, sin precipitación, sin pronunciar una sola palabra, llegó donde su madre que solo había tenido fuerzas para hacer esa demostración y no para hablar, y las dos permanecieron unidas sin llamarse por sus nombres, sin siquiera acariciarse: tenían ambas la inmovilidad y la blancura del mármol. La intensidad del dolor les había privado de la acción misma del dolor: era el parálisis de la congoja.

Luisa, haciendo talvez un esfuerzo sobrehumano, se desprendió de los brazos de su madre, sentóse a su lado y le dijo con resignado acento:

—Si Dios quiere que nos separemos, debemos acatar su voluntad encontrando en ella un lenitivo para la desgracia, en vez de martirizarnos con una desesperación impotente.

—Tienes razón, hija mía, y me agrada tanto como me consuela verte fuerte y resignada. Ya llegará el día en que nos juntemos todos para no separarnos nunca.

El solitario, con sus brazos cruzados sobre el pecho, permanecía a la distancia contemplando aquel cuadro que revelaba valor y ternura, abnegación y angustia.

—Ahora, Luisa, dime ¿qué es lo que piensas sobre el proyectado matrimonio? Te resuelves a cumplir con mi voluntad?

—No tan solo me resuelvo, madre mía, sino que tengo gusto en cumplirla.

—¿Pero no haces ningún sacrificio?

—¿Cómo puede haber sacrificio cuando se llena el más sagrado deber.

—Yo sé que en la obediencia encuentras tu dicha; pero lo que deseo saber es si no te hace sufrir este enlace.

—Al contrario, él me hace gozar.

Y la joven, en la exaltación de su amor filial, decía la verdad, porque lo sentía así; en el exceso de su dolor, en lo grande de su sacrificio, encontraba el mayor mérito, y esto la hacía feliz; tales son siempre los efectos de la virtud.

—Está bien, hija mía, pero dejaremos esto para el último, porque quiero poseerte toda entera mientras yo viva.

—El mismo deseo tengo yo, y ojalá este estado se perpetuara eternamente.

—Imposible! tu padre me llama y quiero unirme a tu padre.

—Dichoso él, madre mía, y dichosa usted; pero ya también soy feliz con la dicha de ambos!

Cefarina anunció en ese momento que doña Porfira y su hijo deseaban ver a la señora; y doña Juana dió orden, no sin disgusto, de que pasasen adelante, porque hubiera preferido permanecer a solas con su hija y con su amigo.

La madre de Guillermo, conociendo la gravedad en que se encontraba doña Juana y para manifestarle todo el interés que tomaba por ella, le propuso que desde ese día se quedaria en casa, para acompañarla y acompañar a Luisa, pues podía serles útil en algo.

Doña Juana le dió las gracias sin aceptar la oferta, diciéndole que no tomando ya medicamentos, necesitaba de muy poca asistencia, bastándole Luisa y Cefarina.

—Pero esta pobre niña, contestó doña Porfira, de naturaleza tan delicada, puede enfermarse con tanta mala noche, mientras que quedándome yo nos alternaríamos; y miró a Luisa con un aire de bondadosa solicitud como diciéndole: “Ya ves cuanto me intereso por ti”.

La acongojada niña respondió, con esa calma triste que manifiesta una resolución invariable.

—Seria un sacrificio inútil, señora, pues en lugar de mortificarme, experimentaré un placer en estar el mayor tiempo posible con mi mamá; así es que si me privara de algunos momentos me causaria mal en vez de hacerme bien.

—No quiero insistir, porque comprendo y aprecio el sentimiento que te guía; pero al menos sería conveniente que se quedara Guillermo para lo que pueda suceder de improviso.

—Tampoco, señora, porque todo está previsto y a la mano; y si algo de extraordinario sucediera, tenemos tantos sirvientes de que echar mano!

—Nunca, hija mía, los criados desempeñan tan bien lo que se les encarga como una persona interesada, como una persona de la familia; o de no, que lo diga mi amiga: quieres, Juanita, que se quede Guillermo?

—No hai necesidad, amiga mía, te lo aseguro; sin esto aceptaria, aun cuando soi enemiga de que por mí se incomoden en lo menor o hagan el mas ligero sacrificio.

—Tú comprendes que entre nosotros no puede haber ni incomodidad ni sacrificio y que Guillermo tendria mucho gusto en ser útil.

—Asi lo creo, pero ya te he dicho que sería pensionarse en vano.

—Lo que es pension para mí, señora, dijo Guillermo; tomando parte en la conversacion, es que no se me ocupe en nada.

—De todas maneras se lo agradezco, contestó doña Juana; pero hablemos de otra cosa que creo interesará mas a usted: mi hija ha dado su consentimiento.

—¡Es posible señora! Si la señorita Luisa ha accedido a mi súplica sin que haya intervenido el mandato de usted, puedo decir que soi el mas feliz de los hombres.

Y Guillermo dirigió a la jóven una mirada tierna y suplicante que revelaba esperanza, gratitud y amor.

Luisa, blanca como un lirio, a causa de la palidez de su rostro, tuvo que apoyarse en el brazo del solitario para no caer desmayada; pero sobreponiéndose a su dolor, por un esfuerzo soberano de voluntad, propia de aquella alma enérgica, que sacaba valor del sacrificio, se recuperó en el

acto y miró a su madre con inefable ternura y con una serenidad tal, que parecía que la determinación tomada estuviese en perfecta armonía con los deseos de su corazón.

Doña Juana, interpretando favorablemente la mirada de su hija, contestó:

—No ha habido, amigo mío, mandato ni presión de mi parte, sino consejo.

—Este es lo que hace mi dicha, y yo trataré de ser acreedor a ella.

—Empéñese usted en hacerla feliz y yo se lo agradeceré desde el cielo.

—Oh! señora: el encargo es muy dulce y el cumplimiento muy suave y agradable.

Doña Porfira se paró de su asiento, y colocándose al lado de Luisa, le tomó una de sus manos, atrayéndola hacia sí para abrazarla.

Luisa dejóse acariciar, sin corresponder los cariños, pero sin deseecharlos. Casi no podía darse cuenta de lo que pasaba por ella; y sin embargo estaba en plena posesión de sus facultades, quizá estaban éstas ahora mas vivas que nunca, pero vivas para el dolor: triste condición de aquella virgen que por tantos títulos merecía ser feliz!...

—Comprendo, hija mía, dijo doña Porfira a Luisa, manteniéndola siempre abrazada; comprendo tu timidez y conozco todas esas delicadezas del pudor: sé que en la inocencia de niña, aun lo que se desea se teme: así me sucedió a mí, así les sucede a todas; pero esta impresión de un momento es muy pasajera y aun suele encontrarse en ella cierta delicia: lo desconocido tiene también su atractivo. Nuevos lazos, hija mía, crean nuevos afectos: tendrás un esposo y otra madre que te amen y a quien tú amarás: este es un ensanche del corazón, pues conservando los antiguos cariños se adquieren otros. Guillermo te hará feliz, estoy segura de ello, porque ya no es ligero como antes, y sin perder nada del brillo de sus cualidades, ha adquirido otros re-

so, cierta seriedad que les dá mas valor. Ya no piensa en las friyolidades del placer, sino que se ha consagrado enteramente a la política, carrera seria que ofrece un inmenso porvenir y que le abre un campo vasto a sus justas aspiraciones. Ya verás, hija querida, como en mui poco tiempo representarás el primer papel entre las señoras de Santiago. Serás la mas hermosa, la mas rica, la mas influyente, la mas codiciada. Te espera un porvenir lleno de encantos... Entrás en el mundo bajo los mas favorables auspicios: vas a ser mui dichosa...

Luisa guardaba el mas profundo silencio. Aquellas palabras la ofendian y aquellas caricias la desagradaban. Parecíale mui impropio que le hablaran de glorias y de felicidades en esos momentos: era una especie de profanación del lugar, un sarcasmo dirigido al dolor, casi una crueldad... Pero no replicó, no hizo el mas ligero ademán de aprobación o desaprobación, porque su madre la miraba y temia contrariarla; temia que traslujese lo que pasaba en su alma... era necesario que apurase hasta las últimas heces de aquel cáliz amargo... que se consumase el sacrificio...

La visita de doña Porfira se prolongó aquel dia mas de lo ordinario; pero al fin partió, y Luisa fué a refugiarse al seno de su madre, de su madre, causa involuntaria de su mayor desgracia, pero en la que encontraba todo su consuelo, en la que hallaba la única dulzura que pudiera aliviarla.

VII.

Los dos dias que precedieron al anunciado por doña Juana, es decir, al aniversario de la muerte de su marido, Luisa y el solitario no se apartaron un solo momento de la cabecera de la enferma, que, a medida que se acercaba la hora, parecia mas serena, comunicando su tranquilidad a las que la rodeaban: era la irradiación de la virtud, cuyos reflejos se extienden y penetran por todas partes, comunicando a

los demás el valor que en sí encierra: influencia divina que obrando sobre el alma de la moribunda obraba también en la de su hija y en la de su amigo, a tal punto, que en su inmenso dolor sentían la calma de los bienaventurados, la imperturbable tranquilidad de los justos.

El fatal día, el día anunciado llegó al fin, y doña Juana se hizo vestir por su hija con el mayor esmero, como si fuera a presentarse en sociedad o hacer la mas agradable visita, ordenando que le trajesen sus joyas, de las cuales tomó aquellas que le habían servido el día de su matrimonio, colocándose en uno de sus dedos el anillo de brillantes que Eduardo le diera en aquel aniversario de tan feliz memoria.

Luisa, llorosa pero valiente, había terminado su tarea; y abrazando tiernamente a su madre, le dijo con un acento lleno de melancólica ternura:

—¿Por qué no estoy yo en su lugar? Comprendo ahora que la muerte puede llegar a ser una felicidad: ir a unirse con lo que se ha amado es el colmo de la dicha.

—¿Me envidias, picarona? Pues bien, prefiero que me envidies a que te entristezcas, porque así no te será tan sensible nuestra separación momentánea. Ya te llegará también a tí tu turno y experimentarás lo que yo experimento, y serás tan feliz como yo soy.

—Sí, feliz!... cuando vaya a reunirme en la mansión eterna con usted y mi padre!...

—También habrás amado a otros, y ellos te se reunirán a tí y tú te reunirás a ellos y a nosotros; porque tú y los que has amado formaremos una sola familia, haremos quizá un solo grupo.

—Dios lo quiera! Y la imaginación de Luisa voló a una parte distinta de aquella en que se había fijado la de doña Juana: ésta pensaba en Guillermo, la otra pensaba en Enrique.

—Hija mía, ya que hemos conseguido tú y yo serenar nuestro espíritu en medio de nuestra aflicción; ya que ha

llegado el último día de mi vida sin tribulaciones mayores para ti y para mí; ya que Dios nos ha acordado el inmenso beneficio de la resignación; ya que podemos mirar de frente el término, demos la última mano a la obra, dejemos completamente concluida nuestra tarea y habré conseguido llenar mi misión en la tierra.

—Lo que usted ordene, madre mía, se cumplirá.

—Bien, hija mía; hoy se efectuará tu matrimonio.

Luisa bajó la cabeza en señal de obediencia y también para ocultar su turbación.

Convenido ya el matrimonio para ese día, llegaron a la hora fijada doña Porfira y Guillermo y fueron introducidos al dormitorio de doña Juana, donde se hallaba ya un sacerdote, Luisa y el solitario.

Las espesas cortinas de las puertas y de las ventanas, impidiendo que penetrase la claridad o amortiguándola considerablemente, daban a aquella pieza un aspecto severo y triste, a lo que contribuía no poco la antigüedad de los muebles, que, como ya sabemos, habían pertenecido a sus antepasados y que ella había conservado como un respetuoso recuerdo, pues lo único moderno que había en aquel departamento era una cómoda poltrona en la que regularmente descansaba doña Juana y rezaba sus devociones. Los cuadros que adornaban aquel dormitorio y que, como ya lo hemos dicho, representaban a los abuelos de Luisa, al primer arzobispo de Santiago don Manuel Vicuña y a una hermana de doña Juana en traje de monja, infundían respeto y daban, si se nos permite expresarnos así, cierta gravedad solemne a aquella rica y antigua habitación, llena de recuerdos para la aristocrática dama y que iba a servir de altar para el himeneo y de ataúd para el sepulcro: ¡antítesis humanas que suceden con mayor frecuencia de lo que generalmente se cree!

Doña Juana, queriendo solemnizar más aquel acto, para que se grabase en el alma de los jóvenes esposos con carac-

teros indelebiles, conservándolo mientras viviesen como un imperecedero recuerdo, habia resuelto, antes de efectuar el enlace, recibir la comunión; y así es que a una imperceptible señal, el sacerdote se dispuso para darle el viático.

Todos se prosternaron ante aquel emblema sagrado del catolicismo, que es para los creyentes el misterio mas grande que encierra el culto a que doña Juana y todos los circunstantes, exceptuando el solitario, pertenecian; sin embargo, éste hizo la misma ceremonia que los otros y elevó su alma al cielo con mas fervor, con mas fé, con mas unción que algunos de los que se encontraban presentes: tal es la religion en espíritu, ajena a las fórmulas; la religion del pensamiento, ajena al rito; la religion de la voluntad, independiente de las prácticas con que adornan a Dios la gran mayoría de los hombres de corazón y de inteligencia; y el solitario era uno de esos hombres que tienen su fé y que respetan todas las creencias, porque ven en ella una sola creencia, Dios; una sola moral: las leyes inherentes a la humana naturaleza.

Concluida la augusta ceremonia, doña Juana se sintió mas animada y dijo al sacerdote:

—Proceda ahora a la union de mis hijos.

El ministro del altar, sin quitarse las vestiduras con que habia dado la comunión, hizo pararse a ambos jóvenes y darse la mano el uno al otro...

Reinaba un profundo silencio y solo se sentia la respiración ajitada de la enferma.

Guillermo sonreía a Luisa cariñosamente; pero la joven, inmóvil y blanca como una estatua, tenia sus ojos clavados en el suelo y parecia casi ajena a cuanto allí pasaba, parecia no tener conciencia de lo que iba a hacer ni de lo que sucedia...

La voz del sacerdote se hizo oír... Todo cuanto él decia era grave y solemne, solemne y grave como el acto, como las circunstancias, como el lugar en que se encontraban.

Al fin hizo las interrogaciones de costumbre, y Guillermo pronunció un sí sonoro que fué oído de todos.

Cuando llegó su turno a Luisa, el sacerdote se vió obligado a repetir la misma pregunta por tres veces, hasta que los descoloridos labios de la jóven pronunciaron un sí mas pálido que su rostro, mas débil que su cuerpo, pues tan luego como el ministro del altar les echó la bendición, Luisa cayó exánime en el mismo lugar en que se encontraba.

El sacrificio estaba consumado, y toda la energía de aquella jóven fué insuficiente para representar hasta el fin el papel que se habia propuesto, es decir, para que su madre no se apercibiese de su inmenso dolor y de su grande y heroica abnegacion.

Con escepcion del solitario, nadie comprendia la angustia de aquella jóven, y su desmayo fué atribuido a esa timidez natural que experimenta toda niña en semejante acto, a ese exceso de pudor propio de una señorita que ha conservado intacta su inocencia virjinal; sin embargo, a doña Juana le pasó por la imaginacion una duda y concibió algun temor sobre la decision de su hija, e instantáneamente interrogó con su mirada al solitario, que, sosteniendo a Luisa, ayudado por Guillermo y doña Perfira, se preparaba a darle algunas gotas de su prodijioso cordiak.

El anciano conoció en el acto lo que significaba la mirada de la madre y respondió lacónicamente esta frase:

—No hai cuidado.

La ambigüedad de la contestacion podia hacer creer a doña Juana que se trataba sobre el estado moral de Luisa, aun cuando el solitario se referia únicamente al estado físico; pero habia respondido así premeditadamente y con la intencion de tranquilizarla, lo que consiguió.

Recobrada Luisa de su desmayo, recuperó su energía hasta el punto de ser bastante dueña de sí misma para ocultar sus pesares y mostrarse solo afectada por el deplorable es-

tado de su madre; y en realidad que no necesitaba finjir mucho, porque en aquellos instantes no la ocupaba casi otro sentimiento que ver tan postrada a la autora de sus días y tener la certidumbre de que se realizaria quizá en poco tiempo el fatal vaticinio.

Doña Porfira y Guillermo pretendieron quedarse acompañando a la enferma; pero ésta manifestó el deseo de permanecer sola con su confesor, con su hija y con su amigo; de modo que aun haciendo ya una parte integrante de la casa y perteneciendo a la misma familia, se vieron obligados a retirarse; pero partieron satisfechos, porque estaba arreglado y hecho lo principal, incluso el testamento y los demás convenios con todos los requisitos legales; de manera que desde ese momento se consideraban legítimos poseedores de aquella inmensa fortuna de que habian disfrutado sin derecho, pero que ahora les pertenecía legítimamente.

No seamos tan severos para juzgar a doña Porfira y a Guillermo, porque estas combinaciones y estos cálculos se ven diariamente en la sociedad y son aceptados por todo el mundo. ¡Triste condicion, en verdad, del degradante estado en que nos encontramos y de la sed inestinguible de oro que sentimos y que perturba todas las nociones de equidad, de justicia y de honor verdadero! Empero, el hombre, conociendo al fin que la dicha y la grandeza consisten en nunca hacer el mal, conseguirá volver sobre sus pasos y seguir sus naturales instintos, que están en armonia con las leyes eternas del Creador.

La muerte del justo debiera presentarse siempre a la vista de los hombres, porque no hai en ella nada de tétrico, nada de espantoso: es un cuadro halagüeño y consolador mas bien que aterrante, y esparce la dulzura y la calma en lugar de la desesperacion y del miedo.

La última hora de doña Juana se acercaba, pero nada en su alrededor mostraba esa ansiedad que precede a la muerte y que se apodera del enfermo y de los que lo acompa-

ñan, pues aunque con dificultad, dirijia la palabra ya al uno ya al otro, prodigándole tiernas caricias a su hija, a quien se empeñaba en consolar y persuadir que aquella separacion era quizá un bien de la Providencia en vez de un mal, y que conformándonos con sus ocultos designios obramos cuerdamente, tanto porque es imposible oponerse a ellos, cuanto porque todo debe al fin redundar en provecho del hombre.

Cualquiera que hubiera oido aquellas conversaciones o que hubiera visto aquel interesante cuadro, no se habría imaginado jamas que estaba tan cercana la muerte: tal era la serenidad que aparecia en los semblantes, a pesar de estar la tristeza en los corazones, pero esa tristeza resignada y dulce que se hermana con la conformidad religiosa y que está mui lejos de la indiferencia y del olvido, sino que por el contrario, conserva siempre frescos y palpitantes los recuerdos.

—Querido amigo, dijo doña Juana al solitario, con voz temblorosa y entrecortada; me siento algo fatigada... ¿Me harían bien sus gotas?

—Sí, señora, y voi a preparárselas.

—Luisa, hija mia..., quiero que no sufras... yo no siento nada... estoi alegre... ya me ves.

—Y yo, madre mia, al verla tan tranquila, experimento casi lo mismo. Pero las lágrimas que no podia contener, desmentian sus palabras.

—No llores: este es un instante, vas a ser feliz, el corazón me lo anuncia... y los moribundos ven...

El solitario le dió las gotas en mas fuerte dosis, y doña Juana se reanimó.

—Esto es prodijioso, Guzman... es un milagro: usted me resucita: siento ensancharse mi corazón...

El anciano guardó silencio, porque sabia bien que aquella animacion era ficticia y que ya no habia remedio alguno para arrancarla de los brazos de la muerte; pero tambien

sabia que aquel cordial la haría morir sin sufrimiento, lo que es de un bien incalculable en aquellos dolorosos y angustiados instantes.

El sacerdote, conocedor también de la proximidad de la hora, se había arrodillado delante de un crucifijo y oraba en silencio, encomendando sin duda a la bondad infinita de Dios aquella alma que estaba pronta a entrar al seno de lo infinito.

El calor o la animación producida por el remedio, iba declinando por grados, y doña Juana, comprendiendo que se acercaba el término, extendió su mano al solitario como para despedirse de él, y atrajo a su hija hacia sí como para no separarse de ella y volar juntas a la mansión de Dios...

El sacerdote, conmovido con aquel patético y tierno espectáculo, se acercó lloroso al lecho de la moribunda, y presentándole el crucifijo exclamó con dulce y triste acento:

—Hé aquí, señora, nuestro último consuelo y nuestra sola esperanza... Jesús tiene sus brazos abiertos para recibirla.

Doña Juana desprendió su mano de la del solitario, tomó el crucifijo, lo acercó a sus labios, y besándolo por tres veces, se lo pasó al confesor, diciéndole:

—Estoy perdonada y hoy me recibirá en su gloria...

El sacerdote se hincó de nuevo, murmurando sin duda alguna plegaria, y dió su santa absolución a la enferma, que en ese mismo momento se extinguía...

El solitario tomó el pulso a doña Juana y a Luisa, que había perdido el conocimiento, quedándose como dormida en el seno de su madre, meneó la cabeza y dijo al confesor de pasarle un cuchara y un vaso de agua.

El sacerdote, temiendo una doble desgracia, preguntó con angustia:

—¿Qué hai?

—Nada de extraordinario. Ha sucedido lo que yo temía, lo que no podía menos de suceder...

—Pero, ¿qué es lo que hai?

—Si yo no me encontrara presente, talvez..

—¡Por Dios! explíquese usted..

—Talvez no habria habido separacion.

—¡Es decir!...

—Que hubiéramos tenido una doble desgracia..

—¡Ai! qué pérdida! qué lástima habria sido!

—Y quien sabe si no hubiera sido una felicidad!

Y el solitario, sin mas explicacion, y dejando al sacerdote en la incertidumbre por la vaguedad de sus palabras, abrió los labios a doña Juana y vació en la boca casi una cucharada entera de su elíxir, y la misma operacion practicó con Luisa, aunque dándole mucho menos cantidad del misterioso líquido.

La madre y la hija, con no poco asombro del sacerdote, volvieron casi a un mismo tiempo en sí.

Doña Juana miró a su alrededor como quien sale de un letargo y no sabe donde se encuentra; y clavando sus ojos en el solitario, lo saludó con una sonrisa, besando en seguida a su hija.

—Madre mia, madre mia, ¡aun vivimos! exclamó Luisa; y yo que creia haber volado al cielo con usted!

—Yo bajo de él para decirte una palabra... para pedirte perdon...

—¡Perdon! perdon! ¿De qué, madre mia?

—Yo te he... hecho.. desgraciada... Perdon!...

—¡Desgraciada! es verdad; pero yo no puedo evitar nuestra separacion; ella viene de Dios y usted me ha dicho de respetar sus fallos.

—No es esto, hija mia, no es esto...

—La única desgracia es que usted me deje... viva y seré feliz.

—¡Vivir! ya no es posible!... Perdon!... me he equivocado... perdon!...

—Madre mia! no me hable así, que me desgarran el alma...

—Ai! Yo sufro infinito... Este casamiento... perdon... Tú

te has sacrificado, yo no sabia, pero ahora comprendo.. Ahora veo lo desgraciada que te he hecho... perdon!..

—No hai sacrificio cuando se cumple con su deber... Yo soi y seré dichosa porque he llenado el mio.

—Pero... yo me he equivocado... Guillermo... ¡ah! desesperacion... perdóname...

—Yo le doi las gracias por todo el bien que me ha hecho durante mi vida, por toda la felicidad que he gozado a su lado, por el ejemplo que me ha dado y por la virtud que me ha enseñado.

Y la jóven, llena de santa uncion, se arrodilló, diciéndole: "Es usted, madre mia, quien debe perdonarme y bendecirme; y asi seré dichosa ahora y siempre, asi soportaré con mas resignacion el abandono en que usted me deja..."

"Te bendigo, hija mia, contestó doña Juana con voz casi apagada; y espero en Dios... que te... ha de... premiar..."

La moribunda cerró sus ojos y se quedó como en un éxtasis; pero se conocia que vivia aun.

Pasado un rato, salió de este letargo, mostrándose en su fisonomia un cambio extraordinario; pues en vez de angustia manifestaba la mas grande alegria.

¿Qué habia pasado por aquel cuerpo pronto a apagarse y por aquel espíritu dispuesto ya a volar a otras rejiones? Habia tenido esa intuicion que algunas veces nos concede Dios, habia penetrado en el espacio, habia leído en el porvenir con los incorporeales ojos del alma y habia visto la desgracia de su hija y la felicidad de su hija; y por esta razon le dijo al volver completamente al estado normal de la humana existencia.

—Te he hecho desgraciada... pero serás dichosa... Ahora veo mi error y comprendo tu sufrimiento: ¡amabas! y te he dado a Guillermo! ¡Ai! no lo sabia!... Enrique! Enrique! espera... espera... en tu madre y... en Dios...

Y doña Juana, estrechando a su hija contra su corazon, espiró

El solitario tuvo que sostener nuevamente a Luisa, porque volvió a desmayarse, en tanto, que el sacerdote, dedicado exclusivamente al bien de las almas, se limitó a recitar la plegaria de los muertos.

Un silencio sepulcral reinaba en aquel espacioso dormitorio. No se oía una sola voz ni tampoco un sollozo o un quejido; pero este mismo silencio, esta falta del eco humano era conmovedor: no hai nada mas solemne y mas doloroso que esa inmovilidad de las personas que rodean a un cadáver. Cuando se oyen algunos ayes, cuando se sienten algunos suspiros o sollozos ahogados, cuando se ven correr algunas lágrimas, se experimenta algun alivio en la tristeza; pero cuando se ven ojos enjutos en semblantes descompuestos, cuando reina esa inaccion, ese mudismo en derredor de un muerto, se puede asegurar que existe allí una de estas dos cosas: o una indiferencia glacial y absoluta, o un sentimiento tan profundo que va mas allá de las aflicciones comunes, llegando a los últimos grados del dolor.

El solitario recostó a Luisa en un sofá, le aplicó el remedio de costumbre y se fué a hincar con el confesor a uno de los costados de la cama en que yacia la amante madre.

Cuando Luisa volvió en sí, miró a su alrededor y vió a su maestro y al sacerdote orando; entonces ella se levantó sin decir palabra, y sin decir palabra se puso en la misma actitud al lado de aquellos dos venerables ancianos, que, de creencias distintas, se confundian en una sola creencia, Dios, llegando ambos al mismo término por diversos caminos, pero que siempre llevan al hombre a un punto dado: el Hacedor de todas las cosas, el Padre de todos los hombres, el Soberano Juez que dispone de nuestros destinos.

La monja.

Luisa, durante un mes, estuvo entre la vida y la muerte; y a no ser por la vigilia incesante, los tiernos cuidados y los remedios del solitario, habria muy luego acompañado a su querida madre.

Doña Porfira y Guillermo se habian instalado desde ese mismo dia en la casa de doña Juana, abandonando la suya de la calle de las Monjitas: nada mas natural que esto, desde que Guillermo era el marido de Luisa y que debia cuidar de su salud y tambien de su fortuna.

Tanto a la madre como al hijo no les agradaba la presencia del solitario; pero tenian que contemperizar con él por lo útil que era y porque Luisa no se avenia con ninguna otra persona, ni habia querido tampoco tomar otro médico, a pesar de las repetidas instancias de Guillermo y de doña Porfira, que se mostraron muy solícitas durante toda la enfermedad.

Luisa, a pesar de la repugnancia instintiva que sentia por su marido y por su suegra, no habia perdido menos de reconocer los cuidados que habian tenido con ella y el interes que manifestaban por su salud, reprochándose interiormente ese alejamiento invencible que la separaba de ellos. Algunas veces habia comunicado al solitario lo que le sucedia; pero éste guardaba silencio o eludia la cuestion, porque no queria ni fomentar aquella natural repulsion ni

tampoco combatirla, diciéndose allá en sus adentros: "Dejemos que obre la naturaleza, porque ella es el mejor guía y el mas sabio maestro."

La convalecencia de Luisa era lenta pero progresiva; y aunque tan jóven, no podía mejorarse con la rapidez propia de su edad, porque la agobiaban tantos pesares, siendo su única y favorita distraccion pensar en ellos y hablar de ellos con su querido maestro, quedándose jeneralmente hasta mui avanzada la noche ocupados ambos de sus tristes recuerdos en que no tenian una pequeña parte Enrique y su familia. Muchas veces Luisa preguntaba al anciano sobre cuál había sido la causa de la trasformacion súbita de su madre en el último momento y el por qué había venido a sus labios el nombre de Enrique; y el solitario, por toda contestacion, le decia lo mismo que habia dicho doña Juana: "Espera..." siendo esta sola palabra el único goce, el único rayo de luz que veia Luisa en la lóbreguez de su presente y futura existencia.

Doña Porfira y su hijo estaban cada dia mas fastidiados de la presencia del misterioso anciano cuyo nombre ignoraban y cuya influencia temian; asi es que a medida que Luisa recuperaba sus fuerzas era mayor la frialdad con que trataban al coronel don Toribio de Guzman, llegando en ocasiones hasta el grado de ser impolíticos con él cuando no estaban en presencia de Luisa, porque temian disgustarla, conociendo la deferencia y el cariño respetuoso y tierno que ella le tenia.

El solitario conocia mui bien que era un huésped importuno en casa de Guillermo, pero como estaba resuelto a quedarse, al menos mientras durara la convalecencia de Luisa, guardaba silencio, y pasaba por alto toda la malevolencia que le manifestaban, ni mas ni menos como si no la conociera o como si no llegara hasta él; lo que era verdad, pues no le ofendian en lo mas mínimo las maneras descoradas de don Porfira y de su hijo.

Ceferina, la ama de leche de Luisa, corria igual suerte a la del solitario en concepto de los dueños de casa; y como, por su posición de sirviente no se creían obligados a guardar los mismos miramientos con ella, la pobre mujer se veía ajada a cada instante, lo cual la hacia sufrir muchísimo; pero también se callaba, tanto para no dar margen a que la despidiesen completamente, lo que hubiera sido su mayor desgracia; cuanto también por no dar que sentir a su hijita, como ella llamaba a Luisa, y ser causa de una perturbación en aquel matrimonio de que tanto se había alegrado, porque consideraba a Guillermo igual en rango, en fortuna y en cualidades, esperando de este conjunto de circunstancias favorables la mayor felicidad para ambos; pero ahora principiaba a creer que tal vez se había engañado y que lo que ella pensaba que fuera un bien, hubiera venido a ser un verdadero e irremediable mal.

Un día que conversaba Luisa con el solitario en su pequeño jardín, justamente sobre el cariño que le profesaba Ceferina y las virtudes que adornaban a aquella mujer a quien no consideraba como a una sirviente sino como a su segunda madre, y por la que doña Juana había tenido siempre toda especie de consideraciones, ese día, decimos, se presentó Ceferina anegada en lágrimas, y echándose a los pies de Luisa, le dijo:

—Hija mía, me han despedido... tengo que abandonarte, o lo que es lo mismo, me han condenado a morir.

—¿Qué abandonarme! ¿Por qué? ¿Quién la ha despedido, a usted?

—Siento darte esta incomodidad; pero es necesario: tengo que obedecer, y no he podido partir sin decirte adiós.

—Se habrá usted equivocado, ama mía; es imposible.

—Así lo pensaba yo: creía imposible que saliese algún día de tu lado; pero no hai remedio, es un hecho: me voy, hija mía.

—¡Váyase! ¡Qué usted loca! Yo no lo permitiré. ¿Quién ha podido hacer semejante cosa?

—Yo no quiero ser el origen de disturbios en una casa y menos en un matrimonio.

—¿Entonces ha sido mi marido el que le ha dado a usted semejante orden? Y Luisa se sonrió desdeñosamente.

—No es motivo para incomodarme, hija mía: el señor don Guillermo y la señora doña Porfiria deben tener razón: yo saldré sin decir nada!...

En ese momento se presentaba Guillermo con su madre del brazo.

El joven hizo una ceremoniosa cortesía al solitario, y dando la mano a su esposa, se informó de su salud. Doña Porfiria le echó los brazos en tanto que la pobre Ceforina se desahizaba tristemente en cuanto los vió aparecer.

Luisa trató de detenerla con la vista; pero no consiguiéndolo, le dijo de un modo terminante: "Quédese usted, ama mía, la necesito;" y luego dirigiéndose a Guillermo, le preguntó con ese aire desdeñoso y triste que le era familiar en ciertas circunstancias:

—¿Le ha hecho a usted algún mal mi segunda madre?

—Mal, no precisamente, porque hay mucha distancia de ella a mí para que fuese capaz de hacérmelo.

—¿Y entonces?

—Es que, interrumpió doña Porfiria, quiere mandar e tener la misma autoridad que nosotros, y no se debe permitir semejante insolencia, porque desmoraliza a las demás sirvientes, y así es imposible gobernar bien su casa.

—La señora, contestó Luisa con dignidad, no es sirviente, sino que es mi segunda madre.

—Yo he reparado que las criadas la tratan como si fuera nuestra igual, y por otra parte no dice a nadie *su merced*, lo que no podrás menos de confesar, hija mía, que es intolerable.

—Mi madre y yo, señora, se lo habíamos ordenado así,

y creo que yo y mi madre no diferimos de usted en mucho. Y además, ¿es este acaso un motivo suficiente para despedir a una persona que por los años que vive en la casa, por los servicios que ha prestado, por el cariño que profesa y que se le profesa, ha llegado a ser ya miembro de la misma familia?

—Si tú toleras semejante insolencia, tu marido y yo no queremos hacer lo mismo.

—No es mi ánimo, señora, contrariar la manera de ver de ustedes y por la misma razón espero que tampoco se contrarie la mía. Ceferina no se separará de mi lado; pero para evitar a ustedes todo motivo de disgusto queda desde ahora, y como lo ha estado siempre, a mi servicio privado sin que nadie tenga que intervenir con ella ni ella con nadie.

—Pero no concibo cómo se puede hacer tal separación entre marido y mujer y que los sirvientes del uno no lo sean del otro.

—Espero, señora, que mi esposo será bastante amable para concederme este capricho, no exigiendo de mí tan absoluta dependencia.

Y Luisa miró a Guillermo con tal dignidad y resolución que éste bajó su vista obligándolo a manifestarse contra la voluntad de su madre, diciendo:

—Puedes obrar como gustes; y ya que te agrada esta mujer, consévala; pero creo que sería más cuerdo seguir el consejo de mi madre, a quien apoya la justicia.

—No niego que un marido deba ser complaciente con su mujer; pero se debe también evitar el escollo de confundir la condescendencia con la debilidad.

Concluyendo esta observación, doña Porfira se paró un tanto despechada por no haberse hecho su voluntad.

Durante toda esta conversación, el solitario no desplegó sus labios hasta que Guillermo, que había dejado partir a su madre, quedándose en compañía de Luisa, le dijo con su más afable modo:

—¿Quiere usted, señor, sacarme de una curiosidad, la que jamás me ha satisfecho Luisa, a pesar de haberlo exigido?

—Creo, señor, que cuando su esposa se ha negado a complacerlo, mas valiera no insistir; con todo, si me es posible darle a usted ese gusto, lo haré.

—Todavía, señor, contestó Guillermo sonriéndose, no tengo la confianza necesaria con mi mujer, pues aun cuando hace cerca de dos meses que estamos unidos por la iglesia, sin embargo... como ha estado enferma y como la he visto tan triste, he respetado esa enfermedad y esa tristeza!

—Ha hecho usted muy bien; y la señorita Luisa apreciará en su justo valor esa conducta.

—¿Es verdad, Luisa?

—Desde el momento que mi maestro lo afirma, no hai por que dudarlo.

—¿Tu maestro! No lo conocia yo, y sin embargo hemos crecido casi juntos.

—Pero no hemos vivido.

—Ya lo sé; con todo, creia que no habias tenido directores.

—Es justamente lo único con que he contado, los únicos apoyos que me han sostenido y dirigido: mi madre y mi maestro.

—¿Y por qué no me has dicho su nombre para honrarlo? ¿Por qué me has obligado a preguntárselo a él?

—No lo sé; pero en este caso obedezco a quien respeto, desde que mi madre ha hecho lo mismo.

—No pretenda usted, amigo, interrumpió el solitario, conocer cosas que habrá motivo para ocultarlas.

—¿Entonces usted tambien rehusa decirme su nombre!

—Hai ciertas circunstancias..., pero quizás no está lejos el dia en que usted lo sepa.

—¿Es sin embargo muy raro que viva bajo un mismo techo una persona a quien no se conoce, una persona cuyo nombre se ignora!

—Lo que usted dice es cierto, con la sola diferencia que usted me ha encontrado en esta casa donde soy desde largos años conocido; pero no pasará quizás mucho tiempo sin que su curiosidad quede satisfecha.

—Usted, señor, debe comprender que en las circunstancias en que nos encontramos no es mera curiosidad la mía.

—Así lo veo y lo confieso.

—Y si usted lo ve y lo confiesa ¿a qué viene un misterio que traspasa los límites de las conveniencias sociales?

—Jamás nada puede ir mas allá de las verdaderas conveniencias sociales, dijo Luisa con severidad, cuando lo ha apoyado mi madre y cuando yo lo sostengo. Poso la conciencia de mis actos; sé de qué manera he obrado, ni obraré mal, y por consiguiente, lo que hago es en virtud de creerlo lejítimo.

—Puede ser verdadero lo que dices, pero ¿o no estoy en mi casa o soy en ella un cero?

—¿Quién pone esto en duda?

—¿Cómo! ¿Pretendes que no estoy en mi casa o que soy peor que el último sirviente?

—He dicho todo lo contrario.

—Y entonces ¿como es que vive aquí en íntimas relaciones con mi esposa, relaciones cien mil veces mas íntimas que las mías, una persona que no conozco, y no solo que no conozco, sino que hasta cuyo nombre ignore, no pudiendo aun llamarlo si se ofrece? Confiesa al menos que esto es muy singular, y que hago en mi casa un papel muy ridículo.

—No haga usted escenas a su esposa; me iré... Pero advierta usted que mi edad y el nombre que llevo bastarán para alejar de usted toda sospecha.

—Oh, padre mío, no se incomode, no se vaya, estoy todavía muy débil, muy triste... Me moriría... Guillermo, continuó Luisa, dirigiéndose a su marido, si supieras quién es, si supieras cuánto le han debido mis padres a este caballe-

ro, cuánto le debo yo misma, te arrodillarias delante de él y le pedirias cien mil veces perdon de lo que has dicho; te suplico que no hables así.

—Habrá hecho mucho por ustedes, pero en cuanto a mí, no he reconocido en mi vida ningun benefactor, ni le debo servicios a nadie.

Luisa, al oir esto, cambió instantáneamente de actitud y de tono, y dijo a su marido con noble majestad:

—Advierta tambien usted, caballero, que esta era la primera vez que suplicaba y será la última... El señor, mi maestro y segundo padre, y Luisa designó al solitario, no abandonará la casa de su hija, sino cuando él quiera dejarme. Yo lo mando y se cumplirá..

La voz, el acento, revelan tanto el carácter y la voluntad mas o menos decidida de las personas, que inmediatamente se conoce la energia del individuo; y Guillermo comprendió sin que se lo dijeran, que tendria que habérselas con una de esas naturalezas que jamas se doblegan, sino por la razon, por el convencimiento o por el cariño, de modo que creyó mas prudente ceder, porque así ganaria en concepto de Luisa, mientras que de otra manera estaba expuesto a no conseguir jamas nada; y en consecuencia respondió:

—Cedo a tu voluntad y cedo con gusto, amiga mia; pero al menos reconocerás que estaba y que estoy en mi derecho, porque un esposo es siempre un esposo.

El solitario permanecia impassible, y sin embargo tenia un interes vital en aquella discusion; no porque se trataba de él, sino porque esa conversacion afectaba a Luisa, y era, se puede decir así, el preliminar de las relaciones que se sucedieran mas tarde entre los esposos; y como en esto consistia el porvenir, la felicidad o la independencia de la hija de su amigo, queria saber la fuerza de voluntad de que podia disponer Luisa en un caso dado y en verdad estaba complacido de la energia que habia desplegado.

Guillermo se consideraba derrotado; pero en su opinion

no era esta concesion de trascendental importancia, sino que al hacerla habia formado su cálculo: queria ganar terreno, deseaba conquistar a Luisa, se habia propuesto, en una palabra, rendirla; porque el vínculo de la iglesia significaba bien poco en su concepto, si no conseguia el vínculo de la naturaleza, que es el mas lejítimo, el mas indisoluble y el mas fuerte, y ese vínculo no existia, y era preciso llegar a él; pero como la violencia es el peor de los medios, se propuso emplear la dulzura y la mansedumbre, y dijo a Luisa:

—Querida mia, yo no quiero tener mas voluntad que la tuya, y desde ahora puedes obrar en conformidad a tus gustos, pues me he propuesto no contrariarte nunca, sino que por el contrario, deseo que tu voluntad se armonice con la mia sin que haya, si es posible, la menor diverjencia de opiniones: ¿encuentras pues que no me conduzco como debo?

—Aprecio esa noble manera de ser y la estimo en lo que vale.

Y Luisa tendió la mano a su marido con esa dignidad benévola que realza la accion mas insignificante.

Guillermo se despidió dejándola en confidencia íntima con el solitario y con Ceferina que, hasta ese momento, habia permanecido como ajena a la conversacion, aun cuando tomaba en ella el mayor interes, porque todo lo que se relacionaba con Luisa lo consideraba de la mayor importancia, pues su existencia dependia de la existencia de ella.

Don Toribio de Guzman, hombre de experiencia, hombre de mundo, y sobre todo hombre pensador que penetra en el corazon adivinando las pasiones humanas y los móviles que las determinan, habia leído como en un libro abierto en el alma de Guillermo no teniendo por el individuo las consideraciones que le habia manifestado Luisa, creyéndolo verídico y caballeresco; pues él sabia de antemano que toda esa benevolencia no era otra cosa que cálculo para adormecerla; pero él se encontraba afortunadamente ahí para si era necesario cruzar sus planes.

II.

Pasado un momento despues de haber quedado solos, Luisa dijo al solitario:

Es preciso confesar que mi marido no se comporta mal, pues, en resumidas cuentas, tenia y tiene razon de averiguar cual es el nombre de las personas a quienes cobijan las murallas de su casa.

—Lo sé, hija mia, y he estado casi al punto de decírselo; sin embargo, consideraciones de otro jénero y que talvez tu ignoras, me han impedido hacerlo.

—No pretendo entrar en sus secretos; pero sea de ello lo que fuera, yo tengo el deber de ser justa y no le negaré a Guillermo que se ha portado de una manera digna y propia de un caballero.

—No te dejes seducir por las apariencias, hija mia. Muchas veces se concede algo para pedir mas.

—¿Y qué mas puede exigir?

—Ya lo veremos.

—Si continúa como ahora, bien poco hai que temer.

—Ojalá; pero la exigencia actual prueba sus pretensiones. ¡Echarnos a Ceferina y a mí, nada menos que eso era lo que deseaba!...

—Doña Porfira, pero no Guillermo.

—Madre e hijo, Luisa, no tengas la menor duda.

—Pero no lo conseguirán jamas.

—Lo conseguirán, lo conseguirán, hija mia, exclamó Ceferina llorosa, porque él es tu marido, y tarde o temprano tendrás que cederle y conformarte con su voluntad.

Luisa se sonrió y dijo:

—No tema, ama mia, no tema... Usted no se separará nunca de mi lado.

—Yo no quiero ser causa de disgustos, ni introducir la desunion entre los esposos.

—No lo crea. Yo se como debo de obrar y hasta donde

puedo conceder. Ahora desearia que diéramos un paseo en carruaje. ¿Nos acompañaria, usted, señor?

—Con el mayor gusto, contestó el solitario, que veia que mientras mas se distrajese Luisa, la convalecencia seria mas pronta.

—¿Dónde iremos? preguntó el anciano a Luisa cuando entraron en el coche.

—A la calle de San Pablo.

—Buena idea. Pueda ser que sepamos algo de nuestros amigos.

—Ayer no mas, señor, he estado yo ahí, y aun no han vuelto, contestó Ceferina.

—De todos modos, quiero por lo menos ver esos lugares, dijo Luisa.

El coche se detuvo en la puerta del conventillo y las tres personas que iban en él bajaron.

Luisa se apoyaba en el brazo del solitario; sentíase débil por la emocion. Aquellos sitios le traian dulces y conmovedores recuerdos; ¡qué cambio en tan poco tiempo! Parecíale triste, mui triste aquel conventillo en que tanto habia gozado con su amiga Mercedes, haciendo obras de caridad entre aquellas pobres jentes; y ahora parecíale encontrarlo solo, pues faltaba lo que le daba animacion y vida.

Luisa, despues de haber permanecido un largo rato inmóvil frente a las puertas cerradas que daban a las habitaciones ahora solitarias de la familia Lopez, se dirigió hácia la pieza de la pobre viuda a quien habia socorrido una vez y a quien habia dicho que mandase a su casa cuando tuviese necesidad de algun auxilio.

La mujer que continuaba postrada en la misma cama en que la habia visto como siete meses antes, reconoció a Luisa en el momento y rompió en llanto diciendo con voz conmovida.

—¡Qué consuelo! La vista de usted, señorita, me prueba que han de volver luego... ¡Ah! Si usted supiera cuánto

bien me hacia Mercedita y la señora Marta! Desde que ellos partieron todo se acabó...

—Lo comprendo, contestó Luisa enternecida; ¿pero por qué no ha mandado usted a casa?

—No he podido moverme, y mis hijitos son tan pequeños; sin embargo, lo que usted me dejó me ha servido muchísimo, así también como lo que me dió la señora Marta antes de partir; sin esto, ya no existiría...

—¡No haberlo sabido yo! exclamó Luisa; pero ya remedaremos el mal y a usted no le faltará en adelante lo necesario.

—Gracias, señorita; Dios premiará su caridad.

—Ya principio a recibir la recompensa, dijo Luisa al solitario, porque me siento casi alegre con la idea de socorrer a esta infeliz a quien protejian Mercedes y su madre y a quien continúan protejiendo por mi conducto; y luego dirigiéndose a la enferma, añadió:

—Lo que yo haga, señora, agradézcaselo de preferencia a Marta y Mercedes, pues es sin duda alguna el espíritu de ellas el que me ha traído aquí y el que ahora me anima.

—Si, señorita, así debe ser; pero no por eso dejaré de rogar a Dios por usted.

—Hágalo, hágalo siempre, que bastante lo necesito; y yo seré quien deba estarle reconocida.

—Ha sabido usted, señorita, de mis bienhechoras? ¿Vendrán luego? ¡Qué gusto tendria de verlos!

—Yo nada he sabido; pero pídaselo usted al Señor y lo conseguirá.

—Es lo que hago todos los dias... es lo que hago a todo momento, pero mis santos no me oyen; yo seré tan mala...

—Continúe usted sin desmayar, y al fin lo conseguirá.

—¡Y pensar que esa virtuosa familia debe sufrir muchísimo? Porque, señorita, ha de saber usted que el jóven Enrique, hermano de Merceditas, está en la Penitenciaría, no por crimen alguno, señorita, porque toda esa familia es

santa, sino porque se metió en la revolucion; y poco tiempo despues desaparecieron todos, sin saber donde, sin que hayan vuelto una sola vez, sin tener la menor noticia del lugar donde se encuentran.

—¿Y no ha visto usted a ninguno de sus conocidos?

—A ninguno, señorita.

—Es raro, mui raro.

—Asi lo dicen todos, ¡y ya hace como cinco o seis meses que se ausentaron! Pero es imposible que no vuelvan, porque es probable que no dejen perder sus trastos que están guardados en las piezas.

—Esperemos; y si usted tiene alguna noticia, hágamela saber en el acto.

Luisa se despidió de la enferma dejándole para mientras algun dinero, yendo en seguida a visitar a cada uno de los pobres habitantes del conventillo y esparciendo sobre todos ellos sus dones en conformidad a sus necesidades, saliendo de aquella miserable morada mas contenta que del mas suntuoso palacio, porque habia sido colmada de bendiciones.

—Desde la muerte de mi mamita, dijo Luisa al solitario cuando estuvieron solos en el coche, este es el dia en que he sentido en mi corazon algun alivio. ¡Qué placeres tan inmensos produce la caridad!

—Asi es, hija mia; no hai goce mayor en este mundo que el hacer el bien.

—¿Y tan pocos que lo practican! ¿Cómo es que los hombres anteponen los efimeros pasatiempos de la vanidad a las delicias puras, duraderas y provechosas de la caridad? Estoi por creer que no saben ser felices por ignorancia.

—De todo hai en el mundo, hija mia, de todo; pues no falta la maldad, y el egoismo es un sentimiento mui jeneral.

—Por egoismo debiera uno ser humano.

—Soi de tu misma opinion; pero mientras no se conciba, mientras no penetre en nuestros corazones el espíritu verdadero de la moral cristiana, no habrá esperanzas de refor-

ma, y los que practican la caridad continuarán, como hasta aquí, siendo una escepcion.

Esta agradable plática se interrumpió con la llegada del coche a la casa de Luisa.

Guillermo estaba en la puerta de calle y abrió la portezuela del carruaje, presentando cortesmente la mano a su esposa para que bajase, y diciéndole con aire de un tierno reproche:

—¿Por qué no me dijistes que pensabas salir? Te habria acompañado con mucho gusto. Esta es la primera vez que das un paseo y hubiera sido conveniente hacerlo juntos.

—Creia que no te seria agradable, porque he ido a casa de pobres.

Guillermo tembló involuntariamente, pues creyó que Luisa hubiera ido a ver a Mercedes; pero sabiendo que se habian ausentado desde mucho tiempo y que el hermano estaba en la Penitenciaría, se serenó; sin embargo, siempre tenia sus temores, y para cerciorarse de lo que habia sucedido, le dijo:

—¿Y por qué supones que no me habria sido agradable ir a ver a pobres?

—Porque los desprecias.

—Ya sé a lo que te refieres; pero uno se modifica.

—Ojalá; lo deseo por tu propio bien.

—¿Me prometes entonces convidarme en otra ocasion?

—Te lo propondré, y si quíeres, lo aceptarás.

—Querré, aun cuando no fuera mas que por darte gusto.

—Cuando las cosas son forzadas, no voluntarias, salen mal.

—Pero en mí será voluntario, porque quiero agradarte, quiero que me ames como yo te amo.

Y esto fué dicho en voz mui baja y acompañando a la palabra un suave apretón de manos.

Luisa miró a Guillermo con ese aire de duda y de sorpresa que causa un acontecimiento inesperado.

—No te asustes, querida mia, continuó en el mismo tono

Guillermo. Yo he respetado tu dolor y por esto no te he dicho mi pasión, pero todo tiene su término y ya sería en mí una descortesía el no decirte el cariño que siempre me has inspirado y que ahora más que nunca siento en mí.

—La herida está muy fresca, mi dolor es muy profundo para que pueda sentir y apreciar emociones distintas; de consiguiente, te agradeceré el que demos punto final a esta conversación.

Y diciendo esto, se desprendió del brazo de Guillermo, corrió a su pabellón y se encerró en él.

El marido quedó sorprendido, porque había sido tan rápido aquel movimiento y también tan inesperado que ni siquiera pensó en detenerla, quedándose de pie en el mismo sitio durante un largo rato.

Cuando volvió de su estupefacción, díjose a sí mismo: "Es extraordinario lo que a mí me pasa: hace como dos meses que estoy casado con mi mujer y aun no le he dicho "te quiero;" y ahora que apenas he llegado a pronunciarlo, no solo no me escucha sino que huye"...

Un pensamiento rápido y terrible pasó sin duda por su imaginación en aquel instante, porque mudó de color repetidas veces, llevándose la mano a la frente y sacudiendo fuertemente la cabeza.

—¡Imposible! dijo entre dientes; si hubiera sabido, no se habría casado conmigo... Ya veremos quien vence.

Y Guillermo se dirigió a las habitaciones de su madre.

Intertanto Luisa había encontrado sobre su costurero una gruesa carta dirigida a ella, lacrada de negro con un sello extraño que le era completamente desconocido y que se asemejaba a esos pedacitos de trapo bordados denominados escapularios que se colgaban antiguamente al cuello todas las mujeres de nuestro país, y aun los hombres, conservándolos todavía nuestras madres y hasta no pocas personas de las nuevas generaciones, pero cuyo uso se pierde día a día; sin embargo, las monjas santiaguinas fabrican aun juguetes de una

ignorante superstición a los que atribuyen grandes virtudes sirviendo como amuletos para preservar al que los carga de muchos males y de muchos peligros, y los regalan a sus conocidos creyendo que les hacen un grande obsequio. Hai algunos de estos escapularios que son realmente valiosos, porque a mas del trabajo, están bordados con hilo de oro y con perlas o piedras preciosas, sobre todo cuando la monja los dedica a algun obispo, a un ministro de estado o a un presidente que talvez no se desdeña en llevarlos al cuello debajo de la camisa y de la banda tricolor.

Luisa daba, pues, vuelta a aquel grueso paquete, miraba aquel sello extraordinario y no se atrevia a romperlo; temia encontrar algun terrible misterio, pero vencida al fin por esa curiosidad que despierta lo desconocido y que crece mientras mayor es el temor que causa, hizo saltar el negro lacre, apareciendo un pequeño retrato de su tia en traje de monja y de fecha reciente; pues representaba a una mujer de edad y que revelaba en sus facciones un largo sufrimiento por su mirada triste y dulce y su cara descarnada y pálida.

Antes de principiar a leer aquel largo escrito, contempló Luisa detenidamente el retrato de su tia durante mucho tiempo, como si pretendiese descubrir en aquellas facciones lo que debia haber sentido y haber pensado aquella alma en su prolongado cautiverio. En seguida llevó a sus labios aquella imájen besándola con ternura y derramando sobre ella un torrente de lágrimas, lágrimas que la aliviaron en parte de sus dolores pasados y de sus dolores presentes que eran, se puede decir así, unos mismos, porque las impresiones no se aislan sino que se encadenan y la reminiscencia del sufrimiento de ayer nos hace sufrir hoy y nos hará sufrir mañana hasta que el tiempo la debilite sin por esto extinguirla.

III.

En el grueso paquete que Luisa conservaba entre sus manos, habia varios papeles independientes los unos de los otros, como documentos o piezas justificativas de alguna causa, pues notábanse distintas escrituras que puso aparte, disponiéndose para leer lo que decia el mas voluminoso de ellos y que iba todo escrito de puño y letra de su tia.

Pero apenas habia trascurrido las primeras líneas cuando Luisa dió un fuerte grito, cayendo desmayada, pero que afortunadamente oyó Ceferina que corrió presurosa donde ella prestándole los primeros auxilios, yendo en seguida a llamar al solitario y a Guillermo, dirigiéndose primero donde aquel, ya fuese por simpatia o ya porque supiese que podia serle mas útil por sus conocimientos; de consiguiente, fué él el primero que penetró en el cuarto de Luisa, pudiendo ver el retrato de la monja a quien reconoció en el acto a pesar de los años trascurridos y del cambio natural operado por el tiempo.

Los papeles que habian motivado el desmayo de Luisa estaban en el suelo, y el solitario los recojió y guardó por prudencia figurándose que aquellos papeles debian contener talvez cosa que convenia que ignorase el marido que no tardaria en llegar, como sucedió en efecto, pero habiendo ya hecho desaparecer los documentos que ocultó en sus inmensos bolsillos sin leer una sola línea.

Luisa, vuelta en sí, nada mas que con la impresion del agua fria con que le habia rociado la cara, se encontró rodeada, sin darse cuenta de ello, del solitario que le tenia una mano tomándole el pulso, de su marido, su suegra y Ceferina que le preguntaron tan luego como abrió los ojos qué era lo que le habia pasado.

Luisa miró al principio a todas aquellas personas con cierta extrañeza como quien dice: "¿Qué significa esto? Pero

luego se le vino a la memoria la carta y la buscó con la vista por todas partes preguntándose a sí misma, si lo que acababa de sucederle seria o no un sueño, y para cerciorarse de ello dijo:

—¿Dónde está la carta que acabo de tener y que principiaba a leer?

—¿Qué carta? respondieron todos mirándose unos a otros.

—La carta que encontré en el velador, la carta de mi tia... de mi pobre tia que ha muerto!...

—¿La carta de tu tia! ¿De tu tia la monja? exclamó doña Porfira sobresaltada. ¿Has recibido una carta de ella y dices que ha muerto?

—La he encontrado sobre mi velador cuando volví. La he tenido largo rato en mis manos sin abrirla, porque tenia temor: su lacre negro y su sello me infundian miedo, y con razon; pues, lo primero que ví fué su retrato, y lo primero que leí su muerte... ¿Pero dónde está la carta? Yo quiero leerla hasta el fin, porque no pude continuar hace poco, pero ahora tengo fuerzas, estoi decidida.

—Pero si no hai ninguna carta, Luisa, querida Luisa, contestó Guillermo: debe ser una ilusion, talvez un sueño.

El solitario permanecia impasible y mudo. Sabedor él de todo cuanto habia acontecido entre la tia de Luisa a quien habia amado en su juventud, y el padre de Guillermo a quien habia muerto, presumió que aquella carta contenia revelaciones de importancia y que solo debia ver Luisa a quien la entregaria en tiempo oportuno y aparentó la misma sorpresa que los demas agregando para quitar toda sospecha:

—Yo no creo que sea sueño o ilusion, sino que lo que Luisa ha sabido, es real y positivo: la tia monja debe haber muerto y ella lo ha adivinado, talvez lo ha visto con los ojos del alma. Yo he presenciado muchos casos de estos, y sin comprender ni poder explicarme ese sonambulismo de los espíritus, he sido testigo de algunos de estos prodijios y aun en la historia se refieren muchos.

Y como si se hubiera combinado de antemano un plan para engañar a Guillermo y a doña Porfira, entró en ese momento un criado que les hizo una seña misteriosa para llamarlos hácia afuera, diciéndoles que en la mañana de ese mismo día había muerto en el monasterio de... la madre abadesa, tía de la señorita Luisa.

Doña Porfira y Guillermo quedaron asombrados e hicieron a su vez señas al solitario para comunicarle la noticia que venia a apoyar lo que él acababa de decir, preguntándole en seguida:

—¿Qué haremos? ¿Qué partido tomar? ¿Debemos disuadir a Luisa o decirle la verdad?

—Es preciso obrar con prudencia, contestó el solitario. El estado en que se encuentra esta niña es mui delicado, y no tomando precauciones, puede suceder una desgracia; pero si ustedes quieren, si ustedes tienen confianza en mí, yo me encargo de hacer el golpe menos sensible. Conozco a Luisa y sé la manera como debo de tratarla.

—Le dejamos a usted toda libertad, señor, contestó Guillermo, quedándonos solamente el sentimiento de ignorar el nombre de la persona a quien debemos ya tantos favores.

El solitario vió en el acto bajo aquella apariéncia de interés y de gratitud, toda la malicia que encerraba la pregunta, y respondió:

—Cuando hago algun servicio, señor, y lo actual está mui lejos de serlo, porque yo debo desde tiempo atras muchos beneficios a la familia de Luisa y a Luisa misma, cuando hago algun servicio, repito, trato de no aparecer, si es posible, por cuya razon le suplico que me escuse si no le digo mi nombre por ahora.

—Veo que es un partido tomado y no quiero contrariar su voluntad, dijo Guillermo con cierto tono de despecho que en vano trató de dominar.

—En estas circunstancias no deben despreciarse los instantes, repuso el solitario, refiriéndose al estado de Luisa, y

con la autorizacion de ustedes me ocuparé de la enferma.

Y todos tres entraron nuevamente al cuarto de Luisa que se habia quedado sola con Ceferina, estrañando la desaparicion repentina de aquellas personas que le eran tan inmediatas.

Doña Porfira, como siempre, llenó de caricias a Luisa, manifestándole el mayor interes, diciéndole los mas grandes elogios y añadiendo todos esos consuelos vulgares que los indiferentes prodigan con profusion y que saben de memoria, pronunciándolos de corrido y casi sin pensar en ellos, pero con la seguridad de haber sido elocuentes y persuasivos.

Satisfecha, pues, doña Porfira con su manera de conducirse y convencida que habian producido un grande efecto sus palabras, se retiró con su hijo para dar lugar a que el solitario le comunicase la infausta noticia que acababan de recibir y a lo que ella se habia referido de un modo indirecto.

Cuando el anciano se vió a solas con Luisa, le dijo que no habia sido mera ilusion la lectura de la carta, sino que era efectiva, pero que él la habia guardado teniendo motivos para ello, motivos que talvez le serian revelados en la misma carta que le entregaba, suplicándole solamente que ya que no podía menos de sentir esta nueva desgracia, estaba en el deber de conservarse, no entregándose del todo a la tristeza, pues necesitaba de su cooperacion para buscar el medio de salvar a Enrique.

El hábil anciano sabia el poder que ejercia en Luisa este solo nombre y de cuanto era capaz de obrar con la sola idea de poder ser siquiera útil a aquel jóven a quien ya le era prohibido ver, al que estaba obligado a renunciar para siempre.

La recomendacion produjo, pues, el deseado efecto, porque Luisa dijo al solitario.

—¿Tiene usted esperanza?

—Nunca la he perdido, y todavia no hemos dado ningun

paso con este fin. La enfermedad de tu mamita y la tuya nos lo ha impedido; y ahora que pensaba que habia llegado ya el tiempo de obrar, esta nueva desgracia quizá nos lo impida.

—No, maestro mio, no; yo tendré fuerzas para luchar, no me dejaré abatir y la esperanza me sostendrá triunfando de mis pesares o haciéndome superior a ellos.

—Sí, hija mia, necesitas de toda tu energia: en esto está el mérito y quizá en esto consiste el triunfo. Ahora seguro que mantendrás tu espíritu tan tranquilo como te sea posible, voi a dejarte el tiempo necesario para leer la carta de tu tia.

—Para usted no tengo secretos, señor, y podríamos leerla juntos.

—Tú hablas por tí; pero piensa que aquí pueden haber secretos de otros. Ten ánimo, hija mia, para soportarlo todo y puedas en seguida cumplir tu mision.

El anciano se retiró, y Luisa quedó sola contemplando aquella carta que al fin se determinó a abrir nuevamente, y leyó el contenido que era el siguiente:

IV.

“Monasterio de las... julio 20 de 1851.”

“Mi querida sobrina:

“Cuando esta carta llegue a tus manos ya habré desaparecido de este mundo: tal ha sido la última orden que he dado y que sé se cumplirá puntualmente.

“No me sientas, no me llores, mi querida Luisa; alégrate mas bien de mi muerte porque ella me libra del tormento de la vida: ella me liberta de mis pesares y hasta de mis remordimientos, pues los he sentido ahora mas que nunca al saber que mi hermana te ha sacrificado a una quimera. ¡Ah! ¡Por qué no me lo prevendria antes, que yo hubiera

evitado tu desgracia y no tendria ahora tanto de que arrepentirme! Pero no la culpes, su falta tiene un noble oríjen y hai errores que emanan de la virtud o que son la virtud misma como te lo probará la lectura de esta carta.

"Tú debes ignorar, hija mia, lo que ha sido mi vida y ojalá la confesion de mis faltas encontre en tí alguna induljencia: necesito tu perdon, Luisa, para ir al fin a unirme a los seres a quienes he amado tanto y a quienes he hecho tan desgraciados, y contando con él es que muero en paz, porque creo haber espiado bastante mis estravios para que Dios no me haya acordado el suyo.

Despues de este párrafo seguia la relacion minuciosa de sus amores con Guillermo de...; de cómo habia conocido su engaño cuando ya no habia remedio; del dolor que habia sentido al saber la muerte de Eduardo, habiéndose persuadido que ella era la principal causa de aquella lamentable pérdida, pérdida que habia llorado hasta el último momento de su vida; de las relaciones que habia tenido con el coronel don Toribio de Guzman, cuyo aprecio se habia conservado intacto por largos años, recordándolo siempre con gusto, y últimamente, de los nuevos acontecimientos y de la carta que habia recibido de su hermana al otro dia de su fallecimiento, etc.

"Despues de esta descripcion, hija mia, continuaba la carta, voi a entrar a hablarte de cosas que te conciernen; y aun cuando ya el mal está hecho y no hai como volver atras, sin embargo puede ser que te sirvan de algo, al menos por lo que respecta a la fortuna de que te constituyo única heredera, preservándote esta circunstancia de muchas incomodidades a que podria verte espuesta, para lo cual te acompaño todos los papeles que anulan la donacion que hice a Guillermo de muchos de mis bienes y en favor de un hijo que tuve de él y del que se encargó, por la intervencion de una criada llamada Anastasia Pincheira, una mujer de la villa de San Bernardo y cuyo nombre era Mariana Ponce.

Esa mujer, muerta hace algunos años, habia remitido la fé del fallecimiento de mi hijo a la tal Anastasia Pincheira de quien recibiera el niño, y ésta me trajo a mí el documento con mucha reserva hace solo unos cuantos meses, de manera que ese acto de donacion queda nulo volviendo esos bienes que la familia de Guillermo ha retenido usurpados durante muchos años, a mi poder, o, lo que es lo mismo, al tuyo.

"Mucho, muchísimo me cuesta hacerte estas revelaciones; pero tengo que obedecer al mandato de tu madre que hace pocas noches se me apareció entre sueños diciéndome solemnemente: "Yo he cometido un error, hermana mia, al unir a mi hija con Guillermo de... y es preciso que tú venzas tu vergüenza en bien de mi Luisa, haciéndole una relacion de tu vida para preservarla de otras desgracias que podrian sobrevenirle ignorándola;" y la vision desapareció, quedándome tan grabada la imájen de mi hermana y sus palabras, que no he podido olvidar ni a la una ni a las otras; y desde ese momento hice el propósito de revelarte toda mi existencia con sus faltas, con sus dolores, con su espion: mi promesa la estoi cumpliendo; quiera Dios que produzca los efectos deseados.

"Pero no me limitaré únicamente a hablarte de mis extravios, sino que quiero ir mas lejos, poniendo ante tu vista la larga y dolorida existencia que he pasado en esta inmensa tumba donde el vulgo cree que se cobija la virtud y donde solo existe el fastidio, la desesperacion, y en algunos casos; la demencia y la estupidez.

"Tú eres jóven, querida hijá mia, y talvez en un momento de abnegacion, de aburrimiento o de delirio, te sacrifiques, creyendo encontrar aquí la paz, creyendo que los claustros dan al espíritu la tranquilidad necesaria para no pensar en otra cosa que en Dios; pues bien, Luisa, yo te hablo con la experiencia de mi vida, con el convencimiento de mi razon, y te aconsejo que jamas adoptes una existencia contraria a

las leyes de la naturaleza, contraria al organismo, contraria al entendimiento, contraria a la voluntad, contraria a los instintos, contraria a todo lo que nos ha dado Dios de noble, de afectuoso, de grande.

"Yo creí en un principio, sobrina querida, espiar mis faltas entregándome exclusivamente a llorar sobre ellas, pero en estos claustros donde no se respira el amor, donde no se encuentra otra cosa que la desolacion, porque sus heladas paredes enfrian todo afecto, y las momias silenciosas que los habitan respiran tan glacial indiferencia que entumescen el corazon, y el hielo penetra hasta los huesos.

"El año de mi noviciado, Luisa, estuve bien, mui bien: estuve en conformidad con mis gustos, con mis ideas y con mis aspiraciones; me encontraba rodeada de pequeños cuidados; me parecia haber hallado, en lugar de una hermana, muchos hermanas, porque creia que me amaban: las monjas tienen tambien su política, sus ambiciones, sus cálculos y saben finjir en este estrecho recinto, tanto o quizá mas que lo que finjen los diplomáticos en su grande esfera de accion.

"La abadesa era una pariente de Guillermo, de Guillermo a quien todavia yo amaba, aunque habia renunciado a él; pues por sus mentidos consejos me resolví a tomar el hábito, diciéndome que allí aquietaria mi conciencia turbada por el remordimiento, y que de esa manera salvaba las apariencias conservando intacto el honor de la familia y un eterno y espiritual amor a él. La abadesa secundó sus planes; me hizo, en el intervalo del noviciado, suave y feliz la vida, y pronuncié mis votos; pues independiente de las sugerencias de Guillermo, tenia la abadesa un interes particular en que tomase el velo, porque hacen gala los conventos de que adopte la vida monástica una niña jóven, rica, de las principales familias y particularmente si es hermosa; y lo era yo en realidad.

"Este cálculo de estas infelices mujeres es una especie de venganza contra la sociedad y sus encantos de que ya no

les es permitido participar; así es que desearían que todas se sometiesen al penoso yugo que pesa sobre ellas; pues yo no he visto jamás seres más envidiosos y de almas más apocadas que las monjas: resultado a que las conducen las prácticas insignificantes a que están sometidas, el ocio en que viven y las pocas emociones que sienten, exceptuando las de sus odios sordos y tenaces, de sus rencillas solapadas, de sus manejos tenebrosos y de sus venganzas mezquinas y terribles.

"Llegó al fin el día de mi profesión. Habían tenido el cuidado de presentarme la vida del claustro dulce y misteriosa, suave y apasionada, aspirando solo al perfeccionamiento del espíritu para estar siempre en tiernos coloquios con un Dios lleno de bondad, de misericordia y de amor. Yo tenía esa exaltación de las almas sensibles y elevadas que han cometido una falta y que para borrarla quieren llegar al perfeccionamiento, y me desprendía sin dolor, casi podré decir con delicia, de todo cuanto amaba en el mundo, incluso el hombre por quien me sacrificaba y a cuya vista quería aparecer con esa aureola de virtud sublime para que jamás me olvidase, ya que no podíamos unirnos; porque, como te lo he dicho, Guillermo era casado; de manera que buscaba únicamente el consorcio de nuestras almas purificadas por el sacrificio, para contemplarnos, libres de remordimientos, allá en los cielos, y que, libres también de impuros y terrenales afectos, nos posásemos, por medio de nuestro pensamiento, en el seno de Dios.

"Ese día en que una se presenta por última vez al mundo y en que es ataviada de todas las grandezas humanas para despreciarlas en presencia de todos, es generalmente un día hermosísimo para la joven novicia, es un día de triunfo, y el orgullo humano disfrazado con el manto religioso, le persuade que es una heroína, que sale fuera de la esfera común, que desprecia lo que los otros acatan, que mira con soberano desden lo que los demás buscan con ansia,

que es grande sobre los grandes; y triunfante y llena de majestad, se despoja de sus vestiduras, se despide de sus padres, se dirige al altar, toma su hábito, pronuncia el juramento con voz vibrante de religioso entusiasmo y se cubre el rostro con el espeso velo: ¡aquella alma desde ese momento queda trasformada en cadáver! ¡aquella fisonomía no brillará ya con ningún afecto tierno y apasionado! ¡aquel corazón ha dejado de latir para siempre, a no ser que experimente las convulsiones violentas de la desesperación y mas tarde la agonía del fastidio!

"¡A cuántas reflexiones, hija querida, no se presta este absurdo estado! ¡Ai! Las leyes de la naturaleza no se burlan, no se combaten impunemente, no; las personas que las contrarian son víctimas de su extravío y sufren las consecuencias! ¡Y qué consecuencias, Dios mío! ¡Mas valiera no haber nacido, mas valiera haber muerto!... ¡Votos eternos para un ser, como el hombre, que cambia de ideas, de pasiones, de voluntad, de afectos, a cada año, a cada día, a cada instante! ¡A qué abismo nos han conducido nuestras preocupaciones! Este ha sido uno de los delirios humanos que ha inmolado en el altar del fanatismo numerosas e inocentes víctimas! No, Luisa, cualesquiera que sean tus sufrimientos, tus dolores, tus desengaños, no adoptes el partido que yo adopté, no sigas el camino que yo seguí, porque te encontrarias en él cien mil veces mas desgraciada, y muerta para siempre a toda esperanza.

"Dejo a un lado mis reflexiones tristes para continuar mi no menos triste narración.

"El día del monjio yo estaba en el colmo de la felicidad, estaba poseída del mismo vértigo que todos experimentan en aquellos momentos, y me parecia que las puertas de los cielos se habian abierto para recibirme, entreviendo ya la gloria del Señor. ¡Cómo pintarte, Luisa, aquel estado de mística exaltación, aquel arrobamiento delicioso que producía en mí todo cuanto me rodeaba! Imposible; pero lo

que puedo decirte es que me creí divina o pronto a serlo.

"Las monjas me rodeaban, me acariciaban, me prodigaban alabanzas, me entonaban salmos, estaban de fiesta, estaban realmente alegres, estaban triunfantes: ¡iba a ser como ellas, y experimentaban ya la alegría del diablo!... ¡Qué regocijo mayor que hacer un desgraciado! ¡Dicha de Satanás! al menos yo no te he sentido nunca!...

"La iglesia estaba perfumada, llena de luces, llena de flores, llena de incienso, y ocupaba la espaciosa nave un jentío inmenso.

"A mi aparicion se dejó sentir un murmullo jeneral y llegaron hasta mis oidos las exclamaciones de admiracion que mi presencia arrancaba a los espectadores.

"Qué jóven! ¡Qué hermosa! ¡Qué encantadora! decian algunos ¡Qué dicha! ¡Qué gloria! ¡Qué felicidad para sus padres! decian otros. ¡Digna esposa de Jesucristo! repetian muchos! Y unos pocos, pero mui pocos y en voz mui baja exclamaron: "¡Qué lástima! ¡Qué desgracia!" ¡Ai Luisa! Estos últimos eran los que estaban en posesion de la verdad; a los otros les cegaba el fanatismo...

"Yo dirijí mi vista serena por toda aquella concurrencia, y distinguí a Guillermo en el mismo lugar apartado en que tenia costumbre de colocarse cuando venia a orar. Toda mi alma estaria sin duda en aquella mirada... Le dirijí una última sonrisa y levanté mi vista al cielo, como quien dice: "allá nos uniremos;" y este era en realidad mi pensamiento, mezcla de misticismo y de pasion, de amor divino y de amor humano... ¡En ese instante fuí dichosa como no lo será nadie!...

"Mi segunda mirada fué para mi hermana y su marido. Me habian dicho de antemano el lugar en que estaban colocados, porque tenia que despedirme de ellos como los únicos miembros de mi familia, y me fué fácil hallarlos. Mi hermana tenia un pañuelo en sus ojos y tu padre estaba mui cambiado, mui flaco, mui triste! Sentí en ese momento un

dolor agudo y llevé la mano a mi corazón, pues comprendí todo el mal que le había hecho. ¡Pobre Eduardo! Yo lo llevé a la tumba!... Pero él me ha perdonado y tú también me perdonarás. ¿No es verdad, Luisa?

"Esta especie de remordimiento que me asaltó en medio de mi éstasis, lo amortiguó la idea de que iba a purificarme, de que estaba ya purificada; proponiéndome, sin embargo, hacer la felicidad de ustedes como una excusa mas que me daba a mí misma para borrar en mi conciencia hasta el mas pequeño vestigio de mi falta. ¡Promesa vana! ¡Esperanza que nunca debía realizarse!... Al día siguiente era presa de mi remordimiento y lo he sido casi toda mi vida, porque al día siguiente debía caer la venda que cubría mis ojos. Pero cada cosa vendrá a su tiempo con la continuación de mi historia.

"Jamás se han borrado de mi memoria aquellas horas en que fui tan feliz; pero la reacción ha sido terrible y esa felicidad ha causado mi tormento mas cruel, mi tormento incesante.

"Yo estaba ataviada con el mayor gusto. Llena de pedrerías, debía parecer una divinidad, pues cuando me miré al espejo me sorprendí yo misma. Tenía conciencia del efecto que produciría en los espectadores, porque lo sentía en mí. A las exclamaciones de admiración sucedieron los sollozos y las lágrimas de un gran número de personas que sin duda simpatizaban con mi juventud, y puedo decirlo ahora sin vanidad, con mi belleza.

"Esas lágrimas, resultado en unos de la compasión y en otros de la alegría, eran para mí el mas rico incienso y me gozaba en ellas, creyendo que a medida que se aumentaban por ese contagio del dolor, me desprendía mas y mas del mundo, alzándome envuelta en vaporosas nubes hacia las regiones etéreas: créame ya en los cielos y desde aquella altura miraba con piedad a los míseros mortales que dejaba en la tierra.

"Despues se dió principio al sermon. El orador sagrado, lleno de uncion, hizo el panejirico de la vírjen que se consagra a Dios. Lo confieso, yo me ruboricé un tanto, empero creia mi contraccion tan pura, mi fé tan sincera, mi pensamiento tan elevado, mi desprendimiento tan sublime, mi abnegacion y mi sacrificio tan incomparable, que me juzgaba suficientemente santificada y suficientemente digna para aspirar al título de esposa de Jesucristo. ¿Estaba yo engañada? Sin duda alguna, como mis sufrimientos posteriores lo prueban.

"El sacerdote continuó el sermon, realzó mis prendas personales, mi estirpe, mis riquezas, mis triunfos en la sociedad, mis esperanzas halagüeñas y justificadas que me abrian de par en par las puertas de todos los encantos, de todos los atractivos, de todas las glorias del mundo; y que sin embargo preferia la vida austera, el manto burdo y humilde de la monja, el duro lecho de una tarima que se asemejaba mas bien a la fria losa de un sepulcro, agregándose a esto la soledad del claustro, la privacion de todo goce que no fuera el amor de Dios, la oracion constante, el silencio, los silicios, la maceracion santa, la obediencia pasiva, la prescindencia de todo afecto, de todo lazo, de toda relacion exterior: pero que en cambio iba a tener la dicha inmensa, la dicha infinita, la dicha que no tenia ni precio ni comparacion, la dicha inimitable y augusta de ser una de las esposas de Jesus..., una de las vírjenes que rodean el Sagrario y cuyos asientos están juntos, son los mas inmediatos al trono de Dios.

"Esta peroracion, adornada con todas las galas de la elocuencia, con toda esa poesia mistica del culto, con ese solemne aparato del rito, conmovió tan profundamente al auditorio que solo se oian sollozos, no habiendo quizá en el sagrado recinto, una sola persona, salvo Guillermo, que no vertiese lágrimas; y yo misma estaba tan fuertemente impresionada que hubo un momento en que creí perder el co-

nocimiento: pero sin duda, esperando este resultado, tenían la vista fija en mí, y fui inmediatamente socorrida.

"En seguida el orador se dirigió a mí para exhortarme en el cumplimiento de mis sagrados deberes, para que no desfalleciera, siguiendo con constancia el camino del perfeccionamiento que había abrazado, no teniendo ya nada que hacer ni con el mundo ni con los hombres, pues valía más que todo el mundo y los hombres juntos con el solo hecho de tener el título y de ser en realidad una de las sagradas esposas de Jesucristo.

"Mi espíritu había llegado a tal grado de exaltación que si me hubiera dicho el sacerdote que estaba ya gozando de la gloria de Dios, lo habría creído sin vacilar, pues a mí misma me lo parecía ya, o al menos me figuraba que por un milagro del Señor me había dejado entrever la morada de los cielos; pero salí de esta deliciosa absorción mental para entrar a la vida positiva, cuando me dijeron que ya era tiempo de dar el último abrazo, el último adiós, la despedida última al mundo y a mi familia.

"Abracé, pues, a mi querida Juana y a mi querido Eduardo. La fisonomía de ambos no se me ha borrado jamás, especialmente la de tu padre... Por sus pálidas mejillas corrían dos gruesas lágrimas, las únicas que había derramado, y una de ellas que, al abrazarlo, cayó por casualidad en mis labios, era amarga, muy amarga... tan amarga que me parece sentir la aun, cual si me hubiera horadado el paladar... En seguida me dijo estas solas palabras:

—Dios quiera que seas feliz; yo rogaré a él por tí..

"Despojada una vez de mis espléndidas vestiduras y puesto el hábito de monja, se apagaron las luces y entré en las tinieblas... Las decoraciones se habían cambiado... La transición fue rápida y terrible... Del cielo bajé a los infiernos...

V.

"Apenas se cerraron tras de mí las puertas eternas del cláustro, y cuando todavía resonaban en la iglesia las pisadas de las personas que la abandonaban, cuando aun los últimos sonidos del órgano no se habían extinguido y cuando las monótonas salmadios de las monjas no se habían apagado todavía en mis oídos, la abadesa, cambiando como por encanto la alegría y suavidad de su semblante en un ceño airado, me dijo con un tono severo que me heló el corazón:

—Sor Ursula, dentro de una hora preséntese usted a mi celda, pues tengo que hablar en privado con usted.

"Fué tal la turbación y el espanto que me causaron aquellas pocas palabras que no pude contestar, y solo exclamé: "¡Madre!" Y me puse de rodillas cruzando mis brazos sobre el pecho.

"La albanera abadesa me miró de arriba abajo de una manera tan glacial que quedé petrificada. En seguida me repitió:

—Dentro de una hora, sor Ursula, y salió sin añadir más.

"Las demás monjas la siguieron y yo quedé sola, completamente sola en el coro, es decir, en aquel recinto en que pocos momentos antes me habían manifestado tanta bondad y tanto cariño, en que pocos momentos antes me habían dicho que yo estaba llamada a ser una de las lumbreras de la comunidad y que desde novicia se contaba conmigo para que hiciese florecer el monasterio; sin duda porque todavía no tenían asegurada la víctima, porque aun me quedaba tiempo para retractarme teniendo la posibilidad de abandonarlos en ese supremo instante en que yo misma poseía la facultad de decidir de mi suerte; pero todo esto lo vine a comprender mucho después, cuando ya no había esperanza, cuando no había posibilidad, cuando estaba obli-

gada a tascar el freno sin que me fuera posible arrancarlo o destruirlo.

"No sé, hija mia, cuánto tiempo permanecí allí completamente anonadada, completamente abatida y sin darme cuenta de lo que pasaba ni aun siquiera de la orden de la abadesa, de esa orden que tanto me había impresionado y que era la causa del estado en que me encontraba.

"Es probable que la abadesa me mandase buscar viendo que trascurrea mas del tiempo que me habia fijado para comparecer a su presencia, pues salí de mi estupor cuando una monja remeciéndome suavemente como quien despierta a una persona dormida, me dijo:

—Hermana: ¿qué hace usted aquí? La madre abadesa me manda a buscarla.

—La madre abadesa! exclamé, ni mas ni menos que si volviera de un letargo o saliera de un profundo sueño, ¿para qué me quieren?

—No lo sé hermana.

—Ah! ya recuerdo: ella me dijo de ir a su celda dentro de una hora, ¿habrá pasado mas tiempo? Voi en el acto. Y me puse de pié.

—Es probable que así haya sucedido. ¿Cuándo le dió a usted la orden?

—Tan luego como se concluyó el monjío... Tan luego como entraba de la iglesia al coro. No soi yo acaso la novicia que ha profesado hoi?

"La monja me miró asustada, temiendo sin duda que hubiera perdido el juicio, y en verdad que casi tenía razon; en seguida me dijo:

—La misma.

—Pues bien, vamos donde la abadesa. ¿Sabe su maternidad para qué me necesita?

—No.

—¿Cree usted, hermana, que haya pasado mas de una hora?

—Si su reverencia me dice que la madre abadesa le dió la órden de comparecer a su preseneia cuando concluyó la funcion, es claro que ha trascurrido mucho mas tiempo, y esto es motivo sin duda porque me ha mandado a buscarla.

—¿Qué irá a sucederme?

—Supongo que nada si acaso es un olvido involuntario: la madre abadesa es mui buena y bondadosa.

—¡Bondadosa! No lo creo.

—No diga usted eso, me contestó la monja asustada y volviendo la cara para todos lados como para cerciorarse de que no habia sido oida; y luego añadió: es un pecado grave para nosotras hablar mal de sus superiores, y yo estoi en el deber de comunicarle lo que se habla: esta es la regla.

—Ah! hermana, dispénseme..., yo no he querido hablar mal de su reverencia... Esto no es otra cosa que el resultado del estado en que me encuentro; discúlpeme, hermana.

—La única que puede perdonar es la madre abadesa, pero, repito, cuente usted desde luego con su induljencia; porque sabe perdonarlo todo y disculparlo todo. En lo único que es ríjida y con lo cual no transije, es cuando se falta a la regla o cuando no se someten al precepto de *Santa obediencia*; porque esto es lo esencial, y sin ello no podríamos existir ni tan tranquilas ni tan ordenadas y florecientes como lo hemos estado hasta hoi, y como espero en Dios que lo estaremos siempre.

—Pero yo no he desobedecido; y si he faltado ha sido contra mi voluntad.

—Ya lo veo, hermana y se lo haré presente a su reverencia, la madre abadesa.

—Está bien, vamos.

"Y me dirijí con pasos vacilantes al cláustro en que está la celda de la superiora de mi convento, en compañía de la otra hermana, que me dejó en la pieza que servia como de antesala, diciéndome que iba a prevenir a la madre abadesa de mi llegada.

"Pasádo un instante, volvió la misma monja y me hizo seña de seguirla.

"La madre abadesa estaba sentada delante de una mesa en que habia gran número de papeles, un crucifijo de bulto y de un tamaño considerable, algunos libros al parecer de devocion y un manojo de llaves.

"Aquel cuarto era espacioso, y dos ventanas de vidrio daban a un pequeño patio, donde se veian algunas macetas de flores y muchas jaulas con pájaros, a los que era mui afecta la abadesa. Las murallas de aquella habitacion estaban casi cubiertas de grandes cuadros de santos, entre ellos algunos de bastante mérito.

"El sillón que ocupaba la abadesa era de suela y tachonado con clavos amarillos, y en el resto del cuarto habia algunos sillones de paja y unos cuantos taburetes. A los piés de su reverencia roncaba un enorme y rollizo gato color de tigre y de vista fosforescente.

"La monja que me acompañaba hizo una profunda reverencia al entrar al cuarto. Yo la imité.

"Permanecimos paradas sin tomar asiento y sin que la abadesa nos invitase.

"Me contempló, sin proferir palabra, por un largo rato, con esa mirada escrutadora, fria y penetrante que caracteriza al juez y que por lo regular fascina al reo, haciéndole temblar con el hecho solo de clavarle la vista.

"Despues de este exámen me dijo con tono mas dulce:

—¿Por qué no ha venido usted, sor Ursula?

—No ha sido por faltar a la obediencia, le contesté, sino porque tantas emociones turbaron mi memoria, y a no ser por la madre, que su reverencia se sirvió mandar en mi busca, aun permaneceria en el coro y en el mismo lugar en que usted me dejó.

"No sé lo que pasaria por la imaginacion de la superiora en ese momento; pero continuó mirándome fijamente, y despues de este exámen me dijo:

—Talvez echa usted de menos el mundo y sus pompas; pero ya es tarde: usted ha tenido todo el tiempo necesario para resolverse. Ninguna sujection ha obrado sobre usted. Sus votos han sido libres y su juramento con pleno conocimiento de causa. Siento, pues, que se haya arrepentido demasiado tarde para no poder salir y demasiado temprano para principiar nuestra santa vida, cuyas dulzuras no conoce usted aun.

"Al pronunciar la palabra dulzura, me pareció notar una amarga e imperceptible sonrisa en los delgados labios.

—Puedo asegurar a su reverencia, contesté humilde y tímidamente, pues la mirada de aquella mujer ejercia sobre mí la fascinacion del miedo, esa fascinacion que paraliza y entumedece los movimientos; puedo asegurar a su reverencia, repetí, que he pronunciado mis votos libremente, que no tengo todavia motivos para arrepentirme de la santa vida relijiosa que he abrazado con gusto y aun podria decir con entusiasmo, y que seguiré, espero en Dios, con todo el fervor y toda la humildad necesaria hasta llegar a ser una digna esposa del Señor.

—Sor Ursula, lo que usted dice está bien: asi es como debe obrar siempre una esposa de Jesus. Tome el ejemplo de mis otras hijas, sus otras tantas hermanas, y marchará usted por buen camino, siguiendo sin apartarse jamas de la regla de nuestra santa fundadora; pero desgraciamente tengo algunos motivos para creer que su vocacion no ha sido tan verdadera y tan espontánea como lo afirma ahora, sino que motivos puramente humanos han influido en su determinacion; y ojalá me hubieran sido conocidos antes para haber reparado el mal; pero solo me fueron descubiertos a última hora, cuando ya no habia remedio, sino cometiendo un escándalo que no existe igual en los anales de nuestra comunidad y que la hubiera perjudicado a usted altamente en el concepto público. Estas dos causas tan poderosas: el honor de la órden y la reputacion de una señorita, me obli-

garon por deber y por caridad a no interrumpir la ceremonia. ¡Dios quiera que haya acertado en mi determinacion y que sea ella de su agrado! Pero para impetrar el poder del Altísimo en caso que haya obrado mal, voi a hacer *tocar a comunidad* (1) para que se pongan mis amadas hijas en oracion.

—¿Pero qué es lo que yo he hecho, madre mia? exclamé llena de turbacion.

—Voí a dejar a sor Ursula el tiempo suficiente para que recapacite bien lo que ha hecho y me conteste mañana: hoy queda sor Ursula libre del cumplimiento de las obligaciones de la regla; mientras nosotras todas iremos a postrarnos humildemente a los piés del Señor para suplicarle que me perdone a mí por si he delinquido, por si no he tenido el cuidado necesario por el bien y prosperidad de este santo rebaño que me ha sido confiado y del cual tendré que dar estrecha cuenta ante el trono del Señor.

"Y la abadesa hizo ademan para que me retirase, ordenando a la otra hermana que me condujera a la celda que se me habia destinado.

"Yo estaba aterrada y me dejé guiar sin pronunciar palabra, casi sin ver nada.

"Llegamos al fin a un corredor angosto y húmedo, a cuyo extremo habia una puerta que la monja abrió, diciéndome solamente:

—Esta es la celda de sor Ursula.

"Yo no me dí cuenta al principio de la habitacion que me habia sido destinada desde aquel dia que entraba a formar parte de la comunidad y que habia llegado al alto y codiciado grado de ser *madre* o monja de *velo negro*, sino que viendo un crucifijo sobre una mesa, me hiqué ante él

(1) Término que usan las monjas cuando son convocadas para deliberar sobre un caso grave; y el sonido particular que se da a la campana cuando esto sucede causa una sensacion profunda y es un magno acontecimiento que pone a las monjas en santo movimiento.

y lloré muchísimo sin decirle nada, sin pedirle nada y tal- vez sin pensar en nada, siendo quizá aquello un simple desahogo de la naturaleza que se unia a mi devocion y a mis creencias.

"Todo ese dia lo pasé encerrada y sola en mi celda sin tomar el menor alimento y aturdida a tal punto que me parecia que no era la misma mujer o que habian trascurrido muchos años desde los momentos antes que me encontraba en la iglesia, brillante de hermosura y llena de un celestial regocijo. ¡Ai! imposible, Luisa, que tú comprendas tan súbito cambio, tan repentina trasformacion y que yo pueda explicártelo; lo único que me es dado decirte es que casi no tenia conciencia de mi ser, es decir, si existia o no.

"Muy tarde de la noche me dió sueño, porque la naturaleza siempre vijila por la conservacion, y busqué mi cama para acostarme. El mullido lecho consistia en una tarima y una vieja frazada; pero no tuve tiempo de pensar en esto, que era en realidad muy insignificante comparado con lo demas que me sucedia; y me dormí profundamente.

"No sé la hora que seria cuando desperté, pues el sol no penetraba en el angosto corredor sino a las doce del dia y por un corto espacio de tiempo: era sin duda el lugar en que me encontraba una especie de calabozo, pero mucho menos terrible que el que tuve ocasion de conocer despues (1), que, si no me engaño, existe en todos estos santos

(1) Poco tiempo hace que todos los diarios chilenos publicaron las atrocidades cometidas en un convento de monjas de Cracovia; de consiguiente, no se crea exajerado lo que decimos sobre las nuestras, porque esta es la natural consecuencia de esos votos perpetuos que, contrariando las leyes de Dios, perturban las tendencias del hombre y lo desfiguran de tal manera que esos reclusos llegan a formar casi una especie distinta sin relacion con el resto de la humanidad, y no pocas veces en lucha con ella. Si se revelaran los misterios, los dolores, las desesperaciones, los crímenes talvez que encierran esos claustros y que durante siglos no han traspasado la espesura de sus murallas, quedando sepultados en esos lóbregos recintos, nos pasariamos quizá a pesar de la corrupcion del siglo. Pero es natural que asi suceda, cuando se conculcan y se empeñan en anular las leyes eternas de la creacion que, a despecho de los esfuerzos del hombre, renacerán siempre continuando la obra infinita que admiramos sin comprender. No es

asilos en que se albergan las personas que se consagran exclusivamente al servicio del altar y a la prédica por el ejemplo, por la accion y por la palabra, de las virtudes que se llaman tolerancia, mansedumbre, humildad y conformidad, pues recuerdo que algunos años mas tarde, echando

nuestro ánimo negar que en esos claustros hayan existido y existan santos varones y santas vírgenes; pero si fuera posible establecer una estadística exacta, ¡qué reducido seria talvez su número! Y tan convencidas van estando las sociedades de la verdad de lo que decimos que en muchos paises no se admiten ya los votos perpetuos. Se ha dicho que en esta medida se ataca la libertad individual; y nosotros somos de opinion que se conserva, porque no es atacar la libertad individual el detener el brazo del suicida. La restriccion temporal del voto no quita la perpetuidad del voto, porque el individuo que quiere pasar encerrado para siempre en un claustro puede hacerlo al amparo de la misma lei, renovando sus votos periódicamente. Por otra parte, en nuestro siglo semejantes instituciones son ya incomprensibles anacronismos: talvez sirvieron en las pasadas edades, (lo que dudamos mucho a pesar de lo que afirman algunos historiadores si ponemos en la balanza los males que han producido y la ignorancia y supersticion que han fomentado) pero que eran inútiles y perjudiciales en los tiempos presentes; sin embargo, déjeseles que existan en buena hora, pero poniendo a las mismas personas que tienen esas tendencias al amparo *de la lei* previsoras, para que no sean toda su vida víctimas de un momento de exaltacion o de delirio; y de esta manera los claustros podrian ser vijilados por la autoridad civil para amparar a muchos desgraciados cuyos lamentos se ahogan muriendo en la desesperacion. Y de esta manera, volvemos a decir, las leyes que erijen a todo un pais, penetrarán al interior de esos recintos misteriosos, llevando el áncora de salvacion a muchos desgraciados sin dejar aislados esos puntos a donde no alcanza ahora a penetrar su influencia, parapetándose en privilegios e inmunidades que ya no se pueden acordar, que ya no deben existir y menos tolerarse.

Nosotros hablamos bajo el punto de vista social y bajo el punto de vista humanitario sin tomar en cuenta el punto de vista relijioso; pero si para los dos primeros es indispensable la abolicion de los votos perpetuos, lo creemos tambien mui útil para el segundo, porque destruir los abusos no es destruir la relijion si no que es purificarla y conservarla, pues con lo primero se consigue lo último. Cuando el catolicismo haya sacudido toda la carcoma que las pasiones y las ambiciones ciegas y erróneas que los hombres han añadido al tronco, cuando hayan desaparecido las temporalidades de los Papas y de los sacerdotes, cuando hayan desterrado del culto todo el paganismo de que lo rodean actualmente materializándolo y ridiculizándolo, cuando se destierren del santuario las aspiraciones esencialmente mundanas en que viven los llamados a combatirlos, cuando se presente y se enseñe la moral en su forma pura, en su forma elevada y ajena de prácticas insignificantes, cuando la humildad y la caridad sean el símbolo y la doctrina de los *levitas* difundida por medio de la accion para que los demas hombres los sigan con el acto, entonces sí que el catolicismo, disipando las tinieblas, conseguirá la *universalidad* que se ha decretado, pero que está mui lejos de poseer; porque entonces estarán en relacion íntima, en completa armonía la creencia con la civilizacion, la fé con la ciencia, la relijion con el progreso, la obra con la idea; mientras que ahora nos vemos obligados a rechazar la creencia que se nos impone si aceptamos la civilizacion

abajo un cuerpo de edificio, se encontraron dos murallas casi unidas y algunas osamentas: este sin duda habia sido un lugar de castigo oculto, cuya existencia no se conocia, habiendo estado reservado a mui pocas personas, por cuya razon habia desaparecido de la memoria de todas las monjas que formaban la comunidad, quedando solamente ciertas tradiciones que se contaban las unas a las otras como esas historias antiguas hechas ex-profeso para producir tétricas impresiones en la imaginacion ardiente y jeneralmente fantástica de la juventud, que se complace y prefiere todas aquellas cosas que las conmueve fuertemente; sin embargo, se citaban algunos nombres particulares de los verdugos y de las víctimas, entre cuyas fantásticas relaciones se daba la preferencia al de una abadesa llamada la madre Encarnacion Valdivia, que habia hecho morir en un sótano y empalada a una pobre monja que tenia por nombre sor Ursula Urrutia; pero que al dia siguiente del fallecimiento de dicha monja principió la abadesa a sentirse mala, hasta que, no pudiendo soportar ya lo que le pasaba, se vió obligada a consultar el caso al confesor; y era que sor Ursula se le aparecia todas las noches a las doce en punto y se acostaba con ella en la cama, empalándola lo mismo que la habia empalado a ella en vida, sin que hubiera oraciones ni escapularios que le valieran para libertarse de aquella terrible aparicion, y que habiéndole aconsejado el confesor que durmiera con dos crucifijos, uno en cada costado, se le habian retirado éstos, habiendo venido en su lugar dos diablos en compania de sor Ursula, que se habia condenado por haber muerto desesperada, llevándose a la abadesa a los infiernos en cuerpo y alma, pues al dia siguiente se encontró la celda

que surge, y a renegar de la fé en caso de dar crédito a la ciencia, porque en el estado actual de cosas esa creencia, esa fé y esa religion están plagadas de cosas que chocan el entendimiento, que repugnan a la razon y que no acepta el buen sentido; y éste es el motivo porque cunde el escepticismo que es tanto o mas pernicioso que el fanatismo desde que nos lleva al indiferentismo, que es el emblema de la inercia moral.

vacía, un fuerte olor a azufre y la cama chamuscada como por llamas y que los dos crucifijos habían vuelto la espalda a la abadesa para no ver que se la llevaban los diablos, lo cual era evidente, porque los habían encontrado con la cara hacia la pared.

"Yo me había reído muchas veces de este cuento y de la credulidad de las novicias, donde se refería como un hecho; pero ese día se me vino a la imaginación a causa de la coincidencia de tener el mismo nombre, como también de encontrarme en un cuarto que se asemejaba a un calabozo y lo dura que se había mostrado conmigo la abadesa el día anterior.

"Estaba sumida en esta reflexión penosa, cuando se me presentó la misma monja a llamarme de parte de la superiora que me estaba esperando. Al oír esta orden experimenté un terror pánico, que, paralizando sin duda la circulación de la sangre, me oprimió de tal manera el corazón, que quedé helada y exánime por algunos minutos, bañando todo mi cuerpo un sudor frío.

"La monja me miraba sin decirme palabra; y viendo que no me movía, me repitió la orden.

"Entonces me paré como pude y marché con ella. Mis pasos eran vacilantes como los de un beodo y no podía en mi cabeza coordinar dos ideas: tal era mi turbación, tal mi miedo...

VI.

"La madre abadesa estaba sentada en el mismo lugar en que la había visto el día antes, y me recibió con un tono de glacial ceremonia, diciéndome:

—Sírvasse, sor Ursula, tomar asiento, pues tenemos que hablar bastante largo.

"La abadesa debió conocer mi estado, que, por otra parte, estaba visible, pues añadió:

—Serénese usted antes de todo.

—Y en seguida hizo una señal a la monja para que se retirase.

"Quedamos solas.

"Después de un rato pasado en un silencio profundo, rato que ella aprovecharía en examinarme, pues yo no me atrevía a levantar los ojos, me dijo:

—Ayer ha tenido, madre, todo el día para reflexionar bastante, y usted debe haber comprendido, por lo que le dije, la materia de que se trataba o el punto delicado a que aludía; y por esa misma razón acordé a usted ese perentorio plazo, eximiéndola a la vez de todas sus obligaciones como monja, pues el artículo tal de nuestra regla me da esta autorización.

—No sé a lo que su reverencia se refiere; y si he de confesar a su reverencia la verdad, no he tenido ocasión de reflexionar.

—¿Y qué ha hecho usted todo este tiempo?

—Nada... He sufrido, he llorado: esto es todo.

—Pero no se sufre ni se llora sin motivo; y según las apariencias, su residencia en el convento le ha sido agradable; ayer no más estaba usted brillante de alegría; ¿qué puede haber motivado trastorno tan grande en tan pocas horas?

—Su reverencia lo sabe.

—Sí; pero yo sé que el mismo motivo tenía la señorita antes que el que tiene ahora la monja, y que antes estaba muy satisfecha y ahora la veo muy abatida; ¿cómo una misma causa puede producir dos efectos distintos?

—No lo ocultaré: el único motivo que me ha puesto en este estado ha sido el que apenas había yo pasado de la iglesia al coro, cuando su reverencia me ha mirado y hablado con una severidad... inmerecida...

—¡Inmerecida! ¡Sor Ursula! me contestó la abadesa levantándose de su asiento y mirándome con ceño airado. ¿Cómo se atreve usted a calificar de inmerecido ese peque-

ño acto de severidad, que prueba toda mi induljencia, sabiendo, como sabe usted, de donde proviene?

—Lo ignoro.

—¡Lo ignora! Basta de hipocresía, sor Ursula, porque tengo sobre mi mesa documentos cuya autenticidad no se atreverá usted a negarme.

—Puedo asegurar a su reverencia que ignoro el motivo; que estoy completamente inocente.

—Con menos tenacidad, mi induljencia habria sido mayor, y el arrepentimiento de su falta habria traído tras de sí el perdón; pero su persistencia en continuar en la negativa me prueba su pertinacia en el mal, y su pertinacia en el mal me obliga, con mucho disgusto mio, a tener que emplear el castigo como único correctivo.

"Estas amenazadoras palabras, mi querida sobrina, volvieron a traerme el recuerdo de la inverosímil historia de la abadesa Encarnación Valdivia y de la antigua sor Ursula, y temblé de nuevo, lo cual visto por la madre, continuó diciéndome:

—A lo que se debe temer es a la culpa y no al castigo, porque aquella mancha mientras que ésta purifica; pero yo quiero que usted misma sea su juez.

Sor Ursula, agregó la abadesa con tono solemne, cruzando los brazos sobre el pecho y levantando los ojos al cielo; usted se ha presentado aquí como una vírjen pura y casta, y sin embargo, habia llevado en el mundo una vida licenciosa.

"Un rayo no me habria hecho tanto efecto como estas palabras. Yo habia caído, es verdad, pero no habia dejado de ser digna: mi culpa era el resultado de una pasión estraviada, pero no del vicio; y la prueba mejor de mi delicadeza era que lo habia sacrificado todo, que habia sacrificado hasta a mi mismo amante, porque en ese momento lo creia todavía con el alma mas noble, por tal de conservar el honor, de recuperar la pureza obligándome a pasar por el crisol del sacrificio; de manera que cuando oí la palabra

licenciosa, me irrité y dije resueltamente a la abadesa:

—Mienten y miente.

"La superiora se puso lívida de cólera, pero se contuvo, dominán los hasta el punto de decirme con dulzura:

—Yo desearia, hija mia, que se hubiesen engañado y en engañarme yo misma, pues con tal de que una de mis monjas saliera triunfante de cualquier imputacion, daria con gusto mi vida, porque lo que mas estimo y lo que mas amo es su virtud; y ojalá, sor Ursula, pudiera usted combatir, anular, destruir los documentos que tengo aquí presentes y que le mostraré en seguida, para hincármele de rodillas en presencia de la comunidad y pedirle públicamente perdon de haberla juzgado mal.

"Se habia obrado en mí, con aquel grosero insulto, una reaccion prodijiosa: me volvió toda mi antigua altivez, y mirando de frente a la vieja monja, le dije:

—No es necesario que su reverencia me pida perdon, porque desprecio un insulto, tan impropio en boca de una religiosa, como calumnioso.

"Habia, sin duda, en mi actitud, en mi mirada, en mi acento, tal fuerza de conviccion y tal energia, que la abadesa, aunque cárdena de rabia, bajó la vista, no pudiendo sostener el brillo de mis ojos o el grito de su conciencia manchada; pero rehaciéndose en seguida, me contestó con finjida mansedumbre.

—Sor Ursula, la soberbia es un gran pecado, y usted se ha propuesto sin duda hacerme perder la paciencia; pero ahí está nuestro Señor a quien le dijeron tantísimo sin conseguir alterarlo, y yo aunque débil trato de seguir ese ejemplo. Usted no solo no respeta a su superiora, sino que la provoca y la insulta; pero yo la perdono, sor Ursula, asi como Jesus nuestro divino esposo perdonó a los que lo desconocian e injuriaban; sin embargo, tengo que vijilar por el honor y dignidad de este santo retiro, de este convento que siempre ha sido un modelo por la virtud ejemplar de las

vírgenes que han abrazado nuestra sagrada orden; así es que me veo en la necesidad de corregir en usted un mal que, si una vez ha sucedido, no debe repetirse nunca.

He usado de la palabra licenciosa, prosiguió la abadesa, porque usted, antes de venir al convento ha estado en relaciones ilícitas con un joven casado, y hace muy pocos días que usted me pidió la autorización para hacer una donación de cuantiosos bienes que poseía en favor de un niño, y este niño era un hijo suyo, sor Ursula, fruto de un trato tanto más pecaminoso cuanto que el padre de esa infeliz criatura es un hombre casado, siendo de consiguiente el origen de la discordia de una familia y de muchas otras desgracias que pueden suceder; y usted ha venido sor Ursula, a sorprender la inocencia mía y la inocencia de mis santas hijas, engañándonos con una fingida virtud para asociarse a las castas esposas de Jesucristo, tomando el mismo velo sagrado que las cubre a ellas, ¡a ellas más puras que el día en que nacieron y emblanquecidas ahora por el bautismo de la penitencia! ¡Cómo, pues, sor Ursula, pretender que yo no defienda la pureza de mis santas hermanas! Yo no puedo, sor Ursula, en conciencia, dejarlas en contacto con usted; y ya que me es vedado arrojarla del claustro, porque desgraciadamente para nosotras y para usted misma, está ya consagrada, veré modo de aislarla, lo que servirá de precaución para ellas y de castigo para usted.

Ahora, continuó, sin permitirme que hablase, poniéndose ella el dedo índice sobre sus delgados y pálidos labios, no es calumnioso lo que estoy diciendo, pues aquí tiene usted sus propias cartas desde larga fecha y algunas de ellas datadas desde esta santa casa. ¿Negará usted, pues, la evidencia? Negará usted su propia letra, su propia firma? Negará usted ese instrumento público para el cual usted me pidió permiso engañándome?

”La abadesa hizo una pausa y me miró con ironía, añadiendo:

—Responda, ¿confiesa o niega, sor Ursula, el hecho?

—Yo conocí mis cartas y se me reveló en el acto toda la negra perfidia de Guillermo y aquella maquinacion infernal que se habia tramado para apoderarse de mi fortuna. Habia caido en un lazo tendido de antemano con mucha premeditacion y consumado ahora con la mayor infamia y con la mayor crueldad. El esceso de mi indignacion ahogó mi vergüenza, haciendo desaparecer tambien mis temores, y contesté resueltamente:

—La señorita de..... confiesa el hecho; la monja lo niega.

—No comprendo esas distinciones; y me parece que la señorita de... es la misma persona que sor Ursula.

—Sor Ursula no ha delinquido jamas; y el crimen mas grande que ha cometido la señorita de... no es haber sido seducida, sino el no haber conocido a un infame...

—¿Es este su arrepentimiento? me dijo la abadesa, enfurecida. ¿Es esta la excusa que da usted al engaño que ha cometido apoderándose indebidamente del santo hábito que la cubre.

—Yo no he engañado a nadie, sino que se me ha engañado a mí, y su reverencia es cómplice tambien de ese engaño. Yo he tomado el hábito, yo he renunciado a todo, porque creí en la virtud de un malvado, primo de su reverencia, y porque tenia y tengo ahora mas que nunca, fé y confianza en la bondad y misericordia de Dios, a quien buscaba, a quien busco y a quien buscaré con mas ahinco, porque comprendo que es el único consuelo, el único amparo, el único refugio que me queda en la vida y que nadie me puede arrebatar, nadie... aun cuando me sepulten viva...

—Estas palabras creo que impresionaron algun tanto a la abadesa. En seguida continué:

—Cuando tomé la resolución de hacerme monja, dije al confesor mi estado, le descubrí mi vida y le descubrí mi alma por completo, y él me perdonó y él aprobó mi resolu-

cion y él me dijo que Dios me recibiría gustoso en sus brazos y creí lo que el confesor me dijo entonces y lo creo aun como lo creeré siempre...

Pero todavía hai mas, señora, proseguí: ayer mismo, antes de recibir el velo sagrado, y por consiguiente, antes de recibir al señor en el Sacramento, hice con el mismo sacerdote, que es el director del convento, mi confesion jeneral, y volví a preguntarle con toda la humildad de mi corazon y bañada en lágrimas; si seria digna de ser la esposa del Señor; y él me respondió por tres veces: sí, sí, sí; y en seguida me dió su santa absolucion. Hé aquí el motivo en que me fundaba poco há para decir a su reverencia: la señorita de... confiesa el hecho, pero la monja lo niega; porque si he sido criminal en el siglo, he sido virtuosa y verídica en el claustro... Ahora espero que su reverencia me diga si he cometido o no un sacrilegio, segun parece que considera su reverencia el acto de mi profesion.

—Hipócrita, exclamó la abadesa, no sabiendo qué contestarme. Sor Ursula, usted no me engaña con sus sofismas. Usted ha burlado la confianza de todo el mundo. Usted ha prostituido nuestra santa órden. Usted ha manchado el tabernáculo. Usted ha desconocido y ajado mi autoridad. Usted no se somete a la santa obediencia que le es prescrita por la regla. Usted será castigada, y castigada de una manera ejemplar... Usted queda desde ahora condenada a morir en el *in pace* reservado a las réprobas, a las contumaces y a las sacrílegas.

"Y la abadesa se sentó en su sillón, porque no podía sostenerse.

—Usted, su reverencia, le contesté, queda desde ahora tambien citada por mí ante el tribunal de Dios... Su reverencia, que ocupa el lugar y quizá hasta el mismo aposento de la antigua priora del convento, Encarnacion Valdivia, y yo que hago el mismo papel de sor Ursula y a quien me asimilo por el castigo que me preparan injustamente y haz-

ta por el nombre, a usted y a mí nos correrá la misma suerte... Prepárese.

"Este reto, este llamamiento a la presencia de Dios, este caso práctico que le presentaba y que ella talvez creia, la entonacion vigorosa y profética de mi voz, todo sin duda, contribuyó a atemorizarla de tal modo, que despues de un instante repuso con voz balbuciente:

—No quiero que se diga que llevo el rigor hasta ese punto. Quiero usar con usted de mas mansedumbre para ver si así conoce sus extravios y se arrepiente de ellos. Continúe usted ocupando la misma celda, sometida a todas las prácticas que ordena la regla, y con la espresa prohibicion de hablar con nadie. En el coro y en el refectorio se sentará tambien en un lugar aparte y que le será designado ahora mismo. Vaya usted en paz y pídale al Señor que la perdone.

—Rogaré a su Majestad que nos perdone a ambas, le contesté.

"Y salí de la celda de la abadesa sin que ella se aperci- biera que la energia que me habia sostenido un momento iba decayendo...

VII.

"Tantas emociones en tan poco tiempo no solo habian influido sobre mi espíritu, sino que habian hecho flaquear mi cuerpo; me sentia débil, me sentia con fiebre, pero me parecia que me habia reñenerado en parte, aunque escesivamente abatida.

"Cuando llegué a mi celda no pensé en otra cosa que echarme a los piés del Señor, y perturbada como estaba mi alma por tantas tribulaciones, tomé en mis manos el Santo Cristo que se encontraba sobre la mesa, y arrodillada y llorosa cual otra Magda'ena, no tuve mas aliento que para decirle como el profeta rei: "*Pequé, señor, tened misericordia de mí!*"

"Sin duda por efecto del sacudimiento o de la violencia con que tomara con mis manos crispadas el crucifijo, se desprendió su brazo derecho del pequeño clavo que lo sostenia, enredándose entre mis cabellos, ni mas ni menos como si hubiera querido abrazarme. En ese instante sentí como un choque eléctrico, pero dulce a la vez que profundo: me pareció que Dios me habia perdonado, que me aceptaba por su sierva y por su esposa: ¡grata ilusion de un cerebro trastornado, pero no por eso menos eficaz y menos dulce! pues he conservado esa impresion durante largos años, sirviéndome de lenitivo en mis pesares, de amparo en mis tribulaciones, de sosten y de guia en mi creencia y en mi fé, y últimamente de consoladora esperanza en mi natural término: en mi muerte...

"Es probable que permaneceria algunas horas en un letargo absoluto, pues cuando recuperé mis sentidos, que en mi conciencia no habia perdido, me hallé rodeada de varias monjas que se empeñaban en levantarme y quitar de mis manos el crucifijo que yo tenia asido con tal fuerza, que era imposible arrancármelo sin romperlo, resolviendo por esta razon dejármelo o talvez no atreviéndose a despojarme de él violentamente por cierto respeto religioso.

"Una fiebre violenta se apoderó de mí, y pasaria, segun me dijeron despues, como quince dias entre la vida y la muerte, pero en todo ese tiempo no me desprendí del crucifijo, no teniendo otra conciencia de mi ni dando otra señal de mi vida que el retener fuertemente la sagrada imagen del Salvador cuando pretendian despojarme de ella.

"La juventud me salvó y mi restablecimiento fué rápido, porque a esa edad se convalece ligero; asi es que tan luego como estuve en estado de salir, se me ordenó de parte de la superiora que asistiese al coro a todas las distribuciones y a los demas deberes que prescribia la regla.

"Yo obedecí en el acto, y la primera vez que asistí a la hora de *prima* se me señaló lugar separado para hacer mis

oraciones y completamente aparte del resto de la comunidad. Yo conocí que este era un vejámen, pero me resigné en silencio. Tenia ademas la órden de que yo fuera la última monja que me retirara del coro, estando obligada a quedarme allí hasta que hubieran desaparecido todas.

"Pero lo que me extrañó sobremanera fué que ese dia y asi sucesivamente todos los otros y en cada distribucion venian las monjas una a una donde yo estaba prosternada, y, dándome con el rosario en la cabeza, me decian estas palabras:

—Arrepiéntete de tu pecado.

"Cambiando de espresion una sola de ellas, que con voz dulce y compasiva pero mui baja, casi imperceptible, como para no ser oida, me dijo:

—Paciencia y esperanza en Dios.

"Te lo confieso, Luisa; en el primer momento me dió un sentimiento de indignacion esta práctica cuyo significado ignoro y que supongo fué invencion de la abadesa, a tal punto, que estuve por pararme e injuriar a la superiora delante de toda la comunidad; pero afortunadamente me contuve; y cuando oí el consejo que me daba aquella voz dulce que me era desconocida, me serené y me resigné, influyendo de tal manera en mí aquellas palabras de "paciencia y esperanza en Dios," que bastaron por sí solas para darme aliento y aliviar mi amargura.

"Pasé así algun tiempo sin hablar con nadie y recibiendo diariamente el mismo castigo, pero oyendo tambien el mismo consuelo, hasta que un dia vino a mi celda la monja que ya te he mencionado, y que sin duda era la confidente de la abadesa, a decirme que ésta me llamaba porque tenia cosas de familia que comunicarme.

"Para mí habia pasado todo temor, porque estaba resuelta a todo; asi es que me paré en el acto sin vacilar y seguí a la monja sin desplegar mis labios, aun cuando ella trataba de darme conversacion, porque yo me habia propuesto obe-

decer estrictamente el mandato, y por otra parte, siéndome fácil comprender de dónde provenia la locuacidad de aquella madre que en otras ocasiones no habia querido contestar a mis preguntas, me resolví a guardar el mas absoluto silencio.

"La abadesa, en cuanto me presenté, se informó de mi salud, añadiendo que esperaba me resolviese a no permanecer contumaz para de esta manera obtener el perdon, pues el castigo que se habia visto obligada a imponerme disminuiria considerablemente y era para ella el mayor sacrificio verse compelida a usarlo siempre.

—Tengo la conciencia tranquila y no sé lo que su reverencia encuentra en mí de pertinaz, le contesté.

—Hai mucha soberbia en usted, sor Ursula, prosiguió la abadesa.

—Puede ser mui bien; no pretendo ser perfecta, y todos los dias me empeño en corregirme y le pido a Dios su gracia.

—Lo que usted me contesta lo está probando claramente: ademas, siempre permanece sin pedirme perdon.

—¿De qué falta? Su reverencia sabe mejor que nadie que sor Ursula es inocente.

—¡Esto es lo mismo que decirme que yo soi la culpable! No apure usted mi paciencia, sor Ursula, y me vea obligada a salir de la moderacion que me he impuesto.

"Yo guardé silencio y la abadesa continuó:

—Su soberbia está de manifiesto y Dios la castiga, no materialmente como lo hace la superiora, sino hiriéndola en sus afecciones, que sé que usted conserva siempre por las personas que viven en el siglo, aun cuando debiera haberlas completamente olvidado.

"Yo miré a la abadesa para saber lo que queria decir, y la cruel monja se sonrió, agregando:

—No le demoraré la noticia, sor Ursula, para que cuanto antes ruegue usted a Dios por su hermano político don Eduardo, que ha fallecido ayer.

—¡Eduardo! exclamé fuera de mí por el dolor que me había causado aquella noticia; ¡Eduardo, yo he sido quien te ha muerto!

—¿Con que usted lo ha muerto y lo confiesa como si no fuera nada?

—Su reverencia es cruel.

—No soy cruel sino que soy justa, y en prueba de ello la creo inocente del crimen de que usted se acusa ahora, porque tengo la seguridad de que la muerte de don Eduardo no ha sido causada por usted sino ordenada por Dios, porque todo este tiempo no se ha movido usted del claustro; vaya usted en paz.

"Aquella maligna ironía encerraba tanta animosidad, tanto deseo de mortificarme, que produjo en mí un efecto contrario y tuve compasión de aquella alma tan llena de ponzoña, y le dije con convicción humilde.

—Rogaré a Dios por mi hermano y por su reverencia para que los perdone, pues por mi parte ya yo he perdonado a su reverencia. También rogaré al Señor que me perdone a mí por el mal que he hecho al primero.

"Yo conocí que mi respuesta la había herido en lo más vivo a la abadesa, porque la ví mudar de color; pero no me dijo nada y salí.

"Tú comprenderás, querida hija mía, cuánto sentimiento no me causaría la inesperada muerte de tu padre y cuánto remordimiento a la vez, pues yo estaba persuadida y lo estoy todavía que yo he sido la causa de esta desgracia; pero tengo la seguridad de que ya él me ha perdonado y no dudo un momento que tú imites a tu padre.

"Continuaré mi penosa relación, que ojalá hubiera ya concluido, porque el recordarla aviva mis dolores.

"Pocos días trascurrieron cuando fui nuevamente llamada por la abadesa, a quien encontré muy ajitada preguntándome sin entrar en preliminares, como era su costumbre.

—Sor Ursula, ¿conoce usted al coronel don Toribio de Guzman?

—Sí, madre, le contes'té: he tenido ese honor y conservo por él gratos recuerdos y grande estimacion.

—¡Gratos recuerdos y grande estimacion por un asesino! Solo usted, sor Ursula, es capaz de experimentar tan tiernos sentimientos por un malvado! Un alma bien puesta se horrorizaria.

—¡El coronel don Toribio de Guzman asesino! La habrán engañado a su reverencia.

—¡Engañado! cuando todos los diarios lo dicen y cuando es la misma hermana de sor Ursula la que le comunica tan funesta nueva!

—¡Mi hermana! ¡Tanto tiempo que no sé de ella! exclamé involuntariamente.

—¿Y sabe usted a quién ha asesinado? prosiguió la abadesa enfurecida.

—Lo ignoro.

—Pues bien, sépalo: ha asesinado a Guillermo de... su antiguo amante, el padre de su hijo.

—¡A Guillermo!

—Al mismo: ya ve como Dios la castiga, sor Ursula, ¡y todavia no se enmienda!

—Lloro mis culpas, madre, y confieso que estas calamidades nacen de ellas, pero la justicia de Dios debe cumplirse.

—Sí, debe cumplirse; pero el medio mas seguro de que no caiga con todo su rigor es pedir perdon.

—Ya he dicho a su reverencia que sor Ursula no se cree culpable en su calidad de monja, que es en lo que su reverencia puede y debe juzgarme.

—Soberbia, soberbia infinita: está usted experimentando el castigo de Dios y no se convence.

—En seguida, tomando su cinto, me pegó con él, diciéndome:

—Desaparezca usted de mi presencia antes que me vea obligada a emplear mi justa ira.

"Yo me fuí a la celda a echarme como de costumbre a los piés del Redentor: era solo allí donde encontraba consuelo y era el único con quien podía hablar, a quien podía y me gustaba dirijirme, pues toda comunicacion con las otras monjas me era prohibida, y del exterior no sabia nada, ignorando completamente si habrias venido tú y mi hermana algunas veces a verme o si me habian escrito; en una palabra, qué era lo que sucedia en el recinto de mi escasa pero querida familia; y salvo los dolorosos acontecimientos que me habia revelado la abadesa, sin duda con la intencion de hacer mas penosa mi vida, todo lo demas lo ignoraba, porque la superiora habia ordenado que cuando viniesen a buscarme de cualquier parte que fuesen, les respondiese siempre que no pudiendo hablar conmigo, dejasen el recado, el cual se le comunicaba inmediatamente a la abadesa lo mismo que cuanto me escribian; de manera que mi hermana ignoró hasta en estos últimos tiempos si existia o no, suponiendo talvez que la habia completamente olvidado, pero yo me habia propuesto despues guardar completa reserva con ella, asi es que nunca le comuniqué nada de lo sucedido, y estos secretos no habrian salido del recinto de nuestros claustros a no ser que me lo ordenó ella terminantemente cuando se me apareció en sueños; y como yo creo firmemente en la existencia de los espíritus y que estos se nos revelan en algunas ocasiones, he tenido que cumplir su orden y la cumpla con gusto, porque, como ella me dijo, puede salvarte de muchos peligros en la vida.

"Desde esa última vez no me volvió a llamar la abadesa durante muchos años, pero siempre pesaban sobre mí los castigos que me habia impuesto y que yo recibia con resignacion y al último con placer, porque me llegaron a ser agradables las penosas y humillantes obligaciones con que me habian sobrecargado; de manera que los cálculos de la

abadesa le salieron mal, pues en lugar de sacrificarme me robustecía cada vez mas en el ejercicio de la humildad, encontrando en ella una satisfaccion interior de que antes no tenia idea, y a medida que eran mas degradantes los servicios que me imponian, mi contento era mayor, tambien lo solo que adivinasen esta satisfaccion de mi alma para que no me privasen de ella.

VIII.

"Pero sucedia en mí un fenómeno raro: a medida que aumentaba mi piedad disminuia mi devocion; y a medida que tenia mas confianza en Dios, a medida que lo amaba mas y que lo veia mas grande, mas poderoso, mas infinito, podré decirlo asi, las innumerables y monótonas prácticas de la regla me disgustaban, pareciéndome que estaban destinadas esclusivamente para formar autómatas y no seres pensadores, y que empequeñecian a Dios en vez de engrandecerlo, que desterraban el verdadero culto del alma para no tener mas que el culto del cuerpo; asi es que de todas las distribuciones o de todas las horas que se empleaban en estas ceremonias, la única que me agradaba era la de la oracion mental, porque era hecha para recojer el espíritu y elevarlo a Dios; porque la oracion mental no tiene formas sino que es la inspiracion de cada ser, el sentimiento íntimo espresado solo por el alma sin la ayuda del lenguaje, de la ceremonia, de la jenuflexion.

"Todas esas salmodias gangosas que hieren el tímpano, todos esos rezos de tabla en un idioma que apenas entienden, me parecian otras tantas puerilidades ridículas para el hombre, y por consiguiente, mucho mas ridículas para Dios. Qué! ¿Le será mas grato al Ser Supremo que le dirijan sus preces en latin en lugar del español, del frances, del griego o del chino? ¿Y saben acaso las monjas lo que dicen, cuando el poco latin que aprenden es un verdadero latin de cocina?

¡Influyen mas en nuestra mente y en nuestro corazon las palabras dichas en un idioma extranjero, en un idioma muerto, cuyo significado apenas conocemos, que las espresadas en el nuestro? Yo creo que no, Luisa, y creo mas: creo que asi se acostumbran las monjas y los frailes a mover maquinalmente sus labios en lugar de levantar el corazon a Dios, trasformando la oracion en hábito grosero y el pensamiento que la dirige y que la da alas en prácticas insignificantes que a nadie aprovechan y que en vez de aprovechar perjudican.

"Asi llegué con el tiempo a desprenderme completamente de todas esas fruslerias del rito, guardando siempre las apariencias, en primer lugar porque podia equivocarme y no queria inducir a otras en error; en segundo, porque podia dar motivo a nuevos perseguimientos; y por último, porque convenia mas a la religiosidad de mis sentimientos, pues asi, en medio de esas jenuflexiones y distintas aberraciones de los claustros, me quedaba mas tiempo para adorar a Dios, porque me habian sobrecargado de tal manera de trabajo, que solo tenia aquellos momentos consagrados al ritual para poder pensar, para poder orar.

"Una noche, debia ser mui tarde, porque yo estaba profundamente dormida, mucho mas tarde que la hora de *quedá*, sentí que golpeaban suavemente a mi puerta y me levanté algo alarmada preguntando: "¿Quién es?" *Deo gratias*, me contestaron; y respondí segun costumbre: *per semper*, apareciendo en seguida una monja alta y pálida que se dirigió a mí diciéndome, como para darse a conocer, las únicas palabras de benevolencia que yo oia diariamente en el coro: "Paciencia y confianza en Dios", y en seguida se echó en mis brazos. Yo la recibí como una amiga que Dios me mandaba para acompañarme en mi soledad y abandono, y sentí por ella una simpatia instintiva: era mi primer vínculo, era mi primer afecto, era el primer lazo que me unia a ser humano desde el dia de mi profesion.

"Oh, Luisa! no hai música mas dulce, no hai armonia mas deliciosa que la palabra de una amiga cuando se ha dejado de oír por mucho tiempo. Te aseguro que esperímenté un placer indecible al escuchar lo que me decia aquella hermana, aquella compañera del desierto.

"Me dijo que hacia mucho tiempo que deseaba hablarme, pero que no lo habia hecho por temor de comprometerme mas y agravar mis sufrimientos; que se tenia sobre mí una vijilancia mui severa que le habia impedido acercarse; pero que ahora esa vijilancia habia cesado, sin duda porque nunca habia dado el menor motivo de sospecha; que ella habia presenciado mi profesion y habia llorado amargamente ese dia bajo su espeso velo, que rara vez acostumbraba levantar por motivos que me reveló, circunstancia, añadió, porque la abadesa y demas monjas me creen loca y me dejan en paz; y luego dijo: "La locura es en los claustros una enfermedad tan comun como el idiotismo; al fin se llega allí."

"Yo temí por un momento que no fuera en realidad a adolecer de este triste mal; pero no tardé mucho tiempo en desengañarme, pues encontré en sor Nicolasa, que este era su nombre, la mujer mas instruida, mas indulgente y mas realmente cristiana que jamas hubiera conocido; pero sus ideas, ya fuera por su instruccion, por lo mucho que habia leído o por lo mucho que habia pensado, iban mas lejos que las mias, pues ella despreciaba no solo las prácticas de la órden y todo ese ceremonial que constituye el rito, sino que era deísta en toda la estension de la palabra; y cuando yo le hacia algunas reflexiones, porque desde ese dia seguimos visitándonos todas las noches, sobre lo descarnado de su creencia, ella me contestaba: "Sigue tus convicciones, amiga mia; yo nunca trataré de combatirlas, porque introduciria en tu espíritu la perturbacion y este seria un mal. Debemos siempre poner acordes la práctica con la enseñanza, la convicción con el hábito; porque si la razon nos dice una cosa y la costumbre otra, hai dos fuerzas que se ponen en

lucha, y una no llega a ser ni buena religiosa ni buena filósofa, no llega nunca a tener esa seguridad en la idea para vivir tranquila en su creencia; con que así, amiga mía, no hablemos sobre esto: Dios es nuestro padre común y para él no pueden haber ni castas ni cultos privilegiados, porque su lei manifiesta es la armonia, y la armonia en el orden moral, es la tolerancia, es la fraternidad, es el amor."

"¡Qué dulces momentos, mi querida sobrina, he pasado al lado de esta amiga, de esta hermana! Las horas mas felices de mi vida se las debo a ella! Todas nuestras conversaciones eran jeneralmente sobre Dios: en ese punto estaban en perfecta armonia nuestras ideas; estábamos de acuerdo en esa contemplacion infinita y nos estasiábamos en ella. En lo avanzado de la noche, cuando nos reuniamos, nos sentábamos juntas a mirar al cielo y principiaban nuestras místicas a la vez que filosóficas conversaciones, y adorábamos a Dios, y lo amábamos, y nos hincábamos asidas de la mano, llenas de admiracion y llenas de gratitud por ese ser infinito que se nos revela en sus obras y que sin embargo nos es imposible comprender: yo tambien me iba haciendo deista insensiblemente.

"Una noche supe, por conducto de mi amiga, que la madre abadesa habia caido repentinamente enferma y que la comunidad estaba mui alarmada, pues era la monja que, independiente de su cargo, cargo que habia ejercido muchas veces, gozaba de grandes consideraciones y no se hacia nada sin su anuencia, motivo por el cual yo habia continuado siempre lo mismo bajo el mando de otras superiores, porque no habia ninguna que se hubiera atrevido a remover lo establecido por ella.

"Yo no conservaba ya, te lo confieso, Luisa, ningun resentimiento por esta mujer, sino que me compadecia de su extravio y deseaba vivamente que se arrepintiese y se reconciliase con Dios, no porque se suspendieran mis trabajos y mis humillaciones, sino porque queria su salvacion, y en

consecuencia dije a mi amiga: "Roguemos a Dios por la abadesa." Sor Nicolasa me abrazó fuertemente, diciéndome: "No me he engañado: eres como yo creía." Y se puso conmigo de rodillas delante de mi crucifijo, a pesar de su filosofía, permaneciendo en ese estado mucho mas tiempo que yo, como en una especie de completa absorcion mental. Al fin se levantó, descubrió su rostro, que estaba bañado en lágrimas, me atrajo hácia sí, y me dijo: "Ursula, me has vencido: creo en Jesucristo y lo adoro." Y en seguida se prosternó nuevamente y lo besó mil y mil veces, exclamando en varias ocasiones: "Soi feliz, mui feliz.." Iba a venir el dia y nos separamos mas satisfechas, mas contentas, mas amigas que nunca.

"Al dia siguiente todo estaba trastornado en el convento, las monjas corrian presurosas de un lado a otro y cuchicheaban cuando se encontraban, alcanzando a percibir yo algo de lo que decian, y entre otras cosas: "Que el caso era grave y que se hacia indispensable llamar a los médicos."

"Como de costumbre, me fuí al coro y me arrodillé en el mismo lugar que habia ocupado por tantos años, en ese lugar separado y donde venian las monjas a azotarme con su rosario; pero apenas me habia hincado cuando vino la priora y me dijo: "Sor Ursula, usted queda desde hoi, por órden de la madre abadesa, exenta de todo castigo y completamente reintegrada en todos sus privilegios de madre, ocupando el mismo lugar que nosotras. La madre abadesa, haciendo justicia a la humildad y a la paciencia con que ha sobrellevado por tanto tiempo las penas que, con dolor de su corazon, se vió obligada a imponerle, reconoce en sor Ursula una de las mas dignas siervas del Señor."

"Yo, sin responder una palabra, porque la turbacion embargaba mi lengua, abandoné aquel lugar que habia llegado a serme querido; y a una señal de la priora, la seguí, designándome una colocacion a su lado.

"Cuando salimos del coro, las monjas vinieron donde yo es-

taba a hab'arme con el mayor cariño; y la priora, caminando a mi lado, me llevó hasta una nueva celda, diciéndome: "Esta es la habitacion que ha ordenado la abadesa se le dé a sor Ursula; queda usted en su celda."

"La celda que me habian dado era espaciosa, ventilada, alegre, y tenia todo el comfortable que le era permitido a una monja de las de mayor categoria del convento; pero yo eché de menos mi humilde y lóbrego calabozo y me entristecí pensando que no veria quizá a mi amiga.

"Lo primero que miré fué la mesa para ver si estaba en ella mi viejo crucifijo con su brazo derecho desclavado, y no encontrándolo, porque me habian puesto uno nuevo y hermoso, me dirigí a mi antigua celda, donde permanecí algun tiempo despidiéndome de aquella triste morada en la que habia pasado dias tan amargos y tan felices, y donde, por decirlo asi, habia aprendido a conocer y a amar la verdadera doctrina de Cristo. En seguida tomé mi crucifijo y lo llevé con el mayor cuidado y con el mayor respeto a mi nueva habitacion, y sin desalojar al que estaba sobre la mesa, puse el otro al lado de mi cabecera, quedando contentísima al tenerlo tan cerca de mí.

"Estaba haciendo mis pequeños arreglos, como es natural en una mudanza de habitacion, porque no por ser monjas dejamos de ser mujeres, cuando sentí que golpeaban suavemente a mi puerta, y creyendo que fuera sor Nicolasa, volé a abrirle, encontrándome de frente con la antigua confidente o secretaria de la abadesa, que me dijo de una manera afable y respetuosa: "La madre abadesa suplica a sor Ursula se sirva pasar a su celda, pues quiere hablarla."

"Por única respuesta tomé mi ve'o y salí en el acto, acompañándome de la secretaria. Durante el corto camino me informé de la enfermedad de la abadesa, a lo que me contestó: "No hai esperanzas; los médicos, que acaban de salir, la han desahuciado."

"La monja me miró para ver el efecto que producía en mí

esta noticia, sabedora sin duda de que mi largo castigo no era tan merecido y esperando encontrar en mi semblante algun signo de satisfaccion interior, pues me parecia que se sorprendia al verme derramar algunas lágrimas.

"En cuanto me vió la abadesa, trató de incorporarse para recibirme; pero yo, conociendo la causa de aquel movimiento, porque leí en su semblante su dolor y su consternacion, corrí hácia ella, y echándole los brazos al cuello, la contuve, diciéndole al mismo tiempo: "Madre mia, perdóneme, porque mi ofensa no ha sido intencional."

"La abadesa, sorprendida, me miró un momento, dudando quizá de lo que le decia; pero convenciéndose por mi semblante de la sinceridad de mis palabras, me contestó:

—Sor Ursula, usted es mas que una mujer, es mas que un ángel, es la verdadera esposa del Señor, y él le recompensará en el cielo lo que yo le he hecho sufrir en la tierra; mientras que a mí me castigará, debe castigarme y quiero que me castigue.

—Ese mismo deseo, madre, prueba que su reverencia está en posesion de la gracia de Dios.

—Sor Ursula, yo soi mui pecadora... Yo la he ofendido mucho, la he martirizado mucho y de la manera mas injusta; perdon...

—Dios como yo, madre, se lo tiene mucho tiempo acordado.

—Usted me citó para el tribunal de Dios, donde tengo luego que comparecer.

—Y en el tribunal de Dios encontrará su reverencia misericordia: El ha dicho que un momento de verdadero arrepentimiento basta para que el mas grande pecador obtenga el reino de los cielos.

—Sor Ursula, ¡cómo es posible que aquella a quien yo tanto he ofendido sea la que me consuele y me alivie! Pocos son los momentos que me quedan de vida; ¿querria usted tener la caridad de ayudarme en el tránsito?

—Su reverencia no pueda darme ni recompensa ni alegría mayor.

—Sus virtudes, sor Ursula, aumentan mi remordimiento; pero en algo repararé el mal, haciendo pública confesion de mi pecado.

—Yo talvez he sido la que he delinquido, no su reverencia; pero en todo caso, Dios y yo la hemos perdonado.

—No es lo bastante, no; es preciso dar un buen ejemplo siquiera, ya que se han dado tantos malos.

"En seguida llamó a una monja y le dijo dos palabras al oído; y despues, tomándome una mano, que llevó a sus labios, a pesar de mi resistencia, me preguntó:

—¿No me sucederá a mí lo que a mi antecesora sor Encarnacion Valdivia con la monja que llevaba su mismo nombre?

—No, madre, no, jamas, le contesté.

—Dios te oiga y Dios te premie, hija mia.

"Esta familiaridad con que me hablaba me enterneció y la abracé con respeto y cariño.

"En ese momento se oyó el toque conocido para llamar a comunidad.

"Poco a poco fueron compareciendo las monjas hasta que se completó el número.

"Yo reconocí fácilmente a mi amiga Nicolasa. La abadesa tambien la reconoció, y llamándola, la hizo colocarse a mi lado, como si hubiera sabido el lazo que nos unia.

"En seguida, haciendo un grande esfuerzo y pidiendo su báculo, se hincó en la cama, y bañada en lágrimas pidió perdon a la comunidad por el mal ejemplo que le habia dado, confesando todo el mal que me habia hecho, y pasándome el báculo, cual si quisiera darme su autoridad, cayó desmayada.

"Todas las monjas se habian arrodillado tambien; y conmovidas por aquel triste e imponente espectáculo, lloraban; y cada una de ellas vino donde yo estaba a pedirme a su

vez perdon, a pesar de que yo les decia que no me habian ofendido.

"Vuelta en sí la abadesa, dijo que le trajeran a su confesor, y quedándose un momento con él, sin permitir que nadie saliera de la celda, recibió la comunión y la extremaunción.

"Pocos minutos despues espiró, teniendo el crucifijo con una mano y a mí con la otra.

"El sacerdote, antes de partir, me entregó una cartera con papeles.

"Yo y mi amiga quedamos velándola.

IX.

"Despues de llenadas todas las prácticas que se acostumbra segun la regla en casos análogos, se reunió la comunidad para nombrar a la nueva abadesa y fuí elejida casi por unanimidad, pues solo hubo un voto en contra, que fué el de mi amiga, sor Nicolasa, quedando admiradas todas las monjas y aun yo misma de que fuese ella quien se oponia, lo que me dió mucho que pensar, bastando este solo motivo para proponer a la comunidad que me permitiera reflexionar tres dias para decidirme.

"Esa misma noche, y a la hora de costumbre, vino mi amiga a mi celda y me dijo:

—Yo he votado en contra tuya porque, si bien eres la mas meritoria de todas las monjas, no eres la mas a propósito para el cargo, pues tus ideas están en pugna con las prácticas de la regla, y te verias obligada a destruir la orden o a someterte a ella, a ser hipócrita o a obrar en contra de tus principios, y ni lo primero ni lo segundo debes hacer.

"Yo ví que tenia razon mi amiga y su parecer estaba ademas conforme con mis deseos, pues lejos de ambicionar el puesto, lo temia, lo cual sucede rara vez en los cláustros,

porque entre esas personas que se dicen fuera del mundo y de sus pompas existen tambien las mismas pasiones que en la sociedad y quizá mas surescitadas, pues la falta de impresiones, la falta de distraccion, la monotonia de la vida que llevan, reconcentra sus aspiraciones, de cualquier naturaleza que sean, adquiriendo por esto mismo mayor fuerza y mayor vehemencia; y la prueba mas evidente de lo que te digo es la historia por demas escandalosa de todos los *capítulos* de nuestros conventos, y los castigos, y las injusticias, y las venganzas que se ejercen despues con los *caídos* o con los que han salido de *capítulo errado*, segun la espresion vulgar que ha llegado a pasar a proverbio.

"Yo, pues, estaba decidida a no aceptar, mucho mas cuando era un consejo de mi amiga; pero en la noche soñé de que mi santocristo, el del brazo desprendido, me hablaba mui despacio al oido y me decia:—"Sacrificate y no escuches los consejos del egoismo; acepta el cargo y trata de hacer el bien y asi habras cumplido con el mandato de Dios que está en los cielos."

"Cuando desperté me pareció que todavia resonaban en mis oidos las mismas palabras y miré al crucifijo que tenia a mi cabecera, creyendo que veria el movimiento de sus labios, pero me engañé: la imájen estaba, como siempre, impassible.

"Por una de esas aberraciones del espíritu que son mas comunes de lo que se cree, a pesar de haber sacudido muchas preocupaciones, a pesar de ser medio filósofa o medio racionalista, como se dice hoi dia, estaba sujeta a ciertas supersticiones; y asi como pensé, cuando casualmente se desprendió el brazo derecho de mi crucifijo, que el señor me aceptaba por su esposa, asi ahora pensé tambien que era cierto lo que habia soñado y me determiné a aceptar el cargo, previo el consentimiento de mi director, asi como me he determinado a revelarte mi vida y mis faltas por la aparicion en sueños de mi hermana que me aconsejó hacerlo.

"Tan luego, pues, como amaneció, mandé decir a mi director espiritual que lo necesitaba urgentemente. Este santo sacerdote tenia por mí cierta predileccion, que sin demostrármela, yo reconocia en muchas de esas insignificancias que no son nada bien consideradas, pero que revelan afecto; y aun cuando era yo la monja que menos frecuentaba el sacramento de la penitencia y que en muchas ocasiones le habia manifestado, no mis escrúpulos como mis demas hermanas, sino mis dudas, siempre habia sido mui indulgente, aprobando cuanto hacia o cuanto pensaba, de manera que tenia una fé ciega en lo que él me decia, porque sus ideas se hermanaban con las mias a tal punto, que jamas me ordenaba rezar tal o cual oracion, ayunar tal o cual dia, mortificar mi cuerpo de tal o cual manera, sino que me exhortaba a ser humilde y caritativa, reduciéndose a esto toda su doctrina, toda su enseñanza y toda su moral.

"Cuando le dije que habia sido nombrada abadesa casi por unanimidad, se sorprendió; pero luego, reflexionando un poco, me dijo:

—No me admira.

"Sin embargo añadió:

—Desearia saber cuál ha sido el voto de sor Nicolasa.

—El voto de sor Nicolasa es el único que he tenido en contra, le contesté.

—Ya me lo habia figurado, dijo.

—¿Conoce usted a sor Nicolasa?

—Sí, hija mia, y hemos hablado muchas veces de sor Ursula.

—¿De mí?

—Sí, madre, de usted, y por ella sé muchas cosas.

"Yo le iba a preguntar a mi director si sor Nicolasa se confesaba, conociendo como conocia las ideas de esta monja; pero creí imprudente en mí semejante pregunta y talvez mui embarazosa para el sacerdote la respuesta, y guardé silencio.

"Despues le espuse mis dudas y mis temores, las ideas que yo tenia respecto de las prácticas y sobre las que ya le habia hablado, pero que creia ahora necesario repetirle, pues ya no tenia que dar cuenta de mí misma únicamente, sino de las demas, y que talvez sin saberlo podia hacer un mal.

"El sacerdote se quedó pensativo por un largo rato, y en seguida me dijo: "Nuestro primer deber es hacer el bien. Lo que quieras para tí quiere para los otros, dice el Evangelio. No choque usted de pronto con los hábitos de las demas; pero trate de modificarlos: querer enderezar violentamente una rama torcida, es quebrarla: pero poco a poco se puede ir levantando hasta enderezarla del todo. Nuestra manera de ser religiosa, no en cuanto a la esencia, sino en cuanto a los accidentes, necesita reformarse: hai muchas nubes que embarazan la luz del sol: hai muchos errores que interceptan la luz de la verdad; trabajemos con ánimo y no abandonemos el campo por estar lleno de maleza; si nadie se resolviera a cultivarlo por temor del trabajo, ¿dónde hallaríamos nuestro alimento? Si tuviéramos miedo de combatir las preocupaciones por temor de perecer en ellas, ¿cómo descubriríamos la verdad? El sacrificio de Jesus hizo el triunfo de su religion, y la sangre de los mártires ha vivificado la creencia. Pero si no se tiene el vigor suficiente para concluir la obra y si se ha de desfallecer en el camino, mas vale no comenzarla; porque una obra sin concluir cae luego en ruinas, y las ruinas pueden sepultar al mismo que ha emprendido el trabajo.

"Esta parabólica manera de espresarse me dejaba siempre en la incertidumbre, al menos si me atenia al sentido material de sus últimas frases, y me decidí a contarle lo que me habia dicho sor Nicolasa, que se armonizaba con mis deseos, y en seguida lo que habia soñado la noche anterior; y entonces el viejo y santo sacerdote me contestó:

—El espíritu de Dios tiene muchos medios para llegar hasta nosotros, y es preciso no desatender sus avisos.

—¿Cree usted, pues, señor, que deba y que pueda aceptar el cargo?

—La voz de Dios tiene mucho mas poder que la voz de sor Ur-ula, y ha oido la primera.

"Alentada con estas palabras y mas aun con las que creia venir de boca del mismo Dios, me presenté a la comunidad el dia designado y acepté el báculo de abadesa, nombrando de priora, con no poca admiracion del convento, a la monja loca, sor Nicolasa.

"Inútil será que te hable de mi administracion: esto no te toca ni te interesa; pero segundada por mi amiga, hicimos cuanto bien y cuanta reforma nos parecia provechosa, teniendo siempre el cuidado de consultar la opinion de las demas monjas, obrando de manera que llegasen a persuadirse que ellas eran las iniciadoras de la idea, porque de este modo es como se aceptan y se consolidan las innovaciones.

"Pero si no me detengo en este punto, voi a comunicarte una de mis grandes aficciones, que, aunque esencialmente personal, pueda talvez influir en tu manera de juzgar respecto a la espiritualidad que deba tener con el tiempo la religion; y a pesar de que yo no participo de los mismos principios, porque no he querido abandonar del todo aquellos en que he sido criada y en que he vivido; sin embargo, no me atrevo a juzgar y mucho menos a condenar los ajenos y menos todavia cuando la persona que los ha seguido era un ejemplar de humildad y de caridad, reuniendo como complemento la ciencia y la sabiduria, porque aquel espíritu era cuanto he conocido de mas profundo y de mas elevado; me refiero, Luisa, a la priora del monasterio, es decir, a la monja loca, sor Nicolasa, mi amiga y consejera, que me servia de provechoso ejemplo por sus virtudes, de incomparable maestro por su enseñanza y a quien perdí en el mejor tiempo.

X.

"Sor Nicolasa padecía de un dolor al pecho que la consumía lentamente y sobre el que ella decía con mucha calma:

—Me gusta esta enfermedad, porque no me hace sufrir mucho y sé que me libertará luego de este mundo, dándome mi pasaporte para la eternidad; y como me gusta mucho viajar, y viajar allá en lo desconocido y en lo infinito, la acaricio con cierta satisfacción.

—Pero este es un suicidio disfrazado, le dije yo una vez.

—No es un suicidio, porque no está en mi mano evitar el mal y lo combato diariamente; sin esto hace tiempo que estaría bajo el sepulcro.

—¿Pero cómo se puede combatir la muerte y desear la muerte, llamarla y hacerla que se aleje?

—¿Te acuerdas de las expresiones de Santa Teresa en su deseo de unirse al Señor; te acuerdas de lo que decía al fin de cada una de sus estrofas: "que muero porque no muero?" Y sin embargo, la doctora del catolicismo no hacía nada por quitarse la vida, y si hubiera tenido una enfermedad la habría combatido, porque este era su deber así como lo es el mío.

"Esta respuesta me convenció y no le hablé mas sobre el particular.

"Un día noté que sor Nicolasa no había ido a vísperas, y como nunca faltaba a las prácticas de la orden, a pesar de no creer en ellas, me extrañé muchísimo y me levanté antes de tiempo de mi asiento para ir a la celda de la priora, a quien encontré en cama y con una escupidera en la mano llena de sangre.

"Al verme me dijo con voz dulce:

—Me alegro que hayas venido, porque tu amiga se irá

dentro de pocas horas y no me resolvía a partir sin verte.

—Pero es imposible, amiga mia, le contesté asustada; voy a hacer llamar a un médico.

—Es inútil, no tengo remedio, ¡creémelo... y le vino otra bocanada de sangre.

"Yo la sostuve, colocándola de manera que no se ahogase, y en seguida salí corriendo e hice que fueran inmediatamente a buscar el primer médico que encontrasen, volviendo a la cabecera de mi amiga.

—No te alarmes, Ursula, me dijo; el caso estaba previsto de antemano y no me toma de nuevo; tú también lo sabías.

—¡Pero tan pronto!

—Yo no me quejo, hija mia, porque Dios me ha concedido una felicidad que no esperaba: el tener una amiga con quien estar hasta el último momento y que al fin cierre mis párpados.

"Yo no pude contener mis lágrimas, y ella me dijo con tono festivo.

—¡Estás loca! Me pones en un duro aprieto: el tener que consolarte. ¿Crees que no es bastante lo que me queda por hacer? ¿Todavía recargas mi tarea? Esto no es justo, señora abadesa, y no porque usted esté investida de gran autoridad deja de haber un tribunal superior a quien pueda quejarme y que esté más dispuesto a hacerme justicia.

"En ese momento se sintió la campanilla que se toca en los claustros cuando es introducido, por algun accidente, un hombre, con objeto de que las monjas se cubran o eviten su vista.

"Sor Nicolasa al oír el toque me miró, diciéndome:

—¿No te había dicho que era inútil?

—Pero hacer lo que nada cuesta, no es mucho hacer.

—Sin embargo...

—Ha sido mi voluntad, sor Nicolasa.

—Obedezco, señora abadesa. Y mi amiga se inclinó para demostrarme que reconocía a su superiora.

"El médico examinó a la enferma con el mayor esmero; y llamándome aparte me dijo:

—No hai remedio: talvez no llegue a la noche, pero con seguridad no pasará de ella; de consiguiente, todo medicamento es inútil: déle usted este calmante, que es cuanto se puede hacer, no para que viva, sino para que sufra menos. Es indispensable que si tiene algo que disponer, lo haga cuanto antes; no hai tiempo que perder.

"Cuando volví a la cabecera, mi amiga me preguntó con voz débil:

—¿Qué es lo que te ha dicho el médico?

—Lo mismo que tú creías, le contesté; porque me pareció inútil y talvez, pernicioso el querer engañar a aquella alma fuerte.

—¿Cuándo es el término probable? me volvió a preguntar.

—Esta noche.

—Se engaña: moriré mañana a las doce del día, me contestó.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un presentimiento.

—¿Las filósofas creen tambien en los presentimientos?

—Los afectos tienen su lei.

—¿Qué relacion tienen los afectos con la muerte?

—He amado... y el objeto de mi cariño murió a las doce del día veinticuatro... y mañana es esta fecha.

—¿Has amado? le pregunté con interes.

—Esa es otra lei a la que nadie se escapa... de una manera o de otra.

—¿Y cómo no me lo habias dicho?

—¿Para qué?

—Para haberte acompañado a llorar y a querer al objeto de tu cariño.

—Gracias, amiga mia, y me miró, sor Ursula, con una gratitud y una ternura indecible.

"Esa mirada me reveló cuánto había amado y cuánto amaba aun.

—Ya que tomas tanto interés, me dijo, espero que me hagas un servicio; y voy a hablarte largo sobre él, porque en este momento me siento fuerte.

—No hay servicios entre nosotros, sino deberes: pídemelo lo que quieras.

—Allí en aquella vieja maleta, me dijo con su voz entera como si estuviera buena, hay unos papeles y un retrato: guarda los primeros y léelos una vez que yo haya muerto; pero después te encargo de hacer abrir mi fosa y colocar unos y otro al lado de mi corazón, para que se sepulte conmigo todo cuanto he amado, y que solo quede un recuerdo en la muerte de la amiga a quien más he querido, para que, cuando pienses en Dios y en mí, pienses también en él.

—Sí, lo haré, te lo prometo; ¿no tienes otra cosa que pedirme? ¿No tienes otra cosa que hacer antes de pasar a la eternidad?

—Te comprendo, ¿quieres que me confiese?

—Desearia.

—Es inútil, amiga mía. No son estos los momentos de prepararse para la otra vida. Es preciso haberse anticipado: este es el instante en que la obra debe entregarse concluida y no principiar en ella. Yo no soy partidaria de esos arrepentimientos tardíos. No niego la bondad infinita de Dios, pero me parece muy poco un momento de dolor para reparar una vida llena de crímenes. Soy de opinión de vivir bien y morir a mi gusto: ¿de qué pueden valer estos últimos momentos? Qué mérito pueden tener para el Señor estos instantes de lucha y de dolor físico? No es ahora cuando debe comenzarse la cuenta, sino que debe tenerse ya hecha, y yo la he preparado desde mucho tiempo atrás para no pensar en ella ahora que me aqueja la agonía. Ya que no soy buena para nada, ni útil para nadie, quiero disponer a mi antojo de estas cortas horas. He cerrado mis libros,

está hecho mi balance; tengo el derecho de descansar: ya no es tiempo de abrir cuenta nueva. Con que así, Ursula, no te empeñes en llamarme un confesor; conversemos.

"Yo estaba atónita. Esta era para mí una doctrina nueva; y lo que es mas, una doctrina que me agradaba y que me convenia, sin que por esto dejara de estar perpleja, lo cual sin duda conoció Nicolasa, porque me dijo:

—Tienes tus escrúpulos; no los estraño, querida amiga; en tu lugar talvez haria yo lo mismo; de consiguiente, haz venir al confesor para que no digas que alguna vez he dejado de ser complaciente.

—Pero si esto te mortifica, no lo haré, le contesté.

—Me agrada verte así, me respondió, porque es una prueba de que en tu pecho no se abrigan temores ni respecto a mí ni respecto a tí: la confianza es la mejor prueba de la tranquilidad de la conciencia. Pero ya que hablamos del confesor, hazlo venir; es el tuyo y el mio; tendré mucho gusto en despedirme de este antiguo y buen amigo.

"Dí orden de hacer llamar a mi confesor y ordené tambien que las monjas se pusieran en oracion.

"No tardó en llegar el anciano sacerdote y en cuanto lo vió sor Nicolasa, le tendió familiarmente la mano, diciéndole:

—Creia no haberlo visto mas, pero le debo a mi amiga la señora abadesa este servicio:

---¿Me llama usted como confesor o como amigo? preguntó con agrado el digno presbítero.

—Usted sabe que nunca he ocupado el primero y sí muchas veces al segundo.

—Así es, hija mia; pero podias quizá haber cambiado de ideas, y en ese caso...

—No es este el momento de cambiar de ideas, porque para esto se necesitan argumentos y usted concibe que la razón no puede estar mui despejada ahora; pero he querido complacer a mi amiga.

"Yo estaba admirada, aun cuando conocia las ideas de sor Nicolasa, que el director aceptare tan fácilmente tales opiniones y que nunca le hubiera hablado de confesion.

"Pero el santo sacerdote, como respondiendo a lo que pasaba por mi imaginacion, dijo:

—La virtud no necesita de esta o de la otra práctica religiosa, pues es una misma en todas las creencias y en cualquiera de ellas tendrá su premio.

—Pero Ursula me ha hecho dar un gran paso, señor, respondió Nicolasa y voi a morir acompañada de la imagen del Redentor.

—Haces bien, hija mia, porque la imagen del Redentor pertenece ya a muchas religiones y con el tiempo las comprenderá todas unificándolas, pues al fin no habrá mas que una sola fé y una sola creencia: el amor al prójimo y la adoracion a Dios por el espíritu.

—¡Qué hermoso culto! exclamó la moribunda. ¡Cómo se hermana con el corazon y con la intelijencia!

—Los hombres se han apartado de él; pero al fin lo recuperarán; y en prueba de ello, sor Nicolasa, usted ha llegado casi al pináculo: cuando se tiene a Dios, no hai necesidad del sacerdote.

—Le doi las gracias, señor, por haberme confortado en el último momento. La mision del sacerdote está cumplida, ahora mis últimos momentos son para mi amiga y para mis recuerdos... Adios.

"Y sor Nicolasa estendió tu descarnada mano a la arrugada del anciano, ni mas ni menos como quien se dice: Hasta luego.

"Mi director espiritual, con los ojos arrasados por sus escasas lágrimas, se hincó ante el lecho, levantó su vista hacia el cielo y le echó su bendicion al mismo tiempo que murmuraba las palabras de perdon y de misericordia con que el confesor absuelve a sus penitentes; desligándose en seguida casi imperceptiblemente, pues yo apenas noté que se

habia marchado: tal era la absorcion de mi espíritu con la sublimidad de aquel acto.

—Ahora, amiga mia, me dijo sor Nicolasa, ya que te he dado gusto saliéndote con tu capricho, en el que me has proporcionado un placer, pues me he despedido de ese digno padre a quien he debido en mucha parte la sanidad de mis principios, porque él sabe adaptarse a todas las opiniones sacando el posible provecho de ellas, reservemos para nosotras los pocos minutos que me quedan que estar contigo en la tierra, pues mas tarde, y no será en mucho tiempo, nos uniremos en el cielo.

"Acabando de decirme esto le vino otro vómito de sangre, y cuando el accidente hubo pasado, me dijo:

—Gracias a Dios, creia que era lo último y lo sentia verdaderamente, porque deseaba ocuparme de él contigo. Saca los papeles y su retrato, añadió, quiero morir viéndolo y hablando de él.

Tráeme tambien tu crucifijo milagroso: Jesucristo ha sido todo amor y no se opone al amor, que es su lei, porque él fué el verdadero intérprete de la lei de Dios.

"Yo obedecí e hice cuanto me dijo.

"Sor Nicolasa besó al Señor repetidas veces y lo dejó al lado de su cabecera. En seguida besó el retrato de su amante o de su marido, pues yo no sabia si era lo uno u lo otro, y me lo pasó a mí para que hiciera lo mismo, diciéndome:

—Besa a tu hermano en Jesucristo y a tu amigo, desde que eres mi amiga; y ambos te bendeciremos desde el cielo, porque él ya no pertenece a este mundo...

"Estos recuerdos de un ser amado, esta consagracion a él en los postreros instantes de la vida, este desprendimiento absoluto de toda otra idea que no fuera su afecto, esta solidaridad que establecia entre su amor a Dios y su amor a un hombre, parecerán profanos a la jeneralidad, pero yo no he sentido jamas una impresion mas grande, mas sublime, mas religiosa y mas solemne...

"Toda la noche pasé a su lado conversando familiarmente y diciéndome lo mas íntimo de sus pensamientos, sin ocuparse ya de la eternidad, sino en lo que tenia relacion con su manera de ser actual.

"Cuando llegó el día me dijo:

—Cumple con tus deberes; pero no te olvides de venir antes de las doce: quiero morir viéndote y darte mi última despedida.

"Talvez jamas, ni aun en mi postrer trance, he orado con mas fervor y con mas satisfaccion que en ese día; y sin prepararme de otra manera que con la oracion que acababa de hacer, me creí digna para acercarme a la Santa Mesa y ofrecer a mi amiga el espíritu de Dios.

"Cuando volví a la celda, con Nicolasa me dijo:

—Estoi mui fatigada, pero mi pensamiento no me abandona: dame agua.

"Yo recordé el calmante del doctor y se lo dí mezclado.

"Quedóse en una especie de letargo y cuando volvió en sí, me tomó de una mano y me atrajo hácia ella, diciéndome:

—Ya apenas te veo; acércate, cumple con mis encargos, toma el retrato y los papeles, haz lo que te he dicho... dame tu último abrazo... y pon el crucifijo en mi pecho... ya veo el cielo... Adios...

"Y un ligero estremecimiento del cuerpo me anunció que habia dejado de existir.

"Yo me arrodillé ante su lecho teniendo una de sus manos entre las mias; y sin duda me desmayé, pues cuando volví en mí me encontré en mi celda rodeada de la mayor parte de la comunidad, la que estaba mui afectada con mi accidente, pues me habia granjeado el poco cariño que, por lo regular, son capaces de sentir las monjas, pues no hai nada de mas egoista y de mas árido que las personas que han pasado la mayor parte de su vida encerradas en un claustro: esta es una observacion hecha por muchos y confirmada por mí.....

"He cumplido, mi querida sobrina, con el encargo de mi hermana y bajo a la tumba tranquila, a pesar de mis faltas, que ya Dios debe, sin duda, haberme perdonado desde el momento que me da tanta serenidad en el espíritu. Ojalá esta relacion de mi vida, escrita exclusivamente para tí, te sea provechosa y te salve de los peligros y de las acechanzas del mundo.

"Yo no puedo decirte de qué manera debes obrar en la situacion en que te encuentras y en que por un error, pero un error lleno de nobleza y lleno de caridad, te colocó mi querida Juana. Ya sabes lo que fué conmigo el padre de tu marido y rara vez desmienten los hijos de su oríjen; pero esto no es un imposible y te toca a tí el juzgarlo, pero juzgarlo sin prevenciones, porque no tienes nada que hacer con la existencia pasada de un hombre a quien yo he perdonado desde hace mucho tiempo y vuelvo a perdonar en mis últimos momentos; pues si he rasgado el velo que cubria mi vida, no ha sido para hacer recriminaciones, ni para suscitar odios y menos aun para poner una barrera entre personas unidas ya con el vínculo sagrado del matrimonio, sino únicamente para preservarte, segun el deseo de mi hermana, que es la que te alumbrará y te inspirará desde los cielos.

"Por lo que a mí respecta, te hago una sola súplica dándote este solo consejo: "Perdona, hija mia, cualquiera que sea el mal que te hayan hecho; no tengas rencor ni ejerzas la menor venganza, y así obrarás como ha obrado el Señor, y tu moribunda tia te bendecirá desde lo alto así como te bendice en la tierra.

SOR URSULA.

"Te constituyo heredera de mi mayor tesoro, mi viejo crucifijo. No lo hagas componer, déjalo en la misma actitud en que se encuentra; en él deposito mi último aliento, y mi última súplica es de que te sirva de protector en la vida."

Marido y mujer.

I.

La lectura de esta carta hizo una profunda impresion en Luisa. Todos aquellos secretos que se le habian reservado durante tanto tiempo, estaban descubiertos en un solo instante, y conocia ahora perfectamente la razon que habia determinado a su madre para unirla a Guillermo, quedando para siempre intacta la reputacion de su hermana, cuyas faltas, de otra manera, era mas que probable que se hubieran hecho públicas; porque, ya quisiera aumentar la fortuna o ya conservar la que tenia doña Porfira, tanto en uno como en otro caso, habria entablado un juicio, encontrándose Luisa sola e ignorante de las cosas y sin nadie que la guiase, estando asi sin remedio perdida, circunstancia que habria aprovechado la madre de Guillermo, que conocia el asunto y se hallaba en posesion de algunos papeles que legitimaban los derechos del heredero de la difunta monja que ella habia supuesto, y a quien mantenía oculta-mente, bajo el mismo nombre del niño muerto, creyendo en realidad el sustituto que era hijo de un caballero y de una monja y que llegaria a ser poseedor de una fortuna considerable.

Esta combinacion, llevada a cabo por el marido de doña Porfira, la habia continuado ella, sobornando a la dicha Mariana Ponce para la sustitucion de un niño por otro; de manera que la monja ignoró hasta mucho tiempo lo sucedido; y solo vino a saber la verdad, cuando recibió de la tia Ana-

tasia los papeles justificativos de la muerte de su hijo, los que le fueron entregados, no con el objeto de favorecerla a ella o a su familia, sino con el fin de perder a Guillermo, a quien odiaba la vieja matrona y de quien queria a toda costa vengarse; y como este era un medio casi infalible de despojarlo de la fortuna que tenia usurpada, lo habia empleado como un mes antes de su proceso, para que en vista de este documento y de otros, reivindicasen sus derechos los lejítimos herederos; pero sor Ursula, apreciando en su justo valor la importancia de aquellos papeles, aunque no los habia transmitido a su hermana ni la habia hablado una palabra sobre el particular por cierta delicadeza de sentimientos, los conservaba cuidadosamente para hacérselos entregar despues de sus dias, y que entonces pudiesen entablar el juicio sin consideracion a ella. Este cálculo de sor Ursula habia quedado frustrado por la muerte anticipada de doña Juana y el casamiento proyectado con Guillermo, por lo cual habia determinado destruir aquellos documentos antes de su muerte; pero la aparicion en sueños de doña Juana y lo que le habia dicho, obligó a la monja, no solo a remitir a su sobrina los papeles, sino tambien a hacer'e una relacion de su vida, cuya veracidad confirmaban los documentos.

II

Bien poca importancia daba Luisa a todas estas cuestiones de interes; pero ellas le revelaban los móviles que habian obrado sobre los individuos con quienes estaba en relacion; y aun cuando creia a Guillermo tan inocente como ella de todas estas intrigas, no podia menos de experimentar por él cierto desapego o cierta repugnancia que le era imposible dominar, y que, mal de su grado, renacia constantemente, a pesar de las delicadas atenciones de su marido.

Sumamente preocupada por la difícil situacion en que se encontraba, y abatida ademas por las pérdidas que habia

experimentado, estaba indecisa sobre lo que debia hacer en el futuro, que se le presentaba con un aspecto oscuro, amenazador y siniestro; y como no contaba con otro consejero que su maestro, tocó la campanilla, mandándole decir que deseaba hablarle.

No tardó en aparecer el anciano, que miró a Luisa fijamente antes que le hablara para conocer lo que pasaba en ella, descubriendo en el semblante lo que no le dijeron las palabras.

—Padre mio, exclamó Luisa al verlo, ¿cómo adivina usted las cosas? ¿cómo sabia usted el contenido de esta carta para haberla guardado? Si hubiese caído en manos de ellos ¿qué desgracia! Es mas que probable que no me la habrian entregado, que nunca hubiera conocido la grande alma de mi tia! Pero aquí hai secretos espantosos, querido maestro mio; yo no tenia idea de que existiese tanta maldad y de que aun miserables intereses humanos fuesen capaces de inducir a los hombres a tanta perfidia, a tanto horror!

—Tú miras al mundo con los ojos de tu alma sin mancha y al traves del mas dorado prisma; pero la experiencia del mal te hará conocer la excelencia del bien. Tú aprecias y admiras la virtud por instinto; pero para estimarla en su justo valor es necesario profundizar hasta en los negros antros del vicio: las tinieblas nos hacen conocer el mérito de la luz; si siempre viviéramos en la claridad, no tendria ésta para nosotros precio alguno: las diferencias o los contrastes realzan las cosas, y de la comparacion es de donde nace la exactitud del juicio. Tú has podido juzgar de la grandeza de alma de tu tia, porque has visto la pequeñez de otros; pero yo sabia cuanto ella valia, antes, mucho antes que tú...

—Ella tambien, maestro mio, hace en estas memorias una reminiscencia honrosa de usted.

—¡Pobre víctima! ¡Cuánto la he amado y cuánto la he compadecido!

—¡Usted amó a mi tia!

—Sí, hija mia, sí; pero yo no era digno.

—¿Usted no ser digno!.. Y ese infame...

—No prosigas; no hables así de los muertos. Yo no tengo motivos para quejarme de ella, sino para apreciarla. Yo no debo, tampoco hablar de él: bastante mal le he hecho.

—Lo sé.

—Si lo sabes no me lo repitas; ya vendrá sobre mí el castigo.

—Pero usted no lo asesinó.

—¿Qué otra cosa es un homicidio?

—Hai gran diferencia.

—La conozco; pero esto no impide que he privado a un hombre de ver la luz del día, cuando todo le presajaba una larga existencia.

—Ese seria su destino.

—Yo no soi fatalista, Luisa.

—Entonces ese seria su castigo.

—¿Quién sabe! Pero lo cierto es que mi conciencia no ha estado tan tranquila.

—Puede ser que la lectura de esta carta le quite a usted, no digo el remordimiento, pero hasta el pesar de haber cometido esa accion que lo perturba y que lo entristece: ¿es acaso un crimen el matar a una víbora? Lea usted, señor.

El solitario tuvo la carta entre sus manos y principió aquella lectura que comenzó a interesarle desde la primera página; y a medida que proseguia, mas se animaba su fisonomia, hasta que no pudiendo contenerse, se le rodaron las lágrimas, ¡las lágrimas siempre escasas de un anciano y que no brotan sino en fuerza de un sentimiento profundo! ¡Esas lágrimas condensadas por el frio de los años!

Luisa lo contemplaba y lloraba tambien, porque recorria en su imaginacion los parajes que ella habia leído, siguiendo con la vista la parte en que se encontraba el anciano, para calcular si el efecto era análogo al que ella habia experimentado.

Esta observacion es natural: ¿cuántas veces no le habrá sucedido igual cosa a nuestros lectores? ¿Cuántas veces no habrán seguido con la vista a la persona que está leyendo la carta que a ellos les ha impresionado? Uno quiere conocer, quiere comparar, quiere ver si el efecto que ha producido en él es igual al que le produce al otro, y de aquí es de donde nace la curiosidad con que se examina la fisonomia ajena.

Cuando el solitario concluyó su lectura, quedóse dolorosamente pensativo, porque el aspecto de su semb'ante revelaba una reflexion triste: quizá pensaba en el tesoro que se habia perdido en el claustro, y en los sufrimientos de aquellas naturalezas privilegiadas que estaban llamadas para hacer en el mundo su propia felicidad y la ajena, y que podian haber sido fecundas en su dicha, mientras que habian sido estériles en su sufrimiento.

Luisa lo interrumpió en sus reflexiones, diciéndole:

—¿Tengo yo razon, maestro mio? La carta que acaba de leer ¿no ha disipado sus temores? ¿no ha destruido sus remordimientos? ¿no le ha dado la seguridad de que obró bien?

—Sí, hija mia, hai mucho en esta carta que justifica mi accion; empero, mis principios actuales, los principios nacidos de mi reflexion, y mas que de mi reflexion, del Evangelio y de la moral de Cristo, siempre me condenan; y la carta misma me está probando que he obrado mal, porque no he perdonado como debiera perdonar, como sor Ursula perdonó.

—Tampoco tengo yo hiel en el alma ni quiero venganzas; pero, ¿no se debe acaso destruir el mal?

—Destruir el mal no es lo mismo que destruir a los hombres: para lo primero estamos autorizados y es nuestro deber; pero para lo segundo, cuando se han traspasado los límites, aun cuando se quiera volver atras, no se puede, pues ya está el acto consumado, y contra un acto consumado no

hai lucha, no hai argumento, no hai lei: es preciso soportar las consecuencias de la accion cometida.

El solitario entregó la carta a Luisa; y despues de haber contemplado detenidamente el retrato, exclamó:

—¡Pobre mujer! ¡Cuánto debe haber sufrido y de cuántos modos! Traicionada por su amante de una manera tan infame! arrancadas de raiz sus esperanzas! burlado su idealismo! trastornadas sus ideas de virtud! vejada en su dignidad! ultrajada en su honor! perseguida y castigada! y sin causa! ¡Ah! para haber llegado al grado de perfeccionamiento moral a que pudo alcanzar, se necesita una alma tan fuerte y recta como la suya y un amor infinito a Dios! Esto es lo que la ha salvado, esto es lo que al fin trasformó sus dolores en dichas, sus vejámenes en triunfos, sus humillaciones en glorias... Ya ves, Luisa, cómo esta mujer fué superior a sus desgracias y venció a sus enemigos, llegando a ser mas feliz que lo que hubiera sido en el mundo. ¡Y tú, hija mia, des-falleces cuando tus sufrimientos, si bien tristes, no tienen nada de averbo! Animo, Luisa, ánimo; no está lejana la bonanza: tras la tempestad viene la calma y no dudes que al fin aparecerá para tí el iris de la felicidad.

—Esa carta, entristeciéndome, me ha fortalecido, señor: y ahora estoi mas dispuesta que antes para la lucha.

—Asi me agrada verte, asi me gusta que pienses.

—¿Quiere usted que vayamos al convento a reclamar el tesoro que mi tia me dejó en herencia?

—Con el mayor gusto, Luisa; estoi a tus órdenes.

III.

La nave de la iglesia estaba completamente enlutada y el cadáver de la abadesa, colocado en el féretro, alcanzábase a percibir tras las rejas del coro. Algunas monjas estaban arrodilladas a su alrededor y otras cantaban salmos. Un jentío inmenso salia y entraba a la nave para ir a contemplar los

despojos de la madre abadesa que habia muerto en olor de santidad.

Luisa se arrodilló lo mismo que todos y oró largo rato, no apartando su vista un solo momento de aquella fisonomía pálida y serena que, aunque inanimada, parecia reflejar la gloria de que gozaba ya.

De esta contemplacion llena de triste encanto, fué arrancada Luisa por el contacto de una mano que le tocó suavemente el hombro; volviósese la jóven y se encontró con un anciano sacerdote de cara dulce y melancólica, que le dijo con una voz casi imperceptible: "Sígame." Luisa obedeció sin reflexionar y atravesó la nave entrando en la sacristia. Cuando estuvieron solos se volvió hácia ella el ministro del altar, y tomándole una mano, le dijo con dulzura:

—Sé que usted es la sobrina y la heredera única de la madre abadesa.

—Sí, señor; y yo sé que usted fué su confesor.

—Su amigo, señorita, mas bien que su confesor, porque era alma tan pura como el cielo; no tenia culpa.

—Conozco su historia.

—Ya lo sé, porque yo mismo fuí el portador de esos pliegos, cuyo contenido no ignoro.

—¿Como es, señor, que los encontré a mi vuelta sobre mi velador, sin que los hubiera visto nadie?

—No hallándola a usted, a quien hubiera deseado ver, y sabiendo que estos papeles le debian ser entregados hoy mismo, segun súplica de la abadesa, me valí de una antigua sirviente de la casa que posee toda mi confianza, pues era mi confesada desde muchos años.

—¿La Anita?

—Sí, la vieja Anita, que ha tenido el talento de permanecer oculta, haciendo que nadie se fije en ella, y escondiendo su virtud como su mas rico tesoro.

—¿Es posible! Todos la hemos tenido por medio idiota, y aun cuando todos la quieren, nadie le hacia caso.

—Pues bien: ya sabe usted, hija mia, que tiene una alhaja en esa idiota que le ha servido ahora para ocultar estos papeles y ponerlos solo a su vista.

—No lo olvidaré.

—Ahora la he llamado, hija mia, porque he conseguido que le acuerden el raro privilegio de penetrar hasta el coro y que pueda usted abrazar a su tia.

—¡Señor! Qué felicidad! Cuánto se lo agradezco!...

—Ya me lo figuraba. Tiene usted tambien que cobrar una herencia, ¿no es verdad?

—Sí, el crucifijo que la acompañó en sus últimos momentos y en el que depositó su postrer aliento.

—El mismo, hija mia.

Una puerta se abrió, apareciendo una monja que preguntó:

—¿Usted es la señorita Luisa Valdes?

—Sí, madre.

—¿Le ha dicho el señor... el especial favor que le ha sido acordado?

—Lo sé, madre, y lo agradezco.

—Pase usted para dentro.

Luisa penetró en aquellos sitios que estaban llenos de la presencia de su tia, en aquellos corredores que tantas veces habria ella hollado con sus plantas. Aquel era el mismo aire que ella habia respirado, las mismas flores que habia visto, los mismos objetos que poco antes habria contemplado; y todo esto hablaba al corazon y al entendimiento de Luisa el triste lenguaje del recuerdo, la melancólica contemplacion de lo fugitivo de la vida humana...

Luisa penetró al fin al coro, siendo recibida por la priora que la condujo hasta el feretro; donde se arrodilló, permaneciendo así durante mucho tiempo con una de las manos de la abadesa entre las suyas...

Las monjas miraban con interes aquel cuadro. La hermosura de Luisa y la semejanza que tenia con su tia, así como

la altivez sencilla de su porte y la tranquilidad reflexiva y triste de sus facciones, causaban respeto, admiración y cariño.

Luisa se levantó sin decir palabra, sin derramar una sola lágrima y sin exhalar un solo suspiro, imprimió un prolongado beso en la marmórea frente del cadáver, saliendo en seguida.

La priora volvió a acompañarla y la llevó a la solitaria celda de la abadesa para poner en sus manos el crucifijo.

Todo en aquella pieza interesaba a la joven. El lecho en que había dormido y en que había recientemente espirado, los útiles de que se había servido, su libro de oraciones, los trajes que había usado, la silla en que se sentaba de preferencia; en una palabra, cuanto existía en aquel dormitorio, cuanto ella había tocado con sus manos o mirado con sus ojos, la atraía, haciendo mil y mil preguntas a la priora sobre las particularidades de la vida de su tía, sobre sus hábitos, sus costumbres, sus ideas, sus palabras, y por último, rogándole le concediera todos aquellos objetos de ningún valor monetario, pero de mucho valor moral para ella.

La monja le contestó:

—No crea usted, señorita, que estas cosas carecen de precio para nosotras, sino que lo tienen realmente en el mismo sentido que usted las estima: cada uno de estos objetos es un recuerdo para las monjas a la vez que una reliquia: porque la señora abadesa, digna prelada de nuestro monasterio, era mas que nra simple mujer, pues era una verdadera santa, y nosotras tenemos en mucha valía lo que a ella ha pertenecido; y aun cuando deseamos satisfacer y agradar a usted, sin embargo, debe considerar que se ha llevado la parte principal, el crucifijo, al que añadiré gustosa un libro de oraciones de su reverencia; pero lo demás pertenece al convento.

Y la monja puso en manos de Luisa aquella otra reliquia.

—Comprendo, dijo ésta, así como aprecio debidamente

los justos motivos que ustedes tienen para no desprenderse por completo de las cosas que pertenecieron a su santa prelada, y de consiguiente, no insisto en mi solicitud; pero ya que no me es posible obtener esto, espero de su reverencia, si no es importuno o contrario a las reglas del claustro, que me permita visitar la antigua celda que ocupó mi tia.

La monja miró a Luisa, reflexionó un instante, y no sin cierta vacilacion contestó accediendo a lo que le pedia la sobrina y heredera de la abadesa.

Despues de muchas vueltas por aquellos espaciosos y solitarios claustros, en los que se veian algunos antiguos cuadros de santos de mui poco mérito, penetraron en el angosto y húmedo pasadizo que conducia a la celda que durante largos años habia ocupado sor Ursula.

Cuando la aristocrática niña, acostumbrada desde su infancia a todas las comodidades de la vida, vió aquella pocilga en que le parecia que nunca hubiera podido albergarse un ser humano, se entristeció profundamente; pero a la tristeza sucedióse luego la admiracion y ese entusiasmo que produce la virtud y que nos hacen experimentar los hechos heróicos. Al lado de la cabecera, es decir, al lado de aquellas tablas que habian sido su duro lecho por un largo espacio de tiempo, leíase un letrero, ya casi borrado, en la húmeda y ennegrecida pared, que decia: "Paciencia y confianza en Dios"; y Luisa recordó en el acto que esas palabras eran las que le habia dicho sor Nicolasa a su tia desde el primer dia en que principió su prolongado martirio, y que sin duda sor Ursula habia grabado en la pared en esa misma fecha para tenerlas siempre presente y que le sirvieran de consuelo en sus penas y tribulaciones.

Luisa habia permanecido mas de dos horas en el interior del convento, pareciéndole que hacia pocos minutos que acababa de llegar, a tal punto le habia agradado o habia absorbido sus facultades aquella peregrinacion.

Cuando volvió a la nave de la iglesia, encontró al solita-

rio en compañía del anciano sacerdote conversando familiarmente, ni mas ni menos que si hubieran sido antiguos camaradas.

Ambos ancianos estaban sentados en el último escaño y tambien para ellos se habia deslizado el tiempo con mucha rapidez. ¿Qué era lo que se habian dicho, qué revelaciones se habian hecho en voz baja y en el interior del templo? ¿Quién podia saberlo! Sin embargo, la animacion de sus rostros denotaba lo importante de la conversacion que tenian; pero al ver aparecer a Luisa, se pararon, como quien dice: "Estamos li-tos;" y la siguieron hasta la puerta de la iglesia, donde se paró el sacerdote, demostrando que estaba obligado a quedarse.

Luisa, al despedirse, le dijo: "Espero, señor, que el que ha sido director de la madre lo sea tambien de la hija, y que en lo sucesivo nos favorezca usted con su presencia."

—Señorita, contestó el humilde sacerdote; nuestro deber es ir donde nos llaman y prestar auxilio al que nos lo pide; pero me temo mucho que no sea yo el que reciba el beneficio; mas, ya sea en un caso o en el otro, tendré siempre un placer verdadero en prolongar con la sobrina la amistad respetuosa y cristiana que tuve con la tia.

El solitario y el sacerdote se abrazaron sin decirse palabra.

—¡Este sí que es un verdadero ministro de Dios! exclamó Luisa, cuando el sacerdote hubo entrado nuevamente al templo.

—Asi es, hija mia, asi es, contestó el solitario, guardando en seguida un profundo silencio hasta que llegaron a la casa, silencio que Luisa tampoco estaba dispuesta a interrumpir, porque ella misma llevaba su espíritu lleno de las suaves y recientes impresiones que acababa de experimentar.

IV.

Guillermo esperaba a su esposa cuando la vió llegar en compañía del solitario, trayendo entre sus brazos un gran bulto envuelto en un paño negro, lo que le hizo decir:

—Tienen algo de fúnebre las compras que has hecho.

—No es una compra, sino una herencia, lo que traigo aquí.

—¡Una herencia! Pero una herencia que se trasporta tan fácilmente, no debe ser de mucho valor.

—Para mí lo tiene; y tal es su valor, que no la daría por cuanto poseo.

—¡Cáspita, hijita! En tal caso es preciso que sean algunos ricos brillantes, porque la fortuna de nosotros es muy considerable para cambiarla así no más. Por otra parte, si es una joya de precio tan fenomenal, ¿para qué traerla en un paño negro que indudablemente apagará su brillo y disminuirá su valor?

—Dejémonos de chanzas y de palabras equívocas, respondió Luisa con melancólico acento: lo que traigo es el crucifijo que ha acompañado a mi tía durante su vida y durante su muerte, y del que me ha hecho una donación formal.

—Ya comprendo. ¿Has estado en el monasterio?

—Sí.

—¿Mucha jente había?

—Muchísima.

—¿Por qué no me prevenistes, que yo te habría acompañado?

En ese momento se reunía a ellos, en medio del espacioso patio, doña Porfira, que viéndolos llegar, les salió al encuentro con esa curiosidad de mujer que no las abandona ni aun en la vejez.

—Creí, dijo Luisa, respondiendo a la pregunta de su marido, que no te sería agradable semejante visita.

—Donde has ido, hija mia, interrumpió doña Porfira.

—Al monasterio de...

La madre de Guillermo se inmató; pero disimulando su turbacion, dijo:

—¿Habian puesto el cuerpo de la abadesa a la espectacion pública?

—Sí, señora; se distinguia desde la reja del coro.

—Yo hubiera ido a ver esa novedad para mí, pues nunca la he presenciado.

—¿Se habria usted atrevido, señora?

Doña Porfira miró a Luisa con estrañeza y como queriendo descubrir el sentido verdadero de aquella interrogacion, y en seguida replicó:

—¿Y por qué no?

—Nada mas, señora, que porque son espectáculos tristes que, segun creo, no son de su agrado.

—Tienes razon, repuso doña Porfira, tranquilizada por la respuesta o interpretacion de Luisa; no soi partidaria de las cosas tristes.

—Y sobre todo de aquellas que traen ciertos recuerdos penosos.

—¿Qué quieres decir con eso? exclamó doña Porfira realmente alarmada, alarma que se habia comunicado al mismo Guillermo; pues, como se sabe, no era ignorante de muchos hechos pasados.

—Quiero decir, señora, contestó Luisa con serenidad y de una manera casi indiferente, ni mas ni menos que si estuviera hablando de cosas que no afectaban en lo menor a ninguno de los circunstantes; quiero decir, que esos espectáculos nos hacen pensar en nuestro porvenir, mostrándonos que a su vez llegará tambien nuestra hora.

Doña Porfira y Guillermo respiraron viendo que Luisa se ocupaba de esas jenerales reflexiones que todo el mundo dice, que todo el mundo piensa, pero que a mui pocos afecta.

—Y en fin, replicó doña Porfira con amabilidad y ya li-

bre de la preocupacion que la alarmaba; ¿te fué bien? ¿estaba mui cambiada la señora abadesa? ¿habia mucha jente? Dicen que ha muerto con los honores de santa y las beatas corren presurosas para ver si les toca algun pedacito del hábito.

—Y yo entre ellas, señora, respondió con severidad Luisa; yo entre ellas me hubiese considerado afortunada en tener algun recuerdo de una persona que ha llenado su mision sobre la tierra dignamente, noblemente, santamente.

Doña Porfira conoció que habia ido demasiado lejos; pero habia hablado asi por agradar a su nuera sabiéndola exenta de preocupaciones.

Pero Guillermo, mas astuto que su madre, dijo a ésta en tono de reproche:

—La señora abadesa, tia de Luisa, era mui considerada, y con justicia, de todo el mundo. Las virtudes que la adornaban habian traspasado, a pesar de su escesiva modestia, las paredes del claustro, y por todas partes no se oia otra cosa que alabanzas; asi es que si la sociedad de Santiago ha ido en tropel a ver sus restos mortales, no ha sido inducida por la mera curiosidad, sino por la admiracion que arrancaba a todo el mundo, y nada mas justo que lo que dice mi esposa: que se habria considerado afortunada en poseer algun recuerdo de una persona que ha llenado, de una manera ejemplarmente evangélica, su mision en el mundo; pero en esto, madre mia, Luisa no ha sido sincera, porque a ella le ha tocado la mejor prenda, heredando el mismo Señor que la acompañó a la señora abadesa tanto en vida como en muerte.

Luisa miró afectuosamente a su esposo, agradeciéndole que hubiese sabido interpretar sus sentimientos fielmente, honrando a la vez la memoria de su respetada tia.

Doña Porfira dió tambien la razon a su hijo, escusándose con su carácter ligero e inclinado a la mordacidad; pero que en el fondo decia ella, era lo mas humana y compasiva, si

bien un si es no es filósofa; y agregó esto con la intención de atraerse al solitario y de captarse la confianza de Luisa que hasta entonces se habia comportado con ella de una manera política pero circunspecta, irreprochable en cuanto a las exigencias del buen tono pero glacial, como lo es este, que por lo regular carece de esa franqueza y de esa expansión de sentimientos que atrae, formando el encanto de las relaciones entre unos y otros.

La conversacion de que acabamos de dar cuenta al lector, principiada en el patio, se habia continuado en el pabellon de Luisa, pabellon que no habia abandonado y que conservaba como en los tiempos que conocemos, si bien con cierto pequeño abandono que indicaban las serias preocupaciones del espíritu de la jóven.

V.

Guillermo, que habia formado su plan de antemano para dar el último golpe a Luisa a quien consideraba, sino rendida, al menos mui pronta a serlo, tuvo que demorar la ejecucion por algunos dias a causa de la muerte de la tia que, como era natural, debia sentir, reavivando el dolor que le causara la muerte de la madre.

Guillermo era, como se sabe, un jóven perfectamente educado y de un tacto fino, diremos mas bien, esquisito para comprender y apreciar los diferentes caracteres, las diferentes tendencias, los deseos y las aspiraciones distintas, en una palabra, las variadas delicadezas de la mujer; asi es que habia dejado pasar el tiempo del dolor, que habia tratado de compatizar con él, que se habia mostrado hasta entonces con su mujer atento, obsequioso, afable, rendido, pero jamas exigente; sin embargo, no dejaba de haber hecho sus insinuaciones veladas; y ya creia que era llegado el tiempo de obrar, porque de otro modo podia caer en el peligro opuesto, es decir, podia su mujer suponer la indiferencia; y en ese caso todo estaba perdido en una naturaleza escesiva-

mente sensible, poética y apasionada como la de Luisa; de manera que Guillermo habia seguido el mejor camino que se podia adoptar para triunfar de una mujer de la delicadeza de ideas y de la delicadeza de sentimientos de su esposa; pero ya temia haberse presentado mas indiferente de lo que debiera; de modo que estaba resuelto a hacer efectivos de una vez los derechos de marido.

Era una noche de luna, una de esas noches que propiamente pueden llamarse chilenas y exclusivamente santiaguinas, porque nuestro apacible satélite brillaba con todo su esplendor, como brillan en nuestro diáfano cielo las estrellas que parecen desprendidas de su azulado asiento y que por su hermosura invitan a la meditacion filosófica y religiosa, a esa meditacion indefinida que no se comprende, que no se analiza, ni a la que tampoco se aspira, pero que sin embargo se siente, porque es un pensamiento vago, silencioso, superficial y profundo, suave y ardiente, apasionado y tranquilo: es como esa luz que nos alumbra, en que se envuelven y en que se confunden las inspiraciones vaporosas a la vez que entusiastas del poeta, los elevados pensamientos del filósofo, el ascetismo del creyente, la esperanza de los apasionados, la luna de miel de los esposos que han contraído un reciente y por esto agradable vínculo.

Nosotros preguntamos, a pesar del materialismo que nos invade, a pesar de esa consagracion constante hácia la fortuna que es toda la aspiracion del presente siglo, nosotros preguntamos: ¿cuál es el jóven que no se ha sentido impresionado en algunos momentos de soledad y de reconcentracion sobre sí mismo cuando el pálido astro recorre los espacios del firmamento? ¿Quién no ha sido influenciado por aquella luz? ¿Quién no ha pensado en su amante? ¿Quién no ha recordado los seres a quienes ha querido? ¿Quién no ha fijado su vista en los sepulcros? ¿Quién no ha ido recorriendo las horas de su ya pasada existencia? ¿Quién no piensa en el pasado y en el porvenir? ¿Quién no echa una mirada

a la eternidad, al infinito? ¿Quién no se arroba en la vaguedad inmensa y oscura de este todo que nos es dado contemplar sin jamas definir cuando se mira al cielo y ve a la luna recorrer con veloz carrera el campo espacioso del firmamento.

Era, pues, una de esas noches de luna, decimos, que Luisa, entregada a sus pensamientos y completamente absorbida por sus ideas, no habia visto a Guillermo, que se habia detenido a corta distancia y a la sombra de un árbol que ocultándolo le permitia contemplar aquella hermosísima mujer, cuyas gracias y cuya tristeza realzaban los pálidos rayos de la luna.

En efecto, no parecia Luisa un ser de este mundo: era mas bien una aparicion bellísima, una hada misteriosa y simpática, la hurí invisible y encantadora de aquel solitario paraíso donde ella vivia y a quien ella animaba con su presencia; y a tal punto producía aquella ilusion, que Guillermo mismo creia encontrar mas monumental el elegante y sencillo pabellon, mas fragantes las flores que lo rodeaban, mas suave y delicioso el aire que bañaba aquel recinto.

Luisa, sentada en una de esas poltronas de junco que nos vienen de la India, y vestida completamente de negro, tenia su cabeza negligentemente reclinada en el respaldo de la silla, siguiendo sus grandes y rasgados ojos medio velados por sus largas pestañas, el rápido curso de la luna.

Guillermo estaba absorto... era feliz.. y se gozaba en su dicha al considerarse único dueño de aquel ángel, y lo que es mas que un ángel, de una mujer realmente divina. Yo soi su esposo, decia entre sí mismo; ella me pertenece completamente; no hai nada en el mundo que pueda separarnos. Ella con sus caricias me hará olvidar... ¡Olvidar! Y al pronunciar esta palabra, un pensamiento desgarrador debió cruzar por su imaginacion, porque su semblante se alteró considerablemente, y esa contraccion nerviosa de sus facciones representó a la vez el miedo y el odio, la desesperacion

y la esperanza que sin duda sentia Guillermo en su interior.

Luisa, dejando en ese mismo instante su asiento, se arrodilló, y con sus manos puestas sobre el pecho, como en actitud de orar, exclamó con triste acento:

—Dios mio, protejedlo, salvadlo, hacedlo dichoso, ya que yo no puedo serlo!

Guillermo creyó que aquella exclamacion se referia a él, que aquella súplica era por él, y corrió hácia Luisa, diciéndole:

—Soy dichoso, mui dichoso, alma mia! ¿Cómo puede ser desgraciado un hombre a tu lado? ¿Y qué penas no eres tú sola capaz de borrar por completo? Yo tengo mis pesares, es verdad, pero tú los destruirás, tú los cambiarás al fin en alegrías... Sí, Luisa, tú y Dios me sanarán!

La sorpresa impidió a Luisa el contestar, le impidió hasta el moverse y permanecer por algun tiempo en la misma actitud en que se encontraba, teniendo a su lado a Guillermo, que se habia arrodillado como ella, apoderándose de una de sus manos.

—Pensabas en mí, querida Luisa, ¿no es verdad? dijo el apasionado marido, llevando a sus labios la mano que tenia entre las suyas.

Luisa la retiró como asustada, mirándolo con estrañeza.

Guillermo atribuyó este movimiento a ese pudor instintivo de la mujer a quien los primeros halagos le son hasta cierto punto penosos; por otra parte, él creia, como ya hemos dicho, que habia dejado pasar demasiado tiempo sin exigir el cumplimiento de las obligaciones de esposa, de manera que podia experimentar algun despecho al ver su indiferencia; pero como habia resuelto probarle ya de que, lejos de indiferencia sentia amor, sentia no solo el cariño del alma, no solo el aprecio y la admiracion, no solo el entusiasmo por su belleza moral, sino tambien el ardor de los sentidos, el vehemente deseo del goce, la delicia de la pose-

sion, que viene a completarse por el matrimonio, trató de mostrarse galante y de pedir rendido los últimos favores.

La persuasión de Guillermo, como es fácil de concebirlo, no la había ni aun siquiera imaginado Luisa, y ajena por completo de los sentimientos que dominaban a su marido, lo dejaba decir, ni mas ni menos como si no comprendiera la significación de las palabras; y así era en efecto, pues Luisa oía un murmullo que no descifraba, voces cuya significación no estaban a su alcance; sin embargo, no le agradaban aquellas expresiones y se esquivaba por instinto de aquellos halagos que no eran del todo exigentes pero que cualquiera otra habría comprendido, porque revelaban en parte una intención determinada, porque a pesar del velo con que iban envueltos, manifestaban un propósito, un fin determinado.

Luisa, que no quería sin duda profanar aquel sitio en que había evocado a sus padres y a su tía, rogando tal vez por su amante, dijo a su marido:

—En este lugar solo me encuentro bien cuando estoy aislada, cuando no me ve nadie, cuando me recojo en mi interior para pensar en los demás y pedirle a Dios por los seres que he amado y que continuo amando.

—¿Y no es verdad que yo no era indiferente a tu oración?

—Te lo confieso: no he pensado en tí.

—¿Y por quién decías entonces que lo protejera y que lo salvara Dios?

—Por los desgraciados, por los que padecen...

—¡Pero yo lo soy, Luisa! ¡Si supieras cuánto he tenido que sufrir y cuánto sufro! Si conocieras mi vida desde hace algún tiempo, estoy seguro que me compadecerías!

—Yo tengo compasión, amigo mío, dijo Luisa algo enterrecida, porque el acento de Guillermo era desgarrador; yo tengo siempre compasión por todos los que sufren, pero en tí no veo motivos para ese sufrimiento. Tú eres rico, eres

considerado, ocupas un lugar distinguido, tienes satisfechas todas tus necesidades, estás libre, completamente libre, y puedes aspirar a las dignidades y a los honores; ¡mientras que otros!... Pero ya te he dicho: dejemos este lugar, que no quiero profanar con conversaciones extrañas a mis sentimientos, porque es aquí el sitio donde consagro a mis recuerdos toda mi alma.

Y Luisa se paró y entró en su pabellon, a donde la siguió Guillermo, sentándose en el mismo sofá que ella.

El joven continuó:

—Si tienes compasion de los que padecen, debes tenerla por mí.

—Pero tú posees cuanto puede apetecer el hombre mas exigente de este mundo.

—Sin embargo, no tengo tu afecto, mi adorada esposa, y este es mi supremo bien!

Guillermo creia lo contrario, pero se hacia el inocente para que Luisa le dijera: "Te amo, amigo mio."

Luisa, sin embargo, guardó silencio.

—¿No me respondes? continuó Guillermo. Te he ofendido acaso? Dímelo y te pediré perdon de rodillas.

—Creo que no me has ofendido nunca; pero aun cuando sucediera, no me costaria mucho perdonarte...

Habia tal naturalidad en la palabra y en la espresion de la fisionomia de Luisa, al mismo tiempo que tan fria indiferencia, que Guillermo la miró sorprendido y le preguntó:

—¿Me habré equivocado?

—Yo no sé sobre qué punto, amigo mio; creo que hasta ahora no hemos discutido ninguno.

—¿Qué! ¿No hablamos de nuestras relaciones? El vínculo que nos une es acaso insignificante?

—Segun la manera como se considere.

—¡Luisa! Mi querida Luisa! exclamó Guillermo, (siempre con la persuasion de que su demora en declararse lo habia perjudicado, y que era el resentimiento el que obraba en su

mujer, resentimiento tanto mayor cuanto que ella debía considerarse hermosa, y por consiguiente digna de todos los acatamientos y acreedora a todas las manifestaciones,) yo te amo, amiga mía, y no solo de ahora, sino desde mucho tiempo, desde muchos años, desde la primera vez que te ví...

—Lo que no te ha impedido querer a muchas, respondió Luisa con negligencia.

—Ah! mi adorada esposa, esos han sido meros pasatiempos, lijeros descarríos de la juventud.

—Yo creia y creo todavía que las afecciones no son una cosa con que se juega; que el amor es un sentimiento santo y que una vez que se ha apoderado de nosotras debe llenar entera y exclusivamente nuestra existencia.

—Así es, Luisa, y así me sucede: yo no pienso mas que en tí, no vivo sino en tí y por tí...

Y Guillermo, arrodillado delante de su mujer en una actitud suplicante y apasionada, la miraba con ojos llenos de fuego, con ojos que obligaron a Luisa a bajar los suyos.

El marido se creyó vencedor, pues el hecho de desviar la vista era una prueba inequívoca de su triunfo; al menos este era un signo infalible en concepto del Lovelace santiaguino, y su ciencia de seductor, y de seductor feliz, no podía engañarse; así es que se abalanzó hácia ella en la íntima persuasión de que estaba ganada la victoria, y trató de darla un beso.

Luisa desvió su cara, y parándose de su asiento, dijo a su marido:

—Caballero, yo creia que se debiera tener con una señorita mayor respeto y mayores consideraciones.

—¿Pero en qué te he faltado, ángel mio? ¿Piensas que un beso es de tanta trascendencia entre esposos? Pero ya se ve: como este es el primero, es mui natural que te escuses.

—¿El primero! No existirá ni el primero ni el último, porque no existirá ninguno.

—¡Ninguno! ¡ninguno! dijo Guillermo, abandonando la posición que tenía y muy sorprendido de las palabras que había pronunciado su mujer. ¡Ninguno! repitió. ¿Cómo es esto, hija mía?

—¡Cómo! Como usted lo ha oído, caballero.

Y la voz, y el semblante y el ademán de Luisa era resuelto, imperativo, absoluto: se conocía una voluntad enérgica, decidida, invariable.

La sorpresa de Guillermo fué inmensa: caía desde los cielos a la tierra, del convencimiento al desengaño, de la persuasión íntima y deliciosamente embriagadora de ser amado, al desconsuelo, al abismo doloroso de no serlo, y el despecho y la desesperación se apoderaron de él, hasta el punto de no encontrar nada que decir, nada que replicar, y cayó en tierra como herido de un rayo: el rayo agudo, terrible y esterminador del remordimiento.

En efecto, Guillermo, en aquel mismo momento, había recordado, a Mercedes... Las dos únicas mujeres a quienes había amado en la vida lo despreciaban, y se había visto obligado, para entrar en posesión de ambas, a hacer el mal: a la una le había dado un narcótico para conseguir una victoria que era más bien una derrota, y una derrota espantosa por sus consecuencias funestas; a la otra le había dado su mano, la había llevado al altar, era su esposa delante de los hombres y tal vez delante de Dios, ¡y lo repudiaba! ¡Y tenía solo el título de marido sin tener la posesión, sin tener el goce, sin siquiera alcanzar la piedad que se debe a los desgraciados!

Pero Guillermo, lamentándose de su suerte, no consideraba su culpa. Lloraba su desgracia, como le sucede a todo ser egoísta, sin contemplar demasiado su origen, y creía que debía tenerse compasión por sus sufrimientos, cuando él era el que había sacrificado la inocencia. Sin embargo, el remordimiento había hecho en él surcos espantosos y continuaba desgarrando su alma, y cada vez que recibía uno

de estos desengaños, su herida, su profunda, su incurable herida, vertía sangre como en el primer día, como en el momento fatal en que la había recibido...

VI.

Luisa, ignorante de lo que pasaba en el interior de su marido, porque no conocía sus actos, tuvo compasión y se acercó a él para levantarlo, reprendiéndose a sí misma de su dureza, aun cuando tenía el propósito de no transijir jamás, de no contrariar nunca la determinación que se había formado desde un principio; es decir, que obedeciendo a su madre no sería infiel a su amor, no traicionaria a Enrique, y esta idea, concebida en un principio, la consolidó la carta de su tía, con la revelación de una vida tan llena de dolores, causados principalmente por el padre de un hombre a quien ella se encontraba fatalmente unida de un modo irremediable.

Vuelto en sí Guillermo, encontró a Luisa a su lado, que lo miraba con compasión prodigándole sus cuidados, y le dijo con despecho:

—Valiera mas que me abandonases a mi suerte; soi desgraciado... mui desgraciado.

—Ese es un título para mí, Guillermo, y este hecho sólo basta para que yo no te deje.

—¿Entonces eres mia?

—¿No estamos ligados por un vínculo? Yo debo cumplir la voluntad de mi madre y creo un deber mio no abandonar a mi esposo.

—Luisa! Luisa! no me hagas concebir esperanzas...

—¿Esperanzas! ¿De qué?

—¿De qué! ¡Y me lo preguntas! ¿No sabes que te adoro?

—Puede ser.

—¿Con qué indiferencia dices ese *puede ser*!

—Yo no soi dueña, amigo mio, de los sentimientos de los

demás, sino de los míos; pero dime: ¿por qué padeces? ¿Por qué sufres?

—¿Por qué padezco! ¿Lo ignoras?

—Completamente.

—Ah! Padezco por... padezco porque veo que no me amas!

Y Guillermo volvió a apoderarse de una mano de Luisa, que ésta le abandonó sin oponer resistencia.

—¿Tienes algo que te atormenta a más de lo último?

Guillermo miró a su mujer como espantado y queriendo leer en la fisonomía de Luisa el pensamiento que la ocupaba; pero se tranquilizó al ver aquella cara injénua que no revelaba ni la sombra de una sospecha, y le contestó:

—Nada, nada más que lo último.

—Yo no quiero, Guillermo, exasperarte; pero creo de mi deber ser franca, completamente franca.

—¿Qué delicia, Luisa! La franqueza entre marido y mujer es el lazo más fuerte que el vínculo, es la prueba más evidente del cariño; con que así, hija mía, habla: toda mi vida está pendiente de tus hermosos labios.

Luisa volvió a mirarlo con compasión y le apretó ligeramente la mano.

Guillermo, sintiendo esta insinuación, que, según él, era una manifestación tácita de cariño, repitió:

—Habla, mi adorada, Luisa, y haz para siempre feliz a un desgraciado.

—Ojalá pudiera, amigo mío.

—Ten la seguridad, tenla, Luisa, de que me harás dichoso, para siempre dichoso.

—Sabes, Guillermo, que me haces sufrir?

—¿Yo hacerte sufrir! ¿Por qué? ¿No es bastante mi amor? ¿Quieres que te idolatre? Pues bien: tú eres mi delicia, mi Dios, mi todo.

La ilusión de ser amado había vuelto loco a Guillermo.

Luisa se contuvo; temió herir de muerte aquel corazon y se calló.

—Prosigue, prosigue, hija mia; ten confianza en tu marido, en tu amante; prosigue como habias principiado; dime con franqueza lo que sientes: dímelo, porque de otra manera sufriré lo que tú no puedes imaginarte: tendré dudas.

—La duda, la incertidumbre vale en algunas ocasiones mas que la realidad.

—Nunca, nunca, Luisa; yo prefiero a todo una situacion conocida, franca, aun cuando sea penosa.

—Yo tambien soi de la misma opinion.

—¡Y entonces!

—Es que...

—Hazme de una vez feliz o desgraciado.

—Ni lo uno ni lo otro, amigo mio; pero podemos gozar de tranquilidad, de paz, de armonia; es decir que podemos ser hasta cierto punto dichosos.

—Lo seremos por completo, no lo dudes.

—¡Por completo! Yo no lo seré nunca.

—Lo serás; y mi gloria y mi dicha entera dependerán de la tuya; porque yo no podria ser feliz siendo tú desgraciada.

—¡Y sin embargo asi será! Pero tendré al menos la satisfaccion de no haber contribuido en lo menor a la desgracia ajena.

—Vamos, Luisa, espícate de una vez; ya conoces mis sentimientos, habla.

—Son esos mismos sentimientos los que me hacen callar.

—¡Cómo! ¿Mi amor, mi adoracion te imponen silencio?

—Esa es la verdad; ¿quieres Guillermo que seamos amigos y amigos para siempre?

—¡Lo dudas, hija mia!

—Pues bien; no me ames.

—¡No amarte! ¡No amar a mi esposa! ¿Qué es lo que me pides?

—Lo que oyes.

—Pero esto es un imposible; esto está en contra de la naturaleza, en contra de mis afectos, en contra de mi deber. ¿Cómo quieres que obre?

—Dejemos esta conversacion, Guillermo; dejémosla para otro dia. Ahora te encuentras demasiado exaltado, y temo... temo hacerte mal...

—No; quiero vivir o quiero morir en este momento: es indispensable que me digas lo que sientes, pues estoi resuelto a hacer efectivos hoy mismo mis derechos de esposo.

Luisa comprendió lo que significaban aquellas palabras, y se estremeció; pero su resolucion estaba tomada, y dijo a Guillermo:

—Jamás...

—¿Jamás! ¿Entonces no me amas?

—No.

—¿Y por qué te uniste a mí?

—Por obediencia; pero aun podemos, si no vivir felices, al menos vivir tranquilos, Guillermo: te he ofrecido mi amistad; ¿la aceptas?

—¿Tu amistad! ¿Piensas que yo estoi soñando? ¿Crees que estoi loco? ¿Te figuras que soi un bábieca? ¿Me tomas por uno de esos maridos fáciles que se prestan a todo? No; yo sé lo que me corresponde; yo sé como debo de obrar...

—Obra como quieras, contestó Luisa con calma; yo tambien tengo mi determinacion y nadie me hará variar de ella.

—¿Nadie! Advierte que soi el dueño, que soi el amo, que me debes obediencia, que puedo disponer de tí como se me antoje, porque la religion, porque la iglesia, porque la sociedad, porque las leyes divinas y humanas me autorizan, me dan la facultad de obrar y de obrar a mi antojo, de disponer, en una palabra, de mi propiedad, pues la mujer es la esclava del marido.

—No hai mas poder que la voluntad, respondió Luisa sonriéndose tristemente; y en seguida añadió: pero, Guiller-

mo, no te exaltes, no te extravíes, sigue mi consejo y viviremos tranquilos.

—¡Es muy curioso lo que tú me propones! ¿A qué viene a quedar reducida entonces la autoridad del marido? Yo no transijo: es preciso que obedezcas, y obedecerás.

VII.

En ese mismo instante, y acabando Guillermo de pronunciar esas palabras, que sin duda llegaron hasta doña Porfira, apareció ésta en la habitación de Luisa, con aire majestuoso y severo: era la diosa de la justicia, que sin duda iba a pronunciar el último fallo.

—Me gusta verlos a ustedes en relaciones tan íntimas, hijos míos. ¿Seré yo acaso importuna? dijo doña Porfira consultando el semblante de los dos esposos; y en seguida, como si hubiera comprendido de lo que se trataba, como si hubiera adivinado la situación en que se encontraba su hijo, añadió:

—Me parece que soy necesaria. Ustedes deben tener algunas dificultades y no hai como las madres para resolverlas, porque nuestra experiencia y nuestro cariño todo lo allanan.

—Hai cosas, sin embargo, señora, contestó Luisa, en que la intervencion es ineficaz, inútil y quizá perniciosa.

Doña Porfira frunció el entreceño y Guillermo respondió:

—Mi madre tiene razon, y doblemente razon cuando nos ocupamos de un asunto que, aun concerniéndonos a nosotros, le afecta tambien a ella.

Y Guillermo esplicó a doña Porfira el estado de la discusion cuando ella llegaba.

Doña Porfira reflexionó, mirando alternativamente a su hijo y a su nuera, y en seguida dijo:

—¡Cuestion de jóvenes! Luego se allanará. No te apures, Guillermo: las cosas vendrán por sí mismas.

El carmin del rubor, y talvez un sentimiento mas fuerte, se pintó instantáneamente en el semblante de la pura y delicada niña, que contestó en el acto:

—He dicho, señora, que *jamás*, y vuelvo a repetir lo mismo.

—Yo conozco, hija mia, el corazon humano, agregó doña Porfira, y sé por experiencia a lo que se reducen esos propósitos.

—Usted conocerá, señora, el corazon humano; pero puedo asegurarle que no conoce el mio, porque se equivoca completamente.

Doña Porfira se sonrió, respondiendo estas dos palabras:

—Ya veremos. Si tu marido sabe conducirse...

—Yo le he ofrecido, señora, mi amistad, y vuelvo nuevamente a hacerle la misma propuesta; de consiguiente, estoi persuadida que la falta está en él y no en mí.

—Mi hijo hace mal en no aceptar tu proposicion, porque lo otro vendrá mas tarde... Pero yo no he visto seres mas tontos que los enamorados; y Guillermo, como todos, paga su tributo; mas al fin conseguirá todo lo que quiera y todo aquello a que está lejítimamente autorizado.

—Creia, señora, que usted seria de mi opinion, porque entre las mujeres me parece que debe existir cierta afinidad de sentimientos, defendiendo una misma causa, cualesquiera que sean los accidentes que obran en nosotros.

—Yo no conozco mas que una sola lei: la obediencia pasiva a la voluntad del marido, pues a ella me he sometido siempre y a el'a creo que deben someterse las personas que quieran obrar con cordura.

—¿Y cuando el marido no tiene razon tambien estamos obligadas a obedecer lo que él manda, a acatar lo que él dice?

—Una no debe juzgar, porque es mas fácil que nosotras nos equivoquemos que los hombres.

—Puede ser, señora, pero habrá veces en que ellos sean los engañados.

—Sí, pero el mejor partido es hacer lo que le dicen, porque así se liberta de error.

—Yo no abdicaré jamás de mi razón.

—Te preparas entonces a muchos sinsabores; porque, contrariando al marido, te contrarias a tí misma, y es más prudente ceder voluntariamente que ceder por la fuerza, pues el marido tiene la autoridad, es el que manda y de una manera o de otra hai que obedecerle.

—Segun esto, señora, el matrimonio es la esclavitud, y yo no he nacido para ser sierva.

—Una es siempre esclava de sus deberes, de sus obligaciones, hija mia, y es preciso soportar el yugo: este es el rol de la mujer, esta es la condicion en que nos ha colocado Dios.

—Bien triste es, señora, pero yo no la acepto, o diré más bien, no creo que Dios nos haya dado ese destino.

—Y no tan solo Dios, sino los hombres que han interpretado su voluntad, estableciendo leyes en conformidad a las prescripciones del Señor.

—¡Las prescripciones del Señor! ¿Ha ordenado Dios que la mujer no sea digna? ¿Ha querido que sea solo un instrumento, un autómata, un juguete en manos del hombre? No, señora; yo tengo una creencia muy distinta respecto al rol de la mujer: la que está llamada para formar el corazón del hombre, debe ser digna; la que lo conduce en los primeros pasos de la vida, debe ser libre; la que lo acompaña en toda su carrera, debe ser fuerte; la que es árbitra de sus goces, debe ser independiente; la que mitiga y endulza sus sufrimientos, debe tener voluntad propia, acción propia, razón propia: el matrimonio no es la esclavitud, sino la asociación; no es la dependencia, sino la unión santa y fecunda de dos inteligencias para formar una sola inteligencia, de dos afectos para formar un solo afecto, de dos seres distintos que se completan a sí mismos para marchar a un solo destino, a un solo fin, al fin y al destino para que han sido creados: así es como

yo concibo el matrimonio y así me parece como Dios debe haberlo establecido.

—¡Muy bien marcharía el mundo con esas teorías! Qué unión, qué orden, qué armonía existiría en el hogar si la mujer fuera independiente y libre, si tuviera, como tú dices, voluntad propia, razón propia! ¿No comprendes, no ves que de esta suerte sería imposible la existencia de la familia y aun la existencia de la sociedad que se forma de ella?

—Al contrario, señora, yo no puedo concebir orden, belleza, moralidad, inteligencia, dicha, goce, armonía, sin la libertad de la mujer; si le quita usted esa independencia, todo cae y el matrimonio se convierte en una prostitución indigna que degrada al hombre, que llegaría hasta degradar la especie.

—Dejémonos de teorías y vamos a la práctica, dijo Guillermo, porque este es el mejor modo de cortar la cuestión: hace más de dos meses, señora, que somos casados y me parece un tiempo sobrado...

—Bien dicho, bien dicho, exclamó doña Porfira, y me extraña mucho que no hayas obrado como debieras.

Luisa miró a la madre y al hijo con sorpresa, con horror y hasta con repugnancia; pero dominándose, dijo con un aire de dignidad que impuso a Guillermo:

—Te he ofrecido mi amistad, Guillermo; es lo único que puedo darte; acéptala por tu bien propio, pero no quieras ir más adelante.

—¿Tu amistad! Está bien; ¿pero quién me impedirá lo demás?

—Tú mismo, amigo mío; tu propia dignidad te retendrá.

—¿Mi dignidad! ¿Y pierdo acaso mi dignidad por exigir lo que me pertenece de derecho?

—¿Qué es lo que te pertenece de derecho?

—¿Lo ignoras! Pues sábelo de una vez: lo que me pertenece de derecho eres tú.

—Y no tan solo es un derecho, interrumpió doña Porfira,

sino un precepto, hija mia, un precepto de nuestra santa religion, que lo ordena terminantemente a los esposos.

Luisa casi no daba crédito a lo que oía, y tan ruborizada como escandalizada, se ocultó el rostro.

—Consúltalo cuando quieras, amiga mia, con tu confesor, y verás que lo que te digo es la verdad, añadió doña Porfira.

—Pues yo, repuso Luisa con energia, no acordaré nunca tal derecho ni creeré jamas en tal precepto.

—Pues harías mal, porque sin que tú lo acordases puede y debe tu marido tomarlo, y pecarías mortalmente faltando a un mandato de la Iglesia.

—Yo creo, Guillermo, replicó Luisa, sin mirar siquiera a doña Porfira, porque le habia causado horror; yo creo que tú no participarás de tales opiniones, a pesar de lo que has dicho, pues no puedo suponer que al menos no seas caballero; y un caballero nunca obra en contra de la voluntad de una mujer, nunca la considera y se considera tan indigno, nunca la degrada y se degrada hasta ese punto, porque esa es una exigencia que envuelve la corrupcion mas espantosa, la prostitucion, y no puedes tú haber llegado allí, ni puedes pensar ni exigir que yo llegue.

Habia tanta dignidad, tanta entereza, tanta justicia en lo que decia Luisa, que Guillermo no respondió palabra; pero doña Porfira tomó su defensa y atacó a su nuera con vehemencia, reprochando a su hijo su pusilánime condescendencia.

Alentado Guillermo con la peroracion de su madre y creyendo a su mujer vencida, porque no habia contestado, se atrevió a decir:

—Cede, Luisa, cede a la razon... cede a mi cariño... Yo no querria violentarte... Al fin verás como llegas a quererme...

---Jamás, porque amo a otro y me conservaré para el que amo tan pura de cuerpo como pura de espíritu.

Guillermo y doña Porfira quedaron aterrados; aquella franqueza de la vírjen manifestaba la castidad y la fuerza de un alma superior, de un alma indomable.

Pasado esta primera impresion, vino el furor. Los ojos de Guillermo se inyectaron de sangre y exclamó con una voz de trueno:

—¡Me has engañado! ¿Por qué te casaste conmigo si amabas a otro? Pero yo te haré sufrir inmensamente; estás en mi poder... No le llevarás a tu amante esa pureza, no; yo te haré ceder... y si no cedes... haré uso de la violencia... estoi en mi derecho... me perteneces.

—Y yo, dijo a su turno doña Porfira, te despojaré de toda la fortuna..., sábetelo: yo soi la única dueña... yo... No desmientes de tu oríjen, picarona... tu tia la monja, la santa abadesa...

—Basta de infamias, basta... Ahora mismo saldreis de esta casa, raza de víboras... ahora mismo... exclamó Luisa llena de justa indignacion.

Doña Porfira se sonrió desdeñosamente.

Guillermo se abalanzó hácia Luisa poseido de un vértigo espantoso: era una furia en vez de un hombre.

El solitario, apareciendo repentinamente en el cuarto, contruvo a Guillermo con un brazo vigoroso, y empujándolo con violencia, le dijo:

—Eres tan miserable y tan infame como tus padres.

Guillermo fué a caer a cuatro pasos de distancia, permaneciendo allí sin levantarse.

—¡Has muerto a mi hijo! exclamó doña Porfira fuera de sí, tratando de levantar a Guillermo.

—Quién sabe, contestó el solitario con una serenidad imponente: el que mató al padre talvez ha sido conservado para matar al hijo.

Doña Porfira abrió sus ojos desmesuradamente como quien ve a un espectro, y apenas pronunció esta única espresion:

—¡Usted!

—Yo mismo, señora: yo el antiguo coronel don Toribio de Guzman, el amigo de Eduardo, del padre de Luisa a quien ustedes asesinaron, pretendiendo ahora hacer lo mismo con la hija. Yo conozco todas las infamias cometidas entonces y no permitiré ni permitirá Luisa que se repitan, ya que ha tenido la magnanimidad de no decirles a ustedes nada; pero sépanlo de una vez: Luisa está en posesión de todos los documentos que justifican que es ella la única y legítima heredera de toda la fortuna por cuyo interés han cometido ustedes tantas infamias; y para que usted se convenza de la verdad, puede ahora mismo leer la carta de sor Ursula recibida hace pocos días y escrita en los últimos momentos de esa santa mujer, sacrificada por ustedes.

El solitario dejó de hablar, pero sin apartar su vista de aquel cuadro repugnante, pues las descompuestas facciones de Guillermo no inspiraban compasión sino un sentimiento distinto.

Doña Porfira, aunque no había perdido el sentido, estaba tanto o más aterrada que su hijo, y hubiera preferido cien mil veces encontrarse en su estado a tener que mirar a aquel anciano que se le aparecía repentinamente como un testigo de sus faltas, como un juez llamado para castigarlas.

Luisa dijo al solitario:

—Tenga usted compasión de ese hombre y socórralo.

Don Toribio de Guzman obedeció y se acercó pausadamente al lugar en que se encontraba Guillermo.

Doña Porfira, talvez instintivamente, trató de cubrir a su hijo con su cuerpo, temiendo que el que había muerto a su padre no hiciera otro tanto con el descendiente.

Pero el solitario, comprendiendo los temores de la madre, le dijo:

—Talvez valdria mas que muriera; pero me mandan salvarlo y lo salvaré.

Y sin esperar respuesta tomó el pulso al jóven, y sacando

de sus grandes bolsillos una especie de cartera llena de pequeños instrumentos, llamó a Luisa diciéndole:

—Tiene una congestión cerebral: talvez moriría si no se sangrase; este es el único y eficaz remedio.

Doña Porfira volvió a mirar al solitario, muy sorprendida de la calma y de la seguridad con que hablaba el anciano, en cuyas facciones creyó encontrar alguna semejanza con el hombre que había conocido en otra época y en aquella misma casa. El sentimiento de madre se sobrepuso a todo; y a pesar de su temor y de su vergüenza, dijo al solitario:

—Sálvelo usted, señor.

—Talvez hago un mal; pero yo no puedo ni debo dejar morir a nadie si está en mi mano evitarlo. La justicia de Dios obrará a su tiempo; ¡y quien sabe si este no es su principio, porque la vida suele en algunas ocasiones ser mas penosa que la muerte!

El anciano sangró a Guillermo, que no tardó mucho en volver en sí, mirando a su alrededor con esa curiosidad del que despierta de un profundo sueño y que trata de reconocer el lugar donde se encuentra; pero apenas se dió cuenta de lo sucedido, apenas le vino el recuerdo de lo que había hecho y dicho, que volvió a cerrar los ojos para no ver, sin duda, a las personas con quienes se encontraba.

El solitario contemplaba a Guillermo y a su madre sin decir palabra. La fisonomía de este hombre era grave. Aquella tranquilidad en la mirada revelaba la tranquila resolución de su espíritu: era una de esas naturalezas que no vacilan para decidirse, sino que conciben y ejecutan con la certidumbre del que tiene conciencia de sus actos.

Un silencio profundo reinaba en aquel salón y todo era allí imponente. A la serenidad del anciano agregábase la inmovilidad de la madre y del hijo, y la actitud triste y reflexiva de Luisa.

El solitario dijo al fin, dirigiéndose a Guillermo y a doña Porfira:

—Ustedes tienen en su presencia al que dió muerte al marido y al padre; pueden la esposa y el hijo vengarse, con la seguridad de que no haré nada para defenderme, sino que dejaré que se cumpla en mí lo que dice el Evangelio. “Quien a cuchillo mata a cuchillo muere”; pero no permitiré jamás que se violente la voluntad de la hija de mi amigo Eduardo, y que se consume un matrimonio que la naturaleza rechaza y que seria casi un crimen...

—Huyamos, huyamos de aquí, dijo Guillermo a su madre en voz baja y con tono suplicante; huyamos, tengo miedo a este hombre, tengo miedo a todo...

Doña Porfira no se encontraba tampoco bien; sentíase, como nunca, débil y apocada: experimentaba vagos temores: no era la mujer enérgica de otras veces; pero respondiendo en lugar de su hijo a la especie de reto que le habia dirigido el anciano, exclamó:

—Mi hijo no es un asesino y no es este el momento a propósito para tomar una determinacion; por otra parte, usted le acaba de salvar la vida. Hablaremos en otra ocasion.

—Cuando usted quiera, señora; pero debo advertirle que yo tampoco he sido asesino; y en cuanto a la vida de su hijo, no es a mí a quien tiene que agradecerla, sino a Luisa, ¡a Luisa a quien ustedes han querido sacrificar, pero a quien no tocarán uno solo de sus cabellos, a quien ya no harán mal alguno!

—No ha sido nuestro ánimo sacrificarla, señor, sino, que fuera feliz; así lo pensó también su madre que contribuyó por mucho a este enlace.

—Ya no es tiempo de engaños... La máscara ha caído... Todo se sabe... Basta... Aquí tiene usted la carta de sor Ursula; léala en reposo y no dude que sacaremos todos algun provecho, porque se convencerá usted misma que sus exigencias son absurdas y no espondrán a Luisa, por conveniencia propia, a nuevos sinsabores y quizás a nuevas catástrofes.

Dofia Porfira no replicó, sino que hizo una reverencia y salió con su hijo.

Cuando quedaron solos, Luisa dijo al anciano:

—Estas son demasiadas emociones para mí. Me siento desfallecer; y sin embargo, es preciso que conserve toda mi enerjia para la lucha, porque no cederé jamas.

—Haces bien, hija mia; pero no creo que tengan ya pretensiones de ningun jénero, porque lo perderian todo.

—Pero pueden entablar un pleito; y si mi madre me sacrificó por conservar intacto el honor de su hermana, yo estoi dispuesta a hacer otro tanto.

—Si tu madre hubiera tenido conocimiento de todo, no lo habria hecho, estoi seguro de ello; de consiguiente, sacrificándote tú ahora, contrariarias, en vez de seguir, su voluntad.

—No me he espresado bien: el sacrificio de que hablo no es absoluto, porque ninguna consideracion ni ningun interes me hará mudar de la resolucion que tengo formada y que llevaré a cabo; pero como la fortuna es el móvil único que los ha hecho obrar, les dejaré el goce de esa misma fortuna que poseen y por la que han cometido tantos crímenes, para que se retiren en paz y guarden un secreto que a ellos les conviene no revelar, porque de otra manera se perderian a sí mismos.

—Tu plan me parece bien; ¿pero cómo tendrá lugar semejante separacion sin que se aperciba de ella la sociedad, quedando espuestos a mil comentarios?

—No sé, pero estoi resuelta a arrostrarlo todo antes que ceder a sus exigencias, antes que vivir bajo el mismo techo con jente como esta; y no crea, señor, que experimento odio, no; pero es una cosa mas invencible que el odio la que siento.

—¿Qué cosa, hija mia?

—Repugnancia, señor; y lo peor es que no puedo vencerme, que nace y está en mí a despecho de mi voluntad; y

veo que esta disposicion en que me encuentro se aumentaria si permaneciesen aquí, no pudiendo prever hasta donde llegaria. Por otra parte, ¿recuerda usted lo que le dije un dia de que obedeciendo a mi madre seria fiel a Enrique?

—Perfectamente y lo comprendo lo mismo.

—Ya he cumplido con lo primero, me falta ahora hacer efectivo lo segundo; y para conseguir esto, es indispensable una separacion absoluta; porque tengo miedo de esta jente, y no sé por qué causa se me viene siempre a la memoria la desgracia de Mercedes.

—Tienes razon, dijo el solitario, despues de haber reflexionado un rato.

—Y es preciso que esto se haga ahora mismo.

—¿Y de qué medida piensas valerte?

—Voi a escribirle, señor; y si esto no produce buen efecto, buscaremos otro expediente. Cuando haya terminado mi carta se la leeré a usted.

Y Luisa se sentó en su escritorio y redactó la siguiente nota.

VIII.

“Señora doña Porfira de...

Señora:

La lectura que debe usted haber hecho de la carta de mi tia, los secretos que encierra esa carta, lo acontecido en una época remota y lo sucedido hoi, los sentimientos de su hijo y los míos, los inconvenientes con que tendríamos que tropezar, los graves hechos que ponen entre nosotros una barrera insuperable, todo, todo esto creo que debe de haberla inducido a pensar que la union entre Guillermo y yo es completamente imposible.

A cualquiera otra persona, señora, le hubiera hecho salir de los límites de la moderacion el conocimiento de tanta maldad y de tanta perfidia, y habria roto sus relaciones de

una manera estrepitosa, talvez de una manera cruel; pero mi tia ha perdonado a su marido, la ha perdonado a usted; y yo tambien debo perdonar y perdono; pero esto mismo le probará que mi determinacion es invariable y que nada en el mundo me puede hacer cambiar de propósito, porque cuando decide la reflexion y no la pasion, puede considerarse el paso dado como una cosa resuelta y del que es imposible volver atras.

No quiero hacer inculpaciones de ningun jénero, y si pudiera olvidar cuanto he sabido, lo haria con gusto; pero este mismo deseo me obliga a escribirle para que usted reflexione mas de lo que debe haber reflexionado; y si la vida de mi tia no le ha sujerido la idea de una separacion, espero que se la sujiera mi carta, hasta el punto de no atreverse usted ni su hijo a presentarse mas a mi vista.

El único móvil de todas sus acciones, señora, desde su marido hasta usted y desde usted hasta su hijo, ha sido el deseo de posesionarse de la fortuna de mi familia, y este deseo, satisfecho en parte por medio de crímenes, puede realizarse ahora por medio de una concesion lejitima y hasta de buena voluntad y con pleno conocimiento de causa.

Usted no ignora que puedo entrar en el acto en posesion de todos mis bienes; que tengo en mi mano todos los documentos que comprueban la lejitimidad de mis derechos; que la voluntad de mi tia es tan esplicita como manifiesta; que me seria fácil y quizá provechoso para mis intereses el hacer públicas las infamias cometidas; que puedo en un caso dado anular un matrimonio realizado solamente por complacer la voluntad de una moribunda que estaba tambien engañada, no habiendo tenido otra sancion que la del sacerdote, pues llegaria el caso que me veria obligada a revelar que ninguna lei es superior a mi voluntad, ni nadie seria capaz de forzarme a vivir con el hijo de los asesinos de mi padre y de los defraudadores, por no usar de otra espresion, de mi fortuna; puedo, pues señora, hacer valer todo esto, y sin em-

bargo, me he propuesto no hacer nada de ello en caso que usted acceda a lo que voi a proponerle.

Primeramente dejo en poder de usted y de su hijo todos los bienes de que están actualmente en posesion por el término de sus días.

Segundo: ustedes se comprometen a guardar el mayor silencio sobre los acontecimientos pasados y presentes, poniendo en mis manos todas aquellas piezas que pudieran, aunque de una manera ilegal, hacer aparecer en juicio con alguna verosimilitud de derecho.

Tercero: el matrimonio legal y religioso que me une aparentemente a su hijo, pero que nunca me unirá en realidad, queda completa aunque tácitamente disuelto, sin que jamas gestionen sobre él.

Cuarto: que no intentarán hacer el menor mal a mi maestro y protector, el coronel don Toribio de Guzman, cualesquiera que sean los acontecimientos que puedan sobrevenir en el futuro.

Y quinto: que si ustedes faltaren a una sola de estas estipulaciones, la concesion que les hago de tan considerable parte de mi fortuna, quedaria por completo anulada.

Ya ve usted, señora, que todo lo que exijo entra, pecuniariamente hablando, en sus intereses y no en los mios; pero puedo decirle a usted que en esto no hago un gran sacrificio, porque la fortuna para mí tiene menos valor que la honra; sin embargo, no dejo de considerar que la jeneralidad de las personas la anteponen, obligándome esto mismo a creer que usted no vacilará en aceptar mis condiciones.

Sin mas

LOUISA VALDES."

Esta carta seca, que era mas bien un reproche que un convenio, una acusacion que un contrato, obtuvo la aprobacion del solitario y fué en el acto mandada a su destino.

La contestacion no se dejó esperar mucho tiempo y venia concebida en estos términos:

"Señora doña Luisa Valdes.

Señora :

Su nota me ha llenado de sentimiento, pero veo en ella la justicia.

Usted, sin embargo, ha hecho responsables a unos de las faltas de otros: yo y mi hijo somos inocentes, pero usted tiene hasta cierto punto razon en suponernos partícipes de los actos de mi esposo; las apariencias nos condenan, pero mi hijo y yo pedimos perdon de nuestras faltas; y asi como nos han perdonado los muertos, espero que nos perdonen los vivos, por cuya razon aceptamos con gratitud la benevolencia que nos manifiesta.

Si no fuera por ciertas consideraciones sociales, nos habríamos despojado en el acto de una fortuna que he venido a convencerme de que no nos pertenece; pero el haberla poseído por tan largos años, el ser usted esposa de mi hijo ante la sociedad, y el no vernos, tanto usted como nosotros, espuestos a las interpretaciones de distinto jénero y no pocas veces calumniosas de esa misma sociedad, me obligan a aceptarla tanto a nombre mio como al de mi hijo, pudiendo usted estar segura que guardaremos religiosamente las condiciones que usted nos impone.

Comprendo la delicadeza de sentimientos que la animan, y veo que talvez la hemos ofendido por esceso de cariño, por deseo de que nuestras relaciones fueran mas íntimas; pero tambien comprendo ahora los inconvenientes que se oponen, y no puedo menos de reconocer los justos motivos que obran sobre usted para no aceptar una union que, aunque lejítima, social y religiosamente hablando, no lo es, sin embargo, por el hecho; pero tengo la esperanza, y la alimento con gusto de mi corazon, que alguna vez llegue a realizarse o lleguen a desaparecer los inconvenientes que nos separan, haciéndome un deber de empeñarme por medio de mis acciones futuras, en borrar las causas y los efectos que

han motivado y que influyen de una manera inevitable en esta separacion que lamento pero que no puedo menos de considerar indispensable por las mismas razones que usted la considera, aunque estas sean desdorosas para mí y honorables para usted.

Siento verme obligada a hablarle con esta política, ajena de mi cariño; pero necesaria en el estado de nuestras relaciones, pues ya no me es dado poderle dar el título querido de hija que tanto agradaba a mi corazon y que hubiera hecho mi delicia y mi orgullo; pero puede ser que llegue un tiempo en que me sea dado tener esta satisfaccion inmensa; y mientras llega tan deseada época, sírvase usted aceptar las consideraciones y la gratitud eterna de su mui atenta y agradecida servidora,

PORFIRA DE..."

Habiendo Luisa leído la contestacion de la madre de su marido, se la pasó al anciano con cierto aire de desden, que significaba sin duda o que no creia en el contenido o que despreciaba tanta bajeza, tanta humillacion por conservar la fortuna como manifestaba aquel escrito, en que la codicia no era velada siquiera por el arte.

El solitario recorrió a su turno aquellas páginas, y una sonrisa de incredulidad mezclada de burlona indiferencia apareció en sus labios, diciendo en seguida:

—La víbora no se atreverá a morder.

—¿Tiene usted entonces seguridad de lo que dice esta carta?

—Sé que la fortuna puede mucho en esas almas, y tendrán miedo de esponerse a perderla.

—Si es asi no es caro el precio a que uno compra su tranquilidad y pone un freno a la maledicencia. ¿Sabe, maestro mio, que siento una delicia inmensa?

—¿Por qué, hija querida, cuando todo lo que te sucede es triste?

—Porque me creo libre; porque puedo pensar en él... porque me parece que mi conducta la aprueban desde el cielo mis padres y mi tía; porque trabajaremos desde hoy mismo en libertar a Enrique... y porque usted, y esto es uno de los principales motivos, queda exento de todo peligro, tal vez de todo pesar interior.

—Tienes razón, Luisa, y creo que las últimas palabras de tu madre se realizarán: “espera,” dijo ella en ese supremo momento en que sin duda ya veía con los ojos del alma.

—Yo también tengo fé, señor, y siento que renace en mí la esperanza.

Mientras Luisa y el solitario se entretenían agradablemente conversando y combinando sus planes para salvar a Enrique, Guillermo y doña Porfira, llenos de despecho y de impotente rabia, salían de aquella casa que habían creído apropiarse, para no volver a entrar nunca en ella.

La fuga.

I.

La vida humana es una transición constante y sucesiva de un sentimiento a otro sentimiento, de un afecto a otro afecto, de una idea a otra idea, de un hecho a otro hecho, eslabonándose así el pensamiento de ayer con el pensamiento de hoy para enjendrar el pensamiento de mañana: y este mismo encadenamiento que existe en el orden moral existe también en el orden físico. Todo se sucede, todo se transforma, todo varía para llenar el fin de la creación, que es la armonía, la vida el progreso.

Luisa había, lo mismo que los demás seres, experimentado y pasado de una impresión a otra impresión. Después de los deliciosos días de San Jorge al lado de su amante, más deliciosos todavía por la incertidumbre que lleva consigo el divino estimulante de la esperanza, se habían sucedido la caída de Mercedes, la separación instantánea de Enrique, su casamiento con Guillermo, la violencia que había tenido que hacerse a sí misma, la muerte de su madre y de su tía, la declaración insultante de su marido y de su suegra, que la habían ofendido en su delicadeza de mujer, en su elevación de pensadora, en su espiritualidad de virgen. Después de tantos dolores para tan pocas alegrías, volvía otra vez a despejarse el horizonte, y aunque lleno todavía de tinieblas, distinguía en lontananza una débil luz que la alumbraría en el camino, que la guiaría en la marcha: esta

débil luz era el pensamiento de salvar a Enrique, pensamiento que embriagaba todo su ser, que la trasportaba al Eden misterioso de un porvenir desconocido, pero lleno del perfume de la virtud y de las dulces emociones que experimentar Enrique al saber que era ella quien se había ocupado de su vida, quien le había dado su libertad... y esas emociones las sentía ahora Luisa, gozando anticipadamente de lo que debía gozar Enrique, porque ella estaba resuelta a confesarle su amor, a decirle que solo había cedido al imperio del deber, pero que siempre había sido digna de él y que el sacrificio mismo que se había visto obligada a practicar era una prueba incontestable de aquel desprendimiento, de aquella heroicidad que necesitan los grandes afectos, las grandes pasiones, las grandes virtudes.

Y Luisa se decía a sí misma: "Es imposible que él no comprenda esto, que él no aprecie esto, y que no me ame de la misma manera que yo le amo."

Mecida la imaginación de la joven patricia con tan seductoras ilusiones, se dispuso en compañía del solitario a obrar inmediatamente, y al otro día se dirigió a casa de sus principales conocidos, quedando de juntarse con su maestro a la hora de la comida para comunicarse lo que hubieran obtenido de favorable, poniéndose así de acuerdo para obrar en lo sucesivo.

Don Toribio de Guzman, empero, no tenía ya amigos; pues, o habían bajado al sepulcro, o sin duda lo habrían olvidado los pocos que aun podían existir de esa época, de manera que no sabía a quién ni dónde dirigirse, siendo un extranjero en Santiago, antiguo lugar de su residencia y en el que había brillado en otras ocasiones.

Por otra parte, su condenación a muerte debía subsistir siempre, agravando la pena la fuga de la capilla, que había burlado el fallo de sus jueces; de manera que no solo carecía de influencias que poner en juego, sino que corría el riesgo de perder hasta su libertad, y por consiguiente de

poder servir de apoyo a Luisa en las críticas circunstancias en que se encontraba, teniéndolo sumamente preocupado estas cavilaciones de su espíritu.

De repente pasó por su imaginación una idea fugitiva, pero que poco a poco fué tomando formas, hasta que se decidió a adoptarla y convertirla en proyecto, e inmediatamente se fué a una sastrería, compró un traje negro, afeitó su blanca barba, que lo había acompañado durante tantos años, dándole el aspecto mas venerable, aspecto que había contribuido también no poco a su reputación de brujo y al respeto supersticioso de que gozaba entre los campesinos de la hacienda de San Jorge; pero si lo privaba de las prerrogativas de la ancianidad, había esta sola operación rejuvenecido de veinte años, quedando él mismo sorprendido, después de concluido su tocado, de encontrarse tan mozo.

Por mucho tiempo que un hombre de mundo haya pasado en el campo y llevado esa vida ruda y salvaje del desierto, nunca pierde sus buenos modales, ese *no sé qué* de buen tono, que, a despecho del traje, se distingue, y que jamás o rara vez adquiere un *parvenu*; ese *no sé qué*, decimos, del hombre que ha rodado siempre en la alta sociedad, no había abandonado al solitario, a pesar de su larga separación del mundo, no encontrándose embarazado con su nuevo y elegante aunque severo traje.

La idea nueva que había cruzado por la imaginación de aquel hombre era por demás sencilla. Don Toribio de Guzmán pensó que el joven que acababa de subir al primer puesto de la nación, debía, por cálculo y por sentimiento propio, estar dispuesto a ejecutar actos jenerosos que le granjearan buen nombre entre sus conciudadanos, y a mas la satisfaccion interior de poder ser y de ser en efecto, magnánimo; y en consecuencia se encaminó al palacio de la moneda a presentarse ante don Manuel Montt, que hacía pocas días había escalado el puesto que mas tarde debiera costar.

le tantas amarguras y a la nacion tanta sangre y tantos sacrificios (1).

El jóven presidente estaba sentado en su despacho, en el mismo salon que habia servido a su antecesor el jeneral Bulnes, cuando se hizo anunciar don Toribio de Guzman con su nombre y con su título.

El presidente Montt, cuya vida no habia sido estraña a los acontecimientos políticos, aunque no hubieran figurado en su época, recordó en el acto todas las circunstancias de aquel ruidoso proceso y de aquella ruidosa fuga, que habia ocupado por mucho tiempo a la sociedad entera de Santiago, con mas, la particularidad de que no se habia vuelto a saber nada del paradero del coronel; asi es que tanto por curiosidad como porque creia importante aquella visita, ordenó de hacerlo introducir en el acto.

La mirada sagaz y penetrante del jóven presidente, esa mirada acostumbrada a descifrar los secretos del corazon por los rasgos de la fisonomia, se clavó serena y al parecer imposible en las varoniles facciones del antiguo guerrero y en su porte noble y desenvuelto, que anunciaba resolucion, franqueza e hidalguia a la vez, y no pudo menos de sentirse impresionado favorablemente por aquel hombre, de manera que lo recibió con agrado aunque con cierta reserva peculiar a su carácter y propia en aquellas circunstancias y con aquel personaje estraño, que aparecia de un imprevisto despues de una ausencia tan larga.

El presidente, ofreciéndole una silla para que se sentara, le dijo con esa amabilidad un poco terca que lo caracteriza todavia y que ha tenido quizá siempre.

—Creia que el señor coronel don Toribio de Guzman ya no existia.

(1) ¡Dios quiera que no se repitan en nuestro país escenas como esta! Que no haya un hombre que suba al poder en medio de la sangre! Que se avergüencen de las candidaturas oficiales y no las acepten jamas! Que sepan imitar el ejemplo del señor don Antonio Varas, por honra propia, por decoro propio, por elevacion propia, así como por el engrandecimiento, por el progreso y por la libertad del país!

—Su excelencia no puede haber conocido al coronel Guzman.

—No personalmente, es verdad, pero los héroes de la independencia nunca se olvidan en el corazón de un chileno. Por otra parte, usted tuvo un proceso ruidoso a consecuencia del cual fué usted borrado del escalafón del ejército.

—No es esto solo, sino que S. E. no debe tampoco ignorar que fuí sentenciado a muerte y que el fallo de mis jueces no se cumplió.

—Es verdad; usted se fugó de capilla, lo que también hizo mucho ruido. Recuerdo haber leído todo esto en los periódicos de aquel tiempo; pero ¿qué es lo que usted solicita, señor?

—Vengo a cumplir mi sentencia de entonces y a pedir un favor por mis servicios.

—No comprendo, señor.

—S. E. ha tenido a bien recordar que he sido uno de los últimos soldados, no de los primeros, como S. E. supone, que ha derramado su sangre en favor de la independencia de nuestro país, y en virtud de esta acción, si es que existe algún mérito en cumplir con su deber de ciudadano y de militar, vengo a implorar de S. E. una gracia.

—¿La de su vida, la de su perdón, la de su grado? Todo lo tiene usted, señor coronel, concedido en el acto.

Don Toribio de Guzman hizo una genuflexión y dió las gracias al presidente, añadiendo:

—Nada de esto, señor, es lo que solicito, porque estoy dispuesto a que se ejecute la antigua sentencia; que por lo que hace a mi grado, ya he renunciado a él desde muchos años.

—¿Pero qué cosa de mayor interés que la vida, que los honores y que la fortuna desea usted? Porque, créamelo, señor Guzman, yo estoy dispuesto, no diré a concederle lo primero, pues usted lo obtendría ahora fácilmente y no habría un solo tribunal que se atreviese a poner en ejecución

aquella sentencia, sino que le acuerdo desde luego lo segundo y todo el tiempo transcurrido le será a usted de abono, lo que, como he dicho antes, importa una fortuna, y una fortuna considerable.

—He dicho a S. E. que he renunciado desde mucho tiempo atrás a todas esas consideraciones que tanto influyen sobre la jeneralidad de los hombres; pero en cambio de todo cuanto S. E. me ofrece y en cambio de los servicios que he prestado a mi país, quiero que S. E. acceda a una súplica.

—¿Cuál es esa súplica?

—Que S. E. dé la libertad a un jóven.

—¿Por qué falta o por qué crimen está detenida la persona por quien usted se interesa, señor de Guzman? Pues aun cuando no tengo nada que hacer, como usted debe saberlo, en el poder judicial, sin embargo, prometo a usted interponer en su favor mi influencia.

—No hai crimen ninguno y quizá no hai falta, señor, en el acto cometido por el individuo, pues es un simple reo político.

—¡Reo político!

—Sí, señor; es un jóven que tomó cartas en el complot del veinte de abril.

—¡Un revolucionario! ¡Me admira, señor de Guzman, que siendo usted un hombre de experiencia, que debe estar siempre de parte de la autoridad; que sabiendo ademas cuántas desgracias y cuánta perturbacion en el país no acarreen esos motines, se atreva usted a pedirme la libertad de uno de esos conspiradores! Yo faltaria a mis deberes, señor, si accediese a su súplica, y creo que usted por sí mismo no me exigirá tal cosa.

—Señor, yo conozco al individuo y sé que es incapaz de faltar y menos aun de cometer un crimen.

—No pretendo hablar de crímenes, señor de Guzman, y puede la persona de que usted me habla ser mui honorable; pero razones de estado, razones que me es imposible desa-

tender en mi calidad de jefe de la nacion, me obligan, a despecho de mi voluntad, a no complacer a usted como en realidad lo deseo.

—Puedo asegurar a S. E. que el jóven por quien impetro la magnanimidad de S. E. debe haber sido alucinado y engañado.

—¿Y quién me asegura que no continuará siéndolo? Usted concibe que yo no puedo prestar armas en contra de mí mismo. Esta consideracion no me importaria mucho si se tratase únicamente de mi persona; pero estoi obligado a velar por la tranquilidad del pais, y en este caso único, dispense usted que no transija.

—Señor, desde luego me ofrezco a S. E. en garantia, asegurándole que no se meterá mas en política.

—Su garantia, señor de Guzman, vendria a ser ilusoria; porque ¿quién se atreveria a hacer efectiva la responsabilidad con un hombre de sus méritos y de sus antecedentes? Pero veamos: ¿cuál es el nombre de la persona?

—Enrique Lopez.

—¡Enrique Lopez! ¡Ave Maria, señor de Guzman! ¡Enrique Lopez! Nuestro mas encarnizado, sagaz y valiente enemigo!

—¿Cómo, señor!

—Lo que usted oye, señor de Guzman.

—Debe haber un equívoco, Excmo. señor.

—No hai equívoco ninguno; y ahora recuerdo: este jóven debe gozar de grande influencia, pues, independiente de su empeño, ha contado ya con padrinos poderosos con los cuales he tenido que luchar, pues he tenido empeños hasta de mis propios ministros.

—Y sin embargo, señor, no es otra cosa que un simple artesano y completamente bueno e inofensivo como su padre.

—En fin, señor coronel, yo veré la cosa, y sin dar a usted una seguridad absoluta, le daré esperanzas; pero deje usted

al menos que se aquieten un poco los espíritus. Usted comprenderá que en el estado de efervescencia en que se encuentra el país, sería imprudencia de mi parte el proporcionar elementos a la combustion.

En balde don Toribio de Guzman insistió en dar seguridades al presidente sobre la conducta posterior de Enrique, pues éste permaneció inflexible en su determinacion, limitándose a decir:

—Deje usted que tome mas informes y me ponga al cabo de ciertos pormenores, asegurándole desde luego mi buena disposicion y el deseo que tengo de servirlo.

El coronel no tenia que replicar y se despidió.

S. E. le alargó la mano, llevando la amabilidad hasta acompañarlo al fin del salon, donde le hizo el último saludo.

Don Toribio de Guzman, aunque no tenia la seguridad de libertar a Enrique, salió del palacio de la moneda encantado de la acogida de don Manuel Montt y de su trato sério, afable y al parecer sencillo, que atraia sin intimidad y daba confianza con respeto, particularidad de este célebre y eminente personaje chileno, que ha sido reconocido por todos y hasta por sus mas encarnizados enemigos, de los cuales muchos se han trasformado en sus decididos partidarios, solo con el hecho de haberlo tratado unas cuantas veces.

II.

Don Toribio de Guzman llegó a su casa, o lo que es lo mismo, a casa de Luisa, en el momento que ésta ya venia de vuelta de sus dilijencias.

Luisa quedó sorprendida al ver al coronel, y al principio no lo reconoció; pero cuando se cercioró que era bien él, le echó los brazos al cuello, diciéndole:

—¿Qué significa esta metamórfosis, querido maestro mio? ¿Posee usted acaso el secreto de rejuvenecerse asi como ha descubierto la misteriosa redoma que contiene el licor de la

vida? ¡Sabe usted, señor, que con lo primero le bastaría a usted para hacerse millonario en mui poco tiempo si ambicionase usted la fortuna?

—Ojalá, mi querida hija, fuera poseedor de esos secretos, no para adquirir riquezas, que al menos para mí son de poco valor y de poco uso, sino para hacer el bien a mis semejantes; pero la metamórfosis que tú crees encontrar se la debo únicamente al barbero y al sastre, así como la redoma, cien mil veces de mas valor, porque al menos mitiga los dolores y sostiene un tanto el vigor de la naturaleza cuando ésta desfallece por algun accidente, se la debo a mi querida y respetada momia. Ya ves, Luisa, que no poseo ni una ni otra cosa; pero el arte de conservarse, el arte de ser por mucho tiempo jóven y que mantenga al cuerpo y al espíritu en lozania, a pesar de los años, es mui conocido de todos, aunque poco practicado; pues consiste únicamente en ser frugal, ya sea en los alimentos, ya en el sueño, ya en la bebida, ya en los placeres, ya en los trabajos, y si es posible hasta en el pensamiento; por esta razon, aunque viejo por la edad, conservo todavia cierta fuerza que se ve en parte tan luego como la navaja ha hecho desaparecer de mi cara las insignias de la ancianidad; pero no ha sido por acicalarme ni parecer jóven que he mudado de traje y cortado mi blanca y larga barba, sino para practicar algunas dilijencias en favor de Enrique; y como no era posible que me presentase cual un ermitaño de la Tebaida sin llamar sobre mí la atencion del público, me he visto obligado a hacer esta trasformacion que, te lo confieso, no es de mi agrado.

—¿Y qué resultado ha obtenido usted, maestro inio?

—No completamente satisfactorio, pero me han dado esperanzas y puedes estar segura que no dejaré dormir el asunto.

—¿A quién se ha dirigido usted, señor?

—Me he dirigido al primer jefe del estado, a don Manuel Montt.

Y el solitario refirió a Luisa su larga entrevista con el presidente de la república y sus resultados.

—Usted ha conseguido mas que yo, agregó Luisa, porque yo he obtenido solamente esas promesas banales que se hacen a todo el mundo y que por no decir francamente no, se dice: "Veremos; haré mi posible; pierda usted cuidado."

—Pero yo tampoco he conseguido mas que eso, hija mia.

—Sin embargo, la palabra de un presidente y el modo tan lleno de benevolencia con que ha sido usted recibido hacen juzgar favorablemente.

—Asi lo creo tambien.

—No por lo que me ha sucedido hoy desmayaré, sino que principiaré de nuevo mañana, continuando hasta que consiga mi objeto.

—Ese tambien es mi propósito.

Tres dias apenas habian transcurrido desde la entrevista del solitario con don Manuel Montt, tres dias empleados con constancia en trabajar por la libertad de Enrique, cuando se presentó en casa de Luisa un oficial del ministerio de la guerra que era portador de un grueso pliego dirigido al coronel don Toribio de Guzman, el que contenia la absolucion de la sentencia de muerte promulgada muchos años atras, la reintegracion de su grado y a mas el goce completo de todos sus sueldos desde el mismo dia en que fué dado de baja durante el gobierno de don José Joaquin Prieto hasta esta época; de manera que el solitario, para quien tenían tan poco valor la plata y los honores, se veia de un momento a otro rico y ocupando un elevado puesto en la sociedad; pero, preciso es decirlo, no era esto lo que halagaba al filósofo, desprendido completamente de las vanidades humanas, sino que esta prueba de consideracion le presajaba la pronta libertad de su querido discípulo, porque suponía una gran dosis de bondad y de justicia en el presidente de la república; pero el coronel no conocia la terca severidad de principios y de carácter del señor don Manuel

Montt, severidad llena de mansedumbre, terquedad llena de jenerosidad y talvez por lo mismo inflexible en la persecucion de una idea, en la realizacion de un acto; asi es que estaba completamente equivocado respecto a la inmediata libertad de Enrique.

Al dia siguiente don Toribio de Guzman volvió a presentarse en palacio para dar las gracias a S. E. y fué nuevamente recibido con las mismas o mayores demostraciones de afecto que la vez anterior, sin por esto darle mas esperanzas sobre el asunto que el solitario consideraba como principal; pero alentado por la confianza y cariño que le manifestaba el presidente, insistió con mas ardor que antes; pero todo en vano, pues sus argumentos y sus palabras fueron a estrellarse con la fria impasibilidad del político, para el cual está ante todo la razon de estado, sin dar cabida a las afecciones, a los sentimientos del corazon, a las expansiones del alma, a esos arranques de jeneroso desprendimiento o de jeneroso entusiasmo que forman los héroes y que no alcanzan a comprender ni apreciar los hombres que no han tenido mas norma que la lei, mas guia que los códigos humanos, mas vida que los negocios públicos, mas aspiracion que conservar, que dominar, que gobernar.

III.

Pero no era solo Luisa Valdes y el solitario quienes querian, quienes se empeñaban, quienes hacian mayores esfuerzos por libertar a Enrique, sino que, como ya lo sabemos, Eloisa Mendizabal trabajaba por su parte con mejor acierto, puesto que habia conseguido tener el gusto de ver una vez por semana a su supuesto hermano; pero esta concesion, que habia obtenido desde un principio, no habia pasado adelante y hacia tiempo que estaba estacionaria, sin poder conseguir una franquicia mayor, sin poder alcanzar la libertad que ambicionaba y que dia a dia pedia a su señoria el ministro.

Como tres meses habian trascurrido recibiendo la visita diaria del grave personaje, sin que ni ella ni él cediesen un ápice en el punto principal de sus aspiraciones respectivas; porque ni el ministro habia concedido la libertad del hermano, ni Eloisa habia acordado el menor favor, salvo aquellos indispensables para mantener en sus redes al prisionero, y que, alimentando las esperanzas, no traspasaran los límites de la mas estricta honorabilidad; a tal punto, que el ministro, cada dia mas lisonjeado en su amor propio, se figuraba haber emprendido una conquista difícil, pero de la que lo relevante de su mérito, triunfaria al fin.

Eloisa, por su parte, sin abandonar tampoco la esperanza de burlar al diplomático, no se dejaba adormecer de ella, sino que maniobraba continúa y sordamente de manera a tener dos vias de salvacion: la una por el engaño y la otra por la concesion lejitima, prefiriendo, como era natural, esta última, porque la otra estaba rodeada de peligros; empero, era necesario adoptarla en caso de no tener efecto la mas regular y la mas conveniente.

Durante este tiempo Eloisa habia mantenido tanto en Enrique como en su familia la esperanza de que el momento menos pensado obtendria la libertad, y esta esperanza habia contribuido mucho a tranquilizar los espíritus; pero como trascurria ya tanto tiempo, Enrique, combinándose con Eloisa, habian ideado un plan de fuga, proporcionándole la última los medios de evadirse que consistian únicamente en una fuerte cuerda y dos grandes clavos. Esta cuerda, que habia sido llevada poco a poco para no ser vista por el superintendente o cualquier otro empleado de la penitenciaría, tenia muchas varas de largo y gruesos nudos de trecho en trecho trabajados por Enrique durante las horas de descanso y con las mayores precauciones para que no maliciasen su intento, el que hubieran adivinado inmediatamente que alguno se hubiese apercebido de la existencia de aquella especie de escala.

Enrique habia dicho a Eloisa que a distancia de treinta o cuarenta metros de la muralla habia en uno de los patios de la penitenciaría un elevadísimo palo, imposible de escalar para cualquiera que no tuviera mucha agilidad y fuerza, pero que él ya se habia ensayado en varias ocasiones durante la noche, habiendo conseguido al fin llegar al tope, donde pensaba amarrar fuertemente la cuerda, lanzando la otra punta con una gruesa piedra hacia el otro lado del muro, desde donde la amarrarian por el exterior, dándole la mayor tirantez posible para que él pudiera hacer la descension.

Este plan era sencillo y era seguro, debiendo esperarlo de la parte de afuera su padre y Santiago; pero no lo habian llevado a efecto, tanto porque era preciso fabricar la cuerda, y para esto se necesitaba mucho tiempo, puesto que Eloisa solo podia llevarle una pequeña parte de cuerda cada semana, cuanto porque le habia dicho a Enrique y lo creia en realidad que el día menos pensado saldria de su prision legalmente y sin necesidad de echar mano de medios de por sí peligrosos, viéndose despues obligado a salir del país por el temor de ser nuevamente capturado; pero como ya habia trascurrido tanto tiempo y la paciencia de Enrique estaba para agotarse, resolvió emprender la fuga y abandonar aquel lugar, que se le habia hecho insoportable por la clase de moradores con quienes estaba obligado a vivir.

Durante los tres o cuatro meses que habia permanecido Enrique en la penitenciaría habia adquirido una grandísima experiencia de la vida, habia visto cosas que jamas se habria imaginado, crímenes de los que no tenia la menor idea; habia visto a la humanidad bajo una forma diametralmente opuesta, como se la habia figurado; habia presenciado todo cuanto hai de bajo, de inmundo, de soez, de cruel, de espantoso, de malvado sobre la tierra; habia sido testigo de escenas sucias y horripilantes por la audacia, por la vana gloria del crimen; habia conocido a esos héroes del vicio

que hacian alarde de su ferocidad, que se pavoneaban con sus maldades y que mientras mas criminales eran o aparecian se consideraban superiores, siendo un objeto de respeto y hasta de envidia para sus consocios.

Aquel que habia hecho mas robos, que habia cometido mas asesinatos, que se habia mostrado mas feroz, que habia derramado mas sangre y bebídola en el cráneo de sus víctimas, era considerado el rei de aquel gremio, el Pluton de aquel Averno.

Al principio Enrique trató de mejorar aquella jente, pero le volvieron la espalda y se burlaron de él.

Entonces Enrique usó de un método distinto: el no hablar, el no mirar, el no ver, no tardando por esto mismo en acarrearle la animosidad de todos, y no perdian ocasion alguna para mortificarlo, ya fuese de una manera o de otra; pero el desprecio profundo de Enrique lo salvaba: ninguno de aquellos hombres era capaz de ofenderlo, capaz de herirlo; sin embargo, el deseo de salir de aquel lugar era en él cada dia mas vehemente.

La indiferencia, la impasibilidad, la mansedumbre de Enrique, lejos de calmar a aquellas furias, las habia exaltado a tal punto, que un dia se propusieron asesinarlo; pero un guardian oyó el complot y lo evitó, castigando a los principales autores del crimen, entre los que se contaba en primera línea un hombre alto y grueso al que llamaban el gigante Goliat por su portentosa fuerza; pero este hombre era mui necesario para uno de los talleres, pues él solo hacia mover una máquina, de manera que pronto salió de su condena, guardando mayor resentimiento contra Enrique a causa de no haberle podido hacer mal, y esperando que se le presentase una oportunidad para castigarlo, segun él decia; pero Enrique estaba prevenido, pues el guardian le habia contado el suceso, diciéndole que se precaviera y designándole el individuo que queria hacerle mal. El jóven obrero hizo poco caso, confiado en su ajilidad, en su fuerza y en su des-

treza, sin confiarse por esto del individuo, porque él conocia ya demasiado los instintos feroces de la jeneralidad de aquellos hombres que la sociedad pretende moralizar con aquella cárcel, donde se trabajan algunos artes, pero que no consigue sus propósitos, pues los individuos, casi sin escepcion alguna, puede asegurarse que salen mas corrompidos, mas viciosos y mas criminales que cuando entraron al principio, porque la maldad tiene su atmósfera y ejerce su presion, contaminando con sus miasmas a todos los que habitan en el mismo recinto.

Como hemos dicho, el gigante Goliat espiaba una ocasion y ésta no tardó mucho en presentársele. Un dia que se encontraba solo Enrique en un lugar apartado, donde solia retirarse en las horas de descanso para leer o meditar, fué advertido Goliat por sus otros compañeros y se dirigió en el acto hácia el jóven.

Los presidiarios se hicieron aparentemente desentendidos para engañar a sus guardianes y dar tiempo a que su camarada concluyese la operacion, sin que por esta distraccion hábilmente ejecutada, dejasen de estar atentos a lo que iba a pasar, no dudando por un momento cuál seria el resultado.

Enrique vió venir al gigante, y cual otro David, tomó dos pequeñas piedras en sus manos; pero en lugar de lanzarlas con la honda como el profeta rei, puso una en cada mano y cerró los puños: no podia evadir el combate y era necesario triunfar o perecer.

Goliat se acercó pausadamente, miró hácia atras para cerciorarse de si lo veian sus compañeros, se sonrió saludándolos, y volviéndose en seguida donde Enrique, le dijo con voz gutural, ni mas ni menos que el ruido espantoso y amenazador del tigre:

—Ahora no me escaparás, y se lanzó de un salto sobre Enrique, del mismo modo que lo hubiera hecho el terrible animal que acabamos de nombrar.

El jóven, con una lijereza prodijiosa, hizo a un lado el

cuerpo, evadiendo el golpe, y la masa enorme del gigante pasó adelante sin encontrar resistencia, estrellándose con el muro inmediato.

Goliat, con el fuerte choque dado en la pared, se le habían desollado y ensangrentado sus manos, y se volvió furioso contra Enrique, que ya se hallaba a algunos pasos de él y que hubiera podido emprender la fuga, libertándose del peligro; pero esta maniobra no se le ocurrió a Enrique, porque no estaba en su carácter.

Goliat se lanzó nuevamente y fué burlado por la misma maniobra del jóven, recibiendo ademas un fuerte puntapié en el abdómen que lo hizo retroceder.

La rabia del gigante aumentó considerablemente con este otro ataque frustrado, y la hilaridad de los espectadores contribuyó no poco al acrecentamiento de su furor.

Una feliz idea se le ocurrió a Enrique y la puso inmediatamente en planta. A poca distancia habia un gran monton de ceniza y tomó un grueso puñado antes que Goliat lo embistiera por tercera vez. Este no se fijó en la maniobra y lo atacó sin vacilar, viendo que Enrique lo esperaba de firme; pero antes que descargase el terrible golpe, nuestro jóven obrero, que no habia perdido un ápice de su sangre fria, le lanzó el puñado de ceniza a la cara, con tal acierto, que lo cegó en el acto, llenándole a la vez la boca, que la tenia entreabierta por la cólera que lo dominaba.

Goliat llevó sus dos manos a los ojos con ese movimiento natural del que ciega instantáneamente, quedando por completo a merced de su enemigo, que supo aprovechar de la ocasion para descargar dos fuertes puñetazos en el ancho pecho del gigante, que cayó de espaldas sin pronunciar palabra y vomitando sangre mezclada de ceniza.

La estupefaccion de los presidiarios que presenciaban el combate fué suma, tanto mas cuanto que Enrique, aunque de elevada estatura, era mui delgado, y su hermosa fisonomía no anunciaba fuerza tan hercúlea.

El jóven miró un momento con aire de desprecio al gigante y se dirigió silencioso y sereno hácia el patio donde se encontraban los espectadores, que le abrieron paso al acercarse a ellos, porque les habia infundido respeto aquel acto que probaba su extraordinario vigor, pues la fuerza bruta es lo único que impone a jente de ese jaez.

Advertido el guardian de lo sucedido, fué, en compañía de todos los presidiarios que se encontraban presentes, a levantar al gigante, que continuaba echando sangre, sin poder todavía abrir los ojos ni decir nada, pero luchando por ponerse de pié sin conseguirlo.

—Cáspita! exclamó uno de los presos; ¡quién hubiera creído que ese muñeco derribase al gigante de un solo golpe!

—Lo curioso seria que lo hubiese muerto, dijo otro.

—En ese caso merecia que lo proclamásemos por nuestro rei, repuso un tercero.

—¡Valiente muchacho! agregó un cuarto; ¡qué lástima que no sea de los nuestros!

Nosotros suprimimos todas las interjecciones de que iban acompañados los dichos de cada uno de los presidiarios, dichos que mortificaban extraordinariamente la vanidad del gran bandido que yacia en el suelo.

Al fin, el gigante fué puesto de pié, escupió sangre y ceniza, se lavó los ojos y consiguió ver y hablar.

La espresion de aquella fisonomia era espantosa; volviendo y revolviendo sus ojos en todas direcciones parecia que queria devorarlos a cuantos se encontraban presentes, pues habia oido sus risas y sarcasmos.

—Ya me las pagareis, amigos, exclamó; pero decidme, mientras tanto, donde está el maricon de la ceniza.

—¡El maricon! ¡Caramba con el maricon! asi quisieras ser tú como él! contestó un viejo débil, chico, y al parecer enfermizo, pero que era mas temido que Goliat.

—Ah! papá alacran, repuso el gigante; solo a usted se le

pueden perdonar esas chanzas! Si otro me lo hubiera dicho, ya veríamos...

El viejo chico a quien llamaban alacran, se sonrió, mostrando unos dientes pequeños, amarillos y al parecer muy afilados; pero aquella sonrisa tenía la particularidad de causar mas temor que la bronca y colérica voz del gigante, porque el papá alacran era el director, el jefe, el alma de los bandidos, probando con su incontrastable superioridad que la inteligencia se sobrepone siempre a la fuerza, o mejor dicho, es la mayor de todas las fuerzas, pues es la única que puede vencer todas las resistencias.

El guardian impuso silencio y ordenó a Goliat de seguirlo, sin duda para que otro empleado superior juzgase del hecho; pero a Enrique no le hicieron la menor observacion ni le impusieron el menor castigo.

El gigante habia tenido que pasar a la enfermeria, porque los dos golpes de Enrique, ayudados de la pequeña piedra que habia puesto en cada una de sus manos, fueron tan racionales, que le fracturaron dos costillas del pecho al célebre y temido Goliat: la máquina a quien él servia de motor tuvo que quedar parada por mucho tiempo.

IV.

Exasperado Enrique, como ya lo hemos dicho, de hallarse en contacto por tanto tiempo con aquella jente, decidió al fin no esperar mas su libertad sino tomarla, corriendo todos los riesgos de una evasion peligrosa bajo todos aspectos y especialmente si era descubierto; pero estaba resuelto a no permanecer un solo dia mas en la penitenciaria, prefiriendo morir en la lucha o quedarse, y solo esperó la visita de Eloisa para ponerse definitivamente de acuerdo en todo lo que debia hacerse en la noche siguiente, que era la fijada por Enrique.

Como si la Providencia hubiese querido proteger la eva-

sion del joven y honrado artesano, la noche señalada por éste era tenebrosa y fría como en lo mas riguroso del invierno, y llovía a torrentes.

Toda la familia de Enrique estaba sobresaltada, con ese temor mezclado de esperanza que precede a un acontecimiento del cual depende la felicidad o desgracia de nuestra vida.

La vieja Marta, Mercedes y Teresa se pusieron en oración; solo Eloisa andaba de un lado a otro haciendo algunas diligencias, talvez con el fin de ocultar su turbación interior, turbación que podía conocerse fácilmente por la palidez de su rostro. Domingo Lopez miraba en silencio el grupo que formaban su mujer y su hija arrodilladas delante de las imágenes de su devoción, sin dejar de fijarse en Eloisa que entraba de tiempo en tiempo bajo cualquier pretexto y volvía a salir sin decir palabra, pero sonriéndole tristemente al viejo militar como dos individuos que están de acuerdo en la ejecución de algun proyecto que los demás ignoraban.

Domingo Lopez habia pedido el coche para las diez de la noche: era el mismo que le habia servido seis o siete meses antes para conducir a Guillermo a la quinta de Yungai, y ahora como entonces, habia sido servido con puntualidad.

El viejo militar se sentó en el pescante para conducir los caballos, y en el interior se colocó Santiago y Eloisa, que quiso ser a toda costa de la partida. Tambien pusieron una cantidad de cueros de cordero cortados de cierto modo y con amarras por dentro con el objeto de forrar las ruedas del coche tan luego como hubieran llegado al campo de Marte, para dirigirse en seguida a la penitenciaría y no ser descubiertos por los centinelas.

Eran las diez tres cuartos cuando se pusieron en marcha. Llovía a torrentes y no se distinguían los objetos a dos varas de distancia.

El coche se deslizaba rápidamente por las calles de San-

tiago, alumbradas entonces por las opacas lámparas de aceite colocadas de trecho en trecho.

Ningun otro carruaje veíase en ese momento, y los serenos se distinguían con dificultad, acurrucados en los ángulos de las esquinas para guarecerse de la lluvia, sabiendo que existían casi únicamente por el silbido prolongado y notorio del pito de hueso que llevan siempre consigo, y con el que hacen sus señales convencionales segun sea lo que se les ofrezca.

El coche atravesó la alameda, mas solitaria aun que todo el resto de la poblacion, porque este barrio y particularmente en aquella época, pasadas ciertas horas de la noche, es el mas triste y lóbrego de Santiago. Un pequeño farol colocado en uno de los dos lados del pescante alumbraba el camino. La lluvia azotaba la cara del veterano, que estaba, como se dice vulgarmente, mojado como sopa. Santiago y Eloisa, que iban en el interior, no decían palabra, pero estaban inquietos. Santiago llevaba, para mas precaucion debajo de la manta, una linterna sorda.

Antes de enfrentar la calle del Dieziocho, que puede decirse estaba entonces apenas delineada, Domingo Lopez miró su reloj a la luz del farol y dijo: "Las once y cuarto; tenemos tiempo de sobra." Y tomó en seguida la direccion de la penitenciaría.

Cuando llegó el carruaje al campo de Marte, Domingo Lopez contuvo los caballos y apagó la vela, diciendo en voz baja: "Ya es tiempo de practicar la operacion."

Eloisa y Santiago descendieron del coche y sacaron los cueros de cordero que traían, principiando a forrar las ruedas.

La lluvia continuaba siempre con la misma fuerza, y la oscuridad que los rodeaba era espantosa.

Trabajaban sin verse y sin hablarse, pero trabajaban sin hacer caso de la lluvia ni del barro, que les llegaba a media pierna. La pobre Eloisa estaba completamente empapada.

Si en aquel momento la hubiera visto el ministro, no habría conocido en aquella jóven a la elegante viudita de la calle de Santo Domingo, a quien veía diariamente y que le parecía tan delicada que no sería capaz de soportar la menor intemperie.

Concluida la operación, volvió Domingo Lopez al pescante y continuaron la marcha. El coche no hacía el menor ruido.

Cuando llegaron como a la mitad del espeso muro que circunvala la penitenciaría y en dirección al punto indicado por Enrique, se pararon, bajando otra vez del carruaje y sacando dos ganchos de fierro y un pesado martillo para introducirlos en la pared. Los ganchos y el martillo estaban forrados para amortiguar el sonido. Eran en ese momento las once y tres cuartos, porque el viejo militar sacó su reloj que vió con precaución a la luz de la linterna sorda que Santiago traía debajo de la manta.

Aquellos quince minutos de espera les parecieron un siglo, a tal punto que el veterano miró repetidas veces su reloj, porque temía engañarse.

Eran ya las doce y cinco minutos y principiaba a apoderarse de ellos el sobresalto, cuando oyeron un prolongado silbido, señal convenida entre Enrique y los de afuera.

La señal fué contestada de la misma manera, lo que quería decir que estaban prevenidos.

Pocos momentos despues sintióse caer a corta distancia un cuerpo pesado sobre el barro. Santiago sacó la linterna sorda, acomodándola de manera que la refracción de la luz diera únicamente en el suelo para buscar la cuerda y no ser visto a la distancia, quedando él y los demás a la sombra, es decir, envueltos en la oscuridad.

A poco andar y guiados por el ruido, encontraron la piedra a que estaba atada la cuerda y fijaron ésta fuertemente a la pared en los gruesos ganchos que habían traído y hecho trabajar espresamente con ese objeto.

Enrique conoció, por la tension de la cuerda, que ya la habian fijado; pero esperó un momento por precaucion. Cuando creyó que ya no habria el menor riesgo, principió su descencion, ni mas ni menos que un consumado acróbata.

Pocos minutos fueron necesarios para recorrer aquel corto espacio y se encontró sobre el muro donde se acostó por esceso de precaucion, pues era imposible que lo distinguieran aun a corta distancia en medio de aquella oscuridad.

Domingo Lopez, Santiago y Eloisa estaban al pié del muro y conocieron por el movimiento de la cuerda que Enrique habia llegado y que bajaba.

La ansiedad era grande, y aquellos tres corazones palpitaban en fuerza de la emocion que sentian; pero no podian verse los individuos, de manera que era imposible conocer cuál de ellos era el que estaba mas impresionado; mas nosotros, que tenemos el privilegio de leer en las intenciones y que sabemos de antemano el interior de los personajes que figuran en nuestra historia, podemos asegurar que de las tres personas que aguardaban a Enrique, la que experimentaba una sensacion mas viva y mas profunda era Eloisa; y a tal grado, que si el jóven hubiese sido sorprendido, como era probable, ella habria escalado el muro y perecido en la demanda por sostenerlo.

Pero este estado de suprema angustia duró solo un momento, porque Enrique se encontró en unos cuantos segundos en brazos de su padre, que lo tuvo por largo rato contra su pecho.

Un débil suspiro hizo conocer a Enrique que Eloisa estaba presente, y preguntó con voz mui baja: "¿Dónde está mi hermana para abrazarla?" E inmediatamente dos torneados brazos se le echaron al cuello, sin presentar por esto la cara, que Enrique buscaba para besarla; pero Eloisa, previendo esto y talvez por no ceder a una tentacion dulce, se esquivó, diciendo al jóven: "Aquí tiene usted tambien un buen amigo"; y le presentó a Santiago, escapándose ella.

El veterano dijo entonces: "Dejémonos de cumplimientos por ahora, que dentro de un rato nos abrazaremos de nuevo y mas largo, porque es preciso pensar que no debemos perder tiempo."

Y diciendo y haciendo, el soldado de la independencia arrancó los garfios c'avados a la muralla, cortó el cordel para no dejar rastro de cómo habia sido la excursion, obligó a entrar al coche a las tres personas que lo acompañaban y le dió el trote a sus caballos, subiéndose él al pescante sin decirle ni una palabra mas a su hijo.

Poco mas o menos en el mismo sitio donde habia forrado las ruedas del coche se detuvo y practicó la operacion contraria, en la que puso mui poco tiempo, pues no hizo otra cosa que cortar las amarras.

Intertanto Enrique habia tomado una de las manos de Eloisa, haciéndole mil preguntas, a las que apenas contestaba la jóven, vencida por la emocion.

El carruaje llegó al fin con toda felicidad, deteniéndose en la calle de Breton frente a la puerta de la nueva habitacion de la familia Lopez.

V.

Pintar la recepcion de Enrique, retratar todas aquellas emociones, todas aquellas alegrías distintas pero a cuál mas deliciosa y a cuál mas profunda, es una tarea mui difícil, superior a nuestras fuerzas, y que sin embargo están al alcance de cada lector y cada uno puede figurárselas y apreciarlas segun el grado de sensibilidad de que esté dotado. En la jerarquía infinita de los seres y de los sentimientos, es imposible clasificar, es imposible designar con palabras la escala, el diapason de cada uno de ellos, y no hai voces ni lenguaje alguno que represente con propiedad todas esas modulaciones del corazon, que no tienen nombre, ni balanzas bastante finas para designar la ténue gravedad de las

sensaciones; y esta es la razón porque un mismo acontecimiento se repercute de diversas maneras en cada uno de los seres, y este es el motivo también porque dejamos a la consideración de cada cual que juzgue del contento de Marta, de Mercedes, de Domingo, de Eloisa y de los demás individuos que hacían parte más o menos integrante de aquella honorable familia.

Como es de presumirlo, la primera diligencia de Marta fué de que cambiaran toda su ropa que venía empapada, y además, Enrique estaba descalzo; pues no hubiera podido hacer la ascensión al alto palo ni la descensión por el cordel si hubiese tenido zapatos.

El antiguo sarjento Lopez, y decimos sarjento, aunque había llegado ya a ser teniente, porque nos es simpático el grado con que lo conocimos al principio; el antiguo sarjento Lopez, repetimos, estaba de plácemes, no cabía de satisfacción, y no cesaba de mirar y remirar a Enrique y de hacerle mil preguntas, cuyas respuestas no esperaba, y de decirle mil extravagancias sin que se apercibiese de ellas.

—Vamos, Marta, exclamaba algunas veces: ya ves que estamos transidos de frío; es preciso darnos un poco de vino; anda, pues, que no te has de encontrar en otra; saca además todos los fiambres y haznos un buen valdiviano con harta cebolla, hartó ají y bastante agrio de naranja. Ya verás, Enrique, añadió, que así no nos costipamos, porque tu madre sabe hacer estas cosas divinamente.

Y el buen sarjento, sin esperar la cena, se echaba un buen vaso al cuerpo, diciendo:

—Este ha sido mi régimen en campaña, y nunca me ha salido mal; siempre he estado firme como un peral y bueno y robusto como un fraile o como un canónigo; lo que no es poco decir, porque esos caballeros se pasan la vida más regalada de este mundo.

Y la alegría del veterano subía de punto.

Marta no estaba menos contenta que su marido, pero su

dicha era distinta: era, se puede decir así, reservada y silenciosa, y no menos o talvez mas profunda que la de Domingo Lopez, pero tenia otra naturaleza y obraba en conformidad a ella.

Enrique, sin dejar de sentir una satisfaccion inmensa, uno de aquellos pocos goces que se experimentan tambien pocas veces en la vida, estaba sin embargo, pensativo, mas pensativo que lo que requerian las circunstancias, de lo que exijia el placer de verse despues de tantos sufrimientos y despues de una tan larga ausencia.

¿Qué pasaba en ese momento por la imaginacion del joven? Preciso es decirlo: recordaba a Luisa y veia a Mercedes... Luisa habia desaparecido para él, no tenia de ella la menor noticia, talvez lo habia olvidado, y esto lo entristecia, esto casi lo desesperaba. Nunca se habia atrevido a preguntarle a Eloisa por Luisa; ¿podia hacerlo? ¿La conocia acaso? Asi es que ignoraba completamente qué era de ella, si permaneceria en San Jorge o habria vuelto a Santiago y si tendria alguna noticia de su prision. Todo esto lo preocupaba, a pesar del placer de sentirse libre, a pesar de la delicia que experimentaba al ver a su familia.

Por otra parte, el estado en que encontraba a Mercedes, aunque previsto de antemano, aunque era natural e infalible, no dejaba tambien de hacerlo reflexionar bastante; y estos dos pensamientos: el no saber de su querida y el saber lo que iba a sucederle a su hermana, entristecian, dirémoslo así, su alegria.

Mercedes, por su parte, gozaba infinito al ver a su hermano, pero se mostraba tímida, recelosa, casi avergonzada y no tenia ya la espontaneidad de afectos de otra época, sin que por esto dejasen de ser tan tiernos como antes: pero la conciencia de su estado, lo que ya experimentaba desde algunos dias, el no ser lo que era acibaraba el goce infinito de tener a su lado a su único hermano, en quien tenia toda su confianza, en quien habia depositado tantas veces sus vir-

jinales impresiones y los actos todos de su corta carrera en el mundo.

Eloisa, pálida de emocion pero sonriéndose con delicia inefable, satisfecha de su triunfo, contenta con haber vuelto al seno de aquella virtuosa familia el miembro mas querido, orgullosa de que le debiera Enrique su libertad, ¡Enrique a quien adoraba en secreto y por quien hubiera dado cien mil veces la vida! experimentaba una felicidad indecible, una de aquellas dichas que apenas soporta el corazon, una de aquellas emociones dulces, tiernas, apasionadas y profundas que se reconcentran en el alma de tal modo, que casi no las manifiesta el semblante; y menos, mucho menos aun la palabra; asi es que solo podia conocerse el divino éstasis de Eloisa por el brillo de sus ojos, que se dirijian alternativamente ya a la madre, ya al padre, ya a la hermana, y al hijo, repercutiéndose en su pecho las deliciosas impresiones de cada uno de ellos, viniendo a formar en seguida una sola impresion, del mismo modo que en una orquesta compuesta de diferentes instrumentos producen un solo e imponente sonido, sonido que comprende todos los ecos en un solo eco, todas las melodias en una sola melodía.

Santiago y Teresa, naturalezas buenas, pero no naturalezas poéticas, estaban tambien contentos, alegres, satisfechos; sentian cuanto podian sentir, gozaban cuanto podian gozar, participando a su manera del goce comun, y aumentándolo, si posible era, con sus exclamaciones injénuas, llenas de natural benevolencia y de sincero placer.

Como es de presúmirlo, ninguno se acostó aquella noche: ¡qué sueño podrian tener! Cuando se vive por el alma, el imperio del cuerpo desaparece, y los sentidos acompañan y velan tambien con el espíritu que los dirige.

Pero el tiempo pasa, las horas se suceden las unas a las otras sin interrupcion, y tanto para los felices como para los desgraciados, sin poderlos detener los primeros y sin precipitarlos los segundos, sin que aquellos las fijen y sin

que estos las hagan correr, sino que se deslizan de la misma manera para todos en el camino inconmensurable de la eternidad, donde van a perderse todos los acontecimientos, todas las glorias, todas las dichas, todos los dolores del mundo...

El sol alumbraba ya al nuevo día, cuando Marta, notando cierto cambio en Mercedes, dijo a los demás que era necesario reparar con algunas horas de descanso las fatigas de aquella noche tan llena de trabajos, de peligros y de emociones.

El sarjento Lopez aprobó la indicación de su esposa y se llevó consigo a Enrique. Santiago y Teresa hicieron lo mismo, y se quedaron solas la madre, la hija y Eloisa, a quien Marta había hecho una imperceptible seña para que permaneciese, y acercándose a ella, le dijo en voz baja:

—Creo que va a llegar el momento: es indispensable que me acompañes, hija mía.

Eloisa meneó la cabeza afirmativamente y miró a Mercedes con ojos compasivos y llenos de solícito interés.

Las mejillas de la hermana de Enrique habían pasado del más vivo encarnado a una estremada palidez, y sus labios blancos articularon estas solas palabras:

—¡Madre mía, sócórrame, me muero!

Marta y Eloisa levantaron a Mercedes y la llevaron hasta su cama.

—Hazme el favor, Eloisa, de ir en busca de una matrona, exclamó Marta con angustia.

—En el acto, señora; pero desnudémosla primero.

—Yo lo haré sola: el caso urge.

Eloisa no respondió, sino que salió precipitadamente, y sin pensar en matrona alguna, se fué directamente donde el doctor Sazie, a quien encontró por fortuna.

El doctor la reconoció en el acto, y al verla despavorida, le preguntó sin saludarla:

—¿Qué sucede?

—La señorita Mercedes Lopez...

—Ya comprendo, y voi en el acto.

—No viven en la misma casa, señor.

—Es verdad. En vez pasada fui a hacerle una visita y no encontré a nadie, ni nadie supo darme noticia. ¿Dónde viven entonces?

—En la calle de Breton. Iremos juntos, señor, si usted no lo tiene a mal.

—Al contrario, hija mia, asi llegaré mas luego y no tendré que andar preguntando; pero ¿el caso es urgente?

—Asi me lo dijo la señora Marta.

—Vamos, ¡pobre niña! exclamó el compasivo doctor, tomando en el acto su sombrero; ¿pero cómo haremos? añadió: a mí me es ya casi imposible andar a pié.

—Monte usted a caballo, señor, y yo lo seguiré, segura de que no me llevará mucha ventaja. Y la ágil niña corrió adelante con encantadora gracia.

El doctor la dejó ir, marchando en seguida sin perderla de vista.

Al golpe conocido dado por Eloisa en la puerta de calle, ésta se abrió instantáneamente y el médico fué introducido.

—Señor! exclamó Marta al verlo; usted es nuestro ángel de guarda.

—Ojalá, señora; pero por desgracia no soi otra cosa que el facultativo; sin embargo, ¿qué es lo que se ofrece?

—Mercedes...

—Veamos...

Y el doctor, acompañado de Marta y de Eloisa, fué conducido al dormitorio.

Pocos momentos despues, el lloro de un niño anunciaba la existencia de un nuevo ser que venia a ocupar su puesto en el mundo.

Pasado el dolor físico, entra a ocupar el puesto el sentimiento moral, sentimiento instintivo y que es sin duda una de las grandes leyes de la naturaleza, uno de los grandes

misterios de la creacion, y la madre reclama a su hijo, quiere verlo, quiere hablarlo, quiere desde luego alimentarlo con el delicioso néctar de su seno, que encierra todo un porvenir y que es el arcano incomprensible de todo un mundo, talvez de todo un universo.

Mercedes pidió a su hijo; y besándolo con ternura, besándolo con esa delicia que solo una madre siente, concibe y aprecia, se lo pasó a Marta, diciéndole:

—Quiéralo como yo lo quiero, ámelo como yo lo amo: hijo de la desgracia pero no del crimen, merece por ese solo título mayor cariño.

—Sí, alma mia, sí; lo querré tanto como a tí, mas que a tí...

Y Marta llorosa, llorosa de felicidad, tomó la criatura y la acarició lo mismo que la había acariciado Mercedes.

La hija recompensó a la madre mirándola con esa gratitud llena de amor y de entusiasmo que se experimenta por los seres que amamos y que nos favorecen, diciéndole a la vez: "Soy feliz en mi desgracia y usted no puede menos de serlo tambien en la suya.".....

Al despertar el sarjento Lopez y su hijo, fué Marta en persona a anunciarles la nueva noticia, y el viejo Domingo por toda respuesta le echó los brazos a su mujer, sabiendo que estaba ya fuera de peligro su querida hija.

Enrique lloraba en silencio sin proferir palabra.

Marta lo examinaba, y acercándose a él, talvez porque adivinaba los pensamientos que ocupaban en ese instante la imaginacion del jóven, le dijo, tomándole cariñosamente una mano:

—Tu padre no ha pensado en otra cosa que en la salvacion de Mercedes; y yo, a mas de esto, quiero al hijo de Mercedes como los quiero a ustedes, y el mismo afecto que yo experimento deseo que ustedes lo tengan.

Nuestra hija, y Marta miró a Domingo; tu hermana, y se dirigió a Enrique, está inocente, como ustedes lo saben;

está pura, como lo ha sido toda su vida; pero mas inocente y puro es el ángel nacido de sus entrañas, y debemos amarlo como la amamos a ella; porque si Mercedes viera indiferencia en ustedes, la heririan de muerte y habrian cometido la mas grave injusticia por no decir el mas feo crimen. Ella misma me ha recomendado a esa criatura con estas expresiones, que manifiestan toda su ternura de madre: "Hijo de la desgracia, merece por este solo título mayor cariño."

—No tengas cuidado, lo querremos, exclamó el veterano.

—Sí, madre mia, lo querremos, repitió Enrique; y lo querremos tanto como la queremos a ella.

—Asi me gusta verte, hijo de mi corazon; no esperaba menos de tí...

Y la madre abrazó a Enriquén, y sus lágrimas se confundieron...

¡Ai! ¡cuán dulce, poderoso y benévolo es el imperio de la mujer! ¡Cómo sabe en cualquier edad, en cualquier tiempo, desviar del mal camino las pasiones del hombre! ¡Cómo nos guia sin autoridad! ¡Cómo nos conduce sin mandato! ¡Cómo la obedecemos sin humillacion! Influencia dichosa, influencia casi divina, ella es la que gobierna al mundo sin apercibirnos; y sin embargo, ¡cuántas veces la calumniamos! cuánto mal no tratamos de hacerle! cuánto no la oprimimos! Pero ella se venga a fuerza de dulzura, a fuerza de abnegacion, a fuerza de gracia, a fuerza de cariño, y, salvo escepciones, al fin nos vence, no solo individual, sino colectivamente; pues se sobrepone a los códigos formados por nosotros para avasallarla. Este poder, acordado por la Providencia, no lo destruiremos jamas; y si hemos llegado a combatirlo por ignorancia, ha sido a costa de nuestra felicidad, ha sido para establecer nuestra desgracia. Cuando la mujer sea completamente libre, el hombre habrá llegado a su perfeccionamiento moral; porque la esclavitud de la mujer ha probado y está probando todavia que seguimos el sendero opuesto al verdadero progreso humano, pues a medida que ella ha

ido adquiriendo independencia ha adquirido tambien dignidad; y a medida que ha adquirido dignidad, el hombre ha sido mas poderoso, mas intelijente, mas enérjico, mas suave, mas humanitario, mas feliz; consúltese la historia y ella nos dará lecciones elocuentes; compárense los paises donde existe mas libertad para la mujer con aquellos donde son esclavos y se verá la diferencia.....

.....

El sarjento Lopez y su hijo, despues de la peroracion de Marta, se dirijieron al dormitorio de Mercedes, prodigándole toda clase de cariños, toda clase de consuelos delicados y de dulces satisfacciones, porque le hablaron con el lenguaje inimitable del afecto verdadero, que nace de la sinceridad del corazon, diciéndole que su hijo era tambien el de todos ellos.

Para esa misma noche se decidió el bautismo, debiendo ser los padrinos del recién nacido Enrique y Eloisa, por pedido de Mercedes.

¡Cuál no fué la alegria de la libertadora del prisionero! Este era una especie de lazo, una especie de consorcio entre ellos! Y Eloisa estaba agradecida de esta preferencia, haciéndola mui dichosa; preferencia acordada por Mercedes para que aquel dia sirviera de conmemoracion de la libertad de su hermano, a la que habia contribuido Eloisa, uniendo este acontecimiento al nacimiento de su hijo.

Desolacion.

I.

Eloisa era la única persona que salía de la casa, era la que estaba llamada a hacer todas las diligencias; y sin embargo, nadie podía decir que allí existía, porque cuando no entraba tarde tomaba muchas precauciones para no ser ni conocida ni vista; y ese día, mas que los otros, tenía que andar por todas partes, pues estaba obligada a procurarse los medios de allanar las dificultades para que se le pusiese agua y óleo al niño en la misma casa; pero como a fuerza de dinero todo se vence, accedió gustoso el párroco de San Isidro a hacer lo que las órdenes de sus superiores le impedían, pero que la codicia le aconsejaba desobedecer, porque Eloisa había puesto en sus manos tres onzas de oro, y un cura de nuestros tiempos y de nuestro país, no se resiste jamás a tal aliciente.

Salvada esta dificultad, Eloisa pensó que era mas que probable que la policia, advertida de la fuga de Enrique, anduviese en su busca, y tomó un coche para dar algunos paseos por la calle de San Pablo; y en conformidad a lo que había previsto entonces y pensado ahora, era ya el conventillo el lugar donde se dirigian los agentes de la autoridad, pues había muchos de ellos en la puerta y un gran alboroto en la calle.

Eloisa hizo parar el coche y preguntó a uno de los espectadores qué era aquello.

—Dicen, señorita, contestó el individuo a quien se había

dirigido, que buscan a un preso de la penitenciaría que se fugó anoche.

—¿Un preso de la penitenciaría! ¿Será algún célebre asesino?

—Es mas que probable, señorita, porque ha entrado al interior del conventillo bastante fuerza y hai soldados apostados en las cuatro cuadras.

—¿Al rededor de toda la manzana?

—Sí, señorita.

—¿Y sabe usted el nombre del preso?

—Dicen que es un jóven carpintero, señorita, llamado Enrique.

—Ah! ¡Bueno será él!

—El mismo diablo, segun aseguran los soldados, y por eso han venido en tan crecido número.

Durante esta conversacion el oficial que mandaba la partida habia hecho derribar las puertas del teniente Lopez para ver si encontraban al hijo, y si hallaban algunos papeles de que tenian órden espresa de apoderarse.

Independiente de esto se habian tomado declaraciones a muchos de los alquiladores del conventillo y por prudencia o por averiguar la verdad se habian tambien apoderado de algunos que tuvo a bien el oficial considerar como sospechosos.

Las investigaciones no podian ser sino inútiles y Eloisa tuvo el placer de congratularse por su prevision; y tapándose el rostro a tiempo que salia la tropa para no ser conocida por alguno de los inquilinos del conventillo que podian cometer una imprudencia, esperó un momento para ver si conocia al oficial que mandaba la partida y tomar informes mas circunstanciados de él, aun cuando ya sabia lo que necesitaba, es decir que Enrique era activamente perseguido.

No tardó mucho en presentarse a la cabeza de la fuerza un oficial llamado Gonzalez, jóven alegre y de no menos alegres aventuras, y que era íntimo amigo de una de las anti-

guas amigas de Eloisa; así es que en cuanto lo reconoció, formó su plan y ordenó al cochero de llevarla a la calle de Santo Domingo, es decir, a su domicilio natural o finjido, como quiera llamarse, pero en el cual recibía diariamente las visitas del señor ministro.

Llegando a su casa, escribió una sencilla esquila concebida en estos términos:

“Mi querido Gonzalez:

Si sus ocupaciones no se lo impiden, deseo verlo. Hace tanto tiempo que no tengo este gusto que es muy escusable mi capricho. Espero que usted tenga la amabilidad de complacer a su antigua amiga

ELOISA MENDIZABAL

Vivo en la calle de Santo Domingo, núm. . . y lo aguardo a las dos de la tarde.”

Escrita la esquila, mandó a una de sus sirvientes para que fuese en el acto al cuartel de policía y tratase de hablar personalmente con el capitán Gonzalez, entregándole a él la carta.

El oficial fué mas que puntual, porque antes del tiempo indicado se encontraba ya en casa de Eloisa que, después de los saludos y zalamerías de estilo, le dijo:

—¿Lo he incomodado? ¿Ha estado usted muy ocupado? ¿Lo hago faltar a sus obligaciones? ¿Cómo está su amiga?

—¡A quien puede incomodar usted, Eloisa! Hace tanto tiempo que no la veía, que su esquila me ha sorprendido y me ha encantado. ¿Tiene usted necesidad de mí? Estoy pronto para servirla.

—Nada de eso, amigo mío; tenía ganas de verlo, y esto es todo.

—¡Usted es muy amable, Eloisa! Jamás la había visto a usted tan cariñosa como ahora.

—¿Qué quiere usted? nosotras tenemos nuestros caprichos? ¿Ha estado usted muy ocupado este día?

—Algunas horas he estado ocupadísimo.

—¿Y no es cosa que ahora le perturbe o distraiga de sus deberes?

—Nada de eso, amiga mia; me encargaron ir a prender a un reo político que se fugó anoche de la penitenciaría, y nada mas; pero mi tarea está concluida.

—¿A un reo político! ¿Sabe usted que me gustan esas historias, y que yo simpatizo con los reos políticos?

—Nada lo estraño porque usted es también una revolucionaria de corazones.

—Dejémonos de lisonjas y cuénteme lo sucedido mientras nos sirven unas once para las que lo he hecho llamar.

—Estoi mui favorecido porque con los pobres *pacos* nadie guarda esas consideraciones.

—Los *pacos* son hombres como todos los demas, y cuando son caballeros como usted, merecen toda especie de consideraciones; pero vamos al asunto.

—Ya le he dicho que anoche se fugó de la penitenciaría, y no se sabe cómo, un reo político y nos han lanzado en su perseguiimiento; pero hasta ahora no hemos sabido nada; sin embargo, se supone que no ha salido de Santiago.

—¿Y ese reo es de alguna importancia? ¿Es algun grave e influyente personaje?

—Nada de eso: es un simple artesano.

—¿Y para un simple artesano se toman ustedes tanto trabajo? Yo lo dejaria escapar.

—Tambien soi yo de la misma opinion, pero estoi obligado a cumplir mis órdenes.

—¿Y esas órdenes son perentorias?

—Tanto que todo el cuerpo está en campaña.

—¿Pero usted se ilusiona, amigo mio! Para un hombre tan insignificante no se tiene tanto cuidado ni tanta vijilancia.

—Usted hubiera dicho mejor: no se *debiera*; pero sea de ello lo que fuere, uno se ve siempre obligado a obedecer su consigna.

—¡En verdad que no comprendo que un simple artesano, por mas importancia que se le dé o que se le suponga, merezca los honores de ser perseguido de esta manera.

—Y lo que le he dicho a usted no es nada: se han mandado requisitorias a todos los puntos de la república para que sea aprehendido.

—¡Es posible! Y Eloisa, a pesar de su afectada indiferencia, palideció.

—Y órdenes terminantes de tomarlo vivo o muerto.

—¡Tanta severidad! Tanta vigilancia!

—Yo mismo he sido encargado para allanar su casa y apoderarme de todos sus papeles.

—¿Y qué ha encontrado usted?

—¡Qué quiere usted que encuentre en casa de una persona tan insignificante!

—Tiene usted mucha razon.

—Pero es preciso cumplir, y lo he hecho.

—¿Y nada ha podido encontrar de grave?

—¡Absolutamente! Y así me lo presumia y así se lo dije al comandante; pero él tenia órdenes superiores.

—¿Y cuál es el nombre del individuo?

—Enrique Lopez, carpintero o ebanista de profesion, edad de veinte a veintidos años, alto, buen mozo, etc., etc.

—El gobierno debe estar loco o creer en duendes; pero en fin, ¿no hai nada mas sobre el particular?

—Lo que le he dicho a usted es cuanto sé; pero creo que en las altas rejiones del poder se empeñan mucho por tomarlo.

—Dios quiera que no lo consigan.

—Para mí es indiferente.

—Yo me intereso siempre por los perseguidos por la justicia: sigo en este punto y estoy completamente conforme con las bienaventuranzas.

—Ahora, amigo mio, dijo Eloisa, parándose de la mesa en que se habian servido las once, he tenido el gusto de

verlo y solo me resta decirle que ponga en mi nombre a la disposicion de su simpática amiga este terno de oro, que se lo obsequió como un agradable recuerdo, pues quizá no tendré ya el gusto de verla a ella y a usted.

—¡Es posible!

—Sí, amigo mio: ya no me verán mas; me voi.

—¿Para dónde?

—No lo sé todavia; pero le aseguro que esta será nuestra última entrevista.

—¡Vamos! dijo alegremente el policial; ¿usted ha encontrado algun millonario y ha obtenido una colocacion honrosa y lucrativa?

—Colocacion honrosa para nosotros no existe; y en cuanto a lucrativa, nada me importa; con que asi, usted se ha equivocado sobre ambos puntos; pero no quiero entrar mas a profundizar la cuestion, recomendándole solamente que se comporte bien con mi amiga. Adios; tengo que hacer muchas diligencias antes de mi partida.

Y Eloisa estendió afectuosamente la mano al capitan Gonzalez que se retiró tristemente, porque afeccionaba a Eloisa, apreciándola por su carácter jeneroso y franco, desprendido y alegre.

Tan luego como partió el oficial de policia, se dirigió Eloisa a la calle de Breton para prevenir a Enrique que no saliera bajo ningun pretesto, lo que contrarió sobremanera al jóven prisionero, porque tenia la idea de salir a la calle para tomar informes sobre Luisa; y aun cuando su intencion era únicamente de pasar por la casa de doña Juana para ver si habitaban o no Santiago, sin embargo, se resolvió a obedecer a Eloisa, y mas que a Eloisa, a las súplicas de toda la familia, inclusa Teresa y Santiago, que tomaban parte en su destino y que querian la tranquilidad absoluta de sus bienhechores.

II.

Mientras tenían lugar los acontecimientos que acabamos de referir, una escena casi parecida pasaba en las altas regiones del poder; porque la fuga de Enrique no solo los había sorprendido, sino que lo temían, y con mui justa razón, según los informes pasados de la penitenciaría, en que haciendo referencia al caso sucedido con el célebre gigante Goliath, añadiendo mil otros comentarios que hacían aparecer al joven Enrique como el mas insigne revolucionario y como un hombre de acción, de energía, de voluntad, de inteligencia, siendo por sí solo capaz de ponerse a la cabeza de sus correligionarios políticos, llevando un enorme contingente de fuerza por la grande influencia que se había sabido ejercía en las masas, pues él había sido el que las había arrastrado al combate el 20 de abril.

Informado, pues, don Manuel Montt de la fuga de Enrique, ordenó que se practicaran las mas prolijas diligencias para prenderlo, y en conformidad a estas órdenes superiores, se hacían las pesquisas de que hemos sido testigos. Pero recordando el grande interés que había manifestado por la suerte de este joven el coronel Guzman, creyó que éste habría tomado parte en el asunto y mandó a llamarlo.

No tardó mucho en presentarse en palacio el antiguo y moderno jefe, y decimos moderno, porque hacía pocos dias que había entrado en el goce de su grado. Don Manuel Montt lo esperaba, decidido a arrancarle el secreto, ya fuera por la astucia o ya por la amenaza, juzgándolo como los demás hombres en quienes obra el halago o el temor.

Don Manuel Montt miró de una manera fria e investigadora al noble anciano, cuya fisonomía inalterable revelaba la tranquilidad interior, y le dijo con afable severidad, sin quitarle la vista:

—¿Sabe usted, señor coronel, la grande nueva del día?

—No sé nada, señor.

—¡Cómo! cuando es una cosa que a usted le interesa!

—¡Que a mí me interesa, señor! Bien pocas cosas me li-
gan al mundo.

—Pero esta es una de ellas, puesto que usted no hace
muchos días me habló a mí mismo de ella.

—¿Querrá S. E. referirse a mi súplica?

—Justamente.

—¡Y bien, señor! ¿Ha tenido S. E. la jenerosidad de con-
cederme tan luego lo que le pedia?

Y los ojos del coronel brillaron de alegría.

Don Manuel Montt dijo entre sí mismo: o este es mas há-
bil que yo para disimular, o no ha tomado parte alguna, e
inmediatamente contestó:

—Yo no he tenido la jenerosidad, señor, sino que se la
han tomado.

—¡Se la han tomado! No sé lo que S. E. quiere decir.

—Lo que quiero decir y lo que usted debe saber, es que
el revolucionario Enrique Lopez se ha fugado.

—¡Se ha fugado! ¡Está Enrique libre! No podia S. E.
darme una noticia mas satisfactoria.

Habia en esta sorpresa y en este contento tal naturali-
dad, tal espresion de verdad, que al presidente no le cupo
duda de que el coronel no habia tomado parte en la fuga de
Enrique; y le hizo tanta gracia aquella manifestacion de
franca alegría, que le dijo riéndose afectuosamente:

—¿Parece, señor, que le agrada a usted mucho el mal
del estado?

—No el mal del estado, señor; pero sí el bien de mi que-
rido discípulo, de mi querido hijo...

—¿Relaciones tan íntimas tenia usted con ese jóven?

—Sí, señor; y mas todavia: porque fué el padre de él
quien me libertó de capilla.

—Comprendo, señor, y aprecio sus sentimientos; pero el
hombre de estado tiene que ser distinto.

—No sé lo que es un hombre de estado; pero sé lo que es un hombre de bien.

—De manera, señor, que si ese temible revolucionario se le presentase, como es de esperarlo, ¿no lo entregaria usted a la justicia?

El coronel don Toribio de Guzman miró fijamente al presidente, diciéndole con entereza:

—Creia no haber dado a S. E. motivo alguno para que me dirijiese tales palabras. Y si es por el grado en que me ha restablecido S. E., grado que he conquistado en los campos de batalla defendiendo a mi patria y del que nadie puede privarme, tómelo de nuevo S. E., quíteme en hora buena el título y todo lo demas anexo a él, que en cuanto al honor, lo he adquirido, lo tengo y no está en manos de nadie arrebatármelo; pero no me haga S. E. proposiciones que envuelven un insulto, porque envuelven una bajeza y Toribio de Guzman es incapaz de cometerla.

—No hai motivo para exaltarse, coronel. Usted debe concebir que el bien de la patria vale mas que el bien de un individuo y que no por evitar un pequeño mal se permitan mayores.

—S. E. obrará como lo crea conveniente, pero yo tambien sé cómo debo de conducirme; y para terminar diré a S. E. que hoi mismo voi a tratar de buscar a Enrique, y que si lo encuentro, como me lisonjeo, no solo no lo entregaré a la justicia, sino que lo ocultaré, y no solo lo ocultaré, sino que lo defenderé y antes de tomarlo pasarán sobre mi cadáver.

Don Manuel Montt, sensible a todo acto de magnanimidad, y apreciando la franqueza sin tenerla, estendió la mano al coronel, diciéndole al mismo tiempo:

—Si me dejara llevar por mis sentimientos de hombre, daria en el acto libertad a su discípulo, pues me agrada la manera de ser del maestro; pero ya creo haberle repetido otras veces que me veo en la precision, en la necesidad, en

el deber, de contrariarme a mí mismo para satisfacer las exigencias de mi puesto, para llenar las obligaciones que he contraído con la nación; así es, señor, que en el caso presente vamos a entrar en pugna, pero en pugna franca, pues yo haré cuanto pueda por apoderarme de ese peligroso joven y usted hará cuanto pueda también por defenderlo; pero cualquiera de los dos que gane la partida, seremos siempre amigos. Y el presidente estendió otra vez la mano al coronel, significándole así que no deseaba le replicase.

Mas ágil que en los años de su juventud, porque la alegría da alas, se dirigió el solitario a casa de Luisa, que lo estaba esperando, porque tenía el presentimiento de que el llamado del presidente seria favorable.

—Ya sé, ya sé, señor, la nueva que usted trae, exclamó Luisa, al ver al anciano.

—Imposible, imposible, hija mia; es demasiado grande, demasiado buena...

—¡Enrique está libre!

—¿Cómo lo has adivinado?

—Lo he leído en su cara.

—Sí, está libre; pero está perseguido.

—¡Perseguido! ¿y por quién?

—Por la autoridad.

—¿Que no ha sido perdonado?

—No; se ha fugado.

—¡Fugado! Pues bien, sea; lo salvaremos.

—Sí, espero ganar la partida que tengo entablada con el presidente.

Y el coronel contó a Luisa todos los incidentes de esta última entrevista.

Hacia tiempo, mucho tiempo que Luisa no habia experimentado una alegría igual; le parecia que volvía a la vida, que era una existencia nueva, una órbita distinta que recorría... La idea de ver a Enrique, de encontrarse en su presencia, talvez de un momento a otro, le causaba una tur-

bacion deliciosa que no habría cambiado por ninguna fortuna.

¡Qué iba a decirle despues de tan larga ausencia! Cómo estaria despues de tanto sufrimiento! Qué cambio habria experimentado en sus ideas! ¿Tendria ahora valor para decirle que la amaba? Y ella! y ella ¿cómo debia recibir esta declaracion en el estado en que se encontraba? Por otra parte, ¿cuál seria la opinion de Enrique? ¿Apreciaria su accion? ¿La disculparia? ¿La haria responsable de su condescendencia? ¿Seria capaz de apreciar su sacrificio? ¿Entraria en todos los pormenores que la habian obligado? ¿Debia ella esplicárselos? ¿Cómo obraria en lo sucesivo? ¿Qué camino seguiria él y cuál era el que a ella le correspondia? En fin, ¿qué nuevos sentimientos, qué nuevas ideas, qué nuevo réjimen seria preciso adoptar? Y toda esta preocupacion la ocupaba, la embarazaba, la aliviaba, la abatia y la sostenia, la hacia sufrir y la hacia gozar; en una palabra, llenaba su existencia, haciendo subir la savia, haciendo latir el corazon, trayendo esa superabundancia de vida que es el patriotismo de la juventud, el fuego sagrado del alma que se alimenta con lo mismo que al parecer lo estinguiera.

El solitario, por su parte, aunque ya en el ocaso de la vida, cuando los sentimientos se han amortiguado, cuando las impresiones son tenaces, cuando todo se apaga a nuestro alrededor, el solitario, decimos, se sentia rejuvenecer, nacer a la esperanza, entrar en la actividad de los afectos, porque preveia que de la libertad de Enrique dependia la felicidad de Luisa, y talvez la felicidad de todos, incluso la de él mismo; y presumia, como presumia Luisa, que de un dia a otro, que talvez en unas cuantas horas tendria el gusto de estrecharlo entre sus brazos, pues era fuera de duda que trataria de buscarlo o de buscar a su amada, a Luisa, a quien adoraba y de quien no debia tener noticia, encerrado en una prision y ausente su familia, de quien podria haber sabido algo si acaso se hubiese encontrado en Santiago y que Luisa

la hubiese visto en una de las ocasiones que habia ido a informarse al conventillo.

Tenemos que advertir tambien que la jóven patricia, independiente de sus visitas al conventillo y otras muchas diligencias que habia hecho, se habia tambien presentado en diferentes ocasiones a la quinta de Yungai, encontrando siempre los mismos moradores, pero sin que supiesen el paradero de ninguno de los miembros de la familia Lopez y bastante alarmados por tan prolongada ausencia.

Luisa y el solitario decidieron desde ese momento no salir de casa para esperar a Enrique, contando con la seguridad de que vendria tan luego como le fuera posible, tan pronto como se lo permitieran las circunstancias hacerlo sin riesgo; y en consecuencia, se dieron las órdenes necesarias a los sirvientes con este objeto, sin despertar en ellos esa curiosidad peculiar a los criados y que por imprudencia podia poner en peligro a Enrique.

III.

Eloisa, precavida siempre e interesada sobremanera en tomar todas las precauciones necesarias para que no existieran ni siquiera probabilidades de mal éxito en la árdua empresa de poner en seguridad completa a Enrique, se habia decidido esa noche a esperar al galante ministro por precaucion, es decir, con el mismo fin con que habia hecho llamar al oficial de policia; y como no dudaba que el diplomático vendria infaliblemente por su ausencia de la noche anterior y por la fuga del prisionero, hizo prevenir al cura de San Isidro que el bautismo y óleo de la criatura no tendria lugar sino a las diez u once de la noche, para lo cual se le pondria un carruaje; y ella, por segunda vez, se fué a la calle de Breton con el objeto de hacer todas las prevenciones necesarias y quizá tambien con objeto de ver a Enrique. ¡Quién es el que se sacia de mirar a la persona ama-

da! ¡Quién no encuentra su mayor delicia en contemplarla, aun cuando no sea mas que por un momento!

De vuelta a su casa en la calle de Santo Domingo, se vistió con la mayor elegancia, ni mas ni menos como si quisiera seducir, triunfar, avasallar para siempre a un hombre: esta era la hábil maniobra que ya habia empleado con el ministro y que le habia dado buenos resultados; de consiguiente, se valió de todo su arte en el peinado, hizo uso de sus mejores perfumes, se puso sus mas ricas galas, se miró cien mil veces al espejo, estudió su fisonomia, calculó las posturas mas naturales y mas atractivas, trató, en una palabra, de aparecer interesante, y mas que interesante, encantadora.

Esa noche, y en conformidad a la prevision de Eloisa, el ministro no esperó la hora acostumbrada de su visita, sino que se presentó mucho mas temprano.

El salon se encontraba perfectamente iluminado, y Eloisa, un tanto reclinada sobre un sofá, habia adoptado una actitud que realzaba todas sus gracias naturales, que dejaba adivinar todos sus hechizos; y con una coqueteria llena de sencillez, pero por esta razon cien mil veces mas peligrosa, habia colocado medio a medio de su divino seno un boton de rosa blanca con dos hojas verdes que demarcaban la separacion deliciosa de encantadoras formas, misteriosas a la vez que diáfanas al traves de los encajes que las cubrian.

El ministro apareció, y ella aparentó no verlo para que la mirase un instante en esa especie de irreflexion y estudiado abandono: el objeto que se habia propuesto estaba conseguido; el ministro estaba mas que nunca cautivo.

—Señora! exclamó el diplomático; venia a pelear con usted y veo que estoi vencido antes de entrar en combate.

—¡A pelear conmigo! Yo creia no haberle dado motivo alguno, sino que por el contrario...

—Sí, usted ha sido mui sagaz, mui engañadora.

—Yo soi siempre injénua en mis afecciones, señor, y jamas las traiciono.

—No es precisamente de una traicion de la que quiero hablar; pero usted ha aprovechado de mi concesion para burlar la vijilancia lejítima del gobierno.

—¡Ya sé dónde quiere usted venir a parar! Y Eloisa sonrió cariñosamente al ministro, mostrándole esa cavidad encantadora adornada de finos y blancos dientes con labios de nácar: paraiso lleno de delicias que convida a beber la copa del divino néctar con el cual se embriagaban los dioses del Olimpo.

El ministro estaba lelo y no sabia casi lo que pasaba por él: tal era el predominio que habia tomado Eloisa y que en ese momento ejercia con mas fuerza.

—Sí, amiga mia, contestó al fin el diplomático, sentándose al lado de Eloisa y tomándole su suave y perfumada mano; usted se ha valido del permiso que yo le habia acordado o que habia conseguido, para hacer evadirse a su hermano.

—Le aseguro a usted que soi inocente y que me trae la mas buena noticia, haciéndome experimentar la mas agradable sorpresa: ¡con que Enrique se ha escapado!

—Usted lo sabe mejor que yo, señora.

—¡Cuánto me alegro, amigo mio! Y el ingrato aun no ha venido a verme!

—Vamos, déjese usted de disimulos, y dígame francamente dónde lo tiene escondido; desearia verlo, desearia conocerlo para decirle cuánto ha hecho usted por él.

—¡El picaron lo sabe bien! Y sin embargo no se ha presentado a mi vista! ¿Cuándo se fugó?

—Anoche; pero yo soi un zonzo en darle esplicaciones sobre un hecho en que usted ha tomado parte.

—¿Y qué mal habria obrado suponiendo que fuera cierto?

—Ninguno respecto a usted; mucho respecto al gobierno de que yo hago parte.

—¿Y qué falta, qué mal le hace al gobierno un preso mas o menos?

—¿Cómo se conoce que usted no sabe nada de administracion!

—¡Ya lo creo! ni me ocupo ni me ocuparé nunca de ella; pero, ¿es verdad lo que usted me dice?

—¡Insiste usted todavia en engañarme!

—¡Ojalá fuera cierto que lo engañaba!

—¡De veras! ¿Usted no sabe nada?

—¡Y qué quiere usted que yo sepa!

—¿No ha visto usted a su hermano? ¿No ha venido todavia?

—Señor, espero al menos que usted no se chancee con mis afectos ni se burle de mis esperanzas: ya me ha repetido esto mismo ahora poco.

—Pues, amiga mia, lo que le digo es la verdad: su hermano se ha escapado anoche.

—¡Anoche!

—Sí, anoche.

—¿Y de qué manera?

—No se sabe. El único vestigio que se ha encontrado ha sido una larga cuerda llena de nudos y que estaba asida al tope de un alto palo que habia en uno de los patios; pero es preciso que su hermano sea el diablo para que se haya volado de esa manera.

Eloisa se sonrió sin interrumpir al ministro, que continuó:

—Sí, es preciso ser el mismo demonio; de otro modo no se concibe su evasion.

—¿Y lo persiguen?

—Es indudable; y creo que, aun cuando se esconda como un alfiler, no escapará: las medidas están bien tomadas.

—Pero, señor, usted que es un hombre de tanta inteligencia como corazon y que posee mi cariño, ¿no se apiadaria de él? ¿no se apiadaria de mi hermano?

—¡Su cariño! Esto vale mas que una razon de estado: cuente usted conmigo.

—Esto es lo mismo que contar con el gobierno.

—No lo crea usted: don Manuel Montt, que es el presidente de la república, no es lo mismo que yo que me enamoro de unos bellos ojos que pueden obligarlo a uno a hacer las mas grandes locuras: don Manuel Montt es la lei, es el código, es la justicia, es el órden, es la estatua de Minerva, que no ve otra cosa que la razon y la conveniencia del pais; y él, a quien estamos y debemos estar sometidos en cuerpo y alma, no transijirá nunca, porque él no tiene otra conciencia que el bien del pais.

—Pues si ese nuevo Minos no tiene corazon, no faltará quien lo tenga.

—Es decir, que usted cuenta conmigo.

—Indudablemente: seria un insulto para usted y una decepcion para mí el no juzgarlo asi.

—De manera que no es a él a quien debo obedecer, sino a usted.

—Y advierta que yo exijo una obediencia pasiva, ciega, inalterable.

—¿La obediencia del perro?

—Ni mas ni menos.

—Si usted lo exige, si usted lo ordena, la tendré.

—Quiero que usted me dé un salvo-conducto para Enrique, y puesto que el presidente es inflexible, será necesario que usemos del subterfujio. Por otra parte, esto entra tambien en la política. Usted le hará un servicio al señor Montt, porque lo libertará de un enemigo tan temible como mi hermano.

—Pero esto es comprometerse demasiado.

—¿Y yo no me comprometo?

—¿Puedo aspirar, Eloisa?...

—¿A qué no se puede aspirar?

—¿Me ha hecho usted penar por tanto tiempo!

—No quiero, amigo mio, contestó Eloisa, apretando suave y significativamente la mano del ministro; no quiero sino hacer concesiones voluntarias. Poner precio al favor es destruirlo, y a mí me gusta la espontaneidad en todo; sin esto no puede existir el goce, no puede existir nada; y yo soy en este punto de una estrictez de principios incontrastable. ¿Qué me importaría una concesion por otra concesion? Esto no sería otra cosa que un tráfico, y con el corazon y con los afectos no se pueden, no se deben establecer mercados: todo negocio en ese sentido es una degradacion, y yo no quiero degradarme, ni usted aceptaría con gusto esta degradacion, porque lo supongo mas elevado y mas digno, siendo en este sentido que me es dado apreciarlo y que me sea dado quererlo.

—¿De veras, Eloisa?

—¿Duda usted de mi verdad? ¿No ve usted mismo que en mi franqueza hai algo mas que solicitar una gracia?

—Firmaré, amiga mia; el salvo-conducto para su hermano.

—¿Sin exigencia alguna?

--Sin exigencia.

—Ah! la jenerosidad es la mejor arma para vencer. ¿Quién no admira un acto desinteresado? ¿Quién no se somete al imperio de la magnanimidad? Le agradezco su accion por usted y por mí: por usted, porque me lo ha hecho conocer a fondo; por mí, porque puedo apreciarlo y...

—Deme usted papel y pluma. Yo juego mi cartera de ministro contra unos bellos ojos. Este será un disparate para los hombres de estado y yo mismo lo habria considerado como tal hace mui poco tiempo; pero usted me ha trasformado completamente.

—Me es imposible, señor, aceptar tanto sacrificio. Rehuso desde luego y me someto al destino sin esperar algo del favor. ¡El pais perderia tanto con su salida del ministerio, que vale mas que se sacrifique mi hermano!

—Pero Eloisa, esc'lamó apasionadamente el diplomático; usted es demasiado elevada y está poseida de ideas llenas de... Pero jamas consentiré en su sacrificio.

—Yo no acepto, señor, porque si yo puedo sacrificarme, no debo sacrificar a otros.

—Dejémonos de argumentaciones. He decidido salvar a su hermano y se salvará, suceda lo que suceda.

Un relámpago de felicidad pasó por los ojos de Eloisa; y parándose con gracia, colocó el tintero y el papel cerca del ministro, que escribió una carta privada al intendente de Valparaiso para que dejara pasar a Enrique si salía del país o no lo capturase en caso que fuera a residir en aquella ciudad.

—Ya está hecho cuanto usted deseaba, amiga mia, y tengo una verdadera satisfaccion en haberla servido en algo, sin interes y solo por voluntad, y solo por cariño.

—Ei hacer bien nunca se pierde, señor.

—Ojalá sea así.

—No lo dude usted: Dios recompensa siempre las buenas acciones.

—¡Dios! La cosa es algo lejana. Mas bien quisiera...

Eloisa soltó una carcajada, y conteniéndose, añadió:

—Me habían dicho que usted era mui piadoso, y nunca lo he puesto en duda.

—¿Y en qué he faltado a la piedad?

—Eso de decir que Dios es una cosa mui lejana.

—Discúlpeme usted, señora, el entusiasmo nos hace hablar lo que no debemos.

—En fin, sea de ello lo que fuere, yo no puedo menos de estarle agradecida y desde ahora cuente usted con mi reconocimiento.

—Desearia mas bien contar con su cariño.

—Del uno es fácil y natural pasarse al otro.

Eloisa, sin proseguir mas en una conversacion que mui poco la interesaba, trató de que se fuera el ministro; pero

para despedirlo contento, sacó el lindísimo boton de rosa que tenia en su seno, y presentándoselo, le dijo:

—Sírvasse usted aceptar esta flor como un recuerdo, como una prueba de mi cari...

Y Eloisa, sin acabar de pronunciar la palabra, añadió: de mi gratitud. Y bajó los ojos con una hipocresia encantadora como para decir que habia ido mas allá.

—Eloisa, Eloisa, exclamó el diplomático arrodillándose; prosiga usted, concluya, diga francamente: "De mi cariño, de mi amor."

—¡Y bien! contestó Eloisa, como si la pasion la arrastrase: "de mi amor..."

—¡Ai! qué dicha! qué felicidad! Al fin...

—Sí, al fin seremos felices en pocos dias mas.

—¿Me lo prometes, Eloisa? Y el ministro le hablaba de *tú* por la primera vez con esa deliciosa familiaridad del cariño.

—¡Cómo no he de prometer lo que quiero, lo que deseo! pero sepa usted esperar.. Adios, amigo mio, talvez mañana no tenga el gusto de verlo, pero despues...

—¡Cruel! ¡Por qué privarme un dia de esa felicidad, de la dicha de estar a tu lado!

—Privarnos, diga usted mejor.

—¡Privarnos! Tienes razon, querida mia; pero por lo mismo...

—Tengo mis secretos: espere.

—Me resignaré.

—Nos resignaremos, amigo mio; pero despues... Adios, déjeme usted, déjeme usted...

Y Eloisa corrió hácia su dormitorio como si se temiera a sí misma; y cerrando la puerta con llave, dejó plantado al diplomático medio a medio del salon y de rodillas como se habia puesto.

En seguida miró por el agujero de la llave y llevó el pañuelo a su boca para ahogar la risa: el ministro conservaba

la misma actitud y lloraba y reía mirando el boton de rosa que a cada instante llevaba a sus labios.

Al fin tomó su sombrero y partió.

IV.

Desembarazada de la presencia del ministro, volvió a vestirse Eloisa con su sencillo y modesto traje de iglesia, hizo venir un coche y se dirigió donde el cura de San Isidro para conducirlo a la calle de Breton.

El santo cura se colocó al lado de la encantadora muchacha, que sin duda le hizo experimentar una de aquellas sensaciones inesplicables que nos causa el contacto de la mujer, cuya suave y perfumada atmósfera atrae, produciendo en nosotros una especie de escalofrio que nos estremece deliciosamente, pues al poco rato principió a rezar en latin, sin duda para desechar la tentacion del espíritu malo, a quien en ese momento tenia el honor de representar Eloisa, que, en concepto del buen presbítero, debia ser la forma que habia adoptado el diablo para hacerle perder su alma; así es que impertérrito en su santa y heroica lucha, salió al fin vencedor, pues no desplegó sus labios hasta que el coche paró frente a una puerta de calle de mas que modesta apariencia, y que no estaba por consiguiente en relacion con los fuertes derechos que le habia voluntariamente pagado aquella señorita, por el solo hecho de poner el óleo fuera de la parroquia, haciéndole presumir que aquello encerraba algun misterio; pero como su mision era mui limitada y conocida, no tenia para qué investigar asuntos que no eran de su resorte.

El cura bajó primero del carruaje y no tuvo siquiera la amabilidad de ofrecer la mano a Eloisa para que descendiese a su vez, sino que por el contrario miró hácia otro lado para no ver aquel pié encantador que se descubrió hasta un poco mas arriba del tobillo al tiempo de sentarlo en el estribo.

La jóven se sonrió con disimulo, porque, por una de esas afinidades misteriosas de la naturaleza, por uno de esos fluidos magnéticos que se comunican, se infiltran o se repercuten, sin saber cómo, de un ser a otro ser, ella había conocido, había adivinado, diremos mejor, lo que pasaba por el buen sacerdote; y si se hubiera hallado en otras circunstancias y con otras ideas, talvez le habría agradado secundar el plan del demonio, conquistándole, aunque fuera por mero pasatiempo, aquella alma para su populoso imperio.

Como es de presumirlo, todo estaba preparado en la casa, y la ceremonia religiosa se llevó a efecto, sirviendo de padrinos a la criatura las dos personas que hemos indicado ya y que creemos no habrá tan luego olvidado el lector.

Esa noche se pasó en deliciosa plática y nada vino a turbar aquella sencilla alegría con que se celebraba el bautismo del niño; solo Enrique, sin dejar de estar contento, tenía una preocupacion que no podía, que no quería tampoco desechár.

Durante el día y en algunos momentos que había pasado a solas con Mercedes, le había preguntado si no había tenido alguna noticia de su amiga, a lo que le había contestado su hermana, que no saliendo a la calle ninguno de ellos, salvo Eloisa y Santiago, que iba a su taller, no habían podido tener la menor noticia, siendo esta una de las cosas que mas la entristecía, y que, aun cuando había preguntado a Eloisa y dándole las señas de la casa para que se informase, nunca le había dicho nada, lo que le hacía suponer que estarían todavía en el campo.

Enrique estaba, pues, muy contrariado con esta ignorancia absoluta sobre Luisa y su maestro, y resolvió hablar con Eloisa al día siguiente para combinar algún plan por el cual pudiese llegar al conocimiento de aquello que tanto le interesaba saber.

Aun no amanecía cuando ya Enrique, que no había pegado sus ojos durante la noche, se paseaba por el patio, sin

duda para refrescar su ardiente cabeza y hablar con Eloisa antes que saliese a la calle.

No tuvo nuestro jóven amigo mucho que esperar, porque la puerta del cuarto de Eloisa se abrió, apareciendo ella vestida ya como para salir.

—Mi querida hermana, dijo Enrique a Eloisa, yendo donde ella estaba y tomándole una de sus manos con esa familiaridad pura del sentimiento de la fraternidad. Y como se habia acostumbrado a llamarla siempre así y a tener con ella la confianza de tal, Eloisa no se extrañó, sino que lo miró cariñosamente, preguntándole: “¿Qué quieres?”

Debemos tambien advertir que con el largo trato y con la familiaridad con que estaban obligados a hablarse en la penitenciaria delante de la persona que los vijilaba durante su entrevista semanal, se habian acostumbrado de tal modo a tratarse, que ya lo hacian por hábito, sin poder volver atras, lo que hubiera sido mui doloroso para Eloisa, porque esta confianza era una de las cosas que mas le agradaban y que mas la hacian gozar.

Enrique contestó a la pregunta de su hermana adoptiva, con esta otra interrogacion:

—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—No tanto como tú, Enrique, pues hará como media hora que oigo tus pasos en el patio.

—Es verdad, tenia calor, estaba medio sofocado.

—¿Te sientes mal? Y Eloisa miró al jóven con interes y como para averiguar si Enrique sufria algo.

—No precisamente, hermana, pero tú comprenderás que despues de tantos acontecimientos no se puede estar mui tranquilo.

—¿Pero, Enrique, ahora estás con tu familia y estás libre!

—Respecto a lo primero, te concedo: tengo mucho gusto, muchísimo y tú no entras por poco en mi satisfaccion. Y el jóven apretó cariñosamente la mano de su hermana que conservaba aun entre las suyas.

Eloisa se estremeció y miró a Enrique de una manera rara; tan rara, que éste no comprendió.

—Te decia, pues, prosiguió el jóven, que es para mí una gran felicidad el estar con ustedes; pero respecto a libertad, no he hecho mas que mudar de cárcel.

—¡Mudar de cárcel! ¿Llamas tú mudar de cárcel el estar en tu casa, el vivir con las personas a quienes amas y que te aman?

—Tienes razon, hermana mia; he sido un bárbaro en hablar asi; pero queria decir únicamente que me es prohibido salir, que no puedo ir a ver a mis amigos, que...

—No seas poco agradecido a Dios, Enrique.

—Dices bien, Eloisa.

—Mira: si quieres salir, si quieres irte, puedes hacerlo hoy mismo.

—¿Qué es lo que dices?

—Lo que oyes.

—¿Has conseguido mi libertad completa?

—No precisamente; pero puedes ir al punto que quieras.

—¿Cómo?

—Tengo en mi poder un salvo conducto para tu persona y que va dirijido al intendente de Valparaiso.

—¿Qué tengo yo que hacer en Valparaiso?

—Te encuentras perseguido, amigo mio, y un dia u otro pueden prenderte; mientras que saliendo del pais por algun tiempo, puedes volver despues cuando se hayan olvidado los acontecimientos y amortiguado un tanto las pasiones políticas.

—Yo no quiero dejar a Chile, hermana mia, no.

—Comprendo que no quieras abandonar tu pais y menos tu familia; pero esta es la manera única de salvarse, amigo mio; créemelo: ahora hablaremos sobre este punto con tus padres y con tu hermana y te convencerás.

—No necesito de convencimiento alguno, pero no quiero abandonar a Chile.

Eloisa se figuró un momento que tal vez ella seria la causa de la tenacidad del jóven en no dejar su pais, y le dijo:

—¿Y si te lo pidieran por favor, Enrique, los mismos que están mas interesados que tú en que no te alejes?

Enrique, a su turno, miró a Eloisa, pensando que hacia referencia a Luisa y que talvez con su penetracion habria llegado a descubrir algo de su secreto, sabiendo quizá alguna cosa que le ocultaba.

—En ese caso, contestó el jóven, iria con gusto.

—Pues bien, ya veremos...

Y a su vez Eloisa apretó la mano de Enrique, que tambien se turbó y se estremeció a su turno, creyendo que no tardaria en hablarle de Luisa.

La conversacion continuó por largo rato sobre las probabilidades de fuga, sobre el disfraz mas conveniente, sobre el lugar donde seria preferible dirijirse, sobre riesgos, etc.; pero nada referente a Luisa, que era lo que él exclusivamente deseaba, hasta que se resolvió abordar la cuestion con maña para no comprometerse ni comprometer a su amada, porque ya estaba convencido que Eloisa no sabia nada de sus relaciones, o diremos mejor, de sus pensamientos ocultos, pensamientos que a nadie habia revelado escepto a su hermana y al solitario, y que por consiguiente debia ignorarlos Eloisa por mucha que fuera su penetracion.

V.

Enrique, antes de atreverse a hablar sobre Luisa y a pronunciar su nombre, consultó su interior, trató de criar fuerzas, se empeñó por componer su semblante, por aparentar la mayor indiferencia; y cuando creyó que estaba bien preparado, que era impenetrable, que nadie podria leer en su corazon, aun los que estuviesen mas familiarizados a conocer o a adivinar sus impresiones, dijo a Luisa:

—¿Te ha preguntado algunas veces Mercedes por una

señorita amiga suya y que se llama doña Luisa Valdes?

—Muchísimas.

—Y le has dado algunas noticias de ella? porque sé que esto le seria mui agradable a mi hermana.

—¿Y por qué nó desagradable?

—Porque ella la quiere muchísimo.

—Puede ser mui bien que por la misma razon de quererla muchísimo le fuera mas desagradable.

—No sé lo que quieres decir.

—Yo sí que lo sé y tú tambien lo sabrás, pero nadie mas.

—¿Conoces a esa señorita?

Y Enrique apenas pudo disimular su sobresalto.

—De vista.

—¿La has visto?

—En muchas ocasiones, y siempre procuro verla, porque me interesa, tanto por el afecto que sé que le tiene Mercedes, cuanto por ella misma, porque jamas he encontrado una señorita mas hermosa, mas poética, mas encantadora; jamas he visto a nadie que llene tanto mi gusto como ella. Si fuera hombre y monarca habria puesto cien mil veces a sus piés mi corona. Una sola mujer hai que se le asemeje, aunque de formas distintas y talvez de caracteres, y esa mujer es tu hermana.

Enrique oia con delicia todo cuanto decia Eloisa, que continuó su conversacion, añadiendo:

—Y esa mujer es tu hermana; pero en el mundo no hai dos tipos mas perfectos y me parece que dos almas mas puras y sublimes. Por esta razon he comprendido el grande afecto de Mercedes por esa señorita y el que debe tenerle esa señorita a Mercedes. Por esta razon he comprendido la amistad que debe unir las, a pesar de la grandísima diferencia de ambas posiciones, ya sea en familia, ya sea en fortuna, porque la señorita Valdes pertenece a la mas alta sociedad y es una de las mas ricas personas de Santiago.

—Y bien, Eloisa; ¿por qué si conoces a la señorita Luisa,

por qué si la has visto no se lo has comunicado a mi hermana?

—Porque le habria causado un grave mal y no he querido atormentarla. He preferido callarme, he preferido eludir sus proyectos y no decirle que está en Santiago desde mucho tiempo.

—¿Pero cuál es la causa?

—Aun a tí mismo no quisiera decírtela.

—¿Por qué?

—Talvez por lo que se relaciona con tu hermana.

—¿Es algun secreto?

—Para ustedes, sí; para el resto del mundo, no.

—¿Y por qué no siéndolo para todos lo es para nosotros?

—Porque en realidad no es un secreto, sino simplemente una cosa que ustedes ignoran.

Enrique experimentó una sensacion dolorosa; tuvo miedo. Un vago presentimiento le decia que lo que le iban a revelar era algo de terrible; pero, dominándose, repuso:

—Vamos, déjate de rodeos y dime de una vez lo que sucede. Tú sabes que todo lo de mi hermana me interesa.

—Justamente este es el mismo motivo que me obliga a detenerme, temiendo que tengas tú tambien que sufrir.

—No tengas miedo; yo estoi ya algo acostumbrado a la desgracia y mi alma se ha endurecido lo bastante para no alarmarme tan fácilmente.

—Asi lo creo; y como por otra parte lo has de saber tú mismo, mas hoy, mas mañana, poco importa que te lo revele desde luego; pero creo mui conveniente que se lo ocultes a tu hermana, al menos mientras esté tan delicada por su reciente enfermedad, pues una impresion fuerte y dolorosa como debe causarle esta noticia cuando llegue a saberla, podia ser en la actualidad de mui fatales consecuencias.

—¿Es una cosa mui grave?

—Para ella, sí; para los otros, es mui comun.

—No me exasperes por mas tiempo; dime de una vez qué

es lo que ha pasado que tanto puede afectar a mi hermana, hasta el punto de temer decírmelo a mí.

—¿Creo que no habrás olvidado a Guillermo de?...

—Hai acontecimientos fatales en la vida que jamas se olvidan.

—Es que Guillermo de... se ha casado.

—¿Casado! ¿Y quién ha sido la miserable para aceptar a ese infame?

—Tienes mucha razon en exaltarte, y por tí mismo puedes juzgar de la impresion que esta noticia habria producido en tu hermana; porque, de cualquiera manera que sea, es el padre de su hijo.

—¿El padre de su hijo!

—Sí, amigo mio, el padre de su hijo, el padre de nuestro ahijado, de esa inocente criatura que ignora que ha venido al mundo por medio del crimen, y a quien nosotros hemos jurado proteger y a quien protegeremos; ¿no es verdad, Enrique?

—Y bien, ¿qué importa que se haya casado! Acaso mi hermana lo habria aceptado jamas?

—Sin embargo, tú sabes; el porvenir de su hijo desaparece con este enlace.

—Mercedes no habria recibido jamas de ese hombre un solo centavo, y nosotros no lo habriamos permitido tampoco y no permitiremos que reconozca en ningun tiempo al autor de sus dias: este es mi pensamiento. Pero esto nada importa, Eloisa; vamos al asunto de que hablábamos, que es el principal.

—Estamos en él.

—¿Cómo estamos en él!

—Justamente, amigo mio, porque Guillermo de... es el marido de la señorita Luisa Valdes, con quien...

Enrique no la dejó concluir. Un grito espantoso, grito salvaje, grito aterrador, grito sin nombre, articulacion llena de angustia, de furor, de desesperacion, voz sin significa-

ción propia, pero que las tenía todas, se escapó del pecho del joven, que cayó al suelo sin conocimiento.

Otro grito menos terrible pero no menos doloroso se dejó oír: era el de Eloisa, que al precipitarse sobre Enrique para levantarlo, había exclamado: ¡Dios mío! lo he muerto!... Pero no le sobreviviré!...

El cuerpo de Enrique tembló: una convulsión violenta se apoderó de todos sus miembros, y se paró tieso y lívido como un cadáver a quien han aplicado una poderosa máquina galvánica, un gran choque de electricidad antes que se haya apagado del todo el calor vital que lo alimentaba y que se demora en extinguirse.

De repente, sin ver a Eloisa, que estaba postrada a sus pies y que le tenía con sus brazos asidas las rodillas, se lanzó hacia la puerta, sacudiendo con violencia el estorbo que lo detenía, yendo Eloisa a rodar a algunos pasos de distancia.

No encontrando la llave para abrir la puerta, y aun si la hubiera hallado, talvez no la habría visto, le dió un empujon tan violento, que saltaron varias astillas de las gruesas tablas, rompiéndose la vieja y firme cerradura; pero en ese momento apareció Domingo Lopez, que, oyendo aquel grito espantoso de su hijo, se había medio vestido precipitadamente.

—Deténgalo, señor, deténgalo, gritó Eloisa desde el suelo.

Y el vigoroso veterano voló donde su hijo sin darse cuenta de nada de lo sucedido y lo tomó fuertemente por la espalda.

Enrique volvió la cara con ceño airado y dijo con voz de trueno: “Déjeme usted, señor; yo lo mataré a él, la mataré a ella; pero quiero ser yo solo quien lo haga... y despues me mataré a mí mismo.”

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que no quiero tener ayuda de nadie, que no quiero que me acompañe nadie.

—Calma, calma, hijo mio; ¿qué es lo que ha sucedido?

—¿No lo sabe usted? Es verdad, no lo sabe... que se lo cuente Eloisa; mientras tanto, déjeme libre, tengo que ir; es preciso que vaya...

—¿A dónde, hijo mio?

—Donde los novios; ¿dónde quiere que sea?

—¿Qué novios?

—Déjeme en paz con sus preguntas: Eloisa se lo dirá.

Y Enrique dió un fuerte sacudon para desasirse de los brazos del veterano; y aunque lo hizo vacilar, no lo soltó, sin embargo.

En ese momento llegó Marta desolada y sin saber tampoco qué era lo que sucedia; pero las fisonomias le decian que pasaba algo de grave, algo de extraordinario, y corrió al lugar en que se encontraba luchando el hijo con el padre.

—¡Por Dios! Enrique, ¿qué es esto? ¿qué es lo que pasa? ¿qué es lo que quieres? exclamó Marta asustada y llorosa.

—Lo que pasa es la mayor infamia y lo que quiero es la mayor venganza... déjenme salir.

—Tu madre, mi querido hijo, te lo pide de rodillas. No salgas.

Y Marta se hincó y besó las manos del desgraciado jóven.

Enrique la miró un momento, y luego agachándose la levantó y la estrechó entre sus brazos, diciéndole:

—Soi mui infeliz.

—Pero qué te ha sucedido, hijo de mis entrañas?

—Yo no puedo decírselo porque si lo dijeran mis labios, talvez no tendria fuerzas, talvez me moriria; y no quiero morirme antes... no quiero... necesito vengarme, aunque despues me caiga todo el mundo encima... aun cuando vuelva a la penitenciaria, aun cuando me maten.

—¡Por Dios, hijo mio, espera un momento!

—Esperar! ah! madre mia; si usted tuviera el corazon como yo, no me lo diria.

—El corazon de una madre participa de todos los dolo-

res que experimenta el del hijo. Confíate a él, hazme sufrir como tu sufres, Enrique, vacía en mi pecho toda tu amargura y verás que mi aflicción sobrepuja a la tuya, que mi dolor es superior a tu dolor.

—¿Y qué sacaría con esto?

—Que moriría así como tú quieres morir...

—¡Morir, madre mía; y yo matarla! No, no, eso; todavía me queda una cuerda sensible, una cuerda que no se ha roto: el amor a mis padres.

—Pues bien, hijo querido, continuó Marta con esa solicitud tierna, con ese acento inimitable que solo brota del pecho de una madre; si no quieres que muramos, vive.

—Vive, Enrique, vive para tus padres y para tu hermana.

Y el viejo soldado lloroso y temblando, se hincó así como lo había hecho Marta, abrazando las rodillas de su hijo.

La desesperación de Enrique estaba vencida, pero no su dolor.

A la fogosidad impetuosa de la primera impresión se sucedió el abatimiento de la desolación.

Enrique era un niño sin fuerza, sin acción, sin movimiento, casi sin vida. Sus ojos se apagaron, perdieron su brillo y no vertieron una lágrima.

El joven dejóse conducir sin proferir palabra y su andar vacilante demostraba que apenas existía, que ni siquiera tenía conciencia de su estado.

Colocado en su cama, exhaló un suspiro doloroso y cerró sus párpados. Un copioso sudor brotó por todos los poros de su cuerpo. Muchas veces la suprema angustia, cuando no la alivian las lágrimas, halla esa salida. Se dice que Jesús no lloró sino que sudó sangre en la oración del huerto cuando se presentaron a su vista todos los males por que había de pasar la humanidad, y lo cruento del sacrificio que al siguiente día tendría que experimentar.....

.....

El suicida.

I.

Eloisa, ocultando su acongojado rostro entre sus crispadas manos, permanecía en el mismo sitio a donde la arrojara el violento sacudon de Enrique, no habia hecho el menor movimiento y la única palabra que habia proferido fué el “deténgalo, deténgalo” que dirijiera al padre al tiempo de verlo, con el fin de que socorriera al hijo.

Las pasiones tienen un lenguaje inimitable, un lenguaje espresivo y elocuente sobre el cual nadie se engaña, pues todo el mundo en el acto, sobre lo que significan esos arranques, midiendo por ellos la intensidad del sentimiento que experimenta el individuo, sin necesidad de que lo espresé con la palabra; y Eloisa habia conocido en el acto la estension inmensa del amor de Enrique y la herida profunda y talvez incurable que debia de haberle causado con la revelacion repentina del casamiento de Luisa.

—Yo lo he salvado para matarlo en seguida, se decia Eloisa a sí misma. ¡Qué horror! Yo merezco cien mil veces la muerte, yo...

Y la pobre mujer se desgarraba el pecho en su desesperacion muda.

Domingo y Marta se acercaron donde ella y la levantaron; estaba bañada en sangre, pero no habia perdido el conocimiento, sino que conservaba toda su razon.

—¿Qué ha sucedido, hija mia? Cuéntanos lo sucedido, dijo con dulzura Marta, abrazando a Eloisa.

—Yo no merezco compasion, señora; yo soi la causa de todo el mal; deben ustedes botarme y maldecirme.

—¡Tú causa del mal de Enrique! Tú, que lo has libertado y que nos lo has devuelto! No lo ereo, hija mia, te engañas: estoi segura que te engañas.

—Yo lo he muerto, señora, nadie sino yo ha sido.

—¿Tú lo has muerto? Pero mi hijo vive: no hables asi, Eloisa.

—¡Ai! Dios lo quiera!

—Y lo querrá, Eloisa; tengo la seguridad que da la fé, que da la esperanza en la bondad del señor; pero explícate, ¿qué ha sucedido?

—¿Vive Enrique?

—Sí; tiene un ligero desmayo, y nada mas.

Marta no estaba tan tranquila como aparentaba, pero deseaba serenar a Eloisa.

—Ai, señora, desconfíe usted de esa tranquilidad; la herida que le he hecho es mui profunda y por consiguiente incurable: yo lo siento por mí misma.

—Pero por Dios, dilo de una vez.

—Yo no sabia que Enrique amaba a la señorita Luisa Valdes.

—¿Que Enrique ama a la señorita Luisa? ¿Estás loca, hija mia?

—¡Y ese amor es infinito, señora, infinito!... Yo lo he reconocido... yo sé lo que es...

—¿Pero quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo...

—Nadie me ha revelado ese secreto, pero yo sé.... yo sé lo que digo; yo sé que lo he muerto.

—Pero aun dado caso que esto fuera cierto, ¿por qué tanta desesperacion?

—Porque la señorita Luisa Valdes está casada y se lo dije a Enrique.

—¡Casada!

—Sí, señora, casada, y casada con Guillermo de...

—¿Qué es esto, Dios mio, qué es esto?

—La verdad, señora.

—¿Pero cómo? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no nos lo habías dicho, hija mia?

—El cómo, no lo sé, señora; el cuándo, no podría señalar el día, pero hace ya bastante tiempo; y mi silencio ha provenido de que no quería aumentar mas los ya grandes pesares de ustedes, descubriéndoles un acontecimiento que, de una manera o de otra, las aflijiría muchísimo o les quitaría la poca tranquilidad de que disfrutaban despues de tan terribles sucesos.

—Comprendo, Eloisa, comprendo tu delicadeza.

—Pero la señorita Luisa, exclamó Domingo Lopez, que hasta ese momento habia guardado silencio; la señorita Luisa no sabia que ni la mas infeliz criatura, que ni la mujer mas vil se habria casado con ese hombre.

—Es mas que probable que lo ignorase, que no haya sabido nunca el crimen cometido con nuestra hija, repuso Marta.

—Pero es que el crimen cometido con nuestra hija no es nada, no mancharia tanto a ese hombre como la marca de infamia que yo he puesto sobre sus espaldas.

—¿La marca de infamia, dices!

—Sí, sí; la marca de infamia con un fierro ardiendo... marca que nadie puede arrancar y que estará allí mientras él viva.

—Ah! ignoraba eso!... Te has vengado... y de aquí vienen, sin duda, de aquí han nacido nuestros nuevos pesares!... Que la voluntad de Dios se cumpla.

—No nos hemos vengado sino que hemos castigado: así lo ha pensado y lo ha dicho mi hijo, así lo ha juzgado mi coronel, así lo he creído también yo.

—Y así no mas es, repuso Eloisa con convencido acento.

—Dejemos esta friolera a un lado, dijo el veterano y vamos a lo principal.

—Enrique, señor, me instó tanto para que le diera algunas noticias de la señorita Luisa, y como el casamiento es conocido de todo el mundo, se lo comuniqué como una cosa que debía saberse mas hoy, mas mañana, y que talvez seria conveniente que él fuera preparando a Mercedes antes que recibiera el golpe repentinamente. ¡Pero si yo hubiera sabido el mal que iba a hacer! Ah! ¿Por qué no lo he conocido? ¿Por qué no lo he previsto? Infeliz! y ya no hai remedio!..

—No desesperemos, Eloisa, ni tú desesperes, porque no has obrado mal, porque es una fatalidad la que pesa sobre nosotros y nada mas. Ahora es preciso que socorramos a Enrique y que lo ignore todo Mercedes: es preciso distraerlo, es preciso aliviarlo, y yo cuento contigo, ya habia pensado en ello, Eloisa.

—Señora: mi vida es suya y puede disponer de ella.

—Ah! si Dios me oyera! aun podríamos ser felices! Yo me lisonjeaba en que fueses su esposa... y todavia no pierdo la esperanza: la imposibilidad amortigua el deseo; nadie se desespera porque no alcanza a la luna; y Enrique se calmará al fin en presencia de lo insuperable, ¿no eres de mi opinion?

Eloisa tembló; aquella proposicion tan inesperada la turbó. La pobre jóven sentia a un mismo tiempo un placer y un dolor indecible. Lo que le decia Marta era halagüeño, era seductor; pero era inverosímil, era imposible; no sucederia jamas! Ella tenia conciencia de la pasion de Enrique por la suya propia, y poseia bastante dignidad para no querer manchar a nadie y menos al ser a quien ella amaba mas en el mundo: conservaba orgullo en su degradacion y grandeza de alma en la bajeza de su estado; era una mujer caida, pero no prostituida... El huracan del siglo habia pasado sobre ella, le habia tronchado el tallo delicado de la pureza; pero la planta conservaba todo su vigor y renacia de su tronco mutilado el cactus brillante de la virtud, sin

que el atractivo del placer hubiera llegado a marchitarlo; y así contestó humilde, pero resueltamente:

—Lo que usted me dice, señora, me honra y me complace, pero no lo merezco; no soy digna de ese honor, ni acreedora a tanta felicidad.

—¡Cómo! Tú que nos has salvado a todos de tantos peligros; que lo has salvado a él, y que ahora además lo libertas!

—Es verdad que he hecho todo esto, pero haciéndolo, mas bien me he favorecido a mí misma que a ustedes; pues no está lejano el día en que descubra a usted mis secretos, y entonces verá usted que tengo mucha razón en proceder como procedo.

Por otra parte, señora, no se ilusione usted: Enrique experimenta una de aquellas pasiones invariables, que no ceden jamás, que son únicas en la vida y de que el hombre no se desprende sino hasta la muerte y que quizá lo acompañan mas allá... Todo me induce a creerlo así, señora Marta: el carácter de su hijo, la elevación de sus ideas, la pureza de sus costumbres y mas que todo, el imperio, la fascinación prodijiosa que debe ejercer una señorita como doña Luisa Valdes, pues con solo el hecho de verla se la ama, porque parece dotada de una atmósfera de atracción prodijiosa, sin que sea posible desprenderse o sustraerse a ella cuando se ha entrado en el radio de su influencia magnética.

Marta oía a Eloisa con complacencia a pesar de los sentimientos que la agobiaban; y no podía menos de admirar aquella franqueza, aquella humildad y aquella elevación a la vez, que a medida que pretendía aparecer mas pequeña y menos acreedora a nada, se realzaba sin quererlo y sin pensarlo, se realzaba mas tratando de apocarse: tal es el efecto que produce siempre la verdadera humildad cuando no la acompaña la afectación hipócrita, que es por lo regular tan mentida como vana, pero que afortunadamente rara

vez consigue engañar, porque de algun modo se trasluce el orgullo del que aparenta la humildad.

II.

Enrique, vuelto en sí, se levantó de su cama instantáneamente como ahogado por el dolor; pero no mostraba ningún arranque de desesperación, sino por el contrario, miró a sus padres con cariño y dijo a Eloisa con afectuoso tono.

—Me has hecho una revelación que me ha trastornado por un momento el juicio; pero ya ves, la calma ha sucedido a la tormenta y creo que estaré sereno por mucho tiempo; sin embargo, quisiera saber algunos pormenores de tan inesperado acontecimiento.

Eloisa miró fijamente a Enrique: aquella serenidad la asustaba.

Enrique sostuvo la mirada sin inmutarse y con la mayor sangre fría dijo otra vez a Eloisa:

—Vamos, hermana mía, prosigue.

—Déjate de investigaciones inútiles, repuso Marta.

—Es por mera curiosidad, madre mía; no tenga usted cuidado; no me ve: ¿todavía me quiere mas sereno?

—Lo único que puedo decirte, querido hijo mío, es que me sorprendes, que no sé que pensar.

—Enrique es hombre, señora, y sabe vencerse y vencer cuanto se le presenta, contestó Domingo, dirigiéndose a su mujer y mirando al joven con cariño y con satisfacción, pues creía haber dicho una gran verdad, dado un buen consejo y apoyado una heroica resolución.

—Ya ve usted lo que dice mi padre, querida madre: los hombres tenemos una naturaleza distinta.

Y Enrique al decir esto se sonrió de una manera imperceptible, pero que para un observador revelaba una tristeza inmensa.

Eloisa pareció conocer cuanto sufría el joven y cuanta

amargura ocultaba en su corazón, y tembló, porque se le ocurrió un pensamiento siniestro.

—Enrique, contestó Marta, no se engaña tan fácilmente a una madre: tú sufres...

—Para qué ocultarlo! pero este sufrimiento, lo mismo que todas las cosas, tendrá su término... vamos, Eloisa, cuéntame lo que sepas del matrimonio.

—Si me lo exiges...

—Indudablemente lo deseo; pero si te cuesta mucho sacrificio, no lo exijo.

—Está bien, amigo mío, seré breve y referiré lo que sé en presencia de todos, puesto que a todos interesa mas o menos mi relación. Como ustedes pueden figurarse, yo, después de los acontecimientos que ustedes conocen y en los que han tomado tan gran parte, no podía ser indiferente a lo que podía pasar en casa de Guillermo y de cuando en cuando me informaba sobre lo que sucedía en aquel interior, y en una de esas ocasiones me dijeron que el patron ya no vivía en su casa sino en la de su mujer, pues se había casado recientemente. Pregunté con quien, y me contestaron que con la señorita Luisa Valdes, lo cual me sorprendió sobremanera, pues había oído a ustedes, y especialmente a Mercedes, hablar tanto y tan favorablemente de esta señorita, que no podía comprender que una persona de tanto mérito pudiese casarse con un hombre como Guillermo de... Pero al mismo tiempo que me dieron la noticia del enlace me dijeron también que había muerto la madre de la novia en el mismo día.

—¡Ha muerto doña Juana! exclamó Enrique, con señales de verdadero sentimiento.

—Sí, amigo mío, poco después de que se echaron las bendiciones.

—¡Pobre señora! dijeron a un tiempo Domingo y Marta.

—Dichosa ella que ya no sufre, murmuró Enrique, entre dientes.

—Esta circunstancia, agregó Eloisa, llamó mucho mi curiosidad y en el mismo día traté de ver a la señorita Luisa, pero en vano, porque, según me dijeron, no salía a ninguna parte ni recibía a nadie; hasta que por casualidad como un mes después la ví montar en coche con un anciano y la reconocí en el acto, aun cuando no la había visto jamás; pero imposible que me equivocara por el retrato que tantas veces me había hecho de ella Mercedes.

--¡Con un anciano! dices.

—Sí, justamente, con un venerable anciano de barbas tan blancas como la nieve.

—¡Mi maestro también está aquí! ¡Y él ha consentido! Por Dios! ¿Cómo es esto?

—¡Mi coronel! exclamó a su vez Domingo, entonces tengo esperanzas de verlo.

Eloisa prosiguió:

—Jamás he visto una señorita más hermosa y más simpática, pero tampoco jamás he visto una fisonomía más triste.

—¡Triste! dices; ¡y recién casada! te habrás equivocado...

—Era imposible equivocarse, Enrique, imposible...

—Continúa.

—Esto me dió mucho que pensar, y traté de averiguar la causa, pero no fué posible saber nada, sino que los novios vivían separados, aunque en la misma casa, continuando la señorita Luisa en un pabellón que dicen tiene en el interior.

--Así es, yo he estado allí, dijo Domingo Lopez, aquellos eran otros tiempos, los tiempos felices!

—También esta circunstancia me hizo reflexionar, sin que por éste pudiera deducir consecuencia alguna, a pesar que comprendía que aquel matrimonio no era feliz, no era unido y debía existir un misterio en todo esto; ¡pero cómo saberlo? Imposible; yo no podía ir a la casa, porque habría sido reconocida en el acto por doña Porfira y don Guiller-

mo, así como por Tomas que, segun parece, habia vuelto a ocupar el puesto de secretario y confidente en casa de su antiguo amo, de manera que estaba reducida a lo que pudiera saber por mí misma, y con este objeto rondaba con frecuencia la casa, particularmente de noche antes de venir-me aquí, pero sin mayor resultado.

La última vez que la he visto, siempre acompañada del venerable anciano y jamas de su marido, fué en la muerte de la abadesa del monasterio de... y entonces tambien estaba mui triste... Me dió compasion y me figuré que seria mui desgraciada. ¡Y quién sabe si no lo es!

—¡Pobre señorita! exclamó Marta, ¡pobre señorita tan buena, tan caritativa, tan humilde, tan suave, tan hermosa! ¡Qué lástima que haya tenido esa suerte! Yo la considero mas infeliz que a mi misma hija!

—Tienes razon, Marta, repuso Domingo, debe ser mas desgraciada que Mercedes.

—¡Y cuán dignas ambas de ser dichosas, añadió Eloisa!

La tristeza de Luisa pareció consolar algun tanto a Enrique, sin duda porque se figuró lo mismo que su amiga, que habia un misterio en aquel matrimonio, pues de otra manera no se comprendia ese pesar que se revelaba tan patentemente en el rostro de la novia; pero al reflexionar que Luisa pertenecia a otro, la mas negra melancolia se apoderó nuevamente de aquel corazon destrozado ya por indecible angustia; sin embargo, permaneció al parecer impasible; pero esa serenidad espantosa atormentaba a Eloisa mucho mas que la desesperacion.

Enrique llegó hasta el punto de chancearse con su hermana adoptiva y de sonreirse con sus padres; pero aquellas chanzas y aquellas sonrisas la entristecian, casi la desesperaban, causando en ella el efecto contrario que sin duda se habia propuesto producir Enrique.

Cuando despertó Mercedes, quiso el jóven ver a su hermana y se dirijieron todos al dormitorio de la nueva madre,

que tenia entre sus brazos al tierno fruto de sus entrañas.

Enrique la miró en silencio por un corto rato, le pidió al niño y lo besó repetidas veces, pasándoselo en seguida a Eloisa y a sus padres, sin duda para que hicieran lo mismo que lo que él habia hecho, devolviéndolo otra vez a Mercedes sin proferir palabra; pero esta pantomima deliciosa fué de mui corta duracion, pues en seguida se puso a conversar con su hermana tan alegremente como lo habian visto en pocas ocasiones, como rara vez le sucedia, porque Enrique era de una de esas naturalezas reservadas que prodigan poco las palabras.

Domingo y Marta se habian al fin serenado al ver la calma de su hijo, y aun cuando creian que debia sufrir y que hacia esfuerzos para vencerse, pensaban que su tristeza encontraria un pronto remedio por la poca violencia con que se hacia sentir tan al principio; pero Eloisa no tenia la misma confianza, y su ojo atento espiaba hasta los mas imperceptibles movimientos de Enrique, fijándose, no tanto en lo que él decia, no tanto en sus palabras, cuanto en aquellos arranques insignificantes que no llaman la atencion de nadie, pero que revelan, a pesar suyo, el interior del que quiere ocultar los sentimientos que lo devoran deseando que nadie los conozca.

Enrique habia tomado una determinacion, se habia propuesto un plan y la seguridad de llevarlo a cabo le daba esa tranquilidad.

Eloisa creia ver en esto mismo al suicida, y temia y temblaba y no se apartaba de Enrique, siguiéndolo como su sombra.

III.

¡Cómo comprender y cómo explicar esos terribles huracanes del espíritu movido por la lava ardiente de las pasiones!

La mente de un suicida, antes de cometer el acto, debe

ser un volcan... ¡Qué de temores, qué de incertidumbres, qué de contradicciones, qué de dolores, qué de angustias distintas, qué de ideas opuestas y cuánta desesperacion no debe encerrar esa cabeza y hacer latir ese corazon, antes que el brazo, con su último y fatal movimiento, haya llevado a los labios la envenenada copa, hecho jugar el gatillo de una arma de fuego o acariciado la homicida y cortante daga! ¡Pobre loco! Pero ese loco a causa de una angustia superior a sus fuerzas es mas bien digno de lástima que de vituperio! Compadezcámoslo en vez de condenarlo! Tengamos piedad de ese hombre débil y enérgico al mismo tiempo, pero indudablemente desgraciado, pues ha preferido el aniquilamiento de su ser porque todo era tinieblas, porque sin duda no brillaba ya para él la mas leve esperanza y ni un solo rayo de esa luz divina lo animaba, sosteniendo la angustiada existencia del que está resuelto a dar fin a sus dias.

Enrique se encontraba en esta situacion espantosa. Poseido de un amor único, absoluto, vehemente, en el que hacia consistir toda su felicidad, toda su gloria, toda su vida, diremóslo así, ¡y verse privado repentinamente de él, y ver que su mayor enemigo, el hombre que mas lo habia ofendido, el que habia manchado a su hermana, era el que se lo arrebatava!... Considerar a Luisa en brazos de Guillermo, pensar que aquella mujer divina era de otro, amaba a otro, acariciaba a otro, era un dolor tan agudo, que no comprendia él mismo cómo lo soportaba, cómo vivia aun, cómo no habia muerto en el momento de recibir tan fatal y tan inesperada noticia; pero estaba seguro, estaba íntimamente convencido que no podria resistir, que le seria imposible prolongar una vida que ya no tenia para él el menor atractivo, el menor estímulo, ni fin, ni propósito alguno. ¡Qué hacer con una existencia tronchada, inservible, inútil? ¿A quién aprovecharia cuando él tenia conciencia que no seria bueno para nada, apto para nada? ¿Y para qué una vida

sin descanso, sin solaz y consagrada solo al dolor? Vivir para padecer ¿es vivir? Prolongar los días para prolongar el sufrimiento ¿es cordura? Estas reflexiones se habia hecho interiormente Enrique, y persuadido de su exactitud, convencido de su justicia, viendo que no habia remedio para su mal, habia tomado una resolucion extrema... invariable: habia pensado suicidarse, y esta fatal determinacion, lejos de perturbar sus ideas, le habia traído la tranquilidad a su espíritu y podia contemplar el abismo de su desgracia sin inmutarse y tan sereno o mas sereno que si se tratara de una persona estraña: hé aquí el secreto de su fuerza y de esa sangre fria que tanto admiraba al padre y que habia llegado hasta engañar la solícita perspicacia de la madre, pero no de la amante, porque Eloisa vió claro cuál era la determinacion tomada por Enrique, ayudándola en este descubrimiento su situacion propia, es decir, el dolor que ella misma experimentaba, porque, ¿quién sino el que ama puede comprender el sufrimiento acerbo que encierra un amor desgraciado? ¿Quién es capaz de medir ese abismo sin límites de una desesperacion no menos infinita que se apodera del alma en casos análogos, a no hallarse impresionado de la misma manera? Cuando uno llega, con el frio que traen los años, a esa edad que se denomina de la razon, ya es incapaz de apreciar, porque es incapaz de sentir el fuego intenso del amor y mide la sensacion ajena por la sensacion propia, engañándose en sus apreciaciones, y esto era lo mismo que habia sucedido a los padres de Enrique. Por otra parte, la pasion es mas poderosa mientras mayor es la perfectibilidad de los individuos, y el amor está en relacion, no solo de la sensibilidad, sino tambien de la intelijencia, y cuando ésta ha tomado un gran desarrollo, el otro sigue el mismo curso, pues a medida que el entendimiento crece, el cariño se aumenta, se perfecciona, se sublimiza, y su dulce imperio, su deliciosa tirania se apodera casi por completo del hombre: de aquí viene la inolvidable historia de Eloisa

y Abelardo, cuyos amores, desafiando los siglos, han llegado hasta las jeneraciones presentes y alcanzarán a las venideras, porque la perfeccion de las personas es lo que hace la fuerza y perfeccion de los afectos. Al que ama mucho, dice Jesus, mucho le será perdonado, porque el amor es una especie de fuego que todo lo purifica, pero cuya mayor o menor intensidad está en relacion con la mayor o menor cultura del sujeto, hasta el grado de poder medir la capacidad de un individuo por la fuerza misma de sus afecciones; de consiguiente, la perfectibilidad del ser se encuentra en relacion directa con la facultad de amar que encierra en sí ese mismo ser: el que no ama a nadie es un mónstruo que mas valiera que no hubiese nacido, porque tampoco será amado de nadie. Si hai algo que explique el fenómeno de lo que llamamos simpatia y antipatia, es la lei de los afectos: las personas que mas quieren son siempre las mas simpáticas y las egoistas las mas repulsivas, y en no pocas ocasiones las mas ignorantes.

Esta digresion nos sirve para poder calcular, tanto el afecto como la desesperacion de Enrique, pudiendo nuestros lectores darse cuenta del martirio de esa alma delicada, sensible, pura, entusiasta, intelijente, enérgica.

Eloisa vigilaba, pues, a Enrique, porque, como hemos dicho, habia comprendido su funesta determinacion y estaba segura de que la llevaria a efecto si no se oponia a tiempo; ¿pero cómo obrar? cómo impedirlo? Esta era su cavilacion, su idea fija, su pensamiento esclusivo.

Enrique por su parte hacia esfuerzos por desorientar a sus padres, y lo habia conseguido, de manera que a este respecto estaba tranquilo y todo su pesar consistia en verse obligado a darlos; pero él se decia a sí mismo: "Ya no puedo servirlos en lo sucesivo seré una carga, les causaré un sufrimiento diario que vendrá a terminar con lo mismo de ahora, en mi muerte; ¿no vale mas ahorrar amarguras y abreviar el camino? Si he de morir de todas maneras, pues

estoy segurísimo de ello, ¿por qué no anticipar unos días? Yo no puedo decir ya: existo, porque respirar no es vivir; ¿qué importa entonces apagar este aliento de la materia? Yo creo hacer un bien a mis padres en vez de un mal; porque en cuanto a mí, estoy seguro que obro como debo; ¿podría hacerlo de otra manera? ¿Me conviene bajo algún punto de vista? No, por mas que quisiera aiucinarme, no lo conseguiria: no existe para mí ni la mas remota esperanza, es preciso acabar con esto, y todo habrá terminado... unas cuantas horas y descansaré en paz..."

Y Enrique continuaba afectuoso con sus padres, lleno de ternura para con Mercedes y amable con los demas.

Antes de la oracion, dijo el jóven a Domingo y a Marta que deseaba retirarse a su cuarto, porque tenia necesidad de descanso, y agregó:

—Porque estoy tambien triste y es preciso apagar en el sueño las penas del espíritu, pues ustedes comprenderán que sufro algo.

—Así es, hijo mio, contestaron los confiados padres, encargándole solamente que si le era posible viniese al tiempo de la cena.

Eloisa miró tristemente a Enrique y lo dejó partir: ella tambien habia formado su propósito en caso que le fuera dado libertarlo.

Enrique, libre de la presencia de los otros, se cambió completamente al encontrarse solo, cayendo al instante la máscara que ocultaba sus sentimientos y dejando ver en su semblante la melancolia inmensa, la desesperacion sin igual que lo devoraba interiormente.

Eloisa miraba por el agujero de la llave lo que hacia Enrique, tratando de adivinar en sus descompuestas facciones, no ya lo que iba a ejecutar, pues no tenia de ello la menor duda, sino la hora en que lo efectuaría, es decir, si sería aquella noche o al dia siguiente, porque tambien creia que no demoraria mucho aquella solucion desgraciada.

Enrique se paseaba en el cuarto, y creyéndose solo, o que nadie lo veía, se paró delante de su maleta y sacó una pistola de grueso calibre, que contempló detenidamente, colocándola en una mesa con carpeta verde que tenía en su cuarto, pero teniendo el cuidado de cubrirla con la misma carpeta.

En seguida miró con enternecimiento un retrato que colgaba de su pecho, aplicó a él sus descoloridos labios repetidas veces y lo dejó también sobre la mesa: este retrato era el de Luisa que le regalara Mercedes el mismo día en que él partía para la hacienda de San Jorge, donde, sin pensarlo, encontró el original.

Después volvió a pasearse por el cuarto con aire más meditabundo pero que no representaba a la desesperación, sino a la melancolía resignada y profunda, a esa melancolía incurable que proviene de una gran desgracia que no se puede separar, que no está ya en manos de los hombres evitarla.

Al fin detúvose, tomó un asiento y se puso a escribir.

Eloisa no podía leer aquellos caracteres, pero adivinaba a quiénes podían ir dirigidos, y seguía con la vista, ya la fisonomía o ya la mano de Enrique, que a cada momento se detenía, como quien vacila o no está satisfecho de los conceptos que escribe por no representar las ideas; y así debía suceder, porque el joven ponía a un lado el papel donde había trazado algunas palabras y tomaba otro en blanco para comenzar de nuevo, hasta que parecía más satisfecho, pues principió a leer en voz baja, haciendo a la vez algunas correcciones, ya aumentando o ya borrando líneas.

Las cartas que había escrito, y que se puso en seguida a sacar en limpio eran las siguientes:

IV.

"A la señorita Luisa Valdes:

"Señorita:

"Todo se le perdona al que ha dejado de existir, y mi muerte justifica mi temeridad; porque, cuando usted reciba estas líneas, estará yerta la mano que las ha trazado y no tendrá usted contra quien enfadarse.

"No pretendo que usted me compadezca, porque esa compasion me haria mal, y tampoco la necesito, pues muero dichoso: muero amándola...

"Usted no me ha hecho agravio alguno y menos la mas leve ofensa; y sin embargo, padezco, padezco como nadie ha padecido en este mundo.

"Yo soi todo una contradiccion: habia escrito que moria dichoso y ahora digo que sufro y que sufro horribilmente; pero es así, porque experimento ambas cosas a la vez...

"Luisa, déjame hablarte de esta manera en mi última hora... mi amor no puede ya ofenderte, y mas allá de la vida no hai jerarquias: todos somos iguales e hijos de un mismo padre...

"Yo soi el único culpable, el único... ¿Por qué he tenido la pretension de fijarme en tí, de pensar en tí, de no amar sino a tí? ¿Por qué? No sabia decirlo; pero este amor ha sido superior a mí y ha entrado en mi corazon sin saberlo; de consiguiente, soi desgraciado, pero no criminal... no me condenes; compadéceme...

"¡Compasion! ya he dicho que no la necesito, he dicho tambien que la rechazo y lo repito ahora... No quiero tu compasion... ¡La compasion del verdugo mas vale no tenerla!

"Yo deliro... lo sé; pero déjame delirar, déjame amarte... ¡piedad por el dolor!...

"Ah! Si supieras, Luisa, cuán feliz era! Si supieras la dicha inmensa en que rebosaba!... ¡Si lo supieras, comprenderias mi martirio!... Dios castiga mi pretenciosa soberbia; pero creo que el castigo es demasiado inhumano, demasiado cruel!...

"Cruzó una vez por mi imaginacion la esperanza; ¡pero cuán caro me cuesta el desengaño! ¡Qué espantosa realidad!

¿Pero tengo acaso el derecho de quejarme? No; ni aun este alivio se me ha concedido! Ni aun puede servirme de desahogo el furor! Estoy condenado al mayor de los sufrimientos: a morir siempre amando!... El aborrecimiento siquiera es una válvula para el dolor; ¡si me fuera dado al menos aborrecerte!...

"¡Aborrecerte! Ya te he dicho que estoy insensato! ¡Aborrecerte! Preferiria mil veces lo que ahora experimento antes que llegar hasta allí! ¡Aborrecerte! ¿Y por qué? ¿Por los favores que me has hecho? ¿Por los beneficios que he recibido? ¿Por la dicha de que he disfrutado?

"Mira, Luisa, mira: tú no sabes los bienes inmensos que he obtenido de tí, que me han venido de tí... y sin embargo, no hai nada de mas real, de mas positivo que ellos! Tú no sabes las nobles aspiraciones que me has hecho crear, cómo se habia modificado mi carácter, cómo se habia despejado mi entendimiento, cómo se habia remontado mi alma a las rejiones de lo bello, de lo ideal, de lo grande, cómo me habias hecho amar la virtud! Tú no lo sabes, Luisa; pero esta es la pura verdad; un moribundo jamas miente... Gracias, pues, adorable mujer, gracias!...

"Ah! qué momentos he pasado en la vida pensando en tí, ocupándome de tí, no teniendo mas horizonte, mas guia, mas estímulo, mas aspiracion que tí! ¡Qué momentos! No los cambiaria por un mundo: he sido el mortal mas feliz... talvez al hombre no le es dado ir mas allá!... Gracias, Luisa, y la gracia del Señor sea siempre contigo.

"¡Cómo recuerdo las lecciones que me daba mi maestro! Con qué delicia traigo ahora a la memoria los conocimientos que él me hizo adquirir; porque, a medida que él ilustraba mi espíritu, mi corazón se ensanchaba, mi pasión tomaba mayor vuelo, pues la idea adquirida hacia brotar una nueva esperanza, sentía que salvaba las borrascas, que daba un paso adelante, que me acercaba a Dios y a tí!...

"Y bien, Luisa, ¿cómo has podido ignorar tanto afecto? ¿Cómo mi amor no se ha revelado por mí mismo sin necesidad de que lo dijeran los labios? Y si lo has reconocido, si lo has adivinado, ¿por qué lo has destrozado con tanta crueldad? Me parece que este proceder es alevoso... es mas que alevoso es... me callaré; pero mi alma siente lo que mi pluma no escribe...

"Yo sí que me he engañado... ¡Ai! Hubo un momento en que creí ver el cielo... en que creí que me amabas!... ¿Por qué no morí en ese instante? ¿Qué crimen he cometido ¡Dios mio! para que me reservaras tan grande martirio?

"¡Cómo, Luisa! tú, tan humana y compasiva con todos, ¿no has tenido piedad de este infeliz?... ¿Qué te he hecho para prepararme este tormento? ¡Si tú supieras lo que sufro!... Pero ojalá siempre lo ignores!... Yo no desearia para mi mayor enemigo que experimentara el menor de mis padecimientos, que viviera una hora de estas horas que han precedido a mi muerte y un minuto de estos últimos minutos que me quedan y que los consagro a tí, a mi maestro, a mis padres, a mi hermana... ¡Y sin embargo, sábelo, Luisa, para que no quede en tu pecho el mas ligero pesar, el mas ligero remordimiento: siento en esta suprema congoja, en esta desgarradora agonía, una dicha infinita, una dicha que me estasia, la inmensa dicha de decirte: te amo!... Sí, te amo como nadie ha amado, como nadie quizá amará, porque no hai ni pueden haber dos Luisas en el mundo!... ¡Y yo soi el que ha tenido la felicidad y la desgracia de encontrarte! ¡Cielo e infierno, yo he atravesado

por ambos lugares! Me han destrozado los tormentos del último, pero he gozado las delicias del primero! Me quejo y me complazco, sin saber ni poder decidir si mi infortunio es inferior o superior a mi dicha!

"¿Te acuerdas de aquella flor que me diste cuando estaba enfermo en el rancho de mi maestro, despues del feliz encuentro del leon? ¿Te acuerdas? Pues bien, mi adorada Luisa, esa flor ha sido mi talisman y mi consuelo en las mayores angustias de mi vida, y ahora mismo la llevo a mis labios en compañía de tu imájen para besarlas por la última vez!... ¡Si hubiera podido regarlas con mis lágrimas! Pero mis ojos no las vierten ya... mi corazon carece de este alivio!...

"¡Pobre Luisa! ¿Sabes que te compadezco? Perder un amor como el mio es mucho perder! No hai nada en este mundo que reemplace al cariño, nada; y yo te habria adorado!...

"¡Pobre Luisa! Has perdido a tu madre, lo sé; ¡qué dolor, qué angustia debes haber experimentado! ¡y no haber estado yo allí para consolarte! ¡No haber podido recojer tus lágrimas! ¡Tus lágrimas, a quienes hubiera abierto mi corazon, como el único santuario digno de recibirlas, digno de conservarlas!...

"Pero dime ¿por qué te has casado? ¿Amabas a ese hombre? ¡Ah! si es asi, si fuera asi, estaba yo curado para siempre, no privaria a mis padres de su hijo y a mi hermana de su hermano; mi sufrimiento cesaria en el acto y echaria lejos de mí un amor indigno, asi como se arroja del cuerpo a un animal venenoso o inmundo!... Pero el hecho mismo de sufrir me prueba que debo amarte; y mi desesperacion tambien me dice que ya no hai remedio!...

"Luisa, ¿es preciso que yo muera para que tú seas feliz? Ya está hecho, ya no tienes nada que desear..., empero, ¿traerá mi muerte tu tranquilidad? Si tuviera esta esperanza llevaria a la eternidad siquiera este consuelo...

"Perdona a un moribundo, Luisa; perdona la declaracion

de unos labios que no han de volver a pronunciar tu nombre, que me era tan querido! Perdon...

"¡Perdon! ¿y de qué? Yo jamas te he ofendido, mientras que tú eres la que ha destrozado mi corazon, la que priva a mis padres de su Enrique! de su Enrique a quien ellos amaban! ¡Yo debiera aborrecerte y maldecirte, y no puedo ni lo uno ni lo otro!... solo me es dado morir: hé aquí mi única, mi sola venganza!

"Otra vez se apodera de mí la desesperacion y creo que no podré acabar mi vida en paz... Otra vez viene el odio a invadir mi pecho, porque el furor de los celos me quita toda la tranquila magnanimidad que me habia impuesto... Yo aborrezco a ese hombre y lo mataria sin piedad... Afortunadamente no puedo salir, no debo salir, no quiero salir. La mujer que lo ha aceptado es todavia mas miserable que él; y jamas, ni aun para pisarlos con el pié, me pondré en contacto con seres tan inmundos...

"Continúe usted, señora, su hermosa carrera; viva usted en medio de la riqueza a que sin duda se ha vendido; complázcase en haber llevado el dolor al seno de una familia; búrlese de haber causado la muerte de un pobre y oscuro artesano: estos son trofeos dignos de su noble alcurnia; pero yo, si bien débil hasta el punto de suicidarme, no cometeré la villania de amargar sus placeres, de empañar sus glorias diciéndole quién es su marido... Mi manera de vengarme es devolviendo el bien por el mal que me han hecho; y asi seré infeliz, pero no miserable... Adios.....

.....

"¡Ai, Luisa!... No puedo terminar esta carta con el insulto!... No quiero ir al otro mundo aborreciéndote, no; deseo morir amándote; y ya que es imposible tenerte presente, quiero besar tu imájen, tu bella imájen!... Y la flor que me diste pasará a hacer parte de mi inanimado cuerpo, porque desaparecerá conmigo... será mi comunión, mi Eucaristia, mi Dios!...

"Ten compasion de un loco... Nadie se enoja con ellos en el mundo... Piensa que este loco era poco antes un jóven cuerdo, honrado, trabajador, amante de sus padres y que no le habia hecho mal a nadie! Piensa que es tu hechura, que el estado en que se encuentra te lo debe a tí, y tendrás lástima de él, y talvez viertas una pequeña lágrima sobre mi solitaria y abandonada tumba...

"¡Mi tumba! Mi tumba es mi reposo! Pues, sábeta, adorada Luisa, que acaricio la muerte, que la veo llegar con satisfaccion, que me complazco en que esté en mi mano, en que dependa de mí, en que nadie tenga el poder de impedir que llegue, porque yo he puesto mi brazo sobre ella y la he detenido un momento para que se lleve consigo a una víctima con quien no contaba todavia!...

"Tendrás miedo del suicida, Luisa? ¿Me condenarás como todo el mundo? Me arrojarás de tu memoria como arrojarán mi cuerpo del bendito sepulcro? ¿No tendré cabida en tu corazon, asi como no tendré cabida en el polvo que cubre a las jeneraciones de los hombres que mueren en su lecho? ¿Hasta ahí llegará mi desgracia? No lo creo; tú me recordarás... Yo te he salvado la vida en dos ocasiones, ¿por qué, pues, habria de serte tan indiferente mi muerte?

"No tengo el derecho de lisonjearme de tu amor: esto seria demasiado; ¡y con todo, han existido ocasiones en que he creido en él! ¡Cuán dichoso fuí entonces! Pero al menos creo que me has ofrecido tu amistad, la has tenido tambien por mi hermana, ¿por qué negarme un recuerdo?

"Si alguna vez te encuentras desgraciada, si en alguna ocasion tus infórtunios te obligan a levantar tu vista al cielo para pedir clemencia, piensa que yo estaré allí para vijilar sobre tu destino, para implorar por tu felicidad...

"Comprendo que deliro; ¿pero por quién? ¿Por qué causa? ¿A quién se lo debo? ¿Soy yo responsable de lo que no puedo evitar, de lo que nace en mí y a despecho de mí?

"Ya es bastante... Mi extravagancia se limita a suplicarte que tengas compasion' por un desgraciado...

"Adios para siempre.

"ENRIQUE LOPEZ."

A pesar de la locura que se manifiesta en esta carta, Enrique, en medio de sus contradicciones, en medio de sus sentimientos opuestos, no habia olvidado la honradez de sus principios, la hidalguia de sus pensamientos, la jenerosidad de su corazon, pues no habia querido decir a Luisa lo que era su marido, no habia querido revelarle lo que habia él mismo hecho con Guillermo y el estado en que se encontraba, nada mas que por no martirizarla, nada mas que por no hierla en su amor propio y ofenderla en su dignidad de mujer y de esposa... Cualquier otro hubiera recurrido a este expediente; cualquier otro habria creido esta venganza natural y lejítima; cualquier otro hubiera dicho: yo te haré sufrir mas de lo que tú me haces sufrir; pero este cálculo no entraba en una alma tan elevada como la de Enrique, en una pasion llevada hasta el idealismo como la suya; porque el verdadero amor comprende y ejecuta el sacrificio sin comprender y ejecutar jamas la venganza: las ideas bajas y rastreras no son jamas propias de él, sino que pertenecen a una esfera mui inferior, a la esfera comun, y Enrique habia salido de ella, o mas bien dicho, no habia entrado nunca en ella.

Despues de esta reflexion sigamos el hilo de los pensamientos del suicida, trazados en sus cartas.

La segunda estaba dirigida a sus padres y se espresaba así:

"Mis amados padres:

"No pueden ustedes sentir mas que yo el pesar que voi a darles, porque antes que ustedes lo esperimenten, me lo represento en mi imaginacion; ¡y yo mismo me espanto de ser la causa de tanto dolor, y ese dolor se representa en mí de antemano!

"¡Ah! Me parece verlos en presencia de mi cadáver. ¡Cuánta desesperacion! ¡Pobre veterano de la independencia! ¡Cómo vas a caer con mayor fuerza que si hubieses sido herido por la mas mortífera bala enemiga! ¡Pobre madre! ¡Cómo va a desaparecer tu resignacion en vista del cuerpo inanimado de tu hijo! ¡Pobre hermana! Cuál será tu pesar cuando tambien tu presencias la muerte del hermano! Tú que has sufrido tanto, ángel del cielo; ¡y que yo tenga todavia la crueldad de aumentar tus muchos padecimientos con este que es el mayor de todos!

"Es preciso, lo confieso, que yo tenga un corazon de fiera; sin ese corazon ¡cómo seria capaz de consumir este acto! Yo mismo no lo comprendo, ¡y sin embargo, estoi resuelto a hacerlo! Empero, en defensa mia, debo agregar, queridos padres y querida hermana, que la consideracion de sus sufrimientos me ha hecho vacilar de mis determinaciones tomadas y examinadas con la frialdad del juicio, con la balanza de la razon, con la pauta o la regla del raciocinio; y solo despues de haber colocado en el debe y en el haber de mi desgracia todos estos considerandos, es que he formado mi resolucion, sin jamas abandonar mi respeto y mi amor hacia ustedes; porque es en consecuencia de mi cariño y de mi dolor propios que he determinado morir, y moriré...

"Veamos, padres mios, las razones que me he dado y ustedes por sí propios fallarán y me harán justicia, y verán que he obrado como debia, como no podia menos de obrar.

"Ya están en posesion de mi secreto... ya conocen mi amor por la señorita Luisa; pero lo que ignoran, lo que quizá no pueden comprender, es que ese amor era mi vida, mi vida entera, exclusiva, absoluta, mi vida de todos los instantes, la vida de mi alma y sin la cual no podia existir, no podia estar ya en la tierra.

"Ahora bien: cuando todo esto ha desaparecido, cuando

ya no me calienta ese fuego, cuando he perdido la mas pura esencia de mi ser, ¡cómo vivir! ¿Y puede acaso llamarse vida esa somnolencia de una alma desfallecida? Pensar y querer, ¿no son los atributos del espíritu? ¿Y cómo pueden ustedes figurarse que yo tuviera en lo sucesivo ideas y voluntad, cuando me faltaba el elemento primordial el poderoso motor que las impulsaba, el único agente que las ponía en actividad cuando me faltaba Luisa?...

"Yo he querido ahorrarles pesares constantes; porque ¿qué es lo que ustedes habrían hecho con un tronco sin movimiento propio, o con un idiota sin voluntad y sin acción? ¿No es verdad que habrían sufrido mas y de una manera constante? ¡Cuánto mejor entonces no es arrancar el mal con tiempo! Cuánto mejor no es precaver mayores desgracias! Cuánto mas vale apresurar el tiempo del dolor que estacionarse para siempre en él!

"¿No es esto prudencia, padres míos? ¿No son ustedes de mi misma opinion? ¿Habrían preferido el ver a su hijo en ese estado lamentable por largos años, a tener que llorarlo en un día? Ustedes mismos en mi lugar, ¿no harían otro tanto?

"Ustedes, sin dejar de comprender la pasión, ya no la experimentan, y se engañan por consiguiente sobre su intensidad en una época dada de la vida; ¡cómo así, pues, ser imparciales jueces.

"Si yo no supiera, queridos padres míos, que me era imposible ir mas allá, jamás habría atentado contra mi vida; pero cuando tengo la seguridad de que habría de morir luego en fuerza de mi sufrimiento, ¿qué importa adelantar de unas cuantas horas el término? Además, ¿sería vida la que yo hubiese obtenido en esos días, dado caso de haberlos dejado correr? Yo no he hecho otra cosa que ahorrarles y ahorrar-me mayores angustias, he hecho un cálculo matemático y nada mas; mi acto no es entonces el resultado de la locura, sino de la premeditación: he querido andar el camino mas corto: esto es todo.

"Explicada mi conducta réstame ahora hablarles de mi afecto y de mi respecto hacia ustedes, así como de mi cariño y admiración por mi infortunada hermana;

"Muero, queridos padres, con un gran consuelo, con una gran satisfacción, porque siempre los he amado y porque jamás les he hecho sufrir en la vida, salvo en esta última ocasión que no ha estado en mí mano evitarlo, que he sido herido por el destino y arrastrado por la fatalidad...

"Ahora, echando una mirada retrospectiva sobre mi pasado, siento mi corazón henchirse de una gratitud infinita, de un amor tan suave, tan puro, tan deleitable, que por sí solo, si no existiera aquel, llenaría de felicidad toda mi vida.

"¡Qué cuidados, qué lecciones, qué ejemplo no he recibido de ustedes! Cómo han corrido los años de mi niñez y corrían los de mi juventud por el sendero del placer y de la virtud! Ustedes me han hecho bueno sin sacrificio, y han tenido el raro talento de apartarme del mal y del vicio casi sin señalármelo, encaminándome a la moralidad sin hacerme perder mi inocencia, de modo a conservar siempre esa sencillez deliciosa que abre tanto al corazón hacia los más puros deleites!

"Recordar tantas horas pasadas a su lado en compañía de mi hermana, recordar sus caricias en que brillaba ese afecto que nos ha acompañado sin abandonarnos jamás, recordar nuestros juegos infantiles en que ustedes tomaban parte, recordar esas historietas contadas por ustedes con tanta gracia y que hacían nuestra delicia, que nos servían de recompensa, y que sin apercibirnos de ello ilustraban nuestro espíritu a la vez que lo guiaban hacia el bien, recordar nuestros trabajos, nuestras ocupaciones que ustedes tenían el talento de convertir en otras tantas diversiones, recordar esa armonía no interrumpida, esa tranquilidad, ese orden, esa paz, esa dicha que reinaba en nuestro modesto albergue, todo esto, queridos padres míos, se me representa aho-

ra con colores tan vivos, con tintes tan frescos que me hacen gozar como gozaba entonces, llenando mi alma de gratitud y de regocijo, llenándola de la imájen de ustedes, del amor de nstedes...

"Perdon, padres mios, por el gran pesar que les preparo, perdon... y no acusen a su hijo de inhumano y de egoista, no; si yo no supiera que les iba a hacer sufrir mas quedando con vida, no me atreveria a troncharla y soportaria con resignacion mi dolor en obsequio de su cariño; soportaria, si fuese posible, mil muertes por evitar un solo pesar, esto les probará lo fundado de mi conviccion, lo inalterable de mi propósito; y tanto es esto, queridos padres mios, que si no tuviera la seguridad de morir pronto, no tendria esta tranquilidad de espíritu, esta lucidez de ideas, esta delicadeza de afectos que proviene única y exclusivamente de mi resolucion; pues tan luego como ésta desapareciera caeria como un tronco muerto o no seria mas que una pobre bestia! ¿Me querrian ustedes ver reducido a este estado? Lo querria yo? No; todavia tengo bastante enerjia para obrar y bastante razon para seguir el buen camino...

Me es imposible decirles que no sufran. ¡Cómo no me habian de sentir! Cómo no han de llorar mi desgracia cuando yo lloro la de ustedes! Pero es necesario tener valor, tener resignacion para soportar el mal, haciéndole frente cuanto mejor se pueda cuando este es inevitable, inevitable como el presente!... Pregúntenselo a Mercedes y ella los convencerá, ella les dirá que mi muerte es precisa, necesaria, infalible, porque ella era mi confidenta, porque ella estaba en posesion de mi secreto, ella conocia toda la fuerza e intensidad de mi amor y ella sabe que es imposible que yo viva faltándome éste.

"¡Pobre madre mia! no es tan solo la muerte del hijo la que ella va a sufrir, sino la perdicion del hijo: ella considerará que un suicida no puede ir al cielo y esta idea la atormentará horriblemente. ¡Condenarse su Enrique! ¡Qué pen-

samiento tan triste! Qué recuerdo tan fúnebre! Pero, querida madre mia, tenga confianza en la misericordia infinita de Dios... Yo he sido bueno toda mi vida, ningun vicio ni ningun crimen me arrastra a la tumba. Una pasion pura, elevada, podria decir, sublime, es la que me mata; ¿por qué me castigaria el Señor por un sentimiento que él ha hecho nacer en mi corazon, del que me glorio en vez de avergonzarme, y que lo ha enjendrado la virtud y nada mas que la virtud? Los santos que usted tanto venera, madre mia, ¿no son unos verdaderos suicidas? ¿No me ha dicho usted que ellos se mortifican de distintos modos, que ellos maceran sus carnes, se privan del alimento, cargan cilicios, hacen penitencias, y que mientras mayores son sus sufrimientos, mayores son tambien sus méritos, mayor es la gloria que Dios les prepara? Esto se lo he oido a usted muchas veces, esto me lo ha enseñado; y bien, ¿no son ellos otros tantos suicidas del amor? Si todos esos martirios acortan los dias que la naturaleza les acordara, ¿qué diferencia hai de ellos a mí? Una pasion los domina y a esta pasion se sacrifican, ¿no es tambien lo que yo hago? No es tambien el móvil que me determina? ¿Por qué entonces se salvarian ellos y me condenaria yo? ¿Por qué se abre para ellos el cielo y para mí el infierno? Pero aun hai mas, querida madre mia: esos santos varones se suicidan por egoismo, porque se suicidan por gozar mas luego de la felicidad que les espera; mientras que yo me suicido por evitar la desgracia que me mata; ellos podian evitar la muerte y se la dan, ningun dolor los atormenta y concluyen consigo-mismos; en tanto que yo padezco y mi padecimiento es el que me precipita al sepulcro... Ahora bien, si los que se suicidan se condenan, ¿no son ellos mas suicidas que yo? ¿Por qué habiamos, pues, de tener una suerte distinta? No, madre mia, no tenga usted el menor temor: yo me salvaré como usted se salvará, como todos los buenos deben salvarse...

"Dos palabras mas antes de darles mi último adios: Eloisa es mi hermana, mi hermana de adopción; ella ha sido nuestro ángel tutelar y nos quiere y sé de que sentirá mi muerte; sean ustedes, si es posible, mas fuertes que ella para consolarla, porque, por un presentimiento raro, me parece que su dolor tiene algo de semejante al mio, que hai cierta afinidad entre lo que yo siento y lo que ella experimenta: hai arcanos que se revelan solo a los moribundos y yo soi uno de ellos, desde que solo me quedan unos cuantos minutos de vida: el tiempo necesario para despedirme de mi querido maestro, el coronel don Toribio de Guzman, el amigo de mi padre, el amigo del padre de mi amada, el director de Luisa, ¡de Luisa por quien he gozado como un ángel, por quien sufro como un condenado! De Luisa que me ha hecho vivir y que me mata!

No por esto, mis queridos padres, tengan por ella el menor resentimiento, no; ella es digna de toda su veneración, de todo su amor, y mi deseo es que su imájen reemplace la mia y que ocupe en sus corazones el mismo lugar que yo tenia, sin por esto pedirles que me olviden, lo que sé que es del todo imposible.

"Adios padres, adios hermana, adios Eloisa: esta es la transitoria despedida del hombre, pero conservad la esperanza de que nos encontraremos en breve.

"Todo tiene un término y tras la desolación viene la esperanza y al fin renace el goce... Adios...

"Su amante hijo

ENRIQUE."

Terminada esta carta, el jóven dió unos cuantos paseos por el cuarto y luego se sentó otra vez a la mesa; su tarea no estaba terminada y era necesario concluir la.

Enrique volvió a tomar la pluma y escribió:

"Al señor coronel don Toribio de Guzman.

"Mi querido y respetado maestro:

"¡Cuán poco he aprovechado de sus sabias lecciones! Usted quiso fortalecer mi espíritu contra los accidentes de la vida, contra la desgracia; pero estos accidentes y esta desgracia han hecho trizas al primer choque su enseñanza, mis propósitos y mi ser!

"No es un reproche, mi querido maestro, el que yo le hago. Su doctrina tiene todos los caracteres de la verdad. Yo la admiraba y quería seguirla; empero mi flaqueza no resistió, el golpe ha sido demasiado violento para mi debilidad; y he sucumbido...

"Sí, maestro mio; creo que no se obtiene la serenidad del espíritu cuando las pasiones bullen en el interior del pecho.

"La juventud no escala tan fácilmente el templo de la sabiduría para alcanzar de un brinco la triunfante impasibilidad del hombre que ha corrido la vida sufriendo por grados sus decepciones, hasta llegar al punto en que nada lo altera, en que nada lo inmuta... ¡Y quién sabe todavía si ese punto existe y si alguna vez se alcanza! ¡Quién sabe aun si se debiera considerar como un perfeccionamiento o como un vicio! Sin embargo, no entraré a analizar el hecho: tengo demasiado ulcerada el alma para ocuparme de filosofía, a no ser la filosofía del dolor, la filosofía de la resignación para llegar con frente serena al término de la carrera...

"¡Qué felicidad es morir, querido maestro mio, cuando ya no se abriga ninguna esperanza! ¿De qué sirve la vida sin que siquiera la colore el arrebol de la ilusión? Este era el que me alimentaba, el que me sostenía, el que me alumbraba antes, ¡pero ha desaparecido quedando yo en completas tinieblas!... ¡Cuán triste es la oscuridad, señor, y mucho mas triste la oscuridad del alma!... Cuando el espíritu no ve nada, todo se ha perdido: ¡ya no hai remedio para él!...

"Yo le hablo a usted como filósofo, y puedo asegurarle

que no es la desesperacion la que me mata, sino la reflexion impasible, madura, hija de un acto de mi juicio y no de la impremeditacion ni del capricho. Yo he visto que debia morir sin remedio y solo he anticipado el minuto. ¿Dirá usted que no he tenido la suficiente enerjia para resistir al dolor? Puede ser, señor; pero es de advertir tambien que hai dolores de dolores; ¿quién es capaz de medir su fuerza? Hai temblores de tierra, cuya violencia es mas o menos grande y a la que resisten mas o menos los edificios, pero tambien se dan cataclismos que todo lo destruyen haciendo desaparecer los continentes. ¿Criticaríamos por esto de débil a esa porcion de tierra que se ha sumerjido en el abismo? Usted, maestro mio, sabe mejor que su pobre discípulo, que se rompe el equilibrio cuando dos fuerzas encontradas se chocan y la una es superior a la otra, ¿por qué entónces culparme? Si el golpe ha sido de muerte, si me han traspasado el corazon de una parte a otra, ¿quién es capaz de criticar el que haya sucumbido? ¿Soy yo, por ventura, árbitro completo de mi ser? Y aun cuando lo fuera, ¿cómo impedir que una mano aleve me clave un puñal por la espalda?

"No quiero disculparme a su vista, querido maestro mio; digo únicamente lo que siento sin pretension de aparecer fuerte, sin querer tampoco disculpar mi debilidad, sino presentarme tal cual soy para que usted me juzgue; pero su juicio no lo esperaré, él llegará despues del fallo de Dios, porque cuando lea estas líneas, ya habré desaparecido del mundo; pero estoi seguro que, criminal o no, no perderé su afecto ni desapareceré de su memoria... ¿no es verdad, padre mio?

"Usted ve que todavia ratiocino: el dolor no me ha quitado el juicio; pero este juicio se conserva únicamente porque tengo la seguridad de morir en breve, tan breve como cuando haya puesto el punto final a esta carta!

"Aun no he dicho a usted, padre mio, la causa de mi muerte; ¿pero con qué fin decirla cuando usted la sabe, cuan-

do usted la comprende, cuando hace tiempo debe haberla previsto y adivinado? ¿Cómo se le podía ocultar el resultado conociéndome a mí, conociéndola a ella? Sin duda que el mal no ha sido posible evitarlo cuando ha sucedido, y no me es dado criticar actos que no conozco y menos aun actos que usted ha aprobado, y que segun entiendo se han llevado a cabo en su presencia y talvez con su anuencia. ¡Ai! ¡qué terrible es esto! Y sin embargo no entra en mí la menor sospecha, porque siempre lo considero digno, justo, grande... y que conserva en su corazon el mismo afecto por su Enrique, por su discípulo, por el hijo del viejo y honorable soldado Domingo Lopez... Usted no puede haberme clavado el puñal! Usted no puede haberme traicionado! Imposible! tan imposible como que Dios sea el autor del mal!...

"A pesar que mi determinacion prueba que no he seguido o que han sido ineficaces sus máximas; sin embargo, en mi último trance me queda mucho de ellas, me queda la serenidad, me queda el valor, me queda la resignacion, la justicia, el aprecio de las personas, la gratitud por los beneficios, mi amistad por Eloisa que desde ahora se la recomiendo, mi respeto y cariño por mis padres lo mismo que por mi maestro, mi afecto y admiracion por mi hermana, cuyo hijo lo pongo bajo su proteccion, y mi amor, mi inmenso amor por Luisa que no ha llegado a destruir su matrimonio con un... hombre, que, por mui rico que sea, no poseerá los tesoros de afecto que esa mujer necesita para vivir y que yo le reservaba en lo interior de mi corazon; y con todo le deseo que sea feliz, y mi última súplica a la Divinidad, se lo aseguro, maestro mio, va a ser por ella, asi como el nombre adorado de Luisa será tambien mi última palabra.

"Adios, padre y director mio; corta ha sido la carrera de su discípulo, ningun fruto ha podido usted recojer de sus sabias lecciones, Dios no le ha permitido ver su obra, pero ha sabido grabar de tal manera el cariño y la gratitud en

mi alma que bajaré al sepulcro lleno de su memoria y abrazándolo en espíritu.

"Adios, y no olvide jamas a su

"ENRIQUE.

"P. D.—¿No es verdad que muero en mi razon? ¿Podria un loco haber escrito esta carta con tanta sangre fria? Pero la que he dirigido a Luisa manifiesta el delirio; desengañaela, maestro mio, y díglele que hasta el último he conservado mi juicio con el fin exclusivo de amarla hasta el último."

V.

Cuando el suicida hubo terminado de escribir, volvió a pasearse por el cuarto. En seguida se paró otra vez delante de la mesa, echó una última ojeada sobre sus manuscritos, los cerró cuidadosamente y se dirigió hacia la puerta, deteniéndose casi a cada paso, como quien reflexiona, como quien madura un pensamiento o está a punto de resolver un problema; pues se puso el dedo índice sobre su ancha y despejada frente.

Eloisa continuaba mirando siempre por el agujero de la llave y su corazon latia con violencia, parecia que se le arrancaba del pecho y lo sostenia con sus dos manos apretándolo fuertemente: ella veia que el trágico desenlace llegaba a su término y no se resolvia a obrar, pues no sabia cómo debia conducirse, porque talvez una imprudencia podria precipitar el acto y hacer ilusorio todo medio de salvacion.

De repente se dió vuelta la llave, pero Eloisa tuvo el tiempo suficiente de ocultarse y Enrique apareció en el dintel de la puerta y respiró con fuerza, como si necesitaran sus pulmones un aire nuevo y abundante.

La mirada de Enrique era triste pero serena y se encaminó a la habitacion de sus padres con paso firme aunque un tanto pausado. Se detuvo un momento en el patio y miró

al cielo, quedándose en esa actitud contemplativa por algunos segundos. Luego entró en la habitación con la sonrisa en la boca, pero a través de ella se notaba una profunda melancolía.

Eloisa pensó: "Enrique no se ha resuelto a morir sin ver por última vez a sus padres; quiere despedirse tácitamente de ellos, sin duda desea abrazarlos y después llevar a cabo su pensamiento."

La joven no se había engañado. Dos propósitos llevaba Enrique: el uno era el mismo que había adivinado; el otro consistía en que deseaba hablar con ella; así es que en cuanto entró en las habitaciones, preguntó con interés:

—¿Que ha salido Eloisa?

Su madre le respondió que no sabía, pero que iba a buscarla.

Eloisa había oído la pregunta de Enrique y la respuesta de Marta, y fingió estar muy ocupada cuando se presentó.

—Enrique te necesita, mi querida Eloisa, dijo Marta; porque ha preguntado por tí con mucho interés; hazme el favor de ir, ya sabes que está muy triste y convendría distraerlo. Ven, hija mía, que talvez se consiga lo que yo he pensado, lo que me haría tan feliz...

—Voi en el acto, señora, contestó Eloisa, aunque estoy persuadida que ya le seré útil en bien poco.

—No hables así, no me quites mi esperanza...

—Señora, yo daría gustosa mi vida por Enrique, pero en cuanto a lo que usted se figura es un imposible... yo misma no consentiría...

—¡Tú! ¿Y por qué? ¿Cómo dices entonces que darías por él tu vida?

—Y no tan solo una vida sino cien vidas si las tuviera; pero hai cosas que no se pueden revelar todavía porque no ha llegado el tiempo de descubrirlas; pero él vendrá...

—¿Piensas que esa descabellada pasión es incurable? ¿No ves tú misma los inconvenientes? ¿Qué esperanza puede ya

él abrigar? Y si tuvo la insensatez de fijarse en la señorita Luisa Valdes, ya debe estar suficientemente desengañado, ya debe haber visto que hai una barrera insuperable y que no es cordura pretender lo imposible.

—Es verdad, señora, que él debe estar desengañado; pero no es menos cierto que su pasion es incurable, como usted dice. Cuando se ha conocido a una mujer como la señorita Luisa Valdes, no hai remedio: se la ama siempre o se muere.

—Exaltaciones de la juventud, ilusiones de la primera edad que mui luego disipa el tiempo.

—Se equivoca, señora; y talvez no pase un dia sin que usted reconozca y confiese que estoi en la verdad.

—¿Qué es entonces lo que te figuras?

—Lo que he dicho a usted.

—Pero esto no puede ser, es preciso que no sea.

—Uno no es dueño, señora, de los acontecimientos.

—Si no es dueño de ellos, al menos toma mucha parte, y en no pocas ocasiones los dirige a su antojo, como creo que sucederá ahora.

—Ojalá fuera así; pero no pasará un momento que usted misma tenga el desengaño.

—Eloisa, no me hables con reticencias; desearia que te explicaras claramente.

—Con mas claridad se esplicarán los hechos.

—¿Qué es lo que hai entonces? preguntó Marta un tanto alarmada.

—No puedo descubrirlo aun, porque lo perjudicaria a él y a ustedes.

—Habla, Eloisa, dime luego lo que piensas.

—Ya he dicho que si revelara lo que existe, produciria un malísimo resultado, y entonces el mal talvez no tendria el menor remedio.

—Está bien, Eloisa; conozco por esperiencia tu sagacidad, asi es que no tengo el menor inconveniente en dejar todo a tu prudencia; vamos.

—Estoi a sus órdenes, señora. Y se dispuso en el acto a acompañar a Marta.

Eloisa habia guardado el terrible secreto previendo la alarma de toda la familia y lo que dirian a Enrique para hacerle abandonar el proyecto, obligándolo asi a que se afe-rrase mas en su idea o a que sucumbiese de inanición y de melancolía. No era por esto el ánimo de Eloisa el no revelarles lo que iba a suceder, sino que buscaba la ocasión. Ella sabia por instinto, aunque no por experiencia, que un acontecimiento imprevisto tiene mas fuerza, se apodera instantáneamente del individuo, y desvia, si nos es permitido decirlo su pensamiento, cambiando de curso sus ideas, mientras que el raciocinio en esos lances escepcionales de la vida no tiene dominio alguno, y podia mui bien Enrique llevar a cabo su proyecto de una manera mas fácil e imposible de evitar aparentando que cedia a las reflexiones de la madre y de la familia; en tanto que si lo sorprendian en el acto mismo de cometer el atentado, se turbaria y esta turbacion haria una reaccion violenta sobre su ser y no pudiendo ya disimular ni finjir tendria que confesarlo todo; y en estos desahogos de la pasión, unidos a la revolucion que operaria el cariño de sus padres, esperaba Eloisa, si no hallar un remedio absoluto, al menos un lenitivo que calmase la irritacion del momento, lo cual podria traer quizá poco a poco la reflexion y con ella se conseguiria ganar tiempo para que se diseñasen los acontecimientos; pues por lo que habia visto en Enrique y por lo que ella misma sentia, estaba persuadida que la señorita Luisa Valdes no podia haber sido indiferente a las relevantes prendas del jóven una vez conocidas, deduciendo de aquí y de la tristeza que habia observado en Luisa, que existia un misterio que era necesario averiguar y el que talvez redundaria en favor de Enrique, ofreciéndole algun alivio, de modo que lo único que queria alcanzar Eloisa, era evitar aquella noche la catástrofe, haciendo vivir a Enrique uno o dos dias mas, que

durante este intervalo ella se proponia obrar de manera a salvarlo.

Cuando apareció Marta con su joven amiga a la pieza en que se encontraba su hijo y la demas familia, es decir, Domingo y Mercedes acompañados de Santiago y Teresa, que desde algun tiempo hacian parte de la misma casa considerándolos tambien como miembros de la misma familia, Enrique se paró para recibir a Eloisa, y no contento con estenderle la mano, la abrazó, aun cuando hacia pocas horas que habia estado conversando con ella, y le dijo, mirándola fijamente.

—Algo de extraordinario pasa por tí, querida hermana mia, pues he sentido los latidos de tu corazon.

—Es una cosa natural en mí, contestó Eloisa ruborizada y turbada a un mismo tiempo, pues padezco de esta enfermedad desde algunos años, y los acontecimientos de hoy no han sido los mas a propósito para calmarla.

—Tienes razón; pero al fin llegará el dia en que estemos todos tranquilos.

Eloisa miró a su vez a Enrique con la misma fijeza con que éste la habia mirado a ella, y el joven bajó su vista como avergonzado, porque conoció que su hermana adoptiva habia descubierto que mentia.

—Hablemos mas bien de tus pesares, amigo mio, y no afectes una serenidad que no tienes, ni quieras darnos una esperanza de que tú, menos que nadie, participas.

—Es imposible disimular contigo, querida Eloisa, y tendré que ceder a tu deseos, pero quiero hacerlo de una manera privada, quiero confiarme esclusivamente a tí y he venido para suplicarte que me acompañes un momento a mi cuarto, porque necesito hablarte a solas.

—Hola, caballerito, exclamó el sarjento, con tono de afectuoso reproche, ¿con que ya usted no tiene confianza en nosotros?

—Inmensa, padre mio; inmensa... pero es un servicio el

que tengo que pedir a Eloisa, y solo ella puede hacerme.

—Tienes razon, dijo Marta, tomando una de las manos de su hijo y otra de las de Eloisa; tienes razon en depositar toda tu confianza en mi hija (y Marta miró con ternura a la hechicera niña) pues siempre nos han salido bien sus consejos, siéndole a mas deudora de muchos e importantes servicios, de manera que no dudo esté dispuesta a hacer cuanto de ella exijas.

—Todo, conte stó Eloisa, con una entonacion de voz particular y que significaba: "hasta el imposible."

—Gracias, hermana mia: lo esperaba de tí.

—¿Pero qué es lo que sufres, querido Enrique? preguntó Mercedes que, como sabemos, estaba ignorante de lo sucedido; ¿qué es lo que sufres, hermano mio, añadió, que no se lo has comunicado a tu hermana? Yo creia tener toda tu confianza; ¿te habré dado algun motivo para perderla?

—No, Mercedes, no; pero... discúlpame por ahora... otro dia... lo que siento es insignificante...

—Imposible, imposible, Enrique; te conozco demasiado para que me engañes, tú sufres... tú padeces mucho.

—Sí, Mercedes, te lo confieso, tengo pesares... pero ahora no es tiempo, tu estado me impide hablarte, en pocos dias mas lo sabrás todo... y me consolarás...

—Dios lo quiera, no me gusta ser exigente. Dale un besito a mi hijo.

—Al hijo y a la madre, contestó Enrique, acariciando al recién nacido, y abrazando tiernamente a Mercedes.

En seguida Enrique abrazó tambien a sus padres con mas amor que nunca, pues se quedó por mucho tiempo apretándolos contra su corazon...

Eloisa lloraba sin poder contenerse. Aquella escena muda era cuanto habia de mas patético para quien estaba en el secreto. Aquel adios silencioso y lleno de amor y lleno de angustia y lleno del remordimiento del suicida, era tan con-

movedor, que Eloisa casi estuvo á punto de descubrir á Enrique y de decir a sus padres:

—Deténganlo, deténganlo que va a suicidarse; pero afortunadamente se venció, porque de lo contrario; ¡quién sabe lo que hubiera sucedido!..

El jóven se despidió afectuosamente de Teresa y de Santiago, y dijo a Eloisa:

—Vamos, hermana mia.

Los dos salieron, y cuando hubieron desaparecido, Mercedes preguntó con angustia a sus padres:

—¿Qué significa todo esto? Yo tengo miedo. Enrique me ha parecido mui extraño... Algo de terrible debe haber pasado o va a suceder...

—Tranquilízate, hija mia, repuso Marta, ya luego sabrás, como te lo ha prometido él.

—¡Luego! Luego! pero quizá hai algo de mas inmediato que ese *luego*...

—Confía en mí, Mercedes, exclamó Marta, dirigiéndose a la cama, y ten cuidado de este pobre anjelito. Y le señaló a la criatura que en ese momento se puso a llorar, como si hubiera comprendido la aficcion de su madre.

Mercedes lo estrechó entre sus brazos, lo besó y guardó silencio.

Intertanto vamos a ver lo que pasaba entre Enrique y Eloisa.

VI.

Llegados al solitario cuarto que era uno de los mas apartados de la casa, y seguro Enrique de encontrarse sin testigos con Eloisa, porque sabia que sus padres no habian de espiarlos, le dijo, sentándola a su lado y tomándole familiarmente una de sus manos:

—¿Has amado alguna vez, Eloisa?

La niña se estremeció... Aquella pregunta no la esperaba;

¿qué era lo que quería saber? qué significaba esta rara introducción?

Enrique, viendo la turbación de su amiga, continuó:

—No te alarmes, Eloisa, te he hecho esta pregunta únicamente para ver si sabes lo que es un amor sin esperanza.

—Lo sé.

—En ese caso somos hermanos por el dolor, y esta unión es una de las más fuertes que existen, es uno de los vínculos sagrados que ligan a los hombres.

—No necesito de él para servirte.

—Lo sé; pero esto te hará comprender lo que sufro.

—Lo he comprendido.

—Quizá no del todo, porque deben existir muchos grados en el dolor; sin embargo, tendrás poco más o menos la medida de mi sufrimiento.

—Puede ser que no llegue yo hasta donde tu llegas; pero de todos modos, si no alcanzo hasta ese punto, me aproximaré a él.

—Pues bien, Eloisa, yo guardaba un secreto que tú sin pensarlo, has descubierto. Yo amaba, y tú me has desengañado, o más bien dicho: tú me has muerto; pero no temas, prosiguió Enrique, arrepentido de su última palabra; todo tiene remedio.

—¿Qué puedo hacer para indemnizarte del mal que te he causado?

—El mal no viene de tí, hija mía; el mal viene de otra parte; porque si tú nada me hubieras dicho, de todos modos yo lo habría sabido.

—Pero si todo está ya descubierto, ¿para qué me has llamado?

—Te he llamado para que comprendiendo mi dolor, me hagas un gran servicio.

—Tampoco necesitaba comprender tu dolor para que dispongas de mí como quieras.

—Eloisa, perdóname, perdóname; yo creo que te he hecho mucho mal, que te lo hago todavía.

—Hai males involuntarios de que uno no puede ser culpable, y talvez el que yo siento como el que tú has recibido, son de la misma naturaleza, tienen poco' mas o menos un mismo oríjen.

—¿Qué es lo que dices? ¡Mira que tus palabras significan mas de lo que tú piensas!

—Puede ser; pero esa es la verdad.

—¿Crees de que la desgracia de que soi víctima puede ser involuntaria?

—Talvez.

—Imposible, Eloisa: un matrimonio no se hace sin el consentimiento espreso y declarado de los cónyuges.

—Es verdad.

—¿Y entonces? ¿Cómo puede haberse casado la señorita Valdes sin voluntad de hacerlo?

—Yo la he visto despues de su matrimonio escesivamente triste; esto es todo cuanto puedo decirte.

—Seria la muerte reciente de la señora doña Juana la que la traia así.

—No sabré contestarte.

—¿Quién puede negar la realidad, Eloisa! El hecho es cierto y tambien lo es... tambien lo será mi dolor.

—Distráete, amigo mio; las nuevas impresiones van borrando las huellas de las pasadas, hasta que desaparezcan del todo...

—¡Distraerse! Habia creido que tenias una alma de otro temple y que podias comprender la pasion!..

—¡Enrique! Pero todos los sufrimientos tienen su término, tú mismo lo has dicho; y yo agrego: que todos los dolores pasan...

—Tú no puedes saber a cuantos matan.

—Escepciones, si es en realidad que existen.

—No entraré, Eloisa, en una discusion estéril. Las cir-

cunstancias son demasiado graves: cada ser siente a su manera, y yo no puedo obrar sino en conformidad de la mia.

—No tengo nada que contestar, respondió Eloisa. Y la pobre niña, que tenia que ocultar el interior de su corazón y que a la vez estaba obligada a espiar el de Enrique, cayó en una especie de laxitud o de abatimiento profundo.

—Poco tiempo hace que me pareció... que tú también sufrías.

—¿Cuál es la persona que no ha padecido o que no padece! Pero dime, ¿para qué me has llamado? Esto es cuanto necesito saber.

—Voi a decírtelo. Y Enrique perdió el color.

—¿Tan grave es lo que exiges de mí que tanto te inmutas!

—¿Me he inmutado? Pues bien, te lo confieso: temo...

—Habla, ordena, y yo sabré cumplir...

—Le he escrito una carta a la señorita Luisa Valdes y otra a mi maestro; y desearia que se la llevases...

—¿Nada mas que esto? En el instante.

—Siempre eres jenerosa y magnánima; ¿por qué no tuve la dicha de conocerte la primera?

—¿Esa si que hubiera sido una desgracia! Pero no hablemos sobre mí; ¿qué mas necesitas?

—Ninguna otra cosa, sino que me abracés y me perdones...

—Abrazarte, sí; perdonarte, ¿de qué?

—De un mal involuntario que yo he creído entrever...

—¿Cosas imaginarias! Tú no me has hecho mal alguno ni voluntaria ni involuntariamente.

—¿Me habré engañado! Me alegro: es un pesar de menos...

—Ya te he dicho que no te ocupes de mí. ¿Debo entregar la carta a la señorita Luisa en persona?

—Sí, a ella misma.

—¿Y la de tu maestro?

—Puedes dejarla tambien a la misma.

—¿Espero la respuesta?

Enrique tembló de piés a cabeza, y luego dijo:

—Es inútil; puedes venirte.

—¿No espero la respuesta? volvió a repetir Eloisa, insistiendo en esta pregunta, porque ella significaba mucho: significaba nada menos que un pronto suicidio, pues si Enrique le hubiera contestado que aguardara, habia alguna esperanza; pero decirle que no, era lo mismo que anunciarle que a la vuelta no lo encontraria ya con vida. En este conflicto, Eloisa, replicó:

—Si no vas a salir, es claro que puedes esperar.

—No voi a salir, hermana mia, pero es inoficioso que aguardes la respuesta.

—No desesperes, amigo mio, quizá puede ser favorable.

—Nada tengo que aguardar, querida Eloisa: los hechos consumados no tienen remedio.

—¿Por qué escribes entonces?

—Para despedirme.

—Pero ¿dónde vas?

—¿No sabes que me es imposible permanecer en Santiago?

—Lo sé; mas esto no impide que aguardes la contestacion para traértela a tí, desde el momento que no has de partir esta noche...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Aun conservo en mi poder el salvo conducto; y sin él, te espones a caer en manos de la policia.

—Basta de objeciones, Eloisa; ¿quieres hacerme o no el servicio que he solicitado de tí?

—Lo quiero.

—Pues haz entonces lo que te digo.

—Desearia verte a mi vuelta.

—Me verás...

—¿Me lo prometes?

—Sin duda alguna.

Eloisa no se engañó sobre lo que significaba aquella concesion acordada tan fácilmente, y palideció; pero dominando su turbacion, dijo a Enrique, con voz solemne y acentuando sus palabras.

—Enrique, yo no te debo un solo servicio y es indispensable que me hagas uno en recompensa de los que yo te he hecho; de otra manera tengo el derecho de calificarte de mal agradecido.

—Ordena, Eloisa, y serás servida, y servida con gusto...

—Bien, lo único que te exijo es que no hagas nada, que no tomes ninguna determinacion antes de cuarenta minutos; ¿me parece que no es mucho pedir?

Enrique miró a Eloisa con estrañeza. Temia que hubiera penetrado en su interior y hubiera adivinado lo que iba a hacer; pero reflexionó un momento y se dijo para sí mismo:

—Ella piensa estar de vuelta en ese tiempo y teme que me fugue antes; y convencido que habia acertado con la verdad, le contestó:

—Concedido, amiga mia, anda sin cuidado.

—Pongamos nuestros dos relojes acordes, porque a mí me gusta la puntualidad inglesa.

—Tengo las nueve y veinte minutos.

—Exactamente; lo mismo marca mi reloj; con que entonces no hai que faltar: el trato es trato.

—Convenido.

Eloisa tendió la mano a Enrique; pero éste le dijo:

—No es bastante... dame un abrazo mas para despedirnos como buenos amigos...

La palabra *despedirnos* la pronunció el jóven de una manera tan triste, que hizo un momento vacilar a Eloisa, que sabia lo que aquella voz significaba; pero ya ella habia combinado su plan y tenia confianza en que le saliera bien como le habia salido todo hasta el presente, y en consecuencia abrazó a Enrique.

VII.

Tan luego como nuestra interesante niña se despidió de Enrique, se fué directamente donde Domingo y Marta, y llamándolos aparte para no alarmar a Mercedes, les dijo:

—Tengo que comunicarles a ustedes una cosa muy importante de la cual depende nada menos que la salvacion de Enrique.

—¡La salvacion de Enrique! ¿Pues qué es lo que hai de nuevo? exclamó Marta, sobresaltada.

—En ningun caso mas que en este se necesita de mayor sangre fria, señora; el peligro mismo que corre el hijo de ustedes lo aconseja.

—¿Qué peligro? ¿Han sabido que vive aquí? ¿Lo persiguen? ¿Tratan de prenderlo?

—Todo eso seria nada.

—¿Nada! ¿entonces?

—No hai que intimidarse; ustedes tienen la posibilidad de salvarlo.

—¿Salvarlo de qué?

—De él mismo...

—¿Cómo de él mismo?

—Ya habia dicho a usted de que a una persona como la señorita Luisa Valdes no se olvida...

—¿Y bien?

—La herida de Enrique es profunda, incurable.

—Aun cuando así fuera, ¿qué puede suceder de tan alarmante?

—Enrique ha resuelto suicidarse...

—¿Suicidarse!

Y Marta así como Domingo Lopez se sorprendieron de tal manera, que sus labios no articularon palabra; no salió de ellos mas que una especie de murmullo ininteligible, viéndose la honorable esposa del veterano obligada a sentarse, porque sus piernas flaquearon.

—Señora, lo que se necesita en el momento es energía; de lo contrario todo está perdido.

—¿Y cómo lo has sabido? ¿Te lo ha dicho él? ¿Qué es preciso hacer?

—Yo he visto desde un principio lo que ustedes no han visto. He comprendido lo que ustedes no han comprendido y he obrado del modo siguiente:

Y Eloisa contó a los padres de Enrique todo lo que había visto, la conversacion que había tenido y últimamente la promesa que le había hecho.

—Entonces es preciso ir en el acto donde él... ¿Por qué no nos lo habías prevenido con tiempo? Nosotros lo hubiéramos disuadido..

—No lo he creído conveniente ni creo que todavía ha llegado el momento de obrar con buen éxito.

—¿Cómo no ha llegado la hora, cuando dices que dentro de cuarenta minutos...!

—Sí, dentro de cuarenta minutos Enrique debe suicidarse; pero es preciso tener el valor y la serenidad imperturbable de aguardar hasta el último instante...

—¡Eloisa! ¿Cómo se conoce que Enrique no es ni tu hijo ni tu hermano! porque si lo fuera, ya habrías volado donde él, ya le hubieras dicho: "Conozco tu intencion y la repruebo y no la cometerás."

—¡Señora! exclamó Eloisa fuera de sí y dominada por una escitacion febril: Enrique es mas que mi hermano, es mas que mi hijo: ¡es mi amante!... quiero decir que yo lo amo... y lo amo tanto, que daría cien mil vidas por él... pero por la misma razon que lo amo y que no quiero perderlo, y que trato a toda costa de proteger su existencia, no he seguido el camino que ustedes hubieran seguido.

Domingo y Marta al oír esta confesion abrazaron a la jóven simultáneamente, diciéndole cada uno a la vez:

—¡Hija mia! mi querida hija! serás la esposa de Enrique y tendremos una honra y una dicha inmensa...

—Ya he dicho a usted, señora, que jamas, contestó tristemente Eloisa dirigiéndose a Marta; y en seguida agregó: no nos ocupemos de este asunto, sino que debemos hablar de lo mas urgente, pues yo tengo que partir en el acto para cumplir con el encargo de Enrique.

—¿Piensas dejarnos?

—Sí, es indispensable.

—¿Y en estas circunstancias? ¿Qué haremos nosotros sin tí?

—Ustedes son bastantes para impedir el suicidio, si siguen mi consejo.

—Dilo, hija querida, dilo y lo cumpliremos al pié de la letra.

—Tienen ustedes treinta minutos todavia; porque yo estoy segura que Enrique me cumple su palabra; y lo que debe hacerse es lo siguiente: se podrán ustedes en acecho en la puerta de su cuarto, del mismo modo que yo lo he hecho, y desde allí podrán ver lo que pasa en el interior, pero sin precipitarse por nada antes de llegado el tiempo.

—¿Qué ansiedad! ¿qué tortura! ¿qué desesperacion!

—Tortura, ansiedad, desesperacion que es preciso saber soportar para dar el golpe certero.

—Y bien, ¿cuál es ese tiempo dado?

—El último minuto, y si es posible cuando él haya tomado la pistola en sus manos.

—¿Y si se adelanta?

—No se adelantará; pero en todo caso ustedes están allí para observar sus movimientos y aprovechar el momento oportuno. En esto consiste el buen éxito. Esa impresion que le causará la sorpresa en aquel lance, extremo, les dará a ustedes la victoria.

—¿Si al menos estuvieras con nosotros!

—Seria peligroso, comprenderia que lo habia traicionado, y esto era lo bastante para que todo se perdiese.

—Trataremos de tener valor.

—Mas que el valor es indispensable la calma. Les dejo mi reloj, que he confrontado con el de él y andan acordes; con que así, hasta el último minuto, salvo alguna ocurrencia imprevista de la que ustedes juzgarán por sí mismos, siendo muy difícil que se equivoquen, sobre todo en una cosa de tanto interés.

Eloisa partió como una flecha, y Domingo y Marta después de un instante de perplejidad se fueron a ocupar su puesto o lo que es lo mismo a espiar todos los movimientos y acciones de su hijo: el observatorio ya era conocido.

Marta miró la primera por el agujero de la llave y luego Domingo, que se puso el dedo índice sobre sus labios para recomendar que no hablara, con el fin de poder observar mejor y de no llamar la atención del suicida con el menor ruido.

Enrique se paseó como diez minutos todo lo largo del cuarto, miró el reloj y dijo perceptiblemente: "El tiempo se acerca... todavía diez minutos... ¡Queridos padres, querida hermana! ¿qué va a ser de vosotros? ¿Qué golpe tan terrible!... Soy muy cruel! ¿Pero cómo puedo obrar, Dios mío? ¡De todos modos es preciso que muera!... No hay remedio!

Y Enrique miró al cielo, se hincó delante de la mesa, cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció como en oración.

Domingo y Marta, que miraban desde afuera, temblaban sin poderse contener, sus dientes se chocaban los unos con los otros, sus corazones latían con violencia, sus ojos desencajados parecía que iban a reventar o salir de sus órbitas; quien los hubiera visto en ese estado no los habría conocido; a tal punto se hallaban desfigurados y descompuestas sus facciones.

Pero Domingo miró el reloj: faltaban aun cinco minutos y acercándose al oído de Marta, le dijo:

—No puedo contenerme mas... voy a hacer saltar la puerta.

La no menos angustiada madre se puso a mirar por el agujero de la llave conteniendo con la mano a su esposo.

Enrique tomó de la mesa el retrato de Eloisa, lo besó repetidas veces, volviéndolo a colocar en su lugar.

Faltaban dos minutos, y el suicida miró hacia la puerta como para ver si no se presentaba alguno: sin duda esperaba a Eloisa; pero viendo que no aparecía, se sonrió y estiró su brazo levantando la carpeta.

La fisionomía de Enrique era triste y serena... estaba bellísimo: era la imagen del dolor resignado que ve llegar el momento de su delibranza.

—*En tus manos, Señor, encomiendo mi alma!* exclamó el suicida con melancólico pero tranquilo acento.

Y sacó la pistola que tenía debajo de la carpeta... El reflejo del acerado y pulido cañon fué a herir la pupila del desenchajado ojo del viejo soldado que estaba en acecho.

En ese mismo momento en que el infortunado joven dirigía la arma homicida contra su corazón, voló la puerta del cuarto hecha mil pedazos haciendo un ruido espantoso.

Enrique se detuvo involuntariamente. La prevision de Eloisa se había realizado. El padre y la madre penetraron en el interior al mismo tiempo que los pedazos de madera, exclamando:

—Hijo mío! mi querido hijo!

Y se apoderaron de Enrique, que no opuso la menor resistencia, sintiéndose desfallecer, pues aquella sorpresa lo había trastornado completamente.

Aquel ruido extraordinario que había causado la fractura de la puerta, sobresaltó sobremanera a Mercedes, que, no pudiendo contenerse, se levantó del lecho, tomó al recién nacido entre sus brazos y salió al patio. En ese mismo momento pasaban Santiago y Teresa atraídos por igual motivo, y al ver a Mercedes, le dijeron:

—¿Qué imprudencia!... salir así!... ¿Qué es lo que ha sucedido?

—¿Lo sé yo acaso? ¡Debe ser algo de terrible! ¿Dónde están mis padres? ¿Dónde está Enrique?

--El ruido ha sido en el cuarto de él, respondió Santiago, y creí oír las voces de don Domingo y de la señora.

—Sí, ellos son... ¿Qué es lo que ha pasado? Vamos.

Y Mercedes marchó la primera sin oír las advertencias suplicantes de Teresa que le decía de volverse a su cama.

Cuando Mercedes vió aquel cuadro tan tierno y tan terrible, dió un grito de dolor tan profundo y tan agudo, que Enrique se estremeció, abrió sus ojos y estendió sus brazos pronunciando este solo nombre: ¡Mercedes!... Y Mercedes sin proferir palabra se echó en los abiertos brazos del hermano... ambos se habian desmayado.

Santiago voló en busca de un médico, y Teresa fué a componer los remedios que Marta le indicara.

Enrique no se habia suicidado; ¿pero quién podia responder de su vida? El mismo habia dicho que no tenia remedio y Eloisa lo habia confirmado... La agonía seria mas larga: esto era cuanto se habia ganado.....

.....

La promesa y la recompensa.

I.

Eloisa, al despedirse de los padres de Enrique para cumplir con los encargos que éste le habia hecho, se dirigió precipitadamente a la calle de la Catedral, donde, como se sabe, residia Luisa.

El portero estaba prevenido para dejar pasar en el acto a cualquier persona que se presentase, ya sea a preguntar por don Toribio de Guzman o por la dueño de casa, porque se esperaba que de un momento a otro apareciese Enrique o algun emisario de él; de consiguiente cuando preguntó Eloisa por la señorita doña Luisa Valdes, la dejaron pasar en el acto, diciéndole que estaba en sus habitaciones.

En las casas grandes de Santiago hai que recorrer primero un estenso patio antes de llegar a la antesala, donde jeneralmente se pregunta si está o no la persona a quien se busca en la casa; y Eloisa, aun cuando la habia dejado pasar el portero, tuvo que golpear aquella otra pieza para ver si podia ser introducida a las habitaciones o al salon de la señorita Luisa Valdes.

En ese mismo momento el solitario leia un periódico en la mesa redonda que se encontraba medio a medio del primer salon, alumbrando aquella gran pieza una lámpara solar de aceite de ballena o de nabo como se usaba en aquella época.

A los primeros golpes, el coronel don Toribio de Guzman se paró preguntando:

—¿Quién es?

—Busco a la señorita doña Luisa Valdes, respondió Eloisa con su voz dulce y argentina.

—¿De dónde la busca? contestó el solitario.

—Desearia hablar particularmente con ella, señor, porque traigo unas cartas urjentísimas para ella y para el señor de Guzman.

Cuando el viejo coronel oyó que les llevaban cartas dirigidas a ambos, presumió en el acto que debian ser de Enrique, y se dirigió apresuradamente hacia la puerta donde se encontraba la emisaria.

Eloisa reconoció al solitario por la pintura que le habian hecho de él y le entregó las cartas.

En el mismo instante el coronel Guzman reconoció la letra de su discípulo, y sin reparar en la portadora, corrió como un niño hacia el interior de la casa, gritando:

—Luisa, Luisa, ven inmediatamente.

El crujimiento de un vestido de seda de una persona que caminaba con precipitacion se dejó oír, y Luisa apareció casi instantáneamente.

—¡Cartas de Enrique! exclamó el solitario.

—¿De Enrique, Dios mio! ¿Quién las ha traído?

—Yo, señorita, contestó Eloisa; pero debo advertir a ustedes que no hai tiempo de leerlas, porque no hai tiempo que perder.

—¿Qué es lo que dice usted? replicó Luisa asustada.

—Conozco que usted es la señorita Luisa Valdes; pues bien, señorita, si usted no socorre pronto a Enrique, muere... Por caridad, ya que no por cariño, se lo suplico a usted de rodillas...

Y Eloisa desolada se echó a los piés de Luisa.

—¡Se muere, se muere!

—¿Y por qué? contestó la aristocrática jóven despavorida, sin saber casi lo que decia.

—Porque no hai tiempo de entrar en esplicaciones...

vamos a salvarlo si aun es posible, y si usted quiere...

—¡A salvarlo!... Pero dígame al menos ¿qué es lo que pasa?

—Se iba a suicidar... talvez lo ha hecho... y lleguemos demasiado tarde si a usted no le es indiferente la muerte de un hombre.

—¡A suicidarse!... ¡Indiferente la muerte de Enrique!... Vamos...

Pero la emocion era demasiado violenta, la impresion demasiado viva y demasiado repentina; asi es que al pronunciar la palabra de *vamos* cayó exánime.

El solitario, mas dueño de sí mismo a pesar de la terrible sorpresa, tomó a Luisa en sus brazos acompañándola Eloisa para levantarla y la colocó sobre un sofá dándole inmediatamente su maravilloso elixir que le hizo volver en el mismo instante.

—Vamos, vamos, maestro mio, fué la primera palabra que dijo Luisa; y sin atender a su peinado algo descompuesto ni a tomar una manteleta de abrigo, corrió hacia el patio llevando de una mano al solitario y de la otra a Eloisa y pidiendo a gritos el coche.

Afortunadamente, por una prevision del solitario habia ordenado que permaneciese siempre el coche enganchado hasta la una de la mañana, y esta orden la habia dado el dia anterior desde que supo la fuga de Enrique, previendo que podia ser mui necesaria esta medida en un caso urgente.

El coche partió a escape; pero durante los pocos minutos que tardó en llegar desde la calle de la Catedral a la de Breton, Luisa y el solitario pudieron informarse de los principales incidentes, tanto de la fuga de Enrique, cuanto de lo que habia motivado el deseo de suicidarse; y Eloisa dijo con exactitud todo lo ocurrido, causando con su animada narracion una profunda emocion en Luisa, emocion varia y casi indefinible, porque participaba de sentimientos distintos, pues habia en ella una mezcla de amor, de entusiasmo,

de miedo, de desesperacion, de ternura, de abatimiento; haciendo, como hemos dicho, una sensacion verdaderamente incalificable pero grande y poderosa en el conjunto, una de esas sensaciones que absorben por completo todo nuestro ser, haciéndonos gozar y sufrir a la vez de la manera mas intensa; pero Luisa, llena de una ansiedad dolorosa, a pesar de la prueba inequívoca de la pasion de Enrique, de esa pasion con que ella queria y necesitaba ser amada, llena, decimos de angustia, le parecia que el coche tardaba un siglo en llegar y que la distancia se prolongaba indefinidamente.

El carruaje se paró al fin a una señal de Eloisa que hizo comprender al cochero que debia detenerse.

Sin hacer caso de la etiqueta (porque no es comprensible en esos momentos de un supremo apremio) bajó primero Eloisa, pero esperó a que descendiese en seguida Luisa y el solitario y golpeó la puerta de calle de la manera convenida, pero con mucha mas precipitacion o violencia que de costumbre.

Luisa se apoyó en el brazo del anciano, porque se sentia desfallecer; y si la nueva de la muerte de Enrique hubiera llegado a sus oidos habria ella sucumbido en el acto, pero alimentaba alguna esperanza por la relacion que le habia hecho Eloisa, teniendo casi la persuasion que los padres de Enrique habrian evitado la catástrofe.

Será necesario decir previamente que durante el intervalo, transcurrido entre la partida de Eloisa y su llegada, habia habido un pequeño cambio en el modo de ser de Enrique; pues, como lo sabemos ya, al dolorido grito de Mercedes y al abrirle sus brazos y precipitarse ella, ambos habian quedado sin sentido: estado delicioso para Enrique si acaso puede darse algun goce en el anonadamiento; pues lo privaba del terrible martirio de su irreparable desgracia; sin embargo los cuidados de Marta y los remedios que les habia aplicado, a sus dos queridos hijos, los habian

forzado a volver a la vida, ¡a la vida que es el mayor tormento en circunstancias como estas! Triste obsequio que se empeñan en darnos siempre las personas que nos afeccionan, sin averiguar que muchas veces vale mas un letargo absoluto y eterno.

Cuando Enrique y Mercedes volvieron en sí y se encontraron el uno en brazos del otro, se contemplaron por un momento sin hablarse, y la reminiscencia de lo que habia precedido vino a Enrique de un golpe y un raudal de lágrimas se desprendió de sus ojos. Esas lágrimas debieron de aliviar un tanto su corazon, porque dijo:

—Padres míos, hermana mía, perdónenme!... ahora veo que no disponia yo de mi vida sino que tambien disponia de la de ustedes que me es mas cara, cien mil veces mas cara...

Casi en ese mismo instante se sintió el fuerte golpe que daba Eloisa en la puerta de calle, y Enrique se paró diciendo:

—Esa es mi otra hermana... estoi seguro de ello.... ¿Qué noticias traerá?

Teresa fué corriendo a abrir, y al instante se oyó el ruido de varias personas que corrian atravesando el angosto pero largo patio.

Luisa se presentó la primera en el umbral de la puerta y ahí se detuvo un instante sin movimiento, ni mas ni menos que como una aparicion... como un ángel que baja del cielo y que reposa un momento a la vista de los mortales.

Enrique la reconoció en el acto y se prosternó de rodillas, ni mas ni menos como si se le hubiera presentado una divinidad.

Luisa entonces, sin saludar a nadie, talvez sin ver a nadie corrió donde él y lo estrechó en sus brazos, diciéndole:

—Vive... te amo... soi tuya... lo he sido, lo seré siempre y nunca he dejado de serlo...

Enrique pronunció unas cuantas palabras ininteligibles y volvió a desmayarse de nuevo...

Luisa lo retuvo en sus brazos y miró al solitario como para decirle: "¡Socórralo!..

Al aproximarse don Toribio de Guzman, el sarjento Lopez, a pesar del trascurso de los años, lo reconoció.

—¡Mi coronel, mi coronel! exclamó.

Y los dos viejos soldados se abrazaron, sin tener en cuenta la gran diferencia de posicion, de rango y de fortuna que existia entre ambos, con esa fraternidad de compañeros de armas, fraternidad realizada por el mérito del uno y del otro, por la sinceridad de los afectos, por los servicios recíprocos y las gratitudes respectivas, pues si Domingo Lopez habia salvado la vida al coronel, el coronel habia instruido a Enrique, dándole la vida del espíritu que es superior a todo.

El solitario, que habia oido la esclamacion de Luisa, se desprendió del sarjento para ir en socorro de Enrique que no tardó en volver en sí. ¡Quién es el que muere de felicidad! ¡Vértigos de la dicha, que si nos anonadan por un momento, llevan siempre consigo el aliento de Dios para reanimarnos y su espíritu inmortal que depura los afectos, que idealiza el goce y que nos trasporta por algunos instantes a la mansion infinita donde El reina alumbrándonos con su gloria!

¡Qué de sentimientos y qué fuerza, qué de emociones y qué delicia no reinaba en aquellos corazones, no brillaba en aquellos semblantes! ¡Quién se creeria capaz de describirlos traduciéndolos con palabras!

¡Enrique, poco antes en brazos de la muerte, y vuelto ahora a la vida! ¡Y a qué vida? A la vida llena de esperanzas, llena de promesas, llena de recompensas, pues Luisa le habia dicho que lo amaba, que era suya, que lo habia sido siempre! ¡Qué mayor felicidad! ¡Qué mayor triunfo! La transicion no podia ser ni mas grande ni mas favorable: era

mas que renacer, era pasar de la desolacion mas espantosa al contento mas puro, del abismo al paraíso, del infierno al cielo! ¡Y todo esto casi a un mismo tiempo! casi sin dar lugar a que desapareciesen por completo las amarguras del dolor, las tinieblas de la desesperacion!...

¡Y Luisa, Luisa que habia soportado tantas angustias, que habia hecho tantos sacrificios, se veia ahora recompensada en un solo instante! Luisa, que consideraba perdido a Enrique, lo habia al fin hallado! Luisa, que habia volado en alas de la angustia temiendo encontrar a su amante convertido en cadáver, lo veia sano y salvo, lleno de la misma embriaguez que sentia ella, de esa embriaguez sin nombre, embriaguez talvez superior a la que gozan los ángeles!... Luisa, por otra parte, volvía a ver a Mercedes, a Mercedes, a quien amaba como hermana y quizás mas que a hermana, porque comprendia dos afectos o dos motivos para tener un solo y grande afecto: el cariño que inspiraba por él y el cariño que inspiraba por estar en posesion del de Enrique: era pues doblemente hermana, doblemente querida!

¡Y la infeliz Mercedes gozosa y avergonzada a la vez! Gozosa de ser madre y avergonzada de serlo! Gozosa de haber visto a Luisa y avergonzada de que Luisa la viera! Gozosa de ver gozoso a Enrique, a sus padres y a todos cuantos le rodeaban, incluso el coronel don Toribio de Guzman, a quien miraba con curiosidad, con respeto y con cariño y avergonzada tambien de todos ellos y hasta de sí misma! Pero feliz, feliz, porque todos eran felices!

¡Y qué decir de la alegria de los padres! Cuando el amor filial se ha conservado intacto y que ha crecido en lugar de disminuirse con la edad, cuando se recoje ya el fruto de tanto desvelo, de tantos y tan tiernos cuidados, cuando el niño que simboliza la promesa ha llegado a la juventud de la cual se espera la recompensa; ¡qué de martirios no causa su pérdida! ¡qué de dichas no produce su salvacion! Y esto considerado, ¡cuál no seria el goce de Domingo y Marta al

ver a su Enrique libre ya de sus penas! al ver vivo a quien creían muerto! al ver dichoso a quien creían desgraciado!

Y Eloisa, la abnegada Eloisa, ¿qué sensación experimentar? Si descorremos un tanto el velo de ese corazón ¿qué descubriremos en él? Eloisa era de las personas más felices que allí se encontraban, pero era también la única desgraciada... El pecho de Eloisa se henchía de placer al considerarse que era ella la que había salvado a toda aquella virtuosa familia que sin su intervención habría perecido sin remedio; que era ella quien había libertado a Enrique de la penitenciaría, de donde tal vez no habría salido nunca o habría salido después de muchos años! Que era ella la que sujetando el brazo al suicida, había ido en busca de su consuelo único, del solo alivio que podía salvarlo, de su amada! Porque sin ella no se encontraría allí Luisa! No se encontraría el sabio maestro! No se encontrarían sus padres sino para llorar sobre el frío cadáver de su hijo! Y la reminiscencia de sus actos la realzaba a sus propios ojos, le hacía olvidar sus faltas, y el recuerdo amargo de su vida pasada se perdía en el mar encantado y siempre bonancible, llevada al terreno de la práctica, de la virtud! Pero esa alma estaba herida de muerte! Estaba para siempre destrozada y la esperanza no la reanimaría jamás! Ella amaba y amaba con la seguridad de no serlo nunca! Qué tormento para una mujer, y para una mujer de ese temple! Ella amaba, y sin embargo había ido en busca de su rival! Qué jenerosidad! Ella amaba, y a pesar de esa afección santa, o más bien dicho, a causa de ella, había tenido el valor de poner a la una en brazos del otro! Ella amaba, y este amor no le impedía reconocer el mérito de Luisa, sus grandes virtudes, su grande talento, su sorprendente belleza!

Y lo que es más, mucho más, amaba a Luisa porque era amada de Enrique! ¡Ella amaba, y si le hubieran propuesto unirse al ser por quien vivía, no lo habría aceptado jamás! Tenía la conciencia de su inferioridad y deseaba ante todo

y sobre todo la dicha de Enrique... Eloisa era grande en su bajeza, era heroica en su abyeccion, y en nuestro concepto estaba ya depurada de su falta, estaba mas que depurada: era una verdadera santa; porque el amor sincero, el amor profundo, el amor abnegado, el amor que solo se alimenta de amor, tiene esta cualidad: su fuego divino evapora cuanto hai de impuro en el hombre y deja únicamente la esencia del bien, la esencia de que nos ha formado Dios! Por esto es que las palabras de Jesucristo, que nos complacemos en volver a repetir, tienen una significacion tan inmensa como justa y verdadera: "al que ama mucho, mucho le será perdonado!.."

Todos los tesoros del mundo los habria desechado Eloisa por no turbar aquella felicidad, por no echar una sombra en aquel cielo; por no manchar el amor puro y virjinal de aquellos dos seres puros y vírgenes. Ella tenia ahora la seguridad de morir: su herida era incurable, así como lo era poco antes la de Enrique; y no habia para ella la menor esperanza, así como no la habia para él! Eloisa se sentia desfallecer, se sentia morir, ¡pero con una delicia que le hubiera sido imposible encontrar en vida! Con una delicia que en su opinion no experimentaria jamas en el goce mismo, dado caso que le fuera dado obtenerlo!

Hé aquí groseramente pintados los sentimientos de las pocas personas que formaban aquel grupo, que es uno de los principales de nuestra historia, pues los personajes que se encontraban en el cuarto de Enrique, y Enrique mismo, son, podremos decirlo así, los mas importantes de una novela como la nuestra, que carece de esa variedad de incidentes que tanto agradan a la jeneralidad, pero que en cambio creemos que tiene el juego de las pasiones, esos movimientos no menos variados del corazon, que son los que constituyen la vida del hombre.

II.

Luisa, desprendida una vez de Enrique, se echó en brazos de Mercedes, que no cesaba de llorar, acariciándola.

Aquel cuadro era tan conmovedor como tierno, y los felices espectadores de él tenían, como se dice jeneralmente, su aliento suspendido, y el alma de ellos habia pasado a su vista, pues no les era dado siquiera articular una palabra; ¿no es acaso verdad que cuando se presencia uno de estos raros espectáculos, todo nuestro ser pasa a nuestra mirada? ¿No es cierto que nuestra vida se recoge en un solo sentido y que los demas quedan como paralizados? Pues bien, este mismo fenómeno sucedia en aquel momento y solo se sentian los sollozos de Mercedes y las medias palabras cariñosas de Luisa, dichas casi al oido de su amiga, como para no perturbar el silencio profundo que reinaba en aquel recinto; porque es de advertir que las grandes alegrías, que el contento real y verdadero, que la felicidad, en una palabra, no es nunca bulliciosa, sino que es solemne. No digais por una persona que rie: "hé aquí un hombre feliz;" decidlo sí por una persona que piensa: la risa acompaña siempre al placer, pero jamas se asocia con la dicha; la primera es frívola, la otra es seria; la risa puede producirla el sarcasmo y no pocas veces va en union del vicio y hasta del crimen, mientras que la dicha es inseparable de la virtud; la una busca el mundo, no puede estar sino en compañía de muchos, le es imposible vivir sola; mientras que ésta se complace en el retiro, existe por sí misma, y mientras mas se esconde, mientras mas se oculta de profanas miradas, mas grande es y solo se revela en el semblante, porque no alcanza a espresarla la palabra; y éste era justamente el sentimiento que se habia apoderado de todos.

Pero Luisa no debia limitar sus caricias a Enrique y a su hermana, sino que tambien hizo partícipes de ellas a todos

los que se encontraban allí, según el grado que ocupaba cada cual en su corazón; y como Eloisa le era desconocida, fué mas afectuosa con Teresa y su marido; pero Enrique, parándose y tomando de la mano a la jóven, dijo a Luisa:

—Señorita, hé aquí a mi segunda hermana, hermana de adopción, es verdad, pero no por esto menos digna de nuestro cariño y menos acreedora, no solo a nuestra consideración y a nuestro afecto, sino también a nuestra mas grande gratitud, pues le debemos muchos servicios que no tendremos jamas con que pagarle, a no ser con nuestro cariño.

—Que es lo que mas quiero; que es lo único que quiero, contestó Eloisa bajando la cabeza.

—¡Ah! sí, repuso Luisa; y aun cuando no fuera mas que el haberme ido a llamar, seria suficiente, porque este es un doble servicio; pues no tan solo se lo ha hecho a ustedes sino a mí también, y un favor de esta naturaleza ni se olvida ni tiene precio.

Y Luisa abrazó con verdadera efusión a aquella mujer que la jeneralidad consideraria como la hez del pueblo y a quien nadie hubiera tendido la mano ni siquiera saludado en público.

Se pensará quizá que si Luisa hubiera sabido la existencia pasada de esa niña, no habria usado con ella de tan afectuosa familiaridad; pero si al tener conocimiento de aquellos malos antecedentes hubiera también tenido de los buenos, no habria vacilado en aceptarla; porque Luisa era de esas almas para quienes el arrepentimiento es una virtud que necesita sostenerla y empujarla; y si hubiera podido adivinar lo que pasaba en el interior de Eloisa, si hubiera sabido de cuánta abnegación era susceptible aquella mujer, la habria amado, y amado muchísimo, pues aun así la atraía, sintiendo desde luego por ella una simpatía irresistible: imán misterioso de la virtud, que se infiltra en las almas verdaderamente grandes y jenerosas, sobre las que no han pasado esas mezquindades, esas pasiones insignificantes

o rastreras que es la atmósfera que nos alimenta y en que vivimos, y de donde nace nuestra manera de ser pequeña y miserable.

Nosotros nos hemos demorado mucho para describir mal, con nuestra pálida narracion, esos momentos que realmente no pueden trascribirse al papel, esos instantes en que solo hablan las fisonomias, no habiendo lenguaje humano que pinte los relámpagos del sentimiento, relámpagos que se suceden los unos a los otros, pasando con una rapidez casi vertiginosa.

De consiguiente, renunciemos a daguerrotipar aquella escena, limitándonos a narrar lo que sucedió en seguida.

III.

Cuando Luisa pasó de los brazos de Enrique a los de Mercedes y así sucesivamente hasta que llegó donde la pobre Eloisa, que fué la última, nada mas que por la circunstancia de no conocerla bastante, pero que despues ocupó su debido puesto con lo que habia dicho el feliz mancebo, cuando hubo concluido, decimos, y llena siempre de la mas tierna emocion, pues era tan dichosa como no lo habia sido en su vida, tomó una de las manos de Enrique, con una naturalidad inimitable, con un abandono sencillo y casto, pero a la vez lleno de majestad, y dirigiéndose al anciano coronel y a los padres de su amante, les dijo:

—Benedicid nuestra union...

Y Luisa se arrodilló al lado de Enrique, que imitó en el acto el ejemplo, pero de una manera casi maquinal, porque no cabia en él tanta y tan inesperada felicidad.

Todos se quedaron sorprendidos, porque todos, con excepcion de Mercedes, sabian ya que Luisa era casada.

Por un momento reinó un profundo silencio.

Luisa y Enrique, con la cabeza inclinada, esperaban la bendicion sin decir palabra.

Mercedes se hincó tambien al lado de su amiga, y miran-

do al coronel y a sus padres, les dijo con tono suplicante y dulce en que se revelaba un goce inmenso:

—Sí, bendecidlos ahora, que mañana los bendecirá el sacerdote...

Domingo y Marta vacilaban, y pálidos como estatuas de blanco mármol, permanecían sin movimiento, así como sus labios sin voz.

El coronel don Toribio de Guzman levantó entonces su vista al cielo, extendió su mano sobre la cabeza de los dos jóvenes, y con acento tembloroso por la emoción, pero profético y lleno del espíritu de Dios, exclamó:

—Yo bendigo vuestra union en el nombre del Señor que os recompensa y en el de vuestros padres para que se cumpla su promesa; pues en su lecho de muerte os dijo hace poco tiempo la esposa de mi amigo Eduardo: "Me he engañado... es Enrique... Espera..." Y esas últimas palabras me iluminan, y esa promesa se realiza, y yo creo cumplir con mi deber bendiciéndoos...

Y el viejo coronel, sin dar importancia a la forma, hizo el mismo ademán que hacen los sacerdotes, porque para él el matrimonio era solo la voluntad, y él conocía que esa voluntad era espontánea y libre;... porque para él el matrimonio era la union del pensamiento, la union de la virtud, mas que la union de la carne, y no tenía miedo en aprobar y satisfacer vínculos contraídos de una manera mas indisoluble que la inventada por los hombres, porque ese es el vínculo de Dios...

Los padres de Enrique, arrastrados y conmovidos por aquel ejemplo, por aquella union del viejo militar, por aquella seguridad y decision del sabio, hicieron otro tanto y abrazaron tiernamente a sus hijos, sin por esto comprender cómo pudiera realizarse aquel matrimonio cuando estaba de por medio la ceremonia religiosa celebrada con otro hombre y que era la única, segun ellos, que podia legitimar la union, que formaba el verdadero vínculo.

Mercedes no cabia de contento, no tenia voces con que significar su alegria, y pasaba a su hijo, ya a Luisa, ya a Enrique, ya a los demas, hasta el punto de ponerlo en manos del solitario, que lo miró con ternura, derramando sobre aquella criatura inocente pero hija del crimen, dos gruesas lágrimas que talvez fueron a servirle como un bautismo: así al menos lo consideró la pobre Mercedes, que miró al coronel con unos ojos de madre, llenos de tan tierna gratitud, porque una madre es siempre mas sensible al cariño que manifiestan por su hijo que al que le demuestran a ella misma.

El solitario adivinó lo que pasaba por la jóven, y poniéndole una mano en el hombro con la familiaridad afectuosa de un padre, le dijo:

—Pobre hija mia! ¡Cuánto debes haber sufrido para llegar a tener este consuelo que Dios envia casi siempre abriendo el corazon a un nuevo afecto y a un afecto tan puro y delicado que se apodera casi por completo de la mujer!

—Sí, señor, he sufrido inmensamente!

—Pero al fin parece que ha llegado ya el tiempo de la recompensa. Lo sucedido en este momento te demostrará que la Providencia viene en nuestro socorro.

—En efecto, lo sucedido ahora es un milagro, pero es un milagro hecho por Luisa, y Mercedes la abrazó nuevamente.

—No seas injusta, contestó Luisa, mirando a Eloisa, cuya tristeza se sobreponia a su voluntad, pues aparecia muy meditabunda. No seas injusta, Mercedes, cuando tú mas que nadie sabes que fué la señorita la que ha hecho el verdadero milagro.

—Yo no he sido mas que el instrumento, señorita, por el que se ha cumplido la voluntad de Dios, contestó Eloisa humildemente y haciendo referencia al caso actual.

—En verdad, Luisa, que tienes razon: nuestra hermana Eloisa es la que ha hecho la mayor parte; pero sin embar-

go, es preciso confesar que si tú no hubieras venido, mi hermano tampoco se habria salvado.

—¿Es verdad lo que dices, Mercedes? preguntó Luisa a Enrique con un tono lleno de ese dulce abandono que da la certidumbre de ser amada.

—Verdad, señorita, verdad; pero...

—Debo hacerte una advertencia, Enrique, y una sola para que no me vea obligada a repetirla: de hoy en adelante me llamarás simplemente Luisa.

—Luisa! Luisa! ¡qué dicha! ¿Es realidad lo que sucede? ¿No estoy soñando, no?

Y Enrique miró por todas partes y a todos los que estaban presentes para cerciorarse sin duda que no se engañaban sus sentidos.

—Acabamos de ser bendecidos por nuestros padres y unidos ante Dios, amigo mio; no hai, pues, ya incertidumbres ni motivos de desconfianza. Contéstame ahora a mi pregunta, dijo Luisa volviendo a apoderarse de la mano de Enrique.

—¡Providencia divina! exclamó el jóven como en místico arrobamiento y sin responder a la interrogacion que le hacian; ¿qué es lo que he hecho para merecer tanto? ¿qué virtud para tan gran recompensa?

Y Enrique se prosternó para orar: así es como el amor verdadero del hombre se confunde con el amor de Dios y establece el verdadero culto, la sola religion grande y sublime que existirá en el mundo y que dará en tierra con las preocupaciones y los groseros ídolos a quienes veneramos hoy día.

—¡Enrique, mi querido Enrique! exclamó Luisa llena del mismo entusiasmo religioso que él; tienes razon, no hemos hecho nada; pero esta no es una recompensa, sino un favor de Dios; es preciso que trabajemos por ser dignos de él.

—Sí, Luisa, sí, no lo dudes; yo haré cuanto de mí dependa por merecerlo y por merecerte.

—¡Por merecerme! ¿No me tienes aquí? ¿No soi ya tuya? ¿No nos han bendecido nuestros padres? —Y mira, Enrique, mañana, mañana iremos a arrodillarnos en el sepulcro de mi madre, para que ella tambien nos bendiga por sí misma desde el cielo.

—Pero, Luisa, ¿será cierto? ¿Me habrán engañado! ¿No eres entonces casada? ¿No es verdad, amiga mia, que no lo eres?

—Sí.

—¿Entonces es falso lo que me dijo Eloisa?

Y Enrique miró a su hermana adoptiva como interrogándola tambien.

—No, contestó Luisa.

—¿Cómo que no! Pero si es así, ¿de qué manera es nuestra union?

—Nuestra union es espiritual, Enrique. Nuestra union es hecha y sancionada por Dios. ¿No te basta el goce pleno y absoluto de mi voluntad?

—Sí, mil veces sí, Luisa; estoi contento, estoi satisfecho, soi mui feliz, demasiado feliz.

Y aquellas dos almas castas, aquellos dos pensamientos elevados, aquellos dos cuerpos puros y sin mancha se abrazaron nuevamente en presencia de todos, sin vergüenza alguna, porque tenian la conciencia de su dignidad, la conciencia de que cumplian con un deber, y que lejos de ofender el pudor, lo realzaban con la manifestacion casta de una voluntad libre y virjinal.

IV.

Mercedes, sorprendida con lo que habia oido, no pudo dar crédito a las palabras, pareciéndole que no habia comprendido el significado, y preguntó a Luisa:

—¿Qué es lo que dices, hermana mia?

—Que estoi casada, casada segun los hombres, pero no

según Dios. Mi esposo, mi verdadero esposo es el que acabo de elegir ahora, es el que acaban de darme tus padres y el mío; y Luisa designó al solitario.

—¡Casada! casada! ¿Y cómo? ¿Con quién, hermana mía? Es imposible, imposible... Te burlas de mí, ¿no es verdad?

—Desgraciadamente no, Mercedes; lo que te digo es cierto, es positivo: estoy casada con el joven más noble, más elegante, más espiritual, más codiciado de todo Santiago. Y Luisa se sonrió, añadiendo: estoy casada con Guillermo de... que es el dije de nuestra sociedad.

--¡Con Guillermo de!... ¡Infeliz! ¿Tú casada con Guillermo de...? ¡Qué horror, qué maldad, qué crimen!... ¡Cómo es que aun vive ese monstruo!...

Y Mercedes, al hacer esta exclamación, se desmayó, desprendiéndose de sus brazos la criatura a quien poco antes acariciaba con delicia; pero el previsor anciano, que conoció lo que iba a suceder por la palidez de Mercedes, recibió a tiempo en las suyas aquel fruto de la desgracia a quien quizá perseguiría una fatalidad terrible, y tuvo lástima de él y lloró sobre él.

En ese momento golpearon a la puerta de calle y Enrique, Luisa y el solitario se ocultaron por precaución y por consejo del sarjento que temió que fuese la policía que venía en seguimiento de su hijo; pero no era otro que el médico que había ido a buscar Santiago, cuando poco antes habían perdido el conocimiento Enrique y Mercedes a causa del proyectado suicidio del primero.

La visita del facultativo no podía llegar más a tiempo, e inmediatamente que vio a Mercedes y que supo su estado, condenó la imprudencia que había cometido, atribuyendo a ella el desmayo, y ordenando en consecuencia que la trasladaran a la cama, que la cubrieran de ropa y la hicieran transpirar, dejando una receta para que le dieran tres cucharadas en el término de tres horas, y que él volvería al día siguiente.

Cuando se despidió el médico, se presentaron en el dormitorio de la enferma, Luisa, Enrique y el solitario que se sentó a la cabecera de la cama, tomándole inmediatamente el pulso y diciendo al mismo tiempo para tranquilizar a todos, que se habían alarmado con el accidente: "No hai cuidado; yo respondo de ella."

A la sorpresa que habia causado en Luisa la exclamacion de Mercedes, se sucedió la indignacion, porque la aristocrática jóven, la esposa del noble Guillermo habia comprendido el crimen, habia penetrado en aquel abismo de maldad que jamas habria supuesto, que jamas habria adivinado.

Aquella accion, aquel atentado contra una vírjen, aquella manera de llevar a cabo tan negro crimen, ¡qué de bajeza, qué de abyeccion, qué de villania, qué de infamia, qué de prostitucion, qué de inmundicia bajo todos aspectos no cerraba!...

¡Y luego tener la osadía este hombre de pretenderla a ella, de obligar a su madre a darle el consentimiento, de llevarla al altar y de hacerle recientemente promesas de amor! Esto era inconcebible y traspasaba todos los límites, iba mas allá de lo que todos van, habia llegado al ultraje, a la ignominia, a la infamia!...

—Esto no puede quedar asi, dijo Luisa dirigiéndose al coronel que tenia todavia al hijo de Mercedes en sus brazos; no puede quedar asi, es indispensable un castigo y un castigo ejemplar!... Este hombre ha sido la causa de todas las desgracias de esta familia y de todas las que yo he experimentado. La familia de este hombre viene persiguiendo desde largo tiempo a nuestra familia y ha muerto a mi padre, ha muerto a mi tia ¡y quién sabe si hasta mi madre no ha sido indirectamente su víctima!... Yo habia perdonado; pero, ¿no hai un término para esta lei? ¿no puede llegar a convertirse ese perdon, que sin duda alguna es una virtud cuando no ha llegado a ciertos límites,

en debilidad villana cuando, como ahora, se deja impune el crimen?

—El perdon, hija mia, repuso el anciano con mansedumbre, no es nunca debilidad, sino que es grandeza; y el crimen jamas queda sin castigo.

—¡Pero señor!...

—El hombre de que tú hablas ha sido castigado ¿no es verdad, Enrique? Ha sido castigado por el hombre y todavía le espera el castigo de Dios ¡y quien sabe si no lo ha comenzado a sufrir, si no lo está sufriendo ya.

—Asi es, señor, contestó el jóven tristemente.

—Pero ¿por qué no nos lo habias escrito? ¡Cuántas desgracias de menos, cuánta felicidad de mas tendríamos ahora, pues yo no habria consentido jamas!...

—Yo escribí el hecho a mi maestro, Luisa, pero le oculté el nombre, y él aprobó mi accion.

—Como apruebo todo lo que es justo, todo lo que es magnánimo.

—Por otra parte, yo ignoraba y todos aquí ignorábamos, hasta hoy solamente que nos reveló Eloisa, que hubieses tenido o tuvieses relaciones con él.

—¡Qué encadenamiento fatal! Si este habrá sido tambien el resultado de una infernal combinacion!

La presuncion de Luisa era verdadera; pues, como sabemos, Guillermo intrigó al principio con el médico de doña Juana para que la indujera a salir al campo.

Luisa reflexionó un momento y luego dijo:

—Ya comprendo... El pintor Víctor se hacia el invisible para mí... y el mismo pintor Víctor obró de manera a ausentarnos para llevar a cabo su intento... esto es claro; pero esto prueba lo que jamas me habria imaginado... ¡Qué villanía, Dios mio! ¡Qué maldad!... ¡Cómo hai sobre la tierra fieras tan inmundas, tan solapadas y tan crueles!... Pero en fin, ¿cuál es el castigo que has dado a ese malvado?

—Hace unas dos o tres horas, Luisa, contestó dulce y so-

lemnemente Enrique, que yo tenia la desesperacion en el alma a tal punto que casi llegué a maldecirte. Hace dos o tres horas que te escribia y que tenia preparada el arma con que habia pensado dar fin a mis dias... Pues bien, Luisa, en aquel supremo momento y en aquella suprema angustia, no me atreví, no quise ofender mas a ese hombre, que no solo me habia ofendido en mi hermana, sino que me habia arrebatado a mi supremo bien, y me callé por consideracion a él, por amor a tí; pues no quise darte esa afliccion a pesar que tú y él me daban la muerte. ¡Cómo pretender ahora que soi feliz, que te revele lo que te oculté cuando era desgraciado? Dispénsame, Luisa, perdona a ese hombre y déjalo en paz.

—¡Alma jenerosa, no me hagas morir de felicidad! Qué dicha, qué inmensa dicha es amar y ser amada así!....

—De veras. El amor todo lo invade... el pecho rebosa de alegria... no hai lugar en él para otro sentimiento.

—Con que me habias maldecido! ¡Ah! No he leído todavia esa carta que me entregó tu hermana adoptiva diciéndome: "No hai tiempo que perder, marchemos." Pero voi a verla.

—Talvez convendria que no la leyeras.

—¿Por qué?

—Porque estaba talvez fuera de mí.

—No, yo quiero verla... quiero saber lo que me decias en ella, quiero vivir de tu vida, y si es posible, que no pase para mí desapercibido uno solo de tus pensamientos, una sola de tus emociones.

Y Luisa rompió el sello, principiando en silencio aquella lectura que de vez en cuando le hacia levantar su seno virjinal como ajitado por la tempestad; ¿y no lo son acaso las borrascas del corazon?

Cuando hubo terminado la carta, Luisa estendió su mano a Enrique, diciéndole:

—Estamos unidos para siempre, ya nadie podrá moralmente separarnos.

V.

En ese instante volvía Mercedes en sí, y la primera palabra que salió de su boca fué, como siempre lo es la palabra de la madre:

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

—Aquí, contestó el solitario, presentándoselo.

—¡Pobre e infeliz criatura abandonada! sin padre y sin nombre... Ven...

Y la madre lo estrechó en su seno... En seguida continuó hablando consigo misma:

—¡Qué fatalidad va a pesar sobre este inocente! ¿Quién lo protegerá? ¿Quién?... ¿Qué va a ser de él en el mundo? El crimen de su padre lo perseguirá... ¿Cómo salvarlo! cómo!...

—Yo lo protegeré, yo lo salvaré...

—¡Usted, señor! ¿usted?... exclamó Mercedes volviendo su rostro lleno de una gratitud infinita hacia el solitario, que la contemplaba con la ternura de un padre amante.

—Sí, hija mia, yo, respondió el anciano de una manera decidida.

—¡Cómo! esto es completamente imposible!... Mi hijo no tiene nombre, no tiene padre, no tiene fortuna, no tiene nada, a no ser la huella pestilencial y epidémica del vicio.

—Pues bien, yo seré su padre y le daré mi nombre; le daré mi fortuna adquirida hace pocos días, pero ganada hace muchos años; y borraré para siempre el surco trazado por el crimen.

—¡Pero, señor!

—Yo sé lo que digo, hija mia, y no creas que hago un servicio, sino que me honro a mí mismo; y no creas que obro de una manera desinteresada, sino que pago dos deudas: la que debo al abuelo de esta criatura, al padre de Guillermo por haberlo muerto en un desafío, y la que debo

al otro abuelo, al sarjento Lopez por haberme salvado de capilla: lo primero es una espiacion, o mas bien dicho, un deber; lo segundo es una recompensa, o mas bien dicho, una gratitud; pero en ambos casos me encuentro obligado a aceptar con gusto esa obligacion.

—¡Señor, señor! exclamó Domingo Lopez; no se puede aceptar tan gran sacrificio! No somos dignos de tanto honor!...

—Yo sé lo que digo, amigo mio; usted como antiguo militar debe obedecer la orden de su jefe y lo que éste mande se hará.

Y el viejo coronel se sonrió bondadosamente, agregando:

—Salvo que una voluntad superior lo impida; esta voluntad superior la reconozco únicamente en su hija.

—¡En mí! ¿Y por qué en mí, cuando depende de mis padres? ¿Y por qué en mí, cuando nada tengo, nada valgo, nada soi, sino una infeliz a quien despreciará el mundo? ¿Y por qué en mí, cuando lo único que poseo es mi hijo, que llevará consigo la ignominia y la ignorancia de la madre?

—Ya he dicho que yo acepto todo, que yo salvo todo, que yo respondo de todo, y que sabré colocar a la virtud en el lugar que le corresponde sin que sufra jamas la inocencia.

—¡Mi coronel!... Yo no se cómo manifestarle mi gratitud!...

Y Domingo Lopez, en compañía de su mujer, la honrada y buena Marta, trató de echarse a los piés del solitario; pero éste, recibéndolos en sus brazos, les dijo:

—¿No acabais de bendecir la union de Enrique y de Luisa? ¿No acabais de dar vuestro consentimiento, de sancionar con vuestra voluntad un enlace del todo espiritual? Pues bien, haced otro en el mismo sentido: yo seré únicamente el padre putativo, el José de la Santa Vírjen, y adoptaré el hijo de Mercedes asi como el patriarca adoptó a Jesus. Y desde hoi, si Mercedes consiente, seré su esposo y su hijo llevará mi nombre...

La sorpresa de los espectadores fué grande. Todas aquellas personas tan íntimamente unidas, tan interesadas en su felicidad recíproca y tan llenas de tiernos afectos y de sagrados vínculos, quedaron admiradas y complacidas de la honorable proposición hecha tan noblemente por el coronel don Toribio de Guzman.

Domingo, Marta, Luisa, Enrique, Eloisa, Santiago y Teresa, todos, movidos de un mismo impulso, corrieron donde el solitario, abrazando unos sus rodillas, besando otros sus manos y manifestándole cada uno a su manera su respeto su cariño, su admiración.

Mercedes lloraba en silencio y la única manifestación que hizo fué estender su afilada mano al coronel que, apoderándose de ella, la llevó respetuosamente a sus labios. El alma de Mercedes estaba llena de alegría, de gratitud, de amor, hasta el punto de creer que jamás había experimentado lo que en ese momento experimentaba, porque sentía por el anciano un afecto puro, confiado, apacible, sereno y espiritual como el que se tiene por Dios, como el que profesamos a los padres...

El solitario, a su vez, se sentía satisfecho, gozaba como no había gozado en su juventud, amaba como nunca había amado en su vida, y le parecía que una nueva savia, que una nueva sangre circulaba por sus venas y le daba nuevo aliento, nuevo ánimo, voluntad nueva, ni más ni menos como si hubiese rejuvenecido, conservando, empero, la conciencia del sabio, la profundidad del filósofo, la experiencia del hombre de mundo, el desprendimiento sublime del santo.

—Hijos míos, dijo el solitario, conservando siempre entre sus manos la mano de Mercedes y dirigiéndose a todos los que estaban presentes; Dios me reservaba todavía una dicha, por la que he trabajado, pero que no creía alcanzar. Al ofrecer mi mano y mi nombre a Mercedes, no hago un don, sino que recibo una recompensa: este ángel es superior, más superior a mí, y yo soy el favorecido en vez de ser el

favorecedor, como ustedes piensan, como ustedes lo creen. Si fuera yo capaz de sentir orgullo, seria ahora cuando lo tendria; pero experimento una cosa superior, la satisfaccion interna, el goce de José al unirse a la Madre del Salvador. En consecuencia, amigos míos, no os engañéis; es ella la que hace la gracia, así como fué Maria la que engrandeció al anciano patriarca, al pobre carpintero que ocupa un lugar tan distinguido en la santa epopeya del cristianismo y al que reverencia la humanidad hace ya diez y nueve siglos. Ya veis, pues, que la que merece vuestras consideraciones es ella; que es ella de donde me viene el favor; y que son sus padres los que me permiten tomarlo.

—¡Cáspita, mi coronel, que usted es capaz de hacer llorar al diablo! Y el viejo sarjento trataba de enjugar y de contener las lágrimas que salían a torrentes de sus ya taridos ojos. ¡Cáspita! prosiguió, ¡quién demonios me hubiera dicho que cuando lo sacaba yo de capilla, salvaba al marido de mi hija que nacía en ese mismo día! ¡Quién me hubiera dicho que yo tendria la felicidad de unirme al noble y valiente coronel don Toribio de Guzman! ¡Dios mío! esto es, demasiada felicidad, demasiada para tan poco tiempo y para tan poco mérito!

Y el veterano de la independencia, lloroso y risueño, abrazó a su mujer, diciéndole: “¿No es verdad lo que digo, mi querida Marta?”

—Sí, mi viejo amigo, es verdad, mucha verdad.

Luisa, a su turno, fué a sentarse en las rodillas del solitario, que permanecía al lado de la cama de Mercedes, y echándole los brazos a él y a ella, les dijo con alegría infantil: “Ya que ustedes han bendecido mi union, yo quiero bendecir la de ustedes.”

—¡De veras! contestó el anciano con jocosa jovialidad; no puede haber en el mundo una sacerdotisa mejor.

—Luisa, dijo Mercedes al solitario, es la divinidad protectora de nuestro hogar, y por consiguiente, debe ser la

santa a quien rindamos nuestro culto y que legitime nuestros espirituales lazos.

Eloísa, que hasta ese momento habia estado sin tomar aparentemente parte en aquellas escenas, pero tomándola en realidad, intervino del modo siguiente:

—Yo pido una sola súplica: la última.

—¿Qué es lo que quieres? dijeron todos a un mismo tiempo; ordena.

—No es una orden, sino un simple deseo.

—Dilo y será satisfecho, se apresuró a responder Enrique.

—Contando con tu palabra y la de todos ustedes, porque los unos a los otros se asemejan, propongo que el enlace de mi hermana Mercedes con el señor don Toribio de Guzman se efectúe mañana, pues así tendría el gusto de presenciarlo.

—¡Tan luego! repuso Marta; y por otra parte es preciso tener ciertas consideraciones por el estado actual de Mercedes.

—No creo, señora, que esto último pueda ser un inconveniente, y en cuanto a lo primero, menos aun; pues si es verdad que es la primera vez que se ven, no es la primera vez que se conocen: el trato de los espíritus es muy superior al trato de las personas. Usted me dirá quizá que por qué pretendo una cosa tan precipitada, y le contestaré: estoi en vísperas de emprender un largo viaje, señora, y antes de partir quiero darme esta satisfacción.

La proposición de Eloísa fué apoyada por todos, inclusa Mercedes, que accedió sin oponer ningún inconveniente.

—Ya que se me acuerda la súplica, deseo también ser la madrina, teniendo por compañero a Enrique. Esto es un poco de egoísmo, pero discúlpennme, pues no volveré a verlos tan luego, y quiero en el momento procurarme todos los goces posibles.

—¿Pero dónde vas, hija querida? preguntó Marta; tú no puedes separarte de nosotras, no puedes ir a ninguna parte sin que te acompañemos.

—No dudo que me acompañará, le sé, contestó tristemente Eloisa; pero será mas tarde. Por el momento estoy obligada a partir sola, y usted sabe bien que no es la primera vez que lo hago y que nunca me he perdido.

—Pero ahora parece que es una ausencia mas larga.

—Para todas las cosas, señora, es imposible fijar el término. Mi ausencia puede ser de mas o menos tiempo; pero estoy segura que al fin nos reuniremos y continuaremos siendo felices.

—Esto es cuanto yo deseo, cuanto todos deseamos, hija mía.

—Ya que me han hecho este último favor, me encargo mañana mismo de practicar las diligencias, pues soy la única que puede salir a la calle sin despertar sospechas, y ahora mas que nunca debemos estar en guardia, porque la libertad de Enrique peligra; sé que se hacen activas pesquisas para apoderarse de él, y sería conveniente que se ausentase cuanto antes del país. Ya le he dado un salvo conducto para que pueda embarcarse sin riesgo; pero es preciso que se valga luego de él, porque de otro modo el mismo papel que le abre ahora las puertas puede cerrárselas mañana, y en ese caso quedaria mas comprometido que antes...

Eloisa hacia interiormente alusion al ministro, y presumia que una vez que se considerase chasqueado, y no podia menos que pensarlo asi, pues no lo volveria a ver, el despecho lo empujaria a la venganza, tratando de perder a Enrique; y el temor de que llegara este caso era lo que deseaba evitar Eloisa y lo que la obligaba a hacer esa advertencia para que tomasen la urgente medida que proponia.

VI.

Ya estaba avanzada la noche y aun permanecia el coche a la puerta de calle, circunstancia que recordó Eloisa y de la que advirtió al solitario, temerosa siempre que esto

llamase la atencion del vecindario o de la policia y fuese un motivo para que descubriesen a Enrique.

—Tiene usted mucha razon, amiga mia, dijo Luisa, que se había completamente olvidado del carruaje y para quien las horas habian volado con extraordinaria rapidez. Es preciso ordenar que se vaya a casa, añadió, porque estoi resuelta a pasar aquí la noche, y ojalá pudiera pasar la vida entera; ¿no es verdad, señor? ¿no le gustaria a usted tambien? dijo Luisa al solitario.

—Vivir con las personas a quienes uno ama es la mejor y la mas natural existencia para el hombre, respondió el anciano.

—¿Aprueba usted entonces mi pensamiento?

—Ciertamente, hija mia.

—Es indispensable, dijeron todos.

—Pues bien, nos quedaremos; voi a dar las órdenes al cochero.

—Yo iré, Luisa.

Y el coronel se paró de su asiento.

—Necesito, señor, el coche al amanecer, porque quiero ir con Enrique al panteon. Hágame, pues, el favor de prevenirselo a Fermin, (el lector recordará que este era el nombre del cochero a quien se le desbocaron los caballos en la calle del Dieziocho) y que tome la llave de la sepultura que está en el cajoncito de mi velador.

El solitario dió la orden al buen Fermin, diciéndole que la señorita Luisa se quedaba aquella noche para cuidar a una persona enferma.

El cochero, que sabia cuan caritativa era Luisa, no se extrañó de semejante determinacion, y contestó al solitario:

—Cumpliré puntualmente con la orden de la señorita.

Eloisa, atenta a todo cuanto pasaba, hizo a Luisa la observacion siguiente:

—Enrique está activamente perseguido. Se han mandado requisitorias a todas las provincias, y la policia despliega

en Santiago todos sus medios de accion, todos sus elementos para capturarlo. ¿No será imprudencia salir públicamente en coche? A mi modo de ver, lo que debieran hacer era marcharse en el acto a Valparaiso embarcándose en el momento de llegar.

—Tiene usted mucha razon, contestó Luisa; y a pesar de la importancia que daba a esta excursion y de lo satisfactorio, de lo agradable que me hubiera sido, renuncio desde luego a ella.

—Pero yo no renuncio, dijo Enrique, aun cuando supiera que iba a ser tomado preso; porque no hai tormento alguno bastante grande que me intimide o que sea superior a la dicha que experimentaré en estar un momento con Luisa en el sepulcro de sus padres, a quienes ella va a presentarme.

—No lo habia pensado. El temor de tu prision me habia hecho desistir, pero soi de tu mismo parecer; no podemos dejar de hacer esta romeria que servirá para lejitimar nuestra union.

—Lo uno y lo otro puede efectuarse, dijo el solitario interviniendo; y sin oponerme a la justa indicacion de Eloisa, pues yo tambien sé que se interesan mucho en tomar a Enrique, en lo que está empeñado el mismo presidente, segun me lo ha dicho; sin embargo, creo que seria mui peligroso que se pudiese en marcha de dia, porque la vijilancia se ejerce mejor; mientras que haciéndolo en la noche, habria mas probabilidades de evadirse, y de esta suerte podria tambien efectuar su visita al cementerio, donde no irá nadie a buscarlo.

—Lo que usted dice es lo mas razonable, señor, contestó Eloisa; pues asi todo se acomoda, asi podrá darse mi hermano Enrique muchas satisfacciones antes de su partida, satisfacciones que necesita ahora mas que nunca, puesto que estará privado de ellas por un tiempo que no puede fijarse, a la vez que escapará mas fácilmente, encargándome yo desde luego de procurarle los medios para la evasion, tra-

yéndole mañana en la noche un carruaje de un individuo sobre cuya discrecion puedo contar, saliendo garante de ella.

—Lo que tá hagas, Eloisa, será siempre bien hecho, dijo Marta; pues me basta solo saber que tú pones mano en alguna cosa para que yo asegure el buen éxito.

—¡Qué felicidad! repuso Mercedes, de pasar siquiera una noche juntos! de estar reunidos por algunas horas todos los que se aman!

—Hasta que llegue el momento de estarlo por meses, por años y talvez por toda una eternidad, replicó Luisa, yendo a acariciar a su amiga.

—Con permiso suyo, mi coronel, dijo el sarjento Lopez; pero es preciso que yo haga una advertencia.

—Desde ahora no soi su coronel, amigo mio, sino su compañero, su hermano, su padre, aun cuando vaya a contraer matrimonio con su hija; hecha esta observacion, diga usted su advertencia.

—Aun cuando usted quiera, señor, no puede dejar de ser mi coronel y siempre lo consideraré como tal. ¡Estaríamos frescos que yo fuera a perder ahora mis hábitos! Que a los cincuenta y tantos años olvidase mis obligaciones y mi consigna! ¡Que yo dejara de dar el título a mis jefes y de respetar su graduación! Esto seria lo mismo que echar por tierra la lei de los militares, y yo estoi acostumbrado a respetar esa lei y quiero respetarla siempre... Con que asi, mi coronel, es preciso que usted aguante que yo lo nombre siempre mi coronel Guzman.

El solitario se rió de las ocurrencias de Domingo Lopez sin dejar de apreciar aquel corazon franco, leal, jeneroso y humano y al que no faltaba otra cosa que el barniz de la instruccion; pues poseia el buen juicio que vale mucho mas que ese oropel del hombre de sociedad y al que da tanta importancia ese ignorante vulgo que se denomina gran tono, nobleza, aristocracia, y cuyo principal mérito consiste en la

impertinencia estúpida, en la conversación frívola, en la elegancia del muñeco que pone todo su orgullo en el traje, ya venga de la modista o del sastre, toda su ambición en tener algunas blondas, algunos diamantes o algunas botas charoladas, según sea el sexo de ese pobre e infatuado ser que no deja ni el menor rastro, ni la menor huella, ni el menor vestigio de su inútil y transitoria permanencia en el mundo, y que sin embargo, tiene la arrogancia de considerarse acreedor al respeto de los demás, porque lleva tal o cual nombre, porque viste de seda, porque tiene coches, porque usa libreas, sin comprender que a su vez él es la librea favorita de la ignorancia, de las preocupaciones, de la estupidez y de cuanto se ha inventado de impropio, de degradante y ridículo en las sociedades pasadas y modernas.

Estas reflexiones que se nos vienen a la pluma en los momentos de la improvisación, nacen del conocimiento que tenemos de nuestra sociedad y particularmente de la sociedad santiaguina, cuyos defectos, dirémoslo así, se irradian por toda la república; y si nosotros los anotamos, no es con la intención de herir, sino con la de que se corrijan para el bien de ellos, para el bien de todos. Pero dado el caso de que en realidad se ofendan nuestros pisaverdes de ambos sexos, no por esto retiraremos nuestras palabras, pues preferimos un dolor o una incomodidad momentánea a un vicio crónico, a una corrupción que venga con el tiempo a degenerar en cáncer, esto es si el mal no es ya incurable y se necesita de una amputación...

Pero dejando estas divagaciones que en no pocas veces nos han apartado de la narración de nuestra historia, es indispensable que nos volvamos a concretar a ella para satisfacer la justa exigencia del lector; y así diremos que el coronel don Toribio de Guzman preguntó al sarjento Domingo Lopez:

—¿Cuál es, amigo mío, la advertencia que usted quería hacer?

—Una mui sencilla: los acontecimientos de hoy nos han hecho olvidar completamente de la cena, y son ya como las dos de la mañana sin que nadie la haya reclamado. Parece que el amor quita a muchos el apetito; pero a mí me sucedía y me sucede lo contrario, ¿te acuerdas, Marta? Pero esta maldita vieja es capaz de decir que nó por ponerse a la moda; sin embargo, a mí me sucedía, como he dicho, que mientras mas enamorado estaba, mas comía; y ahora me parece que me vuelve el apetito de aquellos tiempos; ¡de aquellos tiempos en que la muchacha Marta me echaba sus guiñadas y me tenía su buena fuente de buñuelos pasados por chancaca para cautivarme! Pero yo no era tonto, porque mientras mas quería, mas comía, y mientras mas comía, mas quería; y ahora experimento el mismo fenómeno, porque tengo un apetito de los grandes diablos que sin duda ha hecho nacer tanto amor y tanta tardanza de la merienda; con que así, hago la advertencia, o mejor, la proposición de que se sirva la cena, esto es, salvo si mi coronel no ordena otra cosa, pues siempre el soldado debe obedecer al oficial, bajo mui duras penas, penas que yo jamas he sufrido porque he tenido el talento de ser sumiso y no sería ahora que iría a faltar a la ordenanza.

Este largo discurso del veterano produjo una hilaridad jeneral, porque todos aquellos corazones se sentían palpar de felicidad, menos el de la pobre Eloisa que no podía vencer su tristeza, a pesar de ser en realidad dichosa; pues la lucha que estaba obligada a sostener consigo misma no le permitía aparecer contenta y satisfecha como los demás.

Durante la cena y entre los chistes y las ocurrencias graciosas del viejo soldado, se habló de la próxima partida de Enrique, manifestando en parte Eloisa el motivo que tenía para que se aprovechase cuanto antes el favor del ministro, favor que con un poco de tardanza debía convertirse en persecucion y en odio, lo cual era, bajo todo aspecto, indispen-

sable evitar, porque en ello consistia la salvacion de Enrique.

—Ya que usted se encarga de todo, señorita, dijo el solitario a Eloisa y que ha manifestado el deseo de ser nuestra madrina, me permitiré suplicar a usted que vaya al monasterio de... y preguntando por el capellan, le diga en mi nombre de venir, dándole la calle y el número de la casa, si no se acompaña con usted.

—Esto último seria lo mejor.

—Es más que probable que lo haga.

—¿Y a qué hora le parece a usted mas conveniente?

—Cuando Luisa y Enrique estén de vuelta del panteon

—Lo que será a las nueve o diez del dia.

—Fijemos la última hora.

—¿Y en la noche partirá mi hermanuo, señor?

—Infaliblemente.

—Pocas horas va a tener de felicidad, ¡cómo pudiera prolongárselas!

—Gracias por tu deseos, hermana mia, pero en este poco tiempo he vivido siglos y se ha apoderado de mí tal delicia, tal seguridad, tal confianza, que parto sin hacerme la menor violencia, parto contento, porque parto satisfecho.

—Otro tanto me sucede a mí, querido Enrique, dijo Luisa, pues veo sin dolor y sin temor tu partida.

—Casi podria decirse con satisfaccion, agregó Mercedes, para dejar de estar sobresaltados y llenos de temores.

—¿Y a qué punto piensas dirigirte de preferencia? preguntó el coronel.

—Me iré al Perú, señor, ¿qué le parece? Es el punto mas cercano que tenemos, y tan luego como haya amnistia para los reos políticos, estaré de vuelta.

—Si tomas en consideracion las distancias, seria en ese caso preferible la República Arjentina, de la que estamos a un paso; pero yo creo que seria mejor no ir a ninguno de estos dos paises.

—¿Por qué, señor?

—Porque nada hai en ellos de nuevo que poder aprender, pues son poco mas o menos nuestras mismas costumbres, nuestras mismas preocupaciones y hasta nuestro mismo idioma.

—Eso seria una facilidad en vez de un inconveniente.

—No, amigo mio, ya que estás obligado a viajar, es preciso aprender, y para aprender no se va a lo conocido que se sabe, sino a lo desconocido que se ignora.

—¿Y bien, señor?

—Yo te aconsejaria de ir a Estados Unidos o a Europa, dando la preferencia al primero, porque allí se aprende a ser libre, y la libertad es la primera condicion para la felicidad del hombre, el primer bien para la prosperidad de las naciones; y nada mas que el ejemplo de ese gran pueblo echará en tierra las coronas y las aristocracias europeas, re-jenerando al mundo: de consiguiente, allí entrarías en una escuela práctica de la que sacarias un gran provecho, ya sea comparando las costumbres para adoptar las buenas y desechar las malas, ya para tener algunas nociones de las mil industrias que allí existen y que han colocado a esa nacion a la cabeza de todas, no solo por su régimen gubernativo, sino por sus invenciones nuevas y su produccion variada e inmensa, y aun cuando no fuera mas que por aprender el ingles que ha llegado a ser el idioma mas indispensable de los tiempos modernos a causa de la gran preponderancia que han adquirido esas naciones por sus riquezas, acumuladas a fuerza de intelijencia y de trabajo.

—Pero hai tanta distancia, señor, de aquí a Estados Unidos o a Europa, contestó Enrique con cierto embarazo.

—Te comprendo.

—Tienes razon, Enrique, interrumpió Luisa, porque es preferible a todo el estar cerca de los que se aman.

—Convengo en ello, Luisa, pero la vida del hombre es múltiple y su destino mas vasto; y para asegurar ese mismo

amor es indispensable el trabajo, la produccion constante, la variedad, porque la pasion mas viva se extinguiria si no pensáramos mas que en ella; pero hai un medio de armonizarlo todo y que, sin alejar mucho de nosotros a Enrique, adquiriera éste la esperiencia que necesita y los conocimientos que le faltan.

—Cuál es ese medio?

—Que en lugar de ir a los Estados Unidos o a Europa, vaya a California, donde existe el mismo progreso, la misma actividad, el mismo réjimen que en los otros estados de la gran confederacion, y la distancia es menor, teniendo la facilidad de regresar en mui pocos dias, cuando él quiera, cuando se le llame, porque es preciso saber aprovechar, saber sacar partido en beneficio propio y en beneficio de los demas, de todo cuanto se presenta.

—Convenido, señor.

—Pero debo hacerte aun una pequeña advertencia, talvez inútil para tí, porque te conozco y porque amas, y el amor es el mejor preservativo contra los malos ejemplos y contra las malas costumbres y el mejor estímulo para adquirir lo realmente provechoso; pero esta advertencia quizá puede redundar en provecho de algunos y por eso creo indispensable ponerla. He hecho, amigo mio, una observacion, la que, salvo pocas escepciones, nunca me ha fallado; y ésta consiste en que la jeneralidad de los individuos que han ido a educarse a Europa o a viajar por ella, han vuelto mas estúpidos de lo que salieron de aquí, porque han traído frivolidad en lugar de instruccion, pretensiones en lugar de ciencia, ridiculeces en lugar de esperiencia, guantes y corbatas en lugar de instrumentos y de industria, pues solo se han ocupado de paseos, de bailes, de teatros y de liviandades, sin adquirir otros conocimientos que los de las modas, ni otra ocupacion que cambiar de traje cuatro o seis veces al dia: primero la *robe de chambre*; segundo, el traje para almorzar, un tanto de confianza o *negligé*; tercero, el

la diferencia que existe entre la gazmoñería y la virtud, entre la desvergüenza y el abandono sencillo, casto y elevado, no ocurriéndosele ni aun siquiera la idea de impropiedad por ir sola con Enrique a visitar el sepulcro de sus padres.

Antes de partir, dijo a Eloisa con su voz dulce, persuasiva y benévola, que, al dar una orden, encantaba.

—Hazme el favor, amiga mia, ya que estás obligada a hacer algunas escursiones, de ir a casa y entregar a mi ama de leche doña Ceferina Carrasco este papel que la tranquilizará de mi ausencia, aun cuando no puede tener mucho cuidado, porque sabe que estoi en compañía de mi maestro; pero desearia que se encontrara con nosotros: ella es para mí mi segunda madre, y lejos de tener secretos para ella, me gusta que sea testigo de todas mis acciones.

—Cumpliré su encargo, señorita, con la mejor voluntad.

—Y usted se hará amiga de ella, como lo es ya mia ¿no es verdad, Eloisa?

—¡Amiga! amiga! No me es dado, señorita, tener tanta dicha!... Y la abnegada niña se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Por qué, Eloisa? ¿Por qué? Es verdad que hace un dia que la conozco; ¿pero no suple al tiempo la virtud? Los servicios ¿no nos aproximan los unos a los otros y salvan las distancias? Eloisa, yo le he ofrecido a usted mi amistad, y me creo bastante digna para no ser por nadie rechazada.

Esta manera de espresarse no provenia de orgullo, sino de esa conciencia del ser superior, cuya franqueza humilde y altiva se estima a sí misma y se valora con justicia, sin llegar nunca al márjen de la vanidosa presuncion.

—¡Rechazada! rechazada, Dios mio! no, señorita; soi yo la que carezco de los méritos que se necesitan para establecer tan íntimas relaciones.

—Mi hermana miente, interrumpió Enrique, porque yo estoi al cabo de lo que es, de lo que ha hecho y de lo que es capaz de hacer.

—Por favor, Enrique, por favor, señorita, no hablemos mas, porque temeria... Y aun no ha llegado el tiempo, pero llegará pronto, y entonces sabrá si tengo o no razon. Ahora, por el momento, no perdamos tan preciosos instantes: ustedes tienen que hacer su santa peregrinacion, y yo varias cosas de la mayor urgencia, sin contar las mias que tambien tienen su interes relativo.

—Esto no me impedirá de darle a usted la mano y de decirle: “hasta la vuelta.”

—Hasta la vuelta, señorita, y todos los asuntos estarán allanados: ¡que todos sean felices!

—Gracias, contestó Luisa.

Pero Enrique miró a Eloisa creyendo reconocer en la entonacion de aquella voz un sufrimiento oculto; sin embargo, Eloisa le sonrió con amabilidad, disipando asi el triste pensamiento que podia habersele ocurrido.

Luisa y Enrique abrazaron a todos y subieron al coche.

Llegados al panteon, donde Luisa era mui conocida, pues iba con mucha frecuencia a aquel lugar de olvido y de recuerdos, salió a recibirla, como de costumbre, el capellan, a quien solia dar algunas limosnas, estrañándose de encontrarla acompañada de un jóven; pero como bastaba ver a Luisa para desterrar toda sospecha, se figuró que seria algun hermano o algun pariente inmediato.

Mas adelante le salió al encuentro uno de los panteoneros que estaba a cargo de las plantas del pequeño jardin que rodeaba al mausoleo, siendo ambas cosas cuidadas con el mayor esmero, porque desde muchos años atras doña Juana habia pagado puntualmente una pequeña mesada para que el recinto donde descansaba su Eduardo estuviese siempre arreglado y no en ese triste abandono en que por lo jeneral están la gran mayoria de los sepulcros, teniendo ademas la obligacion el panteonero de llevarle semanalmente una maceta de flores de aquel jardin, y estos eran los únicos que doña Juana ponía en su dormitorio, pensando talvez que

en ellas vendría una pequeña partícula de la esencia de su querido esposo o que por lo menos nacían en el recinto que él habitaba.

Por una de esas ideas o caprichos que sin darnos cuenta de su origen se nos ocurren, Luisa, desde la muerte de su madre, había hecho poner en el sepulcro, medio a medio de las dos urnas funerarias que contenían los despojos mortales de sus padres, una hermosa lámpara de plata que ardía constantemente, porque tenía el hombre que estaba al cuidado del mausoleo el encargo especial de que nunca les faltara combustible; así es que a cualquiera hora del día o de la noche se encontraba alumbrado aquel sepulcro.

Luisa, al llegar al mausoleo, sacó la llave que le había entregado Fermín y abrió la puerta, tomando de la mano a Enrique y bajando con él las gradas de la bóveda.

Hai pocas cosas mas imponentes que la mansion de los muertos y encontrarse bajo de tierra al lado de un féretro; así es que Enrique, aunque naturalmente valiente, sintió una conmoción que, apercibiéndola Luisa, le dijo:

—No temas nada, mi querido Enrique, estamos en la mansion de nuestros padres y en presencia de ellos, y yo sé que nos aman y que nos miran favorablemente desde el cielo.

—No me sobrecoje el temor, sino el respeto.

—El respeto es un sentimiento digno y que ellos lo merecen. Arrodillémonos para orar por ellos e invocarlos, para que vengan sus espíritus a animar sus cuerpos, bendiciendo nuestra union desde su lecho mortuario.

Aquel cuadro era conmovedor, solemne, interesante. La lámpara daba una luz rojiza y un tanto opaca para los ojos que en ese momento acababan de ser heridos por los rayos del sol. El sepulcro parecía prolongarse y aparecía a la vista mas grande que lo que en realidad era, a causa de las sombras que se proyectaban. Dos grandes y lujosas urnas estaban colocadas sobre una especie de pedestal y como sus-

pendidas. En cada una distinguíase un nombre y una fecha, y encima de este nombre y de esta fecha habia una cruz de oro como incrustada en la urna. El nombre y el apellido era el que habian tenido en vida aquellos inanimados restos que al lado el uno y el otro estaban en tranquila posesion de esa triste morada. La lámpara ardia medio a medio de ambos féretros y dejaba distinguir fácilmente aquellas dos sencillas inscripciones que nada decian para la jeneralidad que las hubiera visto, pero que significaban mucho para Luisa, porque una fecha es de una importancia inmensa para el que conoce los acontecimientos, pues ese solo signo trae a la mente innumerables recuerdos y nos hace sufrir o gozar segun sean los hechos con que se relaciona. Enrique y Luisa, prosternados ante los dos féretros, estaban silenciosos pero asidos de las manos. Al cabo de algunos minutos pasados en esta especie de oracion, Luisa dijo a Enrique: "Voi a descubrir a mis padres: me gusta siempre ver esas fisonomias serenas y casi risueñas; ver a estos dos seres que tanto se amaron y que tanto me amaban."

Y tocando un resorte, se levantó la cubierta y quedaron a la vista los dos cadáveres intactos, porque habian sido embalsamados con esmero. Luisa besó en la frente al uno y al otro, y luego dijo a Enrique: "Bésalos tú tambien."

El jóven se quedó perplejo: aquellos dos cuerpos le infundian un religioso respeto, y se detuvo.

—Bésalos, repitió Luisa; ellos lo quieren y yo lo ordeno y lo quiero tambien.

Enrique obedeció.

—Ahora bésame a mí en presencia de mis padres, que desde este momento son tambien los tuyos.

Y los labios y los brazos de ambos jóvenes se unieron...

En ese instante sintióse un ruido lijero, una especie de suave murmullo: eran dos inocentes palomitas de esas que atrae la luz y que revoloteaban al rededor de la lámpara.

—Mira, Enrique, dijo Luisa, permaneciendo aun abraza-

dos: esas dos palomitas somos nosotros, y la lámpara simboliza nuestro amor... Mis padres aprueban nuestro matrimonio. Ellos han enviado estos dos emisarios para significárnoslo: estamos desde hoy ligados para siempre. Yo te pertenezco y tú me perteneces: somos esposos..

—¿Luisa! Luisa! ¡qué felicidad! ¿Eres mía de veras?

—¿Puedes dudarle aun?

—¿Es que no comprendo, que no cabe en mí tanta dicha! Dímelo, repítemelo nuevamente!...

—Soy tuya, y tuya para siempre...

El resorte volvió a jugar y la tapa de los dos ataúdes cayó sin ruido cubriendo a los muertos.

Enrique quiso besar y abrazar una segunda vez a Luisa, pero ésta retirándolo suavemente, le dijo:

—Basta: te he besado delante de tus padres y delante de los míos; pero nunca sucederá a espaldas de ellos... Las urnas están cerradas y lo mismo permanecerán mis labios. Soy tuya, he hecho el juramento de serlo, y no habrá poder humano que me haga faltar a él. Puedes tener la seguridad absoluta que te pertenezco de corazón, que te amo y que solo vivo por tí y viviré para tí; pero tengo que respetar a mis padres, tengo que respetarme a mí misma para ser digna de ellos y digna de tí; de consiguiente, ten entendido que nunca iré mas allá... porque estoy en el deber de conservar puro e intacto mi honor de mujer y mi honor de esposa, aun cuando lo sea de un malvado. El vínculo religioso y social que me liga me impone deberes que, en mi concepto, no se deben quebrantar y que no quebrantaré nunca. Tú eres dueño absoluto de toda mi alma y lo serás mientras yo viva y talvez mas allá de mi vida... Soy tu esposa ante Dios y ante mis padres, ¿no es esto lo bastante? ¿No quedas con esto satisfecho?

—Sí, satisfecho, mas que satisfecho, mi adorada Luisa, porque he alcanzado lo que jamas esperaba alcanzar; porque comprendo ese idealismo de virtud y me satisface tanto

cuanto me agrada, porque admiro y reverencio la espiritualidad de tus afectos, porque no eres mujer sino que eres ángel, y un ángel debe estar siempre puro.

—Lo que me has dicho, lo esperaba, Enrique, porque sé que me amas como yo te amo, y por la misma razon nos comprendemos, identificándose nuestras ideas y nuestros actos. Si no hubieras sido noble de corazon, que es la sola nobleza real y positiva, no te habria preferido, no te habria amado... Ahora, Enrique, partamos, porque nos esperan; y dentro de algunas horas tendrás que partir tú mismo, pero esta ausencia no me asusta ni me intimida.

Los grandes afectos, puede decirse, que son casi inmutables, no participan de temores, no temen la inconstancia; tienen una confianza absoluta en sí mismos y llegan a sublimarse tanto que participan de la inalterable esencia de Dios...

Y a este estado habian llegado estos dos jóvenes y virtuosos amantes.

VIII.

Los semblantes de Luisa y de Enrique estaban radiantes de alegria cuando volvieron a la calle de Breton, dejándose ver la satisfaccion interior de aquellas dos almas por el aspecto de sus animadas facciones.

Al momento de bajar del coche y golpear la puerta, salieron todos los habitantes de aquella modesta casa a recibir a la feliz pareja. ¡Aquel matrimonio por el espíritu, aquellos novios que acababan de desposarse en un sepulcro dándose por único juramento de fidelidad un solo beso en presencia de dos cadáveres, aquellos dos seres hermosos por el cuerpo y por el alma y mas vírgenes que hermosos, no podian menos que infundir cariño, admiracion y respeto, hasta el punto que a pesar de saber que les faltaba la sancion religiosa, la bendicion del sacerdote, todos los consideraban como lejitimamente unidos, y ellos mas que nadie tenian la

conciencia y la convicción del vínculo indisoluble que habían contraído y que se proponían conservar siempre guardándose el uno para el otro! Y en efecto, ¿qué matrimonio puede darse mas casto, mas conforme a las leyes de Dios y a las leyes de la naturaleza y por consiguiente mas legítimos que aquel?

Cuando llegaron del panteon Luisa y Enrique, ya habia vuelto Eloisa de sus diligencias, encontrándose allí el anciano sacerdote y Ceferina que en union de los demas fueron a recibirlos.

—Ama mia, dijo Luisa a Ceferina con encantadora gracia; aquí tiene usted a mi verdadero esposo que no la echará de su casa.

—¿Qué es lo que dices?

—Nos hemos casado y nuestros padres nos han bendecido... venimos del panteon.

—¿Casado!

—Y para siempre, querida ama mia.

—Pero hija, esto no puede ser, don Guillermo todavia no ha muerto...

—Para mí es como si no existiera; pero no se asuste usted: nuestro matrimonio es el mas legítimo y el mas santo de los matrimonios, porque es el matrimonio de la voluntad, el matrimonio del espíritu que nada tiene que ver con el cuerpo, y que no lo gobierna otras leyes que las de esa misma voluntad.

—Hija mia, perdóname, pero aun insisto: no sé lo que dices.

—Ya se vé: usted no mira otra cosa que la bendicion del sacerdote; sin esto, nada encuentra usted de legítimo; pero es preciso que usted sepa que hai una bendicion superior: la bendicion de Dios... ¿no es verdad, padre mio?

Y Luisa se dirigió al anciano capellan del monasterio de su tia, a quien habia hecho llamar el solitario.

—Es verdad, hija mia, contestó el digno director de Sor

Nicolasa, que nada hai en este mundo ni en ningun otro, de mas grande que la bendicion del Señor; ¿pero cómo interpretarla? ¿cómo conocer su manifestacion? ¿cómo estar seguro de ella?

—Por el contento del alma.

—Tienes razon. Es verdad que el contento del alma es la mejor guía; ¿pero cuántas veces nuestras pasiones no nos engañan, haciéndonos considerar como provechoso lo que en realidad no lo es?

—En lo que usted me dice, señor, hai tambien mucho de cierto, pero no es aplicable al caso presente; y usted que conocia la conciencia de sor Ursula, que sabe indudablemente muchos de los incidentes de la vida de mi infortunada tia, puede hablar con mi maestro que se encuentra presente, y cuya aprobacion tengo, confiando mucho en ella, y él le dirá si mi union es o no lejitima, para que usted en seguida me condene o absuelva y quite o confirme los escrúpulos de mi segunda madre; inter tanto, yo uso de los privilegios de mi voluntad, y voi con mi esposo y en compañía de mis nuevos padres a ver a mi querida hermana que por su enfermedad no puede estar aquí con nosotros.

Y tomando de la mano a Enrique y a Eloisa, se dirijieron al dormitorio de Mercedes, siguiéndolos Domingo Lopez, Marta, Ceferina, Santiago y Teresa, a todos los que, exceptuados Marta y Ceferina, les importaba bien poco que dijera el sacerdote cuanto quisiera, porque en su opinion Enrique y Luisa estaban lejitimamente casados. Tal es el triunfo que alcanza la virtud y obtiene el mérito.

Bastante larga fué la conversacion de los dos ancianos, pero al fin aparecieron con sus caras risueñas; era, pues, indudable que ambos se encontraban satisfechos; ¿pero quién habia vencido? Esto era lo que iba a revelarse.

Al entrar el sacerdote, miró fijamente a Mercedes; sin duda se habian ocupado mucho de ella; en seguida contempló a la aristocrática Luisa y al proletario Enrique, y una

muestra visible de satisfaccion se notó en el semblante venerable del sacerdote.

Despues de una pausa, dijo el ministro del altar:

—Estoi satisfecho, hijos mios. Las esplicaciones que me ha hecho mi amigo el coronel don Toribio de Guzman, me prueban que la union de ustedes si no es legítima ante los hombres, debe serlo ante Dios; sin embargo, aprobándola yo como particular, no puedo sancionarla como sacerdote, porque la iglesia tiene sus reglas que no nos es dado a nosotros quebrantar y que no lo podríamos, aun cuando lo quisiéramos; pero la manera como ustedes se han ligado es buena, no se opone a ninguna de las leyes divinas y humanas y están en su derecho al seguirla, porque no ofende a nadie, porque se respeta el buen nombre de una familia ilustre por las virtudes de sus antepasados, porque ha libertado del crimen involuntario, direlo asi, a un jóven honrado, intelijente, bueno, y que ha sido y es el sosten y la alegria de sus padres, porque es la justa recompensa que Dios concede a la hija obediente, porque es la satisfaccion de un amor puro, casto, ideal, como hai bien pocos en el mundo y porque el consentimiento dado y el matrimonio sancionado tiempo antes por la bendicion del sacerdote, es de todo punto inmoral, falso y contrario a la naturaleza; pues ese consentimiento ha sido el resultado del engaño, esa bendicion proviene del engaño y todos crímenes cometidos por una parte, e ignorados por la otra, son un doble engaño, y mas que un engaño, otro grandísimo crimen que debe agregarse a los anteriores y que hace imposible bajo todo punto ese enlace; y tan lo hace imposible, que si llegara a realizarse por alguna circunstancia, seria este el mayor de todos los crímenes; pero si esto es verdad, hai que considerar que no se disuelve religiosa y socialmente ese vínculo, sin establecer una ruidosa demanda, sin dar a luz acontecimientos que quieren olvidarse y a cuya consideracion se han sacrificado muchos intereses de distinto jénero, y que ya que es

imposible dar este paso; se hace por consiguiente indispensable respetar, social, civil y religiosamente, la union contraida y las obligaciones que le son inherentes, salvo lo que se denomina el *débito* que, en mi concepto, es una prostitucion inmunda.

—Este es nuestro propósito y lo llevaremos a cabo.

—Pues hijos míos, sois unos ángeles y Dios os dará su recompensa aquí en la tierra y allá en los cielos.

—¿Podemos creernos entonces lejitimamente unidos?

—No hai ni pueden haber leyes contra la voluntad, que es lo que constituye la libertad individual, la personalidad humana, esceptuando el caso de hacer mal a otro; y aun mirada la cuestion bajo este punto de vista, todavia le queda el derecho al individuo de preferirse a sí mismo, a no ser que tenga la abnegacion de un santo; y no faltan ocasiones en que esa abnegacion es perjudicial, sin que por esto obre mal el individuo, porque la imprudencia o el error, cuando es involuntario, no establece delito alguno, y aquel adagio antiguo que dice: *Quien ignorantemente peca, ignorantemente se condena*, es un absurdo ridículo.

Me he espresado conforme a mis opiniones, prosiguió el sacerdote, y he tenido la satisfaccion de ver lo que no habia visto en mi vida: un matrimonio espiritual.

—Todavia verá usted otro en el mismo sentido y bajo las mismas condiciones, dijo el coronel, añadiendo: hé aquí mi esposa.

Y se colocó al lado de Mercedes, que lo miró de una manera afectuosa, dulce y suplicante, como se mira a un santo a quien se ruega y de quien se espera.

—Hija mia, yo no puedo darte los deliciosos trasportes del amor, dijo el solitario, porque nuestras edades son distintas y la naturaleza tiene leyes invariables que ningun poder humano puede quebrantar; lo único, pues, que te ofrezco es la proteccion de un padre bajo el título de esposo, y lo único tambien a que te es dado aspirar por ahora

es la tranquilidad de tu espíritu, asegurando el porvenir de tu hijo; pero no dudo un solo momento que conseguirás al fin la felicidad, porque yo no soy la suficiente recompensa para tus virtudes, ni el suficiente galardón debido a tus méritos, sino únicamente un instrumento puesto por la Providencia para que más tarde obtengas el verdadero premio, la dicha que te aguarda, a la que eres acreedora y que ella indudablemente te prepara... Yo no puedo vivir mucho, hija mía, y presiento el término de mi carrera por lo poco que me queda que hacer, porque ya no puedo ser útil, porque mi misión está casi concluida.

—Señor, lo último que usted acaba de decir, sería mi mayor desgracia, porque en cuanto a lo primero, es la recompensa más grande que Dios pudiera acordarme, pues ya me siento feliz y sé que lo seré toda mi vida a su lado.

—Y al lado de Luisa, hija mía.

—¡Verdad! verdad! ¡al lado de mi Luisa! ¡qué dicha!

—Y para no separarnos jamás, repuso alegremente la encantadora joven, que permanecía siempre tomada de la mano con Enrique.

—Veo que todos sereis felices, dijo el sacerdote como inspirado, y de hoy en adelante la paz del Señor será con vosotros.

En seguida hizo que se dieran la mano el coronel don Toribio de Guzmán y Mercedes López, echándoles la bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.....

El regocijo que todos experimentaron en ese momento se transmitió hasta Eloisa, que bañada en lágrimas, pero en esas lágrimas deliciosas que muchas veces nos hace verter la felicidad, abrazó a Mercedes con un placer y una ternura indecibles, y le dijo:

—No sé cuál de todos aquí es el más dichoso, pero en cuanto a mí el peso de la alegría casi me sofoca, casi me ahoga! Cuán feliz sería yo si muriera en este momento!

—No hables así, Eloisa; ¿por qué desear la muerte cuando el alma está satisfecha? Y si te encuentras tan gozosa al ver el resultado del beneficio que nos han hecho, porque después de Dios, todo o casi todo te lo debemos a tí, ¿por qué dudar de lo mismo que ya se experimenta y no suponer que la alegría será mayor andando el tiempo? Tú has sembrado ya y solo te resta recoger la cosecha; has hecho el trabajo, es preciso gozar del fruto: después de la batalla está el triunfo.

—Mercedes, ya he recogido la cosecha, ya he gozado del fruto, ya he conseguido la victoria y esto es lo que me produce el goce actual resultado de mis buenas acciones; réstame ahora espiar las malas...

—¡Las malas! Pero eso es imposible, Eloisa. Una persona de tus sentimientos y que practica la virtud de la manera que tú lo haces, no puede delinquir, no puede haber delinquido.

—Te equivocas, amiga mía, tú no conoces mi vida... mas tarde la conocerás... ahora no es el momento a propósito... gocemos este día.

Y Eloisa se separó de Mercedes para ir a felicitar a Enrique y a Luisa, así como al solitario y a los demás miembros de la familia, sin escluir a Santiago y Teresa que eran mas antiguos conocidos de la casa que ella, aun cuando era indudable que ella ocupaba un lugar preferente.

Después, dirigiéndose al sacerdote, le dijo en voz baja:

—¿Podré contar con los auxilios de usted en un momento dado?

—Siempre y en todos, hija mía, respondió el viejo ministro del altar, mirando con curiosidad a aquella jóven que en circunstancias como estas le hacia una pregunta que denotaba una gran tristeza y un funesto presajio.

Nada turbó, empero, la alegría de todos en aquel dichoso día cuyas horas corrieron con una velocidad extraordinaria, hasta que llegada la noche, el ruido de un carruaje que se

paraba a la puerta los hizo estremecer. Era el coche que debia conducir a Enrique a Valparaiso.

La despedida no fué tan triste como era de esperarlo, porque todos contaban con la seguridad de volverse a ver pronto y libres ya de toda zozobra.

Solo Eloisa al dar su último abrazo a Enrique, le dijo:

—Dios quiera que seas el mas feliz de los hombres... ya no te veré mas, no olvides a tu Eloisa... Adios para siempre...

Al mismo tiempo que los caballos partian al trote largo llevándose a Enrique, Eloisa silenciosa y mística se deslizaba como una sombra por la calle de Breton, alejándose con paso precipitado de aquella casa donde estaba su única familia, las solas personas a quienes habia amado sinceramente en el mundo y las únicas que la habian hecho sufrir y gozar, pero a las que debia la conformidad, la tranquilidad de su conciencia, el arrepentimiento de sus faltas, la reje-neracion de su vida y el aprecio de sí misma.

Quince dias despues el coronel don Toribio de Guzman se instalaba con su esposa en casa de Luisa y el sarjento Lopez y Marta regresaban al conventillo de la calle de San Pablo con gran satisfaccion de sus moradores que los recibieron en triunfo envidiable recompensa de las almas caritativas que siempre y por todas partes cosechan la afec-cion a despecho de la comun ingratitud.

Fin de Eloisa.

I.

Ya se habia esparcido por la sociedad santiaguina, tan ávida siempre de novedades, la noticia de la aparicion del coronel don Toribio de Guzman que habia sido repuesto en la efectividad de su grado por el jóven presidente de la república, cuyo aprecio se habia captado; de modo que afluyeron en gran número las visitas a casa de Luisa, bajo el pretesto de darle el pésame, pero en realidad para ver al viejo coronel, sobre el que se decian muchas historias a cual de ellas mas extravagantes, y tambien para informarse de los novios; pues corria en los aristocráticos salones de la chismosa capital, el rumor extraño de que no hacian vida comun, permaneciendo Guillermo y Luisa completamente separados, aunque en una misma casa, guardando las apariencias del buen tono, o aquello que se llama jeneralmente las conveniencias sociales.

Severa y Amable, personajes que figuran al principio de esta historia, interesadas en atraerse a Guillermo, lo mismo que las hijas de don Pastor de los Monasterios en cautivar a Enrique, fueron unas de las primeras que visitaron a Luisa, mostrándose mas cariñosas, mientras mayor era la envidia y el despecho oculto que sentian, siendo las principales que difundian en todo el vasto círculo de sus relaciones infinidad de anécdotas sobre la escentricidad de Luisa; pero cuando supieron la separacion de Guillermo, es decir, que el jóven y su madre habian vuelto a ocupar

su casa en la calle de las Monjitas, quedando Luisa en la suya, duplicaron sus visitas, subiendo por mucho los quilates de su amabilidad, para ver si podían averiguar la causa de aquel fenómeno tan extraño, pues era inconcebible que en plena *luna de miel* se viese esa indiferencia, o mas bien, ese raro abandono, tanto mas cuanto que el incuestionable mérito de Guillermo, del que nadie podía dudar, siendo reconocido en todo Santiago, hacia presumir que el reciente matrimonio seria el mas feliz, teniendo como tenia muchas condiciones favorables para serlo así, y principalmente la fortuna.

Luisa conocia a dónde querían venir a parar aquellas antiguas amigas, y eludia sus preguntas con respuestas oscuras y evasivas, tratando de cerrar la puerta a la curiosidad de Severa y Amable, sucediéndoles otro tanto en casa de Guillermo que, como es de presumirlo, tenían mayor interes que Luisa en ocultar sus cosas; de manera que no sabiendo lo que acontecia de positivo en el interior de aquellas familias, inventaban Severa y Amable historietas que hacían circular como verdades, echando en ellas un granito de maledicencia, por darles únicamente ese picante tan necesario para animar en parte la vida ociosa de la jeneralidad de las personas que se dicen entre nosotros aristócratas.

Pero si habia escitado la curiosidad el casamiento de Guillermo con Luisa y su separacion tácita, mucho mas la despertó el matrimonio del coronel con Mercedes tan luego como fueron a habitar la casa de Luisa, cuya noticia se esparció por todo Santiago esa misma noche, haciéndose versiones distintas.

Como era de esperarlo, unas de las primeras personas que supieron la nueva, fué Guillermo y su madre, sobresaltándose extraordinariamente ambos, porque era fuera de duda que estaban descubiertos y que en vista del horroroso crimen cometido por Guillermo, tratarían de perseguirlo

y quizá se presentarían judicialmente en contra de él, ya fueran unos o ya fueran otros, conviniendo acallar a toda costa un asunto rodeado de tantos peligros para Guillermo, tanto mas cuanto que habia vuelto a aparecer el sarjento Lopez y se sabia que Enrique se habia fugado de la penitenciaría y debia permanecer oculto en Santiago; de manera que de un momento a otro caería quizás la tempestad mas terrible que nunca, presentándose ahora mas amenazante que la vez primera, pues contaba con nuevos y poderosos elementos, tales como el coronel don Toribio de Guzman y la aristocrática e influyente Luisa Valdes, cuyo carácter decidido y enérgico cuando queria, era capaz por sí solo de hacerles mucho mal, reduciéndolos a la pobreza y a la ignominia; así es que Guillermo y su madre temblaron, porque era indudable que dejasen ya de estar en posesion de todos los secretos el marido y la amiga de Mercedes, resolviendo en consecuencia salir en el mismo dia de Santiago y encerrarse en la mas distante de sus haciendas, dejando al astuto Tomas el encargo de tenerlos al corriente de cuanto sucediese en la capital.

Esta fuga precipitada salvó a Guillermo de un nuevo y desagradable lance, porque a pesar del gran prestigio que gozaba entre los principales sujetos del partido triunfante, no le era posible al juez del crimen desentenderse por completo de aquel proceso en que desempeñaba Guillermo un papel de consideracion, y lo mandó citar para que compareciese al juzgado; pero su ausencia le sirvió de mucho, porque mas tarde poderosas influencias acallaron aquel asunto, reduciéndolo todo a una pena pecuniaria que se tuvo cuidado de hacer aparecer, mas bien como una dádiva que como un castigo, pues se dijo que el arrepentimiento de una calaverada de jóven habia sido causa de que Guillermo practicase un acto de espléndida caridad.

Para un fin distinto, pero procedente del mismo asunto, se citaba tambien a Eloisa, siendo como a Guillermo impo-

sible encontrarla, pues hasta la misma familia Lopez ignoraba dónde estuviese, no habiéndola vuelto a ver desde la noche en que habia partido Enrique para Valparaiso, cosa que extrañaba sobremanera y que tenia a todos mui tristemente preocupados, sabiendo como sabian los padres de Enrique el afecto que tenia por su hijo y que les revelara en aquella hora de angustia en que estaba éste para suicidarse, y con el solo fin de probarles que se interesaba lo mismo que ellos en la salvacion del jóven, lo que hacia que se perdieran en mil y mil conjeturas, hasta el punto de llegar a persuadirse que talvez, arrastrada por el cariño, se habria ido oculta a Valparaiso para acompañar a Enrique, y en realidad, no iban tan distantes de la verdad en estas suposiciones, porque Eloisa habia tenido el mismo pensamiento, pensamiento que a fuerza de lucha habia conseguido vencer, aun cuando no tuviera la intencion de seguir a Enrique, sino únicamente el triste placer de verlo hasta en los últimos momentos de embarcarse.

El objeto para el que Eloisa era tan activamente buscada por el juez del crimen, no era otro que darle la parte que le correspondia en la distribucion de los bienes de la tia Anastasia, cuya gran mayoria habia sido destinada para las casas de beneficencia, reservándole a Eloisa las sumas procedentes de los contratos; pero siendo imposible encontrarla, el juez mandó que se depositase ese dinero a la orden de la jóven para que le fuese entregado en cuanto se presentase ella o sus herederos lejítimamente comprobados, dando en los periódicos el correspondiente aviso.

II.

Eloisa, entregada esclusivamente a sus pensamientos, llena, se puede decir así, de su vida anterior y de su vida presente, no viviendo ya mas que de afectos tiernos y de amargos recuerdos, avergonzada de su pasado, conmovida en la

actualidad y no teniendo otra esperanza que en su triste y próximo porvenir, pues poseía la certidumbre de su cercano fin; Eloisa, decimos, no se fijaba en la fortuna que ella había tratado de adquirir para labrarse lo que en el mundo se llama independencia, sino que el curso de sus ideas había por completo cambiado de rumbo. ¡Qué independencia podía desear ya, cuando su existencia estaba tronchada, cuando tenía la seguridad de morir, y cuando deseaba morir! ¡Qué les importa el dinero a los que están próximos a bajar al sepulcro! Ni de qué sirve tampoco a las almas de grandes afectos o de grandes pasiones, a las inteligencias que conciben grandes ideas! Los genios, cualquiera que sea su naturaleza, no trabajan por la fortuna, sino que siguen el instinto divino de que han sido dotados! La riqueza está hecha para esas mediocridades de que se compone la humanidad en jeneral; pero es preciso confesar que, a despecho de esta preocupacion universal, hai algunas escepciones a quienes no ha invadido o corrompido el espíritu del siglo.

Nosotros sabemos, y lo sabemos por experiencia propia, y por la experiencia jeneral, que lo solo que en nuestra época se acata es la fortuna; (1) pero ¿impide esto acaso que existan almas superiores? No negamos que esa corruptela gane terreno; pero ¿dejarán por esto de haber personas que prescindan completamente del lucro? Sabemos anticipadamente la risa sardónica que causará esta proposicion en la gran mayoría de los hombres que se consideran de mundo y que hacen ostentacion de su eximia capacidad y de sus prácticos conocimientos; pero ¡por Dios! se tratará de idiotas, se considerarán como locos a las escepciones? ¿Dónde iríamos entonces a parar! Si fuera así no habría un hombre mas estúpido que Jesucristo, que no solo despreció la fortuna, sino que se hizo el redentor de la humanidad a costa de su

(1) Y a tal punto llega esta preocupacion, que, si esta novela ha tenido o tiene alguna aceptacion, se lo debe principalmente a los veinte mil pesos que se dice haber ganado su autor, pues talvez de otra manera habria causado la risa del desprecio.

vida! Si fuera así ¿en qué categoría colocaríamos a las primeras lumbreras de la especie! ¿Dónde irían a parar los santos, los sabios, los filósofos!

Eloisa no pensaba, pues, en la fortuna; ajena completamente a todo otro interés que el de sus afecciones, no había recordado esa parte del proceso de la tía Anastasia para ir a reclamar donde el juez el dinero que le correspondía y que el mismo doctor Sazie le dijera de contarle seguro y ni había visto siquiera el periódico en que se le llamaba.

La noche de la partida de Enrique ella había llegado a su casa muy triste, tan triste, que sus fieles sirvientes se alarmaron temiendo que le hubiera sucedido alguna desgracia; pero Eloisa las tranquilizó diciéndoles que nada tenían que temer, porque nada le había sucedido de desfavorable, sino que, por el contrario, había conseguido todo cuanto deseaba; pero que desengañada completamente del mundo quería vivir completamente retirada sin ver alma viviente hasta que Dios dispusiese de ella.

Las dos criadas le hicieron presente que el señor ministro había venido repetidas veces y que parecía muy contrariado de su ausencia. Eloisa se sonrió tristemente y dijo a sus fieles compañeras:

—He engañado a ese caballero: esto era indispensable para mis planes; pero ahora no existe ya motivo alguno para obrar de la misma manera y será necesario decirle la verdad. Mañana le llevareis una esquela de mi parte.

—¿Qué feliz va ser, porque nos parecía que sufría!

—Lo siento verdaderamente.

—Pero ya verá usted lo contento que se presentará.

—No es mi ánimo llamarlo, sino decirle que no vuelva más y que me perdone el haberlo ofendido.

—¿Y por qué, señorita? Parecía tan bueno ese caballero!

Eloisa no contestó a las reflexiones de sus sirvientes, sino que les dijo:

—No estoi para nadie. Hasta mañana.

Esa noche la pasó en vela, entregada toda entera a sus tristes pensamientos: sufría y gozaba alternativamente, estaba satisfecha y arrepentida, hallaba placer en su dolor y dolor en su placer, pero no tenía esperanzas, y para el que no tiene esperanzas no hai otro refugio que la muerte; ¿de qué sirve una vida sin objeto, sin fin, sin estímulo?

Al día siguiente, a pesar de la fiebre que la devoraba, escribió al ministro la carta siguiente:

"Señor:

"Pido a usted perdon por haberlo engañado.

"Yo me he presentado a usted como una mujer virtuosa no siéndolo y he abusado de su credulidad.

"El jóven por cuya libertad tanto me interesaba, no era mi hermano, pero tampoco era mi amante en la acepcion que se da jeneralmente a esta palabra.

"Hacia tiempo que habia prometido arrepentirme y he cumplido con mi juramento; pero lo mismo que me salva me mata: este arrepentimiento que me ha traído la paz me arrebató la vida.

"Muerdo víctima de una pasión noble pero desgraciada: compadézcame sin odiarme.

"Yo rogaré a Dios por usted, que ha sido el salvador de Enrique y dígnese perdonar a su infeliz

ELOISA MENDIZABAL."

El ministro recibió esta carta, que le causó un verdadero pesar, y trató de presentarse varias veces en casa de Eloisa, pero otras tantas no fué admitido a pesar de su insistencia y de sus súplicas. Viendo que todo era en vano se resolvió a escribirle esta pequeña esquela:

"Señorita:

"Su carta me revela su mérito.

"Lo único que tengo que perdonar es su cruel negativa para verla.

"Yo soi el que verdaderamente ha faltado, porque queria abusar de su posicion.

"Usted me ha hecho comprender mi deber y vuelvo a él.

"Usted me ha curado de mis pasados descarríos y se lo agradezco.

"No desespere usted; trate de vivir y al fin encontrará el alivio de sus males, que desde luego le desea de corazón su atento y S. S...."

Cuando Eloisa recibió esta respuesta, dijo:

—No deja esto de ser una satisfaccion. Pero luego volvió a su estado de abatimiento, del que no habia nada que la sacara.

El mal de Eloisa se agravaba visiblemente y el estado de su salud se hacia cada dia mas alarmante, hasta el punto que sus dos buenas sirvientes le dijeron:

—Es indispensable, señorita, llamar un médico.

—No, hijas mías, les contestó Eloisa, mi enfermedad es de otra naturaleza y mi remedio no está en la vida sino que está en la muerte.

—¡Por Dios! No diga usted eso. Y las dos muchachas se echaron a llorar.

—No hai por qué aflijirse; lo que ustedes miran como un gran mal, es para mí un gran bien.

—¡Un gran bien! ¿Y qué seria de nosotras?

--¿De ustedes? Lo que ha sido hasta aquí: Dios las ha protegido y seguirá protegiéndolas.

—Usted, señorita, es el único consuelo que tenemos.

—A nadie falta el Señor, y yo tendré cuidado de que no queden desamparadas.

Aquellas dos pobres criaturas amaban verdaderamente a la mujer perdida que les habia servido de madre y que las trataba casi como hermanas, llevando sus cuidados hasta ocultarles cuanto le era posible sus estravíos, a tal grado que jamas se figuraron que estaban al servicio de una me-

retriz; sin embargo, Eloisa les pidió perdón del mal ejemplo que podía haberles dado involuntariamente, dándoles al mismo tiempo saludables consejos.

La naturaleza no resiste mucho a ese estado de absorción del espíritu y Eloisa cayó gravemente enferma sin poder ya levantarse de la cama. Cuando se vió en ese estado y que según ella no había ya esperanzas, suplicó a sus dos compañeras de ir a buscar al anciano sacerdote, capellán del monasterio de... que había bendecido la unión del coronel don Toribio de Guzman y de doña Mercedes Lopez, y a quien había suplicado en aquel feliz día, de ayudarla cuando ella lo necesitara.

El buen ministro del altar no se hizo esperar: siempre estaba dispuesto a volar en auxilio de los afligidos, y su mayor felicidad consistía en arrancar el dardo de la desesperación a las almas doloridas, preparando el espíritu, encaminando dulcemente hacia Dios que es el manantial inagotable de todo consuelo.

Cuando el buen sacerdote vió a Eloisa la reconoció en el acto, pero quedó muy sorprendido al ver aquel cambio tan grande en tan corto tiempo; así es que le dijo con dulzura:

—Es preciso, hija mía, que sus sentimientos hayan sido demasiado profundos y sus dolores demasiado agudos para que la hayan reducido a este estado.

—Así es, padre mío.

—Son las pasiones y no las enfermedades las que han debido destrozarla, porque solo ellas arrebatan con tanta violencia y dejan huellas tan hondas y tan incurables...

—Usted ha adivinado, señor.

—¡Ai! hija mía, ¡quién no conoce sus estragos! Dichosos aquellos que han sufrido; pero mas dichosos los que han sabido vencerse y que al fin han triunfado.

—No les es dado a todos ser de los últimos.

—Yo no critico ni al que muere ni al que vive: tal vez son ambos dignos de misericordia y de alabanza; pero me

gusta la fortaleza, admiro la lucha, porque sé que la victoria solo la alcanza la enerjia.

—Tambien los que sucumben combaten.

—Pero no han tenido quizá el suficiente ánimo, la suficiente confianza en Dios, la suficiente resignacion, la suficiente esperanza...

—Dice usted verdad, señor, a mí me ha faltado lo último.

—¡Ail hija mia, este es uno de los motivos mas frecuentes por que el hombre se pierde.

—Pero cuando falta la esperanza, señor, ¿qué es lo que nos queda? En este caso, ¿no vale mas morir?

—Hai esperanzas de esperanzas, hija mia: la esperanza en Dios es mui distinta a la esperanza de nuestras pasiones, de nuestros deseos, de nuestras aspiraciones. El hombre no vive solo de este mundo sino que vive de la eternidad; no vive de la carne, sino que vive del espíritu, y el espíritu es preciso que vaya mas allá, que se remonte mas alto, que suba hasta su oríjen.

—No se llega tan fácilmente a ese grado de reflexion y de santidad.

—De un salto no; pero poco a poco sí.

—Ya es tarde para mí.

—Nunca es tarde para Dios.

—Este es el motivo por que lo he hecho a usted llamar.

—Bien, querida hija; a todos nos recibe el Señor. ¿Qué es lo que desees?

—Hacer a usted la esposicion de mi vida, abrirle mi corazon para que lea en él, y si mis faltas no son de aquellas para las que no hai perdon, se sirva usted acordármelo dándome su santa bendicion y cumpliendo con las últimas voluntades de un moribundo.

Eloisa se detuvo conmovida y fatigada: conmovida por lo que iba a revelar al confesor, y fatigada por aquel grande esfuerzo.

—La escucho a usted, hija mia, suplicándole no se turbe, porque mi único atributo es perdonar y no castigar; porque si vengo a desempeñar el papel de juez, es de un juez lleno de misericordia, lleno de bondad y que siempre perdona... que siempre tiene conmiseracion y se hace cargo de todas las flaquezas, de todas las debilidades del hombre...

—Así lo he comprendido, así lo comprendo, así lo creo y así lo espero.

Eloisa principió su confesion.

El sacerdote con su vista fija en el cielo oía a su penitente sin inmutarse.

Cuando Eloisa, despues de dichas sus culpas, hizo una relacion sucinta y sin pretensiones de lo que habia motivado su arrepentimiento y de lo que habia motivado su amor, el sacerdote se estremeció y sus ojos vertieron algunas lágrimas. ¡Quien sabe si no habia alguna analogia entre ambas existencias! ¡quién sabe si él no habia en su juventud experimentado los mismos dolores y encontrado la calma, allí donde no la habia buscado Eloisa, es decir, en la religion, en la aspiracion y consagracion a Dios!

El santo varon le dió su absolucion, diciéndole:

—No necesitabas el perdon del hombre, pues ya debias haberte adquirido el perdon de Dios, porque El no deja nada sin recompensa.

Has hecho mucho bien, y el que ha hecho mucho bien debe tener tambien mucha gloria.

Lo único que siento es que te hayas abandonado al dolor cuando todavia podias ser dichosa como yo lo he sido.

—¡Dichosa! ¿y de qué modo?

—¿Lo deseas? Aun puedo salvarte.

—Imposible, señor, imposible... ya es demasiado tarde.

—Nunca es tarde para orar y consagrarse al bien del prójimo: este es el verdadero camino del cielo y por él se llega tambien a la serenidad del espíritu: tras la tormenta viene la bonanza, y la paz del Señor es el premio del justo.

—Pero cómo conseguirlo?

—Vive, hija mia, no ya para tí.... pero sí para tus semejantes.

—¡Y el dolor incesante que me mata!... Por otra parte, ¿cómo renunciar a la dicha que experimento en la agonía? Porque ha de saber, señor, que toda mi felicidad consiste ahora en morir.

—Ese no es mas que egoismo: trabaja por vencerte y conseguirás la victoria llegando talvez a serle útil al mismo joven a quien amas y por quien mueres.

—¿Lo cree usted, señor? exclamó Eloisa, animándose sus facciones, pero luego añadió: Enrique no me necesita ya, él es dichoso y su dicha es todo mi consuelo.

—¿Quién sabe lo que pueda suceder! Pero hai un medio para que aun seas feliz.

—¿Cuál?

—La caridad es una fuente inagotable de dulces e imperecederos consuelos. Tu alma está llamada a beber en esa fuente; tus acciones me lo prueban, y bien poco costaria ensayar. Si despues de haber tanteado esta senda vienes donde yo estoi y me dices: "El remedio es ineficaz" entonces te diré: "Muere"; pero antes es preciso ensayar.

—Veamos, señor, aun cuando me encuentro ya demasiado débil.

—Estás mas débil de espíritu que de cuerpo; reforzando el primero se corregirá el segundo.

—Espero que usted me diga cómo debo de obrar.

—Muere para tí y vive para los otros, te he dicho, y esto lo conseguirás entrándote de monja de caridad, que al fin llegarás a vivir por tí misma y para tí misma, porque no hai nada que robustezca el espíritu como la abnegacion y el sacrificio que al fin se trasforman en dicha, porque el amor al prójimo es el amor de Dios, y el bien hecho a su semejante se hace nuestro bien y redunda todo en nuestro provecho: es un rocío que vivifica el corazon, alegra el es-

plritu y cada dia desprendiéndose de las pasiones de la carne nos aproxima mas y mas al Señor.

Esta proposicion del buen sacerdote tomó mui de nuevo a Eloisa y se puede asegurar que le agradó, porque dijo al viêjo capellan con dulzura:

—Hágame usted el favor de volver mañana, señor, y tendrá usted mi determinacion.

Que Dios te ilumine, hija mia, y premie tus virtudes acá en la tierra como las premiará indudablemente en el cielo.

III.

Ah! Si nos apresurásemos tanto para hacer una buena accion como nós apresuramos para adquirir la fortuna! ¡Cuánto no ganarian los desgraciados! Pero jeneralmente esto es lo que mas se descuida, y cuando llega a hacerse, se deja para lo último, para cuando háya tiempo de sôbra y que no exista hoi un placer frívolo a quien darle la preferencia! Afortunadamente el buen sacerdote no era de este número y lo primero que hizo al dia siguiente fué encaminarse a la casa de Eloisa, porque comprendia que aquella alma necesitaba de un apoyo y de un consuelo inmediato antes que la ganase por completo el desfallecimiento moral que la abrumaba; así es que llegó cuando la angustiada jóven todavia no lo esperaba.

—He venido temprano, dijo, porque creia y creo que mi visita no te será indiferente.

—La visita de un santo siempre llega a tiempo porque es siempre un alivio.

—¿Cómo te sientes, hija mia? ¿Te encuentras mejor?

—Mejor, mucho mejor, señor, porque sus palabras me han reanimado, porque su consejo me ha dado alguna esperanza.

—¿Has pensado lo que te he dicho?

—Mucho, muchísimo.

—¿Y qué has hallado?

—He encontrado que aun puedo ser útil y que talvez esto me dé la vida del alma, que es la que habia desaparecido para mí, que es la que solo necesito.

—Asi es, hija mia: en la caridad se encuentra la vida del alma, la vida de los afectos, porque se ama a Dios y se ama al prójimo.

—Y podré servir algun dia a Enrique, ¿no es verdad, señor?

—A él como a todos.

—¿Y qué es preciso hacer, señor?

—Lo primero es restablecer la salud, porque el trabajo de una monja de caridad es duro, mui duro y se necesita tanto de la fuerza del cuerpo como de la fuerza del alma.

—Ahora estoi dispuesta.

—Trata, pues, de adquirir lo que has perdido, que yo me encargo de lo demas, y en quince dias o un mes todo quedará arreglado; pero es necesario un propósito firme y una voluntad decidida.

—Creo tenerla, señor; pero tambien seria mui conveniente que usted me fortaleciese con su presencia y con su consejo para llegar a tener su conviccion y su fé.

—Mi presencia y mi consejo son tuyos, te lo prometo; yo vendré diariamente a verte y me empeñaré por sanar al cuerpo y al espíritu.

Eloisa encontró una gran satisfaccion en aquella promesa, porque tenia la seguridad que aquel santo varon con su mansedumbre anjelical y sus palabras llenas de consuelo y de esperanzas, borraría en su corazon un amor para que naciera otro amor que al fin debia suplantar por completo al primero.

La hábil asistencia del anciano capellan del monasterio de... y sus cuidados de todo jénero, contribuyeron mucho para restablecer a Eloisa, que al fin del término fijado se

encontraba en completa salud y su alma un tanto mas tranquila, porque el digno sacerdote habia sacado provecho de las propias acciones de Eloisa, de su propio amor, para amortiguar poco a poco la intensidad de su fuego; pero tomó una via opuesta a la que cualquiera otro habria seguido, pues lejos de combatir aquel afecto que nada tenia de criminal, sino que por el contrario habia sido causa de una conversion, le hablaba constantemente de él y lo dirigia sin extinguirlo; pues sabia que las pasiones, lejos de ser un mal, son el bien mas grande cuando se las conduce hácia un buen fin, cuando se las encamina hácia la virtud.

Un dia llegó el sacerdote mas temprano que de costumbre y le dijo: "Amiga mia, todo tropiezo está allanado y puedes desde mañana tomar el respetable y querido hábito de la monja de caridad. Dios te ha concedido como un premio este nuevo bautismo para elevarte ante tus propios ojos, para rejenerarte ante la sociedad, porque ya no serás para nadie, aun cuando se supieran tus faltas, un objeto de desprecio, sino un objeto de veneracion, porque el vestido de esa sierva del Señor es el emblema del desengaño, del arrepentimiento, de la humildad práctica y de la caridad abnegada que no espera recompensa alguna por su sacrificio constante, a no ser la que le es permitido tener a todo hombre que levanta su corazon hácia Dios: la recompensa de la vida eterna.

Ese mismo dia hizo Eloisa la reparticion de todos sus pequeños bienes sin guardar nada para sí, salvo la suma exigida por la congregacion de las hermanas de caridad para el fomento de sus pequeñas y mas indispensables necesidades; y cuando hubo terminado estos arreglos, cuando dejó asegurada la subsistencia de sus dos fieles sirvientes, dijo a su director: "Ya estoi dispuesta, señor: pero usted que me ha salvado de la muerte debe conducirme en la vida. Mis primeros pasos serán débiles y vacilantes y necesito un sosten para no caer. Usted, a quien he revelado mi corazon y que

comprende toda su flaqueza, es el que me evitará los desfallecimientos propios de la convalecencia."

---Yo te ayudaré, hija mia, contestó el digno sacerdote; pero ten la seguridad que Dios está ya contigo y que no te dejará caer, porque él te sostendrá.

—Es verdad, señor, que siento en mí como un nuevo espíritu, que me anima una especie de entusiasmo, que veo en lontananza un horizonte lleno de fulgores, que vuelvo a la vida bajo una faz distinta, que amo como nunca he amado, porque amo a los desgraciados y experimento el fuego divino de ese cariño sin límites por todos los que padecen, sufriendo únicamente por no ser capaz de aliviar tantos dolores como deben existir sobre la tierra, de consolar a tantos aflijidos, de enjugar tantas lágrimas.. Ah! señor; ¡qué manantial inmenso de dicha se encuentra en la caridad! Yo no lo conocia, no lo habia previsto... ¡Cómo será cuando se entre en la práctica! ¡Qué de noches deliciosas no debe uno tener al hacer en la hora de acostarse el exámen de su conciencia y ver el bien que ha ejecutado y el que piensa ejecutar al dia siguiente! Al contemplar los dolores, las miserias, las desgracias de distintos jéneros que ha podido de algun modo disminuir! Señor, señor, ¡cuántos placeres desconocidos para el mundo, cuánta gloria ignorada, cuánta felicidad pasa desapercibida para el hombre! ¡Y decir que es usted el que, arrancándome de la muerte me da esta nueva vida! Pero usted debe sentir ya la recompensa! Esa recompensa que mas tarde debe llegar tambien para mí, porque espero en Dios que se me proporcionarán ocasiones iguales para hacer con otros lo que usted ha hecho conmigo!

—Hija mia, veo con delicia que vas mas allá de lo que yo creia, que alcanzas mas allá de lo que yo pensaba, que llegarás al punto donde yo no he conseguido llegar: tanto mejor para tí, porque mayor será tu deleite y mas pura y grande tu gloria. Empero, debo hacerte una sola advertencia, aun cuando tengo la seguridad de que me sobrepues en

todo; sin embargo, los primeros pasos, como tú misma lo has comprendido, no son nunca firmes, sino que necesitan de un sosten y algunas veces de un guia; por tanto, voi a prevenirte de una sola cosa, de un solo desliz en que jeneralmente caen las almas buenas, y este escollo es el escollo de la gratitud. El bien debe hacerse, hija mia, sin ningun interes, sin ninguna ambicion, ni aun aquella de que nos lo reconozcan, pues en tal caso ya pierde todo su perfume, toda su elevacion, todo su mérito, toda su grandeza; porque al acreedor que presta con interes no se le debe servicio alguno ni tiene a él derecho el que menor desde el momento que se le satisface: esto mismo sucede a los que, por sus favores, esperan la gratitud de aquellos a quienes se los hacen; y desde el momento que la accion ha obtenido su recompensa, ¿qué mas se puede o debe esperar? Pero aquel que purifica su intencion y practica el bien solo por el bien, ese tiene un premio mayor, un premio esencialmente espiritual y digno del Señor. Con que asi, hija mia, trata de desprenderte poco a poco de las aspiraciones mundanas, para alcanzar a las divinas, que es donde se encuentra la quietud y la dicha del alma.

—Solo me falta, señor, un último deber que cumplir para desprenderme completamente del mundo y aun, si es posible, del amor de Enrique, que siempre me acaricia y que siempre me persigue.

—El amor de Enrique te es saludable, porque ha sido noble y desprendido. Dios no nos manda olvidar a lo que hemos amado cuando la pasion no nos ha inducido al mal, y la tuya, por el contrario, me has dicho que te ha conducido al bien, que te ha apartado de una carrera de perdicion, que te ha hecho practicar acciones jenerosas, en una palabra, que te ha salvado y que talvez es a él mas que a mí a quien debes la santa carrera que piensas seguir, la santa cruzada que vas a emprender contra la desgracia y miserias de tus semejantes; ¿por qué entonces olvidarlo? No, hija

mia, continúa amándolo y ten seguro que ese amor se perderá algún día en el seno de Dios.

—¿Qué religión, señor, es la suya que no condena los afectos, que no contraria las inclinaciones del corazón aun en la vida misma del espiritualismo que usted aconseja? ¿Qué religión es esa tan dulce para seguir y que tanto se conforma con nuestra naturaleza? Si usted me hubiera dicho que no amara a Enrique, que combatiera esta pasión que me iba a hacer morir y que ahora usted ha convertido en elemento de vida, si usted me hubiera aconsejado eso, todo estaba concluido y mi salvación no se habría jamás afectado, pero usted ha sabido conducirme, y sin anatematizar mi cariño lo guía y lo ensalza: tal doctrina es digna de seguirse y la seguiré hasta mi muerte.

—Esa doctrina no es mía sino de Jesucristo, de quien soy el último de sus discípulos... Esa religión de paz, de caridad, de amor, teniendo como complemento a la humanidad, ha sido mal interpretada, pero ella reinará al fin.

—Y nosotros principiaremos a practicarla. ¿No es verdad, señor?

—Así lo espero.

—Desde mañana soy con usted para no separarme jamás del sendero que me ha trazado. Ahora, como le he dicho antes, tengo que llenar mi último deber, tengo que escribir a mis bienhechores, a los padres de Enrique, de quienes es preciso que me despida, puesto que ya no debo vivir para los felices sino para los desgraciados.

—Bien, hija mía, estaré contigo a la hora fijada por la directora, que son las once del día.

—Convenido.

El sacerdote se despidió de su neófito y ella se puso a desempeñar sus últimos quehaceres; y después de haber aconsejado a sus fieles sirvientes, diciéndoles la vida que debían seguir y la pequeña fortuna que les dejaba para la satisfacción de sus necesidades y para que nunca la miseria

las arrastrara en ningun tiempo al vicio a que son conducidas algunas infelices criaturas faltas de apoyo y faltas de alimento, despues de todo esto y de la distribucion equitativa de cuanto poseía, se consagró a escribir la siguiente carta a la madre del jóven a quien solo habia amado en el mundo.

IV.

"Señora doña Marta Garrido de Lopez.

"Señora:

"Sé que usted debe haber estrañado mi ausencia y que seguirá inquieta por ella, pero tranquilícese porque me encuentro sana y salva. Esta inquietud la esperaba de su bondad, así como la espero del señor Lopez, de Mercedes, de la señorita Luisa, del señor don Toribio de Guzman, como tambien de Santiago y Teresa, porque siento que todos me querian y me apreciaban, aunque en grados distintos, como es natural que suceda, segun el lugar que nos haya cabido en suerte, en virtud del mayor o menor mérito de nuestras acciones.

"Yo habia resuelto, señora, morir despues de la confesion que voi a hacerle, pero un digno y anciano sacerdote, el mismo que bendijo la union de Mercedes, me salvó la vida abriéndome una nueva carrera, carrera que he abrazado con gusto y que, espero en Dios, conservaré hasta el fin natural de mis dias; pero esto no me impide hacerle la confesion de mis faltas a la vez que manifestarle mi gratitud por sus beneficios, porque si no he muerto materialmente, he muerto, sin embargo, para el mundo y debo a usted, antes de separarme para siempre, una explicacion de mi conducta, un motivo por que no la acompaño y la causa principal que me habia hecho adoptar una determinacion extrema y funesta, pero de la que, mediante Dios, estoi completamente libre, pues he reconocido mi error y adjurado con tiempo de él.

"Usted recordará, mi querida madre, y concédame el favor de nombrarla así porque me es sumamente agradable, usted recordará que en un momento extremo, de extremo dolor y de extrema angustia, me ví obligada a revelar el secreto que no pensaba descubrir a nadie, que no queria descubrirme a mí misma, porque no era digna de sentir lo que sentia ni de aceptar lo que usted me proponia; pues bien, desde ese momento resolví separarme de ustedes y de él, porque resolví morir; y mi promesa se habria cumplido sin el auxilio, sin el consejo paternal del venerable sacerdote que me ha libertado de mí misma.

"De dónde provenia esta desesperacion? me preguntará usted, y voi a decírselo: esa desesperacion nacia de mi vida pasada. Yo no he sido la mujer honrada, la mujer sin mancha que se presentó a ustedes para captarse su confianza. Yo era una de esas infelices que se arrástran en el lodo inmundo de la prostitucion; pero debo decirlo: mi corazon no estaba del todo viciado, puesto que formé el plan de salvar a ustedes desde el mismo momento que los ví y talvez antes de que los conociera; pero cuando llegué a tratarlos, cuando se me presentó Mercedes, cuando pude apreciar a Enrique, mi determinacion se hizo inquebrantable y por todo el oro del mundo no habria faltado a ella; y si me puse al servicio de la tia Anastasia y de la madre de Guillermo fué con el propósito firme de desbaratar sus planes homicidas; hé aquí mi solo mérito, mérito fácil y que no necesitaba de grandes virtudes sino de una inclinacion benévola, de lo que se llama buen natural; de consiguiente bien poco he hecho y bien poco o nada tienen que agradecerme.

Pero con el trato de ustedes se acrecentó mi aprecio y se acrecentó mi amor; pues a la vez que mas amaba, mas comprendia cuán indigna era; y puedo decirle a usted, señora, que jamas me lisonjeó la menor esperanza, sino que hice la resolucion sincera, la resolucion inmutable de no ser nunca

de él aun cuando hubiera llegado a corresponderme; y sin embargo, por un fenómeno incomprensible, por uno de esos caprichos de que es imposible darse una solución, cuando comprendí que él quería a otra mujer tan digna como él, tan elevada y tan grande como él, sentí que me era indispensable morir y hubiera muerto sin el auxilio del buen sacerdote que, sin contrariar mis afectos, me sacó del error, abriéndome la mas hermosa carrera; pues desde hoy soy ya monja de caridad.

No por esto dejo de amar a Enrique. Mi director y mi padre espiritual me lo ha permitido; pero ahora, aun cuando todavia no he principiado en mi sublime ministerio, siento que lo amo de una manera distinta, porque su dicha hace la mia, porque viviré de su felicidad, sin sombra de la mas lijera amargura, sino que lo recordaré a él, a la señorita Luisa, a ustedes, a Mercedes y al señor de Guzman en mis humildes oraciones, para que cada dia estén mas satisfechos los unos y los otros, dándoles el justo premio que sus virtudes merecen, premio que no les envidio, pues ya yo tengo el mio y el único a que podia aspirar y que Dios se ha servido asignarme.

"Ahora, señora, me resta únicamente manifestarle a usted y a toda su familia mi gratitud profunda, porque a ustedes debo el haber salido de la carrera del vicio. Sin su ejemplo ¿qué hubiera sido de mí? Sin esas virtudes sencillas y sin ostentacion que a cada paso tenia a la vista, ¿dónde me encontraria? Ustedes me han salvado; ustedes han conquistado una alma para el Señor, ustedes han formado a la *madre de caridad* que se propone endulzar muchas amarguras, es decir, que las infelices criaturas a quien yo alivie se lo deberán a ustedes y tendré el gusto de repetirles constantemente sus nombres para que la bendición del cielo, expresada por los labios de los aflijidos y de los menesterosos que son los hijos de Jesucristo, acompañe siempre a toda su familia.

"Perdone, mi querida y virtuosa madre, si la he hecho

sufrir por algun tiempo al no decirle nada de mi pobre existencia; pero espero que ese pesar de unos pocos dias quedará suficientemente indemnizado con el placer que debe causarle la noticia de mi nuevo estado y de mi nueva vida.

"¡Para qué hablarle ahora de cada uno en particular, pues debe presumir que a todos los tengo en mi corazon y que por todos ellos rogaré al Señor, asi como espero que lo hagan por mí!

"Su adoptiva y amante hija

"ELOISA MENDIZABAL."

"P. D.—Desde mañana dejo el nombre con que firmo esta despedida para tomar el de Dolores".....

.....

Al dia siguiente entraba Eloisa a desempeñar el noble rol de la *hermana de caridad*, siendo recibida en la congregacion con sinceras demostraciones de júbilo, pues habian precedido las recomendaciones del santo sacerdote.

La madre Dolores fué desde el primer momento la mas abnegada, la mas humilde y la mas útil de aquel hermoso plantel del cristianismo, no habiendo querido nunca aceptar ningun grado de distincion o de honor a que la hacian acreedora sus virtudes, prefiriendo siempre el mas difícil, el mas peligroso y el mas duro de los oficios o de los deberes a que están consagradas; asi es que era citada como un modelo, no levantando jamas la menor envidia, sino únicamente la admiracion y el amor de sus hermanas, la admiracion y el amor de los pobres y de los enfermos a quienes socorria y aliviaba.

Dios tiene consuelos para todas las almas que, arrepentidas de sus faltas, quieren sinceramente corregirse.....

.....

Impresiones de viaje.

I.

Enrique habia partido felizmente. Ningun tropiezo halló en Valparaiso que lo detuviera, y el vapor, zarpando al dia siguiente, lo alejó de las playas chilenas sin mas anuncio (porque por precaucion tomó un nombre distinto) que dos pequeñas esquelas dirigidas a sus padres y a su maestro, yendo en esta última el mas afectuoso recuerdo para Luisa.

Mucho tiempo habia que esperar antes de recibir nuevas de Enrique; empero él, con esa solicitud del amante y con ese cariño del hijo y del hermano, mandó sus cartas de todos los puntos en donde se detuvo el vapor, incluyendo a Panamá, que fué el último desde el cual escribió hasta su arribo a San Francisco.

Intertanto todas sus relaciones eran felices. Ninguna nubesilla habia turbado por un solo momento los dias bonancibles de todas las personas a quienes amaba.

Luisa era tan feliz como podia serlo estando Enrique ausente; pero llena de una confianza ilimitada, teniendo la seguridad de ser amada como ella comprendia el amor, estando al lado de su amiga y de su maestro, personas que siempre se ocupaban de su amante, o mas bien dicho, de su esposo, poseyendo fé en el porvenir, encontrándose rodeada de personas que la afeccionaban, desempeñando siempre el papel de Providencia en su esfera de accion, ¿qué mas podia desear mientras no viniera el complemento de la dicha que estaba segura llegaria?

Mercedes y el solitario por su parte, pero especialmente la primera, gozaba de una calma que hacia mucho tiempo no experimentaba; tenia a mas de esto el amor por su hijo, el culto por su marido, siendo tambien el centro de mil cariños prodigados con profusion por sus padres y por su amiga. ¿Cómo esperar, pues, una felicidad mayor? Jamás habia creido llegar al grado a que había alcanzado, y le daba gracias a Dios.

¿Y qué diremos del sarjento Lopez y de Marta Garrido, al considerar a sus hijos sanos, buenos, libres y sobre todo felices! ¿Hai dicha mayor que la de los padres cuando contemplan la ventura de que gozan aquellos seres que la Providencia les confiara, a quienes ellos tanto aman y en quienes tienen cifrado, no ya su porvenir, sino la tranquilidad y la alegría de sus postreros dias?

En una palabra, todas aquellas personas que hemos visto sufrir tanto y tan sin motivo, que hemos visto perseguidas por el vicio y no pocas de ellas víctimas del vicio, que hemos contemplado rodeadas de tantas calamidades y al borde de tantos abismos, se hallaban ahora prósperas, contentas, tranquilas, pues hasta la misma Eloisa había encontrado el sendero de la felicidad, y Santiago y Teresa aumentaban considerablemente su fortuna y en tan poco tiempo se consideraban ya como exentos de los vaivenes de la inconstante diosa; pues habian llegado a formar su pequeño capital mas que suficiente para hacer frente a las eventualidades de su industria, satisfaciendo ámpliamente lo módico de sus aspiraciones y de sus necesidades.

Pero mientras los perseguidos gozaban, los perseguidores sufrían. Mientras que los primeros habian llegado a la cúspide de la felicidad, los otros se encontraban en el abismo de la desgracia. Mientras que aquellos a quienes se habia pretendido matar en cuerpo y en espíritu, se veían llenos de salud, de honra y de consideraciones, los verdugos habian sucumbido en el desprecio, en el dolor y en la deses-

peracion, como la tia Anastasia, y arrastraban una vida miserable, llena de remordimientos, de sobresaltos y de temores que no dejaban un momento de sosiego con la de Guillermo y de su digna madre doña Porfira.

En vano este jóven habia querido huir de la justicia para burlar sus fallos; pero ¿se pueden acaso burlar los fallos de Dios? Allí, donde el poder humano se detiene, el poder divino penetra. Allí, donde la sentencia de un juez no alcanza, la sentencia de Dios llega. Allí, donde el castigo impuesto por el hombre queda sin efecto, el castigo de Dios se realiza. Por esta razon en vano Guillermo se habia ocultado en la soledad, porque en la soledad lo perseguia el remordimiento; pues el remordimiento no reconoce ni tiempo ni lugares, está en el alma, y allí donde está el alma, allí se encuentra sin que el sueño mismo pueda perturbarlo o apagarlo.

Guillermo habia escapado al llamamiento del juez del crimen, y tenia, por otra parte, grandes influencias, podia evadir la lei humana; pero por mas que hiciese, no estaba en su mano libertarse de sí mismo, y su yo, su inseparable yo, lo perseguia por todas partes.

Al fin dió con un expediente: el expediente de la bestia, es decir, el expediente para trasformarse en bestia, porque los animales jamas dejeneran, jamas se degradan como se degrada y dejenera el hombre. ¡Guillermo tomó el partido de embriagarse para conseguir al menos el pesado sueño del beodo!

Cuando su madre lo vió reducido a ese estado y sin poderlo libertar de él, pues le era preferible a Guillermo el embrutecimiento a la razon que le recordaba lo que habia hecho, la infamia que pesaba sobre él, siéndole imposible reparar ni lo uno ni lo otro; cuando su madre, decimos, se cercioró de que ya no habia remedio, principió a su vez su martirio, principió a su vez su espiacion; espiacion terrible que comenzaba por el desprecio del hijo, concluyendo por

el desprecio y horror de sí misma; ¡y ojalá hubiera sido ese desprecio y horror de aquel que siente su falta arrepintiéndose de ella, sino que era el desprecio y horror de la nulidad moral, de la impotencia física y social, viendo que le era ya de todo punto imposible recuperar el puesto y libertarse de lo que la atormentaba en su interior! Empero mas valia morderse los labios, aguantar en silencio todos aquellos males, porque ¿contra quién se quejaria? ¿Quién le tendria lástima? Quién se compadeceria de ella y de su hijo, de ella y de su hijo que no habian tenido jamas misericordia por el pesar ajeno!..

Un dia le trajeron a Guillermo exánime. Unos campesinos lo habian recojido, porque lo habian visto tirado en el camino; y reconociendo al propietario de la hacienda se habian detenido y lo habian llevado a las *casas*, como dicen jeneralmente los inquilinos por las habitaciones del propietario.

Doña Porfira miró a su hijo tristemente, e hizo un jesto de repugnancia al considerar que aquel desmayo era proveniente de la embriaguez y no de otro accidente; sin embargo, dominándose a sí misma, para no dar mal ejemplo, lo hizo conducir a su lecho, diciendo para disimular:

—¿Qué le habrán hecho a mi hijo? Pero cuando se quedó sola principiaron sus lágrimas y el lamento triste de sus desventuras, principió el gusano roedor de su conciencia a mortificarle como siempre: aquella mujer habia envejecido en mui poco tiempo, estaba inconocible, no era ni sombra de lo que habia sido: este es el castigo de Dios.

Guillermo no habia experimentado un cambio menos sorprendente. Pocos meses antes, era, como sabemos, el jóven mas buen mozo de Santiago, el mas espiritual, el mas cortesano, el mas seductor en toda la estension de la palabra, así como en su mala y buena acepcion; mientras que ahora tenia una cara grosera y amoratada por el alcohol; sus ojos torvos y saltados revelaban al ser malo y estúpido, su na-

riz rojiza como una betarraga anunciaba la corrupcion interior, el exceso de todos los vicios, y su boca llena siempre de hedionda saliva por la escitacion del aguardiente y del tabaco, causaba una repugnancia invencible. Sus palabras eran groseras, mas groseras que las que acostumbra la plebe en las cloacas de la prostitucion o en las inmundas tabernas que frecuenta. Su lenguaje inconexo manifestaba a las claras la perturbacion de su cerebro. Sus furöres y sus lágrimas decian sus remordimientos, que, cual lavas ardientes, abrasaban su mente en las ráfagas de lucidez que para aumentar su martirio, le venian de cuando en cuando. Pero entonces la escena era mas espantosa, el cuadro era mas sombrío, mas asqueroso, mas terrible, porque esta furia lanzaba imprecaciones, y luego decíale a su madre los mayores y mas groseros insultos; pero no contento con esto, lanzábase sobre ella para despedazarla, acusándola de ser la autora de sus males, porque ella y su padre se habian robado la fortuna ajena...

Cuando estos accesos sobrevenian, y sobrevenian cada dia con mas frecuencia, doña Porfira no tenia otro remedio que huir y encerrarse apuradamente, pues ya en una ocasion estuvo a punto de ser asesinada por su hijo, salvándola la casualidad de encontrarse presentes dos robustos inquilinos que consiguieron arrancarla de manos de Guillermo que la estrangulaba.

Desde ese momento doña Porfira habia tomado sus precauciones haciendo poner buenas puertas y buenas cerraduras a sus habitaciones, y que durmiesen cerca tres o cuatro hombres; porque era necesario una fuerza de Hércules para contener a Guillermo cuando le daban aquellos ataques.

No sabremos decir cuál de estas dos personas era la que mas sufria, si la madre o el hijo, pero lo cierto del caso era que aquella vida era espantosa, y que aquellos sufrimientos debian ser horribles; y a tal punto causaban miedo aquellas

escenas, que los campesinos decían que sus patrones estaban condenados en vida, o que por lo menos les habían hecho *daño* (1), inclinándose a lo último por el respeto y sumisión profunda que esa sencilla jente tiene por lo que llama el patron, el rico, el hacendado; pero sin embargo, temblaban siempre, y para preservarse de accidentes, se llenaban de rosarios y de escapularios, diciendo algunas oraciones que ellos creen muy eficaces para este género de males, o para apartar a los espíritus infernales, haciendo infructuosos sus maleficios o preservándose de ellos.

Hemos trazado a la lijera el cuadro feliz de la virtud y el cuadro horripilante del crimen; pero todavía le reservaba Dios a los unos mas satisfacciones y mayores recompensas, y a los otros mas sufrimientos y mayores castigos, porque todavía, tanto para los unos como para los otros, no estaba colmada la medida de su justicia.

II.

Hacia dieziocho meses que Enrique se había ausentado de Chile, y en todo este tiempo no había escrito ni a Luisa, ni a sus padres, ni a su maestro una sola carta de consideración, limitándose a tranquilizarlos sobre su salud con pequeñas esquelas que nada decían de su manera de ser, de las impresiones que hubiera recibido, de los estudios que había hecho y de los mil incidentes que por lo regular ocurren en los viajes y que, jeneralmente, los escribe uno en su libro de memorias; pero al fin recibió el coronel don Toribio de Guzman un grueso paquete que contenía una carta voluminosa para Luisa y dos para él, de las que daremos cuenta a nuestros lectores.

(1) Especie de maleficio en que creen firmemente los hombres del campo y que jeneralmente lo hacen los *Machis*, *brujes* o personas que tienen hecho un convenio secreto con el diablo.

Principiaremos por la de Luisa:

"San Francisco, marzo 20 de 1853.

"La primera dificultad con que tropiezo es el nombre que debo darte: mi querida Luisa me parece muy pálido; mi adorada esposa me parece algo impropio; ¿cómo llamarte, pues, mujer idolatrada? ¿Cómo darte el calificativo que venga mas bien a mis afectos, que se armonice mas con nuestra situacion? ¿Te diré simplemente Luisa? ¡Este nombre me es tan querido! Esta sola palabra suena a mi oído con tan agradable armonia, me es tan melodiosa, que solo su sonido, que solo el modularla en mis labios, me estasia!... ¡Cuántas veces, cuántas veces no he pronunciado tu nombre, y cuánta delicia no he sentido! ¡En cuántas ocasiones esa sola palabra no me ha hecho estremecer de alegría! ¡Luisa, Luisa, déjame llamarte simplemente así, porque me parece que tengo mas confianza, mas familiaridad, mas posesion de tí! Porque me parece que me identifico mas, que soi mas dueño de todo tu ser! ¡Tu ser! ¿sé acaso lo que digo? ¡Y sin embargo, el llamarte con tu solo nombre me persuade que ya eres mia, completamente mia! ¿Por qué no dejarme con esa ilusion? ¿Mi delicia causa algun perjuicio? ¿No me has autorizado tú misma? ¿No me has autorizado con el beso que me distes en el sepulcro de tus padres? ¡Beso divino que todavia siento fresco y palpitante en mis labios! ¡Qué ambrosía debia encerrar! Qué néctar del cielo ha derramado en todo mi ser que aun lo recuerdo como si fuera ayer! que aun su dulce, su perfumada, su deliciosa impresion la tengo presente y me parece del momento!... Y bien, Luisa, dime: ¿te ha acontecido a tí lo mismo? Indudablemente, porque de otra manera no me comprenderias ni te comprenderia yo! Porque de otra manera no podrias amarme! La reciprocidad en los afectos es una lei; de consiguiente, ¿cómo apreciar mi pasion y comprenderla sin que tú no te sintieras en el mismo grado y con el mismo entusiasmo? Sí, Luisa; sé que nos amamos y que

nos amaremos siempre... ¿Quién puede ya separarnos? Solo Dios, solo la muerte; y aun esto no lo creo, porque Dios nos ha unido, porque la muerte es la transformacion de la materia y no el aniquilamiento del espíritu, y nuestro afecto nace de él, vive de él, estará siempre en él; nuestro amor es tan inmortal como es inmortal nuestra alma... ¿No lo concibes así? No lo piensas tú misma? Así lo creo, así lo espero yo y así lo creerás y lo esperarás tú...

"Ai! Luisa, yo no habia pensado escribirte una sola línea; porque ¡cómo espresarte lo que he sentido! Yo te he asociado a todos mis actos, me has acompañado en todas mis acciones, has estado conmigo en todos mis pensamientos; y qué encanto! qué hechizo tan imponderable no ha esparcido para mí por el universo entero tu sola imájen! ¿Pueden traducirse estas impresiones? No, imposible! hé aquí la causa por que me habia abstenido de trasmitirlas al papel.

"¡Qué pasión tan noble, qué pasión tan pura, qué pasión tan grande es el amor! ¡Cómo mejorando nuestras costumbres nos eleva! ¡Cómo libertándonos de los precipicios nos lleva al bien por una senda de balsámicas flores! Cómo apartándonos del vicio, nos encamina a la virtud! Cómo nos hace admirar todo lo bello! Cómo nos estimula para emprender todo lo grande! Quién puede corromperse amando! El mejor preservativo para conservar la moralidad, es la pasión llevada al idealismo! En vano precipitarán a un jóven en medio del fango de la corrupcion mas espantosa, porque si él ama lo atravesará sin mancharse y saldrá talvez mas purificado que antes de haber penetrado en él!

"Pero todavia hai mas... todavia encuentro en el amor un efecto maravilloso que si no lo hubiera experimentado, jamas lo habria creído; porque pueden comprenderse fácilmente todos esos arrebatos deliciosos, todos esos éxtasis del sentimiento, pero el punto culminante es la confianza inmutable, la tranquilidad absoluta de que nos hace gozar, poniéndonos en posesion de esa impertubabilidad que debe

tener Dios, de esa especie de inmutabilidad sublime del que está en posesión de la verdad sin límites, y el amor cuando llega a ese grado, se purifica de tal manera que no desconfía ni tiene contrariedad alguna.

"¿Y lo creerás, Luisa? Yo he sentido lo que ahora explico sin perfecto mérito: yo me he separado de tí sin dolor; yo he estado ausente sin sufrimiento, porque tú y yo hacemos una sola unidad, porque vivía en tí, porque no me separaba de tí, porque nuestras existencias eran y son idénticas, bastándome mi amor para estar seguro del tuyo...

"Luisa, tú debes saber con qué lenguaje nos habla la naturaleza cuando amamos! Cómo se armonizan sus fenómenos con nuestros afectos! Cómo se engalana para escitarnos! Cómo nos provoca con sus mil variaciones, con sus mil maravillas, con sus mil lenguas para hablar una sola, la del amor!

"El mar con toda su majestad, con todos sus abismos inconmensurables, ¡qué de abismos de recuerdos y de pensamientos, no menos profundos no despierta en nosotros! Cuando la tempestad ruje sobre nuestras cabezas, cuando embravécido y lleno de furiosos parece sepultarnos, ¿no es verdad que nos trae a la memoria a un ser amado? ¿No es verdad que en esos instantes de confusión pavorosa, la imagen de nuestra querida se nos presenta mas patente y mas seductora que nunca? Yo lo digo por experiencia propia: en uno de esos cataclismos marítimos me parecía tenerte a mi lado y no temía nada, absolutamente nada, ni aun la muerte que los amenazaba a todos menos a mí, porque contigo, ¡muriendo ambos! ¿podíamos morir? Y si me hubieran sepultado las olas en sus negras soledades, ¿no es verdad que habríamos renacido al día siguiente porque tú habrías muerto un instante para vivir en seguida... para vivir una eternidad?...

"En otras ocasiones, cuando tranquilo el océano tiene sus suaves céfiros y sus dulces melodías, cuando parece sonreír-

nos con el murmullo silencioso de sus apacibles y casi tímidas olas, ¡tras qué prisma encantador no te presentabas a mi fantasía! Tú estabas conmigo, Luisa, y los dos gozábamos de aquel espectáculo tierno y grandioso! Fuerza invisible del amor que todo lo embellece; ¡cómo han podido desconocerte o corromperte los hombres! ¡cómo han podido cambiar estos goces casi divinos por esos carnales placeres que en lugar de elevar el alma la degradan!

"Cuántas veces también al levantarse o al ponerse el sol en los confines del horizonte, ¿no estabas tú presente, no te veía con los ojos del alma? Y allá en las avanzadas horas de la noche, cuando duerme nuestro mundo y los habitantes que lo pueblan, pero que parece vivir el estrellado cielo con sus infinitos, resplandecientes y misteriosos moradores! ¡cuántas veces no he pensado en tí y me he unido a tí! ¡cuántas veces no me he confundido contigo allá en la eternidad!...

"¿Qué especie de similitud tiene el amor con Dios, Luisa mía? ¡Yo me encuentro arrastrado a la contemplación, a la amorosa súplica, a la plegaria humilde, a la oración, en una palabra, cuando pienso en El o en tí! ¿Es esto un defecto o es esto una virtud? Pero califiquenlo como quieran, a mí me agrada sentirlo así y lo pienso así; y tanto más lo siento, lo pienso y lo creo, cuanto que conozco que me mejoro; y mejorándome, ¿cuál podría ser el motivo que me impidiese seguir esa senda que me aprovecha a la vez que me agrada?

"Pero aun esto no es todo, Luisa mía; aun hai un fenómeno más: la indulgencia, la indulgencia sobre todas las flaquezas humanas, se ensancha; y a medida que es mayor la pasión que sentimos, más grande es también la conmiseración que experimentamos por las debilidades del hombre. A medida que es más puro e intenso el amor que nos domina y que nos dirige, se siente desaparecer de nuestro corazón el rencor, el odio y la venganza! ¡Prodijios del cariño! ¿Cómo no estarte agradecido?

"A tal punto llega mi convencimiento sobre este punto, Luisa, que creo indispensable, y mas que indispensable, provechoso, estimular el amor en los jóvenes y hacerlo crecer y crecer hasta donde sea posible, para desterrar la sensualidad, para mejorar las costumbres, para robustecer el cuerpo y el espíritu, para formar la verdadera familia, para crear los buenos hábitos, para hacer ciudadanos inteligentes, abnegados y laboriosos, para encaminarnos a la dicha del cielo por medio de los goces de la tierra, pues la felicidad en el mundo me parece que debe ser una cosa que Dios no condena, desde que nos ha dado la aspiracion innata hácia ella...

"¿Qué extravagancias estoi diciendo, Luisa! ¿Es esta la manera de escribir a su amada? ¿Es este el medio de comunicarnos nuestros afectos? Indudablemente no; pero yo no puedo separar la filosofía del amor, asi como no puedo tampoco dejar de unirlo a la creacion y a Dios...

"Pero si es indispensable que me aparte o que me separe de los pensamientos que la pasion despierta en mí; si es preferible que me concrete exclusivamente a ella, a pesar que creo estar mas que nunca en ella, te hablaré de nuestro último adios, del postrer momento que estuvimos en Santiago, y de las ideas que me acompañaron despues en mi viaje y que no me han abandonado durante todo el tiempo de mi ausencia.

"En este caso, Luisa, tendré que hablarte de todos aquellos incidentes que, haciendo mi desgracia, me dieron la felicidad. ¿Pero con qué objeto, Luisa, estar obligado a tener tal reminiscencia? ¿No me basta acaso tu confesion? ¿No he estado satisfecho con ella? ¿Para qué es mas? ¿Para qué recordar actos que tú conoces, delirante amargura que te habia escrito, dicha suprema que me causó tu arribo y tus palabras? Ai, Luisa! ¿Fuí tan feliz y lo soi como nadie puede serlo! Y yo mismo no comprendo cómo cabe en mi pecho tanta alegria!

”¡Pero has visto, Luisa, cómo el amor madura el juicio? Te aseguro que no solo me haces vivir, sino también reflexionar, y que he llegado a escalar las altas regiones de la inteligencia nada más que porque sé amar! ¿Qué era yo antes de conocerte? Un joven sin ideas, sin discernimiento, casi sin aspiraciones, marchando en un círculo estrecho y obrando bien por instinto; mientras que ahora soy todo un hombre, ahora comprendo lo bello, deseo lo heroico, admiro lo sublime. Ahora he adquirido gran variedad de conocimientos y la posesión del valor de mi ser y de la dignidad humana. Ahora no tengo ni temores ni arrogancias: soy hombre delante del hombre y no me encorvo ante la presencia de un emperador, así como no desprecio a un mendigo, pues disto tanto de la soberbia como de la bajeza. Ahora han desaparecido para mí mil preocupaciones: preocupación de familia, preocupación de fortuna, preocupación de raza, preocupación religiosa, preocupación política, preocupación social; todo, todo ha volado, todo ha desaparecido ante la fraternidad, la libertad y la igualdad humana, considerada esta última en cuanto al derecho general del hombre y no en cuanto a los atributos con que Dios ha dotado o distinguido a los individuos en su personalidad propia; y este inmenso cambio es debido únicamente al enjendro de la pasión en mi espíritu, a quien ha fecundizado así.

”¡Qué prodigios, qué portentos, mi adorada Luisa, no hace el fuego divino del amor! En nuestras relaciones sociales, en el trato familiar de los hombres, ¡cómo lo suaviza, cómo lo endulza, cómo lo fraterniza! El amor nos hace más compasivos, más misericordiosos, más indulgentes, pudiendo asegurar que el que ama nunca castiga sino que perdona, porque de su corazón brota sin esfuerzo la santa miel de la caridad!

”¡En cuántas ocasiones, independiente del raciocinio, no he experimentado yo esta verdad! En mis viajes, en los múltiples accidentes del que corre de una parte a otra, en las

variadas relaciones que se ve obligado a formar, en la diversidad de personas y de caracteres con quienes tiene que tratar o contemporizar, en todos estos casos he reconocido la influencia benéfica del amor, porque me ha servido en todos ellos como la mejor guía, como el mejor Mentor.

"¿Y sabes otra cosa, Luisa? La persona que ama es generalmente amada: hai una irradiación de afectos que nace de ella y se esparce a su alrededor, formando una atmósfera de simpatía que atrae involuntariamente; de modo que ese sentimiento no tan solo está en el ser que lo experimenta, sino que se repercute en los otros, produciendo una especie de benevolencia jeneral y recíproca. ¡Ya ves cuántas virtudes tiene el amor y cuánto se alcanza con él! ¡Pero para qué decírtelo cuando debes saberlo, y saberlo mejor que yo!

"Voi a hacerte una pregunta, Luisa: ¿no has pensado muchas veces que yo estaba a tu lado en Santiago cuando conversabas con mi hermana y con mi maestro y cuando han debido ir a verte mis padres? Indudablemente que sí, porque a mí me ha parecido estar presente a esas conversaciones, estar casi oyéndolas.

"Hai veces que creo en la aparición de los espíritus por lo que a mí mismo me pasa, independiente de lo que se dice sobre ellos y de los casos que se citan; y en verdad, ¿no es el alma menos corpórea que la electricidad? Y si esta recorre los espacios con una velocidad sorprendente, ¿por qué no habia de recorrerlos aquella? Y si ese fluido llega sustancialmente al término dado, ¿por qué en el mismo carácter y bajo las mismas condiciones no hemos de llegar nosotros? Ya ves, Luisa mia, de cuánto es capaz el amor; ¿por qué lo condenan algunos en vez de recibirlo como un gran beneficio de Dios! Por mi parte, Luisa, si me dijeran de renunciar a mi pasión, mas valiera que me dijeran de morir, porque mi amor es mas que mi vida, pues sin él yo no comprendo lo que seria de mí.

"Mis trabajos, mis ocupaciones, los conocimientos que ad-

quiero son tuyos, todo te lo debo; porque no doi un paso, porque no hago nada sin referirlo a tí: eres mi estímulo, mi medio y mi fin, y si me lo arrebataran, todo caería en tierra, todo desaparecería como el humo.

"Ahora, Luisa, dime ¿cuándo regresaré? A pesar de mi confianza, a pesar de la seguridad que tengo de tu amor, a pesar de la posesión moral que me has dado, sin embargo deseo verte; y si al principio me bastaba lo primero, ya me parece que necesito lo segundo. La mejor frase que puedes contestarme es esta: "ven."

Empero, mi adorada Luisa, obra como quieras; yo no tengo mas lei que tu voluntad.

Escusado es que te diga que abrace a mi hermana y a mi maestro, porque lo harás sin que yo te lo recomiende.

Y mis pobres y queridos padres! Háblales de mí, Luisa, y te amarán mas de lo que a mí me aman.

Qué momentos me esperan! Casi no quisiera pensar en ellos! Soy muy feliz... Seremos muy felices...

Tuyo para siempre,

ENRIQUE."

III.

Enrique solo se habia limitado a escribir a Luisa sus impresiones amorosas, sin hacer referencia a sus viajes, reservando este asunto para su maestro. Su carta, mas lacónica que la que dirigia a su amada, estaba llena de observaciones juiciosas que vamos a copiar en parte por si pueden ser útiles.

Hélas aquí:

"San Francisco, marzo 21 de 1853.

"Querido maestro mio:

"He hecho muy bien en seguir su consejo, porque he visto una sociedad distinta a la nuestra, puede decirse, casi un mundo nuevo.

"¡Qué progreso! qué actividad! qué enerjia en la accion individual y colectiva de este gran pueblo! Cuando recuerdo nuestra manera de obrar pansada, lenta, perezosa, y la comparo con la accion decidida, con el espíritu de empresa que anima a cada individuo y a esta nacion en jeneral, comprendo y compadezco el atraso de nuestro pais, la somnolencia en que vive, los pasos contados con que avanza en la senda de la civilizacion!

"Nosotros, maestro mio, y usted lo sabe mejor que yo, estamos mui atras; y aun cuando por espíritu de nacionalidad quisiéramos ocultárnoslo, nos vemos obligados a reconocerlo y a confesarlo; empero, ¿en qué consiste esta diferencia? Hé aquí la pregunta que me he hecho y lo que he tratado de investigar para conformarme a sus deseos y seguir sus consejos que tanto me han servido y me sirven y cuya utilidad y conveniencia palpo a cada momento.

"¿Serán mis deducciones buenas? Esto lo ignoro; pero las someto a su juicio para que las califique, no poniendo en ellas el menor amor propio y desconfiando mucho de su exactitud; sin embargo, espero que la sanidad de mi propósito me granjee su induljencia. Entraré desde luego en materia sin pretension la que menor, pues no soi ni estadista, ni político, ni jurisconsulto, sino que emito mi opinion sin darle la menor importancia y solo como el discípulo que da a su maestro la leccion que le han ordenado estudiar.

"Pues bien, maestro mio, todo el secreto de la preponderancia de los Estados Unidos, de su progreso sin ejemplo en las sociedades pasadas y presentes, de la estabilidad de sus instituciones, de la paz inalterable de que gozan en medio del mas activo movimiento de sus habitantes, de haber sobrepujado en menos de una centuria a las otras naciones, de sus grandes empresas, de sus grandes inventos, de sus múltiples y variadas industrias; el secreto de todo esto me parece que proviene en su mayor parte, por no decir totalmente, de la libertad ámplia de que gozan; porque

aquí se ve libertad política, libertad civil, libertad religiosa, libertad de industria, libertad de asociacion, libertad en todo y para todo; y esta libertad, centuplicando las fuerzas del hombre y desarrollándolas, ha creado esa enerjia indómita en el individuo, enerjia que todo lo vence y que ha echado por tierra las preocupaciones que nos ágovian todavía a nosotros.

"En Chile vemos mui marcado el espíritu de familia; en Estados Unidos solo existe una gran familia.

"En Chile vemos las prerogativas de los que se dicen nobles, prerogativas de hecho aunque no de derecho; en Estados Unidos todos son iguales y por consiguiente, todos son nobles. En Chile hai el esclusivismo religioso que enjendra los odios de secta, en Estados Unidos la libertad religiosa que establece la tolerancia que es la fraternidad del pensamiento bajo distintas formas.

"En Chile existen clases privilegiadas como el clero, en que no alcanza la lei civil; en Estados Unidos los comprende, los protege y los castiga a todos porque todos son ciudadanos.

"En Chile está uno obligado a pagar por el culto que no profesa, a mantener la religion que no tiene; en Estados Unidos cada cual sostiene su creencia y mantiene su iglesia: todo depende de la voluntad, no de la fuerza, de la libertad, no de la violencia, y al simple deista nadie lo mortifica ni él desembolsa un centavo por ritos que no se armonizan con sus ideas. En Estados Unidos es donde está en práctica este gran principio: *La Iglesia libre en el Estado libre*, y así es como se vive en armonia.

"En Chile el pueblo es nada, en Estados Unidos el pueblo es todo.

"En Chile está coartado el sufragio por el despotismo de las autoridades, y los que debieran velar por la libertad son los que la conculcan; en Estados Unidos las autoridades se abstienen de toda intervencion y solo vijilan por conservar

el orden para que se mantenga intacta esa misma libertad que entre nosotros se mata.

"En Chile todo se centraliza y sin embargo se vive en la discordia; en Estados Unidos no hai tal centralizacion de poderes y sin embargo hai armonia y hai unidad.

"En Chile parten del ejecutivo los gobernadores de las provincias y los pueblos no tienen ni vida propia ni representacion propia; en Estados Unidos nombra cada estado a sus jefes y deliberan sobre sus conveniencias sin dañar en lo menor el nervio poderoso de la gran nacion, sino que con ese réjimen se fortalece cada dia con la prosperidad de todos.

"En Chile tenemos la libertad en la palabra y la esclavitud en la práctica; la república como principio, la monarquía como hecho; la democracia escrita, la aristocracia realizada; mientras que en Estados Unidos, libertad, república, democracia, son una realidad, no una ilusion, no una voz, no un finjimiento.

"En Chile hai candidaturas oficiales que hacen de la representacion nacional una burla grosera; en Estados Unidos solo hai candidaturas populares que llevan al congreso los independientes, y por consiguiente lejítimos representantes de cada estado.

"En Chile se desprecia el trabajo y al trabajador; en Estados Unidos se santifica al primero y se honra al segundo.

"En Chile el artesano doblega la cabeza, se avergüenza de serlo, y solo acepta la labor como una necesidad; en Estados Unidos lleva el trabajador alta la frente, se hombrea con todos, no se humilla ante nadie, porque tiene conciencia de su dignidad de hombre que no le han arrebatado las preocupaciones ni se la arrebatarán jamas.

"Hé aquí, maestro mio, de donde proviene en mi humilde concepto la admirable y lejítima virilidad de este pueblo, que no acepta ningun yugo porque ha sabido romper con todas las tradiciones del pasado, con todas las institu-

ciones del presente que rijen a los demas; pues no tiene ni quiere reyes porque él es el gran rei; no acepta soberanos, porque él es el soberano; no reconoce aristocracia, porque posee la aristocracia de Dios, el individualismo que se desarrolla en fuerza de las facultades naturales con que cada ser es dotado; no tiene religion dada, religion oficial, religion dominante, religion asalariada, religion exclusiva, porque las acepta todas, viviendo todas en paz, pues están obligadas a tolerarse mutuamente; y a tal punto llegan las consecuencias de esta manera de ser, a tal grado ha alcanzado el sentimiento de dignidad en estos hombres, que con dificultad se encuentra un yankee que quiera servir de criado. El yankee pisará barro, cortará leña, tendrá cuanto destino se le presente, trabajará para todo el mundo, pero sin sujecion y con independencia, pues sabe que trabaja para sí mismo; pero en cuanto a la domesticidad, no la acepta, asi como sus diplomáticos no aceptan las libreas con que exigen los reyes que se presenten a sus cortes en sus recepciones oficiales, sino que el yankee irá vestido de caballero, pero nunca de payaso; y esa independencia, ese desprecio por las ridiculeces aristocráticas y monárquicas, lo han sabido imponer, dándoles este solo hecho mas prestigio en los otros paises, que el que hubieran obtenido conformándose a esa etiqueta inventada por la vanidad de unos hombres que, aunque están colocados sobre tronos, nada tienen de superior a los demas, sino que han invertido las leyes de la naturaleza degradando a la especie y causándole los grandes males de que todavia adolece y las monstruosas absurdidades en que todavia cree.

"Empero, maestro mio, este hermoso cuadro no deja de tener sus defectos: los americanos del norte han llevado hasta la exajeracion ese principio de dignidad y se han hecho soberbios. El yankee tiene por lema y está persuadido del siguiente absurdo, diciendo con mucho énfasis y como una verdad inconcusa: *"No admitimos superiores ni reconoce*

mos iguales." La primera proposición puede talvez aceptarse, pero la segunda es un barbarismo que va de lleno contra la doctrina de Cristo, contra la fraternidad humana y que mas prueba ignorancia que ciencia; pero el orgullo y la soberbia, hijos de las preocupaciones, están probando claramente que aun no se ha alcanzado, que aun se está mui lejos del conocimiento perfecto de las cosas, de la manera como debe vivir el hombre y que conserva todavia los defectos de la esclavitud; porque el hombre libre, el hombre verdaderamente superior no despotiza al débil sino que lo compadece y lo ayuda; no avasalla al ignorante, sino que lo enseña; pues sabe que su ciencia es nada, y que pequeños accidentes no pueden elevarlo mucho mas alto que su hermano, porque el ignorante es hombre, asi como lo es el sabio, y la sabiduria humana no se estiende a muchos, porque el pobre es hombre, asi como lo es el rico, y la riqueza humana no va mai lejos, porque todo es caduco y perecedero y lo que poseemos lo dejaremos de poseer mañana; de manera que no vale la pena de enorgullecerse por tan transitorias ventajas, en caso que en realidad lo sean. ¿No es usted de mi misma opinion, maestro mio? ¿No cree usted que aquel que mira a todos con induljencia, que a todos trata como hermanos, que no desprecia ni al pobre, ni al desvalido, ni al débil, ni al salvaje, ni al ignorante, es el que sigue la lei de Jesucristo y que la lei de Jesucristo es la lei perfecta? ¿No piensa usted que es una imperfeccion, una prueba de poco conocimiento moral y de estrechez de miras ese orgullo yankee? (1) La verdadera superioridad, ¿no me ha-

(1) Hai un fenómeno por demas curioso que existe en Chile y que siempre nos ha chocado, sin podernos dar claramente cuenta de él, y éste consiste en el orgullo que desplagan los extranjeros respecto de nosotros, y particularmente los ingleses, desde el momento de pisar estas playas, y el acatamiento inmotivado con que los recibimos y con que los miramos, pareciéndonos tan estravagante y tan fuera de razon lo uno como lo otro. Existe, es verdad, la preocupacion de nacionalidades, y esta es mas fuerte mientras la potencia es mas poderosa, llegando a considerarse superiores los unos a los otros por haberles tocado la casualidad de nacer en tal o cual pais que tiene

bia dicho usted muchas veces que consiste en la humildad, así como la verdadera moral en la caridad, y la caridad en la fraternidad?

Pero no es este el solo defecto que he encontrado en este país tan digno bajo todos respectos de ser estudiado e imi-

mayor número de cañones, que hace ostentación de mayor fuerza, que ha ganado mayor número de batallas, que cuenta con mas industrias o mas medios de producción, que ha tenido mas sabios, que posee mas ciencias, en que está mas difundida la civilización, y creemos que no andamos escasos en acordar ventajas; pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el individuo? ¿Acaso el inglés, el francés, el alemán, el yankee que llega a Chile, tiene, por el hecho de haber nacido en Londres, en París, en Berlín, o en Washington, toda la ciencia, toda la sabiduría, toda la industria que han adquirido aquellas naciones? ¿Por el hecho de venir al mundo en tal o cual lugar se adquiere un mérito? es un motivo de superioridad? Así lo creen ellos y así nos parece que lo pensamos nosotros; ¿pero hai preocupación mas absurda y mas infundada por una y otra parte? ¿Hai ridiculez mayor que el orgullo de ellos y que la sumisión nuestra?

Nosotros no queremos despojar a nadie de su mérito, no queremos hacer cuestiones de nacionalidades, sino que al contrario, vamos contra ese espíritu que no tiene razón de ser y que si existe, desaparecerá algun día; y menos tenemos ojeriza por éste o aquel pueblo, pues los consideramos a todos como hermanos y formando parte de la unidad humana; pero por lo mismo, nada hai de mas justo que el que se valore al hombre por su mérito personal y no por el lugar de donde venga o donde haya nacido, aun cuando éste fuera el Cielo Empíreo. ¿Qué es lo que debe acatarse? Nada mas que los conocimientos o las prendas que adornan al individuo, pero no por su nacionalidad, porque ésta no acredita ni disminuye los méritos de la persona, así como no debe acrecentar ni disminuir nuestra consideración: a cada uno segun sus obras, dicen los Sanseimonianos, y esta doctrina está basada en la equidad.

Pretenden los extranjeros que ellos nos traen la civilización y que, por consiguiente, debemos estarles muy agradecidos. "¡Qué fuera de ustedes sin nosotros, gritan de voz en cuello!" Y se pavonean henchidos de orgullo y creen que han dicho una verdad tan grande como el Evangelio; y a nuestro turno la aceptamos como tal y les damos las gracias con nuestro respeto y nuestra consideración. ¿Quiénes son en este caso los mas ignorantes? Ellos o nosotros? En nuestra opinión, ambos. La civilización no es el patrimonio de un pueblo, sino de muchos pueblos, no proviene de una jeneración sino de muchas jeneraciones, no reconoce ni amos ni propietarios, sino que es el espíritu de Dios esparcido por todo el mundo, reconociendo por único heredero al hombre y no al francés, al inglés, o al español. ¿Qué se diría si tuvieran la pretensión de afirmar que tambien les éramos deudores de la luz del sol, porque ella viene de Oriente a Occidente? Se diría, y con razón, que eran unos locos. Pues mas locos son cuando se hacen dueños de la civilización, que es todavia mas diáfana, mas etérea, mas fugaz, menos apropiable que la luz del sol; y si es un absurdo lo primero, ¿cómo debemos considerar lo último?

¿De quién tienen ellos la civilización que blasonan? De los asirios, de los fenicios, de

tado, sino que he hallado mas arraigada que en ninguna parte la preocupacion ciega del dinero, esta preocupacion que invade al mundo, que se apodera de los corazones, que es el ídolo dominante de nuestra época, pero que aquí impera

los griegos, de los romanos. ¿Y por qué no reconocen, no agradecen a aquellos, lo que quieren que les reconozcamos y que le agradezcamos a ellos?

Pero se dice con mucho énfasis: si nosotros no trajéramos comercio e industrias, ustedes no tendrian nada y carecerian de todo. Este es un nuevo error y un nuevo absurdo. ¿Nos traen acaso ese comercio y esas industrias únicamente por favorecernos? Si fuera así, tendrian razon y hablarían con justicia; pero cuando lo hacen por su conveniencia, por su interes privado, por la ganancia que les resulta, ¿dónde está el servicio? ¿dónde está el bien? Y si lo hai, nos parece que es recíproco y que ni ellos ni nosotros tenemos nada que agradecerles, ni nada que agradecemos. De consiguiente, por qué no tratarlos y que nos traten bajo el mismo pié de igualdad y con recíprocas consideraciones? Es preciso, pues, que se desengañen ellos y que nos desengañemos nosotros para que en lo sucesivo sepan que es infundado su orgullo y sepamos que es no menos infundada nuestra consideracion, consideracion que llega hasta el grado de anularnos nosotros mismos, perdiendo muchas ventajas que nos pertenecen y que debiéramos y pudieramos aprovechar.

No es nuestro ánimo crear animosidades que no sentimos, que deseáramos que nadie las tuviera, porque son injustas tanto de una como de otra parte, pero no podemos menos de hablar, como lo dijimos al principio de esta nota, sobre un fenómeno que nos ha chocado y nos choca todavia, pues estamos palpando las prerogativas que se dis-ciernen ellos y las preferencias que nosotros les acordamos; así, por ejemplo, en las administraciones de Bancos, en que entran por tres cuartas partes los capitales chilenos, vemos que se confieren los empleos principales a estranjeros; y esto no es nada, sino que se les abre crédito con mucha mas facilidad a ellos que a nosotros y que aun cuando posean menos fortuna que un chileno, tienen sin embargo mayor accesit, mas franquicias y consiguen los capitales que necesitan con menos trabas, guardándoles a la vez toda especie de consideraciones; mientras que a los chilenos les cuesta, y son recibidos con aires de proteccion despótica, ni mas ni menos que si les dispensaran una gracia. ¡Y sin embargo, casi todos los accionistas o la mayor parte son chilenos!

Se dirá tal vez que es indispensable que echemos mano de ellos porque nosotros somos incapaces de administrar nuestra fortuna; ¿pero son tan grandes, tan escepcionales, tan raros los conocimientos que se necesitan para esto? Creemos que no, y que les damos la preferencia nada mas que por una preocupacion inveterada.

Mui distantes estamos que por espíritu de nacionalidad, espíritu que combatimos tanto en ellos como en nosotros, no se conceda a la capacidad y a la intelijencia toda la consideracion que merece y todas las recompensas y ventajas imaginables, cualquiera que sea el pais de donde proceda el individuo; pero de esto a la parcialidad ciega que se tiene, hai mucha distancia, y esto es lo que criticamos en justicia y sin la menor animosidad por nadie ni contra nadie, pues tratamos la cuestion en tésis jeneral y como una observacion sin acrimonia sobre nuestras costumbres, con el fin de que se corrijan.

sobre todo, o mas bien dicho, es el todo, es el principio, el medio y el fin, refiriéndose cuanto hai a este solo punto, donde converjen todas las aspiraciones, pues el *dollar* es el Dios favorito y único del yankee. Usted debe comprender, maestro mio, que al espresarme así, hablo sobre el espíritu dominante de este país, sin contar honrosas y numerosas escepciones.

Es indudable que esta pasion por el dinero es una de las principales causas, quizá la primera, que empuja a las grandes y atrevidas empresas, que crea los nuevos inventos y desarrolla de una manera prodijiosa la industria; ¡pero consagrar toda nuestra vida y todo nuestro pensamiento a este solo objeto, me parece desvirtuar nuestra naturaleza, metalizar nuestro corazon, hacer que no sienta los grandes afectos, que no conciba las grandes ideas, que no aprecie ni comprenda las grandes virtudes! ¿No es usted, maestro mio, de la misma opinion? ¿No he recibido de usted estas mismas lecciones no hace mucho tiempo en aquel inolvidable retiro de la hacienda de San Jorge?

Las observaciones de entonces, señor, me han servido ahora, he venido a palpar sus efectos y por ellas a sacar mis deducciones, arraigándose en mi mente cada dia mas su doctrina, porque veo sus tendencias civilizadoras y humanitarias y en las que se encuentra la verdadera felicidad de la humana especie.

Este espíritu yankee, materializando el alma, no nos eleva sino que nos dejenera.

Los que quieran ver en nuestra crítica una mala predisposicion en contra de los extranjeros, se equivocan. Tenemos muchos y muy buenos amigos entre ellos, cuyas prendas reconocemos y apreciamos individualmente, y ademas, somos bastante viejos y un poco reflexivos para que la experiencia y el raciocinio no hubiera destruido en nosotros una preocupacion injusta e impropia de un hombre con algunas pocas ideas.

Nada es mas natural que el amor por su país, por el suelo donde uno ha nacido, donde han vivido sus padres y sus afecciones mas caras; pero esto no es motivo de vanidad, de orgullo, de superioridad de ninguna especie; pues el mérito del individuo debe estar en sí mismo, está en sus cualidades personales y no en la localidad de donde procede, porque esta clase de superioridad no es mas que una preocupacion vana y absurda....

"Todo lo que hai de mas tierno, de mas hermoso y de mas sublime en el sentimiento y en la idea, entra en esa sed brutal de lo que se llama placeres corporales; entra, no teniendo en vista otra cosa que nuestras necesidades físicas, entra en el bullicio, en el festin de las pasiones dejeneradas, en los goces efimeros de la ostentacion vanidosa, en el lujo, grande o pequeño, porque todo es relativo, pero que, sin embargo, aniquila o ahoga las nobles aspiraciones, los pensamientos elevados, la poesía de que están mas o menos dotadas todas las almas.

"El yankee, hablamos siempre en tésis jeneral, no reconoce otra lei, puede decirse así, que el trabajo, ni otra aspiracion que el *dollar*: el principio el medio y el fin de las acciones de cada uno de los americanos del norte está basado allí, tiene por fundamento, y podriamos decir, por norma, esos dos estimulantes poderosos que han llevado a ese gran pueblo al estado de prosperidad material en que se encuentra; y si bien es verdad que la satisfaccion de nuestras necesidades físicas entra por mucho en el desarrollo de nuestras facultades morales, no es menos cierto que la contraccion absoluta a lo primero adormece lo último, porque el individuo que no tiene en vista mas que la fortuna y el medio de adquirirla, se ve obligado a consagrar mui poco tiempo al perfeccionamiento intelectual: y en prueba de ello, querido maestro mio, verá usted en este pueblo gran cantidad de activos e intelijentes comerciantes, de hábiles ingenieros, de millares de industriales, pero no encontrará usted sino mui pocos hombres consagrados esclusivamente a la ciencia, mui pocos profundos y distinguidos médicos, mui pocos escritores de nota cuyas obras llamen la atencion universal, mui pocos poetas cuyas sentimentales o enérgicas estrofas llenen el mundo: de to lo esto encontrará mui poco y comparativamente menos que en los otros pueblos, porque a mi entender, el trabajo incesante y la única aspira-

ción a la ganancia, impiden que se esplaye el alma y vuele a las rejiones del idealismo.

"Por otra parte, maestro mio, esta manera de ser del hombre me parece que lo lleva a la estrechez del egoismo y así es como este defecto, o diré mejor, este vicio, se generaliza mas en ciertos pueblos, notándose que es menor el desprendimiento de los individuos allí donde mas se consagran al materialismo del lucro, y esta es la razón que me induce a creer que entre nosotros hai mas fraternidad, mas benevolencia, mas hospitalidad que en naciones como los Estados Unidos, que cuentan con elementos de progreso que no son conocidos entre nosotros.

"Me he estendido mas de lo que debiera en mis observaciones de jóven, pero debo a usted estas esplicaciones, porque su espíritu y su enseñanza me han inducido a hacerlas. Yo puedo, maestro mio, estar mui equivocado. Mis cálculos pueden ser mui falsos. No pretendo que se dé a mi manera de ver las cosas la menor importancia, y ya creo habérselo dicho; pero tambien era indispensable que me explicara, puesto que usted me indujo a hacer este viaje, del cual no me arrepiento, sino que por el contrario, me congratulo, agradeciéndole a usted la indicación que me hizo antes de partir de Chile, porque sin ella habria viajado por otros pueblos que no me hubieran dado el caudal de esperiencia y conocimientos que he debido a éste; así es, respetable maestro, que aun en lejanas comarcas su influencia benéfica me sigue y me protege, independiente de aquella otra influencia que usted conoce, independiente de la influencia de Luisa a quien refiero todas mis acciones y todos mis pensamientos; a quien consagro todo mi ser.

"Yo debiera, querido maestro, haber comenzado mi narración por un incidente que entra por mucho en mi felicidad, pues ha de saber usted que no solo tengo a una amante, que no solo tengo a un mentor, sino que tambien he encontrado a un amigo... ¡Un amigo!... Maestro mio, ¡qué palabra y

qué afeccion tan dulce! Luisa halló a mi hermana, y yo he hallado a Federico Bradford! ¿Però quién es Federico Bradford? me preguntará usted; y bien, voi a contestarle: Federico Bradford es una de esas almas que no pudiendo vivir en el mundo, porque todo cuanto les rodea es miseria y egoismo, y porque no estando en su verdadero centro, quiso, en un momento de desesperacion y de desengaño, volar hácia la mansión de los ángeles huyendo de la mansion de los hombres: Federico Bradford es un jóven que se ahogaba en la bahia de San Pablo y a quien tuve la fortuna de salvar: ¡Dios me ha recompensado, y me ha recompensado grandemente, dándome un amigo!

"Ah! maestro querido, usted debe saber cuánta delicia se encuentra en la amistad! Usted, que ha tenido lugar de sentir y de apreciar la del padre de Luisa, la de su camarada, de su colega y de su amigo Eduardo!...

"Yo le he abierto mi corazon a este jóven y todos mis respetos, todas mis aflixiones se las he comunicado. Yo le he hablado de usted, de Luisa, de mi hermana, de mis padres, de la pobre Eloisa, y juntos hemos derramado lágrimas de entusiasmo por las virtudes de usted, por la sublimidad de mi amada y por las cualidades que adornan a Mercedes y que distinguen al sarjento Lopez y a su digna esposa Marta Garrido. Yo le he revelado toda la historia de mis amores, toda la triste historia de la mujer del coronel don Toribio de Guzman, toda la abnegacion de este hombre, todos los sacrificios de Eloisa, toda la maldad de nuestros perseguidores y tambien el castigo que mi padre y yo nos vimos obligados a imponer al desgraciado autor de nuestros males, a quien, a pesar de todo, no odio, sino que compadezco, porque él debe ser infinitamente mas desgraciado que aquellos a quienes pretendia aniquilar, aquellos a quienes pretendia ofender...

"¡Y si usted supiera, padre mio, cómo se impresionaba mi amigo Federico! Si usted lo hubiera visto abrazarme y

derramar lágrimas! Si usted hubiera oído sus expresiones! Si usted supiera cuánto lo admiraba, cuánto le agradecía el bien que me había hecho a mí y que había hecho a mi hermana! ¡Si usted supiera con qué conmoción tan profunda oía el relato de los infortunios de Mercedes y la especie de adoración que le tributaba! Si usted hubiera presenciado todo esto, estoy seguro que lo querría como yo lo quiero! Estoy seguro que tendría por él tanta amistad como yo la tengo!

”¡Y después, después cuando le hablaba de la manera como yo estaba unido a Luisa, del juramento que habíamos contraído, de ese matrimonio moral basado única y exclusivamente en la voluntad recíproca, en la bendición de nuestros padres, en el beso dado y recibido en el sepulcro, se estasiaba y me decía:

—Así es como yo comprendo el amor, así es como yo comprendo el matrimonio.

”¡Y, maestro mío, horas y horas se transcurrieron, y días de días se han pasado sin casi aperecernos del transcurso del tiempo, porque, engolfado yo en mis recuerdos, le comunicaba a él mis impresiones y él las sentía como yo las sentía, y se identificaba conmigo, y éramos uno, porque éramos amigos: secreto de las almas que no se explica, pero que se experimenta!

”Yo no he escrito a Luisa, ni a mis padres, ni a mi hermana este incidente; pero se lo comunico a usted, que participa de todos los afectos, que goza por todos, que los comprende todos, que es dueño de todos; sin embargo, la reserva que guardo no lo es, porque no tengo inconveniente en confesarles a ellos lo que a usted le revelo y estoy seguro que ellos quedarán satisfechos de mi relación nueva, aceptando a mi amigo como yo lo acepto y como yo lo estimo.

”Pero le diré a usted francamente lo que ha conmovido más a Federico, sin decírmelo él, porque yo lo he adivinado o conocido; pero son las desgracias de mi hermana, y es

el desprendimiento de usted, es su apoyo para levantarla, para izarla a su altura, para darle su posicion, su fortuna y su rango, para prestarle el nombre ilustre de Guzman a su hijo; pues bien, señor, esto es lo que ha conmovido mas a mi amigo hasta el punto de decirme: "Envidio al coronel, envidio a ese anciano virtuoso y noble que ha llevado la calma de la felicidad a esa alma casi anjélica, pero martirizada por el infortunio, infortunio que no ha dependido de ella. ¡Ojalá yo hubiera podido estar en su lugar!"

"Hé aquí, señor, el simple relato de mis impresiones, una simple esposicion de mis juicios, una corta pero verídica narracion de mis afectos.

"Ahora me resta decirle que abraze a mi hermana en nombre de su hermano, a mis padres en nombre de su hijo, a mi Luisa en nombre de su Enrique, y que todos estos afectos se confundan en la admiracion y en la gratitud que le debo su

"ENRIQUE."

IV.

Inclusa con estas cartas venia otra en ingles dirigida al señor don Toribio de Guzman, y que estaba concebida en estos términos, que talvez nosotros traducimos incorrectamente, pero cuyo sentido, o cuyos conceptos, creemos no haber adulterado:

"Señor don Toribio de Guzman.

"Creo que entre hombres no hai escusa que pedir por dirigir uno a otro una carta.

"Yo soi hijo de una chilena: mi madre nació en Santiago y contrajo matrimonio en la misma ciudad, viéndose mi padre obligado, aunque por mera fórmula, a abjurar su relijion; pero este rigorismo lo hizo disgustarse de una sociedad que lo habia obligado a contrariar sus principios, y regresó a su patria, los Estados Unidos, que tambien es la mia; sin embargo, nunca puede uno ser indiferente al lugar

en que ha nacido su madre, ni tampoco a la religion que ha profesado ella, motivo por el cual, sin desechár mi creencia, fraternizo con el rito católico que fué el en que nació la mujer que me dió el ser.

"El preliminar de mi carta le parecerá extraño; pero los yankees no nos detenemos en las fórmulas oratorias ni estamos sujetos a las reglas de una introduccion esencialmente de etiqueta, sino que principiamos nuestras correspondencias por donde nos viene el primer pensamiento, seguros de que despues se sucederán los otros, y así me acontece ahora, porque voi a entrar en otro órden de ideas.

"Ha de saber usted, señor, que al tomarme la libertad de escribirle es porque lo conozco, porque he hablado sobre usted muchísimo con mi amigo Enrique, complaciéndome en cuanto él me decia, haciendo por sus palabras que naciera en mí un afecto sincero por su persona y una alta veneracion por sus virtudes y por sus talentos: hé aquí uno de los motivos por que he usado de esta franqueza sin la anuencia de Enrique; pero el otro motivo es para mí, al menos por el momento, el mas esencial, puesto que todo él se refiere a su discípulo, o lo que es lo mismo, a mi salvador.

"Nosotros no somos, señor coronel, para hacer grandes circunloquios, sino para irnos de lleno a lo que mas nos conviene, o como ustedes dicen: al grano. Pues bien, voi a hablarle sobre mi libertador, sobre mi amigo, sobre mi hermano, sobre el hombre desinteresado y magnánimo que nos ha ahorrado un luto eterno, arrancando a mi padre de la desesperacion, a mi hermana de la deshonor y a mí de la muerte, y de la muerte del suicida; porque yo hice cuanto pude por quitarme la vida, y cuando ya no tenia conciencia de mi ser, cuando ya estaba consumado el crimen, Enrique, con riesgo de su propia existencia, me arrancó de un elemento que en pocos segundos debia terminar conmigo; y como presumo que él no le haya dicho una sola palabra de lo sucedido, pues conozco su modestia, y mas que todo,

su sistema de nunca hablar de sí mismo y menos aun encomiar sus acciones; como sé esto, yo me encargo de comunicárselas a usted para que no ignore de lo que es capaz su discípulo, la doctrina que usted le ha inculcado y el grado a donde lo ha llevado su ejemplo y sus lecciones: usted puede vanagloriarse de haber formado un hombre.

"Pues bien, ha de saber usted, señor, que yo soi amigo de Enrique desde su llegada a California, y que en esos primeros y hasta cierto punto vacilantes pasos de un conocimiento nuevo, fuí atraído por una simpatia irresistible hácia él.

"Mi calidad de medio paisano fué un motivo mas para ir estrechando nuestras relaciones durante seis meses de residencia en San Francisco, donde llegamos a asociarnos de tal manera, que vivimos juntos.

"Enrique, de una actividad prodijiosa e inteligente, no solo ganaba mucho dinero con su trabajo, pues se estableció como arquitecto desde el principio, mediante al conocimiento que yo tenia de algunos individuos, sino que lo abarcaba todo y no habia industria que no estudiase ni taller de alguna consideracion que no visitase, dedicando una parte de sus noches para el perfeccionamiento del idioma ingles en que yo lo ayudaba, aunque él estaba ya algo avanzado cuando llegó, pues me dijo que a bordo del vapor en que habia venido se habia consagrado esclusivamente a este estudio, de manera que llegó a San Francisco con un caudal de voces y cierta facilidad de elocucion poco comun en un extranjero, y sobre todo en un individuo que practicaba desde tan corto tiempo un idioma algo difícil para el que no está familiarizado con él, o que no ha tenido lugar de vivir por largos años entre nosotros. Yo no hablaba el español sino que tenia nada mas que como un recuerdo de él, pues mi madre habia muerto muchos años, dejándome mui pequeños a mí y a mi hermana Emma, y mi padre no se contrajo nunca a enseñarnos, sino que le oíamos de vez en

cuando hablar con algunos extranjeros y nosotros le solíamos preguntar qué idioma era aquel, y él nos decía:

—El que hablaba tu madre y el que es preciso que ustedes aprendan, por si algun día van a visitar el país de mi esposa, que se llama Chile y que está situado en el último extremo de Sud América.

"Y toda la enseñanza de nuestro padre se limitaba a señalarnos en el mapa la situación de esa república.

"Hablo de esta circunstancia como de un accidente, pero que fué sin embargo el primer vínculo que me unió a Enrique, pues yo le servía de maestro de inglés y él me enseñaba el español, de manera que en muy poco tiempo aprendió cada uno el idioma del otro.

"El buen éxito de algunas construcciones de Enrique, la exactitud, la puntualidad en sus tratos, lo módico de su trabajo, todo esto contribuyó a formarle luego buena reputación y un crédito abierto; de manera que en muy poco tiempo adquirió, aun sin codiciarla, una fortuna considerable, estando llamado a enriquecerse mucho si hubiera querido permanecer algunos pocos años en San Francisco. Pero Enrique, que mira la fortuna como una cosa muy secundaria en la vida y solo como el medio de poder hacer algún bien a sus semejantes, no quiso separarse de mí y me siguió a Benicia donde me llamaba mi padre y donde tenía su principal comercio.

"Benicia es un puerto nuevo colocado en la desembocadura de dos caudalosos ríos, San Joaquin y Sacramento y en el pequeño golfo que se denomina la bahía de San Pablo. En este punto tocan todos los vapores de arribada o de bajada de los ríos, y en él había colocado mi padre un gran establecimiento de provisiones con muy buen éxito, pues en poco tiempo había hecho una fortuna nada despreciable y se preparaba para casar a mi hermana Emma con el hijo de otro comerciante muy rico, que viendo la prosperidad del establecimiento de mi padre, se proponía sin duda obtenerlo

para su hijo, y así había sido el convenio, pues mi padre había prometido retirarse a una pequeña casa de campo, satisfecho con las rentas que le proporcionase una parte de su capital adquirido, porque dejaba a mi hermana en posesión de la mitad de la fortuna, considerando, no solo mi voluntad para ceder a Emma todo aquello que podía hacerla feliz, sino también mi afición por el estudio y mis inclinaciones opuestas, no al trabajo, sino al trabajo especulativo; de manera que mi padre me había dicho: "Cuando se haya casado Emma nos iremos a vivir a una hermosa casa de campo, donde tendrás toda libertad y donde podrás consagrarte a lo que te sea agradable, sin que tengas necesidad de pensar en tu subsistencia, pues gracias a Dios la tenemos ganada; y si voy a dar a tu hermana la mayor parte de nuestra fortuna, no creas que por esto te faltará lo necesario, porque conozco lo que eres y sé que andando el tiempo alcanzarás más de lo que esperas"; y mi padre estaba dispuesto a separarse ya del comercio, con cuyo objeto me mandó llamar a Benicia, acompañándome Enrique, que permaneció por algunos días con nosotros, antes que se fuera al interior, que deseaba visitar por uno o dos meses, para conocer nuestras ricas minas de oro que tanto renombre han tenido y tienen en el mundo.

"Discúlpeme usted, señor, que sea tan prolijo en mi narración; pero todo esto viene a propósito de los acontecimientos que voy a referirle. Enrique se captó inmediatamente la voluntad de mi padre y de mi hermana, y fue recibido y atendido como un miembro de nuestra propia familia durante los pocos días que permaneció con nosotros en Benicia, quedándome yo en casa para presenciar el matrimonio de mi hermana, pero con la intención de irme a reunir a él tan luego como se efectuara el enlace convenido.

"Cuando Enrique partió, yo y mi hermana nos quedamos tristes, y esta tristeza se comunicó hasta mi padre, que dijo: "Siento que se haya ido este joven, pues me ha parecido

tan bien que desde el primer día lo he considerado como un hijo mas y un hijo bastante querido.

"No pasó un mes sin que mi padre experimentara uno de aquellos contratiempos tan frecuentes entre nosotros: el banquero en que tenía colocados todos o la mayor parte de sus fondos quebró de la noche a la mañana, y de tal manera, que no tuvo otro arbitrio que fugarse, quedando por este motivo mi padre completamente arruinado.

"En el momento de saber la noticia que desbarataba completamente los planes de mi padre, las aspiraciones de mi hermana y aun las mías propias, todo se trastornó en la casa, y mi pobre padre se encerró en su cuarto, haciendo otro tanto mi hermana y quedándome yo solo, no para pensar en mi ruina particular, sino en la ruina de los otros, afectándome por ellos, y no por mí, considerando la gravedad del asunto, pues conociendo el espíritu de nuestra sociedad, veía claramente que mi hermana lo mismo que mi padre, estaban para siempre perdidos; la primera, porque sin fortuna era muy difícil que se casase y su crédito quedaba comprometido hasta cierto punto por las voces que habían circulado; y el segundo, porque tenía deudas pendientes que le era imposible satisfacer, a mas de ver destruidas las expectativas de sus hijos y la suya propia, pues él creía, y con justa razón, que no volvería a rehacerse, porque se encontraba en aquella edad en que ya el hombre decae, en que no tiene la energía y la actividad de la juventud, que es lo que se necesita cuando la riqueza no existe.

"Al día siguiente mi padre se fué a ver a su amigo, es decir, al padre del futuro marido de mi hermana, que lo recibió de una manera glacial, porque ya él sabía lo que había acontecido, y que su amigo, lo mismo que su negocio, estaban como echados al agua, sucediendo una circunstancia mas, y es que mi padre le era deudor por una fuerte suma, cuyo vale faltaba pocos días para que se venciera, no alcanzando con las existencias que había en almacenes a

cubrir esta como otras cantidades que debia; pero talvez mi padre pensó que aquel caballero lo sacase de apuros o al menos no le cobrara la suma que le debia, atendiendo a las relaciones que existian entre ambos, puesto que en poco tiempo iban a hacer una sola familia.

"Los cálculos de mi padre quedaron completamente burlados, pues su amigo le dijo clara y terminantemente, que no solo le pagaria con toda integridad la deuda a su vencimiento, sino que su hijo no se casaria con mi hermana Emma, porque era un partido ruinoso y que él sabria destruir una inclinacion que estaba en contra de las conveniencias.

"Mi padre salió casi muerto del escritorio de su amigo, habiéndole asegurado previamente que seria pagado con toda integridad, porque en su despecho pensó que no debia dejar de satisfacer la deuda de aquel hombre, aun cuando dejara a los otros insolventes; pues habria pocos que tuvieran aquel corazon, no pudiendo deber el menor servicio a una persona que se mostraba tan exigente como dura, y mas que esto, tan despreciativa, dejando a mi hermana con la palabra dada, y lo que es peor, siendo el enlace conocido de todo el mundo y cayendo sobre ella el deshonor, pues nadie consideraria de donde provenia la falta.

"Cuando mi padre llegó a casa, yo conocí en la alteracion de su semblante que algo de extraordinario le habia pasado, y sin decirme una palabra, se encerró en su cuarto durante cuatro o cinco horas, no bajando al comedor cuando fué llamado, lo que nos alarmó sobremanera. y fuimos mi hermana y yo donde él, pero encontrando la puerta con llave, golpeamos. Mi padre, con voz enfadada, nos preguntó: "¿quién es?" y conociéndonos vino a abrirnos; pero a pesar que trataba de componer su semblante, yo no pude menos de notar que sufría y le pregunté la causa; pero él evadió la respuesta y se puso a discernir sobre la fortuna, diciéndonos que en la pobreza tambien se podia vivir feliz: tesis que le habia oido combatir a mi padre muchas veces,

extrañándome que de un momento a otro hubiera cambiado de ideas, porque sin ser ambicioso, consideraba la fortuna como el primer elemento de dicha, opinion mui jeneral entre nosotros y que ha llegado a convertirse en axioma: nada hai sin dinero.

"Mi padre, segun supe despues, habia reunido todos sus recursos y hasta las alhajas de familia; y viendo que todo esto junto no le daba para satisfacer sus créditos, resolvió suicidarse, y lo habria efectuado sin la llegada providencial de Enrique, que alcanzó a tomarlo del brazo, y aun cuando salió el tiro, la bala tomó un camino distinto, hiriendo ligeramente a Enrique y yendo a quebrar un grande espejo que estaba colocado sobre una chimenea, cuyo espejo conservamos como una reliquia, como un recuerdo imperecedero de la jenerosidad de mi amigo.

"Enrique, despues de libertar a mi padre, le arrancó su secreto, le pidió la lista de sus acreedores y le dijo que él veria modo de arreglar el asunto y que esperase el resultado hasta las ocho de la noche, dejándolo libre de obrar si no llegaba a la hora indicada. Mi padre le previno que no queria bajo ningun aspecto presentarse en quiebra, aun cuando le eran favorables las circunstancias, de manera que no veia él medio cómo se pudiese arreglar aquel asunto que habia principiado tan mal, pues no le ocultó la recepcion que le hiciera su antiguo amigo, el padre del futuro esposo de Emma.

"Enrique salió de casa sin ver ni decir nada a nadie y se fué directamente donde el principal acreedor, el mismo que habia tratado con dureza hacia pocos dias a mi padre, y le dijo, segun me lo contó mi cuñado el dia de su casamiento:

—He sabido que usted tiene un crédito de quince mil pesos contra el señor Bradfort.

—Sí, señor, le contestó secamente el comerciante.

—Ese crédito lo considera usted como perdido.

—Creo que no sacaré de él ni un veinte por ciento, por-

que la quiebra del banco donde Bradford tenia la mayor parte de sus fondos, lo inhabilita casi por completo para la satisfaccion de sus compromisos.

—Esa es una desgracia, no una falta, y se debia tener compasion y ayudarlo a levantarse en vez de despreciarlo y tiranizarlo.

—Yo no recibo lecciones de nadie, contestó el comerciante con altanería.

—Ni yo vengo a darlas, le respondió Enrique en el mismo tono.

—Ya es demasiado perder una fuerte suma con que contaba con seguridad.

—Suma que usted no perderá, pues vengo a pagársela íntegramente.

Mr. Nay, que este era el nombre del comerciante, abrió los ojos como asustado, porque esta pérdida lo preocupaba mucho y estaba además sumamente contrariado con las observaciones de su hijo que realmente queria a Emma, y que por lo mismo resistia a su voluntad o a la orden que le habia dado de olvidarla, de modo que esta promesa de pago salvaba todas las dificultades obviando los inconvenientes, y así cambiando de tono, dijo a Enrique con amabilidad:

—Tenga usted, señor, la bondad de sentarse; ¿qué ha vuelto el banco a abrir su caja?

—El banco en que el señor Bradford tenia sus fondos está completamente arruinado.

--¿Y entonces?

—Soy yo quien vengo a cubrir este y otro crédito del señor Bradford, pero con algunas condiciones.

—¿Cuáles? Pues estoy dispuesto a satisfacerlas todas con tal que se me pague íntegramente.

—Aquí tiene usted un bono por cincuenta mil pesos contra el banco de Davidson y Ca., y me parece que estos no quebrarán.

—¡Ya lo creo! La casa de Davidson y Ca. está en relaciones con la casa de Rothschild de Londres.

—Justamente.

—¿Pero cuáles son sus condiciones?

—Las siguientes: que usted vaya a cubrir todos los créditos del señor Bradfort, que suben a treinta y cinco mil pesos, incluso los quince suyos, y me traiga en seguida todos los pagarés cancelados; que vaya usted en persona a pedir una excusa al señor Bradfort por la injusta descortesía con que usted lo ha tratado en su desgracia; y últimamente, que solicite respetuosamente y como un favor, pues lo es en realidad, la mano de la señorita Emma para el hijo de usted; y en esto hará usted un verdadero negocio a la vez que una buena acción: un negocio, en cuanto recibirá desde luego en dote la señorita Emma la cantidad de diez mil pesos que usted tomará de los cincuenta; y una buena acción, porque hará la felicidad de dos jóvenes que se aman.

—¿Quién es usted, señor?

—Un amigo de la casa, un hermano de Federico Bradfort.

—¡Pero usted debe ser inmensamente rico! exclamó el comerciante, mirando respetuosamente a Enrique y quitándose el sombrero.

Enrique se sonrió al ver aquella metamorfosis tan repentina, añadiendo:

—Veo cuánto respeta usted el dinero; y por la misma razón puede usted cubrirse, porque se encuentra en presencia de un pobre que no tiene más que esa suma que le ha proporcionado el placer de salvar el honor de una familia y a un hombre de bien de una desgracia imprevista. Ahora espero, señor, que usted, si acepta mis proposiciones, las cumpla en el acto, pues no hai tiempo que perder porque tengo que estar de vuelta en casa del señor Bradfort antes de las ocho de la noche.

—Aceptado, aceptado, señor; y voi desde luego a retirar los pagarés de mi amigo.

—Dése usted prisa, se lo suplico.

—En una hora estoi de vuelta.

—Lo espero a usted. Y Enrique se sentó tranquilamente, tomando un periódico de sobre la mesa.

—Se me ocurre una cosa, exclamó repentinamente Mr. Nay, como herido de una idea feliz.

—¿Qué cosa?

—Ha de saber usted, señor, que la noticia de la quiebra del banco en que tenia depositados sus fondos mi amigo Bradfort ha corrido por todas partes, y de consiguiente, los acreedores de Bradfort están íntimamente persuadidos de que no serán cubiertos; de manera que me seria mui fácil obtener sus pagarés con un cincuenta por ciento de quitas, y se darian por mui satisfechos, quedando admirados de la honorabilidad del deudor, porque en iguales circunstancias cualquier otro aprovecharia de la ocasion para pagar mucho menos; y usted ve que un cincuenta por ciento en veinte mil pesos, es una fortuna que ayudaria mucho a la prosperidad del negocio o que le ahorraria a usted esa suma.

—La voluntad del señor Bradfort es que se pague a todos íntegramente.

—¿Entonces es Bradfort el que paga?

—El mismo.

—Pero el bono está a su orden.

—¿Qué importa! ¿No lo está ahora a la suya? Y Enrique hizo el endoso.

Mr. Nay lo miró como estupefacto: no comprendia ni aquella jeñerosidad ni aquella confianza.

—En una hora, dijo Enrique a Mr. Nay, para significarle que lo esperaba y debia estar en ese tiempo de vuelta.

Mr. Nay fué puntual y sacó de su gran cartera todas las obligaciones de mi padre canceladas sin mas descuento que el legal por el pago anticipado, y haciendo algunos cálculos, dijo a Enrique:

—Aquí tiene usted treinta y cuatro mil setecientos cin-

cuenta pesos invertidos en la cancelacion de los treinta y cinco mil pesos que Bradfort debia sobre la plaza, y quince mil doscientos cincuenta pesos en dinero.

—Está cabal, dijo Enrique despues de haber contado los billetes; pero no es esto todo, sino que he pensado en el medio de reconciliarlos a ustedes; porque usted, señor Nay, ha ofendido al señor Bradfort, y en su justo resentimiento talvez no aceptaria la mano de su hijo, sabiendo que no es usted sino yo el que lo ha sacado de apuros; pero si usted va y le dice: "Amigo mio: para reparar en parte el mal que le he hecho, y como una prueba de mi arrepentimiento, me he tomado la libertad de liquidar todas sus cuentas que le traigo aquí canceladas y ademas la suma de diez mil pesos con que doto a Emma para que haga la felicidad de mi hijo." Si usted hace esto, señor, todo se concilia y yo parto para San Francisco en el vapor de esta noche.

—Pero no me creerá...

—Nadie se resiste a la evidencia.

—¿Pero él no sabe nada entonces?

—El sabe que yo he puesto mano en este asunto, pero ignora que haya dado el dinero y aun supondrá que no puedo ser poseedor de tan fuerte suma; de consiguiente, usted podrá afirmar sin mentir que yo lo he persuadido de tal manera, que usted ha creido justo obrar así; y ya verá usted como se reconcilian en el acto, haciéndose un matrimonio feliz y continuando las mismas relaciones que antes entre dos antiguos amigos.

—Pero no hace mucho que usted me decia que era Mr. Bradfort quien pagaba.

—Una mentirilla de jóven.

—De veras que no comprendo su conducta.

—Lo siento, porque veo que usted no ha experimentado el mayor goce que puede sentirse en la vida.

—Yo no conozco otro mas grande que el acertar una especulacion con la que se consigue harto dinero; pero en fin,

y si Bradfort llega a saber que no he sido yo el que lo ha salvado?

—Si esto sucediese, lo que dudo, pues tengo ganas de regresar a mi país, ya habrá pasado mucho tiempo y ustedes estarán bajo un mismo techo.

—Haré lo que usted manda.

—Si es así, dejo a usted los diez mil pesos para el dote de la señorita Emma y tomo el saldo de cinco mil doscientos cincuenta pesos, con lo cual tengo de sobra para mis necesidades.

Y Enrique se despidió de Mr. Nay, que poco tiempo después se encaminó a casa de mi padre, a quien extrañó mucho aquella visita; pero cuando supo su objeto, no pudo menos que admirar la jenerosidad de Mr. Nay, y por consiguiente perdonar la lijera falta que habia dado tan gran resultado.

"Inter pasaba esta escena en casa de mi padre, Enrique con su maleta en la mano, envuelto en un gran chalon y con un sombrero de anchos bordes, esperaba en el muelle la llegada del vapor que debia tocar allí un cuarto de hora para tomar la correspondencia y pasajeros y continuar su marcha a San Francisco, cuando, segun me dijo después, me vió pasar precipitadamente como un hombre a quien persiguen, buscar el lugar mas lóbrego del muelle y tirarme al mar.

"La sorpresa de Enrique fué grande porque me habia reconocido; y desprendiéndose con la rapidez que le fué posible de lo que mas podia embarazarle, se tiró tambien al agua para buscarme en medio de la oscuridad. El instinto de la conservacion es sin duda alguna superior en ciertos mementos a la fuerza de la voluntad, y sin pensarlo y talvez sin quererlo, mi cuerpo luchaba para salvarse del peligro, y estos sacudimientos instintivos guiaron a Enrique, que asiéndome fuertemente, me trajo a la superficie y dando voces consiguió que lo ayudasen y me salvó.

"Yo volví luego en mí y oí que Enrique les decia a las personas que me rodeaban y que me habian socorrido: "Estábamos con este amigo esperando la llegada del vapor con objeto de embarcarnos para San Francisco y nos hallábamos justamente al borde del muelle, cuando, sin duda alguna, le dió una fatiga y cayó al mar, y sin encontrarme a su lado, es mas que probable que habria perecido: el señor es hijo del respetable comerciante Mr. Bradfort."

"Esta relacion sencilla y tan verosímil, dicha con la mayor naturalidad, persuadió a todos los que estaban presentes, apresurándose algunos a proporcionarnos vestidos secos; pero Enrique los detuvo diciéndoles que él tenia todo lo necesario en su maleta y al efecto sacó dos mudas completas y tomando una él y otra yo que ya me habia incorporado, pero que permanecia silencioso y avergonzado, nos vestimos dando a algunos pobres nuestra ropa mojada.

"Enrique, sin hacerme en seguida la menor observacion ni pedirme explicacion alguna por mi conducta, me dijo:

—Vámonos a San Francisco, allá hablaremos y le escribirás a tu padre y a tu hermana.

"El vapor atracaba en ese momento y un cuarto de hora despues nos encontrábamos en marcha.

"Cuando estuvimos solos en nuestro camarote no pude contener mis lágrimas, y Enrique, tomándome de una mano, me dijo:

—Es preciso ser hombre. Yo me he encontrado en un caso análogo: yo tambien he querido suicidarme, y la Providencia nos ha salvado a ambos. Ya ves como ahora ya soi dichoso; tú lo serás mañana. Las desgracias de tu familia han cesado, si esto era lo que te atormentaba.

"Habia, en verdad, una parte en las desgracias de mi familia, pero el mayor mal estaba en mí, y Enrique, su discípulo, ha sabido curarme y curarme para siempre: con tal de tenerlo siempre a mi lado yo seré feliz.

"Continuaré mi narracion para terminarla. Al dia siguien-

te yo escribí a mi padre comunicándole que me encontraba en San Francisco y al lado de mi amigo que se habia embarcado en Benicia la noche anterior, y él me contestó a vuelta de vapor una estensa carta en que me hacia referencia de lo sucedido, atribuyendo a la influencia de Enrique, pero no a su oro, la salvacion de su comercio, de su crédito, de nuestro porvenir e invitándonos para ir a presenciar el matrimonio de mi hermana con el hijo de su jeneroso protector, como él llamaba a Mr. Nay.

"Yo inmediatamente conocí la obra de Enrique y se lo pregunté, contestándome él estas pocas palabras:

—Entre hermanos no debe haber misterios y no debes darle mayor importancia a mi acto. Para la felicidad de la familia asi como para su union, conviene que crean que Mr. Nay ha sido el que ha hecho lo principal; de lo contrario, tu padre se disgustaria y talvez miraria a Mr. Nay con desprecio, lo que iria a perturbar las relaciones domésticas en que se necesita siempre que reine la armonia. Por otra parte, no se sacaria ningún provecho de esta revelacion, sino perjuicios, y a mí me privarias del placer que tendré en presenciar la felicidad de tu hermana y de tu padre; pues si llegasen a saberlo, no asistiria al matrimonio a que nos convidan.

"Señor, puedo asegurarle que cada dia, que cada hora que penetro mas en el interior de su discípulo, mas lo admiro a él y mas lo admiro a usted que lo ha dirigido, y mas admiro a sus padres que lo han formado y tengo hecha la firme resolueion de emprender un viaje con Enrique para darme el placer de ver a la mujer a quien ama y de quien es amado, asi como a los demas miembros que componen la mas hermosa familia, el cuadro mas perfecto que he conocido en los diferentes que nos presenta la vida humana.

"Enrique continúa trabajando con la misma actividad y con el mas feliz éxito, mas su fortuna monetaria no aumenta como pudiera, pero en cambio, el caudal de sus buenas

obras crece, y su virtud cada día se depura y resplandece hasta el punto que creo difícil que lleguen a imitarlo.

"Figúrese usted, señor, que en medio de tantos actos de caridad, porque no deja escapar uno, y esta es su sola avaricia, se va cuando ha acopiado algún dinero en busca de los artesanos pobres, y a todos ellos, sin escepcion, les suministra los recursos necesarios para que puedan marchar prestándoles el dinero sin otra condicion que ellos hagan lo mismo con los otros que lo que él hace con ellos, es decir, que en un caso dado, aquella cantidad la presten bajo las mismas bases sin exigir interes, sin exigir pago ni esperar remuneracion: es una especie de préstamo hecho a la humanidad, sin ostentacion de ningun jénero, pero de un inmenso resultado moral; porque ayuda, porque socorre, porque estimula al pobre, porque le impide la humillacion, porque lo realza a sus propios ojos, porque lo hace contraer una obligacion que le agrada y que lo eleva, haciéndole desempeñar a su turno un rol de providencia que, entusiasmándolo lo mejora a tal punto que en poco tiempo yo mismo he tenido lugar de palpar los felices resultados de esta manera de practicar la caridad.

"Y una vez preguntándole a Enrique cómo se le habia ocurrido aquella idea, me dijo con sencillez:

—No es mia, amigo mio, sino de mi padre, un viejo soldado de la independencia de mi pais, un pobre hombre sin conocimientos, pero lleno de bondad y de corazon jeneroso. A él vi por primera vez hacer esto y me agradó: ya ves que no soi el inventor, sino que sigo un ejemplo que deseara fuese imitado por muchos.

"Y Enrique tiene mucha razon: esta práctica, jeneralizada, haria un bien inmenso entre las clases trabajadoras, bastando el primer impulso para que se difundiese trasmitiéndose de individuo en individuo hasta llegar a jeneracion en jeneracion.

"Me he dejado llevar, señor, de mi deseo de hablar sobre

mi amigo y he escrito una carta mui larga, y sin embargo demasiado estrecha para cuanto tenia que decirle, demasiado sucinta para un asunto en que el material y la voluntad abundan.

"Si usted tuviera la bondad de ofrecer mis respetos a su señora, a la señorita Luisa Valdes y a los padres de mi amigo, se lo agradecería infinito; sirviéndose usted aceptar la admiracion afectuosa y humilde de su atento servidor,

FED. BRADFORD."

Estas cartas, como es de presumirlo, llenaron de regocijo a Luisa, al coronel y a toda la familia del sarjento Lopez, incluso Santiago y Teresa, que tambien tuvieron su parte en el contento de todos. Pero la dicha superior, la dicha casi divina, la dicha que no estaba al alcance de nadie, solo la experimentaba Luisa al sentirse amada por un hombre como Enrique, por una alma de aquel temple, tan llena de virtud y tan llena de pasion, tan noble en sus aspiraciones, tan valiente y enérgica en el acto, tan pura como ideal en el deseo, tan humilde y tan altiva, tan fuerte y tan dulce, tan decidida, tan constante, tan viril y al mismo tiempo tan blanda y tan suave!... ¡Qué mas dicha, qué mas gloria, qué mas felicidad, qué mas Eden para una mujer que el poseer por entero a un hombre así! que el saber que es árbitro de su destino, que es el límite de sus aspiraciones, que es la dueño de aquel corazon a quien nadie sino ella conmueve y que solo por ella palpita!...

Si las mujeres supieran cuánta delicia hai en amar así, ¡cómo se sublimarian a sí misma para sublimar a sus amantes! cómo se empeñarían por ser virtuosas para hallar en el hombre a quien elijieran el delicioso néctar de la virtud! Y entonces, ¡cuánto no cambiarían las costumbres! cuántas preocupaciones no se desterrarían! cuánta dicha de mas y cuánto dolor de menos! cuántas nobles acciones en vez de crímenes! cuántos goces en vez de lágrimas! cuánta

verdad en lugar de tanto absurdo! cuánto mejoramiento en el alma y en el cuerpo en lugar de tanta corrupcion en el cuerpo y en el alma!...

Luisa no estaba orgullosa, no estaba tampoco satisfecha, no estaba encantada, sino que participaba de la gloria de Dios, y la beatitud del amor la arrobaba en deliciosos éstasis, anticipando el raudo vuelo que un dia tendria que emprender...

Y la anjélica criatura, no teniendo palabras con que expresarse, no pudiendo casi coordinar una frase que representase lo que ella sentia, escribió por toda respuesta estas dos líneas:

"Enrique:

"Ya no tengo otro pensamiento que tu pensamiento.

"No vivo en el mundo, sino que vivo en tí.

"No estoi en la tierra, sino en los cielos.

"Ven pronto, pues te llama tu

"LUISA."

Estas pocas palabras estaban trazadas al pié de la larga carta que el solitario dirijia a Enrique, y en ellas puso sus labios Luisa con la seguridad de que su amante haria lo mismo por esa adivinacion del afecto que nunca o rara vez se engaña.

Todos quisieron en esta ocasion escribir a Enrique y a su amigo Federico, y un grueso paquete partió con destino al hemisferio norte, cuyo contenido no revelamos a nuestros lectores porque fácilmente comprenderán lo que podia ir escrito en cada una de aquellas cartas que nacia de personas a quienes conoce y de relaciones así como de afectos que tampoco ignora, bastándoles esto para hacer sus deducciones.

El matrimonio segun la naturaleza.

I.

Cuatro meses despues que habia partido el grueso paquete de cartas que dejamos indicado en el capítulo anterior, se hacia la señal en la Bolsa de Valparaiso de haber un vapor a la vista que venia de afuera, es decir, que no era de aquellos que viajan por la costa.

Este vapor, procedente de San Francisco y con destino a Nueva York, pero debiendo tocar en Valparaiso, era el *Niágara*, en cuyo bordo venian Enrique Lopez y Federico Bradfort. Los dos amigos afirmados en la obra muerta del buque contemplaban los altos y elevados picos de los majestuosos Andes que se distinguian ya en el horizonte.

El dia estaba claro y sereno, y a medida que se aproximaban, destacábanse a su vista nuevas cordilleras cubriendo las que habian aparecido al principio, que se distinguian a mayor distancia por ser las mas altas.

Enrique sacó el reloj y dijo a su amigo:

—Son las siete; en dos o tres horas habremos anclado en Valparaiso.

—Sabes que me siento feliz y que tengo el mismo placer como si viera las playas de mi patria?

—Ya lo creo: era la patria de tu madre.

—La patria de mi madre y de mi amigo, debe ser tambien la patria mia; ¿no es verdad, Enrique?

—Asi es, porque la verdadera patria es allí donde están nuestros afectos: esa patria del corazon no la reemplaza la

tierra, los territorios, esas demarcaciones antojadizas de los hombres que han, hasta cierto punto, roto la unidad de los pueblos.

—¡Qué diera yo por estar en tu lugar! por experimentar tu dicha! Vuelves a tu país, vas a ver a tu amada, a tus padres, a tu hermana, a tu maestro! ¡Cuántas felicidades en una sola felicidad! ¡Cuántas dichas en una sola dicha!

—Tienes razón, Federico; pero tú también tienes una gran parte en mi alegría.

—¡Ya lo creo! ¿No soy acaso tu amigo? Y el placer que experimenta el uno debe transmitirse al otro.

Y el joven Bradford echó sus brazos a Enrique, permaneciendo ambos íntimamente unidos por un largo rato.

—¡Sabes que no sé si eres más feliz que yo! exclamó Federico, porque creo que no hay en mí capacidad para mayor contento y que nunca he experimentado uno igual! Me parece, amigo mío, que yo soy el hijo, el hermano, el discípulo, el amante! Me parece que tus sensaciones todas se han transmitido a mí!

—Me gusta como te expresas, Federico, porque tus palabras me revelan tu amistad y tu goce hace aumentar el mío; pero es preciso que le demos gracias a Dios por sus beneficios.

Y el amante de Luisa miró al cielo, cruzó sus brazos sobre el pecho y guardó silencio.

Brandfort lo imitó y estos dos jóvenes de distintas creencias se dirigieron al Señor... ¿Rechazaría Dios la oración de alguno de ellos porque profesaban un culto diverso, porque Enrique era católico y Federico protestante? Creemos que no; el Hacedor Supremo no acepta estas distinciones, no establece estas diferencias, no entra en estas puerilidades nacidas de nuestra ignorancia y de nuestra flaqueza. El es el Padre de la humanidad y la humanidad debe ser a su vista un todo, un entero, una unidad.....

.....

II.

El vapor entraba en el puerto y veíase el grande anfiteatro que forma la ciudad de Valparaíso con sus colinas cubiertas de edificios.

La primera impresión que experimenta el viajero, al aspecto de esta población, es desagradable, pero la fama de su extenso comercio hace que se tenga mejor idea de ella, esperando ver una cosa superior a aquello que se le presenta, no contribuyendo por poco nuestro traje nacional, el poncho (1), y lo mal vestido y sucio de nuestro pueblo. Como

(1) Haría un verdadero servicio al país la autoridad que prohibiese el uso del poncho, salvo en el caso de andar a caballo, porque mejoraría considerablemente las costumbres de nuestro pueblo. No se crea que esta medida es insignificante, pues el traje entra por mucho en la manera de ser del hombre, porque entra en sus hábitos, siendo jeneralmente el vestido quien demuestra, no la mayor o menor riqueza de los individuos, sino su mayor o menor cultura, y esto es tal vez una de las causas por que se considera a los extranjeros y se desprecia a nuestro pueblo.

Tan patente es la influencia del vestido, que de un momento o otro se puede decir que transforma al individuo. Dése un traje decente a uno de nuestros rotos y sin más que esto se verá como cambia, como tiene más cuidado de su persona, como se cree más importante, como no se deja ya tatear de todo el mundo, porque ve que lo miran con más consideración, y esa consideración lo estimula, y va adquiriendo poco a poco modales, y no permite que lo ajen, y tiene más punto, y se hace más ordenado y trabajador; y nosotros mismos, sin quererlo y sin pensarlo, lo tratamos de una manera más digna, más igualitaria, más conveniente al hombre, tan provechosa al proletario como al rico, porque tiende a borrar la humillación del primero y a que desaparezca la soberbia del segundo, humillación y soberbia que rompiendo el equilibrio social, que desterrando la igualdad humana, es el banco en que encalla la civilización, en que se embota el progreso y en que zozobra la fraternidad, pues no podemos considerar como hermano al que miramos como inferior.

Haga la experiencia cualquiera y verá si lo que decimos tiene o no fundamento: que se les presente un hombre aseado y decentemente vestido, y estamos seguros que lo tratan de una manera muy distinta de si el mismo hombre se les aparece con mantas y chupaya; y sin embargo, es la misma persona con la diferencia del traje.

El poncho trae la inmundicia y la pereza, la degradación y el robo. ¡Y quién sabe si también no el asesinato! porque un vicio engendra otro vicio, así como una virtud engendra otra virtud.

Con el poncho no se necesita estar limpio, porque el poncho tapa el desaseo.

Con el poncho no se necesita camisa, porque el poncho cubre la desnudez.

Con el poncho no se necesita cama, porque el poncho abriga.

Con el poncho hai facilidad de hurtar, porque el poncho oculta el robo.

Con el poncho se mata, porque bajo el poncho está el cuchillo.

¿Para qué enumerar mas atributos sobre nuestro traje favorito? Basta decir que el

se puede formar buen concepto de un país, cuando lo primero que salta a la vista es el desgüeño y la inmundicia de sus habitantes? Hai una diferencia tan marcada entre las clases acomodadas y el pueblo, que bien pudiera tomarse a aquellas como extranjeras en su mismo suelo, y esta diferencia consiste especialmente en su distinto modo de vestir.

Empero, nuestros viajeros no estaban tan mal impresionados; Enrique porque aquello no era para él un espectáculo nuevo, y Federico porque miraba benignamente, o mas bien, con gusto todo cuanto le rodeaba; sin embargo, preguntó a Enrique si los hombres de poncho eran indios o semi-salvajes.

—Este es nuestro pueblo, esta es la clase a que yo pertenezco, amigo mio, le contestó sonriendo.

—Imposible; hai una diferencia tan grande.

—Pues es la verdad.

—¿Y cómo tú eres tan distinto?

—Todo consiste en el traje; y si en Estados Unidos no encuentras una disparidad tan marcada, es porque tanto el pobre como el rico viste del mismo modo o con mui poca diferencia, pero esto tiende a desaparecer y desaparecerá al fin entre nosotros, pues ya vemos que se modifican algunos.

La primera diligencia que hicieron nuestros dos jóvenes al saltar en tierra y despues de haber sido revisados sus equipajes en el resguardo, fué informarse dónde habia una posada con carruajes que hicieran el viaje a Santiago, y una vez informados, sin pensar en otra cosa, se dirigieron hacia

poncho es el todo para nuestro pueblo, pero es un todo que le hace mucho mal, pues lo perjudica extraordinariamente: quizá la decadencia y degradacion de Méjico es debida en gran parte al *sarape*. (1) Si se prohíbe levantar ranchos en nuestras ciudades para embellecerlas, ¿por qué no se prohíbe el poncho para reformar y embellecer nuestro pueblo? No es una paradoja la que decimos, sino una verdad cuyos buenos resultados veriamos confirmarse en breve.

(1) Especie de poncho un poco mas largo que el nuestro.

ella y alquilaron un birlocho de los que se usaban en aquella época, en un precio fabuloso, sesenta pesos, pues nuestros cocheros de entonces tenían un ojo de lince, cualidad que han heredado los modernos, para conocer al *marchante* de quien podían sacar una buena troncha.

Enrique y Federico no hicieron la menor reflexion por lo elevado del arriendo; venian de un pais en que se gana y se gasta la plata con facilidad sorprendente, tomándose en cuenta el tiempo y no el dinero; así es que Enrique solo puso por condicion que era preciso ponerse en marcha dentro de una hora y caminar toda la noche para llegar temprano a Santiago; condicion que fué aceptada por el capataz que no queria se le escapase tan buen negocio.

Intertanto los dos jóvenes se dirijieron al hotel donde habian dejado su equipaje para aguardar al birlocho y tomar mientras venia unas ligeras onces; pero a pesar del convenio solo consiguieron ponerse en marcha a las cuatro de la tarde, porque el capataz pretestó, como de costumbre, los muchos inconvenientes que habia tenido que vencer y que le habian impedido llegar a la hora fijada, pero que el tiempo perdido lo recuperarian en el camino, porque marcharian con mas rapidez; nuevo engaño al que están tan habituados que lo dicen con el mayor aplomo y talvez sin apercibirse que mienten: tal es en todo el imperio de la costumbre.

III.

Pero Federico Bradford, que recibia impresiones nuevas, que veia una naturaleza salvaje e inculta, se encontraba sorprendido y alegre. Cada incidente era para él un acontecimiento, y a cada paso sacaba su lápiz y su cartera de viajero para estampar una frase que despues le trajera un recuerdo. ¡Qué joven no lleva estos utensilios creyendo que va mas tarde a escribir sus memorias!

El modo de conducir el carruaje y los caballos que marchaban siempre al lado del vehículo y sin el menor descanso, le sorprendia mucho al joven yankee. ¡Raro descanso para estos animales, decia, que vengan tras de nosotros al mismo tiempo que el birlocho y que sin embargo se les llame caballos frescos! ni mas ni menos que si estuvieran aguardando en una posada el arribo del carruaje! Pero esto no impedia que el birlocho marchara con gran velocidad. Sin embargo, los birlocheros tenian sus paradillas de costumbre y *bon gré mal gré* los pasajeros se veian obligados a conformarse a ellas y a soportar, si no del todo, al menos en parte, el capricho de estos náuticos de tierra firme a merced de quienes estaba la embarcacion: así es que a las ocho de la noche, bajo el pretesto que se les antojó, detuvieron a nuestros pasajeros en la conocida posada de don Eduardo Fenwick (2), en un lugarcito llamado *Casablanca*, el que habrá pocos de nuestros lectores que no recuerde.

De la posada de Fenwick salieron a las nueve de la noche y sin detenerse en ninguna parte llegaron a los arrabales de nuestra santa capital a las seis de la mañana, cuando ya estaba un poco de dia, pues era como a mediados de mayo.

Todavía a esa hora y particularmente en esa estacion de invierno, hai bien poco movimiento en la ciudad de Santiago, soñolienta por sí misma, y solo se veian pasar algunos mercaderes de legumbres, de frutas o de carnes que llevaban a las plazas de abastos sus provisiones; sin embargo, tanto Enrique como Federico iban con sus cabezas fuera del toldo, el uno teniendo gusto en reconocer aquellos lugares que habia dejado hacia dos años y que le eran muy familiares; el otro para examinar las costumbres.

En el año de 1853, época en que sucedian estos aconteci-

(2) Este mismo posadero de *Casablanca* que habita el pais hace mas de cuarenta años y que es muy conocido de la jeneracion pasada y presente, tiene ahora su hotel en Limache, muy concurrido por todos los que visitan ese pueblo a causa de la amabilidad del viejo hotelero.

mientos, la mayor parte de los carruajes, por no decir la totalidad, entraba por el arrabal denominado *Llanito de Portales*, por haber sido dueño de esa gran porción de terreno la antigua familia de nuestro célebre ministro.

Enrique conoció pues todos aquellos alrededores y se fijaba en las cosas mas insignificantes; veía con curioso placer si se había mudado una piedra, abierto una puerta, trasladado una ventana, y a medida que marchaba decía entre sí mismo: aquí vivía Zutano, allí Mengano, ¿si habrán cambiado de domicilio? Si existirán todavía? Qué será de ellos? Y su imaginación echaba una mirada sobre el pasado para calcular lo que sucedería en el presente; el camino que habían tomado todos aquellos seres le interesaba y quería reconocerlo por la transformación que habían experimentado los objetos materiales; así es que cuando veía pintada nuevamente una casa, pensaba que el antiguo locatario a quien él conocía, había talvez cambiado de domicilio, porque él recordaba que al tiempo de partir tenía un color distinto, y de estos pequeños incidentes sacaba sus deducciones silenciosas, mientras el paso de los fatigados caballos lo encaminaban lentamente al antiguo domicilio de sus padres a aquella morada en que él y su hermana habían visto la primera luz; en que habían pasado su feliz infancia y su desgraciada pero virtuosa juventud.

La vuelta a la patria tiene un encanto irresistible. Parece que todo nos habla a nuestro alrededor; que el aire que respiramos nos trae la vida, las palabras, el alma de los seres que hemos conocido; que el árbol que se mece y a quien hemos visto crecer y lo volvemos a ver robusto, conversa con nosotros y evoca nuestros recuerdos; que cada uno de los objetos que hemos contemplado otras veces y que presenciamos ahora, nos habla su lenguaje; que en todas partes hallamos modulaciones distintas que despiertan una alegría o un pesar y cuyo recuerdo nos traen el regocijo o hace brotar de nuestros ojos una lágrima; pero toda esta

confusion de impresiones diversas y muchas de ellas diametralmente opuestas, producen en la imaginacion del viajero un modo de ser extraño, raro, confuso, pero extraordinariamente vivo y animado en el conjunto; y esta sensacion, mezcla de dolor y de alegria, sensacion vaga, indefinida por sus diferentes caracteres, era la misma que en ese momento experimentaba Enrique al llegar a su ciudad natal. Cuando vió la pirámide que se encuentra a la entrada de lo que propiamente se llama la calle de San Pablo, hizo parar el carruaje y se quedó contemplando por algunos minutos aquel trozo de ladrillos unidos que él habia mirado siempre con curiosidad a pesar que nada tiene de monumental, pero que talvez demarca los límites de la antigua poblacion, pues el barrio adyacente es mui moderno, porque se encontraba en él, como creemos haberlo dicho, la chacra denominada de Portales.

Solo una cuadra, poco mas o menos, faltaba a Enrique para llegar a la casa de sus padres; y talvez se habia detenido en la pirámide, como para tomar aliento, no de su carrera, no de su cansancio, sino de la emocion que sentia: las impresiones morales fatigan quizá mas que las impresiones físicas, y un esceso corporal se soporta mas fácilmente que una violenta surescitacion del espíritu; pero Enrique, despues de aquella pausa, dijo al birlochero:

—Adelante, vamos a llegar: párese usted en el primer conventillo que está a mano derecha.

El cochero miró a sus pasajeros para conocer si lo que le ordenaban era efectivo, pues no podia creer que unos jóvenes como aquellos, tan distinguidos y tan buenos mozos, que hablaban ingles, que le habian pagado sin regatear, cosa a que ellos no estaban acostumbrados aun tratándose de la aristocracia chilena, no podia creer, decimos, que descendiesen en un conventillo, en un conventillo que él mismo habria tenido a menos habitar; asi que ya no se contentó con mirar, sino que preguntó a sus pasajeros si era verdad.

que debía parar en el lugar que le habían indicado.

Enrique contestó lacónicamente:

—Esa es mi casa, y no tengo otra, amigo mío.

—A mí no se me engaña, patroncito, respondió el birlo-
chero; nosotros sabemos a qué atenernos sobre el parti-
cular.

—Haga usted lo que le digo y nada mas.

—Ya estamos, dijo el postillon parando sus caballos en
el lugar indicado.

Enrique sacó su bolsa y pagó al capataz el precio conve-
nido sin decir palabra. En seguida él y su amigo, ayudados
de los birlocheros, bajaron sus maletas; pero antes que las
hubieran descendido todas, vieron una mujer que venia co-
rriendo por la larga y angosta calle del conventillo, y En-
rique exclamó:

—¡Allí viene, aquí está mi madre!

IV.

¿Hai nada de mas tierno en el mundo que el abrazo de
una madre?

Marta, la buena, la virtuosa Marta, llegó donde su hijo
sin mas fuerza que para decir:

—¡Enrique! hijo mio! mi querido Enrique!

Y cayó casi exánime en brazos del jóven viajero que a
su vez no le respondió sino con esta sola palabra:

—¡Madre mia!...

¡Qué mundo de afectos encierra este nombre de madre!

¡No hai palabra mas dulce, mas consoladora, mas llena
de suave emoción que ésta, y Enrique la pronunció con una
entonacion de voz que revelaba toda su ternura, todo su
grande amor!

Marta, desprendiéndose un poco de los brazos de su hijo,
lo contempló con silenciosa arrobacion por algunos momen-
tos para estrecharlo otra vez contra su corazon, contra su
corazon de madre! ¡Muda elocuencia que se siente pero que

no se explica! Si hubiera alguna alma tan fría, tan cadavérica para no apreciarla, para no comprenderla, valiera más que no hubiera nacido!...

Federico, enternecido con aquel espectáculo, lloraba en silencio, hasta que no pudiendo contener por más tiempo su emoción, le dijo a Marta:

—A mí también, señora; yo soy, yo quiero ser su hijo...

—Sí, madre mía, exclamó Enrique; este joven es mi amigo, es mi hermano; abrácelo como a tal.

—Hijo querido, repuso Marta yendo donde Federico; ya te conocía, ya te amaba; Enrique me había hablado tantas veces de tí!...

Y nuestro joven yankee se encontró en brazos de la madre de su amigo que en aquel momento ocupaba el lugar de la que le había dado el ser, y a quien había tenido la desgracia de perder desde la más tierna infancia.

—¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre? preguntó Enrique con cierto sobresalto.

—Está en el huerto; no sabe nada; vamos a sorprenderlo; pero no, talvez mataríamos al pobre viejo.

Ya todo el conventillo se había alarmado, y hombres, mujeres y niños, todos salían de sus cuartos, todos corrían para ir a saludar a Enrique, queriendo cada cual ser el primero que tuviera esa felicidad.

El tumulto era ya grande cuando el sarjento Lopez, advertido por un niño de lo que sucedía, apareció en el umbral de la puerta de su cuarto, con una pala en la mano, que tiró a un lado con violencia tan luego como vió que era realidad lo que le habían dicho, emprendiendo la carrera ni más ni menos que el más ágil muchacho.

Enrique le ahorró la mitad del camino saliéndole al encuentro, y padre e hijo se abrazaron medio a medio de la calle del conventillo.

En ese mismo momento una salva de aplausos y de vivas se hizo oír, y las lágrimas de la satisfacción y del contento

verdadero corrian por las mejillas de los espectadores.

—¡Padre mío! Qué felicidad! Pero esta no es toda: venga a abrazar a su otro hijo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está tu amigo? ¿Dónde está mi nuevo hijo?

—Aquí, señor, contestó Federico, enternecido al ver tan sincero cariño.

Y lo mismo que había hecho con él Marta Garrido, hizo Domingo Lopez.

—¡Diablos! exclamó el sarjento, volviendo a abrazar a Enrique. ¡Yo he sido el último de todos! ¿Dónde está el muchacho que me dió el aviso para darle un coscacho por no haber andado mas listo?

Un chiquillo, ocultándose tras los vestidos de su madre, respondió entre confuso, avergonzado y alegre:

—Yo fui, señor.

—Pues ven para acá, picaronazo; toma para que otra vez seas mas vivo; ven pues, ¿no te estoi llamando?

El niño se acercó con timidez.

—Acércate mas.

Y sacando el sarjento Lopez un puñado de plata del bolsillo, como si hubiera sido un millonario, le dijo con aparente enfado:

—Toma, cómprate pelotas, trompos, volantines y cuanto diablo quieras; pero sobre todo, compra unos paquetes de cohetes para que hagan todos los muchachos una salva real por la llegada de mis dos hijos; ¿entiendes? A mí me gusta en todo y por todo el olor a la pólvora.

—Gracias, señor, exclamó el muchacho, dando un brinco y fugándose en seguida donde su madre.

En seguida, Domingo Lopez tomó del brazo a Federico, mientras que Marta se apoyaba en el de Enrique, encaminándose a sus habitaciones en compañía de todos los inquilinos del conventillo que les seguian bulliciosos y alegres.

Jamas había presenciado Federico un espectáculo mas

tierno y estaba encantado de ver tan espontánea y desinteresada afección de parte de aquella jente, al parecer tan miserable. Estaba encantado tambien de los padres de su amigo que lo habían recibido ni mas ni menos que a un hijo y a un hijo querido; y aquella noble pobreza, aquella sencillez magnánima, aquella familiaridad culta que los distinguia, que los hacia accesibles y respetables a un mismo tiempo, le parecia extraordinaria, y tanto mas extraordinaria cuanto que encontraba todo aquello en un albergue de las mas humildes apariencias, pues aun cuando habían mejorado de posicion y de fortuna, Marta y su esposo no habían querido cambiar su sencillo ajuar ni mudar de residencia, reservando sus mayores economias que le daban sus mayores rentas, para estender el radio de su caridad, pues ellos por sí mismos no ambicionaban ni necesitaban ambicionar, porque tenían sus modestos deseos ampliamente satisfechos, y sus hijos habían conseguido ya una posicion muy superior a la de ellos, Mercedes con su casamiento con el coronel don Toribio de Guzman y Enrique con su trabajo y sus conocimientos adquiridos.

Teresa y Santiago, nuestros antiguos conocidos, se encontraban en la iglesia cuando llegaba Enrique, por cuyo motivo no habiamos hecho mencion de ellos; pero a su vuelta la sorpresa fué grande y la alegria mucho mayor de estos dos buenos esposos, que tanto debian al jóven carpintero, trasformado hoy, sin pretenderlo, en el mas cumplido caballero por la distincion de sus modales y por la cultura de su intelijencia.

V.

Enrique, con ese rubor infantil, con esa timidez candorosa de la inocencia y que no se opone ni al talento, ni a la elevacion, ni a la energía del hombre, preguntó a su madre por Luisa, por Mercedes y tambien por Eloisa, a quien extrañaba no ver en casa.

—Todos son felices, hijo mio; ya pasaron nuestros malos dias, y espero en Dios que no volverán jamas.

—¿Creian que vendria yo pronto?

—Anoche no mas me dijo Luisa que venias en camino y estabas por llegar.

—¿Es posible! ¿Cómo podia saberlo?

—Me dijo que te habia visto en sueños y que estaba segura de lo que decia.

—¡Alma de mi alma! exclamó Enrique como hablando consigo mismo: yo sé bien que los espíritus vuelan... Yo tambien he estado con ella... Yo tambien he oido su voz, he escuchado sus palabras, he visto su accion, y el semblante de ella me revelaba todos sus pensamientos!... ¿Por qué, pues, no habria ella de saber que llegaba?

—¡Cuán dichoso eres, hijo mio! ¡Cuán feliz soi yo! ¡Cuán felices somos todos!

—Asi es, madre mia, asi es! Yo no sé cómo vivo, yo no sé como resisto a tanta dicha... ¿Se gozará asi en el cielo? Me parece que no: al menos yo no cambiaria mi existencia por la de los ángeles.

—Calla, calla, Enrique; tú no puedes concebir lo que no está en tu naturaleza.

—Es verdad, madre mia; pero yo hablo en conformidad a mi ser. Dígame ahora algo de mi hermana, de mi maestro, y no olvide a mi otra hermana, mi querida y buena Eloisa.

—Mercedes, hijo mio, es feliz; tan feliz como no esperaba serlo nunca: y tu maestro, el esposo de tu hermana, el coronel don Toribio de Guzman, parece que ha rejuvenecido. En cuanto a Eloisa, te lo diré mas tarde, otro dia.

—¿Qué es lo que ha sucedido? repuso Enrique con viveza y mui alarmado por la suerte de su buena amiga y jenerosa libertadora.

—No te asustes; no hai nada de tan grave, nada de tan malo; y talvez, por el contrario, hai mucho de bueno.

—Pero en fin, ¿vive?

—Sí, hijo mío.

—¿Es feliz?

—A su modo.

—¿No la ve usted?

—Desde la misma noche de tu partida para Valparaíso no ha vuelto a casa, ni he tenido el gusto de verla.

—Pero ¿por qué?

—El por qué lo sabrás mas tarde, bastándote por el momento lo que te comunico.

—¿Eloisa, Eloísa, alma desinteresada y grande, tú has sido mas fuerte que yo: tú me has vencido!

—Sí, Enrique; Eloisa es una verdadera santa y mañana la comprenderás mejor cuando leas su carta.

—¿Sabe usted al menos si se encuentra en Santiago?

—Sí, está aquí.

—Pues yo la veré.

—No hagas tal: Eloisa no pertenece a este mundo. Es la esposa de Jesucristo. Ha entrado al monasterio de las hermanas de caridad, y la cubre el velo de monja; no vayas a perturbarla en su tranquila soledad, donde indudablemente encontrará la calma de que tanto necesitaba, y despues la gloria que tiene tan merecida.

—¿De monja! Pobre Eloisa! Talvez el dolor y la desesperacion la han llevado allí.

—¿Y por qué no la caridad y el amor de Dios? Advierte, hijo mío, que en el ejercicio de esa virtud hai manantiales inagotables de consuelo, tesoros infinitos de felicidad, y estoy segura que Eloisa ha comenzado ya a gustar de ese delicioso néctar que no cambiaria actualmente por ningun placer de este mundo, pues ella misma me lo ha escrito.

—¿No me engaña, madre mia?

—Tú sabes de que yo jamás miento.

—Lo sé, pero para consolarme, porque tendria un verdader

pero dolor de haber hecho, aunque involuntariamente, la desgracia de Eldisa.

—En tal caso debes regocijarte, porque has contribuido a su felicidad, a la única felicidad que ella podía esperar en este mundo.

Concluyendo de decir esto, dos briosos caballos tordillos ricamente enjaezados, los mismos que Enrique había visto en el campo de Marte el 19 de setiembre de 1850, se detuvieron en la puerta de calle del conventillo.

—¡Es ella, son ellos, es Luisa, es Mercedes, es mi maestro! exclamó Enrique palideciendo.

—Sí, son ellos, son ellos! salgámosles al encuentro, dijeron a la vez Marta, Domingo y todas las demás personas que estaban presente, haciendo ademán de levantarse para salir. Solo Enrique no se movió, sino que se quedó parado por algunos segundos, con su vista fija y sus brazos abiertos.

Su amigo Federico se acercó a él y lo sostuvo, pues parecía pronto a caer.

La primera que descendió del coche fué Luisa, siguiéndola Mercedes, el solitario y Ceferina.

La noble fisonomía de la aristocrática joven estaba radiante de alegría, radiante de belleza: era mas bien un ser aéreo, mas bien un ángel que una mujer.

—Enrique! ¿Dónde está Enrique que no sale a recibir a su Luisa!... ¿Dónde está mi amante y mi esposo que no sale a recibir a su amante y a su esposa!...

Y esta exclamación llegó a oídos de Enrique, conmoviendo todo su ser, que por toda respuesta exhaló un solo suspiro. Pero en ese suspiro iba todo su entusiasmo, todo su amor, toda su alma... ¿Con qué palabra podía tampoco contestar! ¿Y era él capaz de pronunciar esa palabra?

—Enrique está aquí, está con nosotros, contestó la vieja Marta que había salido la primera al encuentro de Luisa, pero el exceso de alegría, el exceso de felicidad, añadió, le ha impedido talvez moverse. Vamos, corramos donde él,

socorrámoslo en el parasismo del deleite, porque es indudable que su dicha es la que le impide venir hasta nosotros.

Enrique, sin embargo, llegó hasta la puerta sostenido por su amigo.

Luisa se precipitó en sus brazos, y los dos amantes permanecieron por algunos minutos íntimamente unidos, sin proferir una sola espresion: sus labios no hablaban, pero sus corazones latian: ¡felicidad suprema del amor que no hai nada, que casi no hai signo que la espresa!...

Todos los habitantes del conventillo miraban atónitos aquella tierna e interesante escena: el amor de dos seres jóvenes y hermosos, amor confesado a la luz del dia, amor casto por su misma franqueza, los habia conmovido hasta el punto de derramar lágrimas de satisfaccion, porque una gran parte de aquellas personas les debian servicios y talvez ninguna dejaba de haber recibido un favor o por lo menos un consejo, un halago.

Despues de haber abrazado a Enrique, Luisa tendió la mano al joven que tenia a su lado, es decir, a Federico Bradfort, diciéndole:

—El hermano de mi esposo es mi hermano; de hoy en adelante haremos todos una sola familia.

—¡Señorita!

—Nada de señorita; llámeme usted simplemente Luisa.

—Luisa! la esposa de mi amigo! mi hermana! Qué felicidad!

Enrique aun no podia hablar. De los brazos de Luisa habia pasado a los de Mercedes y de éstos a los de su maestro. Todo era para él una dicha inmensa, dicha que le embargaba la voz y que no se significaba sino por las silenciosas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Aquella escena casi muda, en que solo se oian medias palabras, era grandiosa, tierna, conmovedora. La reunion de muchos seres que se aman tiene un atractivo irresistible hasta para los indiferentes, y el pobre conventillo de la

calle de San Pablo presenciaba un espectáculo que muy pocas veces vemos en la vida del hombre, casi siempre acongojada por el pesar o por el infortunio, y rara vez endulzada por el suave néctar de la felicidad.

Federico Bradfort habia sido recibido como un hijo y como un hermano. El coronel don Toribio de Guzman le habia dado el primer título y le habia dicho a Mercedes: "Abraza a tu nuevo hermano"; y la inocente niña, tan candorosa como tímida, estrechó contra su corazón al amigo de Enrique: era el primer hombre, puede decirse así, a quien abrazaba.

Si nos propusiéramos describir la alegría de cada uno, no tendríamos cuando acabar y nos quedaríamos muy atrás de aquellas impresiones. ¿Qué pinceladas serían capaces de representarlas? Vale mucho más que nuestros lectores se la figuren, que no que nosotros tracemos mal un cuadro tan animado y tan interesante, porque el sentimiento penetra allí donde no alcanza la palabra, y ve y comprende lo que la voz humana no explica: esto lo hemos repetido en varias ocasiones, porque esto es lo que nos sucede a nosotros y lo que tal vez le pasa a la jeneralidad.

Luisa, el solitario, Mercedes y la buena Ceferina quedaron todo el día en el modesto y pobre albergue de los padres de Enrique, en donde debían alojar los viajeros. ¡Que reunión tan alegre! La dicha brillaba con todo su esplendor en cada fisonomía. La satisfacción más completa, el goce más puro, animaba aquellos corazones en que se anidaban tan grandes, tan deliciosos y tan nobles afectos. La virtud y el amor habían nivelado todas las condiciones, todas las diferencias sociales, todos los rangos, todas las jerarquías: el proletario estaba al lado del patricio. Don Toribio de Guzman y la señorita doña Luisa Valdes estaban sentados en la misma mesa que el sarjento Domingo Lopez y que el carpintero Enrique.

Marta, Ceferina y Teresa sin abandonar el salón, o pre-

sentándose con frecuencia en él, se ocupaban en los quehaceres interiores, preparaban los sencillos manjares del festín grandioso del amor, donde se bebería el licor exquisito del deleite. ¡Qué es lo que no hermosea el afecto! La pajiza choza del campesino se transforma en palacio encantado cuando en ella se cobija el cariño! Y la pobre y ordinaria comida del labriego, es superior al maná de los israelitas cuando la sazona la voluntad!...

Empero, una nubecilla cruzó por aquel diáfano y despejado cielo: la falta de Eloisa... ¡De Eloisa a quien todos amaban y que era uno de los principales elementos de aquella felicidad, que era lo que mas había cooperado a formar! Sin embargo, sabiendo que era dichosa, se serenaron, ocupándose únicamente de sus méritos y de sus virtudes, de los servicios que les había hecho, de la manera cómo había frustrado los planes del vicio, la confabulación del crimen, y se citaban uno a uno todos los incidentes que habían sucedido, así como toda la astucia de que se había valido para realizar su idea y dar cima a su propósito, habiendo conseguido el mas espléndido resultado, cual era el que tenían a la vista, el de que gozaban ellos mismos.

Por la noche se fueron todos a la casa de Luisa, donde improvisaron un concierto, pues Enrique y Federico, así como Luisa y Mercedes, eran excelentes músicos, tocando los primeros varios instrumentos. Luisa cantó algunas veces sola y otras acompañada de Mercedes que en poco tiempo había hecho grandes progresos; y aquellas voces sonoras, dulces, melodiosas, escitadas por el entusiasmo y por la pasión, eran casi divinas, esparciendo torrentes de armonía que electrizaban los corazones.

—¡Jamás, jamás había oído una cosa igual, exclamaba Federico fuera de sí. Yo he estado en las principales capitales del mundo, he oído las artistas mas afamadas, pero nada he encontrado comparable a mis dos hermanas!...

—Es que tú has viajado por la tierra, pero ahora nos encontramos en los cielos, le contestó Enrique.

—Es que el amor todo lo diviniza, agregó el solitario.

—Y la virtud todo lo depura, dijeron Luisa y Mercedes, dejando el piano y tomando parte en la conversacion jeneral.

Ya llegaba el nuevo dia cuando se retiraron Domingo y Marta, acompañándolos Enrique y Federico. ¡Deliciosos momentos, horas felices, quién hubiera podido detener su curso! ¡Por qué no nos paramos en algunos puntos luminosos de nuestra existencia! Por qué el tiempo continúa siempre en su carrera! ¡Condicion triste de la humanidad, la mayor dicha no es mas que un imperceptible punto! Fugaz relámpago que apenas nos alumbra un instante!.....

En la diversidad de asuntos de que se ocuparon ese dia, se trató tambien de las cosas políticas y del antiguo prisionero de la penitenciaría, siendo de opinion el coronel de que se presentase Enrique al mismo presidente y que él lo acompañaria; pues era mas que probable que se llegase a saber su arribo a la capital, y en ese caso convenia mas prevenir el golpe, alcanzando del jefe del estado la amnistia que debia acordarse en breve a los reos políticos. En consecuencia, quedaron convenidos en ir a las doce del dia siguiente a palacio.

VI.

Don Manuel Montt, el presidente mas trabajador, sin duda, que ha tenido Chile, el que se ha consagrado mas a la cosa pública, cualidad que no pueden menos de reconocerle sus mismos adversarios, nunca faltaba a su despacho, así es que podia tenerse la seguridad de encontrarlo siempre dispuesto para atender a las muchas personas que iban diariamente en su busca.

Enrique se presentó en casa de Luisa, no a las doce del dia como habia quedado convenido, sino mucho mas tem-

prano, impaciencia que se concibe y que no provenia del deseo de ver a S. E., sino de tener algun tiempo para gozar de la presencia de su amada.

Al verlo entrar como a las diez del dia, el coronel se sonrió y le dijo:

—Amigo mio, ¿cómo se conoce que usted desea mucho encontrarse con S. E. y hablar con él a propósito de su libertad!

—Señor, contestó Enrique, puedo asegurar a usted que no es esta la causa de haberme anticipado.

—Ya lo sé, no necesitas decírmelo; pero debias pensar que ustedes se fueron anoche como a las cuatro de la mañana y que estas señoritas, y el solitario designó a Luisa y a Mercedes, no han debido levantarse temprano.

—Has hecho bien, Enrique. Yo esperaba tu visita; sabia que habias de venir, y no hagas caso a los regaños de nuestro maestro, a quien Mercedes contempla tanto, que lo va poniendo insoportable.

—¡Bonito he salido! Las mismas a quienes defiende se vuelven mis enemigas! ¿Qué dices de esto, Mercedes?

—Que Luisa tiene razon.

—¡Era lo que faltaba! Mi esposa tambien está en mi contra! Amigo mio, vuélvase usted a California porque aquí trae la perturbacion.

—Haré lo que usted ordene, señor.

—Pero no será antes de almorzar, Enrique, pues te estaba esperando y voi a disponer que nos sirvan; ¿por qué no trajistes a tu amigo, es decir, a nuestro hermano?

—Se lo propuse, pero me dijo: voi a ocupar tu lugar por algunas horas: prefiero hacer compañía a mi madre.

—¿A sí te lo dijo, exclamó Mercedes?

—Así, y tuvo su buena recompensa porque mi padre y mi madre lo abrazaron, haciendo yo otro tanto.

—Bien merecido, añadió Luisa: esa es una delicadeza de sentimientos que me agrada.

—Hai rasgos que demuestran por completo al hombre, agregó el solitario, y este es uno de ellos, por mas insignificante que parezca a primera vista.

—Ya usted lo irá conociendo, maestro mio, y verá que no me he equivocado; y que el concepto que he formado sobre él, y que la amistad que le profeso y de la cual le hablaba en mi carta, es mui merecida.

—Basta verlo para conocerlo, dijo Mercedes.

—Así es: tiene una fisonomia dulce, triste, meditabunda, una de esas fisonomias que revelan sensibilidad e inteligencia, agregó el solitario.

—Usted no se equivoca nunca, señor; pues bien, así es mi amigo Federico Bradfort.

—Durante el almuerzo nos contarás cómo lo has conocido y qué clase de relaciones has tenido con él; porque hasta ahora nos has dicho mui poco sobre un jóven que, independiente de tu recomendacion, interesa por sí mismo.

Un criado anunciaba en ese momento que el almuerzo estaba servido.

Fácilmente se comprende cuán animada no estaria aquella conversacion y con cuánto interes no oirian la narracion hecha por Enrique sobre algunos de los sucesos de su viaje; pero era necesario ir a la Moneda y tuvieron que cortar tan agradable conversacion.

Luisa les previno de volverse directamente a casa para saber el resultado de un paso tan indispensable para la tranquilidad de todos; pero que mientras tanto, ella iba a mandar a casa de Enrique para que se vinieran a comer sus padres y su amigo: proposicion que fué aceptada con el mayor gusto, pues daba a éste la esperanza de pasar con Luisa algunas horas parecidas a las de la noche anterior, algunas de esas horas tan fugaces como deliciosas de los que se aman, y de los que se aman del modo que se amaban ellos...

El coronel don Toribio de Guzman se hizo anunciar por

el edecan de S. E. y fué inmediatamente introducido, acompañándolo Enrique.

La fisonomía del presidente, aunque siempre severa, era agradable, pues le habían bastado muy pocas entrevistas para reconocer el raro mérito de don Toribio de Guzman, y él, como hombre de capacidad, apreciaba y distinguía el mérito, siendo el primero de nuestros mandatarios que ha roto con la aristocracia de familia para llamar a su alrededor la aristocracia única y verdadera, la aristocracia del talento, y este talvez ha sido uno de los motivos por que este eminente hombre de estado se acarreó tantas animosidades y obtuvo tantas sinceras afecciones, persiguiéndolo las unas y protejiéndolo las otras, aun despues de caído.

Don Manuel Montt con su esquisita y seria urbanidad, le salió al encuentro al coronel, dándole afectuosa y familiarmente la mano, y diciéndole a un mismo tiempo:

—Usted se deja desear, coronel Guzman, sus visitas son raras y siempre semi-oficiales. Me agradaria mucho verlo con mas frecuencia y con mas intimidad.

—S. E. me honra demasiado.

—Dejémonos de S. E., señor de Guzman y hablemos como amigos.

—Agradezco la benévola amabilidad de S. E., pero por el momento me es imposible tener el gusto de aprovechar de ella, pues vengo directamente a ver al presidente de la república para solicitar su gracia por el reo político que me acompaña.

—¡Un reo político!

Y don Manuel Montt clavó su vista en la hermosa fisonomía de Enrique como para investigar si era o no verdadero lo que le decia el coronel.

—Sí, señor, continuó don Toribio de Guzman; este jóven es el temible reo político que tuvo el atrevimiento de fugar de la penitenciaría y que ahora viene a ponerse a la disposición de S. E. para que S. E. gane la partida al co-

ronel Guzman: este jóven es Enrique Lopez, el atrevido cabecilla del 20 de abril de 1851.

—No soi yo quien gana la partida, señor coronel; usted me ha derrotado noblemente y me confieso vencido: el señor don Enrique Lopez queda libre y ojalá me diera el placer de ocuparme si puedo serle útil en algo.

—Quedo, señor, menos libre que nunca, contestó Enrique, porque ahora he contraído una deuda con S. E., la deuda de la gratitud que obliga mas que cualquiera otra.

—Pero que se satisface con gusto, ¿no es verdad, amigo mio?

Y el presidente de la república, el grande estadista don Manuel Montt, estendió su mano de amigo al jóven carpintero, obligándolo a sentarse a su lado.

Enrique Lopez estaba encantado. Habia oido hablar tan mal de don Manuel Montt, le habian dicho tantas cosas sobre este hombre, se lo habian pintado tan adusto y tan cruel, que no sabia ahora qué pensar al verlo tan lleno de benevolencia para con él; así es que no tuvo por un momento palabra alguna que contestar.

Y don Manuel Montt, como si conociera lo que pasaba en el interior de Enrique, se sonrió, agregando:

—¿Parece que usted no ha encontrado el tirano contra quien combatió?

—Lejos de hallar, señor, al tirano, veo al padre; y en lugar de la bajeza y de la maldad que me decian tener, veo la magnanimidad jenerosa y no puedo menos que arrepentirme de haber hecho armas en su contra; pero puedo asegurar a S. E. que yo no combatia al hombre, sino a los principios, lo mismo que obraré siempre, con la diferencia que ahora he llegado a saber que los principios no se destruyen ni se consiguen empleando la fuerza, usando de la violencia, derramando la sangre del hombre, que es el mayor tesoro de la humanidad.

El presidente volvió a mirar al jóven y le preguntó:

—¿Y de qué medio se valdria usted para llevar a cabo un pensamiento que le parece bueno, pero que muchos le combaten oponiéndose a él?

—Yo no veo otro que la libertad: ella es la que todo lo alcanza.

—Si no existe hoy existirá mañana, pero la libertad no se hermana con la tirania, ni puede jamás nacer de ella.

—Usted tiene unas ideas bastante raras y muy difícil de llevar al terreno de la práctica: la teoria está las mas veces en oposicion al hecho.

—Así es, señor, pero al fin triunfa.

—Segun esto usted no conspirará mas?

—Nunca, señor.

—Pero en muy poco tiempo ha conseguido usted dar un gran paso.

—Estos principios me los habia enseñado de antemano mi maestro, pero mi juicio no habia madurado lo bastante; con todo, cuando me determiné a tomar parte en la revolucion del 20 de abril fué creyendo que no se derramaria sangre, sino que por un golpe de mano atrevido, pero no inhumano, se quitaban de la escena política los hombres retrógrados para poner en su lugar los hombres liberales: hé aquí, señor, en dos palabras el móvil que me indujo a tomar parte en aquel desgraciado acontecimiento.

—¿No era entonces por odio contra un partido o contra unos hombres?

—No, señor; yo no he aborrecido a nadie, ni aun a mis enemigos.

—Noble jóven, digno discípulo del señor don Toribio de Guzman, sobre el que tengo ahora muchos y muy buenos informes; yo estaba equivocado o me habian engañado, pero tengo ahora una verdadera satisfaccion en haberlo conocido y en haber hecho un acto de justicia, acordándole, antes de entrar en mayores esplicaciones, la libertad que solicitaba y que merecia; desgraciadamente, amigo mio, to-

dos mis adversarios no piensan como usted, pues de otro modo la tranquilidad del país sería un hecho y tras de ella vendría su prosperidad y su engrandecimiento.

—Que es sin duda por lo que trabaja S. E.

—Esta es mi intención y mi mayor deseo; ¡pero quién sabe si llegará a realizarse!

—Si necesita S. E. de mi pobre cooperación, estoy dispuesto a secundar las miras de S. E.

—Gracias, señor coronel, y no echaré en olvido su proposición.

—También ofrezco a S. E. la de mi joven amigo.

Y don Toribio de Guzman designó a Enrique.

—También la acepto con el mayor gusto: la juventud es siempre más activa y más emprendedora y particularmente cuando se han adquirido ciertos principios y cierta madurez de juicio. ¿Qué profesión tiene usted?

—Una muy humilde, señor: soy carpintero.

—¡Carpintero! contestó el presidente con admiración, sin duda porque no podía creer que aquel elegante y distinguido joven, cuyas maneras eran las de un completo caballero y cuyas ideas las de un hombre instruido, fuera un mero artesano.

—Pero un carpintero que construye palacios y que en dos años de ausencia se gana en el extranjero y en el país más adelantado del mundo, la suma de sesenta mil pesos, dijo el coronel a S. E.; y todavía más, señor, agregó: este carpintero está en posesión de otras mil industrias y tiene conocimientos bastante vastos y bastante suficientes no solo para hacer un hombre útil sino un hombre distinguido.

Enrique se ruborizó con la exposición del coronel y lo miró con extrañeza, pues él no le había jamás hablado de sus negocios para que los supiera tan a fondo.

—Ahora me sorprende usted más, señor de Guzman; pero me sorprende agradablemente, porque esto me prueba que el país avanza; y si bien será una excepción este joven, al

menos esa escepcion existe, y el dia que sea mayor el número, Chile puede decir: "Seré libre y feliz;" mientras tanto es indispensable premiar al mérito protejiendo la virtud y el talento allí donde se encuentre para estimular a los demas; de consiguiente, estoi muy dispuesto a ayudar al señor Lopez, ofreciéndole desde luego el destino que le convenga, aunque veo que con una fortuna tan considerable como la que ha adquirido con su intelijencia y con su trabajo, no tiene necesidad de empleos.

—Yo estaré siempre dispuesto a servir a mi patria y a mostrar de alguna manera el agradecimiento que debo a S. E. tratando de hacerme digno de la confianza con que S. E. se sirve honrarme; pues, aun cuando no acepte destino ninguno, puede S. E. disponer de mí para todo aquello en que sea de alguna manera útil.

—Personas como usted nunca son de desdeñar y yo me complazco, no tanto de que me sean adictas, cuanto que me ayuden con su contingente de luces para llevar adelante a la república. Pero hablemos de usted; cuénteme la manera cómo se evadió de la penitenciaria, pues sobre esto hubo muchas versiones, y aun, si no me engaño, uno de los ministros estuvo tambien implicado en su fuga; sin embargo, nada se pudo saber de positivo.

Enrique narró fielmente a S. E. los medios de que se habia valido y de cuánto le habia servido Eloisa, deteniéndose con gusto en hablar de todo cuanto le debia a esta amiga que en la actualidad se habia hecho monja de caridad.

El presidente oyó con manifiesto interes aquella narracion sencilla y verídica, admirando como Enrique la nobleza de sentimientos de la actual *hermana de caridad* que habia tenido el arte de embaucar a todo un diplomático, lo que hizo sonreír al sério magistrado.

—Ahora, volvió a decir el presidente despues de una pausa: ¿seria indiscrecion de mi parte preguntar a usted cómo ha podido adquirir tan considerable fortuna en tan

corto tiempo, y en qué país consiguió tan buen resultado? y no crea usted que esta pregunta nace de mera curiosidad sino que realmente me intereso por usted.

—La benevolencia de S. E. está de manifiesto para que dude de ella; y no tengo inconveniente en referir a S. E. mi corta historia de California, pues ese fué el punto a que me dirigí al día siguiente de mi evasión de la penitenciaría; y elegí ese país por consejo del señor coronel aquí presente, consejo que me ha valido algo mas que el dinero.

Y Enrique atribuyó todo el buen resultado de sus trabajos a la influencia de que gozaba en San Francisco su amigo Federico Bradford, que fué el que lo recomendó, ocultando no solo el noble empleo dado a su dinero, sino tambien todo lo que tenia relación con su inteligencia o era el fruto especial de ella.

Esta modestia no se escapó a la perspicacia del presidente, que conoció en el acto todo el mérito que encerraba aquel jóven y que en vano queria ocultar, porque se revelaba a despecho de él mismo.

La audiencia se habia prolongado demasiado, mucho mas que el tiempo que acordaba don Manuel Montt a los mas graves asuntos del estado, porque en la variedad de ellos, daba a cada uno la atencion que le correspondia, y con su práctica, asi como con su inteligencia, los despachaba brevemente, hiriendo luego el punto de la dificultad y ordenando en seguida lo que debiera hacerse; pero ahora habia estado tan agradablemente entretenido, que se habia deslizado el tiempo sin sentirlo: aquella alma necesitaba indudablemente de algun refrijerio, de algunas de esas escenas tiernas del corazon para calmar la agitacion del cerebro, el fuego activo de las luchas políticas y de esas preocupaciones constantes que deben sureccitar la mente del hombre de estado.

Don Manuel Montt despidió con afectuosa amabilidad al coronel don Toribio de Guzman y al jóven obrero don Enrique Lopez, en quien veia una mezcla de timidez y de en-

tereza, de sencillez y de superioridad, de modestia y de franqueza que producian curiosidad e interes, arrancando las simpatias de modo que se confirmaba la teoria del mismo Enrique, que pretendia que el hombre atrae en conformidad como ama.

VII.

De vuelta del palacio de la moneda encontraron a Luisa y a Mercedes que los aguardaban con impaciencia en la puerta de calle, porque no dejaban de tener sus temores, y éstos se aumentaban a medida que el tiempo trascurria, no concibiendo que retardasen tanto en una presentacion que, segun ellas, saliendo bien o mal, debia demorar mui poco; pero cuando los vieron aparecer a la distancia, las malas impresiones volaron para dar lugar a otras nuevas y agradables.

—Vamos, ¿cómo ha ido, maestro mio? preguntó Luisa al solitario tan luego como estuvo al alcance de la voz.

—Mui bien, hija mia, perfectamente bien. Enrique no solo está libre de toda persecucion, sino que el presidente le ha ofrecido empleos, y en su mano está el aceptar lo que mejor le convenga.

—Ya me lo figuraba.

—Yendo con usted ¿qué es lo que no se alcanza? dijo tambien Mercedes tomando de la mano afectuosa y familiarmente a su esposo, que hacia para ella las veces de padre.

—Hija querida, respondió el anciano con énternecimiento; la Providencia está premiando tus virtudes; te está indemnizando de tus sufrimientos, y lo que te ha acordado ya espero que no será lo último que te conceda.

—Ya es bastante, ya tengo demasiado... ¿Qué mas quiere usted que Dios dé?

—El tiempo lo dirá, Mercedes; a mí me parece que leo en el porvenir y tu hermano sabe que hasta aquí no me he equivocado.

—Así es, contestó Enrique; jamás lo he visto engañarse, pues lo que usted dice son verdaderas profecías; pero en el caso presente mi hermana tiene razón, porque ella no puede, ni debe, ni quiere esperar más: está satisfecha, y más que satisfecha, pues es dichosa y todo cambio sería para ella un mal.

—Sin embargo, en la naturaleza nada hay de inmutable: todo se mueve, se transforma, varía y es preciso esperarse a todo. Nada existe en el estacionario mundo y todo marcha al perfeccionamiento. Todo marcha por la ley misteriosa de la creación que nos lleva hacia un fin y ese fin debe ser la armonía.

—¿Y qué tiene que ver la armonía universal con el caso presente?

—Yo sé que somos átomos, pero a los átomos también rige la misma ley, porque ellos hacen parte de un todo.

Al hacer esta observación, el solitario se respondió sin duda a sí mismo en vez de contestar a la pregunta que le hacían; empero, él creía darle un alcance y se lo daba en efecto, pero era demasiado metafísico, demasiado abstracto.

En ese momento llegaban los padres de Mercedes en compañía de Federico, obedeciendo a la orden terminante de Luisa que les decía de venir, pues a ellos no les gustaba abandonar su pobre morada.

—Enrique está libre, fué lo primero que les dijo Luisa antes de saludarlos.

—¿Ya no lo perseguirán? preguntó Marta.

—Llega en este momento de donde el presidente de la república, que se lo ha dicho.

—Viva don Manuel Montt, exclamó el sarjento Lopez, sacándose su gorra militar.

—Gracias a Dios, dijo a su turno Marta, que ya no tenemos que temer y que podemos vivir juntos sin que en lo sucesivo nadie nos separe.

—A no ser que el caballerito, contra la opinión de su

padre, vuelva a entrar en otro fandango; pero a fé mia que ahora yo sabré vijilar, pues a mí no se me engaña tan fácilmente, salvo ocasiones, pero ya tengo demasiada esperiencia y no me la jugarán dos veces.

—Le prometo, padre mio, de no volver a entrar en otro fandango, como usted dice.

—Si me lo prometes, es mucho mejor, porque no estaré obligado a montar diariamente la guardia.

—Tenga usted la seguridad de lo que dice Enrique, porque está mui desengañado; y a mas de haberle madurado el juicio, ha salido mui encantado de donde el presidente de la república que le ha dicho sus piropos.

—¡Ah! si usted me confiesa esta noticia, ya no puedo dudar de ella.

—Mi sabio maestro me conoce y nunca se equivoca en lo que dice; puede usted, pues, tener plena confianza que, aun cuando viera arder el mundo, no tomaria parte en otra revolucion.

—¡Qué mas revolucion que el amor! exclamó Luisa alegremente: aquellos que aman se bastan a sí mismos.

—El amor no se reconcentra de esa manera, señorita, repuso el solitario; el amor no es el egoismo ni lo produce, sino que se estiende a todos y necesita obar siempre el bien para que no se estinga: este es el único medio, el único combustible que necesita esa sagrada pira para que su fuego divino arda siempre sin convertirse en heladas cenizas.

—Tiene usted razon, señor, contestó Luisa; mi tésis fué mui jeneral, y reconozco la justicia de sus observaciones.

—Ya sabia yo que era un arranque momentáneo e impremeditado, porque ni piensas ni sientes así.

—Puesto de que estamos conformes, vamos para el salon que ya se acerca la hora de la comida.

Una vez en el salon, hicieron que Enrique narrase la entrevista que acabbaa de tener con el jefe del estado, y todos alabaron la bondad o la política de aquel hombre a quien

se pintaba jeneralmente bajo tan negros colores, y cuya tirantez emanaba de la presion en que lo habian colocado los amagos constantes de revolucion, pues su autoridad y su persona estaba, se puede decir así, bajo el oráter de un volcan.

Un incidente nuevo vino a aumentar la alegria de aquella reunion de personas felices, y fué la aparicion inesperada de Torcuato, que asomó tímidamente su diforme cabeza por la puerta de entrada. El solitario, que fué el primero en verlo, corrió hácia él, lo abrazó tiernamente, y tomándolo de la mano, lo llevó donde se encontraban todos.

Enrique y Luisa, que lo conocian y que lo amaban, hicieron otro tanto, presentándolos a los padres y al amigo de Enrique; y como los primeros lo conocian de antemano por lo que les habia dicho su hijo, no estrañaron su deformidad y lo agasajaron recibéndolo con el mayor cariño para vencer su timidez salvaje, pues el pobre muchacho temblaba de piés a cabeza, aun cuando se veia el gusto inmenso que experimentaba, particularmente al mirar al solitario, a quien veia trasformado, porque habiéndose cortado su blanca barba y su plateada cabellera, como ya sabemos, habia desaparecido ese aspecto venerable de profeta que tenia antes, representando ahora un hombre mucho mas jóven y de marcial talante a causa del largo y espeso bigote, que era lo único que habia dejado sobre su rostro, atendiendo sin duda al carácter y al grado militar que tenia.

En la larga ausencia del solitario habia escrito éste muchas veces a Torcuato de venir a Santiago, pero el tímido muchacho jamas se habia atrevido a separarse del cortijo a pesar de la soledad en que vivia, pues solo estaba acompañado de sus perros, porque ningún ser humano aparecia en aquellos lugares misteriosos donde vivia el brujo en compañía del hijo del diablo, como llamaban a Torcuato; de modo que el coronel presumió que algo de grave debia haberle

sucedido, desde que se habia resuelto a hacer un viaje al que se resistia desde tanto tiempo, no siendo suficiente el cariño que le profesaba, para determinarlo.

Persuadido de esto el coronel, dijo a Torcuato que lo siguiera, previniendo que comeria en su cuarto con su antiguo compañero, pues tenia que hablar con él en privado. Dos motivos obligaban al coronel a usar de esta precaucion: el primero, porque podia ser algun secreto que conviniera que lo ignorasen los demas; y el segundo, porque conociendo la timidez de Torcuato, sabia de antemano que cualquiera que fuese el asunto, no se determinaria a revelarlo en público, por mui de confianza que fuesen los individuos delante de los cuales debia decirlo, y esto sin contar que allí habia cuatro personas a quienes amaba, porque habia adivinado que dos eran los padres de Enrique y la otra su hermana, actual esposa de su protector, del anciano que le habia salvado la vida, del que lo habia recogido, enseñado y protegido siempre. Solo Federico le era extraño, pero suponía que seria algun miembro o algun amigo de la familia, y esto bastaba tambien para quererlo.

Al salir de la puerta de la sala para dirigirse a su cuarto recibieron al solitario cuatro grandes perros que saltaron sobre él como queriéndole devorar con sus caricias, porque a pesar de lo cambiado que estaba lo reconocieron en el acto. Ah! dijo el coronel entre sí mismo. ¡Dónde viene a cobijarse la fidelidad! Si los hombres tuvieran tan frescos sus recuerdos de gratitud como los tienen los irracionales, cuán distinta no seria nuestra suerte! Otro tanto que los bravos mastines hizo Torcuato cuando se encontró a solas con él: ¡qué regocijo tan grande no brotaba de los hermosos ojos de aquel infeliz muchacho a quien menospreciaban y aun perseguian por su fealdad y que era capaz de amar tanto!

El coronel lo acarició de nuevo, lo hizo sentarse a su lado y llamó a los perros con el silbido con que acostumbra hacerlo en el cortijo. Los cuatro alagos entraron atropellándo-

se en la pieza y se sentaron sobre sus patas traseras alrededor del anciano y del muchacho, lamiéndoles las manos tanto al uno como al otro.

En seguida principió la conversacion entre el solitario y Torcuato, conversacion que nos vemos obligados a traducir, pues se hacia por señas.

—¡Cuánto gusto me has dado, querido hijo mio! ¿Por qué no habias venido tantas veces como te he llamado? Yo tenia ya ganas de ir, temiendo que te sucediera algo, pero tus cartas me quitaban toda inquietud y permanecia aqui, donde era casi indispensable mi presencia.

—Así es, señor; yo lo echaba de menos como un perro a su amo.

—Dí mas bien como un hijo a su padre.

—¡Como un hijo a su padre! Esto es mucho, esto es demasiado para mí.

—No, hijo mio; no es ni mucho ni demasiado, porque te he tenido y tengo el cariño de tal; por otra parte, Torcuato, así como es malo creerse superior a todos, así tambien lo es pretender salir de su esfera: si tú eres hijo de Dios, que es superior a todo y a todos, ¿por qué no habrias de serlo mio que soi una pobre criatura de nada?

—Pero, señor, si usted no estuviera en el mundo, qué hubiera sido, qué seria de mí!

—El padre de los hombres no te habria faltado.

—En caso que hubiera vivido, porque usted fué quien me abrigó en su seno y quien me alimentó y me alimenta hasta ahora; usted que me ha dado alguna luz cultivando mi espíritu; y sin usted, en caso de vivir, habria sido de peor condicion que las bestias, porque me habrian perseguido en lugar de criarme, así como me han perseguido ahora.

—¿Qué es lo que dices?

—Que han estado a punto de cojerme y destrozarme.

—¿Cómo es eso?

—Voi a referírselo a usted, señor, siendo este el motivo porque he venido a refugiarme donde mi amo.

—Dí donde mi padre, Torcuato, y que otra vez no vuelva a salir de tus labios semejante palabra.

—Así es, señor; donde mi padre. Donde mi adorado y respetado padre!...

Y el monstruoso muchacho se deshizo en lágrimas de gratitud y de regocijo por ver al anciano, a quien acariciaba a su manera.

—Prosigue, hijo mío, dijo el solitario.

—En su ausencia, señor, por distraccion y por necesidad salia algunas veces a cazar, no traspasando los límites del cerco; pero hace pocos dias que persiguiendo una bandada de tórtolas traspasé los límites y me interné en la vecina hacienda, no pudiendo evitar que me vieran algunos inquilinos que se lanzaron en mi persecuimiento así como yo iba en persecuimiento de las tórtolas; pero me salvé mediante mi velocidad, así como las tórtolas se habian salvado mediante su vuelo.

En la noche de ese mismo dia se declaró un grande incendio en el campo vecino y yo me dirigí a él para ver si podia servir de algo sin que notasen de donde venia el servicio, y estaba trabajando como cortar el fuego, cuando me apercibieron algunas mujeres y dieron el grito de alarma, diciendo: "Aquí está el hijo del diablo y él debe ser el que ha puesto el fuego." Sin mas que esto, los hombres se lanzan sobre mí y tuve que huir lo mismo que habia huido antes. El siguiente dia lo pasé sin salir de las casas, temeroso de que anduviera alguna jente por los alrededores; pero en la noche sentí un ruido como de personas que se acercaban y apagué la luz; mis perros ladraban con fuerza, y los que traian los hombres tambien, haciendo todos un gran ruido que me impedia oír lo que decian; pero conseguí que mis obedientes y bravos mastines callasen, y entonces, abriendo la ventanilla de observacion que usted conoce, distinguí

a muchos hombres de a pié y de a caballo que rodeando el rancho decían: "Ahora no se nos escapará ni el brujo ni su hijo, a no ser que se sepulten en los infiernos, de donde han venido"; y pusieron fuego a los cuatro costados de la casa, cuyo techo pajizo principió a arder casi instantáneamente. No había remedio ni tenía tiempo que perder; era preciso huir, porque de otra manera habría perecido con mis cuatro animales, que parecían comprender el peligro, porque se agruparon a mi alrededor mirando las llamas. En ese momento tomé mi escopeta, no con intención de herir, sino de asustar para abrirme paso, y silbando a mis bravos y obedientes alanos, corrieron tras de mí. Yo disparé el tiro al aire, pues la escopeta estaba cargada, y sin hacer daño, conseguí por la sorpresa cuanto deseaba, es decir, me dejaron el paso libre; pero en el momento los hombres de a caballo corrieron tras de mí y lanzaron sus perros en mi persegui-miento. Los míos sostuvieron el combate y yo me escabullí por el bosque; cuando llegué a una eminencia donde sabía que no podían perseguirme, me detuve y miré hácia las casas que usted había construido y habitado por tanto tiempo y donde se encerraban tantos tesoros debidos a su ciencia. El espectáculo era triste al ver que las llamas consumían todo cuanto su estudio y su experiencia había aglomerado allí. Yo no pude contener mis lágrimas al considerarme causa de aquel gran desastre, que era ya imposible evitar, porque el fuego se había apoderado del edificio entero y lo devoraba todo. Ya nada tenía, nada podía hacer, y di un prolongado silbido a mis perros, que a poco rato me encontraron: fuí feliz a la vista de ellos y los acaricié, tratando a la vez de estancar la sangre de sus heridas con mi camisa. Allí esperé hasta que viniese el día, reflexionando sobre lo que debía hacer, y pensé que el mejor partido sería venir en su busca, y así lo he hecho, señor: ¿habré obrado mal?

—De ningún modo, hijo mío, sino que por el contrario he tenido una verdadera satisfacción; y si bien siento la pér-

dida de mi rancho y de lo que él contenia, esto me ha procurado el placer de verte, agradeciéndoles a esos pobres ignorantes el gusto que me han proporcionado.

—¡Qué lástima tan grande, qué pérdida tan irreparable, señor!

—No te aflijas, Torcuato; talvez esto sirva para nuestro bien y quizá sea un motivo para no separarnos mas. Aquí estarás lo mismo que en tu casa, hijo mio, porque todos te quieren, y serás a mas el compañero y el amigo de mi esposa, de la hermana de Enrique, a quien tú considerabas allá en el cortijo casi como a tu propia hermana. Parece que la Providencia reúne ahora en un mismo lugar a cuantos antes estaban separados amándose, y tú eres uno de ellos.

VIII.

El solitario habia comido en su cuarto con Torcuato, pues no pudiendo éste sobreponerse a su invencible timidez, se vió el primero obligado a complacerlo, diciendo entre sí mismo: "Ya se familiarizará, porque nada hai que domesticar como el cariño."

A pesar del gusto que habria tenido el coronel en estar todos reunidos, no se habia hecho violencia en quedarse con su hijo de la selva y con sus cuatro perros que le recordaban su querida soledad, donde habia pasado dias tan tranquilos y donde habia recuperado la paz del alma, perdida en el bullicio del mundo que solo le habia procurado desengaños y amarguras. Pero el coronel don Toribio de Guzman era una figura mui interesante en aquella sociedad, para que se privasen de su vista por mas tiempo; asi es que en cuanto acabaron de comer se dirijieron todos a sus habitaciones, donde lo encontraron en muda pero animada conversacion con Torcuato y rodeado de cuatro hermosos perros que devoraban los restos de los esquisitos manjares que les habian servido a sus amos.

El pobre muchacho quiso ocultarse a la llegada de los convidados; pero el anciano se lo impidió, manifestándole por señas que él era querido de todos, y Luisa y Mercedes, así como los demás, le hicieron mil halagos para probarle que era muy cierto lo que le daba a entender el coronel; pero Enrique que sabía el lenguaje de Torcuato, fué el que contribuyó mas a serenarlo.

Durante la comida había Luisa propuesto un paseo por la alameda, pues la luna estaba lindísima y el día sereno, propuesta que fué aceptada por todos y que anunciaron también al coronel; pero viendo que no podría dejar solo a Torcuato y que éste jamás se decidiría a acompañarlos, resolvió quedarse, diciéndoles que tenía que ocuparse de algunas cosas con el recién llegado, y así era en efecto, pues tenía que mandarle comprar alguna ropa para que se presentase mas decentemente; y para que se persuadieran de que en realidad tenía que hacer con él, les refirió en pocas palabras lo que había sucedido en la hacienda.

—Pobre Torcuato, dijo Enrique; cómo debe haber sufrido y qué lástima que se perdieran tantas curiosidades, tantas maravillas como usted había conseguido juntar y como había aglomerado allí su ciencia.

—Una de las cosas que mas siento es la pérdida de mi libro de memorias, en que estaban anotadas tantas virtudes, tantas acciones nobles y jenerosas, como la de tu padre y mi amigo el teniente Lopez; pero el recuerdo queda en mi corazón y este no ha muerto.

—¡Mi coronel! exclamó Domingo Lopez yendo a abrazar a su jefe; ¡yo creo que soy el deudor y usted el acreedor! Mi acto no es nada en comparación de lo que usted ha hecho por Enrique, de lo que usted ha hecho por Mercedes, y de lo que haciendo por ellos ha hecho por Marta y por mí!

Y el viejo soldado, enternecido y mirando a cada uno y a todos los circunstantes, les preguntaba: ¿no es verdad lo que digo? ¿no es cierto que soy yo el obligado?

—Déjense de disparates, señores, exclamó Luisa: bien se merece el uno al otro.

—Así es, contestó Federico, que tenía conocimiento de la historia de ambos personajes por lo que le había comunicado su amigo.

—Yo decidiré, que soy, puede decirse, el mas imparcial de los que estamos aquí: quien tiene toda la ventaja es mi maestro; y la tiene por sus virtudes y por su inteligencia, por sus pensamientos y por sus obras, por lo que ha hecho y por lo que es capaz de hacer; pues su radio de acción, ya sea por el espíritu o por su posición social, es mucho mas vasto que el de mi padre, no existiendo parangón posible entre el uno y el otro.

El sarjento Lopez, acercándose a su hijo, le dijo:

—Has herido la dificultad; has hablado como debías de hablar; has dado la justicia a quien le pertenece; has sido de la misma opinión de tu padre, y me congratulo de ello, porque muchas ocasiones me has llevado la palma, teniendo que sujetarme a tus ideas, mientras que ahora sigues las mías.

—Mi hermano tiene razón, mucha razón, exclamó Mercedes, dando afectuosamente la mano al anciano con ese entusiasmo propio de la virtud.

—Calla, hija mía, replicó éste; a tí también te acuso de parcialidad; pero en otro día yo haré mis objeciones, porque no crean ustedes que me doy por vencido; ínter tanto no pierdan el tiempo y vayan luego a su paseo, pues ya se hace tarde, son cerca de las ocho.

—Yo me quedo acompañándolo.

—Imposible, tengo que hablar con Torcuato de cosas reservadas; y si para obligarte es preciso que emplee mi autoridad, te lo ordeno.

—Vamos, Mercedes, volveremos pronto, dijo Luisa; no se puede perder esta luna hermosísima.

Y dando la mano al solitario, tomó del brazo a su amiga.

El coronel Guzman miró con verdadera complacencia a aquellos dos ángeles y los dejó partir.

Cuando se quedó solo con Torcuato, llamó a un sirviente, ordenándole que fuese en el acto a un almacén de ropa hecha y comprase toda la necesaria para vestir al pobre mudo.

Nuestros paseantes llegaron en breve a la alameda. Enrique daba el brazo a Luisa y Federico a Mercedes; Domingo y Marta iban a retaguardia como dos viejos que marchan al cuidado de la familia.

Federico, como extranjero y que aun no habia visitado la ciudad, miraba en todas direcciones, y Mercedes le explicaba lo poco que sabia. Santiago, en aquella época, no era la hermosa ciudad de hoy día, y sus casas bajas no tenían nada de monumental como los palacios que se ostentan ahora en todas nuestras calles.

Pero la alameda siempre ha tenido y tendrá su mérito por sí misma; y sin ayuda casi del arte será uno de los primeros paseos del mundo, porque está adornada por la naturaleza, pues no hai nada de comparable a la vista que presentan hacia el oriente las gigantescas cordilleras de los Andes con sus nieves eternas.

Este delicioso lugar tiene mucho de poético, mucho de grandioso, y parece que el espíritu se eleva y el corazón se ensancha en aquellas largas y espaciosas calles de árboles que no impiden la hermosa vista de nuestro azulado y transparente cielo, y que, purificando el aire, nos hacen gozar de un ambiente puro que respiramos con delicia, teniendo además la perspectiva de los cercanos Andes, cuya base parece estar al término de la larga avenida, hasta el punto que mirada de alguna distancia la elegante torre del convento de los franciscanos, se figura uno que estuviera colocada sobre la misma falda de los gigantes de granito, que sin embargo distan algunas leguas del paseo favorito de la capital a quien ellos, sin saberlo, sirven de principal adorno.

Hemos dicho que este sitio encantador eleva el espíritu

y ensancha el corazon; y en efecto, allí el hombre de ideas puede entregarse mas fácilmente que en ninguna otra parte a las reflexiones propias a sus tendencias; allí la grandeza de Dios se revela al hombre religioso por la grandeza de sus obras que por todos lados puede contemplar y admirar, convidándolo a una meditacion profunda y sublime; allí el enamorado, pensando en la mujer que adora, la idealiza, y si la tiene a la vista, parece que sus atractivos se aumentan, que su andar es mas gracioso, su mirada mas tierna, su voz mas dulce, su palabra mas persuasiva y mas simpática; y hasta el vicio encuentra allí pábulo para el vicio.

Parece que en este sitio se respirara una atmósfera distinta a otros lugares: quizá está lleno de esos miasmas de la pasion, que sin verlos y sin sentirlos, provocan la pasion: porque uno cree que allí piensa mas, reflexiona mas, ama mas. Allí es donde se evocan todos los recuerdos dulces y amargos de la vida, donde se elaboran todos los planes, donde se dilucidan todas las ideas, ya sea en la conversacion con el amigo, ya en la reconcentracion silenciosa del aislamiento. Allí van las políticas de todos los partidos a formar sus combinaciones. Allí van los capitalistas a hacer sus cálculos. Allí van los pobres a divertir, ya que no pueden sacudir su miseria. Allí van las damas a lucir sus trajes y los galanes su apostura gallarda. Allí van todos, en una palabra, y allí iba tambien Enrique y Luisa con su amor casto y virjinal, pero abrazador y vehemente.

—¡Qué dicha es amar y ser amado, Luisa! ¿Habrá algo de mas grande en el mundo? dijo Enrique despues de haber andado en silencio como una cuadra.

—Yo pensaba en lo mismo, Enrique, y estaba tan abismada en mi felicidad, que no queria turbarme a mí misma con la palabra.

—Dime, Luisa, ¿desde cuándo principiastes a amarme?

—Me parece que desde el momento en que te ví.

—Y yo estoy seguro de haber principiado en ese mismo

instante. ¿Te acuerdas del diez y nueve de setiembre de 1850?

—Esa fecha no se me olvidará nunca.

—Talvez por el accidente del coche; pero para mí, aun cuando no hubiera sucedido este acontecimiento feliz, ya no se habria separado de mi memoria.

—¿Por qué?

—Porque mi amor es mas antiguo, pues databa de unos minutos antes.

—Desde que nos vimos cuando estaba yo en coche y tú te colocaste enfrente.

—Justamente.

—Pues bien, Enrique; mi amor data de la misma fecha, porque desde ese momento lo me fuistes indiferente.

—Pero para mí aquella sensacion fué mucho mas profunda, porque cuando partiste, sentí ni mas ni menos como si me arrancaran el corazon; y aun cuando no te hubiera visto despues, ya me habria sido imposible olvidarte.

—Esto sin duda depende de las diferencias del sexo; pues dicen que por lo regular el hombre es mas ardiente y la mujer mas constante; pero puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que cuando nos separamos despues del accidente del coche, ya te amaba, y que al deshacerme del anillo de mi tia, no fué tan solo un sentimiento de gratitud el que me guió a hacerte este obsequio, sino un afecto mas tierno y talvez mas interesado, porque, sin darme cuenta, pensé talvez que por este medio me recordarias.

—Para recordarte, no habia ya necesidad del anillo. ¡Pero qué noche tan deliciosa y tan terrible, tan llena de esperanza y tan llena de lucha! Cuántas veces besé esta joya en aquellos momentos y cuántas ótras no la he besado despues! Este anillo, tu retrato y tu flor, han sido mis talismanes, ellos me han guiado por el buen camino, ellos me han dado ánimo, me han confortado en mis desfallecimientos, me han prestado entereza para la lucha, han reanimado mi ser mejo-

rándolo, y el entusiasmo por la ciencia, el entusiasmo por la virtud tambien se lo debo a ellos!

—Hai muchas cosas a mas de esto que han contribuido a fortalecer, a aumentar, a idealizar nuestro amor; pues yo tambien creo haber ganado mucho desde que te amo; pero es preciso no ser injusto y darle a cada uno lo que le corresponde. Ahora bien, ¿crees tú que sin nuestro maestro, sin sus consejos y sin su enseñanza nos amariamos así?

—Nos amariamos siempre.

—Te lo concedo; pero no habriamos llegado al grado que hemos llegado. Nuestro afecto sería menos puro y nuestras aspiraciones menos nobles y menos grandes; nos habriamos confundido con esa multitud que dice y que cree amarse, mientras que ahora hemos dado un paso mas allá: hemos inmortalizado nuestro afecto, pues no está ya sujeto a viciacion alguna, sino que vivirá mientras que nosotros vivamos, libre de todo contratiempo, escento de todo vaiven, y marcando siempre la misma temperatura en el barómetro del alma, a pesar de las alteraciones del cuerpo.

—Es cierto, Luisa, es cierto, mucho le debemos a nuestro maestro, y yo principalmente se lo debo todo.

—¡Con que ya no me debes nada a mí! No te echés en la exajeracion; tambien nos debemos algo a nosotros mismos y el todo a Dios que nos ha formado y que sin duda nos ha guiado el uno hácia el otro, porque me parece ver mucho de providencial en nuestra union.

—Asi debe ser, Luisa; y ¿quiéres que te diga una cosa? yo he notado palpablemente que mi amor hácia Dios ha crecido en proporcion de lo que se ha aumentado mi amor hácia tí.

—Cuando el cariño tiene por base la virtud, no puede menos que suceder lo que dices, pues en mí acontece lo mismo.

—Y el amor llevado a este grado ¿no es verdad que nunca puede delinquir?

—Verdad, porque si delinquiera se extinguiría; y a tal punto estoi persuadida de ello, que si me pospusieras a mi delicadeza, a mi honor, a mi virtud, dejaria de amarte porque dejarias de ser digno.

—Asi lo siento yo tambien y el ejemplo lo tengo a la vista, lo tengo en mi propia hermana, pues ella desde el momento que se dió cuenta de la maldad de Guillermo, dejó instantáneamente de quererlo.

—No hables de ese hombre, Enrique, sobre todo en estos momentos; pero era lo que debia suceder en el carácter de Mercedes, lo que sucederia en el mio y tambien lo que te sucederia a tí, no digo hablando de un crimen sin nombre, sino de una exigencia baja o contraria al pudor.

—Tienes razon, Luisa; el amor no puede darse sino en la virtud, y deja de serlo desde el momento que se falta a ella: aquel que exige una cosa impropia y que puede perjudicar a su querida, ya no ama, sino que aborrece o desprecia, porque ofender a quien se quiere es un contrasentido, a no ser que sea un amor mas bajo que el de las bestias, porque aun estas no se dañan entre sí; y ojalá, en cualquier condicion que sea y en cualquier grado de pasion que se sienta, tuvieran las niñas siempre presente esta leccion para precaverse del engaño y no tener despues que llorar lágrimas de sangre.

—Veo que te has vuelto moralista, Enrique, hasta el punto de salirte fuera de la cuestion. Volvamos, pues, sobre nosotros mismos y dime: ¿no te sientes aquí en este sitio como mas inspirado? La luna ¿no tiene para tí su lenguaje? ¿no te habla? ¿no te inspira?

—Ah, Luisa! ¡Cuántas veces he pasado horas de horas contemplándola y pensando que tú en ese mismo momento la mirabas!

—Pues bien, querido esposo mio; esa luz que nos alumbra trae para mí no solo envuelto tu recuerdo, sino muchos otros recuerdos, pero todos ellos, sin confundirlos, y siendo

distintos los unos de los otros, vienen a refundirse en tí.

—No te comprendo, Luisa.

—Ahora, como otras veces, pienso en mi madre y me parece que está allí (y Luisa señaló el cielo) bendiciéndonos. ¿Te acuerdas de sus últimas palabras, las que te repitió nuestro maestro y segundo padre aquella noche fatal y dichosa en que tú ibas a suicidarte y en que él nos unió para siempre dándonos su bendición? ¿Te acuerdas?

—Como si fuera ahora, mi adorada Luisa.

—Pues bien, en este momento siento que ella, mi madre, me las repite suavemente al oído. ¿Será esta una ilusión, Enrique?

—Indudablemente.

—¿Pero por qué cada vez que la invoco y pienso en tí me sucede este mismo fenómeno? ¿Por qué se me representa ella bendiciéndome y oigo distintamente sus mismas palabras y su mismo acento?

—Ilusión del cariño, Luisa, ilusión que me hace mui dichoso, porque es una prueba mas de tu amor.

—Lo último que dices es indudable; pero yo nada afirmo ni nada niego; sin embargo, estoy por creer que en esto hai algo de real, algo de positivo.

—Mucho de real, mucho de positivo, hai lo mas real y positivo: nuestro amor.

En esos momentos se paseaban solos Enrique y Luisa, pues los otros se habian sentado, porque ya habian dado dos vueltas a la alameda, habiendo quedado convenidos en reunirse en el óvalo, que era el lugar que habian escojido para descansar.

Enrique y Luisa, embebidos en su conversacion, no sentian fatiga alguna y se encontraban en su quinto paseo, mui cerca de las monjas del Cármén Alto, frente a frente del antiguo cuártel de artilleria, cuando se les encaró un hombre que hacia rato que los seguia a la distancia y que ellos no habian apercibido.

Este hombre era alto, grueso y de facciones abultadas. Su traje consistía en una rica manta y un fino sombrero de paja de anchos bordes, que haciendo sombra sobre su cara, la ocultaban en parte. Iba este hombre fumando un grueso cigarro puro, y según las apariencias, podía tomársele por un hacendado o por un abastero en su traje de parada o de fiesta.

Al cruzar el camino de los dos amantes o ponerse enfrente de ellos, el personaje de la rica manta les dijo, echando a la vez una gran bocanada de humo que fué de lleno a la cara de Luisa, haciéndola retroceder:

—Alto ahí.

—¿Qué se ofrece? preguntó Enrique sin inmutarse, con esa serenidad que proviene de la conciencia de su fuerza.

—Lo que se ofrece, contestó con voz ronca el hombre de manta, es que me entregarás esta mujer en el acto.

Luisa se estremeció... había reconocido la voz de su marido, y apretando fuerte y convulsivamente el brazo de Enrique, le dijo:

—Huyamos.

Guillermo, pues era él mismo, oyó esta palabra, y respondiendo a ella, dijo:

—Ahora no te me escaparás: ya no soy el sonso de antes.

Y el marido de Luisa hizo rechinar los dientes.

Enrique no comprendía aquella escena, porque no había reconocido a Guillermo: tal era lo desfigurado que estaba; pero se mantenía sereno e impassible, aunque dispuesto a todo.

Luisa volvió a decir a Enrique en voz baja:

—Huyamos.

—Ya no es tiempo, contestó Guillermo.

—¿Y qué es lo que usted quiere? Usted debe haberse equivocado, amigo mío.

—Yo no me equivoco... la he reconocido hace rato...

Esta mujer es Luisa Valdes, mi esposa, y ahora mismo se vendrá conmigo por bien o por mal.

Y diciendo esto sacó de debajo de la manta un enorme cuchillo, cuya acerada hoja brilló a los rayos de la luna.

Pero apenas habia desenvainado la daga, y antes que tuviera tiempo de usar de ella, Enrique lo habia desarmado dándole un fuerte puntapié en el brazo, que hizo saltar el arma a muchas varas de distancia, como si hubiera sido arrojada voluntariamente.

Guillermo se quedó estupefacto. Aquel brusco ataque lo habia privado del cuchillo en que se apoyaba su valor, en el que consistia su arrojo, y no se atrevió a ir mas adelante, sino que dijo únicamente:

—Esta es mi mujer por la iglesia. Estoi lejitimamente casado con ella y pediré auxilio para que ahora mismo me la entregue su amante; y una vez en mi poder, yo sabré castigarla mas tarde.

Y Guillermo gritó al sereno.

—Calla, infame, dijo entonces Enrique con voz imperceptible y abalanzándose hácia el marido de Luisa, porque de otro modo revelaré lo que a todo el mundo he ocultado hasta hoi.

—¡Enrique! Enrique!... exclamó Guillermo echando a correr despavorido por la alameda abajo.

—Estamos libres de este miserable, repto Enrique tranquilamente, volviendo a dar el brazo a Luisa; ya no te incomodará mas.

—¿Pero qué palabras cabalísticas has pronunciado a su oido que lo has hecho huir tan precipitadamente?

—No me preguntes esto.

—¿Tienes secretos para mí?

—Los de la compasion.

—¿Compadeces a Guillermo?

—Sí; ya ves el estado en que se encuentra: ese hombre estaba ébrio, y debe pasar toda su vida ébrio, pues está

completamente desfigurado. Jamas lo habria reconocido sino se nombra él mismo.

—Tienes razon; ¡pero cuán grande eres, amigo mio!

Y Luisa miró a Enrique con esa delicia, con esa adoracion, casi con ese respeto con que se mira a Dios.

En efecto, la serenidad de aquel jóven mostraba su valor indómito; su confianza en el peligro mostraba su superioridad y su fuerza; y la compasion por su enemigo mostraba su grandeza, esa grandeza del corazon que es superior a todas.

Al tiempo de llegar al óvalo donde estaban Domingo y Marta, Federico y Mercedes, Enrique dijo a Luisa:

—No hablemos nada de este incidente, porque puede suscitar temores, y esas alármas son siempre perjudiciales; solo lo consultaremos con nuestro maestro, y él nos dirá cómo debemos obrar.

Luisa hizo un movimiento de cabeza afirmativo, y todos volvieron a la calle de la Catedral mui satisfechos de su paseo y mui contentos de abrazar al viejo coronel, que tenia ya completamente trasformado a Torcuato con su vestido limpio y decente que, aunque lo embarazaba un tanto, disminuia en parte su deformidad, haciéndolo aparecer menos feo.

IX.

Volvamos ahora con nuestros lectores a la alameda.

Guillermo, como si lo persiguieran, corrió algunas cuerdas sin detenerse, hasta que, rendido de fatiga, se paró, echándose sobre un sofá; estaba medio sofocado.

Pasado un largo rato, que le fué necesario para tomar aliento, miró por todas partes sin distinguir a nadie, y se dijo a sí mismo:

—No me persiguen; me he escapado.

Y luego se puso a reflexionar.

—Yo conocí a Luisa desde un principio... Hace mas de

una hora que la espiaba; ¿pero cómo no reconocí a Enrique? ¡Estaba tan cambiado! Es ahora todo un caballero, y de lo que hai de mas elegante!... ¡Cómo nos trasformamos! ¿Y yo? ¿Qué soi yo? Un pobre diablo que corre de taberna en taberna y duerme muchas noches sobre el duro suelo, sin otro abrigo que el del alcohol! ¡Estraña variacion de la suerte! Ah! no, no; no es la suerte, sino un castigo de Dios! ¡Pero qué me importa Dios? ¿Creo yo acaso en él? Soi un necio en tener remordimientos... Vamos a beber: hé aquí la felicidad, hé aquí el supremo goce del hombre... vamos; pero ¿y si encuentro a Enrique? Quedémonos... mas vale esto... hasta que sea mas tarde y se haya ido con su amante... ¡Con mi mujer! ¡Y él es dueño de mi mujer! ¡De mi mujer, a quien estoi lejítimamente unido y a la que jamas he tocado uno de sus cabellos! ¡Mientras que él!... El la posee sin duda!... ¡Poseer a Luisa! Qué dicha! qué gloria! ¡Y para mí qué infierno!... Vamos a beber... Pero espera... reflexionemos otro momento; ¡yo que ya nunca reflexiono! ¿Cómo es que el pobre carpintero, hijo de un no menos pobre sarjento, ha llegado a subir tan arriba... ha alcanzado hasta donde Luisa, la mas hermosa, la mas aristocrática, la mas rica, la mas intelijente, la mas altiva, la mas soberbia señorita de Santiago? ¿Cómo? ¡Ah! Ya recuerdo...

Hubo un dia, era mui al principio... aun yo no había visitado a Mercedes, que Tomas, mi antiguo criado, me dijo que Luisa queria a Enrique, que los habia visto mirarse el uno al otro, y que en esa mirada... sí, sí, eso es...

La memoria me vuelve: tambien oí a Luisa defender a ese artesano en el salon de mi madre... ¡Infierno! ¡Desde entonces se aman sin duda! ¡Pero por qué consintió en casarse conmigo? Pues es indudable que yo estoi casado con Luisa: esto lo recuerdo mui bien... ¡Tanto mejor, ¡voto a Dios! porque asi no se podrán casar ellos!... Yo estoi jóven, jóven para vivir cincuenta años... ¡Pero qué importa que se casen o no, cuando se aman y quizá viven juntos! ¿No estaban ahora

mismo los dos solos paseándose? ¡Qué desesperación!... Y ser él, ¡él! el mismo que me ha infamado, que me ha puesto una marca imperecedera sobre la espalda, quien me arrebató a mi esposa, quien se queda con ella en mi misma presencia, quien me echa a puntapiés, y de quien huyo, huyo mas que del demonio!... Por qué yo le tengo miedo a ese hombre: esto es indudable."

Y el bandido aristocrático volvió a mirar con temor por todas partes, hasta que convencido que estaba completamente solo, volvió a tomar el hilo de su espantoso monólogo.

"¿Pero quién tiene la culpa de todo esto? Quién es la causa inmediata de tanta desgracia? Quién me ha precipitado en este infierno? Quién me atormenta con mas crueldad? Esa Mercedes, esa mujer a quien yo amaba y cuyos hechizos me han perdido para siempre! Si yo no la hubiera conocido, seria ahora feliz... mui feliz... tan feliz como lo era antes!... ¿Y qué será de ella? Ella estará tranquila, contenta, risueña, ¡mientras que yo! No quisiera pensar mas; pero ahora se me viene a la memoria la maldita vieja de la tia Anastasia, sin cuya intervencion no habria sucedido nada... ¡Qué infernal mujer! Pero ella recibió su merecido... ya debe estar en la gloria de Satanás... En fin, descansa...

"Otra vez viene persiguiéndome el recuerdo de Mercedes... Todo se eslabona: tras el uno viene el otro; y tras el crimen de la vieja bruja se me representa la víctima. ¡Cosa extraña! La desgracia de Mercedes, como su felicidad, me atormentan: ambas cosas me hacen sufrir... La primera, porque pesó sobre mí la venganza, esa venganza que me hizo perder el juicio y que me ha hecho perderlo todo, hasta perderme yo mismo...; y la segunda, porque ver feliz a Mercedes, verla rodeada de consideraciones, querida y estimada de todos, y para colmo unida al asesino de mi padre, me exaspera hasta el frenesí... Pero yo la he de encontrar algun dia y entonces la haré pagar los males que me ha causado... Y poco a poco iré a mi vez vengándome de cada uno... ¿Y

tendré ánimo para acercarme a Enrique, al sarjento Lopez y al coronel Guzman? No importa; acecharé el momento, heriré por la espalda... Pero ellos me tienen en su mano, ellos pueden perseguirme, ellos pueden revelar mi estado, ellos pueden anonadarme antes que yo obre... Ah! Desgraciado! ¿A quién puedo quejarme, contra quién puedo proceder, cuando yo soi únicamente el autor de mi desgracia? ¿Por qué nací tan malvado? ¿Por qué me enjendraron mis padres? Yo soi hijo del crimen... Yo he heredado ese crimen y la maldad vino de mi sangre... ¡Y mi madre sufre tambien! Que padezca, pues lo tiene merecido ella que patrocinó el robo!... mi padre lo pagó, la señora doña Porfira lo pagará y yo a mi vez lo pagaré... ¿Pero a qué atormentarse? Que se arrepientan los que creen en la otra vida. Pobres necios! Ellos sufrirán, en tanto que yo gozaré... Vamos a beber, vamos a buscar una sociedad bulliciosa y alegre, vamos a apurar hasta sus últimas heces la copa del placer: esta es la existencia mas bella.

Y Guillermo se paró del sofá y se dirigió a la calle de la Ceniza en busca de buena compañía. Cuando pasó delante de la puerta de calle de la tia Anastasia, se detuvo un momento, y una estrepitosa carcajada salió de su garganta: estaba alegre y mas en disposicion que nunca para divertirse.

X.

Este barrio de Santiago, que ha llegado a adquirir una triste celebridad y a quien en lugar de calle de las Cenizas, llaman, sin duda por hacer una especie de antonomasia, la calle de la Honestidad, es mui concurrida de niñas alegres, que se encuentran a todas las horas del dia y de la noche dispuestas para divertirse.

Guillermo golpeó la puerta de una de esas casas, e inmediatamente aparecieron tres curiosas muchachas que salieron con precipitacion para ver quién era el visitante o los visi-

tantes que se presentaban, y sus miradas escrutadoras se fijaron en Guillermo, miradas inquisitoriales que son dirigidas, no con el fin de ver si el individuo es jóven o viejo, feo ó buen mozo, sino con el de cerciorarse si trae o no *morra-lla* en los bolsillos, y tienen por lo regular tal perspicacia, que rara vez se engañan a este respecto.

—Veo que no me reconocen ustedes, dijo Guillermo a las tres muchachas, y sin embargo yo les sé sus nombres.

—Puede ser; pero de veras que no nos acordamos.

—Tú te llamas Pastora, tú Cármen y tú Jertrudis.

—Has acertado.

Y las muchachas fijaron mucho mas su atencion en Guillermo.

—No es extraño; vengo de un largo viaje y me dicen que he cambiado mucho.

—Debe ser así, porque creemos no haberte visto.

—Pero hai una cosa que no ha cambiado en mí, y que ustedes recordarán y conocerán inmediatamente.

—¿Qué cosa?

—Esto.

Y Guillermo hizo sonar el oro en sus bolsillos.

—Así se habla: ese es un personaje que conoce y respeta todo el mundo y a cuya sola presencia se abren todas las puertas. Entra, pues, para dentro. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero divertirme.

—¡Divertirte! nada mas fácil; pasa adelante.

Y las tres muchachas se miraron las unas a las otras como quien dice:

—Este pollo es nuestro, vamos a desplumarle.

—Yo sé lo que ustedes piensan, dijo Guillermo, que, apercibiéndose de la pantomima, comprendió la intencion; pero no hai necesidad de que se tomen la molestia de robar-me, porque yo les daré cuanto tengo, pues lo único que quiero es divertirme.

—¿Y qué hacemos para divertirte, gordiflon?

—Traer otras niñas.

—¡Vaya en el sultan! ¿De dónde vienes? ¿Que no somos bastante nosotras?

—Quiero divertirme y nada mas.

—¿Acabas de vender la engorda?

—No soi abastero.

—Pues haces mal en parecerlo. ¿Serás entonces hacendado? porque los hacendados tienen tambien engorda.

—Soi hacendado; pero no necesito vender engordas para tener plata.

Las tres muchachas cambiaron entonces de tono, tratándolo con mas consideracion.

—Vamos, no sean sônsas; no se asusten, porque soi hacendado y tengo plata. Yo quiero que me traten con franqueza y con libertad, porque quiero divertirme y no que me anden con consideraciones y arrumacos insípidos. Y para quitarles todo escrúpulo y que sepan a qué atenerse, voi a decirles quién soi.

—Habla pues, lijero, que estamos en áscuas, y ya verás lo buenas que somos para la jarana.

—Soi Guillermo de...

—¡Guillermo de!... Imposible...

—Mírenme bien para ver si me queda algo del Guíllermó antiguo.

—¡Es verdad, es verdad! exclamaron despues de haberlo examinado por algun tiempo. ¡Pero qué cambiado estás!

Y las tres mujeres lo abrazaron a porfia.

—Ya les he dicho que vengo de un largo viaje y los viajes acaban mucho. Lo que deseo ahora es borrar las penalidades pasadas divirtiéndome a mi gusto.

—¡Quién lo hubiera dicho! Quién lo hubiera creído! Imposible de conocerte! Estás en tu casa, Guillermo, y puedes hacer lo que quieras.

—Desde luego vayan a traer muchachas y jóvenes; yo pago por todos y por todo.

—En el acto.

—Pero miren, necesito que traigan harpa y vihuela, y con el piano de ustedes hacemos un buen concierto.

—Esto es lo de menos; en pagando, todo se consigue.

—Otra cosa: es necesario que manden comprar flambres, dulces, pasteles, licores; quiero de todo mucho y bueno.

—De todo se encuentra. Todavía no deben haber cerrado los hoteles, porque solo son las once y media; y cuando se compra por cantidades abren la puerta en cualquier pastelería.

—Entre parentesis ¿qué es de la tía Anastasia, cuya puerta he encontrado cerrada?

—¿Que no sabes lo que le ha pasado a la tía Anastasia?

—No; vengo llegando y hubiera deseado verla.

—Es una historia muy larga y muy terrible.

—Si es larga, la dejaremos para los postres; vayan, pues, a traer las provisiones y a buscar las muchachas y los jóvenes, con eso hai bastante trabajo para las tres; yo me quedaré cuidando la casa; aquí tienen seis onzas, gástenlas todas y no ahorren ni un medio centavo, que despues yo les daré mas.

Las mujeres partieron llevando la noticia por todo el barrio, particularmente donde sus amigas, a quienes dieron la preferencia para que a su vez hicieran con ellas lo mismo; de manera que en un abrir y cerrar de ojos estuvo llena la casa, dando principio a la bacanal mas espantosa, porque en el instante mismo principiaron a correr los licores sin esperar que se sirviera la cena.

A la puerta de calle se le puso llave y tranca para que nadie pudiera ni entrar ni salir, pasándole previamente al oficial de policía un par de botellas de vino, un pollo flambré y una marraqueta, acompañando el obsequio con media docena de cigarros puros y diciéndole que, cuando quisiese echar un trago mas, pasase y golpease la puerta de una manera convenida. El soldado del punto también llevó su propina en conformidad a su rango; precancion muy usada

entre esa clase de mujeres, que siempre tienen que hacer con la justicia y que por lo mismo se empeñan en obsequiar a los inmediatos distribuidores de ella para tenerlos propicios y que en caso dado aboguen en su favor.

Los bailes se seguían los unos a los otros sin interrupción.

Las parejas se remudaban constantemente, quitándose, ya las mujeres a los hombres y éstos a aquellas, y los danzantes que bailaban con mas *zamdunga*, o lo que es lo mismo, con mas desvergüenza, eran los mas aplaudidos; y los palmoteos y el tamborileo en la harpa y en la vihuela y los gritos de *arrúgale mi alma, cómetela pues, no le aflojes un pelo, ¡aro!* con objeto de pasarles un vaso a los bailarines que por lo jeneral decían: *te lo hago, hasta el conchito, hasta verte Jesus mio* y todas estas cosas escitaban de tal modo aquella reunión de hombres y mujeres, que casi no se entendían. Agréguese a esto las palabras obscenas, los tirones de unos y de otros, la chacota incesante, las bufonadas groseras, los juramentos, los escándalos de todo jénero, el hipo y los bómitos de los beodos, las caídas, los golpes de amistad, las lágrimas, las quejas, las reconvenciones, las protestas de no olvidarse, los vasos que se quiebran, el licor que se desparrama, los celos, los compromisos, las resoluciones para el porvenir, los argumentos, las disputas sobre política, sobre relijion, sobre finanzas, los chillidos de los instrumentos desafinados y desacordes, y se tendrá una idea confusa de toda aquella confusión, de aquella Babel del vicio, en que descollaba nuestro antiguo conocido, que era el héroe de la fiesta, el anfitrión por quien todos brindaban, el Adonis a quien todos se dirigían y que cada una de las mujeres se proponía conquistar, disputándosele a porfía.

Guillermo estaba en sus glorias. Se figuraba ser todavía el antiguo jefe del galanteo y de la seducción entre los jóvenes de Santiago. Se figuraba dominar a todas las bellezas de la capital, porque imperaba allí como rei absoluto, como

monarca indestronable: era el mas obsequiado y era a la vez el mas bebedor; y podia, con razon, enorgullecerse de su monstruosa superioridad, porque triunfaba sobre todos y sobre todas.

La cena fué servida. Eran como las tres de la mañana y se hacia indispensable reparar el estómago; pero el licor se habia concluido con tanto perder y con tanto beber, y Guillermo sacó otras seis onzas y mandó traer mas, costare lo que costare, porque a esas horas se podia decir que no tenia precio; pero algunos jóvenes, conocedores de los cafés de Santiago, donde habia seguridad de que abriesen, se encargaron de renovar las provisiones, echándose, como por comision, algunos escudos al bolsillo.

Los cajones llegaron con toda la brevedad que lo requerian las circunstancias, pues se puso en movimiento hasta la policia, pasándolos de punto en punto. Los cajones llegaron, decimos, y fueron recibidos con una triple salva de aplausos y los conductores de ellos en palmas de manos. La orjía principió de nuevo, principió con mas fuerza; y todos aquellos que no estaban *fuera de combate*, es decir, que no estaban ébrios a morir, ocuparon un asiento en la gran mesa, que se encontraba bien provista de comestibles.

Guillermo habia bebido mucho; tenia la cara como una grana o como una betarraga, pero estaba firme y mas animado que nunca, mas dispuesto que jamas para la lucha contra las botellas; y sentándose a la cabecera de la mesa, dijo:

—Propongo un brindis.

—Sea, dijeron todos, brindemos.

—Mi brindis es contra las mujeres y a favor de las mujeres.

—Hai mucho que decir sobre esto, dijo uno.

—Todos los autores están de acuerdo sobre el particular, dijo otro.

—Hasta yo sé un versito antiguo, espuso un tercero y que sostiene la misma tesis, diciendo:

Es la mujer lo mas bueno,
Es la mujer lo mas malo;
Es para el hombre veneno,
Es para el hombre regalo.

—¿Y quién no sabe eso?

—Pero en tal caso, Guillermo no nos dirá nada de nuevo: esta materia está mui traqueada.

—Ya lo sabia yo tambien, pero me propongo establecer una teoria contra los moralistas y contra los filósofos, contra los sacerdotes y contra todos los escritores; me propongo establecer una nueva doctrina.

—¿Qué entiendes por nueva doctrina?

—Aquella que se aparta de las leyes comunes o conocidas.

—¿Y cuál es ella?

—Ya lo verán ustedes: digo que lo que se llama virtud es la mayor sonsera, y que nada hai de mas insípido y desagradable que la mujer virtuosa, y que lo que se denomina vicio es la felicidad, es el goce, y que la mujer viciosa es la mas espiritual, la mas complaciente, la mas amable; en consecuencia, brindo por nuestras amigas presentes y futuras que se consagran a la carrera del vicio, es decir, del placer.

Una salva de aplausos recibió ese brindis, y aquellas infelices mujeres se pararon de sus asientos llenas del entusiasmo del aguardiente para abrazar al elocuente orador que con tanta vehemencia patrocinaba el crimen.

En seguida los vasos se llenaron, se chocaron y se los bebieron hasta no dejar una gota del contenido.

—Cómo se conoce que Guillermo no es casado para hablar así, dijo uno de los jóvenes.

—Casado o no, yo emito mis opiniones.

—Si eres casado, es preciso ser consecuente con tus principios y ponerlos en práctica para probarnos que hablas con tus sentimientos y que tus hechos no desmienten tus palabras.

—¿Cómo es eso? Yo estoy dispuesto a sostener lo que he dicho.

—Pues entonces la prueba.

—¿Qué prueba?

—Que vayas ahora mismo a traer a tu mujer aquí para que siga la hermosa carrera del vicio.

—Mi mujer!

—Sí, Guillermito, gritaron a una las prostitutas; tráela, nosotros la recibiremos en palmas de manos, la protegeremos, la enseñaremos y tendrá ahora mismo el honor de ser de las nuestras, y...

—¿Qué locura!

—Es preciso sostener sus convicciones.

—Pero si no soy casado.

—Sí lo eres, contestó uno de los jóvenes que hasta ese momento no había tomado parte en la conversacion,

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo que lo sé y conozco a tu mujer, que es una de las mas cumplidas señoritas.

—Mientes.

—A mí no se me habla así!

Y el joven le tiró con el vaso lleno de licor que tenía a slado.

Guillermo bajó la cabeza, y el vaso se estrelló contra la pared, haciéndose mil pedazos.

Todos se levantaron para contener a los combatientes, porque Guillermo se había abalanzado contra el joven, que se preparaba a recibirlo.

—Paz, paz, gritaron todos: hemos venido para divertirnos y no para pelear.

—Demos por terminado el incidente, exclamó un aficionado a las sesiones de la cámara de diputados (al que le habían puesto por sobrenombre *el pilar de la barra*) y pasemos a la orden del día.

Todos aplaudieron.

—¿Y cuál es la orden del día? preguntaron unos.

—El coñac.

—¡Bravo! vamos al coñac.

—Vuelta redonda.

—Y a vaso lleno.

—Convenido: vuelta redonda y a vaso lleno.

Y aquel licor, que lleva tras sí la muerte, bebido con exceso, fué servido a torrentes, pues en aquella *redondilla* se consumieron de un golpe ocho y media botellas.

Con este descomunal sorbo, pocos de los que estaban sentados a la mesa quedaron en pié; pues a medida que el alcohol hacia su efecto mas o menos rápido, segun las organizaciones de cada individuo, iban cayendo unos tras otros; y a medida que caian, y segun el modo mas o menos grotesco, eran las carcajadas de los que se sostenian aun sobre la mesa.

Solo quedaban en pié cinco personas, entre ellas Guillermo y una mujer que fué el ídolo de aquellos borrachos no por su belleza, sino porque era tanto o mas fuerte que ellos.

Esta mujer, que se conocia capaz de sostener cualquier combate con los mas famosos bebedores, habiendo ya vencido a muchos de ellos, y a quien llamaban *Botija de agurdiante* por la inmensa cantidad de alcohol que absorbia sin embriagarse; esta mujer, decimos, que tenía desde muy temprano la intencion de apoderarse del oro que llevaba consigo Guillermo, y viéndolo que aun no caia, se decidió a dar el último golpe, proponiendo a Guillermo un desafío, y así le dijo:

—Eres un niño para mí, Guillermito, a pesar de tu nombre, que es una verdadera usurpacion.

—¿Cómo así?

—A tí te consideran como uno de los mas famosos bebedores; al menos, lo he oido decir a todos los que ahora están roncando; pero creo que estás todavia muy distante de tu fama.

—Estoi pronto a sostener mi crédito con cualquiera que sea.

—Fanfarroneria: ya ves que aquí somos cinco y tú no estás mejor que nosotros.

—Yo soi capaz de emborracharlos a todos, y apuesto lo que quieran.

—¿Qué quieres apostar?

—El oro que tengo en los bolsillos.

Y Guillermo sacó un puñado que puso sobre la mesa, diciendo:

—Aquí habrá como setecientos a ochocientos pesos, pues traia mil y solo he gastado de doscientos a trescientos.

—Yo no tengo esa suma, ni estos caballeros tampoco.

—Se me ocurre una idea, idea soberbia.

—¿Qué idea?

Guillermo contestó con una estrepitosa carcajada.

—¿Por qué te ries? preguntaron las cuatro personas?

—Me rio de mi idea... es bellísima... ¡cuánto mas tengo que reirme!

—Veamos.

—La apuesta está hecha.

—¿Cómo! si no tenemos tanta plata.

—Yo pongo todo este oro contra tus trenzas.

—¿Contra mis trenzas!

—Sí, contra tus trenzas.

La hilaridad fué jeneral.

—Aceptado.

—Si tú me vences, es decir, si yo caigo primero, te llevas todo el oro; y si yo te venzo, te corto de raíz el pelo; ¡y veremos con qué figura te levantarás mañana! ¡Cómo van a reirse y cómo voi a reirme! Ya principio.

Y Guillermo soltó una carcajada.

—Nosotros tambien queremos entrar en la apuesta, dijeron los tres hombres; pero no tenemos que poner sino unos pocos reales.

—Pongan sus camisas.

—¡Nuestras camisas! Pues bien, ya está.

—Y el que quedare vencedor barre con todo.

—Por supuesto.

—Anda a traer las tijeras, y ustedes sáquense las camisas y colóquenlas sobre la mesa para que el que gane recoja todo.

—Pero yo no me corto las trenzas antes de ser vencida.

—Nada mas justo; el que triunfe tendrá este trabajo: ya me parece que voi a pasearme por la alameda con este hermoso trofeo.

La mujer se paró de su asiento y fué en busca de las tijeras.

Los hombres se desnudaron y cada cual colocó su camisa sobre la mesa, volviendo a ponerse el chaleco y la leva a raíz de las carnes.

—Graciosa apuesta! Tendré de qué acordarme toda mi vida! exclamó Guillermo.

—Pero desproporcionada, dijo uno de los combatientes.

—¿Por qué es desproporcionada?

—Porque tú pones mucho mas que nosotros. Yo seria de opinion que recojieras tu dinero y te sacaras la camisa.

—¡Sacarme la camisa!

Y Guillermo dió un salto como si lo hubiera mordido una víbora.

—¡Sacarme la camisa! Primero daria todo el oro del mundo!... ¡Voto a Cristo! ¿Cuál es el que se ha atrevido a hacerme semejante proposicion?

—Yo, respondió uno de los gladiadores de botellas.

—¡Tú! ¿Y con qué fin?

—Con el fin único de que no te perjudicases.

Guillermo se serenó, porque conoció que lo habia dicho inocentemente, pues de lo contrario estaba dispuesto a matarlo en el acto con una botella de champaña que tenia a su lado y que le habria reventado en la cabeza.

—Ya que es así, agregó tranquilamente, les diré a ustedes que soi bastante rico para pagarme de mi capricho.

—Yo me opongo a lo que proponen estos caballeros, entró diciendo la sacerdotisa de Baco, que habia oído lo que estaban hablando, pues no espondria jamas mis hermosas trenzas contra unas camisas sucias. Ustedes pueden retirarse si se les antoja, pero en cuanto a Guillermo, yo exijo que no retire un escudo de la suma que está sobre la mesa.

—Lejos de retirar, pongo mas.

Y Guillermo vació sus bolsillos, de los cuales cayeron todavía unas cuantas monedas.

—Así me gusta, y no valen menos mis trenzas.

El oro y las tijeras brillaban sobre la mesa.

La bacante lo miraba con codicia, y Guillermo se sonreía acariciando las trenzas.

—Todavía no son tuyas.

—Ni tuyo tampoco es el oro.

—Has las proposiciones del combate.

—Te dejo a tí la eleccion de las armas, desde el espíritu de vino hasta la cerveza, dijo Guillermo con orgullo de conquistador.

—Tomaremos una que decida luego el combate.

—Ya te he dicho que te dejo la eleccion.

—Será el coñac.

—Vaya por el coñac.

—Cada uno tomará una botella llena, y beberá hasta concluir, sin despegar los labios, solo en caso de caer en el camino o declararse vencido.

—Las condiciones no pueden ser mejores ni mas aceptables. Traiga usted misma cinco botellas de buen Martell.

La Botija de aguardiente obedeció y puso sobre la mesa cinco botellas del coñac que lleva ese nombre.

—Esta es una bufonada de los grandes diablos, en que uno juega su vida, dijo un descamisado.

—El que tenga miedo que tome su camisa y se retire, contestó Guillermo.

—Seria lo mas prudente, pero quiero correr el arbur para ver si gano ese dinero y esas trenzas.

—Allá vamos todos.

—Pues entonces manos a la obra.

Guillermo destapó el coñac y puso frente a frente de cada combatiente una botella llena hasta el gollete.

Debemos advertir que estos diálogos no eran hablados tan correctamente como los escribimos, sino que ya las lenguas tartamudeaban y eran entrecortadas las palabras por lo balbuciente de los labios, por los horribles juramentos y por las obscenidades que omitimos.

La bacante pensó que talvez habia ido demasiado lejos, y aun estuvo a punto de arrepentirse, porque se presentaba demasiado sério el desafio. ¡Una botella de coñac bebida de un golpe sin pararse a tomar resuello, era algo de terrible, algo de desconocido, algo de espantoso! Pero la codicia que la devoraba era tambien mucha; y tanto por no perder su fama, cuanto confiada en su cabeza, dijo:

—Ya está; a Roma por todo.

—El que cae, lo mismo que el que toma resuello, pierde: la botella de coñac debe tomarse de un solo trago; ¿no son estas las condiciones de la apuesta?

—Las mismas; pero debemos advertir una cosa: que el que saliere vencedor, si le queda algun líquido en su frasco, no está obligado a bebérselo.

—Por sabido se calla: asi como el caballo que ha llegado antes que los otros al látigo, no está obligado a seguir corriendo. Con que, señoritas y señores: a la una, a las dos, a las tres: marchar!

Y las cinco botellas se llevaron a un tiempo mismo a las cinco gargantas...

¡Qué espectáculo! En los infiernos no habria uno igual: aquello era horroroso! Y si hubiera habido un solo espec-

tador, habría detenido el brazo de aquellos miserables quitándoles de la boca el licor homicida! Pero estaban solos y se mataban solos...

Oíase distintamente el sonido de las botellas, a proporción que caía el líquido de fuego en los estómagos.

Aquel cuadro debía ser aterrante... Creemos que no había habido ni habrá otro caso igual... Lucifer debía estar triunfante... Nos parece que se oiría un ruido siniestro al batir alegremente sus alas de murciélago, ruido que debía estar en armonía con el *gor gor* de las botellas!...

Los tres descamisados fueron los que cayeron primero. Dos de ellos dejaron de beber, teniendo fuerzas para colocar sus botellas sobre la mesa y encorvar la cabeza balbuceando: nos damos por vencidos...

El tercero soltó la botella, desparramándose el licor sobre la mesa, y dió un quejido espantoso al tiempo de caer con silla y todo en el suelo, donde quedó sin movimiento.

Intertanto, Guillermo y la mujer continuaban todavía... Habían consumido poco más de la mitad del contenido, mirándose el uno al otro para cantar victoria tan luego que suspendiera o cayera... Pero las botellas estaban pegadas a los labios y los brazos las sostenían sin desfallecer... Las miradas que se daban aquellos dos infelices eran espantosas; sus ojos estaban inyectados de sangre... quien los hubiera visto habría huido, porque debían causar miedo...

El coñac continuaba vaciándose, pero más lentamente.... Se conocía que el recipiente estaba lleno, o que la lengua se iba paralizando y no ayudaba con su movimiento para hacer la absorción.

Guillermo se detuvo un momento, pero sin despegar sus labios.

La mujer hizo lo mismo: sin duda ambos respiraron, porque continuaron bebiendo, pero siempre lentamente.

Solo quedaba una cuarta parte del contenido; talvez menos...

La mujer hizo un esfuerzo, sin duda inmenso, quizás con el fin de concluir con aquel prolongado martirio, porque bebió casi de un sorbo cuanto le quedaba, pero al vaciar la última gota, cayó de espaldas cuan larga era... la infeliz había muerto!...

Guillermo dejó la botella con el resto que quedaba, y una sonrisa repugnante, la sonrisa del beodo, asomó a sus labios cárdenos y llenos de espuma.

Pasó en seguida la vista por aquel espectáculo de báquica desolación, tomó las tijeras con esa idea fija que acompaña casi siempre a la embriaguez, se acercó donde la infeliz con paso vacilante, y le cortó ambas trenzas; y sin apereibir que tenía entre sus manos un cadáver, dijo:

—Mañana, es decir, ahora, porque creo que ya está de día, veremos la figura que vas a hacer! ¡Cuánto vamos a reirnos todos! Gracias al diablo que me queda bastante plata todavía para poder presenciar tan magníficas escenas como esta; no hai uno solo que no esté borracho y duerma profundamente; ¡solo yo estoi vivo para reirme de ellos! ¡Qué caras tan feas! ¡Cómo se les ha caído el albayalde con la saliva y con los vómitos! ¡Y aquella ha perdido hasta sus dientes postizos! Tengo ganas de guardarlos para juntarlos con las trenzas! ¡Cómo me voi a divertir! Seria todavía capaz de echar otro trago; pero no, esto es demasiado vicio; mejor será que fumemos un cigarro...

Y bamboleando, despues de haberse apoderado de los dientes postizos, se acercó a la mesa y con el cigarro en la boca trató de encenderlo en la vela; pero apenas se puso en contacto con la llama, cuando se comunicó el fuego al alcohol en que estaban empapados los labios, y se transmitió al interior, cayendo instantáneamente como herido por un rayo y convirtiéndose en el acto en una bolsa de hedionda ceniza, conservando, empero, entre sus manos crispadas las dos trenzas y la hilera de dientes postizos.....

.....

XI.

El sol se había levantado hacia mucho tiempo y alumbraba aquel cuadro que representaba diferentes escenas, a cual de ellas mas repugnantes, cuando principiaron algunos a restregarse los ojos y a incorporarse, mirando por todos lados como para reconocer el sitio en que se encontraban, y así sucesivamente fueron levantándose poco a poco unos en pos de otros, llamando o buscando a sus amigos.

Eran ya mas de las doce del dia, y habian partido algunos convidados, cuando se apercibieron del profundo sueño en que permanecian sumerjidos todavia los cinco combatientes; y las dueñas de casa se dirijieron donde ellas un tanto sorprendidas de no sentir las siquiera roncar. ¡Pero cuál seria su espanto cuando encuentran a su amiga tesa y ya fria como un mármol y a Guillermo hecho una bolsa y negro como un carbon!...

Despavoridos y sin reparar siquiera en el oro que estaba tirado sobre la mesa, dieron gritos espantosos; a los cuales acudieron las demas personas que aun permanecian en la casa, formándose una confusion extraordinaria; de modo que sin saberlo que hacian, salieron muchas mujeres a la calle pidiendo auxilio.

En un momento se juntó una gran muchedumbre, pero afortunadamente llegó luego un oficial de policia con dos soldados, y viendo aquel espectáculo aterrador, mandó a uno de ellos, montado en su caballo, para que diese parte de lo sucedido al comandante del cuerpo, haciendo a un mismo tiempo salir a los curiosos y retener a todas las personas que estaban en la casa, para lo cual puso al soldado de guardia en la puerta de calle con orden expresa de no dejar salir ni entrar a nadie hasta que no viniese el comandante, manteniéndose el mismo en el lugar para mayor seguridad y respeto.

El caso era tan grave y tan extraordinario, que el comandante dió aviso al juez del crimen, y ambos funcionarios tomaron un coche y se dirijieron a la calle de la Ceniza. Por el camino encontraron un médico y le suplicaron que los acompañase, a lo que se prestó gustoso, montando en el mismo carruaje.

A pesar de estar acostumbrados a escenas espantosas, tanto el juez del crimen como el comandante de policia y el médico, sin embargo, no pudieron menos de horrorizarse en vista de aquello.

El médico procedió al exámen de los cadáveres, y principiando por el de Guillermo, dijo:

—Este es un caso de combustion, fenómeno raro, pero que se presenta algunas veces; sin duda este hombre, habiendo bebido mucho aguardiente, se ha incendiado al contacto de una llama.

—Esta mujer, continuó el facultativo, tambien está muerta; no hai remedio, esto debe haber sido alguna apoplejia fulminante, producida por el licor.

En seguida pasó a examinar a los tres descamisados, y despues de un rato, dijo:

—Aun viven, pero dudo mucho que se salven; haré lo posible.

Y mirando al juez del crimen, le interrogó si procederia o no a sangrarlos.

—Haga usted lo que crea mas conveniente; en este caso usted es el único juez, usted es todo, contestó el majistrado.

El médico sacó su instrumento y principió la operacion con éxito variable, que le hizo decir:

—Puede ser, pero lo dudo; no daria un cigarro por la vida de ninguno.

Los restos del festin, el desórden y hasta el olor nauseabundo de la orjia estaban tan patentes, que no habia mas que mirar para darse cuenta de lo que habia pasado, de

manera que no le fué difícil al facultativo acertar con la verdadera causa de aquella catástrofe.

Despues de tomar la informacion sumaria, el juez del crimen dijo que era indispensable llevar todas aquellas personas, incluso los cadáveres, a la policia para reconocerlos mas detenidamente e informarse de quiénes eran, esceptuando los tres moribundos, que deberian pasarse al hospital para prestarles los auxilios necesarios.

Una vez en la policia, se supo el nombre de la mujer, que se llamaba Silvia, y no tenia ningun pariente, sino que se averiguó ser hija de una vieja del mismo nombre que habia muerto hacia seis años, y que era la misma que habia sido en Valparaiso la patrona de la tia Anastasia, con la que habia venido despues a establecerse en Santiago, entrando en relaciones con el padre de Guillermo, como lo recordará el lector; de consiguiente, sabiendo que no tenia deudo alguno, fué de ahí mismo mandada al panteon.

—No sucedió lo mismo con el cadáver de Guillermo, pues las mujeres que estaban presentes declararon quién era y que a él le pertenecia todo el oro que estaba en la mesa, lo mismo que todos los otros incidentes que habian influido en que se hiciese aquella bacanal.

Tambien se encontraron algunas cartas en los bolsillos de los vestidos de Guillermo, que no dejaron la menor duda sobre la identidad de la persona; y en consecuencia mandó el juez del crimen dar parte a la señora doña Porfira, encargando al oficial que tomase las precauciones debidas, tanto por consideracion al sentimiento de madre, cuanto por pertenecer a una de las primeras familias de Santiago.

El juez del crimen, que estaba al cabo del proceso de la tia Anastasia, y que conocia la parte que habia tenido Guillermo en aquel asunto, dijo entre sí mismo:

—Uno puede escapar bien de la justicia humana, pero nunca puede libertarse de la justicia divina.

Doña Porfira hacia solo dos dias que estaba en Santiago,

donde habia venido oculta, sin otro objeto que el de informarse de su hijo, que hacia una semana habia desaparecido de la hacienda, trayéndose todo el dinero que allí habia. No era la cuestion de interes la que guiaba a la madre sino únicamente el saber el paradero de Guillermo; pero por mas dilijencias que habia hecho en las pocas horas que se encontraba en la capital, no pudo conseguir la menor noticia ni tener el menor informe; asi es que, cuando vió entrar al oficial de policia, encargado de llevarle la fatal nueva, se conmovió, porque tuvo el presentimiento que vendria a decirle algo respecto de su hijo; y por malo que fuese lo que tendria que comunicarle, se consoló o se congratuló al pensar que sabria su paradero.

El oficial usó para con doña Porfira de toda la táctica o diplomacia que pudo para que le fuera el golpe menos doloroso; pero por otra parte tenía que comunicarle lo ocurrido, aunque ocultándole los detalles; sin embargo, la sorpresa fué terrible, hasta el punto de perder el conocimiento durante algun tiempo.

Cuando llevaron el cadáver a casa de doña Porfira, ésta aun no habia vuelto en sí, estando rodeada de mucha jente y de algunos médicos que habia llamado Tomas, dando a la vez aviso de lo sucedido a algunas personas del barrio que ocurrieron presurosas, movidas unas por la caridad y otras por la curiosidad, que es uno de los mas fuertes estimulantes para el hombre.

Los facultativos no podian volverla en sí y temian consecuencias desastrosas; pero, intertanto, tuvieron una buena idea en hacer clavar y encajonar el cadáver, que estaba espantoso, y cuya sola vista bastaba para haber muerto a la señora.

Al fin de muchos remedios y de pasadas muchas horas consiguieron volverla, y las primeras palabras que pronunció fueron:

—Mi hijo Guillermo, ¿quién lo ha muerto? Quiero verlo!

Pero las amigas que estaban presentes la rodearon y se lo impidieron, diciéndole que ya era imposible, pues el cajon estaba clavado y remachado; y a pesar de todas sus súplicas, de todas sus amenazas y de toda su desesperacion, la contuvieron; pero doña Porfira les dijo:

—Lo único que consiguen ustedes es matarme; si quieren que muera, yo estoi resuelta; tanto mejor, porque así me uniré a él o le habré sobrevivido solo algunas horas.

En esos momento pasaba por la calle de las Monjitas el capellan del monasterio de... el mismo virtuoso anciano que habia sido el director espiritual de la tia de Luisa, sor Ursula y de sor Nicolasa, e informándose de lo que sucedia, porque vió en la puerta de calle un tumulto de jente, entró en la casa para ver si podia ser útil en la afliccion.

Apénas se hubo presentado en el salon y fué visto por doña Porfira, cuando la aflijida madre corrió hácia él, y echándose a sus piés le dijo:

—Señor, nó me queda otro refugio que usted para reconciliarme con Dios. Protéjame, ampáreme, que soi mui pecadora, y voi a morir porque mi hijo ha muerto.

—Señora, contestó el sacerdote, Dios recibe a todo aquel que viene hácia El, a todo aquel que lo invoca de corazon, y usted puede estar segura de su induljencia infinita, encontrando alivio los aflijidos en su inagotable dulzura y en su inmensa misericordia.

—Si supiera, señor, el bien que me hacen sus palabras, no se separaria de mí, acompañándome hasta mi última agonía.

—Jesucristo, señora, buscaba a los aflijidos y no se separaba de ellos: yo trató de imitar en cuanto alcanzan mis débiles fuerzas a mi Divino Maestro.

—Y El perdonaba, ¿no es verdad, señor?

—A todos, sin escepcion ninguna.

—Entonces usted se quedará conmigo y me perdonará así como El perdonaba.

—Yo no hago mas, hija mia, que cumplir con mi deber al no separarme de un aflijido y servir de intérprete a la voluntad del Señor.

—Venga, padre mio, deseo estar sola con usted.

—Vamos, respondió lacónicamente el sacerdote.

Y como sabia de antemano la parte que habia tomado aquella mujer en perder a la familia de sor Ursula, y aun a ella misma, influyó tambien en él una especie de cálculo cristiano y aceptó sin vacilar.

Doña Porfira lo tomó de la mano y se encerró con él en su dormitorio.

Cuando estuvo a solas se le volvió a hincar, exclamando:

—Dios me ha castigado ya quitándome mi único hijo; ¡mi hijo, por cuya fortuna he llegado a cometer hasta crímenes!... Quiero, señor, que usted me oiga en confesion, aunque no estoi preparada ni he hecho un prolijo exámen de mis actos.

—No hai necesidad que usted se prepare, porque el dolor de las culpas es mas grande y mas eficaz que todas las confesiones juntas.

—¿No me engaña usted, señor, para consolarme?

—La palabra de Dios jamas engaña.

—Pero, señor, estoi casi completamente olvidada de las prácticas relijiosas: ¡las he descuidado tanto durante mi vida!

—No importa; el arrepentimiento suple a todo, es lo único que vale, y creo que usted se encuentra arrepentida.

—Sí, señor, lo estoi de todo corazon; y si me fuera posible borrar con mi sangre y con mis lágrimas todo el mal que he hecho, esa seria mi mayor felicidad, la única que seria ahora capaz de experimentar.

—Basta, hija mia, y puede usted contar desde luego con el perdon de Dios.

—Padre mio, óigame.

Y doña Porfira principió su confesion.

Cuando hubo concluido, el sacerdote le dijo con dulzura:

—Para conseguir el perdón de Dios es preciso: primero solicitar el perdón de las personas a quienes se ha ofendido; y si después de habérselo pedido humildemente no te lo conceden, hija mía, entonces el señor castigará a aquellas y te salvará a tí.

—Estoy dispuesta, padre mío, a humillarme ante las personas a quienes he ofendido, pero desgraciadamente, como usted lo sabe por mi confesión, han muerto algunas.

—Esas ya te deben haber perdonado.

—¿Lo cree usted?

—Estoy seguro de ello, porque de otra manera no habrían podido entrar al reino de los cielos; pero, aun dado caso que hubiesen llevado a la tumba sus resentimientos y sus deseos de vengarse, bastaría para que Dios te perdonara a tí, la intención que tienes.

—Usted me alivia, usted me consuela, usted me ensancha el corazón, señor; pero afortunadamente existe el legítimo heredero de esas personas a quienes he hecho mal, y ese legítimo heredero es tal vez al que más he ofendido, porque muchos años há que trabajo por su desgracia, minando su felicidad; ¡y ese heredero, padre mío, es la esposa de mi hijo que acaba de morir! La esposa nada más que por la bendición del sacerdote! Y esa bendición proviene del engaño, proviene de la violencia, y no es ni puede ser legítima.

—Está bien, hija mía, es preciso llamar a la señorita Luisa Valdes.

—¿Y vendrá, señor, después de tanto como la he ofendido?

—Sí, vendrá...

—Voy a aprovechar de las fuerzas que me quedan para escribirle, inttanto ordene usted que hagan venir a un notario, porque quiero hacer mi testamento, pues sé que tras el cadáver de mi hijo saldrá el mío.

Y doña Porfira, a pesar de lo mala que se sentia, escribió a Luisa la esquela siguiente:

"Señora doña Luisa Valdes.

"Señorita:

"Mi hijo ha muerto y a mí me falta mui poco para seguirlo.

"Yo y mi hijo le hemos hecho a usted y a toda su familia mucho mal; pero no es posible guardar rencor a los muertos ni tenerlo con los moribundos.

"Por cuanto mas ha amado y ama en este mundo, la suplico a usted que perdone a mi Guillermo y que me perdone a mí.

"Yo no moriré tranquila o moriré creyéndome reprobada por Dios, si usted no viene, si no oigo de sus labios ese perdon que necesito.

"Tenga compasion de una pecadora a la vez que desgraciada madre.

PORFIRA DE..."

Un criado partió en el acto con esta esquela, que recibió Luisa en momentos que ella misma estaba con un gran pesar motivado por la desgracia que vamos a referir.

XII.

Cuando volvieron del paseo de la Alameda, en que habia sucedido el encuentro con Guillermo, todos se fueron directamente al cuarto del solitario, que aun permanecia con Torcuato, y Luisa, al tiempo de abrazar a su maestro, le dijo al oido:

—Tenemos que comunicarle un acontecimiento importante que nos acaba de pasar en la Alameda a Enrique y a mí y que los demás ignoran.

Y el solitario meneó la cabeza como diciendo:

—Está bien.

Poco rato despues, y a invitacion de Luisa, todos se di-

rijieron al salon para tomar el té, escepto Luisa y Enrique que se hicieron un poco atras para referir al solitario lo sucedido.

El prudente anciano meditó por un momento y en seguida les dijo:

—En lo sucesivo es preciso usar de algunas precauciones.

—Piensa usted que corremos algun peligro?

—Todo se puede temer de un loco o de un borracho, porque yo creo que Guillermo, estando en su juicio, no se atreveria a nada, pues pesan sobre él muchas cosas y temeria perderse para siempre.

—¿Y qué hacer?

—Yo lo pensaré esta noche y mañana hablaremos.

En seguida se reunieron a los otros que ya estaban en el salon.

En ese pequeño intervalo, Mercedes habia ido a la cama de su hijo, del que no hemos hablado, pero, que ya tenía como dos años si se recuerdan las fechas. Mercedes fué, pues, en cuanto llegó, con esa solicitud y cariño de madre a besar a su hijo mientras dormia; pero quedó sumamente asustada al encontrarlo con una fiebre devoradora y mui desasosegado; y a tal punto llegó su angustia y su sorpresa, que corrió hácia el salon gritando despavorida:

—Mi hijo, mi hijo se muere, sálvemelo, señor.

Y Mercedes tomó de la mano al anciano en ademan de llevarlo hácia el cuarto del niño.

El anciano, como todos los que estaban presentes, corrió para ver qué era lo que sucedia, y se encontraron en realidad con la pobre criatura sumamente enferma. El solitario lo examinó detenidamente y con el mayor cuidado y meneó la cabeza en señal de inquietud, diciendo solamente:

—Es preciso hacer llamar médicos en el acto.

—¿Qué señor! ¿De tanto peligro está que usted no se atreve a sanarlo?

—Está mui malo; tiene una membrana terrible, complicada con un fuerte ataque cerebral.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Mercedes; ¿todavía tendré que sufrir?

—Todo el mundo, hija mia, está espuesta a sufrir hasta que le llega su término, es decir, hasta que hemos cumplido con nuestra mision en la tierra; pero no digo por esto que no haya esperanzas. Hágase venir algunos médicos.

Inmediatamente se puso en movimiento toda la casa y se mandó en busca de médicos en todas direcciones con orden de traer a cuantos se encontrasen.

El padre de Mercedes, Enrique, y Federico Bradfort, tambien salieron con el mismo fin, quedándose solo acompañando a Mercedes, su marido y su madre.

La vieja Marta tenia en sus brazos al niño, y el solitario preparaba algunos remedios que creia a propósito para combatir aquella súbita y terrible enfermedad, cuya causa no podia adivinar.

Los médicos fueron llegando y se apoderaron del niño, pero las opiniones eran diverjentes. El solitario escuchaba sin decir palabra, pero al fin, viendo tantas contradicciones entre unos y otros, emitió su opinion.

Los discípulos de Hipócrates, al oir el razonamiento del anciano, se sorprendieron mirándose unos a otros, porque no solo esplicó la enfermedad, sino los remedios que eran mas adecuados para atacarla, añadiendo que lo que habia espuesto era un parecer que solo tenia el apoyo de la experiencia, pero no el de la ciencia.

El doctor Zazie, que se encontraba entre los ocho o diez facultativos que allí habian, fué de la misma opinion del anciano, y dijo que ese era el camino que se debia seguir, aun cuando dudaba mucho que se salvase el niño, porque esa complicacion de males hacia peligrosa y difícil la curacion; y que en su concepto el caso era desesperado, pero que no por eso debia desmayarse.

Los médicos se pusieron a la obra, pero todos sus esfuerzos y los del solitario que no abandonó la cabecera del niño, fueron inútiles: el hijo de Guillermo espiraba. tal vez a la misma hora que caía su padre: coincidencia fatal y misteriosa que nos es imposible explicar.

Ese mismo día se encontraba Luisa al lado de Mercedes prodigándole sus cuidados y sus consuelos. La joven madre estaba rodeada de todas las personas que la afeccionaban, porque ni sus padres, ni Enrique, ni Federico, se habían apartado de ella, pasando toda la noche en casa de Luisa.

Mercedes, aunque profundamente triste, aunque casi ajena de pensar en otra cosa que no fuera su hijo, sentía reconocimiento por la tierna solicitud de todos, particularmente de su marido el sabio anciano, que había cuidado y sentido a su hijo tanto o más que si hubiera sido propio, hasta el punto que cuando ya se había perdido toda esperanza, había dicho a Mercedes:

—Acércate a tu hijo, porque su última mirada será para tí, pues voy a darle un remedio para que se extinga sin dolor, recuperando por un instante sus facultades.

Y en efecto, así había sucedido con no poco asombro de los facultativos que se encontraban todavía presentes, pues el anciano puso en la boca del niño unas cuantas gotas de su elixir, produciendo un sacudimiento general en el cuerpo, después del cual vino la tranquilidad y abrió los ojos, miró por todas partes y los fijó dulcemente en su madre, asomando a sus pequeños labios una tierna sonrisa que parecía significar la satisfacción que experimentaba al verla.

Entonces el anciano se acercó a Mercedes y le dijo con voz conmovida:

—Besa a tu hijo y despídete de él; ha muerto contento, porque te ha reconocido.

Esta era causa de la gratitud inmensa que sentía la acongojada madre por su esposo.

Luisa, como hemos dicho, se encontraba al lado de Mer-

cedes cuando recibió la carta de doña Porfira, que la hizo mudar de color, parándose instantáneamente para ocultar su turbacion; pero al salir de la puerta, llamó al solitario, que la siguió en el acto.

Luisa, sin hablarle, le presentó la carta, que leyó rápidamente don Toribio de Guzman y devolviéndosela dijo:

—¡Pobre madre! Es preciso, Luisa, que vayas, para ver si aun es tiempo de salvarla; y si yo soi necesario, hazme llamar en el acto.

—Arcanos de la Providencia! murmuró el solitario entre dientes, y se volvió al cuarto en que estaba su esposa.

Luego que entró, la primera persona a quien dirigió su vista fué a Enrique y le hizo señas para que viniese donde él, comunicándole en el acto lo ocurrido, pero previniéndole que no supiese Mercedes, porque una nueva impresion, de cualquier naturaleza que fuese, podia hacerle mal, tanto mas por la circunstancia de esa coincidencia misteriosa en que el padre y el hijo morian en un mismo dia y talvez a una misma hora.

La primera sensacion que experimentó Enrique fué de alegria: siempre existe en el hombre cierto egoismo que es mui difícil llegar a extinguir; sin embargo, reflexionando, se reprochó ese arranque de su corazon, experimentando entonces piedad por Guillermo y su madre.

Pero Luisa, al leer la esquila de la madre de su marido, en la que le anunciaba la muerte de éste, no pensó ni un instante, ni siquiera se le ocurrió en que quedaba libre, en que podia casarse legal y religiosamente con Enrique, sino que voló allí donde la llamaba la desgracia, dispuesta no solo a perdonar, sino a socorrerla y a salvarla.

Luisa fué introducida por el capellan del monasterio de... que la condujo hasta el dormitorio de doña Porfira, diciéndole únicamente:

—No hai nada en el mundo de mas satisfactorio y de mas hermoso que el cumplir con las obras de misericordia.

En el acto de aparecer Luisa, doña Porfira se hincó en el suelo bañada en llanto:

Luisa corrió hácia ella y estrechándola entre sus brazos, le dijo con voz conmovida y dulce:

—¡Madre mia, mi querida madre, todo está olvidado!...

—¡Me llamas tu madre! ¡Qué felicidad! ¡Gracias Dios mio! ¡Gracias Señor!

Y estendió una mano al anciano sacerdote que lloraba en silencio al ver aquel arrepentimiento y aquel perdon.

Esta emoeion produjo en doña Porfira un ligero desmayo; pero al volver en sí, miró a Luisa y la estrechó contra su corazon, diciéndole:

—¡Cuán dulce me es llamarte hija mia, aun cuando no sea mas que por pocas horas!

—Espero en Dios, querida madre, que será por mucho tiempo.

—No, yo sé lo que digo; yo lo sé... He sufrido mucho, muchísimo...; ya es tiempo de que esto termine... pero antes de separarnos, espero de tu grande alma un gran servicio.

—¡Servicio! Servicio no puede existir entre madre e hija.

—Sea como tú quieras, ya que eres tan noble y jenerosa; pero te suplico que me cumplas lo que voi a pedirte.

—Desde luego, madre mia, cuente usted con mi palabra.

—¡De veras!

—Infaliblemente, si depende de mí.

—Sí, depende de tí...

—Entonces, puede usted estar segura...

—Perdona a mi hijo, como has perdonado a la madre, quo era la mas culpable...

—No tenia necesidad de pedírmelo... ya lo he hecho.

—¡Lo has perdonado!

—De todo corazon y con toda mi alma...

—¡Hija mia! Que Dios te bendiga desde el cielo y te

colme de felicidades... Serás dichosa, mui dichosa, Luisa...

—Ya lo soi con el solo hecho de llamarla mi madre.

Doña Porfira no pudo resistir a la alegría que produjeron en ella estas últimas palabras de aquella vírjen, y volvió a desmayarse...

Esta vez se demoró mas en volver en sí, y cuando recuperó sus sentidos, dijo:

—¡No tenia esperanzas de morir asi... tan feliz... y en brazos de la vírjen mas pura y a quien mas he ofendido; ¡y que sin embargo, no solo me perdona, sino que me llama su madre!

—No se ocupe de ideas tristes; aun no es llegado el tiempo...

—No lo repetiré mas, hija mia: ella no tardará en venir por sí misma...

Y en seguida, dirigiéndose al anciano sacerdote, le preguntó si habia hecho venir al notario.

El venerable anciano le contestó que sí, y que debia estar esperando.

—Quiero, añadió doña Porfira, hacer la declaracion formal ante el notario, diciéndole que toda la fortuna que yo poseo te pertenecia y te pertenece, porque yo no he tenido nunca nada propio.

—No haga usted tal cosa, madre mia; se lo suplico, se lo pido a nombre mio y a nombre de mi madre... Disponga usted de la fortuna como suya propia, pues lo es en realidad, y haga su testamento de la manera que quiera: este es un favor que espero de usted.

—Gracias, hija mia, comprendo toda tu nobleza; esto me permitirá siquiera reparar en parte un mal causado por mi hijo...

Y añadió mirando al confesor.

—Tenga usted la bondad, señor, de hacer entrar al notario.

El funcionario público hizo las interrogaciones de estilo y

se puso a escribir dispuesto para legalizar todas las indicaciones de la testadora, la que, después de haber enumerado los bienes de que disponía y que subían a una suma enorme, mas de un millon de pesos, dijo:

—Declaro por única heredera y albacea de todos mis bienes a la señora doña Luisa Valdes de... esposa legítima de mi difunto hijo don Guillermo de... deduciéndose de todos estos mis bienes la suma de doscientos mil pesos que lego a la señora doña Mercedes Lopez de Guzman, con el único cargo de rezarme un padre nuestro por todos los días de su vida.

Terminada aquella diligencia, que doña Porfira creía de suma urgencia y necesidad, en contra de la opinion de Luisa que sentía que se fatigase por intereses de este jénero, llamó otra vez al sacerdote y dijo:

—Padre mio, a usted le debo sin duda alguna la salvacion de mi alma y le debo tambien la dicha de tener conmigo a mi querida hija; pero todavia espero de usted otro beneficio.

—Cuanto ordenes, hija mia, te será cumplido.

—Todos me han impedido ir al cuarto donde están depositados los restos de mi hijo, y yo deseo orar un momento al lado de su féretro en compañía de su esposa...

—Yo también lo pido, dijo Luisa.

—No veo inconveniente; vamos.

—¿Usted tambien vendrá con nosotras?

—Sí, hijas mías, las acompañaré.

Doña Porfira se levantó con dificultad, se echó un manto a la cabeza, y apoyándose en el brazo de Luisa, se encaminó silenciosa y cubierta hacia el lugar que indicó el sacerdote, que marchaba al lado de ellas.

El cuarto se abrió, penetrando en él solamente las tres personas que se arrodillaron a un mismo tiempo al lado del lujoso cajon mortuorio que estaba alumbrado con candelabros de varias luces.

Las tres personas con sus cabezas inclinadas invocaban sin duda la clemencia de Dios por los pecadores.

Doña Porfira tenia de la mano a Luisa.

El sacerdote pronunció en latin algunas palabras.

De improviso la madre de Guillermo soltó la mano de Luisa, se levantó y cayó sobre el cajon de su hijo en actitud de abrazarlo.

Doña Porfira habia dejado de existir.

El dolor la habia muerto. Talvez alguna idea terrible y desconsoladora cruzó en ese momento por su cabeza. Quién sabe si Dios no le reveló el destino de su hijo!

XIII.

Luisa compadeció y lloró sinceramente a la madre de su marido, pero a pesar de sus esfuerzos no pudo experimentar los mismos sentimientos por éste; el crimen cometido con Mercedes le habia hecho una impresion mui honda y dejado en su corazon una huella de desprecio y de repugnancia invencible.

Cuando Luisa hubo arreglado las cosas principales en casa de doña Porfira, se volvió a la suya para cuidar de Mercedes, llevándose consigo al venerable capellan del monasterio en que habia habitado su tia por largos años, y mandando a Ceferina y algunas sirvientes a sus órdenes para que tuviesen cuidado de todo.

Mercedes intertanto estaba siempre casi inconsolable: un hijo no es una pérdida que se olvida mui fácilmente, y ella no podia todavia resignarse; ¿qué madre no ha experimentado lo mismo?

Cuando Mercedes miraba aquella cuna vacía en que poco antes dormia tranquilo su hijo, no podia contener sus sollozos, y habia veces que le era imposible llorar, porque se le oprimia de tal manera el corazon, que no podia arrancar de él un solo suspiro.

¡Cuántas emociones dulces, cuántas esperanzas lisonjeras, cuántos recuerdos y cuánta tristeza no encierra una cuna vacía! Qué de lágrimas no se vierten sobre ese lechito que cobijaba antes a un ser tan tierno, tan querido y tan débil! Pensar en las sonrisas de una criatura, en sus inocentes caricias, en los cuidados de que era objeto, en los desvelos constantes que ocasionaba, y encontrarse sin nada y mirar aquel lugar solo, es una sensación que desgarrar el alma.

Ver por todas partes el cuarto que habitaba lleno de recuerdos, allí están sus vestidos, mas allá sus zapatitos, aquí su gorra, en otro lugar sus juguetes, y decirse ya no volverá el pequeño propietario, ¡causa una pena tan cruel, que no tenemos palabras para traducirla, pero que una madre sabe sentir y sabe apreciar!

Esto era lo que experimentaba Mercedes. En vano querían apartarla de aquellos objetos, porque ella volvía donde ellos, los buscaba, los juntaba, los guardaba, los acomodaba, los besaba y lloraba sobre ellos.

Todo el placer de la joven madre consistía en llevarse junto a la cuna de su hijo: allí afirmada, pasaba horas de horas sin hablar y sin comer.

El último vestidito que se puso, el último juguete que tomó en sus manos, los tenía aparte como una querida reliquia.

Los sedosos y castaños cabellos del niño que hacía poco tiempo le había cortado, los llevaba consigo y se acostaba con ellos: locuras del sentimiento de madre tan naturales como legítimas.

Luisa sentía un pesar inmenso al ver a su amiga en tal estado, y buscaba, sin encontrar, un medio de consolarla, hasta que se le ocurrió la idea de separarla de aquel lugar, idea que fué de la aprobación de todos.

Pero Luisa, con ese tacto delicado que le distinguía, sirviéndole como de regla para dirigirse, pensó que esto no era lo bastante, y que llevarla a un lugar alegre o divertido

seria peor, porque se reconcentraria mas en sí misma, aumentándose su afliccion. Entonces juzgó que el sitio mas a propósito seria el retiro, la meditacion, la oracion, y comunicó la idea primeramente al solitario, despues al director espiritual de su tia y últimamente a Enrique y a los padres de Luisa; y todos a una creyeron que era la medida mas acertada, la única talvez, porque de otra suerte podia comprometer su salud.

Luisa, por su parte, necesitaba tambien recojerse en sí misma y le era casi indispensable un poco de tranquilidad para dar mas fuerza a sus convicciones, mas seguridad a sus actos, mas madurez a la determinacion que habia tomado y que todavia no habia revelado a nadie, con cuyo objeto llamó al viejo sacerdote, y le dijo:

—Todos han aprobado el plan de arrancar a Mercedes de un sitio que da pábulo a su tristeza; pero el único lugar que yo encuentro mas a propósito para lograr el intento deseado es el monásterio de... del que usted es el honorable capellán; y como yo pienso acompañar a mi hermana, prefiero ese santo asilo a cualquier otro, pues él está lleno de los recuerdos de mi tia, que me son tan queridos, y es mas que probable que allí se encuentre lo que se busca para Mercedes, hallando yo tambien lo que necesito para mí. ¿Podria usted, pues, señor, conseguir el permiso de que residamos por tres meses entre las monjas y que nos den por alojamiento la celda de mi tia? No quiero ofrecer dinero ninguno por esto, lo que me seria mui fácil, porque prefiero mejor serles deudora a las monjas de su servicio.

—No puedo, hija mia, prometerle nada a este respecto; pero sí puedo asegurarte que haré todo lo posible por conseguirlo: mañana sin falta te daré la respuesta.

Al dia siguiente llegó el viejo capellan mas temprano que de costumbre, y encontrando a Luisa en compañía de la familia, le hizo señas de que estaba acordado el permiso.

Ese mismo dia comunicó Luisa a Mercedes el deseo que

tenia de retirarse a una casa religiosa, por un corto tiempo, proponiéndole si queria acompañarla, proposicion que fué aceptada con gusto por Mercedes, que deseaba llorar sin testigos.

Momentos despues tuvo Luisa una larga conferencia con el solitario, pero sin que supiera nadie el asunto de que se habian ocupado.

Luisa era una de esas personas que cuando han concebido bien una cosa la realizan sin pérdida de tiempo; asi es que tan luego como fué posible, arregló todas las cosas necesarias para permanecer durante ese tiempo en el retiro religioso que habia escogido, dejando al solitario el encargo de arreglar sus asuntos.

La determinacion de las dos jóvenes fué sabida por todos una vez que estuvieron allanadas las dificultades y recibida con satisfaccion, porque se esperaba de ella el restablecimiento de Mercedes, es decir, que olvidase sus tristes recuerdos; sin embargo, Enrique, sin desaprobala, sentia la separacion; y comprendiendo Luisa lo que pasaba en el interior de su amante, talvez porque ella misma experimentaba una cosa idéntica, le dijo:

—Mi querido Enrique, apenas has llegado cuando vamos a separarnos nuevamente, pero esta será la última vez, te lo prometo.

—¡La última vez!

—Indudablemente, amigo mio.

—¿Qué es lo que has resuelto?

—Lo que he resuelto es sanar a tu hermana de la tristeza que la mata.

—¿Y despues?

Luisa se sonrió, y alargándolé la mano con cariño, le dijo:

—El despues no puedo decírtelo; lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Nada mas me dices?

—Sí.

—¿Qué otra cosa? exclamó Enrique, esperando algo de mas positivo o de menos vago.

—Que el diez y nueve de setiembre, a las diez de la mañana en punto, te encuentres en la hacienda de San Jorge, no en las casas principales, sino en el cortijo de nuestro maestro y segundo padre, el coronel don Toribio de Guzman, el amante esposo de nuestra querida hermana, del hombre a quien debemos la mayor parte de nuestra felicidad, porque él nos ha formado, haciéndonos lo que somos.

—¿Esto es todo?

—Todo, amigo mio.

—¿Ni una palabra mas?

—Sí, todavía otra cosa: exijo de tí que no me busques ni trates de verme. Por lo primero, ya sabes el asilo donde estoi, y por consiguiente no necesitas informarte. Por lo segundo, es una prohibicion absoluta, y en balde irias a preguntar por mí, porque no saldria; pero si algo sucede de extraordinario, si hubiese algun acontecimiento nuevo, comunícamelo en el acto, porque mi reclusion no se estiende hasta el punto de no recibir cartas, sino que por el contrario, me serán ellas mui agradables, particularmente las tuyas, que son las únicas que esperaré y desearé; salvo tambien las de nuestro maestro y las de tus padres, quedando entre estas personas incluso tu amigo.

—¿Y qué haré yo de mí y de mi tiempo, Luisa?

—Harás lo que quieras; esto no es cuenta mia.

Y Luisa volvió a sonreirse apretándole la mano que aun conservaba entre las suyas.

—Pero es tambien indispensable, añadió, que te ausentes de Santiago.

—¿Y por qué no me echas de la república?

—Talvez no seria malo, porque tres meses es sobrado tiempo para poder emprender un pequeño viaje que quizá te seria provechoso.

—Seguiré tu consejo, y nos iremos a *correr tierras* (1) con mi amigo Bradfort.

—Pero ten cuidado de ser puntual a la cita: ni un día mas ni un día menos, porque el apresuramiento o la tardanza podria traer malas consecuencias; y llevo tan allá mi exactitud cronométrica, que quiero que te presentes en el lugar indicado a las diez en punto.

—Salvo el accidente o la diferencia de los relojes.

—Se entiende: habrá el cuarto de hora de costumbre.

—¿Y cuándo piensas irte al convento?

—Mañana.

—Me permitirás que te acompañe.

—No solo te lo permito, sino que lo quiero y lo exijo.

—Gracias, querida Luisa...

Al día siguiente, las mismas personas que habian estado en el paseo de la alameda, con mas el solitario y Torcuato, se encontraban en las puertas del monasterio despidiéndose de Luisa y de Mercedes, a quienes habian salido a recibir las monjas hasta la puerta, a la que les es permitido llegar, pero no salvar.

Un día despues salia tambien Enrique Lopez y Federico Bradfort para Valparaiso con el fin de tomar el vapor y dirigirse al Perú.

XIV.

El solitario permaneció como un mes en Santiago, despues que Luisa y Mercedes se encerraron en las monjas, ocupado en arreglar los asuntos de la primera, que eran bastante considerables, con el acrecentamiento de fortuna que le habia traído la muerte de doña Porfira.

Tan luego como se desocupó de los mas indispensables quehaceres, se marchó a la hacienda de San Jorge en compañía de Domingo Lopez, de Marta y de Torcuato, llevando

(1) Espresion mui comun entre nosotros y que se aplica a los que viajan.

ademas una colonia de trabajadores y utensilios, como tambien provisiones de toda especie, es decir, de aquellas que era difícil o imposible proporcionarse en San Fernando. Por lo visto, se puede calcular fácilmente que llevaba el propósito de hacer reparaciones considerables y algo mas.

En efecto, llegando a la hacienda, dispuso los trabajos en grande escala, ya sea en las casas principales, ya en reedificar la gran choza, que habia sido incendiada, bajo el mismo plan antiguo, con la sola diferencia que ahora habia hecho poner mejores materiales en el edificio y entablar los techos y los pisos, pero quedando siempre el mismo aspecto que tenia antes del incendio, colocando ademas en los lugares correspondientes los instrumentos de química y física; en fin todos esos aparatos o útiles indispensables para el estudio o la práctica de ambas ciencias, de los que antes tenia un gran número, pero que ahora se habia procurado mejores, habiéndolos hecho venir directamente de Europa; y hasta su coleccion de pájaros disecados, que parecian vivos y en sus actitudes naturales, fué reemplazada por otra igual o superior y que fué la obra exclusiva de Torcuato; de modo que el cortijo del solitario con sus peculiaridades, parecia exactamente el mismo de antes; a tal punto, que los autores del incendio quedaron muy sorprendidos al verlo nuevamente como si nada le hubiera sucedido.

El solitario, antes de venirse de Santiago, iba diariamente y a una hora fija, al locutorio de las monjas, las mas veces en compañía del viejo sarjento, y habia informado a Luisa que Enrique y Federico se habian marchado al Perú y que por esta razon no debia de extrañarse el no recibir cartas de él.

El sarjento Lopez y la vieja Marta, era indudable que estaban en la posesion de un gran secreto y que esto les habia determinado a abandonar Santiago, siguiendo al coronel a la hacienda de San Jorge, donde no se cansaban de admirar la magnificencia de los edificios construidos por

Enrique, llamándoles particularmente la atención la gran torre del medio con su reloj de cuatro caras, parecido al de algunas iglesias de Santiago.

Harian quince días que estaban ya en las casas cuando recibió el coronel un grueso paquete y otro Domingo Lopez lacrados y sellados con las armas de la república; aquellos paquetes contenían la promoción de un grado en la carrera militar; el primero era nombrado jeneral y el segundo capitán.

A don Toribio de Guzman no le hizo mucha impresión aquel ascenso: él miraba estas cosas con el desprendimiento del sábio y del filósofo, y lo que mas le agradó fué pensar que aquella distinción era una prueba de la amistad o del aprecio que tenía por él el jóven presidente, aprecio que se había captado con solo algunas entrevistas que había tenido con el jefe del estado, entrevistas que ya se conocen; pero no sucedió lo mismo a Domingo Lopez, pues el grado de capitán produjo en él un grande efecto, llenándolo de satisfacción.

Viéndolo tan contento el jeneral, pues estamos obligados a dar su nuevo título a don Toribio de Guzman, se le ocurrió una idea que sabía que colmaría los deseos del capitán Lopez, y llamándolo aparte, le dijo:

—Pienso formar un escuadron de granaderos a caballo; capitán Lopez.

—¡Sí, jeneral!

—Y que usted sea el jefe de él.

—¡Yo, jeneral!

—El instructor y el jefe, pues lo formaremos con los inquilinos de la hacienda. ¿Recuerda usted todavía el manejo del sable, las evoluciones, etc?

—Como si fuera ahora.

—Entonces no hai tiempo que perder, porque dentro de mes y medio tendremos aqui a Luisa y a Mercedes, como usted sabe, y para ese tiempo debe estar todo arreglado y como si fuera un verdadero cuerpo de línea.

—Solo hai una dificultad, mi jeneral.

—¿Cuál amigo mio?

—Que no tenemos ni armamento, ni uniformes, y esto no se improvisa.

—Eso es lo de menos; mañana mismo vamos a Santiago para saludar a S. E. el presidente de la república y darle las gracias por el grado que nos ha concedido, y yo me comprometo a traer un uniforme y un armamento completo para doscientos hombres, cueste lo que cueste.

—Entonces no lo dudo; ¡cómo me voi a divertir! Jefe de un escuadron! ¡Caramba! Y la vieja Marta cómo se va a poner de orgullosa cuando me vea con un par de charretas y a la cabeza del escuadron! Ya me parece que me veo yo mismo! ¡Y a usted tambien, mi jeneral, le va a agradar mucho, porque le recordará los pasados tiempos, los años de su juventud.

—Lo que mas me agrada es verlo a usted contento.

—¡Y quién no lo estaria en mi lugar!

—Ya lo sé; quedamos pues convenidos en que nos marchamos mañana a Santiago y allí compraremos para nosotros nuestros nuevos uniformes, pues yo quiero vestirme de gran parada el dia consabido, cuando llegue Enrique.

—Oh! qué felicidad, mi jeneral, qué felicidad!

Al dia siguiente el jeneral Guzman y el capitan Lopez se pusieron en marcha para Santiago, haciendo su primera visita al monasterio de... y su segunda al presidente que los recibió con el mayor cariño, hablándole al capitan Lopez con encomio respecto de su hijo.

Cuando salieron de su visita, el antiguo soldado de la independencia dijo al jeneral:

—Cáspita, mi jeneral, ¡qué diablo! de hombre! ¡Sabe usted que me dejaria matar cien veces por el tal presidente!

—Usted está siempre dispuesto a dejarse matar por todos.

—Usted y él no son todos, mi jeneral.

—Yo lo conozco a usted, amigo mio; pero ya hemos llegado donde debemos comprar nuestros uniformes.

Y entraron a un almacén de ropa militar, donde se provieron de lo que necesitaban.

De allí fué el jeneral a verse con el ministro de la guerra que le concedió cuanto le pidiera, para formar el escuadron.

Vueltos a la hacienda, el capitán Lopez puso en el acto manos a la obra y trabajó con tanta actividad y con tan buen resultado, que aquellos reclutas parecían veteranos por el orden y regularidad con que hacían sus evoluciones y manejaban sus armas.

Una semana antes del diez y nueve de setiembre, llegaba Luisa y Mercedes en compañía de muchas señoritas y caballeros de San Fernando, a donde el capitán Lopez, a la cabeza de su escuadron, salió a recibirlas, causando en la apática capital de la provincia de Colchagua un alboroto extraordinario al ver aquel rejimiento, segun decían los provincianos, que venia a recibir a la propietaria de la hacienda de San Jorge o a la presidenta, segun pensaba el mayor número, pues aquel honor debía ser reservado para ella y era indudable que venia en la comitiva; y como algunos conocían a Luisa, supusieron que debía ser Mercedes, que venia en el mismo coche, la esposa de S. E.

La sorpresa de Luisa y Mercedes fué mui grande al ver al capitán Lopez vestido de gran parada, con sus condecoraciones en el pecho y a la cabeza de aquel lucido escuadron de caballeria, pero mas que sorpresa, fué gusto el que experimentaron, obligándolo a bajar del caballo y que montara en el coche, dejando el mando del cuerpo a don Pedro Murna, que era el segundo comandante.

Durante el camino les contó su promoción y la del coronel, que ahora era jeneral, así como la feliz idea que había tenido de formar aquel escuadron con el fin de hacerles los honores cuando llegasen.

—Y tambien de hacérselos a Enrique, dijo Luisa riéndose.

—No, señorita; la consigna es otra: ha dispuesto el jeneral que no se presente ningun soldado ni yo mismo a recibir a Enrique. El único que debe tener este honor es Torcuato, que será el que sirva para introducir a mi hijo.

—El sabrá lo que hace, dijo Luisa, que rebosaba de satisfaccion.

—¡Caramba que viene jente, señorita!

—Son convidados mios que piensan pasar las fiestas del dieziocho con nosotros, así es que espero que ustedes se presenten bastante amables para hacerles llevadera la estadía en el campo, pues por pura complacencia han perdido las fiestas de la capital.

—En cuanto a mí, ya usted sabe, señorita, que no sirvo para nada de eso, pero en cambio, haré hacer maniobrar mi escuadron a su vista y ya verán bueno. Por lo demas, mi jeneral, mi mujer y mi hija, a quien tengo el gusto de ver mas alegre, sabrán hacer los honores, sin contar la dueño de casa que es la reina del lugar.

—¡Mi madre está buena, padre mio?

—Buena! cómo no ha de estar buena viéndome a mí de capitan comandante, y esperando tener el gusto de abrazar luego a su hija!

La comitiva continuó su marcha, yendo a retaguardia el escuadron formado por el capitan Lopez.

Antes de llegar a las casas, un nuevo tropel de jente salió a recibir a Luisa, sin que hubiera orden para ello, pues era mui querida de todos.

El jeneral y Marta estaban colocados en la puerta de honor para recibir a los huéspedes, que pasaron a los principales salones, quedando sorprendidos de la magnificencia y comodidades de aquella mansion de campo en que estaba todo en armonia, el gusto y el comfortable llevados hasta el mas refinado sibaritismo.

Mercedes solo vió a su madre y a su marido, echándose en brazos de ambos con esa espontaneidad natural del cariño; y el jeneral y Marta la recibieron con la mayor alegría al verla ya libre, ya curada de sus pesares, pues los consuelos de la religion le habian servido de eficaz lenitivo.

Entre las varias personas que acompañaban a las dos jóvenes, venia tambien el venerable capellan del monasterio donde habian estado en romeria.

XV.

El diez y siete de setiembre entraban por la calle de San Pablo dos jóvenes a caballo. El polvo que cubria a los jinetes y lo fatigado de los animales, demostraba que venian de un largo viaje. Uno de dichos viajeros miraba con curiosidad a todas partes, sorprendido sin duda del aire de fiesta que reinaba en Santiago y de la alegría que brillaba en todos los semblantes.

Ya habrán adivinado nuestros lectores quiénes eran estos dos jóvenes y a cuál de ellos le tomaba tan de nuevo el aspecto de las calles y de los vecinos de nuestra capital.

Solo hacia tres meses que Enrique Lopez y Federico Bradfort entraban a Santiago por el mismo camino, y sin embargo, le parecia a éste último que era una ciudad distinta en la que se encontraba, viéndose obligado su compañero a explicarle la causa.

Ambos jóvenes descendieron en el conventillo, e inmediatamente se vieron rodeados por los moradores de aquel lugar, que les dijeron que hacia mas de un mes que habian salido sus padres y que estaban temiendo sucediese lo mismo que la vez pasada que permanecieron ausentes por tanto tiempo; pero en ese momento llegaba Teresa, que vino corriendo a saludarlos y les dijo que no tuvieran el menor cuidado, porque la señora le habia encargado de prevenirse así, sin que por ésto le hubiera dicho el lugar en que

se encontraban, pero que le habia dejado las llaves de todo para entregárselas a ellos en caso que vinieran, lo que debia indudablemente suceder.

Enrique y Federico entraron en su casa, desensillaron sus caballos, y despues de darles de comer, se vistieron y salieron a andar por las calles de Santiago, donde ondulaba en cada casa el pabellón de la república, haciendo Bradford la observacion siguiente:

—Un pueblo tan amante de su pais como el que estoy viendo y que se conmueve, y que se entusiasma de tal manera con sus recuerdos históricos, con los recuerdos de su independencia, es indudablemente un pueblo viril, que está llamado a ser, y que es talvez, la escepcion de todas las pequeñas repúblicas de Sud América, incluso el estenso imperio del Brasil. Chile, por el carácter de sus habitantes, por la homojeneidad de su raza, por las condiciones de su clima, debe producir hombres fuertes, enérgicos corporal e intelectualmente, y que no solo corregirian los vicios que están todavia en su sangre y que provienen de su oríjen, que provienen de esas ideas de vana nobleza y de quijotismo ridículo inoculado por la madre patria, sino que tambien será con el tiempo el pais de la libertad y de la democracia, y la estrella de su bandera alumbrará el hemisferio sur de la América, así como las nuestras alumbran el hemisferio norte, estendiéndose su luz por todo el universo, pues es indudable que el solo ejemplo de los Estados Unidos echará por tierra todos los tronos, todos los títulos, todas las desigualdades ficticias que nacen de la ignorancia y de la vanidad de unos cuantos.

Enrique era de la misma opinion de su amigo, pero él mas práctico, mas experimental, menos ideólogo, comprendia las dificultades, y decia a Bradford que todavia estábamos mui distante de esa época y que no podia decirse cuándo llegaria; de manera que los dos amigos discordaban únicamente en el tiempo, mas no en el fondo, porque el

yankee acostumbrado a ver en su país marchar las cosas con extraordinaria rapidez, no podía hacerse cargo de nuestra lentitud para obrar, mientras que Enrique lo conocía por experiencia.

XVI.

Antes que amaneciera el día siguiente, es decir, el dieziocho, Enrique y Federico montaban a caballo, atravesando las calles aun silenciosas de la capital y llegando un poco tarde de la noche, pero sin el menor accidente, a la ciudad de San Fernando, donde se alojaron en un pequeño hotel frances, cuyo propietario era un individuo de alta estatura y de hercúleos miembros, llamado Charpentier, obsequioso y amable como todos los de su nación.

Enrique, aquella noche, víspera del día para el que lo había citado Luisa, no pudo conciliar el sueño, preocupado, no solo con el placer de ver a su amada, sino de cuál podía ser el fin para que le había dado aquella cita en la hacienda de San Jorge y en el cortijo del solitario; y tanto mas pensaba en esta circunstancia no sabiendo qué deducir de ella, cuanto que no había tenido contestación alguna a las varias cartas que le había dirigido desde el Perú; con todo, estaba tranquilo respecto a cualquier accidente funesto, pues sus padres le habían informado que Luisa, el solitario y Mercedes, así como ellos mismos, se encontraban buenos.

El día diezinueve amaneció al fin, y Enrique, mas diligente que su compañero, estaba en pie desde mucho antes que se distinguiera la opaca luz del crepúsculo, poniéndose él mismo a ensillar los caballos, sin despertar por esto a su compañero que aun dormía profundamente, entregándose él por entero al pensamiento único que lo ocupaba: recojimiento interior del alma, que es peculiar a las grandes dichas así como a las grandes tristezas.

Apareciendo el sol tras los altos montes despertó Bradford asustado, creyendo que ya era demasiado tarde y que

su amigo habria partido, porque no lo veia en el cuarto ni estaban allí las monturas y las pequeñas maletas de viaje que llevaban a la grupa de los caballos; pero en ese momento apareció Enrique, diciéndole al ver a su amigo que saltaba de la cama con precipitación:

—Tenemos tiempo de sobra, amigo mio. De aquí a la hacienda hai como siete leguas, que andaremos descansadamente en dos horas. Ahora, pues, nuestro compromiso es llegar a las diez en punto y solo son las seis y media. Podemos tomar nuestro café.

—Yo me habia asustado creyendo que seria mas tarde; pero ya que no es así, tomaremos, como tú dices, nuestro café.

A las siete y media nuestros viajeros montaban a caballo, y quince minutos antes de las diez tenian a la vista la grande y pajiza choza del solitario, no habiéndose detenido en las casas principales, cuyas puertas estaban cerradas y parecia que no habia en ellas una alma: tal era el silencio y la soledad que reinaba en aquellos magníficos edificios que se divisaban al traves de la gran reja de fierro que daba frente al camino, notando Enrique que habian recibido, desde que él los dejara, grandes modificaciones y grandes embellecimientos, haciendo esclamar a Bradfort.

—¡Qué palacio tan hermoso! Qué mansion tan poética y agradable! Cómo se puede vivir aquí feliz!

—Esta es la habitacion de Luisa.

—No podia por menos, porque todo respira aquí el contento del alma, todo anuncia armonia y belleza; el lugar está representando a la dueño.

—Aquel es el cortijo del solitario, dijo Enrique a Federico tan luego como apercibió aquel rancho tan querido para él y que despertaba en su mente tan dulces recuerdos, que hacia revivir cuanto habia hecho por él el noble anciano, las lecciones que le habia dado, los consejos y la práctica que tanto le habian servido.

Apenas acababa de señalar a Federico el lugar en que habia pasado dias tan felices, cuando vió venir a Torcuato con esa ajilidad sorprendente que le conocemos.

Enrique se bajó del caballo para esperarlo, y lo recibió en sus brazos ni mas ni menos que a un hermano, y lo era en efecto, porque ambos debian considerarse como hijos del solitario.

Torcuato les hizo señas para que caminaran lijero y se echó a correr delante de ellos. Enrique y Federico lanzaron sus caballos a escape, atravesando en un momento la distancia que los separaba del cortijo.

Cuando llegaron y no vieron a nadie en el lugar de la cita se sorprendieron, y Enrique preguntó con la vista a Torcuato lo que significaba aquello; pero Torcuato, por toda respuesta, les hizo señas de bajarse, y llevándolos al interior, les presentó el lavatorio y ropa para que se mudasen, diciéndoles que se dieran prisa, pues solo faltaban siete minutos para las diez.

Nuestros viajeros obedecieron, encontrando ricos trajes de rigurosa etiqueta con que se vieron obligados a vestirse, mirándose el uno al otro con no poca sorpresa. Torcuato les dijo que le siguieran, y se internaron en la selva.

Enrique conoció que les llevaban a la *Gruta del leon*.

Al llegar al interior, se les presentó de repente el mas raro espectáculo: habia allí un jentio inmenso. Caballeros y señoritas ricamente ataviadas rodeaban a Luisa, que, destacándose del grupo, fué a dar la mano a Enrique, presentándolo a toda la concurrencia como a su esposo.

El asombro fué jeneral. Nadie estaba en el secreto, salvo el solitario, los padres y hermana de Enrique, el viejo sacerdote del monasterio de... como igualmente Torcuato; pero esta sorpresa fué bien recibida por todos, y una salva de aplausos se sucedió a la declaracion de Luisa: aquella hermosa pareja, despertando la admiracion de los concurrentes, se habia granjeado sus simpatias.

Aquella reunion de personas, de las cuales eran muchas de Santiago, que habian venido con Luisa a invitacion de ésta, pero sin revelarles el motivo, pertenecia a la mas alta aristocracia de la capital, encontrándose allí tambien algunas de las principales familias de San Fernando, incluso don Pastor de los Monasterios con sus tres solteronas, que costeaban la diversion de los jóvenes desde hacia dias, lo mismo que don Pastor la de las niñas, que se lo disputaban verdaderamente, porque no habian encontrado, segun decian, nada de mas entretenido en el mundo; de modo que el viejecito administrador de correos, con su cara risueña y peluca rubia, no cabia de orgullo, mirando de alto abajo y con un marcado aire de proteccion a todos los jóvenes al verse tan codiciado, tan agasajado, o diremos mejor, tan mimado; y tanto el padre como las hijas se decian unos a otros:

—En estas fiestas vamos a encontrar nuestra suerte.

Y trataban de pescar los maridos, haciendo con este fin mil extravagancias que mantenian una hilaridad constante entre hombres y mujeres.

XVII.

Luisa, antes de retirarse al monasterio de... habia, como sabemos, tenido una larga conferencia con el solitario sin mas fin de que dispusiera todo para que su matrimonio con Enrique tuviese toda la pompa y solemnidad posible, fijando el día diez y nueve de setiembre por ser el aniversario de aquel en que lo viera por primera vez hacia tres años, y eligiendo la *Gruta del leon* como el sitio mas a propósito para que el sacerdote les pusiese las bendiciones, en conmemoracion del acontecimiento que pudo ser tan funesto y que tuvo lugar al principio de sus relaciones.

Vamos ahora a describir aquel sitio que conocen ya nuestros lectores y que Luisa habia transformado en templo del amor.

Hacia el fondo de aquella espaciosa gruta estaba colocado un altar, en cuyo centro se encontraba el crucifijo milagroso de ~~ser~~ Ursula, con su brazo derecho todavia desprendido. A los piés del señor se veia el retrato de la abadesa, tia de Luisa. A ambos costados estaban los retratos de don Eduardo y de doña Juana, padres de la jóven novia, y mas afuera dos hermosos cuadros, el uno que representaba a Enrique en actitud de tirar sobre el leon y que ya conocemos, el otro, cuando Enrique moribundo tenia su cabeza en las faldas de Luisa; este último cuadro lo habia trabajado despues, y nadie, escepto el solitario, lo conocía.

—En el suelo, y a cada lado del altar, estaban de pié el leon y la leona que habia muerto Enrique, y a no ser por su inmovilidad, podian creerse realmente vivos.

Medio a medio del altar se encontraba el venerable anciano capellan del monasterio de... revestido con sus insignias sacerdotales y en actitud de dar principio al santo sacrificio de la misa.

El jeneral don Toribio de Guzman y el capitan don Domingo Lopez, vestidos de parada con su traje militar, ostentaban en sus pechos muchas condecoraciones y cruces ganadas en los campos de batalla; particularmente el primero tenia, a mas de la de su patria, las que le habian dado en España cuando peleara contra los franceses en la memorable invasion de la península. El jeneral tenia de la mano a Mercedes y el capitan a Marta y permanecian de pié a cada costado del altar.

Luisa y Enrique, tomados tambien de las manos, se hallaban colocados frente a frente del sacerdote, es decir, medio a medio del altar, y tras de ellos estaba el resto de los convidados que miraban con religioso silencio aquel espectáculo tan imponente como bello, paseando su vista de los novios a los cuadros, donde estaban tan fielmente reproducidos, que, en el mismo instante de entrar Enrique, fué reconocido por todos.

Laisa tenia un vestido de raso blanco con anchos encajes de Bruselas en la falda y en el corpiño, cayendo graciosamente sobre sus blancos y desnudos brazos ceñidos por dos brazaletes de pelo con broches de esmeraldas, reliquias de su querida madre. Sobre la cabeza tenia una corona de azahares, de la cual pendia un velo finísimo que la cubria por entero: aquella hermosa niña parecia mas bien un ángel que acabara de bajar del cielo envuelto en una nube.

El traje de Enrique era el mismo que acostumbraban todos los hombres de alta sociedad en iguales circunstancias.

El sacerdote dió principio a la misa y todos se prosternaron, con escepcion de los dos militares que permanecieron de pié e inmóviles como estátuas. Cuando el ministro del altar hubo terminado el Santo Sacrificio, se dirigió a los novios, echándoles su bendicion y sirviendo como padrinos el jeneral don Toribio de Guzman y Marta Garrido; pero antes de bajar del altar el venerable sacerdote les hizo la allocucion siguiente:

"Hijos mios: nunca he presenciado un enlace como el vuestro: vírjenes de cuerpo y alma, estais llamados para ser felices y para servir de ejemplo a los demas. Dios bendecirá los frutos de vuestra union porque habeis cumplido sus leyes; y vuestros goces serán durables, porque vuestro matrimonio es el de la naturaleza.

"Voi a daros, empero, mis últimas lecciones, que estarán talvez en oposicion con lo que se enseña jeneralmente, y in embargo, lo que voi a deciros es el resultado de largos años de esperiencia y de largos años de meditacion.

"Siempre se aconseja a los nuevos cónyuges la sumision y la obediencia en lugar del respeto, el aprecio y la consideracion recíproca; pero yo os digo que la sumision y la obediencia son propias de la esclavitud y que en el matrimonio no hai amo, ni siervo, ni esclavo el uno del otro.

"Un matrimonio semejante al vuestro, que es el matrimonio segun la naturaleza, debe tener por condicion única la

verdad y no la fidelidad; porque la fidelidad no es un deber sino una condicion del cariño: los que se aman, jamas se traicionan, porque esto seria dañarse a sí mismos.

"Un matrimonio segun la naturaleza que solo tiene por base el amor y la verdad, no reconoce otras leyes que estas, y si falta lo primero, es indispensable que subsista lo segundo: el adulterio solo está en el engaño y nada mas que en el engaño.

"El matrimonio segun la naturaleza no contribuye, no establece obligacion alguna respecto al goce que no emane de la voluntad, que no nazca de la libertad de los cónyuges: el *débito* que se aconseja y que se considera como un deber no es otra cosa que una prostitucion verdadera. El deleite, hijos mios, es inseparable del deseo; de consiguiente, donde no hai deseo hai violencia, y donde hai violencia hai ruptura del vínculo, hai ultraje, hai desigualdad, hai vasallaje, hai pérdida de dignidad, que es la principal belleza de la mujer.

"Tratad, hijos mios, de seguir estas lecciones aun cuando están en contra de los principios jeneralmente enseñados y creidos, y asi tendreis la seguridad de seguir amándoos y respetándoos hasta el fin de vuestros dias, restableciendo las leyes de la naturaleza que son las leyes de Dios y que nuestras preocupaciones han oscurecido en parte, pero que nunca conseguirán borrar."

Dicho esto y a una señal dada por el jeneral, resonaron los ámbitos de la *Gruta del leon* con las melodias de una música misteriosa que nadie sabia de dónde provenia, no viéndose en aquel recinto instrumental alguno, hasta el punto de llegar muchos a persuadirse que era una música del cielo, pero que en realidad no era otra cosa que una sorpresa preparada por el jeneral, que habia hecho colocar con anticipacion en los árboles y ocultos por el follaje, a muchos músicos traídos de Santiago.

Al salir de la gruta encontró la concurrencia muchos coches donde colocarse para regresar a las casas.

Enrique y Luisa tomaron el suyo, tirado por los mismos caballos tordillos que habia contenido Enrique en la calle del Dieziocho hacia tres años y a los que gobernaba el mismo cochero Fermin que los dejara escapar.

El capitan Lopez se puso a la cabeza de su escuadron y escoltó la comitiva hasta las casas, donde esperaba a los convidados muchos regocijos, pudiendo asegurar que era solo desde ese dia el principio de las verdaderas fiestas.

La justicia de Dios se habia cumplido: la virtud quedaba premiada y el vicio castigado.

FIN.

A LOS SUSCRITORES DE LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

Cuando nos propusimos publicar esta obra, nunca creímos que tomara tales dimensiones, ni que tuviera el éxito que ha alcanzado.

Acostumbrados a los malos resultados que hasta ahora habia dado en Chile toda publicacion literaria, mandamos nuestro libro a la prensa con temor y alentados solamente con el buen fin que nos habiamos propuesto en él, quedando satisfechos con que alcanzara a cubrir sus gastos; pero desde las primeras entregas nos vinieron numerosos suscritores, viéndonos obligados a aumentar el tiraje de ellas por tres veces consecutivas.

Este raro favor del público, favor que ha sorprendido a todos, y que reconocemos desde luego, dándole a cada uno de nuestros suscritores las debidas gracias, no ha emanado, bajo ningun aspecto, del mérito de nuestro libro cuyos defectos reconocemos y confesamos, sino que prueba únicamente que la civilizacion se difunde con rapidez en Chile, pues no hace mucho que se contaban por decenas los lectores, mientras que ahora se cuentan por cientos y por miles; así es que el éxito que han obtenido Los SECRETOS DEL PUEBLO no proviene, como hemos dicho, de la bondad de ellos, sino de la ilustracion del pais, ilustracion que deseamos sepan aprovechar nuestros escritores, pues les deja un campo abierto, sirviendo de estímulo a su jénio para que vengan sus obras a enriquecer nuestra literatura naciente, honrándolos y enriqueciéndolos a ellos.

Ya que hablamos de los defectos de nuestro libro, tenemos que pedir perdon a nuestros suscritores por las innumerables faltas que contiene y que no hemos podido evitar;

primero, por la rapidez con que tenia que tirarse tan crecido número de entregas; segundo, porque permaneciendo casi constantemente en el campo, no nos era posible corregir las pruebas sin trabar la regularidad periódica de la salida; regularidad debida a la buena organizacion del MERCURIO que, muchas veces, mediante su actividad, ha suplido las faltas de nuestra ya fatigada pluma.

Las cincuenta entregas de que se componen los cuatro volúmenes que forman la novela titulada **LOS SECRETOS DEL PUEBLO**, han fatigado probablemente al público por su mucha estension, viéndonos obligados por este motivo y por nuestro propio cansancio a cerrarla, sin que hubiéramos por completo desarrollado el plan que nos teníamos formado. Sin embargo, el romance queda acabado lo mismo que cualquiera otro. Pero como nos hemos propuesto salir fuera de la regla comun de las novelas, pintando *la felicidad despues del matrimonio* y describiendo el *porvenir de Mercedes*, daremos al público en uno o dos meses la continuacion, que constará de un solo tomo, es decir, trece entregas.

Esta continuacion puede mirarse desligada e independiente de la obra para no forzar a los individuos a que se suscriban por temor de dejar incompleto su libro; pues solo tiene un fin moral, cual es enseñar a los jóvenes casados y a los que están por hacerlo, el modo práctico como deben conducirse en la vida conyugal para ser felices, sin dejar de trazar por esto algunos otros cuadros de nuestras costumbres, siempre en la forma de romance.

En caso que deseen nuestros actuales suscritores continuar, se servirán en las provincias advertirlo al mismo agente de **LOS SECRETOS DEL PUEBLO**, el que tendrá la bondad de comunicárselo al autor en Valparaiso para arreglar el correspondiente tiraje.

Al darles las gracias, saluda tambien a todos sus suscritores

MARTIN PALMA.





